





050

SDNL

REVISTA

DE

DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

MARZO DE 1899

SUMARIO:

	Pág.
P. Agote	<i>Los frailes de San Francisco de Catamarca.</i> 5
T. G. de Fanning	<i>Roque Moreno. Novela histórica americana, escrita para la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS.</i> 24
F. A. Berra	<i>Evolución correlativa de la enseñanza, la didascología y las escuelas normales. Estado actual de las últimas en la República Argentina.</i> 36
F. Senillosa	<i>La crisis social argentina. El hogar escuela del deber y del derecho.</i> 53
D. B. Dávila	<i>Orígenes nacionales. Narraciones riojanas.</i> 65
W. S. Logan	<i>Tribunales sajones y latinos.</i> 78
J. M. Salvaire	<i>Redención de cautivos que se convierte en cautiverio. (Cartas inéditas).</i> 92
J. Carrié	<i>La cuestión Filipinas y la opinión americana.</i> 99
J. R. Fernández	<i>Reforma Universitaria (Continuación).</i> 102
E. S. Zeballos	<i>Derecho Público Hispano-Americano. Fundamentos de la modificación Zeballos-Baptista al tratado de límites argentino-boliviano. — La Puna (Conclusión).</i> 117
—	<i>Notas y apuntaciones biográficas.</i>

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

BUENOS AIRES

1081 — VICTORIA — 1081

1899

CERVEZAS

BOCK

OBSCURA



BLANCA

PILSEN

La Africana
NEGRA

DE LA COMPAÑIA CERVECERIA BIECKERT (Lda.)

Estas cervezas, preferidas hoy por todas las personas competentes, son por el esmero de su fabricación y pureza de las materias que componen, refrescantes, tónicas, nutritivas, higiénicas y perfectamente asimilables, según lo establecen numerosos certificados de distinguidos médicos.

Escritorio y Fábrica: JUNCAL 817
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA POPULAR DEL MUNICIPIO
935-CALLE LAVALLE-935

17,500 VOLÚMENES

LECTURA GRATIS EN LOS SALONES
Condiciones de suscripción

Pagarán un peso por mes los que van ó mandan buscar los libros y un peso cincuenta centavos los que quieran que se les remitan á su casa.

LA CONCURRENCIA UNIVERSAL
Y LA
AGRICULTURA EN AMBAS AMÉRICAS
POR
E. S. ZEBALLOS

Se vende en todas las librerías y especialmente en la casa de su Editor

JACOBO PEUSER
SAN MARTIN Y CANGALLO

93437 - Imp., Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser.

REVISTA
DE
DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

MARZO

24

25.000

REVISTA

DE

DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

DIRIGIDA POR E. S. ZEBALLOS

AÑO I — TOMO III

BUENOS AIRES



BUENOS AIRES

93437 — IMPRENTA, LIT. Y ENCUADERNACIÓN DE JACOBO PEUSER
SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1899

LOS FRAILES

DE

SAN FRANCISCO DE CATAMARCA⁽¹⁾

MI PROPÓSITO

Un sentimiento de gratitud me impulsa á escribir estas líneas en recuerdo de mis maestros inolvidables del convento de San Francisco de Catamarca. En medio de las agitacione-
nes de mi azarosa vida, siempre he conservado, con religioso

(1) Don PEDRO AGOTE es nacido en casa solariega de Catamarca, entre humildes adobes, como sucedía á los «muy magníficos señores de Calatraba y San Juan Comendadores», en las colonias mediterráneas de Hispano-América. Cumplirá el 22 de Abril ochenta y tres años, que su organismo y su inteligencia llevan briosamente, como si fueran sesenta. Conserva la memoria prodigiosa de su juventud, á punto de recitar sin omisión de palabras una proclama que oyó al ilustre Avellaneda, en los tiempos de la Liga del Norte, hace algunos años más de medio siglo. La memoria retrospectiva, signo es á las veces de decrepitud senil, cuando viene acompañada del olvido de las cosas recientes. Agote, como el ilustre don Vicente F. López, el patricio Dávila que escribe en este número, el doctor Julián Fernández, decano y notable del cuerpo médico y otros octogenarios, cuyo cariño es honra para mí, recuerdan vivamente lo acaecido en sus infancias, como los sucesos de ayer. ¡Organizaciones vigorosas, que, como la de Sarmiento, representan una generación sóbria y robusta, clásica en su educación y espartana en los hábitos, formada en la huella, que no aciertan á seguir hoy los hogares y las escuelas argentinas y se llama: *mens sana in corpore sano!* Agote, de ideas de libertad y de tipo germano (era de rubia cabellera, encendida), huyó con su familia de Catamarca, para salvar vidas, ya que era forzoso abandonar haciendas, á las huestes riojanas de Quiroga y de Villafañe, como se leerá en otras páginas. Y que su vida y la de los suyos estaban en peligro, dícelo el horror de la degollación de Cubas, su tío, y de Marco Avellaneda, su condiscípulo y su amigo. Corrió varia fortuna en Chile, donde contrajo matrimonio después de haber llevado libros en los ingenios de metal de Copiapó. En ellos cultivó relaciones valiosas para su cultura, con hidalgos opulentos que habían partido pan en manteles con Bolívar y especialmente con Manuel Antonio y Guillermo Matta, de cuya amistad fraternal, benéfica, en más de un momento para las precarias relaciones argentino-chilenas, he sido testigo á las veces. Aprendió inglés entre las minas de Copiapó y la aduana de Valparaíso, emigrado que ganaba el pan de cada día, con su habilidad para las finanzas y los números. La lengua inglesa conduce á los hombres superiores á los orígenes de las libertades ci-

respeto, la memoria de aquellos humildes frailes, que dedicaron su vida, con abnegación recomendable, á la enseñanza de la juventud.

Pero antes de rendir este tributo, que me he impuesto con verdadero placer, no creo fuera de propósito, dar una noticia, por somera que sea, de la fundación de la ciudad de Catamarca, á la que estuvo adherido, desde el principio, el convento, objeto de estos apuntes. Prueba de ello es, que en la Real Cédula de 16 de Agosto de 1679, en que se ordena la traslación de la ciudad de Londres, se recomienda la conveniencia de fundar un convento de la orden de San Francisco, *como lo hubo en la ciudad poblada de Londres*. No se

viles y políticas de la humanidad, y Agote dió á sus tendencias temple y dirección sajonas, que decían bien con su tez blanca, sus ojos verdes y cabellos rojos, y más que con estas apariencias, con la firmeza de su carácter y la rectitud de sus aspiraciones. La larga peregrinación del ostracismo pasó y él tornaba al fin á Catamarca, casi cumplido el cuarto de siglo. ¡Cuánta desproporción, entre el hombre y su cuna, teatro pequeño, arrasado por cuarenta años de irreparables y públicas desgracias! Pero eran los tiempos y la política en que las provincias más oscuras y sus modestísimos gobernantes, no hacían gala de menospreciar el talento, ni las virtudes cívicas, ni la erudición. Antes al contrario, temerosos de hacer en la capital opulenta y en sus congresos de notables, papel humilde y desairado, buscaban hombres de ingenio para honrar las bancas, que en ambas cámaras les eran constitucionalmente atribuidas. Acaso por eso brillaban en los congresos de antaño los hombres espectables de toda la República, mientras que en las asambleas de ogano son garbancos de á libra. Y Agote fué electo diputado nacional por Catamarca en el año de 1863. Su puesto estaba designado por los antecedentes. No era usual tampoco, por entonces, poner á los médicos á binar majuelos, ni á los abogados á combinar las drogas, ni á los amos de ganado de intendentes municipales, sino que había de elegirse para cada destino el hombre preparado: y Agote fué de la comisión de hacienda. Salió del congreso sin reputación de orador; pero con su nombre alto en el escalafón nacional de los hombres de gobierno, fué electo para la convención reformadora de la constitución, reunida en Santa Fe (1867), y bajo la administración civilizadora del general Mitre, fundaba el Colegio Nacional de Catamarca, de que en este artículo nos habla. Crear pueblos, como fundar colegios, son acciones al par dignas de honra y de recuerdo! En 1868 buscaba el medio ambiente propicio á sus facultades y se radicó en Buenos Aires, donde coexistían las autoridades de la nación y de la provincia. Esta era tachada de *localista*; pero sus hombres de estado se defendían atentamente contra el cargo. El localismo debía ser sincero amor al engrandecimiento argentino, por medio de la mayor cultura de cada uno de los miembros y de cada uno de los órganos de la nación. Por eso después de Caseros nadie gozó de mayor autoridad que Sarmiento y Vélez Sarsfield, cerca de los gobernadores de Buenos Aires. Alsina, lugareño hábil, en una época de transición, llamó á Avellaneda á su lado. Don Emilio Castro, viejo porteño, sino nacionalista convencido, resignado, no se atrevió á abandonar la tradición de sus predecesores y trajo un *provinciano* á su ministerio. Agote aceptó, en efecto, el de hacienda. La provincia de Buenos Aires no había tenido una década de paz y de administración. La independencia, el año XX, la tiranía, la secesión, marcan las jornadas de medio siglo de agitaciones militares. El gobierno *mitrista* de don Emilio Castro, recibió la provincia en el momento propicio para estimular la evolución de los grandes destinos á que la lanzaron Alsina y Avellaneda. La administración Castro, no exenta de errores y de cri-

puede, pues, separar el convento de San Francisco de la ciudad de Catamarca. Juntos nacieron á la vida y juntos corrieron las peripecias á que estuvieron expuestos en los primeros años de su existencia, y continúan hoy mismo en unión, afianzada por el tiempo, que es el mejor vínculo de la posteridad.

LA CIUDAD

Los breves datos que en seguida consigno, son los únicos que se ha podido conseguir de la fundación de Catamarca, recogidos por el ilustrado fray Mamerto Esquiú,

ticas violentas — el doctor del Valle la combatió enérgicamente en *El Nacional*, dudando á las veces de su moralidad — fué un gobierno serio, organizador y honesto, que yo sepa, pues me guían mis propias impresiones al redactar esta nota. Era yo por entonces celebrado *noticiero* de *La Prensa*, introductor de la información noticiosa, á la americana, en la Argentina. Las finanzas de la provincia consolidaron su crédito y desarrollaron su potencia. Estaban tan altas como el crédito y el poder financiero de naciones soberanas. El Banco de la Provincia, gobernado por amigos y adversarios del ejecutivo, pero con prescindencia de éste, se acercaba á pasos firmes á la importancia de los Bancos de Francia y de Inglaterra que pocos años más tarde alcanzara, merced á aquel impulso. El benéfico Banco Hipotecario fué creado. Las rentas aumentaban y su percepción fué más regular y más digna. Los defraudadores no eran premiados, ni honrados con altos destinos públicos, para honda desmoralización social. Se les castigaba llanamente. ¡Verdad es que las costumbres sociales permanecían aún honestas y nadie era osado de hacer causa común con los delincuentes! Las obras públicas tomaron formas finales ó recibieron el impulso definitivo: las de salubridad y puerto de Buenos Aires, el ferrocarril trasandino, los caminos y los puentes en la campaña, los canales en los ríos inmediatos á la capital, las prolongaciones de los ferrocarriles internos é interprovinciales, la cárcel modelo, dicha Penitenciaría, la celebración del primer grande empréstito extranjero de 6.000.000 de £, en condiciones ventajosas y sin murmuración de nadie y el impulso de la prosperidad pública en todos los ramos de gobierno, son actos que reclaman la justicia popular, para la administración financiera Castro-Agote. Las memorias de hacienda del último son documentos sóbrios, abundantes informaciones útiles y ricas en un criterio práctico, reposado y progresista. Bajó del gobierno con sólida reputación de administrador próbo, hábil, idóneo y certero. El gobierno nacional le confió el delicado puesto de presidente del crédito público (1873-1889). Escribió en ese destino y para el ministerio de hacienda su *Informe* financiero y bancario, en cinco volúmenes, que es la primera historia monetaria y de las finanzas de la nación y de las provincias, bases de cuantas en lo futuro se publiquen. Es su último servicio al país. He ahí un hombre que cumplirá en breve 83 años sin haber hecho por la República todo lo que sus aptitudes y su carácter prometían. Causas accidentales y perennes más de un cuarto de siglo en una media luz modesta. El partido *mitrista* habría hecho de Agote un eminente ministro de hacienda, si hubiera tenido éxito en sus campañas presidenciales. Este ha corrido su suerte, sin ser un partidario disciplinado y sin murmuración, ni despecho. Hombre intransigente, de juicios severos, de franqueza impetuosa y criterio irreductible, ha sufrido las consecuencias de la larga crisis del gobierno argentino! Pero lo respeta su país.

publicados en la *Revista de Buenos Aires*, de donde los he tomado.

Don Alonso Rivera, Gobernador de Tucumán sujetó á los indios calchaquies, y como medio de asegurar el dominio, fundó en 1607 en el Valle de Londres, la Ciudad de San Juan Bautista de la Rivera de Londres, dándole este nombre, en honor de la Reina de Inglaterra, mujer de Felipe II. ⁽¹⁾

A causa de las hostilidades de los calchaquies, esta población no pudo permanecer en el lugar, y el general Gerónimo Luis de Cabrera la llevó, como medida de seguridad, á la Rioja, en 1627, de donde la trasladó al Valle de Pomán en 1633, hoy Valle Viejo, 20 cuabras al este de la ciudad actual, donde estaba mejor defendida contra los indios.

Don Angel Pereda solicitó del Rey el permiso para su traslación, el que fué otorgado al Gobernador de la Provincia de Tucumán don José de Garlo, para que mudase la ciudad de Londres al Valle de Catamarca, traslación que tuvo lugar, llamándose San Fernando de Catamarca.

La Real Cédula que ordena la traslación de la ciudad de Londres, tiene la fecha de 16 de Agosto de 1679, ya citada. En cumplimiento de esta Real Cédula, el señor Fernando de Mendoza Mate de Luna, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Tucumán ordenó por auto fechado en Santiago del Estero, capital de la Provincia de Tucumán, en 20 de Enero de 1683 que, en unión del obispo Fr. Nicolás de Ulloa, ejecutase la mudanza de dicha ciudad de Londres al Valle de Catamarca; y como este obispo se hallase en Córdoba, expidió desde este punto una resolución, por la cual ordena el cumplimiento del anterior auto, expedido por el citado Gobernador. (Apuntes del padre Esquiú, 1863).

Allanada la dificultad de la ausencia del obispo Ulloa, el

(1) En apuntes últimamente recibidos, se dice: que la ciudad fué fundada primeramente por Juan Gómez de Zurita en el Valle de Corrao, en 1558, con el nombre de San Fernando de Londres. Es extraño que haya escapado este hecho á la indagación del ilustre padre Esquiú — (P. A.)

Gobernador y Capitán General don Fernando de Mendoza Mate de Luna fundó la ciudad de San Fernando en el Valle de Catamarca, según nota de 5 de Julio de 1683, trasladando la ciudad de Londres, en cumplimiento de la Real Cédula, á la otra banda del río, distante cerca de una legua y media é inmediata al río Cheya. Se da á la ciudad, como límites, 9 cuabras de ancho y 9 de largo, más dos para la ronda de la ciudad y un cuarto de legua para el éjido. Se da también al convento de San Francisco media naranja de agua contínua, y en tiempo de mitas, seis días efectivos. Firman el acta el Gobernador y Tomás de Salas, escribano de su Majestad.

Agregaré, por vía de noticia aunque no es propiamente de la fundación, que la Cédula de 5 de Agosto de 1683 autoriza la anexión de este territorio á la Intendencia de Salta. El Congreso de 1814 desmembró á esta Intendencia, y entonces formó parte de la provincia de Tucumán, de la que se independizó en 25 de Agosto de 1824, formando una provincia. Esta hace parte de la diócesis de Salta desde 1720. Siguiendo la relación de los hechos, debo advertir que hay opiniones contradictorias, respecto de la ubicación de Pomán, á donde se trasladó la ciudad de San Juan de Londres en 1633. En los apuntes anteriores se dice, que Pomán es el Valle Viejo, lugar situado á la izquierda del río, á 20 cuabras actual de Catamarca. Allí se encuentran vestigios de una población antigua y las ruinas de una Iglesia, lo que sugiere á algunos la opinión, de que allí se fundó la ciudad que se denominó Pomán.

Otros dicen y entre estos, el ilustrado padre Argañaraz, que no ha habido alteración de lugares, que la ciudad se fundó en Pomán, situado al otro lado de la sierra que divide las poblaciones de Catamarca, á lo que se replica que, si esto hubiera sido así, se notarían vestigios de alguna ciudad arruinada que no los hay, como en Londres y Valle Viejo. Una permanencia de cincuenta años, deja, en efecto, huellas, que no se borran, sino en mucho tiempo.

No es probable, por otra parte, que Pomán, por su situación topográfica, ofreciera seguridades á sus habitantes

contra las invasiones de los calchaquíes, siendo este lugar accesible á los indios invasores, lo que no sucedía con la población del Valle Viejo. Parece más bien confirmar esta opinión las palabras del padre Pedro Lozano en su historia de la conquista del Paraguay. Hélas aquí:

« Ya había pacificado en algún tanto á los indios calcha-
« quíes el general Gerónimo Luis de Cabrera, cuando le
« pareció haber ya la suficiente seguridad para restablecer
« la ciudad de Londres, fundándola de nuevo en el sitio que
« mantuvo 50 años más, i hoi llaman Pomán, *hasta que de*
« *ellos i de los vecinos moradores del Valle de Catamarca,*
« se hizo la nueva Ciudad de San Fernando de Catamarca. »

Sea de ello lo que fuere, la ubicación de este lugar no altera el fondo de la verdad histórica, que consiste en las tres fundaciones de la ciudad de San Juan de Londres, que tomó por último el nombre de San Fernando de Catamarca, con que hoy se distingue.

Dejaría un vacío en esta relación, si no recordase la Santa Cofradía de la Purísima Concepción de María que, según una resolución del Cabildo, fechada en 18 de Diciembre de 1688, hacía 40 años que se congregaba, empezando por ocho vecinos y elevándose en aquella fecha á cuatrocientos, de que se componía la ciudad y su jurisdicción.

No entraban en este número los indios de las encomiendas que sólo se consideraban como *piezas*. En este documento se declara, que el Cabildo juró, por Patrona de la Ciudad, á la purísima María de la Concepción. Esta tiene su leyenda religiosa, como otras ciudades, en la que constan milagros muy evidentes de esta santa imagen, llamada por el vulgo, Virgen del Valle.

La *Revista de Buenos Aires*, de donde tomo estos apuntes, dice que la leyenda es curiosa y que se excusa de transmitirla á sus lectores por falta de datos. Asegura, sin embargo, que la tradición revela la ardiente fe de los pobladores en los milagros de la Virgen del Valle, y que subsiste inalterable, como en los primeros días de su fundación con los ocho vecinos.

CONVENTO DE SAN FRANCISCO

Descrita, con la concisión posible, la fundación de la ciudad de Catamarca, llega el caso de ocuparme del convento de San Francisco, objeto de estos apuntes. Como he dicho antes, el convento ha seguido la suerte de la ciudad, recomendado por el Rey, como medio de civilización y el principal para atraer población. Y á fe, qué no se equivocaba en ello: además de los fieles y de los concursos que la religión conquistaba, venían los jóvenes que se educaban en el colegio, fundado por los padres franciscanos. Al principio los ramos que enseñaban eran muy limitados; pero estos con el tiempo aumentaron y los efectos de la educación se sintieron en las clases sociales.

Por muchos años, no hubo en las provincias del norte, independizada ya la República, otro colegio que éste para educar á la juventud. Algunas generaciones de jóvenes que han figurado dignamente en el escenario social y político de este país, deben su preparación á estos dignos educacionistas. Muchos nombres esclarecidos, salidos de este colegio, que me haré un honor en recordar más adelante, han tenido un puesto en el foro, en los congresos, en la política y en las más altas dignidades de la Iglesia.

¿Qué mejor testimonio puedo presentar de la idoneidad de estos frailes para la educación, que la exhibición de sus discípulos en los altos puestos de la República? Pero antes de llegar á este punto, permítaseme ofrecer, aunque sea sucintamente, algunos informes sobre la fundación del convento de San Francisco de Catamarca, en que se estableció el colegio, donde se ha educado, como he dicho antes, una gran parte de los jóvenes de las provincias del interior.

Desgraciadamente no he encontrado publicaciones respecto de la fundación de este convento y demás informes necesarios, para adquirir un conocimiento completo de su historia: he puesto todos los medios para obtenerlos y siempre con mal resultado. Por indicación del obispo de Cuyo Fray Wenceslao Achával, discípulo de aquel convento, he

llegado en mis indagaciones hasta el R. P. Fray Abraham Argañaraz, de la orden franciscana, dedicado á estudios históricos sobre órdenes religiosas. Este digno sacerdote, con cuyo conocimiento me honro, acogió con toda benevolencia mi exigencia sobre informes del convento de San Francisco, y á él debo los datos que consignaré en seguida y que, estoy seguro, no serán adelantados porque son los únicos que su asidua é inteligente investigación ha podido obtener.

Según sus informes, la más antigua fundación de este convento, con el nombre de hospicio, remonta al año 1607, bajo el Gobierno de don Alonso de la Rivera, en un lugar llamado San Juan Bautista de la Rivera de Londres, de que he hablado anteriormente al dar cuenta de la fundación de la ciudad.

La segunda fundación con el mismo título, data de 1633 por don Gerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba de Tucumán, en el lugar llamado Pomán, de que también he hablado antes por el mismo motivo.

Por último, la tercera fundación, y siempre con el mismo título, tuvo lugar el 5 de Julio de 1683 bajo el Gobierno de don Fernando de Mendoza Mate de Luna en el Valle de Catamarca, en la ciudad que lleva el nombre de San Fernando de Catamarca. De esta fundación se da también noticia en las notas anteriores.

En estas tres fundaciones, el convento lleva como se ha dicho, el título de Hospicio de San Pedro de Alcántara.

Siento no tener datos para dar cuenta de los primeros tiempos del desarrollo de este convento y de la enseñanza que en él se daba. Me veo por este motivo obligado á partir desde los primeros años de este siglo y que corresponden las noticias que, por intermedio del padre Argañaraz, he podido reunir.

Es, sin duda, incuestionable que en el convento de San Francisco, las materias que se enseñaba eran muy limitadas, pues consta de un modo evidente que sólo en 1810 empezaron á dictarse cursos superiores, esto es, filosofía y teología, siendo el primer lector del primero, el padre fray Ciriaco Baldivieso que enseñó tres años. No tengo noticia de otros

profesores que aquellos que yo he conocido, tales son: el padre fray Juan Archeverroa, lego; el padre fray Juan Fernández y el padre fray Cristóbal Gavica.

Todos estos preceptores cumplían sus tareas con una competencia y contracción, como si sus servicios fuesen remunerados con generosidad. Jamás faltaron á clase á las horas indicadas en el reglamento, á no ser por una grave enfermedad que los inhabilitase para concurrir á ella: eran modelo de exactitud.

El lego fray Juan Archeverroa, vizcaíno, enseñaba primeras letras, siendo su escuela muy concurrida. Era un lego virtuoso y llamaba la atención hasta por su figura. Miembro de una familia nobiliaria de Bilbao, por ciertas contradicciones de la vida, se vino á América y adoptó la profesión franciscana en la Recoleta del Pilár de Buenos Aires, en calidad de lego, de la que no quiso ascender, prefiriendo ser siempre lego. En esta Recoleta fué maestro de niños desde antes de 1803. Trasladado á Catamarca en 1814, continuó en el mismo empleo hasta una edad avanzada: su encierro conventual era tan riguroso que no conocía las calles de la ciudad: murió en 1844.

Viene en seguida fray Ramón de la Quintana, preceptor de gramática latina y retórica. Este padre era español de Santander, vino joven é hizo sus estudios en la Recoleta de N. S. del Pilar de Buenos Aires, donde profesó de franciscano. En 1805 fué nombrado maestro de gramática latina y retórica para esta Recoleta y en 1806 y 1808 lector de filosofía, empleos que desempeñó satisfactoriamente.

En 1810 fué graduado de lector de filosofía y nombrado guardián de la Recoleta de Catamarca. En 1812 prefiriendo la enseñanza del latín y retórica á la teología ú otra asignatura científica y más espectable fué confirmado en la enseñanza de estos ramos para el dicho convento de Catamarca, en la que continuó hasta la ancianidad.

El padre Quintana prestó también servicios en otro orden de empleos. En 1839 fué elegido ministro Provincial, y gracias á sus notables simpatías, recuperó los conventos de Tucumán y Salta, arrancados á la jurisdicción canónica fran-

ciscana por poderes extraños; restauró además los estudios mayores en el último y los estableció por primera vez en Tucumán y Mendoza, habiendo creado en ellas noviciados, que inauguró él mismo con frailes de Catamarca. Solo el convento de Tucumán ha sabido conservar y aumentar esta gran obra, debido á la infatigable laboriosidad del padre Quintana.

Sigue fray Juan Bautista Fernández, ilustre y memorable padre, como lo califica el padre Argañaraz. Como Quintana, era español, castellano, y profesó en la Recoleta del Pilar: fué lector, dos veces jubilado, la primera en su propia Recoleta y la segunda en Catamarca. En 1806 fué nombrado guardián de este convento y en 1822 regente de estudios y lector de filosofía. Por último, en 1836 fué elegido ministro Provincial.

Llegá finalmente fray Cristóbal Gavica, español, vizcaíno, de la Recoleta del Pilar. En 1823 fué enviado á Catamarca, en cuya Recoleta, como en la del Pilar, hizo su carrera de lector de Teología, y obtuvo dos jubilaciones. La supresión de la última, fué la causa para que éste, como varios otros, fuese á la primera. Poco antes de 1836 era nombrado por autoridad apostólica, Vicario Provincial de la provincia franciscana que él, por prudente religiosidad, salvó de su disolución canónica.

Había además otros frailes que componían esta comunidad, muy meritorios y que enseñaban algunos ramos.

El padre fray Juan Santiváñez, era también español, hijo de la Recoleta bonaerense del Pilar, de la que fué guardián en 1806, habiendo sido ya Definidor Provincial en 1803. Fué lector de Teología moral en Catamarca desde 1822, convento que él prefirió por la supresión de la Recoleta del Pilar, en tiempo del ministro Rivadavia. Fué, por último, guardián en Catamarca en 1823.

El padre fray Angel Díaz, también español, fué un honor y gran auxilio á la Recoleta catamarqueña por su saber y relevantes virtudes. Habíase hecho fraile en la Recoleta del Pilar de Buenos Aires, y ya en 1803 era Definidor Provincial y lector jubilado, y á su vez pasó á la de Catamarca,

donde se le llamaba el Ángel - fraile, haciendo alusión a su santidad.

Otro padre fray Andrés Cortés, fué un ilustre español, que parece haber sido hijo de la Recoleta de San Pedro Regalado del Baradero, en la provincia de Buenos Aires. En 1803 era nombrado guardián de dicha Recoleta y en 1808, graduado ya de predicador general, continuó bibliotecario de la de Catamarca y nombrado lector de Teología moral y maestro de niños en 1810 para el mismo convento.

Llego al término del personal docente del convento de San Francisco de Catamarca con el padre fray Pedro Gómez. Este padre, español, gallego, de la Recoleta del Pilar, fué en 1803 maestro de novicios en ella, lector de Mística y Regla en la de Catamarca en 1810.

Tales son los padres que yo conocí, desde que tuve uso de razón y jamás oí hablar de otros á quienes hubiesen substituído, con excepción del padre fray Ciriaco Valdivieso, á quien antes me he referido. Debo suponer que ellos eran los fundadores de las clases que se enseñaban, al menos en los estudios superiores.

A los siete años de edad, es decir, el año 1823, entré en la escuela de primeras letras, presidida, como he dicho, por el padre Archeverroa. Permanecí en esta escuela dos años, más ó menos, y pasé á la aula de gramática latina del padre Quintana, donde estuve como cuatro años, por esperar la apertura del curso de filosofía del padre Fernández. Tengo, pues, motivo bastante para conocer á mi digno maestro. En su trato familiar fuera del aula, era muy amable, no obstante su franqueza habitual, que lo hacía aparecer algunas veces en contradicción con aquella cualidad.

Por ejemplo: había entre sus discípulos algún joven que no era inteligente y perdía el tiempo en el estudio. El padre Quintana decía con brusca franqueza al padre del niño que lo sacase de la aula y lo dedicara á labores agrícolas. Conocí á unos jóvenes, sobre quienes hubo recaído un juicio desfavorable del maestro, que no le perdonaron nunca su franqueza. No obstante este defecto, era sensible en igual grado al talento é inteligencia de los jóvenes á cuya educación con-

tribuyó con sus recursos propios, en más de una ocasión, para que terminasen sus estudios.

Como un testimonio del interés que tenía por sus discípulos, me hago un deber de declarar, que ponía de su parte los medios, para prepararlos á las funciones del foro ó del púlpito. Recuerdo con este motivo, que en un día hizo colocar al frente del gran salón de estudios, una cátedra, para ejercitar á los alumnos superiores en la oratoria. Estos debían tomar por tema algunos hechos contenidos en los autores que traducían, como Quinto Cursio, Virgilio, Horacio, etc.

No puedo olvidar el efecto que me hizo el discurso pronunciado por Marco Avellaneda, padre del que fué Presidente de la República que, por la forma, dicción y manera correcta con que lo pronunció, entusiasmó al maestro y á sus condiscípulos. ¡Y que triste suerte deparó el destino á la ilustre víctima de Metán!

El padre Quintana tenía todas las condiciones para profesor de Gramática y Retórica: profundo conocimiento de las materias, objeto de su enseñanza y el respeto mezclado de cariño que infundía á sus discípulos. En cuanto á mí, tuve pruebas de afecto y consideración hasta en sus últimos años. Recuerdo que en el año 41, recibí en el destierro una carta de pocos renglones, que eran un gemido, por el degüello de mi tío José Cubas, su discípulo y amigo muy querido. Esta fué su última palabra para mí.

De la aula de gramática pasé á la de filosofía, presidida por el padre fray Juan Fernández, que no era menos meritorio que Quintana. La filosofía que enseñaba era peripatética. El texto tomado del padre Altieri, estaba escrito en latín. En un día de la semana se proponían cuestiones filosóficas que los alumnos discutían en forma silogística. Había algunos muy versados en esta forma de argumentación. El latín era el idioma habitual para estos ejercicios y para todo lo que tenía relación con la enseñanza de la filosofía.

El padre Fernández era notable por su cultura y distinción de maneras que le atraían el cariño y respeto de sus discípulos. Desgraciadamente, yo no pude terminar el curso de filosofía por poco que me faltara. Los sucesos de la guerra civil

me obligaron á abandonar, con mi familia, á Catamarca en 1831 y refugiarme en países extraños, para no volver mas á residir en aquella ciudad.

En conclusión debo declarar, como término de estos apuntes, que los frailes á que antes me he referido tenían una conducta irreprochable, como eclesiásticos. Algunos de ellos observaban, como frailes recoletos, una reclusión tal, que no conocieron las calles de la ciudad según dije ya de uno. Muy pocos, por motivos de salud, permanecieron algunos días en la chacarita, propiedad del convento, situado á tres leguas de la ciudad, debiéndose á esta conducta el respeto y consideración que les tributaba la sociedad.

VISITA AL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

No cerraré estos informes, referentes al convento de San Francisco de Catamarca, sin recordar que después de veintitrés años de expatriación, en el año 1863, volví á Catamarca. Como era natural, el tiempo no había disminuído el afecto que le tenía á aquella congregación de padres, en cuyas aulas había cursado mis estudios.

A los dos días de haber llegado á aquella ciudad, me fuí á visitar al convento. Al penetrar en sus claustros, lo primero que se presentó á mi vista, fué una tertulia de frailes que, en asientos formados en dos hileras en uno de los costados, tomaban mate, charlando con familiaridad. Confieso que instintivamente me causó mala impresión este espectáculo, que no había visto en mis antiguos maestros. Se dirá quizá que esta reunión familiar no encierra en sí una transgresión de las reglas conventuales, en lo que pueden tener razón, si bien el hecho no se acomoda con la rigidez de las órdenes religiosas y principalmente recoletas.

No me habría causado sorpresa el uso del mate en la celda, satisfaciendo una necesidad creada: hacerlo, sin embargo, en la forma indicada, me parecía un hábito de holganza en extremo mundano, que no se avenía con la oración y la penitencia.

Tuve la suerte de que estuviera en el grupo fray Benjamín Achával, mi condiscípulo, que me presentó á ellos. Visitamos después el convento y las aulas para ver su estado actual. Desde luego pude deducir, que los estudios estaban regidos por mediocridades, que el convento había relajado el rigor de la antigua disciplina, y que los frailes de este tiempo tenían mucha más libertad que los del mío.

Con mi permanencia en la ciudad pude informarme y observar por mí mismo el cambio operado en las costumbres conventuales. Los frailes excursionaban á pié y caballo con frecuencia, cultivando relaciones sociales. Yo me alojé en una quinta, situada á pocas cuadras de la ciudad y sobre un callejón que conduce á las chacras. Allí tuve ocasión de ver pasar con frecuencia á los frailes en buenos caballos, los hábitos remangados y con zapatos lustrosos en vez de la sandalia franciscana. Se me informó que iban á visitar sus familias, á lo que observo que éstas son las que deben visitar al fraile y no éste á ellas, pues ha aceptado una orden que lo obliga á mantenerse en reclusión, renunciando á la familia y á la sociedad.

Como una muestra de la relajación de la disciplina del convento, se me dijo, que un padre, cuyo nombre omito, de buena familia, tenía en su celda arreos de caza y esgrima, á cuyos ejercicios era muy aficionado.

Séame permitido consignar la crítica que tan lamentable transformación me inspira, pues lo hago movido por la veneración que profeso á la época gloriosa del convento, en que brilló y conquistó un lugar honroso en la historia del país, por el saber y la austeridad de las costumbres de los virtuosos frailes, mis maestros inolvidables.

SEMINARIO Y COLEGIO NACIONAL DE CATAMARCA.

Después de haber hecho una relación histórica del convento de San Francisco de Catamarca y de su influencia en el progreso del país por la instrucción dada á la juventud, creo responder á este propósito, haciendo una ligera relación de

los establecimientos de educación que se fundaron posteriormente. Estos son el seminario del colegio de la Merced y el colegio nacional. El primero se fundó el 21 de Abril de 1850 bajo el gobierno del señor Manuel Navarro y se le dió para su sostenimiento las rentas de las fincas de este colegio que perteneció á los jesuítas. No puedo determinarlos con precisión los ramos que se enseñaban, ni los profesores que los presidían; puedo si asegurar, que eran estudios inferiores, con maestros que estaban en relación con la cultura social de la provincia.

La mala impresión que me dejó la visita al convento de San Francisco y el estado de atraso que demostraba la ciudad en su estado social, me decidieron, como diputado por la provincia de Catamarca, á presentar dos proyectos sobre mejoras públicas, siendo uno de ellos, la fundación en aquella de un colegio nacional. Sancionados por el congreso, el gobierno tuvo á bien nombrarme, para que fuera á instalarlo, siendo este el primero que se fundaba en la República el 1° de Marzo de 1865.

Me causa violencia decir que los vecinos de la ciudad, con ligeras excepciones, recibieron mal el presente que les llevaba. Decían sin embozo que los ramos que se enseñarían en el nuevo colegio, debilitarían el sentimiento religioso, y que eran bastantes para la instrucción pública los colegios existentes, presididos por eclesiásticos. Por este hecho se puede deducir el estado de cultura en que se hallaba Catamarca en aquella época.

A pesar de estos malos indicios, me presenté al gobernador Maubecin y le manifesté la comisión que llevaba del gobierno nacional, felicitándome de haberme cabido en suerte el honroso encargo de instalar un establecimiento de educación, con un plan de estudios más adelantados que los que regían en los dos colegios existentes. Le indiqué al mismo tiempo que había conveniencia en nacionalizar el seminario de la Merced, refundiendo en éste el nuevo colegio y aprovechando en su beneficio las rentas de aquel.

¡Vana ilusión! El gobernador Maubecin se negó á toda proposición, apoyado por el obispo de Salta fray Buenaven-

tura Risso Patrón y su secretario el doctor Rainerio Lugones, que se hallaban accidentalmente en aquella ciudad y pretendían jurisdicción sobre el colegio de la Merced por su calidad de seminario.

El rector de este colegio presbítero Victoriano Tolosa se oponía igualmente á su nacionalización, siendo también favorable á esta negativa el juez federal doctor Filemón Posse, fundado quizá en otras razones. Inútiles fueron todos los esfuerzos que hice para vencer esta oposición, que me obligó á recurrir á la prensa, para contestar ciertos comunicados é ilustrar con este motivo las cuestiones referentes á tan importante asunto. Fué todo ineficaz, mi proposición quedó rechazada absolutamente.

En tal situación no me quedó otro recurso que instalar el colegio nacional en una casa privada, para lo cual tuve la ayuda eficaz de los señores Samuel Molina, doctor Fidel Castro y algunas otras personas que, desde el primer momento se pusieron á mi servicio, para ayudarme en la patriótica empresa. Gracias á esta eficaz cooperación, pude llevar á cabo la instalación de este importante establecimiento de educación, nombrando provisoriamente rector al doctor Fidel Castro y de profesores, á algunas otras personas que este me presentó.

He ahí la fundación del colegio nacional de Catamarca, la que quedaría incompleta, si no diese cuenta de los hechos posteriores que, en su desarrollo, trajeron la refundición de este colegio en el seminario de la Merced. Las buenas ideas al fin triunfan.

Yo había propuesto al gobernador Maubecin la innovación, convencido de la pobre organización del seminario y de las ventajas que de la refundición antes expresada, traería á la educación del pueblo. El seminario tenía adjudicadas fincas muy valiosas que podían entregarse al gobierno nacional en usufructo, y este en compensación, aumentar algunos ramos de enseñanza, convenientes á la provincia, como la minería, etc. Todo esto no tuvo eco en los consejos del gobierno de la Provincia; pero sí en la opinión pública. A los tres años de ejercicio del colegio nacional, la legisla-

tura dictó una ley con fecha 10 de Agosto de 1868, por la cual convertía en hecho las indicaciones hechas por mí al gobernador Maubecin.

No fué, sin embargo, duradero este compromiso. Un senador nacional de Catamarca, consiguió del ministro de instrucción pública la rescisión del compromiso y la devolución de las fincas al gobierno de Catamarca. Al poco tiempo estas fueron vendidas y su importe empleado en objetos extraños á la instrucción pública, quedando el colegio sin fincas y sin rentas.

Tal fué la triste suerte de las valiosas propiedades del colegio de la Merced, las que, bien administradas, habrían producido una renta bastante, para sostener un colegio importante.

LOS DISCÍPULOS DEL VIEJO CONVENTO

Dije antes que en el colegio de este convento, se educaron algunas generaciones de jóvenes que han figurado dignamente en la vida social y política de este país. Este es el mejor elogio que se puede hacer de una congregación de sacerdotes que reconocieron espontáneamente por misión la enseñanza de la juventud. Este es también el mejor ejemplo que se puede ofrecer de la misión del hombre en este mundo: enseñar al que no sabe.

Y á fé, que cumplieron con abnegación el precepto del Evangelio, sin ser gravosos al Estado, al que sus discípulos sirvieron después con patriotismo recomendable. Bien lo demuestran los altos empleos que desempeñaron con virtud en la vida pública y la influencia que ejercieron en la sociedad por su cultura intelectual. Una lista solamente de los hombres que tuvieron títulos profesionales ú ocuparon puestos públicos, demostrará con evidencia hasta qué punto llega el servicio de estos frailes por su participación en la enseñanza de la juventud.

Va en seguida esa lista con la que terminarán estos apuntes, que sin pretensiones literarias, contienen la verdad y

ofrecen la gratitud de uno de los alumnos, que en los últimos años de la vida, recuerda con amor filial á sus maestros:

Achával fray Wenceslao — De Santiago del Estero, obispo de Cuyo.

Alcorta Amancio — De la misma provincia, economista notable; ocupó en ésta altos puestos públicos.

Augier Marcelino — Diputado nacional.

Araujo Ceferino — Abogado: ocupó puestos públicos.

Avellaneda Marco — Abogado, ministro y gobernador de Tucumán.

Bascoy Vicente — Abogado y diputado nacional.

Centeno, Presbítero — Ministro y gobernador, diputado nacional.

Cubas José — Gobernador de Catamarca.

Dávila Guillermo — De la Rioja, senador nacional.

Dulce Gorgonio — Abogado y ministro de gobierno.

Esquiú fray Mamerto — Obispo de Córdoba.

Molina Samuel — Gobernador y senador nacional.

Navarro Samuel — Periodista y comisario general de inmigración.

Navarro Darío — Cónsul en Concepción de Chile.

Navarro Ramón Gil — Periodista y diputado nacional.

Navarro Angel — Abogado, secretario del general Armasa en la legación de Bolivia al Brasil y senador nacional.

Navarro Octaviano — General de la nación.

Navarro Mardoqueo — Cónsul en Chile y escritor.

Ocampo Dermidio — Ministro de gobierno y diputado nacional.

Risso Patrón fray Buena Ventura — Obispo de Salta.

Reta fray Salvador de la - - De Mendoza, obispo auxiliar de Cuyo.

Ruzo Benedicto — Escritor, diputado nacional.

Ruzo Gorgonio — Literato y poeta.

Segura Luis Gabriel — Presbítero, obispo del Paraná.

Soria Severo — Presbítero, cura del Rosario y diputado nacional.

Sosa Gregorio — Ministro de gobierno.

Zavalía Salustiano — De Tucumán, abogado, senador nacional.

Si es cierto, según las escrituras, que el hombre sobrevive á la muerte, espero que llegarán hasta los espíritus de los humildes franciscanos, los sentimientos de uno de sus discípulos, que con respetuoso y duradero afecto rinde culto á su memoria.

PEDRO AGOTE.

ROQUE MORENO

(Novela histórica escrita para la REVISTA DE DERECHO
HISTORIA Y LETRAS) (I)

Allá en los tiempos que fueron y que no volverán á ser; cuando aún no nos obligaba el ayuno, ni presentíamos el sufrimiento, sino que el horizonte de la vida se nos presentaba teñido de ópalo y zafir, oímos á los ancianos de la familia el siguiente auténtico episodio, ocurrido en estas tierras que Carlos V nombró Castilla del Oro, y que pugnaba ya por ser república peruana á despecho del león de Iberia y de sus potentes garras.

(1) La distinguida escritora peruana señora TERESA GONZÁLEZ DE FANNING, aproximase al ocaso de la existencia, luciendo en la espaciosa frente doble guirnalda formada con las rosas de sus virtudes domésticas y con los mirtos de sus triunfos literarios. Conserva en su espíritu como vivificante savia, la tradición liberal de los que contribuyeron á la emancipación de este Continente, y, anticipándose á su época, sin vanos alardes, en el retraimiento del hogar, preparó su inteligencia robusta para la lucha de las ideas y para derramar la simiente del saber en las almas de los niños. Su nombre es ya símbolo de bondad y de progreso, y un plantel de educación se ha encargado de popularizarlo al par de sus escritos, dentro y fuera del Perú. Cuando el vencimiento dejó huertana su alma de esposa amante, hiriendo de muerte en el campo ensangrentado de Miraflores al intrépido marino con quien compartía los goces y las penas de la existencia; cuando las sombras de la derrota cubrían como negro sudario el horizonte de la Patria, vistiendo aún las tocas de la viudez, la señora Fanning continuó en la esfera de su acción, la lucha heroica, la rebeldía contra el destino implacable; y mientras los más constantes defensores del bicolor amado sostenían desigual contienda en los desfiladeros andinos, ella abría una escuela para inculcar en los corazones infantiles, en los hombres del mañana, el odio al invasor atortunado, preparando el momento de la revancha, que llegará cuando la fe se sobreponga al escepticismo, disipando las falsas ideas que animos cobardes difundió sobre la exagerada prepotencia del adversario. Si: ha de llegar ese momento cuando aquella fe se encarnen en un Martí y en un Maceo; cuando el abatimiento de las almas se transforme en la seguridad de la victoria; fuerza invisible que en todas las naciones, y en todas las épocas ha dado el triunfo á los débiles sobre el orgullo de los fuertes. Este patriotismo nobilísimo, de temple espartano, ungido con la

En la provincia de . . . pero, no; más vale no decir en cual y aún conviene disfrazar los nombres de los que en esta tragedia figuran, no sea que viva algún descendiente, afín ó consanguíneo, á quien le escueza alguno de nuestros conceptos y nos arme gresca y cachetina, que á eso y más estamos expuestas las que tenemos la malaventurada manía de echar á volar el pensamiento, lo cual nos haría malditísima la gracia, siendo como somos de temple pacífico y amujerado.

Pero basta de preámbulos y arriesguemos el todo por el todo. Don Justo de la Vega Hermosa era un caballero español avecindado en el Perú y dueño de la hacienda de San Honorio, que había comprado á buen precio, y en la que se había formado un apacible retiro en los agitados tiempos del virrey La Serna, último representante del monarca español en el Perú.

Era don Justo hombre de unos treinta años, de gallarda apostura y de tipo árabe en toda su pureza.

Tal vez por esta circunstancia y la de ser oriundo de Granada, suponían sus contemporáneos que, por la línea materna, descendía del desgraciado Boabdil, último poseedor de aquel Reino reconquistado por los Reyes Católicos.

Daba fuerza á esta novelesca versión cierto impenetrable misterio de que se rodeaba el de Vega Hermosa, esquivando con fría urbanidad las incursiones que en su pasado pretendían hacer los curiosos; y tanto ó más que eso intrigaba á estos las cuantiosas riquezas de que disponía, pues era cosa averiguada que tenía crédito abierto é ilimitado en la Com-

sangre del esposo muerto al pie de su bandera, es una de las faces más atrayentes y simpáticas de la ilustre dama limeña, honra de las letras sudamericanas. En las fecundas tareas del profesorado, mitigó la esposa los dolores que laceraban su corazón, y la noble enseñanza que constituyera la base de su sistema escolar, fué el más alto homenaje, la ofrenda más pura que el espíritu de una mujer peruana podía tributar á la memoria de los héroes mártires. No es esta la ocasión de diseñar, ni siquiera á grandes rasgos, la vida literaria de la distinguida escritora, cuyo primer libro de leyendas y artículos lleva un prólogo de Emilia Pardo Bazán. En esta breve reseña como en las anteriores, la REVISTA se limita á cumplir un deber de justiciera cortesía con sus bondadosos colaboradores, á fin de conservar en sus páginas — en reducidísima tela, — la fisonomía intelectual de quienes la enaltecen con sus obras. — (D. DE V.)

pañía de Indias que, como se sabe, monopolizaba entonces el comercio americano.

Estaba sí, plenamente comprobado que don Justo, á su varonil belleza, unía el ser valiente y pundonoroso; liberal, con cuantos de su auxilio necesitaban y creyente á macha martillo; que poseía, en fin, todas las virtudes de los antiguos caballeros españoles que tan en desuso van cayendo; como han caído ya la capa de doble cuello y el faldellín de nuestros abuelos.

Creyente dijimos, y en verdad, lo era tanto y tanto se extremaba en el cumplimiento de los deberes cristianos, que no solo desmentía plenamente la maliciosa especie de la ascendencia morisca con que lo gratificaban sus contemporáneos, sino que se ponía á cubierto de toda sospecha por donde hubiera podido hincarle el diente la Santa Inquisición.

Decían otros que se suponían mejor informados que, próximo á casarse el señor de la Vega Hermosa con una noble sevillana, de peregrina hermosura con toda la sal y la gracia de la tierra de María Santísima, murióse casi repentinamente la novia; por lo que, cual otro Duque de Gandía, desengañado de las humanas grandezas, habíase venido á América á vivir en la soledad y con el propósito de emplear su inmenso caudal en cierta fundación piadosa cuyo plan maduraba.

Estas y otras muchas versiones acerca de los antecedentes de don Justo circulaban entre los curiosos y entrometidos de provincia, siempre listos para otear lo que á los demás atañe.

Por su parte el de la Vega Hermosa no se ocupaba de los oficiosos y averiguadores, sino cuando se le presentaba la ocasión de prestarles algún favor de vecindad, ayudándolos con su dinero ó con sus consejos.

II

Como ya dijimos, corrían los tiempos en que el Perú, imitando á sus hermanas de América, pugnaba por conquistar su independencia.

El virrey La Serna, tratando de concentrar las fuerzas realistas en Jauja, ocupada por Carratalá, después de volver á los patriotas en Ataura, dejó Lima á merced de San Martín que se apresuró á ocuparla y á proclamar la Independencia, retemplando los espíritus y haciendo que brotaran héroes, aún en el sexo débil y en las más humildes esferas sociales, como lo probaron doña María Bellido y el chorrillano Oloya, cuyos nombres siempre recordará con orgullo la patria historia.

Mas si el Protector tuvo poderosos auxiliares que lo ayudaran á llevar á buen término la magna empresa ó por lo menos á dejar la fruta en sazón para que la cosechara el Libertador, no fueron menores los obstáculos con que tuvo que luchar poniendo á prueba el superior temple de su grande alma.

La nobleza española había echado en el Perú, y especialmente en Lima, hondas raíces. La proverbial riqueza de estas regiones, su clima blando, émulo del de Andalucía y mil otras circunstancias favorables, habían contribuido á que los esforzados descendientes de Pelayo se encariñaran con esta tierra del Sol, que Pizarro ofrendó á la Corona de Castilla.

Cierto es que muchos nobles hicieron causa común con los patriotas; pero el mayor número, aferrado á sus viejos pergaminos, se sublevaba ante la idea de perder las preeminencias heredadas de sus mayores y de ponerse al mismo nivel y tratarse al tú por tú con aquellos á quienes estaban habituados á mirar como sus inferiores. Para ello, San Martín y sus parciales solo eran una turba de advenedizos aventureros, que cual plaga de langostas había caído sobre el Perú para chupar sus jugos.

Justificaban en cierto modo esta desventajosa opinión de las familias realistas, la necesidad de arbitrar fondos para sustentar al Ejército Libertador y el gran número de parásitos patrioteros que medraban á la sombra del gran árbol de la Libertad, cosechando sin escrúpulo sus más ricos frutos.

En este número y en primera fila, descollaba don Roque Moreno, sugeto de sangre híbrida, del cual podía decirse con justicia que, por su alcurnia, tenía los siete pelos del diablo;

y que unía al inteligente desparpajo del mulato la solapada reserva del indio y la sanguinaria ferocidad del africano, descollando especialmente entre sus rasgos característicos una desenfrenada avidez de dinero.

No es esto decir que don Roque, á la par que tan gruesos defectos, no poseyera algunas relevantes cualidades: eso sería desconocer la esencia del ser humano, en el que frecuentemente se mezclan los más rastreros vicios con las más elevadas virtudes; así como el oro puro suele confundirse con el hediondo cieno; y las plantas salutíferas con las de más corrosivo veneno.

Moreno tomó por compañera á doña Isabel Maldonado, á quien sus comprovincianos, siguiendo la populachera costumbre de desfigurar los nombres, llamaban doña Chavelita; así como á sus hijos Manuel y Telésforo nadie los conocía sino por Manonguito y Tilico.

Doña Chavelita, por la rama paterna, estaba entroncada con un noble brigadier del ejército español; pero como su madre fuera una mulata de muy *crespas obligaciones y zambas correspondencias*, ella venía á resultar una donosa cuarterona, de ojos incendiarios, labios rojos, húmedos y carnosos y de lujuriosas formas, en las que dominaba la línea convexa. Su tez, de un moreno transparente, no estaba afeada por la más pequeña mancha; sin embargo, los que la conocieron en pañales aseguraban que ostentaba el *cayanazo*, marca inerrable de su origen africano.

Por lo demás, si su agraciada figura le compraba voluntades, mayores aún ganaba por su carácter ingénuo, tierno y bondadoso, no habiendo tradición de que ella hubiera negado un servicio que pudiera hacer ni hubiera dejado una aflicción sin consolar.

Contaría quince años escasos cuando, por efecto de un borrascoso carnaval, cayó en las amorosas redes de Moreno, el más arrogante mozo del pueblo, ducho en el arte de engatusar doncellas, comprometer casadas y ser siempre el número uno en toda parranda, fiesta ó bodorrio.

Juzgándolo por sus antecedentes, todos los que á este co-brizo Adonis conocían, dábanle seis meses como plazo

maximo á esta asociacion marital; pero con general asombro se vio que ajustaba un año y que, al terminar el segundo, el indomito berrendo humillaba la cerviz al yugo matrimonial, legitimando así el nacimiento de Manonguito, un mamón recordete que se le montaba á caballo en los hombros, le decía *tata*, le baboseaba los bigotes y con sus besos y carantoñas lo obligaba á permanecer en la casa olvidando las lidias de gallos, las cabalgatas y comilonas.

Doña Chavelita, sin plan preconcebido y sin más guía que su amorosa pasión, su instinto femenino y su atrayente y discreta gracia, había logrado domeñar al *toro bravo*; como llamaban á Moreno los mozos *cruos* de su séquito. Ella comenzó la obra, y las monerías de Manonguito la completaron; de suerte que Roque Moreno se habría dejado hacer trizas, antes que permitir que tocaran un sólo cabello de su mujer ó de su hijo. Ella era su ángel bueno; ella, la que refrenaba su carácter indomito, modificando sus tendencias sanguinarias y su sórdida codicia.

Sin saberlo, acaso, doña Chavelita había llegado á ser la Onfala de este rústico Hércules; pero no por el solo placer de domeñar su ingénita altivez, sino porque toda su ambición se cifraba en conservar su amor y en hacerlo feliz; empenándolo en que fuera bueno y compasivo; y sobre todo, fiel á su amorosa pasión, pues, celosa como una tigre africana, guay! de la hembra que hubiera pretendido arrebatárle á su *mozo*, como cariñosamente lo nombraba en sus íntimos coloquios. Entonces sí que, convertido el ángel en demonio, capaz habría sido de arrancar el corazón con las uñas á la pérfida que quisiera robarle el sol de su vida.

III

Apenas si había salido Roque de la adolescencia, cuando heredó de sus padres un gran hacendón, con extensos potreros bien cercados y sembrados principalmente de alfalfa, donde pastaban numerosos rebaños caballar y vacuno. Una tercera parte de la hacienda era de terreno montuoso, donde entre

chilcos, sauces y guarangos, vivían en estado salvaje, amén de venados de ramosa cornamenta, toros descendientes de las más renombradas ganaderías españolas, cuyos antepasados habían hecho traer á gran costo los jesuítas, antiguos propietarios de la hacienda del Olivar.

Esta, que debía su nombre á un añoso y productivo olivar que ocupaba algunas hectáreas de terreno, tenía una casa grande y maciza, circuida por tres de sus lados por anchos corredores; con una doble escala por el frente y otra por el costado izquierdo, que conducía á la capilla, edificio de severo estilo gótico, bastante deteriorado en la época á que nos referimos y que, centinela infatigable, parecía velar el eterno sueño de los muertos que reposaban en el cementerio contiguo.

La casa, empinada sobre una alta huaca, dominaba como dueña absoluta las novecientas fanegadas de terreno que componían el fundo, las diversas oficinas y dependencias y el galpón, enorme cuadrilátero de adobes, donde en pequeños y apiñados ranchos de caña y totora se encerraban, al toque de ánimas, unos trescientos esclavos negros, forzados cultivadores de la hacienda, sin otro porvenir, las más veces, que el de terminar su vida abonando con su sudor el terruño donde habían de ser sepultados sus restos junto á los de sus padres; y ay! del que, altanero, quisiera substraerse al rigor de su dura suerte! El rebenque del caporal, abriendo surcos sangrientos en sus desnudas espaldas, lo haría humillar la cerviz y someterse como el buey al arado, como el caballo al freno.

Y esto no es decir que en la época á que nos referimos, no se hubiera dejado sentir ya la corriente civilizadora, tendente á hacer ver en cada hombre, cualquiera que fuera su raza, un miembro de la familia humana, con los mismos derechos y exigencias. La condición del esclavo en el Perú, cuando en 1855 el general Castilla lo emancipara de la servidumbre forzosa, había ganado muchos grados comparada con la de sus antepasados, los bozales importados de Africa, cuando en el contrato de venta se les designaba con la gráfica frase de: *alma en boca y costal de huesos*

Joven y rico Moreno, vióse luego rodeado de amigos del buen tiempo, y ellos lo ayudaron á comerse alegremente la mejor parte de la herencia de sus padres en orgías y francachelas, que le dieron nombre y autoridad entre los mozos más jaranistas de la provincia. Ninguno como él quebrantaba un caballo chúcaro, ni amartelaba á una moza de buen trapío, ni embestia con más brío á una botella del famoso Motocache. Sus dichos, sus aventuras galantes y sus hazañas hípicas corrían de boca en boca, aumentadas y comentadas como verdaderas proezas dignas de ser conservadas en los fastos de la historia de los mozos *cundas*, adeptos de Venus y de Baco.

Referíase con notas y floreos que, de tránsito por el Olivar, el comandante Nieto fué desafiado por Moreno á subir y bajar á galope un empinado y abrupto cerro, que hacía frente á la casa de la hacienda, y que el vencido costearía una *pachamanca* al vencedor y los amigos que servirían de jueces y espectadores de la arriesgada apuesta. Aceptóla Nieto, fijóse el día y la hora, y, llegado el instante designado, á una señal de los jueces, ambos campeones, espoleando sus cabalgaduras, lanzáronse á galope tendido hacia la cima del cerro, y muy pronto lo coronaron, en medio de los aplausos de la multitud que, siempre ávida de emociones, había acudido á presenciar la bárbara hazaña. Pero faltaba la parte más difícil, la bajada, en la que corrían inminente riesgo de descalabrarse. Conociólo así Nieto, y después de un momento de vacilación, díjole á su contrario: « Camarada, desisto; doime por vencido y me resigno á pagar la apuesta ». Y, sin embargo, era Nieto el mismo esforzado campeón que, algunos años después, ya general de la República, batióse en singular combate, en la batalla del Portete de Jarquí con el valiente Camacaro, reputado como la primera lanza de Colombia, teniendo por espectadores á ambos ejércitos.

Moreno, sin titubear y confiando en los acerados miembros de su caballo acostumbrado á la cacería de venados, recogió un tanto las riendas al ejercitado bruto; y, en medio del sepulcral silencio de los espectadores, que ni alentaban, temerosos de presenciar una catástrofe, bajó impávido aquella eminencia casi en el mismo espacio de tiempo que había

empleado en subirla, siendo recibido entre hurras y entusiasmas vítores.

En otra ocasión, al finalizar una cena borrascosa, propuso Moreno á sus compañeros de crápula, tomarse entre cuatro una botija de aguardiente, que él costearía; siendo el premio del vencedor la posesión de una Venus africana, de empinado seno y opulento caderaje, cuyos dientes menudos y blancos como la leche cuajada contrastaban con el negro charol de sus apretadas mejillas, y que respondía al nombre de Nena, cariñoso diminutivo de Magdalena.

Aceptaron gustosos, porque todos los mozos del pueblo se pirrabán por la muchacha; sin atreverse á írsele muy de frente, temerosos de entrar en íntimas relaciones con el cuchillo lobero de Cuno, padre y feroz cancerbero de la doncella, y muy capaz de abrirle un ojal en el cuero al imprudente que osara arrebatarse su tesoro.

Fué cosa convenida que los vencidos ayudarían al vencedor y le facilitarían, con astucia ó con dinero la conquista de la Filis. Ocho días después, la trastienda de una chichería servía de escenario á esta singular orgía. Solo tres de los báquicos gladiadores se habían presentado á la palestra, el cuarto, por enfermedad, cierta ó fingida, se excusó de asistir.

Llegado el momento solemne, vacióse en una *chomba* casi todo el contenido de una botija del aromoso Motocache; y, armados de sendos jarros, dióse comienzo á la lucha con este brindis pronunciado por el anfitrión:

— A la salud del bravo que se gane á la Nena!

Aplaudieron los otros y los tres apuraron el contenido de los jarros, colocándolos luego plan arriba en prueba de que se había vaciado hasta la última gota del alcohólico líquido.

Siguió la lucha con ligeros intervalos de charla y canturía ó excitando la sed con los bien condimentados cuyes, el seviche y el escabeche que, inflamando con el ají las membranas bucales, hacían llorar de gusto á los que lo saboreaban; y bebían más y más zumo de vid; y fumaban puros y corbatones, lanzando columnas de espeso humo, que, mezclado con las emanaciones del aguardiente y los picantes y la respiración de diez ó doce personas que presenciaban tan

original duelo, formaban una atmósfera turbia, pesada y asfixiante.

Dos horas después de romperse las hostilidades, uno de los combatientes, con la cara inflamada, abotagados los ojos y mascuyendo con torpe lengua:

— «Con . . . migo . . . no pue . . . e . . . na . . . die . . .
Caram . . . ba! . . . me gano . . . á la . . . Ne . . . na . . .
rodó bajo la mesa. De allí lo llevaron cargado á su canna de donde no se levantó más. Igual suerte, más ó menos, corrió el segundo, quedando vencedor Moreno que hizo el último disparo á la *chomba* dejándola por mitad.

No se libró, sin embargo, de unas fiebres inflamatorias, de las que solo salvó gracias á los cuidados de doña Chavelita, quien con este hecho afirmó su reinado, pasando poco después á ser la señora de Moreno, mediante la bendición y el *ego te* conyugo según el rito de la Santa Madre Iglesia.

Esta fué la última calaverada mayúscula de Roque. *Carabinero retirado* como él se llamaba, dedicóse á cuidar de sus hijos y de su hacienda, enflaquecida y anémica á causa del abandono y de las repetidas sangrías que le había dado para sostener el rango de mozo calavera rodeado de parásitos que lo adulaban y fomentaban sus vicios para mejor explotarlo.

Faltábanle capitales; y fuerza fué recurrir á empréstitos que con más ó menos buena voluntad le hacían los vecinos.

Como recurso más eficaz y expeditivo lanzóse de lleno en la política. Maldito si á él le importaba un bledo que el Perú estuviera gobernado por un agente del monarca español ó por el rey de Túnez; pero se afilió al partido de los insurgentes que creyó tenían mayores probabilidades de éxito y llegó á ser el hombre más influyente de la provincia.

Empeñados ambos bandos en los horrores de una guerra sin cuartel, no se escatimaban persecuciones ni se ahoraban inútiles crueldades.

Si los españoles quemaban los pueblos de Cangallo y Reyes y sacrificaban bárbaramente en Huamango á doña María Bellido, porque no descubría el nombre del autor de una carta dirigida á un montonero pariente suyo, noticián-

dole el número de fuerzas con que combatían los realistas y los movimientos de su ejército, por su parte los patriotas prohibían á los españoles salir á la calle con capa, so pena de destierro; y amenazaban con la confiscación de bienes ó la muerte á los que salieran después del toque de *Angelus* ú ocultaran armas. Y mientras en Palacio se daba un alegre baile celebrando los triunfos obtenidos, cerca de quinientos españoles, muchos de ellos ancianos y achacosos, eran conducidos á pie al Callao, en medio de la befa del populacho; en tanto que un religioso los acompañaba rezando el rosario y exhortándolos á la paciencia. Más aún, si cabe, tuvieron que ejercitarla cuando hacinados á bordo de la goleta « Milagro » que debía conducirlos á España, estuvieron dos días incommunicados, faltos de provisiones y oyendo el clamoreo de sus deudos que en numerosos botes rodaban la embarcación anhelando dar el postrer adiós al padre, al hermano ó al esposo, á quien acaso no volverían á ver.

Era, pues, una época propicia en que los intrigantes, sin más ley que el lucro personal, tenían ancho campo de explotar; y el denunciar á un español ó arrebatárle vida y hacienda eran acciones meritorias y dignas de recompensa.

No descuidó Moreno tan fructífera labor. Investido con el cargo de capitán de Milicias y afectando gran celo por la noble causa de la Independencia, cuidó ante todo, de rehacer su desmoronada fortuna mediante una ténaz persecución á los *chapetones*, muchos de ellos honrados padres de familia que, considerando al Perú como su patria de adopción y deplorando los horrores de la guerra, sólo anhelaban prescindir de toda lucha y continuar sus pacíficas labores, preparando así un holgado porvenir para sus hijos, nacidos en el Perú y de madres peruanas.

Entre los españoles que alentaban en el radio de acción en que funcionaba Roque Moreno, descollaba, como el enhiesto pino entre medrosos arbustos, don Justo de la Vega Hermosa, por su ingente caudal y señoril magnificencia.

Era don Justo gran peje que podía dar mucho aceite; suculento bocado al que de buena gana le hubiera hincado el diente el patriotero Moreno, si no hubiera estado defendido

por una doble cota de maila que lo hacía invulnerable. Había hecho servicios de dinero y de influencias en más de una ocasión, cuando las altas y bajas de la guerra habían puesto en peligro al insurgente de ser colgado del primer sauce del camino real ó de probar el temple de las balas españolas, como guerrillero cogido con las armas en la mano, y, como si esto no bastara, doña Chavelita, cuyo corazón agradecido no olvidaba beneficios, lo había tomado bajo su protección, diciendo en más de una vez con su más gracioso mohín y marcando el compás con el índice:

— Lo que es á don Justo, ya lo sabes Moro: no se le toca ni un cabello... ni un caballo... ni una mata de caña de San Honorio, que si mis hijitos tienen padre, después de Dios, á él se lo debemos.

Y Moreno, bajando la cabeza, torcía un cigarro, silbando un tondero ó la replicaba impaciente:

— Pues, ya lo creo, parienta. Ya se sabe que don Justo está bajo el manto de la Virgen y que estas cosas no serán con él. Agregando á guisa de comentario:

— ¡Y qué buenas peluconas de Carlos III y Carlos IV tendrá guardadas el godo!

TERESA GONZÁLEZ DE FANNING.

(Continuará).

EVOLUCIÓN CORRELATIVA

DE LA

ENSEÑANZA, LA DIDASCOLOGÍA Y LAS ESCUELAS NORMALES

ESTADO ACTUAL DE LAS ÚLTIMAS EN LA REPÚBLICA
ARGENTINA (1)

El universo entero evoluciona y esta evolución sigue una tendencia, con sujeción á leyes universales y perpetuas. Este movimiento de cuanto existe va, probablemente, á un fin, á un término, que la teología cree señalar y que la ciencia no prevé. No es posible tampoco á la ciencia, todavía, determi-

(1) El doctor FRANCISCO ANTONIO BERRA nació, de padres españoles en Buenos Aires, el 3 de Diciembre de 1844. No sobresalió en los estudios primarios, por falta de memoria; pero obtuvo las mejores notas en los estudios secundarios, comenzados en 1864. Se aplicó especialmente al cultivo del derecho y ciencias sociales y obtuvo el grado en 1873. Ejerció luego la abogacía, con tendencias á estudios pedagógicos y á influir en el progreso escolar del Uruguay, (en donde residió desde 1852) hasta mediados de 1894. En este año fué nombrado director general de escuelas de la provincia de Buenos Aires, cuyo cargo ha ejercido hasta el 31 de Mayo de 1898. El doctor Irigoyen, ratificando la elección acertada del gobernador Udaondo, ha nombrado al doctor Berra, con el difícil acuerdo del senado, director de escuelas por cuatro años más. El doctor Berra es un escritor fecundo. Su estilo carece de movimiento y de colorido literario; pero es claro, conciso y sobrio. Es un expositor científico que razona y convence. Comenzó á escribir en 1863. Publicaré oportunamente la copiosa bibliografía del doctor Berra, limitando esta nota á una somera noticia. Ensayos de estudiante, fueron varias leyendas históricas y románticas escritas de 1863 á 1865. En el último año tuvo la veleidad de imitar á Selgas y publicó una apología de las mujeres feas. Es su última frivolidad, porque el siguiente libro contiene elementos de geografía uruguaya, de los cuales conozco varias ediciones. Iniciado ya en la senda de la educación redactaba en 1866 su *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*, cuyas ediciones aumentadas y maduras de 1874, 1881 y 1895, dan á la obra autoridad definitiva en la literatura del Rio de la Plata. En la década que corre hasta 1876 abordó el tema político de un punto de vista doctrinario y rigurosamente técnico, porque el doctor Berra no tiene aptitudes, ni flexibilidad, para pontificar práctico. Estudió los partidos uruguayos, cuya mellea está harto demostrada por los sucesos, ensayó una exposición de la teoría nacional del Estado, de las formas de gobierno y de las revoluciones, deteniendo e tambien sobre las religiones y en la clasificación de las principales constituciones, como fundamento de su nueva

nar cuál es la tendencia que la evolución universal lleva, pero, estudiando la particular de las diversas clases de seres o de hechos, puede ya indicar algunas tendencias parciales cuya correlación, cuando se conozcan muchas, permitirá acaso concebir la universal á que concurren.

El conocimiento de esas tendencias evolutivas parciales

teoría de las formas constitucionales». En el mismo año volvió su atención á los estudios complejos de la instrucción pública y ha publicado desde entonces hasta hoy, una serie de estudios y trabajos filosóficos, pedagógicos, técnicos, legislativos y reglamentarios sobre educación, que constituyen por sí solos una biblioteca. Durante el último cuarto de siglo, y no obstante algunas labores profesionales de otro carácter, ha vivido absorto en la ciencia de la educación, en la cual es maestro y autoridad laureada dentro y fuera de los límites del Río de la Plata. Repatriado por el gobernador de Buenos Aires en 1894 ha editado y publicado en La Plata los trabajos siguientes. *Reglamento de títulos de maestros y del modo de obtenerlos* (1894). *Estado económico de las escuelas comunes de la Provincia de Buenos Aires* (1895). *Boletín de enseñanza y de administración escolar* (3 volúmenes 1895-1897). *Las leyes naturales de la enseñanza* (ediciones de 1895 y 1896). *Lo que ha hecho y lo que no ha hecho el director general de escuelas de la Provincia de Buenos Aires* (1895). *Resumen documentado de la exposición oral hecha á la comisión investigadora de la cámara de diputados por el Director General de Escuelas* (1896). *Teoría de los deberes y de los derechos* (1896). *Instrucciones para la redacción de un proyecto de programa para las escuelas primarias de la Provincia de Buenos Aires* (1897). *Los ejercicios físicos* (1897). *Código de enseñanza primaria y normal de la Provincia de Buenos Aires*, (Proyecto 1898), que es más bien un repertorio condensado de la ciencia y de la administración en la materia, digno de la nación y no solamente de una provincia. Estos escritos no son frías exposiciones científicas. A veces parecen actos de propaganda y de lucha, sugeridos por errores, deficiencias, obstáculos, rutinas ó ignorancias, advertidas en el mecanismo administrativo que se le ha confiado. Reformador ó administrador ha querido ilustrar y convencer al país y á sus agentes subalternos y cada una de sus medidas fundamentales ha sido por eso precedida de una exposición razonada. Ha tenido que sostener polémicas contra una vigorosa y persistente unanimidad hostil, que se alzó en La Plata á su paso y pretendía eliminarlo. Tal es el origen de algunos de esos escritos redactados con firmeza. En el caos administrativo, entre la ilegalidad, la ignorancia y el favoritismo que lo han producido, en la espantosa desorganización platense, cuando, cual sucede en casi toda la República, la dirección escolar no es confiada á los idóneos, sino á los que necesitan sueldo para suplir su ineptitud para el trabajo, la aparición del doctor Berra era la de un enemigo de la plaga, de un intruso funesto, de un soñador, de un lírico y (no pocos lo han dicho también) de un inepto. Era necesario un firme carácter, un carácter elevado y digno para resistir y vencer en un medio platense—y porqué no decirlo, en verdad—argentino,—en el cual la ley debe subordinarse á los apetitos, á los intereses y á los hechos, y no éstos á aquélla. Ha triunfado, sin embargo, personalmente. Su nombramiento fué confirmado y por tres años y medio más la instrucción primaria le está confiada, en la que debiera ser faro y guía de las otras provincias y vive como ellas en obscuridad y zozobra. Pero el triunfo que nos interesa, destinado á decidir de la suerte y del lustre final de su personalidad es el de la substancia de su obra pedagógica, la transformación del personal, de los métodos, de los recursos y de los resultados de la enseñanza primaria en Buenos Aires. Mientras la evolución orgánica se produce lentamente, acompañemos con votos de aliento y de simpatía á su promotor sincero, abnegado y sabio, intransigente hasta el exceso en una atmósfera en que cierta flexibilidad no sería pecado, ni estéril y soñador como dicen algunos de los «hábiles» de la época, pero soñando con austeridad el orden, el respeto á la ley, el progreso y austeramente el bien de su país.

sirve ya al ser humano para sentar principios y reglas que guíen su conducta. Así, desde que ha descubierto que él mismo es materia de evolución, como individuo y como colectividad, y que esa evolución se verifica de manera múltiple, ha reconocido que la evolución ó el desenvolvimiento es el principio supremo de las acciones humanas, é infiere, de las varias evoluciones elementales que ya conoce, otras tantas reglas de conducta cuya observancia le lleva á realizar de modo consciente la evolución total de sí mismo.

Se comprende, teniendo á la vista estos antecedentes, el móvil á que el hombre obedece consagrándose con afán infatigable al estudio de la naturaleza: busca substancias, fuerzas, hechos y leyes, para emplearlos luego en provecho de su desenvolvimiento, de su desenvolvimiento *natural*, del cual depende la armonía del mundo humano, y, por lo mismo, su relativo bienestar. La evolución del individuo y de las colectividades se realiza por el trabajo, en sus formas material é ideal; y el trabajo se realiza mediante el conocimiento. Cuanto más completo y exacto sea éste y cuanto mejor se le aplique, más perfecta es la labor evolutiva, con mayor eficacia contribuye al desenvolvimiento humano. El conocimiento es, por tanto, la primera fuente de nuestros progresos y de nuestra felicidad; y, por reputarlo así, la humanidad se ocupa empeñosamente en aprender, en difundir ideas, y en investigar cuál es el modo perfecto de aprender y de comunicar á terceros lo que se sabe.

Millones de años hace que la especie humana se ocupa en esta clase de investigación, y en la hora presente, si sabe que ha adelantado en descubrimientos relativos al estudio, sabe también que sus prácticas de aprendizaje y de enseñanza son aún harto imperfectos y discutidos, y que tiene que seguir explorando hasta que alcance la posesión de la verdad entera, expurgada de todos los errores que hoy se mezclan con las ideas exactas que se tienen.

Bien se comprende la importancia que tendrá, para el acierto en el uso de las fuerzas que todavía habrá que aplicar á la solución de este problema, el conocimiento de la marcha que se ha seguido antes de ahora para conseguir los pro-

grupos ya asegurados, pues nada hay que más expone a cometer grandes desaciertos, que la ignorancia de las tentativas malogradas y felices de los antecesores. A satisfacer ese interés se encaminará este escrito, ahora que al Congreso, al Poder Ejecutivo y á los escritores de diarios y de revistas ocupa el averiguar cuál es la relación que guarda nuestra enseñanza primaria con el estado actual de la didascología, y qué papel han desempeñado las escuelas normales argentinas en el movimiento de las escuelas comunes, para inferir qué conducta había que observar á su respecto en lo futuro y qué participación ha de dárseles en la labor de los progresos ulteriores que anhelamos.

I

LA ENSEÑANZA EN LA ANTIGÜEDAD — IMPERIO DEL
« BUEN SENTIDO ».

Los griegos no tuvieron, como se sabe, el concepto de que el estado político es un medio destinado á realizar fines individuales. Al contrario, pensaron que el fin supremo estaba en el estado, y que los individuos eran solo elementos suyos, destinados exclusivamente á realizar el fin político. No se había instituído el estado para los individuos, sino que éstos existían para el estado. Así, pues, tanto como los individuos cuidan de preparar los medios de que se sirven para alcanzar algún resultado, del modo que más eficaz sea su empleo, así los griegos se esmeraban en preparar á los individuos como mejor pudieran ser utilizados en beneficio del estado. Esa preparación se hacía por la enseñanza; la enseñanza era función política. Cada estado la organizaba según más conviniera á sus intereses.

El principio enunciado no se cumplió en todos los estados de igual manera, porque fueron diversas las circunstancias que determinaban toda su conducta; pero no por eso fué menos efectivo. En Creta, en Esparta y en otros estados se legislaba la enseñanza, como se legislaban las demás funciones de los poderes públicos y todas las obligaciones de las

personas. El legislador de la preparación que habían de recibir los individuos fué Licurgo en Esparta; y hasta cierto punto lo fué Solón en Atenas. Los legisladores fueron, por lo mismo, los grandes sistematizadores de la enseñanza en esta parte de la Grecia. La teoría de la enseñanza positiva era, ante todo, ciencia de gobierno, ciencia administrativa. Todo legislador era, por el hecho, una especie de didascólogo. Así se explica que aún los meros teorizadores de la enseñanza fueran en Grecia los teorizadores de la política. La pedagogía de Platón está en *EL ESTADO* y en *LAS LEYES* que escribió; la pedagogía de Aristóteles está en su *POLÍTICA*.

En Atenas estuvo confiada la preparación de los hijos á la familia, bajo la vigilancia del estado, función que los padres desempeñaban por sí mismos durante la primera infancia de sus niños, y por medio de maestros domésticos y de escuelas privadas después que los estudiantes cumplían aquella edad; en Esparta lo estuvo á la familia durante la primera infancia, á otros funcionarios públicos especiales después de esta edad, pero, educaran la familia ú otras personas, el educador desempeñaba una función administrativa de las más importantes, era funcionario público. Se puede decir que todas las personas eran maestros, porque todas eran, aunque en desigual medida, elementos docentes del estado. De ahí que los griegos no hayan conocido la escasez en su magisterio; y por lo mismo, ni sentido la necesidad de hacer maestros, de fundar una enseñanza normal. En Grecia hubo escuelas elementales, pedagogios, pritaneos, gimnasios, liceos, academias, pero no escuelas normales. Todos esos establecimientos preparaban á los niños y jóvenes para ser hombres de letras y gobernantes, ó guerreros; ninguno para que fueran maestros. Había profesores de toda clase de enseñanza, excepto de la ciencia de enseñar.

Empero, no basta que un pueblo tenga el número suficiente de maestros, es indispensable que, además, éstos sean aptos. ¿Tuvieron, acaso, los griegos el privilegio de nacer con ciencia y hábitos didácticos acabados? No, ciertamente. Basta leer *LA EDUCACION DE LOS NIÑOS* de Plutarco,

en que está reunido cuanto sus antecesores pensaron acerca del método y de otras particularidades didácticas, para que se conociera lo poco avanzada que estaba en Grecia la práctica de enseñar. Los niños aprendían ante todo á leer y á escribir, nada más: á leer, ejercitándose primero en recordar los nombres de las letras, después en conocer sus formas, después en deletrear sílabas, luego en silabar palabras, etc.; y á escribir, trazando en tabletas cubiertas de cera, con el estilo y el auxilio de una regla, los rasgos elementales de las letras, en seguida las letras completas, y más tarde otros ejercicios dispuestos en orden análogo al de la lectura. Y en aprender el alfabeto y el manejo del estilo, y la lectura y la escritura empleaban tres años! Así era lo demás. Los medios disciplinarios eran brutales, aún en Atenas. Pero nó por eso los griegos se ocuparon en investigar los principios según los cuales debiera enseñarse; no tuvieron lo que se llama *ciencia de la enseñanza* ó *didascología*, ni verdaderos didascólogos por consecuencia. Todos enseñaban según su parecer, según su «buen sentido»; imperaba universalmente la rutina empírica. Sin didascología, ni escuelas de maestros, forzoso era que la enseñanza griega fuese la peor imaginable.

Si no hubo establecimientos normales, ni profesores de didascología, se debió, no á que no los necesitasen para perfeccionar su enseñanza, sino á que teniendo los espartanos su doctrina de enseñar lícita principalmente en las leyes que aprendían de memoria, y en las costumbres á que se amoldaban desde la hora de nacer, y los atenienses principalmente en las costumbres formadas por el «buen sentido» popular, no pensaron que les fuera lícito enseñar de otra manera, ni les ocurrió la idea de que pudiera enseñarse de modo más perfecto que el que les era habitual.

Entre los romanos anteriores al imperio prevaleció la educación física-guerrera respecto de la mental-literaria. La constitución de Numa Pompilio organizó la legislación y las instituciones religiosas, pero alcanzó poco ó nada á la enseñanza. No la recibían escolar los esclavos, ni los niños de las clases pobres. Los de las familias pudientes serían

los únicos que frecuentaran las pocas escuelas privadas que en aquellos tiempos haya habido; pero, aún ellos, eran educados principalmente por los padres. Los hijos de los senadores lo eran durante la primera infancia por la madre ó la nodriza; durante la segunda por el padre ó un preceptor. Luego recibían públicamente la *toga viril*, se ejercitaban en la gimnástica y frecuentaban la sociedad de eminentes hombres de estado para que se familiarizaran con sus ideas y con sus usos. Ninguna instrucción científica recibió la juventud romana en mucho tiempo, fuera de la aritmética y la *Ley de las doce tablas*; y la literaria se redujo á la lectura, la escritura, un poco de música, y la religión. En cambio, se le adiestró en ejercicios físicos y en las prácticas de la guerra. Por manera que, si bien el estado intervino poco en esta conducta, el genio propio del pueblo y el concepto de sus intereses políticos dieron por resultado una enseñanza semejante á la de los espartanos.

Desde que los romanos conquistaron la Grecia empezaron á cambiar sus gustos y costumbres por las de Atenas. Bajo el régimen imperial los niños de familias pudientes eran acompañados por pedagogos; asistían á la escuela desde los siete años de edad; aprendían de los *gramáticos* la lengua nacional, la lectura, la escritura, la recitación, el griego, la aritmética, la retórica, la arqueología, la mitología, la física; luego, de los *retóricos*, la literatura, examinando las obras de historiadores y oradores, estudiando latamente la teoría de la elocuencia, ejercitándose en la declamación; y, por último, de los *sofistas* la facilidad de disputar sobre todo, y de sostener y refutar absurdos. Toda esta enseñanza se dió en establecimientos privados, pues no los hubo públicos hasta que Adriano fundó el *Ateneo* de Roma; especie de universidad que floreció hasta el siglo V, y que sirvió de modelo á las muchas instituciones literarias, (muy afamadas algunas), que los romanos establecieron en la Gran Bretaña, en Francia, en España y en Alemania, así que las conquistaron.

A pesar de esta difusión de la enseñanza y del vuelo que tomó en toda la extensión del imperio, tampoco los romanos tuvieron escuelas de maestros, ni profesores de la ciencia de

enseñar. En los primeros tiempos de Roma, porque, habiendo sido la enseñanza muy escasa y doméstica, no se sintió la necesidad de maestros, y, por tanto, ni de formarlos. Después, porque imitaron á los griegos, como en otras cosas, en sus costumbres didácticas rutinarias. Hay más: aunque escribieron ocasionalmente de enseñanza Catón, Cicerón, Séneca, Plinio el joven y otros, no tuvieron didascólogos los romanos hasta Quintiliano. Se ha dicho que por ser eminentemente práctico su genio, y principalmente filosófica la didascología; más no parece fundada esta opinión, vertida respecto de un pueblo que tanto se esmeró en difundir las ciencias de las letras, no menos especulativa que la de la enseñanza, ni de fines más prácticos. Leyendo la INSTITUCIÓN ORATORIA de Quintiliano se tiene idea de las graves imperfecciones de que adoleció la enseñanza romana; aún antes de acentuarse la decadencia del imperio. Como en Grecia se enseñaban la lectura y la escritura antes que toda otra cosa, y observando iguales procedimientos. Como en Grecia también, se enseñaban las materias literarias confiando los textos á la memoria, sin que se ejercitaran las aptitudes de observar y de pensar, y se mantenía la disciplina por medio de crueles castigos físicos.

Si los romanos no procuraron ponerles remedio á tales imperfecciones, cultivando la ciencia didáctica y creando escuelas para enseñarla, razonable es atribuir la omisión, sobre todo, á que no tuvieron idea de su existencia, ni de que la enseñanza tiene su ciencia particular, ni de que la falta de este saber lleva inevitablemente á cometer los más deplorables errores en la práctica del magisterio. Los romanos comprendieron la necesidad de difundir la educación, pero no la de perfeccionarla. A esta deficiencia de su concepto de la enseñanza debe atribuirse, en buena parte, sino principalmente, la mala dirección que tomaron sus costumbres privadas y públicas, á que debieron su decadencia y su ruina.

II

LA ENSEÑANZA EN LA EDAD MEDIA. — IMPERIO DE LA
ENSEÑANZA SUPERIOR TEOLÓGICA Y RUTINARIA

Desde el siglo IV al VII los bárbaros destruyeron el inmenso imperio romano, se apoderaron de él, lo devastaron todo, cerraron las instituciones de enseñanza, dispersaron é incendiaron las bibliotecas, y el pueblo cayó en la más completa ignorancia. Se encontraron con la Iglesia; no respetaron su autonomía, puesto que muchos de los conquistadores que ignoraban hasta los beneficios que pueden reportarse del saber, se hicieron obispos; más, tampoco la destruyeron; fué, con la lengua latina, que estaba muy generalizada, lo único que dejaron en pie.

La Iglesia aprovechó esta posición excepcionalmente favorable, desde el siglo VI, para fundar monasterios. Pero las escuelas se reabrieron más tarde, debido al genio de un bárbaro. La ignorancia fué tan crasa, que la mayoría de los emperadores francos, de la raza de los merovingios, no supieron ni escribir. De los carlovingios que los sucedieron, Carlomagno llegó á los treinta años sin saber más. Recién á esta edad se decidió á aprender las primeras letras. El fué el primero de los emperadores bárbaros que hayan tenido el propósito de que la juventud se instruyera. Perfeccionó la *escuela palatina*, destinada á los príncipes y á la corte, atrayendo á ella sabios eminentes, como Alcuino. Luego obligó á los monjes á leer, copiar y guardar los manuscritos que escaparon de la desolación general, y á establecer en cada monasterio una *escuela claustral*, así como mandó que los obispos abrieran una *escuela catedral* en cada iglesia metropolitana ó en sus palacios. Esas escuelas eran *menores* ó *mayores*. En las primeras se enseñaron tres de las « siete artes liberales » : la gramática, la retórica y la dialéctica, que componían el *trivium*; en las mayores se enseñaban las otras cuatro : la geometría, la astrología, la aritmética y el canto, que formaban el *quadrivium*. Se enseñaba en todas, además, la

teología, como asignatura principalísima. Pero no hubo á este respecto uniformidad de plan; pues algunas escuelas monásticas y otras catedrales se contrajeron á enseñar la gramática, la aritmética y la teología, por reputar demasiado profanas las otras materias.

Estas escuelas estuvieron consagradas á las personas que aspiraban á ejercer carreras eclesiásticas. Durante algún tiempo asistieron á ellas también hijos de familias nobles, pero en escaso número, porque las continuas guerras los atraían más á los campos de combate que al estudio, hasta el punto de considerarse incompatible el saber con las condiciones propias del guerrero. Esta asistencia de seglares cesó del todo en el siglo IX por una decisión conciliar que cerró las puertas de las escuelas á toda persona que no siguiera la vocación eclesiástica.

No hubo escuelas primarias, ó hubo muy pocas, hasta el siglo XII, á pesar de que algunos obispos hayan recomendado, desde el siglo IX, á los curas de sus diócesis, que tuviesen pequeñas escuelas en sus iglesias, y que recibiesen en ellas, sin exigir salario, á los niños que algunos fieles quisieran confiarles para que aprendieran las primeras letras. En las escuelas que se establecieron después del siglo XII se enseñó solamente, por lo regular, la lectura, el cálculo, el credo, el padre nuestro y algunas prácticas del culto externo. Y aún de ésto poco aprendían los niños, porque los padres se apresuraban á ocuparlos en trabajos de su oficio ó del campo, y porque, como á las altas escuelas literario-teológicas de los conventos y de las catedrales no asistían sino los que se preparaban para ser clérigos, se tenía el concepto de que solamente á éstos convenían los estudios, aunque fueran elementales. Debióse á esta opinión que se dijera de la escritura que era « arte clerical », y que apenas hubiera quien no asintiese á este modo de pensar.

No habiéndose propuesto la Iglesia, al fundar las escuelas monásticas y catedrales, otro fin que aumentar el número de sus sacerdotes, toda la enseñanza convirgió á él y fué eminentemente teológica. aún la de materias que á primera vista no presentan conexión ó lazos de dependencia respecto de la

teología. Es así que la filosofía estuvo enteramente subordinada á la religión hasta fines del siglo XII; que nada investigaba, nada explicaba; que solo exponía y sostenía las doctrinas de las sagradas escrituras y de los santos padres, valiéndose del ORGANÓN, única obra de Aristóteles que se conocía, y no en todas sus partes, en la Europa Occidental. La filosofía, reducida al arte de razonar, era mero instrumento de la religión, no existía sino para extender y arraigar el dominio de las ideas teológicas. Y particularizando: se enseñaba gramática porque su conocimiento permite apreciar los tropos y las expresiones figuradas de la Biblia. La dialéctica se estudiaba porque facilitaba la distinción del bien y del mal, del Creador Supremo y de lo creado, y porque servía para combatir con buen éxito la herejía. No había razón para comunicar nociones de geometría, si á su favor no se comprendiera la estructura del arca de Noé, del templo de Salomón, y de otras cosas análogas á éstas. La astrología se enseñaba con motivo de las fiestas del año; la música, porque la requerían los cantos de la Iglesia, y así lo demás.

Pero es de notarse que aún á la enseñanza general destinada á los seglares no le atribuyó la Iglesia otro fin que el de identificarlos con su propio ser, pues lo mismo estudiaban los hijos de la nobleza, en las escuelas de catedrales y conventos, que estudiaban los que aspiraban á profesión religiosa; y aún en las escuelas elementales, en que eran maestros los mismos clérigos, por no haber laicos que pudieran serlo, prevaleció el mismo pensamiento, razón por la cual se enseñaban en ellas principalmente las prácticas de la religión y secundariamente algunas pocas nociones más, calculadas para que se las utilizara en el conocimiento y mejor inteligencia de cosas místicas.

Restringido de tal manera el concepto de los estudios sacerdotales, y desnaturalizado el de los comunes, forzoso fué que se les hiciera muy incompletamente. No se enseñaba ni palabra de la lengua nacional ó de la materna en donde no fuera la latina, sino que se enseñaban prolijamente la gramática y la literatura de esta lengua, así en Italia, en España y en Francia, como en Inglaterra y en Alemania.

De la retórica se enseñaba solamente á distinguir los diversos géneros de elocuencia, las partes del discurso y las principales figuras. La enseñanza de la didáctica se contraía á la distinción de las ideas generales, de las categorías, de las divisiones, y á la enumeración de los silogismos. Las lecciones de geometría versaban apenas sobre las clases de líneas, de superficies, de figuras y de volúmenes: no se enseñaban los teoremas de Euclides. La astrología reducíase á hablar de los círculos, de los polos, y del tamaño y movimiento de los astros. Y, en punto á música, se exponía lo que son los tiempos y las medidas, y se hablaba de los instrumentos. Este programa da á conocer que poca estimación se tenía por las ciencias físico-naturales. Y, en cuanto á la enseñanza elemental, no pasaban los esfuerzos de enseñar á leer algo, á contar, á escribir muy poco, y algunas oraciones.

El modo de enseñar era artificial, inadecuado y poco dirigido á la práctica. Los alumnos no llegaban, generalmente, á darse cuenta clara de las reglas gramaticales y no se ejercitaban en aplicar las nociones que adquirían; de donde resultó, según aseveran los críticos, que la mayoría de los autores de ese tiempo, sin excluir al sabio Rabano Mauro, no aplicaban en sus escritos las reglas más sencillas de la lengua en que escribían. La retórica se enseñaba, como todo lo demás, por definiciones y sin ocuparse en comunicar los principios destinados á formar el orador, y menos aún en ejercicios prácticos de oratoria. En la clase de dialéctica se enseñaban algunas reglas mecánicas del silogismo, pero nada que robusteciera la inteligencia y la habituara á raciocinar libre y científicamente. No se observaba la naturaleza, no se hacía cosa alguna por desenvolver y dar elevación á las aptitudes mentales; todo parecía calculado para sujetar la mente á un mecanismo artificioso, tan árido como estéril. El modo de enseñar consistía en recitar, leer ó dictar la materia; los alumnos escuchaban, copiaban, procuraban recordar lo que habían oído ó escrito y luego recitaban á su vez. Nada se observaba, nada se discutía; la autoridad del maestro lo dominaba todo. El alumno debía

una obediencia completa, so pena de castigos severos, en los cuales predominaban los de vara y el zurriago.

La *escolástica*, en la época de su apogeo, en los siglos XII y XIII, á pesar de haber contado con Abelardo, con Alberto el grande, con Tomás de Aquino, con Rogerio Bacon, Duns Scot y Raimundo Lulio, y de poseer ya las demás obras de Aristóteles, importadas de España, si bien en traducciones poco fieles hechas por alejandrinos, árabes y judíos, empezó á convertir la filosofía de sumisa en aliada de la religión, pero no mejoró la suerte de la enseñanza: no investigó la verdad en la naturaleza; tomó como verdades fundamentales las ideas de los libros sagrados, atribuyó autoridad indiscutible á las doctrinas que supuso de Aristóteles, y se aplicó exclusivamente á coordinar esas ideas y doctrinas, aunque fueran incongruentes, y á inferir de ellas cuantas consecuencias pudiera sugerir la sutileza extraordinaria de esos tiempos. La filosofía consistió, por lo mismo, en deducir con todas las formas del silogismo, tomando como premisas capitales las doctrinas teológicas, y así seguía diciendo que la filosofía no era más «que la humilde servidora de la teología».

En el siglo XIV y en la primera mitad del XV no escasearon los maestros de la alta filosofía, ni los alumnos: enseñaron entonces Durando, Occam, Buridan, Gerson y otros más; pero, como dice monseñor Bouvier, se llevó al extremo el arte de sutilizar y de disputar. Todo se volvía lucha de argumentos; se agotaban las inteligencias en buscar nuevas relaciones, en crear abstracciones y combinaciones imprevisitas para embarazar á los adversarios y brillar más. Se consagraban á este arte fútil, no solo diez, quince ó veinte años, sino también, frecuentemente la vida entera. Se llegó á sutilizar sobre cosas que no estaban al alcance de la inteligencia humana y á hablar sin entenderse; se confundieron todas las ideas, se obscurecieron todas las verdades, recayó la incertidumbre en todo y todo se corrompió.

Mientras esto sucedía en la enseñanza superior, continuaba la inferior en el abandono. San Agustín, San Gregorio el grande y otras autoridades de la Iglesia habían imbuído

la creencia de que los ignorantes son quienes guardan el cielo, y de que es vergonzoso someter la palabra santa a las reglas de la gramática. Estas ideas no se desvanecieron con el tiempo, sino que, al contrario, se generalizaron y se hicieron carne. El pueblo se mantuvo en la más completa ignorancia; los príncipes y los nobles no asistían á las escuelas y poco aventajaban al pueblo en saber, porque no hallaban atractivos en las materias que se enseñaban, ni en el modo de aprender, y porque era para ellos punto de orgullo de clase el alardear de ignorantes. «El estudio es tarea de clérigos» se decía; pero los mismos clérigos no tenían afición á la enseñanza, ni al estudio. Sidonio Apolinario se lamentaba, en la segunda mitad del siglo V, porque la juventud no estudiaba y los profesores no tenían alumnos; pero tres siglos después hubo abates, como el de Fontenelle, Gervauld, que, habiendo recibido de Carlomagno la orden de enseñar el canto, la lectura y el cálculo elemental, y no sabiendo más que el primero, tuvieron que emplear auxiliares para que enseñasen los otros dos; y un siglo más tarde el abate Loup de Ferrières se quejaba, á su vez, de que los esfuerzos de Carlomagno no habían bastado para impedir que el estudio de las letras fuese casi nulo. En el siglo XI aseguraba Ascelino Adalberon, obispo de Laón, «que había más de un obispo que no sabía contar con los dedos las letras del alfabeto». Al fin del siglo XIII no había, entre los monjes de Saint-Gall, más que uno que supiera leer y escribir. Hacia esta época había naciones cuyo clero, en gran parte, si no en su totalidad, no solo no sabía escribir, sino que ni aún podía leer los libros de que tenía que servirse en el ejercicio de su ministerio.

De lo expuesto se deduce que á la iniciativa de Carlos el magno y á la Iglesia cristiana se debe el haberse continuado los estudios después que las inmigraciones bárbaras aniquilaron la civilización romana; pero que este mérito fué grandemente desvirtuado por la Iglesia misma, porque contrajo la enseñanza á perpetuar su propia existencia y á aumentar su poder político, absteniéndose de hacer participar de los beneficios del saber á las clases seculares del pueblo, tan necesita-

das como la Iglesia de mejorar las condiciones de su existencia, de desarrollar sus fuerzas científicas, literarias é industriales, de progresar; y porque, aun dentro de los límites de su egoísmo, deprimió el concepto de las materias que enseñara; y se empenó en sujetar el criterio humano al imperio de sus doctrinas teológicas, y la labor mental á un mecanismo infecundo, adaptando á este propósito sus métodos artificiales y sus cruelísimos recursos disciplinarios.

El espíritu de la Iglesia había echado hondas raíces y estas se habían extendido por toda la Europa; el fanatismo se había hecho general. Sin embargo, la decadencia de la enseñanza eclesiástica y el desprestigio en que el clero había venido á parar por su ignorancia y por su desidia, por un lado; y por otro el ejemplo que las escuelas árabes de España venían dando desde el siglo IX con su relativamente sabia enseñanza de todas las ciencias: la física, las matemáticas, la filosofía, la medicina, etc., en que obtenían éxito brillante, indujeron á los doctos de pensamiento libre que había en otras naciones europeas á asociarse con sus alumnos para enseñarles fuera de los conventos y de las iglesias y prescindiendo de los poderes públicos. No renunciaron todos á enseñar la teología; pero tampoco entendieron que deberían mezclarla con la filosofía ó las letras, sino que se propusieron: ó no enseñarla, ó enseñarla separadamente, y dividir en *facultades* distintas las diversas clases de conocimientos, fueran literarios ó científicos. Así nacieron las *universidades* en los siglos XII y XIII. Algunas, como la de Salerno y la de Montpellier, enseñaron, en su origen, solamente la medicina; otras tuvieron solamente la facultad de derecho, como la de Bolonia; otras, como la de París, tuvieron la de teología y la de filosofía (las artes liberales); otras, como la de Oxford, las de teología y de derecho; etc.

Pero, aunque las universidades nacieron animadas por un pensamiento científico que había sido extraño á las escuelas eclesiásticas, no pudieron apartarse desde luego ni de las creencias religiosas, ni de la autoridad de la Iglesia, ni del modo de ser sutil y discutidor que caracterizaba á la enseñanza escolástica. Por manera que bien pronto empezaron á

aceptar grandes privilegios de los papas, y tuvieron que someterse á decisiones suyas destinadas á coartar su libertad de pensamiento.

Además, fueron instituciones de enseñanza superior; su rápido desenvolvimiento no impidió que la ignorancia del pueblo continuara siendo tan profunda y tan universal como lo había sido, y no puede decirse que el concepto de los procedimientos didácticos hubiera mejorado durante los primeros siglos de la institución universitaria. El establecimiento de las universidades significó el descontento respecto de la enseñanza que se daba en los conventos y en las catedrales, y la aspiración á realizar algo mejor, y consiguió desde luego ser menos sumisa á la teología, menos exclusivamente eclesiástica y de tendencias más humanas; pero el propósito reformista empezó mostrándose vago y tímido; nó tuvo conciencia de que marchaba demasiado al acaso; no alcanzó á tener la intuición de que los fines, las materias y los medios de la enseñanza están regidos por principios naturales; no vislumbró la ciencia de esos principios, y, no pudiendo subordinar su acción á condiciones de éxito que no conocía, inevitable fué que no se externara por hechos, durante algún tiempo, gran parte de su fuerza virtual.

Transcurrió, pues, la edad media sin que se pensara en el problema del mejoramiento de la enseñanza. Si se exceptúan Boecio, que figuró en el primer siglo de esta edad y publicó un brevísimo y poco importante opúsculo acerca de la enseñanza de algunas de las artes liberales, y Pedro Pablo Vergeri, Mafeo Vegi, y Eneas Sylvio Piccolomini, (el papa Pío II), que en los últimos años de la edad media escribieron respectivamente un pequeño libro de educación, *LA EDUCACIÓN Y LAS COSTUMBRES DE LOS NIÑOS* y *LA EDUCACIÓN DE LOS PÜBERES*, no hubo en esta larga época de cerca de diez siglos ninguna persona que se dedicara á cultivar la ciencia de la enseñanza. No existió tal ciencia para la edad media, ni pensó nadie en la posibilidad de su existencia futura. Se enseñaba empírica y rutinariamente; la costumbre y el parecer de cada uno servían de reglas; no se sospechó que la naturaleza las tiene, ni que se las puede conocer observán-

dola, y mucho menos que nada puede superar, ni igualar la bondad de las reglas naturales. No habiendo ciencia didascálica, estando admitido implícitamente que cada individuo traía, al nacer, la habilidad completa de enseñar, no había porqué discurrir acerca de este asunto, ni porqué proponerse comunicar á terceros una habilidad técnica, que se tenía por ingénita en todos. No hubo, pues, tampoco ni profesores de didascología, ni escuelas de magisterio: nadie se ocupó en dotar de maestros á la enseñanza de las escuelas eclesiásticas ni á las universidades. El pensamiento que indujo á instituir las últimas tenía que sugerir el propósito de crear la ciencia de la enseñanza y de comunicarla por medio de libros, de profesores particulares, de escuelas normales; pero el movimiento de opinión de los siglos, XIII, XIV y primera mitad del XV no alcanzó á desenvolver, exteriormente, para esta época, toda su fuerza virtual, ni concibió tal orden de hechos. Así se explica que, si bien se enseñó en la edad media, no se tuviera idea de que la enseñanza interesaba tanto á las clases inferiores como á las superiores del pueblo, ni de lo que más convenía enseñar, ni del modo como se debía enseñar, porque no hubo ciencia de la enseñanza, ni establecimientos destinados á mejorar la calidad de los maestros.

En la edad media, como en los tiempos antiguos, coincidieron la malísima calidad de la enseñanza y el erróneo concepto de ella con la falta de conocimientos didascológicos y con la de formación del magisterio. Relación continuada en tan largas series de siglos, parece indicar suficientemente que está en la naturaleza de las cosas el que no se enseñe lo que se debe, ni á quienes se debe y se enseñe mal, mientras los hombres no se ocupen especialmente en investigar á quiénes se debe enseñar, qué y cómo se les debe enseñar y quiénes les pueden enseñar.

F. A. BERRA.

(Continuará).

LA CRISIS SOCIAL

EL HOGAR ESCUELA DEL DEBER Y DEL DERECHO (1)

El hogar es la escuela primaria del deber y del derecho, como lo ha dicho muy bien el doctor Zeballos. Efectivamente, en él se forman los hombres morales, de provecho para sí y para la sociedad; pero á condición de que la unión de los padres haya sido acertada, consultada la mutua armonía en ideas y sentimientos complementarios y hasta la salud y la proporción de edad: de lo contrario, fácil es que el matrimonio dé vida á seres desequilibrados de sentimientos egoístas ó disolutos, sea cual fuere la raza.

(1) El señor FELIPE SENILLOSA nació en Buenos Aires. Ha recibido esmerada educación y viajado á través de Europa. Ocupó siempre una alta posición social dividiendo su actividad entre el inteligente fomento de su heredado patrimonio y el desinteresado servicio público. Fué, en efecto, presidente de la Comisión de Inmigración bajo Sarmiento, lo cual es un título público; director del Banco de la Provincia durante la administración del doctor don Vicente F. López; miembro de la Municipalidad de la capital y desde hace muchos años, de la Sociedad Rural Argentina, que debe á su iniciativa y preparación no pocos de sus buenos actos. En la prensa, en revistas, principalmente en *La Nación*, ha tratado numerosas cuestiones de interés general, relacionadas con la ganadería, de cuyo adelanto es benemérito, con la agricultura, la higiene, la arboricultura y la economía política. Ha escrito algunos libros de carácter científico y filosófico de que me ocuparé en mis *Apuntaciones para la Bibliografía Nacional*. Militó siempre en las filas políticas del general Mitre y últimamente ha afrontado sacrificios y fatigas á fin de fundar una asociación democrático-liberal, que pudiera servir de base á un partido futuro, lo cual ha debido naturalmente fracasar en este medio sin ideales, en que no prosperan sino las iniciativas positivistas. Publiqué en número anterior un estudio del señor Eduardo Olivera sobre el régimen de la propiedad y su influencia en nuestro orden social. Hoy es el señor Senillosa, hombre moderado y sano, quien viene á la prensa á preocuparse de la viciosa organización de la familia argentina. Son ecos autorizados de la honda crisis social, reveladores de la alarma de los buenos y previsores, á la faz de los peligros de la frivolidad y de la irreflexión que hace estragos entre las clases dichas dirigentes, y que extraviadas, comienzan también á influir en el extravío de las costumbres y de los hogares. El señor Senillosa no es un cultor de las letras. Es un propagandista sincero, animado de la pasión del bien y de la verdad.

Al hablar, pues, del hogar, necesario es tener en cuenta el medio ambiente, las costumbres, la educación del hombre y de la mujer, á fin de abarcar los principales factores que intervienen en la constitución de la familia y, por ende, de la sociedad.

La idiosincracia generalmente se hereda y la salud de todos depende, en gran parte, de las costumbres. Según sean éstas, estarán los jóvenes más ó menos expuestos á las enfermedades que contaminan la sangre y pervierten la moral. Un hombre enfermo, hastiado, decrepito, no puede tener hijos sanos, no puede mantener, ni despertar la simpatía y el amor en el hogar. Un hombre mal preparado para las luchas de la vida, rara vez logra ser independiente ó formar un porvenir á sus hijos; en una palabra, crear una familia modelo.

La mujer que en su juventud no tuvo otra ocupación que la moda, el artificio y la coquetería; que abriga la ilusión de que el matrimonio es amor y ventura, sólo sostenidos por el atractivo de la belleza; que trae el corazón vacío de nobles sentimientos y dominado por el egoísmo, no puede ser el alma del hogar, ni la educacionista de sus hijos, y en consecuencia, estos, no sentirán á su tiempo, ni el respeto, ni la veneración que una digna madre inspira.

Pero, padres que son dechado de virtud, que anhelosos velan por la educación y el bien de sus hijos, dedicándoles su tiempo, sus mejores consejos y cuidados, se encuentran á menudo, cohartados, imposibilitados en su elevada misión, por las costumbres deficientes é imprevisoras que, como en la América latina, aún no han entrado en quicio. En la vorágine social, tales padres navegan contra la corriente y al fin ceden ante ella, fatigados, dejando que los hijos, que de ellos depender debieran, dependan de los amigos y del mal ejemplo que les expone á caer en el desórden, en el libertinaje ó en el juego; mientras las hijas alimentan su espíritu de fruslerías y de modas que exigen la depresión del talle, fatal costumbre que mina la propia salud é influye en la conformación ó en la vida del primer hijo.

Complejo es el problema de la constitución de la familia,

y á la verdad, debiera merecer más atención y estudio del que improvisamente se le concede. Es general la creencia, de que, hacer buen ó mal matrimonio, depende tan solo de la casualidad, y que, por tanto, no hay que preocuparse de ello. Somos totalmente opuestos á este modo de apreciar la cuestión; creemos que mientras no se busquen los medios para que los matrimonios se realicen con alguna probabilidad de acierto, la mayoría de los hogares, no lo serán sino en el nombre, y no habrá, en los más, ni armonía, ni cohesión, ni serán la escuela del deber y del derecho.

✱

¡Y el amor! ¿no será suficiente para que la familia se forme bajo los mejores auspicios? Si realmente se hiciese alusión al amor puro del alma, me atrevería á responder afirmativamente. Pero ese amor es la rara excepción, porque lo es también en este mundo el dominio del espíritu sobre la materia, de los nobles sentimientos sobre los instintos y pasiones que aún abriga la bestia humana, como resabios de su origen darwiniano, común á todas las especies. El amor de que, en general somos capaces y que precede al matrimonio, puede ser juzgado en cuanto á su pureza y eficacia, por las circunstancias y los móviles que lo engendran. Como es sabido, en la pubertad las jóvenes sienten en sí impulsos desconocidos; todo lo ven color de rosa; los ojos traicionan al pudor; todo es poesía y anhelos infinitos; el amor reclama sus derechos y en ese período de la existencia de la mujer, todos los jóvenes ejercen sobre ella alguna atracción: basta hallarlos bien parecidos, que vistan con elegancia, que sean comunicativos ó que sepan agradarlas, para atraer si así lo quieren, todo aquel tesoro de virginal y voluptuosa promesa.

En ese delicado estado psicológico, generalmente sin ninguna noción de la vida real, indefensas, con un criterio frívolo, que es un peligro en sí mismo, se presenta á las jóvenes en sociedad. Los bailes principian, y en los salones aquellas

inocentes mariposas, siéntense embriagadas por el perfumado ambiente y cuando un joven las conduce en cadenciosa danza, asidas por la cintura, corrientes fluídicas desconocidas exaltan su sistema nervioso, y, en esos momentos, seméjanse á frágiles flores expuestas á caer deshojadas.

En medio de ese torbellino de ilusiones, en que todo sonríe, en que todas las realidades de la vida quedan veladas por las armonías de la música y las melifluas atenciones sociales, déjanse penetrar las jóvenes por insinuantes frases y créense adoradas, adorables y enamoradas. Es así como se inician los matrimonios entre nosotros, de tal manera se dan los primeros pasos en el noviazgo y á menudo se llega al compromiso sin que, por lo menos, de parte de ellas, se hayan consultado las aptitudes del pretendiente para formar una familia sana, en lo físico y en lo moral.

Verdad es que si las madres se aperciben de que tal ó cual caballero no es aceptable, tratarán de alejarle, sino las preocupa también demasiado el colorete, el baile y las diversiones, como desgraciadamente y de ordinario sucede en nuestra actualidad social. Lo general es que cuando paran en ello la atención ó cuando la incauta niña confiesa que siente en su pecho clavados los dardos del primer amor, suele ser ya tarde, y los matrimonios destinados al sufrimiento se realizan con ó sin la aquiescencia paterna. Todo queda librado al acaso: de ahí, que bien podamos decir, que si alguna vez la suerte une de esta manera parejas que se completan, en la mayoría de los casos, al llegar la realidad, al desaparecer el mareo, al caer la careta social, el amor efímero que abrigaban, se convierte en desilusión, en hastío y hasta en odio, porque la verdad se abre paso y preséntanse los caracteres, los gustos, las tendencias en completa oposición imposibilitando la armonía, base esencial del amor entre los esposos.

No se diga que exageramos. Lance cada cual una mirada investigadora en su derredor, entre las familias que conoce, y no podrá dejar de darnos la razón. La mayoría de los matrimonios aparentan unión y hasta felicidad, cuando en

realidad sufren y se sacrifican por el «qué dirán» ó por el simple instinto del amor á los hijos.

★

Tan fatales resultados dependen de la educación y de la instrucción, más que de la raza ó de las costumbres inherentes al pueblo de nuestro origen. El sistema de enseñanza que hemos adoptado, aunque ha tenido buenos modelos que imitar, es una mala copia que no puede dar á la mujer y al hombre las aptitudes requeridas al lleno de su respectivo papel en el hogar y en la lucha por la vida. Las costumbres sociales, si bien se han alejado mucho de las que dominaban en la capital colonial, no han llegado aún á la altura en que se encuentran en las grandes ciudades europeas.

Hasta poco después de la caída del Tirano, la sociedad era sencilla en todos sentidos, no se conocía sino el percal, la batista, la muselina y la mantilla. Siendo pocos los teatros, los clubs y los públicos paseos, las familias se visitaban más, yendo los jóvenes y las jóvenes con sus padres, y más tarde, aquellos visitaban las casas en que había alguna belleza que les atraía, sin que por ello se corriese en los círculos sociales, que se trataba de noviazgo: cuando más, se decía que era un «canote». Los padres podían así estudiar mejor á los pretendientes y, ya por esto, ya por ser más reducida la población, mal podía un joven engañar con la corrección en el vestir que, á las veces, encubre un corazón pequeño ó la falta de preparación intelectual.

Por lo demás, el tipo era *rara avis*, porque todos se ocupaban; el trabajo y la honradez eran los mejores títulos al aprecio social; todos vestían con igualdad, diferenciándose tan solo en la elección de los colores; la instrucción era igualmente limitada, sobresaliendo la propia natural inteligencia y atractivo espiritual; los jóvenes solo sabían ayudar á sus padres: tenderos, comerciantes, hacendados ó saladeristas; pocos médicos había entonces y menos aún eran los abogados. Las señoras y señoritas eran menos instruídas que las ac-

tuales, que es cuanto se puede decir, pues aún distan mucho de tener la que exige el equilibrio social en el peldaño de progreso en que nos hallamos: decían la *vedera*, la *Catedral*, la *caye*, pero no tenían más afán que el cuidado de la casa y de los niños que, dado el ambiente, los juegos de entonces y el poco estudio, eran sanos, fuertes y llegaban á ser hombres en toda la extensión de la palabra. En suma la sociabilidad, era apropiada á la época y á sus necesidades: por tanto, el hogar era más feliz.

Después vino la vida de la gran ciudad, los tenderos y los propietarios de tierras se encontraron ricos de la noche á la mañana, se hizo viajes á Europa, se importó el lujo con la imitación superficial de la sociedad parisiense y todos se creyeron potentados: la aristocracia se formó sobre tan efímera base, sin el refinamiento social que da la acertada educación y sin haber adquirido la nobleza en actos y costumbres, que (salvo honrosas excepciones) solo se adquiere con la continuidad de la elevada posición de la familia. Luego generalizóse entre los jóvenes la instrucción y vino el *high-life* y el lujo desenfrenado; pero la educación, la sujeción de la niñez y la juventud á sus padres, deja aún mucho que desear para que podamos adquirir del todo los acabados contornos del modelo que nos hemos propuesto.

En una palabra, nuestra sociedad evoluciona rápidamente hacia las costumbres europeas, fruto de largo aprendizaje; y llegará sin duda á su fin; pero, mientras tanto, es un conjunto híbrido de *parvenus*, de aristocracia con y sin dinero, que desciende, y de democracia con dinero que sube, mezcla de clases, de que surge una juventud dorada que maneja el propio factor, que no va al palco de su familia en la ópera, sino á su especial butaca, que se ocupa del «sport», y es muy aficionada al juego; haciendo así, con exageración, lo que en París solo se permite la riqueza noble ó rentista, representada en nuestra capital por el hacendado ó el comerciante, ambos expuestos á sufrir graves contrastes de fortuna, con tanta más razón, cuanto que, en general, se gasta todo lo que se gana y á veces más: sociedad brillante y transitoria, que la ley de herencia que nos rige, como rasero nivelador, se

encargara de sumir en la mediocridad ó en el olvido... si... ¿porqué no lo diría?: en tiempo no muy lejano, muchos, los más de los nombres que hoy tanto suenan, estarán perdidos en las últimas clases sociales. Solo se salvarán los que, gracias al malbaratamiento oficial de las tierras, posean grandes extensiones sin valor actual, pero destinadas á valer más tarde. Tenemos, pues, una juventud dorada, á veces contaminada su sangre ó empobrecida ya antes de casarse, por el obligado complemento de *high-life*: la querida. Esos son los caballeritos mimados, cuyo cortejo ansían las jóvenes de los padres pudientes y las bellezas de las familias *parvenus*, ni más ni menos que como sucede en Europa con la clase media y la nobleza.

No quiero olvidar otra juventud, que se codea con aquella y que, sin embargo, se compone de simples empleados, con algún vacío en la cabeza, pero con mucha pretensión, aplomo y osadía. Estos parásitos, son los que suelen engañar á las más incautas y llegan así á lo que tanto ansían, á disponer de alguna fortuna que tirarán en fútiles devaneos, en la ostentación ó en el juego.

¿Es posible así el hogar, escuela del deber y del derecho? No, seguramente; ni siquiera ser puede el centro de la felicidad relativa á que nos es dado aspirar en este mundo.

Hasta aquí me he referido, generalizando, tan solo á la alta sociedad, á la que es objeto de la atención de los «reporters», encargados de la obligada sección de los diarios de la época: «Vida Social».

Si nos ocupásemos de la excepción, encontraríamos familias patricias, cuyos antepasados ocuparon puestos distinguidos en la milicia y en la política, que aún se conservan en el verdadero buen tono y saben educar á sus hijos en la debida forma. Otras más numerosas, componen lo que podríamos llamar, aunque impropriamente, la clase media, que tienen y dejan establecido el hábito del trabajo y de la economía, proporcionándose, sin ostentación, las comodidades de la vida. Las hay argentinas *pur sang* y sobre todo extranjeras. De ellas salen los médicos, los abogados, los ingenieros, los agrónomos *que ejercen* y que, por consiguiente estudian

después de recibir el título; en una palabra, los hombres dirigentes del presente y del porvenir. Esas familias van tomando el puesto que pierden, por el excesivo lujo y la imprevisión, las que figuran ó figuraron en el *high-life*; y si bien, aún se dejan influir por el dominio que éstas ejercen en sociedad, cuando sean más numerosas, es probable que triunfen del mal ejemplo y sirvan al fin de mejor modelo á las otras clases sociales.



La acertada educación de la mujer, acelerará indudablemente la evolución social. «Tomadlas cuales las hacéis ó hacedlas cual las queréis», decía la poetisa mejicana sor María de la Cruz. Hoy por hoy, la preparación de la mujer, responde perfectamente á lo que en ella se busca. Los jóvenes solo se fijan en el físico y la gracia en el vestir; prefieren á la que se pinta ó aumenta con falso el propio cabello, que á la que ostenta modesta su belleza, más ó menos atractiva, tal cual es, y se atavía con ropaje sencillo y elegante. ¿Para qué le serviría la instrucción á la mujer, puesto que no es de buen tono que las jóvenes hablen con ellos de otra cosa que de la crónica social, bordada, cuando más con frases espirituales?

Si se quiere que sean mujeres y no muebles de adorno, debiera dárseles otra educación que las preparase á realizar su misión de madres. Se dice, por muy buenas razones, que á ellas les ha encomendado la naturaleza, no solo los asíduos cuidados que la infancia requiere, sino comunicarle las primeras nociones del deber, de lo justo y de lo bello. Si esto les incumbe, es necesario instruir las en la higiene infantil y que adquieran nociones precisas de fisiología y psicología, á fin de cumplir su precioso destino en el mundo.

Si se quiere que sean el alma del hogar, y que como decía Chateaubriand, «á semejanza de las enredaderas de los bosques, suspendan alrededor del hombre las flores de la vida», necesario sería que á los conocimientos de la música se agre-

gasen otros que las habiliten á cambiar ideas con el estudio sobre las cuestiones del día que, indefectiblemente, se relacionan con la economía, la historia y la geografía. Así preparada la mujer, podría atender, en el posible caso de viudez, antes de la mayor edad de los hijos, los negocios ó haciendas dejadas por el esposo.

Solo así se puede esperar que en la mayoría de los matrimonios reine la armonía, el cariño, la amistad ó el amor entrañable ó duradero. Las familias así constituídas, lo serían en realidad; no saldrían tan á menudo los maridos en busca de diversiones, pues se sentirían bien en casa, encontrando en ella la compensación de las tareas diarias. Otro tanto sucedería á la esposa; y al calor de un hogar feliz, se formaría el corazón de los niños por el ejemplo y por la asidua y amorosa dirección de los padres, dirección casi del todo entregada hoy al servicio doméstico.

Tenemos pues que modificar en lo fundamental la educación de la mujer, para que pueda llenar debidamente su misión y ser madre de ciudadanos vigorosos y morales; pero no menos necesario es estudiar seriamente la instrucción que se da á la juventud masculina, en la que hay mucho que corregir, desde la escuela de primeras letras, hasta la enseñanza superior.

Lo haremos tal vez en otra ocasión y concluiremos este ya largo artículo.

★

En los Estados Unidos, como es sabido, desde la niñez los sexos están en contacto en los juegos y en la escuela, acostumbrándose así á tratarse y conocerse en tiempo. De ahí que, cuando las niñas llegan á la pubertad, han adquirido una semi-experiencia de la vida que no las expone ya, como al loco de Espronceda, á caer en las redes por todas partes tendidas á la incauta. Además, reciben una sólida instrucción que las permite pensar y discernir, á igualdad intelectual, como los varones con una profesión adquirida é indepen-

diente; en consecuencia, se les da casi tanta libertad de acción como á éstos, sin perjuicio de la autoridad paterna que, como educados é instruídos que son, respetan sin violencia. De este modo ambos sexos se encuentran igualados para conocer lo que les conviene al elegir compañero y no es fácil que caigan en error al apreciar sus mutuos y propios sentimientos. Es este un buen sistema de constituir la familia? Algunos sociólogos lo creen así. Me permito dudar que lo fuese en nuestro país en que tan arraigada está la torpe costumbre, en todas las clases, de faltar á la mujer por la acción ó la palabra, mientras que en Estados Unidos el que tal hace, es despreciado hasta por los de su sexo y la ley es tan favorable á la mujer que, si no basta la reprobación para impedir el olvido del respeto que se la debe, sobran al efecto las penas que la ley establece. Esta llega acompañada de la costumbre, hasta dar á las uniones clandestinas que duran algún tiempo, la legalidad matrimonial, sin más trámite, como en el Mississipi y, en todos los estados, dónde si una joven tiene un hijo y prueba que fué seducida por tal hombre, este estará obligado á atender pecuniariamente al niño en la medida de su posible. (1)

La costumbre que impera en Francia, es tal vez, la que debiéramos imitar por el momento, por estar más de acuerdo con nuestro modo de ser. Allí se sigue un sistema muy diverso al de los Estados Unidos. Los sexos se mantienen separados y las señoritas están en el caso de las que he descrito al recordar como se inician los noviazgos entre nosotros. Para evitarles una mala elección, cuando llegan á los 18 años, recién concurren á las recepciones semanales de la

(1) La ley del hogar (*homestead law*) ha poblado rápidamente el norte de América con ciudadanos propietarios y libres. El gran desarrollo dado á la instrucción, ha formado, un pueblo en que cada hombre es capaz de actuar con independencia. La peculiaridad práctica de la educación y de la escuela, ha contribuido á formar la mujer y el hombre, aptos al desempeño de su respectivo papel en la familia y en la sociedad. Gracias á ellos, las costumbres de los puritanos, de los anglo-sajones, que fueron los primeros en pisar aquel territorio, se han impuesto de tal modo á los elementos heterogéneos que luego les siguieron, que puede decirse que el tipo es exclusivamente yankee. El pueblo así formado, está hoy á la cabeza del progreso en todos sentidos, pero en lo que más descuella, es en la evolución social. Es de esperar que algún día, lejano aún, podremos seguir el ejemplo mas antes, es preciso reformat la educación y las costumbres. — (E. S.)

familia. Cultivan estas numerosas relaciones de simple cumplimiento. Así los padres pueden ir pensando en los jóvenes que dentro de esa sociedad, podrán convenir á sus hijas. Llegado el momento, se hacen entre ellos las correspondientes proposiciones y cuando se ponen de acuerdo, sin que ninguno de los jóvenes lo sepa, dándoles ocasión de encontrarse en reuniones y paseos de exprofeso buscados; y si la simpatía se despierta, generalmente se llega al matrimonio, que tiene toda probabilidad de acierto, puesto que los padres han consultado debidamente, no solo la correspondiente dote, como entre nosotros se cree, sino también las cualidades y caracteres, aptos á la armonía requerida en el matrimonio.

Esto es lo que me parece convenirnos, más nunca lo concerniente á la costumbre de la dote, que ha dado y da malísimos resultados, como lo ha demostrado, entré otros escritores, Mr. Desmolins en su preciosa obra: *A quoi tient la supériorité des anglo-saxons*. (1)



¿Habremos acertado en nuestras apreciaciones? Si así no fuese, sería de desear que otros mejor preparados se tomaran el trabajo de estudiar la cuestión, pues es fundamental. Si el hogar no se constituye sobre bases sólidas y armónicas, la sociedad seguirá la senda fatal, especie de espiral que principia en el trabajo y concluye en la disipación: aparición de familias que surgen y que luego desaparecen á la tercera ó la cuarta generación, sin haber siquiera sido felices en medio del torbellino que las arrastra, una vez que entran en nuestra vida de salón, vida fastuosa con apariencias de la *high-life*

(1) La Francia es mucho más moral de lo que piensan nuestros pocos investigadores viajeros, que aprecian á los parisienses por lo que ven en los *boulevards*, sostenidos casi exclusivamente por los extranjeros que vienen á París ávidos de placer sensual y extravagante, dejando allí su oro corruptor y llevan en sí las huellas de la disipación. El pueblo francés es trabajador, económico, inteligente y productor, como lo demostró pagando rápidamente la enorme contribución de guerra que le impuso la Alemania. Sin embargo, la vida de la gran ciudad exige tal desgaste de fuerza nerviosa que, como lo asevera de Quatrefoes, á la sexta generación las familias que no han mezclado su sangre con las de la campaña, desaparecen. — (F. S.)

inglesa y que algunos despechados, porque no pueden hacer otro tanto, clasifican de *restaquerismo* puro, derivando el vocablo del mote que se aplicó en París no ha mucho á los suramericanos que fueron allí á ostentar un lujo impropio é inconducente.

Para reformar las costumbres, es necesario empezar por la escuela; y ésta, entre nosotros, es del todo deficiente al efecto. Será también necesario que se modifique las disposiciones legales que rigen la distribución de las herencias y que se medite sobre la oportunidad de la ley del divorcio.

FELIPE SENILLOSA.

ORÍGENES NACIONALES

NARRACIONES RIOJANAS ⁽¹⁾

(Escritas para la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS)

Al doctor Estanislao S. Zeballos

(Estimado doctor y amigo: Vd., como el primer coleccionista del país, se ha propuesto utilizar las canas en obsequio á la historia patria, al revés de aquello que con tanto acopio de erudición, decía nuestro malogrado Echeverría «La España nos recomendaba respeto «y obediencia á las opiniones de las canas: las canas podrán ser indicio de vejez, pero «no de inteligencia y de razón». Por mi parte puedo asegurarle, que estoy muy lejos de pensar que, con mi concurso, pueda Vd. satisfacer su propósito, porque jamás en mi larga vida escribí ocho carillas de papel con el fin indicado. Contando, no obstante, con su indulgencia, entio en una tarea muy superior, seguramente á mis facultades). — D. B. Dávila.

LOS TRES ARAGONESES — LAS MINAS DE FAMATINA Y EL GENERAL BELGRANO

Allá por el año VII del siglo que termina, llegaron á Chilecito, provincia de La Rioja, tres aragoneses que por vía del Perú venían desde España. Todo su tren de viaje consistía de una mochila y una escopeta de caza, á la espalda.

(1) El señor don DOMINGO BENJAMÍN DÁVILA nació en la provincia de La Rioja en 1819. Hizo sus estudios primarios en el hogar colonial de digno abolengo y comenzó los de la segunda enseñanza en el colegio de Córdoba; pero las hondas desgracias políticas que él mismo narra en estas páginas, obligaron á su familia á emigrar á Salta, y hubo de suspender sus estudios al concluir los cursos de latinidad. Dedicóse á la agricultura, cultivando viñas en el departamento de Chilecito. Cuando pasó el general Lavalle, alojado en su casa solariega, se incorporó á su ejército con dos hermanos, y acompañaron la hueste liberal hasta Salta. Durante toda su vida fué miembro activo del partido liberal, en cuyas filas militó en la paz y en la guerra. Sin abandonar las faenas agrícolas, se dedicó al comercio, y fundó una de las casas más fuertes de Chilecito. El señor Dávila, á la par de los vecinos más expectables de esa villa, formaba parte con el grado de sargento mayor, del cuerpo cívico, que defendía la población contra los frecuentes ataques de la *montonera*. Desempeñó diversos puestos civiles, entre ellos el juzgado de primera instancia. Las altas funciones políticas provinciales no le seducían y las declinó sistemáticamente cuando le fueron ofrecidas, pero nunca rehusó posiciones de sacrificios. En 1880 fué electo

Venían á pie ⁽¹⁾, y llamábase uno Juan Laite, y tenían por apellido los otros Chavarría y French. Estos misteriosos turistas, se dirigieron luego á la montaña, al cerro del Famatina, donde previamente hicieron sus reconocimientos, para iniciar en seguida el procedimiento judicial que les acordara el derecho de descubridores de minas.

Los esforzados excursionistas, mineros de profesión en España, eran guiados por buenos derroteros, subministrados por uno ó más jesuítas que en sus buenos tiempos habían hecho aquellos grandes descubrimientos, que conservaron en reserva, hasta que fueron expulsados. No fué allí, un misterio para nadie, que los jesuítas como los primeros industriales, explotaron los conocimientos prácticos de los indios naturales, que instintivamente beneficiaban aquellos minerales de plata y oro. Tenían su sistema de beneficio por fundición. Existen al pie del mineral escoriales ⁽²⁾ que lo atestiguan.

Pero volvamos á los aragoneses, hombres inteligentes, de empresa é ingenio, como no se vieron otros. Establecieron los mejores sistemas de explotación y beneficio de metales, conocidos en su época. No se tenía conocimiento que hubie-

senador al congreso nacional, conquistándose en el senado el aprecio de sus miembros por la sinceridad de su carácter y la austeridad de sus principios. En elogio y para definir las calidades morales y cívicas de este noble y robusto anciano, dijo una vez el doctor Avellaneda: «... es un ciudadano de cuño antiguo, cuya emisión se acaba». Terminado su mandato legislativo, volvió á la vida privada, de la que nunca salió sino cuando fué solicitado por sus concudadanos. Es un hombre venerable, modesto, no contaminado por las ambiciones, ni por las miserias de la aldea, sobre las cuales ha levantado su espíritu, para seguir en el retiro de su vida, con anhelos patrióticos, el desenvolvimiento del país, juzgando los acontecimientos con espíritu justiciero y con la imperturbable ecuanimidad del ciudadano que no es indiferente á sus contemporáneos, ni á su gestión de los negocios públicos. Jamás ha escrito para la publicidad, y la dirección de la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS, agradece el honor que le discierne, aceptando la invitación que le dirigiera, para consignar sus recuerdos históricos sobre una época y una región argentinas, cuyos extraños sucesos heroicos, semi-bárbaros á veces, darán páginas luminosas á la epopeya nacional. Ha escrito estas preciosas *Narraciones* de su propia mano, con pulso firme y corazón levantado, á los ochenta años, cuando el tiempo ha eliminado los dejes de las luchas y de las pasiones y el alma austera, sin estímulos terrenales, solamente alienta para Dios, el patriotismo y la verdad. Y estas páginas sencillas, que abrazan todo el drama sangriento de la guerra civil argentina en el Interior, tienen la elocuencia de la sencillez, el arte inimitable de la espontaneidad y el brillo que sobre ellas reflejan los ideales patrióticos acuciados en ochenta años de vida, de luchas, de trabajo y de honor.

(1) Mi madre los vió pasar por la puerta de su casa.

(2) Residuos de fundición.

ran comprometido capital alguno extraño que no fuera el producto de sus minas. Estas se conservan todavía con sus primitivos nombres, Santo Domingo que cortó barra de plata á cincel, La Caldera con ricos minerales también de plata, Santo Tomás del Espino, sobre el Cerro « La Mejicana, con abundantísimos metales, que beneficiaron en un ingenio que al efecto formaron en Las Escaleras, y aún no bastaba. Era tan imperfecto el sistema de amalgama que dejaba en sus relaves, una parte considerable de su ley de plata; tanto que si esos relaves, en vez de echarlos al río cercano, se hubieran conservado como los dejaron aquellos industriales, habrían constituido después una fortuna para el que los poseyera.

En pleno auge se encontraba aquel mineral, cuando vino la revolución del año X; y como los señores nombrados, no disimularan su animadversión contra el sistema revolucionario, especialmente el jefe de ellos don Juan Laite, paralizaron los trabajos, y aún se traslucía que éste conspiraba contra la patria y era temible por su fortuna. Empezó á divagar, á punto que un mozo de su servicio, muchos años después me refería que pasando un arroyo de agua, le dijo Laite: « Este arroyo (río Blanco) está atravesado por una « rica veta de oro. No la descubro, porque estos pícaros patriotas me han de matar ».

Decían las crónicas que Laite sepultó sus caudales y se marchó con dirección á Tucumán y Salta, que por allá fué complicado en algún complot contra los patriotas, cayendo como reo de tal delito en poder del general Belgrano, quien breve y sumariamente ordenó fuera fusilado, mandándole confesor en seguida, que lo fué el doctor Colombres. Decían también que por intermedio de éste ofrecía el reo una cantidad de dinero en rescate de su vida. No se supo si el general rechazó la oferta, ni tampoco si ella tuvo lugar. Es lo cierto que fué fusilado, después de confesarlo y administrarle el sacramento espiritual.

Poco tiempo después, se supo que dicho confesor se trasladó al ingenio Las Escaleras, ya citado, donde no estuvo sino una noche, regresando al día siguiente después de haber

practicado trabajos de excavación, cuyas huellas quedaron visibles por mucho tiempo. Yo también pude verlas, mostrándomelas aquel mismo mozo que acompañaba al señor Laite, que fué después propietario de minas abundantes en oro, como la renombrada «Verdeona». Era oriundo de Tucumán y se llamaba Bautista Gómez (alias) *rubio tucumano*.

Las propiedades de Laite, tanto en ingenios de amalgamación, cuanto minas en beneficio fueron confiscadas, concediéndose éstas al denunciante por causa de abandono conforme á las ordenanzas de Méjico, vigentes como ley, y aquellos en venta por poco más que nada. Los compañeros de Laite, Chavarría y French, no tuvieron, á lo que parece, representación alguna en aquellos bienes y se retiraron de la escena, indiferentes á esos acontecimientos.

No solo estas tres pertenencias de minas nombradas constituyeron la riqueza del mineral de Famatina: se descubrieron infinitas otras de excelente producción, elaboradas durante años hasta mediados del siglo actual, que empezaron á decaer de aquella proverbial riqueza, para quedar reducidas á una ley mediocre de beneficio, resentida esta industria de la falta de elementos de movilidad, haciéndose inútil la explotación de metales, si no pueden transportarse á los ingenios de fundición de plata, oro y cobre. Aquellos elementos de movilidad, consistentes de recuas de mulas que cargadas subían y bajaban la montaña, constituían una verdadera industria, dependiente de la minería y alimentaba gran parte de la población. Ella ha sido desalojada por la civilización, que invade ó amenaza invadir esas lejanas regiones con sus cintas de fierro, conductoras de un mónstruo vivificador. Se dirá, y ¡la llegada del ferrocarril! Este por ahora no ejercerá grande influencia en el movimiento económico de aquella industria, sino se allana la dificultad que vencían las recuas de mulas cargadas por medio del sistema moderno de transporte.

LA EXPEDICIÓN A COPIAPO ORDENADA POR SAN MARTÍN. —
LUCHA DE FAMILIAS. — DÁVILA Y OCAMPOS. — QUIROGA.
EL CHACHO. — BRIZUELA.

Los hombres influyentes de La Rioja preveían la proximidad de un movimiento belicoso desde la ocupación de Mendoza por San Martín. Era La Rioja un estado donde aún no había penetrado el uso de clase alguna de arma de guerra. Don Nicolás Dávila, joven entonces de unos treinta años, al frente de los destinos públicos de aquel estado, se propuso disciplinar reclutas é instruirlos en el manejo de las armas de guerra, más como no las tenían, ni había de donde proveerse de ellas, se le ocurrió mandar fabricar una partida de fusiles y sables de madera, por el modelo de los ya usados en el ejército de la patria. Contaba, al efecto, con un inglés, de los veteranos del ejército invasor del año VI, quedado en Buenos Aires é internado allí por una comisión que el año IX despachara el gobierno colonial, con el objeto de fomentar la minería. Reunido el cuerpo de reclutas, púsose en práctica aquella enseñanza, de manera que cuando el gobierno del año XVII recibía la orden y armamento para expedicionar sobre Copiapó, tenían ya soldados adiestrados en el manejo del fusil y del sable de guerra. Organizada la expedición, con el gobernador á la cabeza, marchó con la juventud más apta y distinguida de aquel estado, con el instructor de la infantería, graduado de teniente, que después fué capitán. Llamábase el inglés Roberto Carmendy. Iba también con grado de capitán un joven valeroso, Benito Villafañe, que formó después en el ejército de Quiroga, en grado de segundo del general.

Todos saben que esa expedición no encontró resistencia, recibiendo, por consiguiente, orden de retornar á su punto de partida; pero este movimiento de armas, parece haber sido el germen precursor de la anarquía que poco después había de surgir entre miembros, puede decirse, de una misma familia, cobijados dentro de los pliegues de la bandera de la patria, por razones de predominio puramente local. Dávi-

las y Ocampos, formaron dos bandos que se disputaban el poder y que periódicamente, con encarnizamiento se lo arrebataban, echando mano de cuanto elemento hallaron á su alcance, con excepción del bandalaje y del robo, porque unos y otros eran hombres de principios, de moral, arraigados, por más que el sentimiento de venganza germinara en ellos, hasta presentar dentro de las calles del pueblo espectáculos de horror. Mientras uno de los bandos dominaba la situación, el caído acechaba la oportunidad de reconquistar el poder que poco antes le fuera arrebatado. Unos y otros contaban en sus filas hombres de empuje y de acción, que ejecutaban con valor y denuedo el plan de combate que los directores ó jefes les trazaran. Había entre los que obedecían á los Dávilas unos tres artesanos de apellido Oliva, hermanos, respetados y reconocidamente bravos. En el opositor militaba un señor de apellido muy conocido, padre después de numerosa familia, cuyo nombre no hace al caso, que había reconcentrado un encono profundo, contra aquellos tres hermanos y jurado beber la sangre del principal de ellos. Llégales el turno de la revancha, y el partido *ocampista* (que así le llamaremos) invade por asalto como á eso de las diez del día la ciudad, capital de la provincia, con aquel ciudadano á la cabeza de la partida armada (no era de apellido Ocampo). Toma el cuartel de guarnición y hace degollar al que comandaba esta, que no era otro que aquel sobre quien pesaba el fatal anatema. Así realizó su juramento, recogiendo con sus propias manos la sangre que manaba de la herida, que acabó con aquella existencia.

Continuada la contienda reivindica el partido Dávila el predominio y dirección de cosa pública. En el propósito de afianzar la estabilidad del gobierno como la paz de la provincia, se propuso el gobernador robustecer su acción con el nombramiento de comandantes departamentales que por su valor y aptitudes pudieran afianzar la paz pública. Recibió informes de que en una pequeña aldea del departamento extensísimo de los Llanos (hoy cuatro departamentos) se destacaba por sus actos personales sobre los demás vecinos, un joven de nombre Facundo Quiroga, todavía al lado de

sus padres en Atilas (una pequeña aldea). Fué nombrado comandante general del vasto territorio de los Llanos.

Uno, ó dos años después de ejercer aquel mando militar con la investidura del gobierno, desconoció la autoridad á cuyo nombre mandaba y se levantó en armas contra ella, á pretexto de servir la causa de los Ocampo, que á la sazón habían prescindido de la contienda, transada por el matrimonio de D. Amaranto Ocampo con la señorita Solana, hija de don Ramón de Brizuela y Doria, que siendo Dávila de origen, llevaba el apellido del mayorazgo que poseía y de quien más adelante trataremos. Es lo cierto que aquel obscuro comandante, concibió ambiciones sobre la base de su poderío efímero. Levantóse en armas contra el gobierno, envalentonando el gauchaje *llanista*, que con espontaneidad y entusiasmo hacía causa común con su jefe, proveyéndose cada cual á porfía de armas y de caballos de guerra; ¿y cuáles eran aquellas? lanzas, que se fabricaban en cualquier fragua ó herrería, sobre un barrejón de madera á la rústica, ó en último caso un cuchillo sobre este mismo y una bandera negra y punzó, emblema de *religión ó muerte*. Tenía además, algunas armas de chispa, que así se llamaba á los fusiles y tercerolas que Quiroga pudo adquirir en las provincias de Cuyo, por artimañas de los gauchos que se le plegaban, como asimismo sables y munición.

Corría á la sazón el año XXII del presente siglo. El gobierno, estaba entonces á cargo de don Nicolás Dávila y la comandancia general al de su hermano, con despacho ya de general, persona importantísima en La Rioja por su talento, instrucción y valor personal. El gobernador preparaba los elementos á su alcance para sofocar aquella rebelión que tomaba cuerpo. En el departamento importante de Chilecito hizo fundir cuatro cañones y montarlos, como le sugirió su imaginación. Los cuales junto con los demás elementos bélicos, fueron conducidos á la capital, para marchar á sofocar el motín; pero el comandante aquel, alzado contra su gobierno, tenía fanatizado el vecindario del vasto territorio, rico en elementos de movilidad y en ganados de toda clase, de tal suerte que cada gaucho, con admirable espontaneidad, se encargaba

de allegar á su jefe cuanto recurso encontrara y fuera menester: ningún propietario rehusaba sus auxilios, ni el jefe tuvo que preocuparse de vestuario y pago de los soldados, porque ellos se lo proporcionaban á su arbitrio. Así y pronto se encontró con un ejército tan numeroso cuanto le era menester, y pudo anticiparse á invadir la capital, como lo verificó en medio del asombro de todos los que confiaban en las dificultades de una invasión de aquel carácter.

El gobierno á su vez, ya preparado, recibe la invasión á las goteras de la ciudad, con sus huestes á cargo y dirección del general nombrado don Miguel Dávila. Milicias improvisadas por la autoridad legal, no resistieron al empuje del gauchaje, que, como hemos dicho, hacía causa común con aquel flamante caudillo. El jefe nombrado, con su valor y denuedo á toda prueba, lanzóse al entrevero provocando personalmente y á singular combate al comandante invasor, logrando en el primer encuentro, meterle una bala en la pierna; pero los seides de éste que presenciaban el duelo cargaron sobre el general Dávila y allí mismo lo ultimaron.

Vencedor el comandante invasor, naturalmente apoderóse de la ciudad y de cuanto en ella se encontrara, huyendo los que podían y cayendo otros en manos del enemigo. Así inició Quiroga su carrera militar y política.

Apoderado del gobierno absoluto, empezó por sublevar á los esclavos (que aún no entraban todavía al goce de los beneficios de la patria) contra sus amos. Numerosos como eran, formó de ellos batallones de infantería y fueron excelentes soldados, al paso que fiscales de sus amos. Reorganizado su ejército sobre la base de los *llanistas* y con los nuevos elementos que acababa de conquistar, hizo su primera tentativa sobre Catamarca que no le opuso resistencia. Paso á la provincia de Tucumán donde obtuvo un efímero triunfo sobre un cuerpo volante, mandado por el entonces coronel Lamadrid. Es allí donde recibió éste la herida en la oreja que le valió el epíteto de *«pilón»*. No encontrándose aquél, no obstante, en aptitud de apoderarse de la ciudad de Tucumán, retornó á La Rioja, para marchar sobre San Juan y Mendoza. Todos saben lo que allí ocurrió con la presencia de

sonajate huésped, por cuanto el ilustre general Sarmita, en su inmortal *Facundo*, con la erudición propia del historiador de su talla, describió los sucesos que se desarrollaron en Cuyo con la invasión de aquel y sus huestes, si bien no estuvimos del todo conformes en la manera de apreciar las condiciones personales de ese extraordinario caudillo. Ya vendrá la oportunidad de emitir juicio imparcial sobre él.

Interrumpiremos por un momento la narración del desarrollo de los acontecimientos siguientes, para introducir en la historia otra personalidad importante.

Había en La Rioja un bello joven; de familias distinguidas, que en grado de capitán hizo la expedición á Copiapó y recibió los correspondientes despachos de tal, expedidos por el general San Martín. Este, por razones que él se tendría, no tuvo figuración en los partidos que se disputaban el poder, lo que lo habilitaba para asumir la actitud que cuadrara á sus miras políticas en los sucesos que se dibujaban. Contrajo amistad con el flamante conquistador, y éste encontró un hombre en quien depositar su confianza y con quien compartir sus tareas de tal. Tal fué don José Benito Villafañe, tío carnal del que traza estas mal hilvanadas narraciones. Este, prescindiendo por completo de sus afinidades y vinculaciones con lo principal y más expectable del pueblo de La Rioja, se solidariza y hace causa común con aquel que muy pronto, con sus actos de barbarie, iba á manifestarse el azote abortado del infierno contra un pueblo indefenso, radicalmente opositor al nuevo orden de cosas, que desde luego se presentaba contra la parte noble y expectable, porque su política como queda dicho consistía en sublevar las chusmas contra la gente decente y regularmente acomodada.

Retorna de nuevo á La Rioja trayendo de las provincias de Cuyo cuanto elemento bélico se encontraba en poder de adversarios y aliados, á fin de poner en ejecución, el plan preconcebido de una seria invasión á Córdoba sobre el general Paz. Puso en pie de guerra la provincia con su cuartel general en Atilas (Llanos de La Rioja) por ser este un punto inmediato y casi limítrofe con el Oeste de la Provincia de Córdoba, y Norte de San Juan y San Luis, para apoyar y

recibir la emigración que se produjera de estos puntos en el gauchaje, promovida, ya sea por la nombradía de este conquistador, ya también por caudillejos que espontáneamente se constituían en agentes de propaganda.

Pero aquí sería del caso una observación; porque si alguien, que se propusiera dar cuenta de los elementos de vida con que se contara para el establecimiento de un cuartel general, para un ejército relativamente numeroso, especialmente en el arma de caballería, llegara hoy por esos parajes, encontraría que no existe pasto, ni yerba alguna, para mantener una hormiga, sino es á larga distancia del poblado, y aguadas en escasa cantidad y á veces ninguna. Explícase este fenómeno, por haber variado en aquella zona las condiciones atmosféricas, á punto de no llover, sino de tarde en tarde, habiéndose extinguido hasta los bosques que albergaban ganados de toda especie y hasta leones y tigres, de los que hoy no se conocen allí ni siquiera el rastro. A este extremo ha llegado la patria de Quiroga y el *Chacho*, donde tantas proezas se han ejecutado al amparo de sus feraces tierras y campos abundantes en ganados. Estos resistieron la devastación de la guerra del año 1840 cuando atravesaban de parte á parte el territorio fuerzas más ó menos numerosas de uno y otro bando, sin organización ni disciplina.

La feracidad de aquellos campos dió albergue y elementos de vida á las innumerables *montoneras*, que se sucedieron, desde Pavón hasta el año 69 y de cuyos acontecimientos iremos tratando, á medida que la memoria nos preste su auxilio en ausencia de documentos justificativos.

Quiroga fué un genio de una penetración y perspicacia poco comunes. Sus atrocidades eran actos preconcebidos con propósitos determinados, no actos de bandolero sin rumbos: hasta decían que su lectura favorita fué la Biblia, de donde deducía los derechos del vencedor sobre vidas y haciendas. No se diga por esto que fuera un talento capaz de penetrar hondos arcanos; pero sí, lo fué para llamar en auxilio de sus actos, las atrocidades que pinta la materialidad de la historia. Era tal su autoridad que, hasta llegó á imponer pena de la vida al soldado que robara una gallina. Era mu-

cha hacer en fuerzas informes, sin prest, si bien cuando podía les hacía repartir algún suple y vestuario. Eso de robar era privativo de la autoridad superior. No hay ejemplo que un subordinado se hubiera hecho rico á expensas de la autoridad que invistiera. Cuentan las crónicas que una mujer presentó su queja ó demanda al general por cierta prenda que le fué robada. Mandó desfilas por su frente el cuerpo donde se presumía estuviera el robador y de improviso toma por el puño y saca de la fila un soldado: era en efecto el que había robado. Ejercitaba muchos actos caritativos. Poseía una estancia poblada de ganado que fué de sus padres, y que él naturalmente acrecentó. Acudían allí pobres de largas ó cortas distancias, para solicitarle un ternero para carne. Informado quien y de donde era el solicitante, le decía:

— Vaya V. y escoja del rodeo el novillo que le guste.

— Señor, le decía el agraciado, no tengo sino 4 pesos para un ternero.

Una interjección imperiosa daba la solución. Amedrentado el agraciado tenía que escoger su novillo en vez del ternero que solicitaba. Con actos de este linaje, llegó á cimentar el fanatismo del populacho, á punto de que no había viejo ni joven que opusiera resistencia á su llamado, si es que antes no se hubiera presentado voluntario.

Vengamos al campamento general de Atilas. Allí estableció maestranzas apropiadas á la refacción del armamento que poseía, bajo la dirección de hombres competentes, de que en oportunidad supo proveerse, sin perjuicio de las fábricas que al mismo objeto se establecieron en la capital de la provincia. Desde allí ejercía el mando supremo, cuyos decretos y órdenes se ejecutaban por su segundo, ya general, Villafañe. Hacía conducir á su presencia á todo ciudadano que suponía hostil á su dominación. Estos, naturalmente eran seguidos de sus respectivas mujeres, hermanas ó hijas. Eran juzgados breve y sumariamente, sea con una multa pecuniaria, ó con la última pena, si los ruegos de aquellas desgraciadas, no conmovían la conmiseración del mónstruo de maldad, sin dejar por esto de dar audiencia á

estas infelices víctimas, que con gran sacrificio, salvando desiertos, llegaban á aquel pretorio. Usaba con ellas ciertas chuscadas, que no pocas veces eran signos de conmiseración.

Ya preparado para la gran empresa de invasión sobre la ciudad de Córdoba, resguardada por el brazo del invencible general Paz, muévase con un ejército de más de cinco mil hombres de las tres armas, dejando como cuerpo de reserva, á su segundo ya nombrado, á la mira de los sucesos que, por el Norte pudieran sobrevenir. Hace una marcha facilísima protegida por el prestigio que supo imprimir á las chusmas y auxiliado por los proveedores oficiosos que le allegaban el ganado, que pudiera necesitar, con profusión admirable. Llega y es sentido en las inmediaciones de la ciudad de Córdoba. El general Paz, con un plan preconcebido, según se desprende de los mismos acontecimientos, le abandona la ciudad, que el invasor ocupa, como trofeo de victoria, en la persuasión de que aquel se considerara impotente, para oponerle resistencia, cuando al tercer día se hizo sentir aquel prófugo sobre los campos de la Tablada, con su ejército de dos mil quinientos hombres, también, como el adversario, de fuerzas colecticias casi en su totalidad. (¡Así lamentaba no contar con un batallón de línea!) El invasor, infatuado por sus recientes victorias, la dominación de Cuyo y la actual conquista de la ciudad, que dominaba, consideró que solo las caballerías le bastaban para derrotar y dispersar aquellas fuerzas, dejando dentro de los muros de la ciudad los elementos más pesados como infantería y artillería. No incurriremos en la necesidad de la descripción de aquellos combates, tan fielmente narrados y con la autoridad de su propio protagonista. (*Memorias del general Paz*).

Quiroga tuvo que pagar al precio de una espantosa derrota, el no saber la importancia que en una acción de guerra significaba la presencia de un militar como el que tenía al frente; y que dicho sea de paso, sin agravio de ninguno de nuestros distinguidos jefes del ejército nacional, no ha sido reemplazado.

Inconveniencias propias de la política que se desarrollaba por la parte del Litoral, obstaculizaron juntamente con la

escasez de recursos, la persecución de aquellas seides derrotadas hasta sus propias guaridas, cuna de su preponderancia (Llanos de La Rioja) donde Quiroga debía restablecer su desastre, sin ser molestado, pasando luego á la capital de la provincia.

Concibe en el infortunio el plan de recrudecer el terror, que ya tenía infundido en la parte sana del pueblo. A su llegada y en casa de su segundo el general Villafañe, y en presencia de varios, manifestando su despecho, dijo:

—« Voy á abrir en este pueblo un agujero por el cual han de verse los infiernos », (textual).

Empezó por aprehender ciudadanos de las más notables familias de La Rioja, que pudieron ser habidos, porque los de mayor figuración que por el mismo se consideraron comprometidos huyeron por diversos rumbos, y los que no se consideraban tal, cayeron en poder del terrorista, para ser el Cristo de aquella redención. Un respetable anciano con dos hijos, don Pedro Gordillo y otros, fueron el pato de la boda, en plena plaza pública y á la luz del medio día. No quedaba en La Rioja, ni á quien imponerle contribución alguna, más que aquella de la sangre inocente que había vertido. Sobre tales laureles concibe una campaña sobre Tucumán.

DOMINGO B. DÁVILA.

(Continuará).

TRIBUNALES SAJONES Y LATINOS

Artículo para publicar simultáneamente en inglés, en *The Forum* de New York y en castellano, en la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS de Buenos Aires, traducido por el doctor JULIO CARRIÉ. (1)

Nuestro país « es un país gobernado por los jueces. »

En una conversación que tuve hace pocos meses, en la ciudad de México, con uno de los ministros más distinguidos del presidente Díaz, aproveché la ocasión para hacerle notar la excesiva preponderancia que en ese país ejercía la rama ejecutiva del gobierno, en comparación con la que tiene entre nosotros.

El ministro me escuchó con interés.

— « Supongamos, dijo, que su presidente McKinley, expresara el deseo de que se llevasen á cabo algunas alteraciones

(1) El eminente abogado americano WALTER S. LOGAN, del foro de Nueva York, ha nacido en la tierra clásica de Massachusset. Es una autoridad jurídica y un miembro conspicuo del grupo selecto del partido democrata, de los amigos del ex-presidente Cleveland, cuyo cuartel general se agrupa en la *Ciudad Imperial* en el hermoso y elegante *Manhattan Club*. Como Depew y otros abogados de nota, Logan no ha aceptado altas posiciones políticas, obligado á atender valiosos intereses propios y ajenos. Habla con gracioso acento el castellano y conoce bien á la República Argentina, por la cual siente vivas simpatías, que ha expresado elocuentemente en más de un *toast*. Lo conocí en el banquete que en honor del ministro Buchanan, recientemente nombrado entonces, dió William E. Curtis en Washington en 1894. Ha tenido la deferencia de aceptar la invitación á colaborar en esta REVISTA y me ofrece un artículo cuya traducción ha sido hecha por un compatriota, que nos ha dado ya la versión de la obra elemental de Cooley. El concepto de Logan aparecerá acaso violento en algunas frases: no es tal su pensamiento íntimo. Las dificultades de la adaptación de un idioma á otro, son á veces orgánicamente insuperables. Hay, por lo demás, en este artículo un altísimo concepto político y social que induce á la meditación. Las verdades que dice pueden ser ásperas, el orgullo sajón visible; pero serían saludables en nuestra inculta tierra institucional.

importantes en la administración de sus grandes sistemas de ferrocarriles, seguramente sus directores, accederían á su deseo?

— « Es más probable, contesté, que le dijeran, en términos diplomáticos por cierto, que se ocupara de los negocios de su incumbencia, que ellos por su parte, se ocuparían de los suyos ».

Gran sorpresa del ministro.

— « Supongamos que en la administración de un ferrocarril, hubiese grandes deficiencias, ó que los directores de la compañía ó sus empleados superiores, abusasen de sus privilegios, á quién acudiría Vd. para obtener reparación? », me preguntó.

— « A los Tribunales, pues, » le contesté.

El ministro casi no podía concebir como unos cuantos jueces, de los cuales ninguno tal vez ha visto en su vida un campo de batalla, ignorando también como se manda un regimiento, pudieran manejar un poder tan grande, en una nación de tantos recursos militares como la nuestra. Y esta es la verdad, sin embargo.

Las naciones latinas son gobernadas por sus ejecutivos; las naciones sajonas, por sus jueces; y nuestro pueblo — sajón entre los sajones — es un pueblo esencialmente gobernado por sus jueces. En país alguno del mundo puede el poder de los tribunales de justicia, compararse con el que ejercen en el nuestro. Un decreto del ejecutivo ó una ley del legislativo, es impotente para el bien ó para el mal, si el tribunal de última instancia, después de oír y estudiar detenidamente las razones en pró y en contra, declara que es contrario á la ley fundamental de la nación.

En Francia, en el juicio reciente de Zola, hemos visto un tribunal subordinarse por completo al poder ejecutivo, y á hombres que vestían uniforme militar, dando « razones de estado », como excusa para negarse á declarar como testigos en una causa civil, y volviendo la espalda á los abogados que los interrogaban en presencia de los jueces, desafiar con éxito el poder de esa magistratura servil.

Abrigamos la esperanza de que no habría existido un solo

juez depaz, tan pusilánime, en todos los Estados Unidos, que no hubiese tenido la energía suficiente, si esos procedimientos se hubieran desarrollado en el tribunal á su cargo, para mandar á la cárcel, sin más trámites, por desacato, á la mitad de los testigos que figuraron en el primer juicio de Zola.

En el caso de Dreyfus, la discusión ha sido larga y llena de acritud sobre la proposición de si se podía dejar subsistente un fallo condenatorio, basado sobre un documento secreto, que tanto al prisionero como á su abogado, no se les había permitido ver.

En cualesquiera de los tribunales de nuestro país, esa sentencia condenatoria, habría sido revocada por las cámaras de apelación, antes casi de que el abogado hubiese terminado de hacer su exposición.

Para honor de la alta Corte de Casación, debe decirse, que cuando el caso de Dreyfus, llegó por fin ante ella, tuvo el valor de proceder como corresponde á un tribunal.

Nuestra tierra, es la patria de la libertad, por que es una nación gobernada por los jueces. Nuestra raza, que habla el idioma inglés, ha afianzado en su suelo las instituciones libres, porque consiguió establecer firmemente para sí, el gobierno de sus jueces.

El poder del ejecutivo es ejercido generalmente en una forma arbitraria, teniendo en vista los intereses de un partido político ó apreciando la situación de un modo incompleto. El poder de la judicatura es ejercido de una manera deliberada y después de conocer todas las facetas de la cuestión. El uno puede sostener su autoridad haciendo uso de la fuerza, el otro tiene que hacerlo por medio del razonamiento. El uno depende de aquello que el hombre goza en común con las bestias de la creación, el otro de aquello que compartimos con la divinidad.

Las naciones latinas tienen hoy instituciones que garantizan cierto grado de libertad para su pueblo; pero las instituciones en que ese pueblo depende para cualesquier grado de libertad de que goce, han sido copiadas de las nuestras. Su esperanza para el futuro, está en seguir copiando, y en esta tarea tendrán que seguir, hasta que el juicio de Zola y

y de Dreyfus, venga á ser tan imposible entre ellos, como lo es ya entre nosotros.

No solamente tienen los tribunales una parte mucho más importante en el gobierno de los pueblos de nuestra raza que habla el idioma inglés, que la que tienen en las naciones latinas; sino que estos mismos tribunales están constituidos de una manera muy diversa bajo uno y otro sistema.

Entre nosotros, la judicatura es independiente; entre los latinos los jueces, más ó menos, son los instrumentos del ejecutivo. El ejecutivo latino se ha acostumbrado á fijar en la práctica, sea como fuere, en teoría, los límites del campo de acción de las investigaciones judiciales. Entre nosotros sucede todo lo contrario. En nuestro país, son los jueces los que determinan las limitaciones que tienen tanto el poder ejecutivo, como el legislativo.

En ninguna otra nación del mundo, sin excluir á nuestros hermanos los ingleses del otro lado del océano, habrían sido posibles los fallos dados en el caso del colegio de Darmouth y en el del Income Tax. (1)

En cumplimiento de deberes profesionales, visité una vez, como abogado de una gran compañía que tenía vastos intereses comprometidos, un país, donde prevalecía la jurisprudencia latina. Tan pronto como se tuvo noticia de mi llegada,

(1) *Caso del colegio Darmouth.*— La legislatura del estado de New Hampshire, reconoció al colegio Darmouth, como persona jurídica, con facultad para adquirir bienes raíces. Después de cierto tiempo, la legislatura del mismo estado de New Hampshire, dictó una ley, por la cual, modificó algunas disposiciones de la Carta del dicho colegio, que habían sido aprobadas por el estado al reconocerlo como persona jurídica. El colegio, en defensa de sus derechos, se presentó ante los tribunales del estado, pidiendo que se declarase nula esa ley, por cuanto alteraba por completo, las obligaciones de los contratos. Los tribunales de New Hampshire, sostuvieron la validez de la ley dictada por su legislatura; y llevado el caso en apelación ante la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos, revocó el fallo de los tribunales de ese estado, y declaró nula y sin valor alguno la ley dictada por el estado de New Hampshire, por cuanto caía dentro de las que la Constitución Nacional prohíbe, cuando dice «no se podrán dictar leyes que alteren las obligaciones de los contratos». (N. de la D.)

Caso del Income Tax.— El congreso de los Estados Unidos, en una ley que dictó, establecía un impuesto del 2% sobre la renta de todos aquellos que tuviesen más de \$ 4.000 de renta, quedando exceptuados de este impuesto, todos aquellos cuya renta fuese de \$ 4.000 abajo. Esta ley, después de prolongados debates ante los tribunales, fué declarada nula y sin valor alguno por la Suprema Corte de los Estados Unidos, por cuanto violaba el principio constitucional que establece que los impuestos deben ser uniformes en el territorio de la nación (1895). (N. de la D.)

como del objeto que me llevaba, recibí una esquelita muy atenta del gobernador del estado, en que me pedía que fuese á visitarlo. Fuí. Me manifestó que mis opositores habían estado á verlo, y le habían hecho conocer minuciosamente los detalles de la cuestión, y que había adquirido el convencimiento de que ellos tenían la razón en este caso. Le contesté, que suponía que quienes tenían que resolver la dificultad, eran los jueces.

« Pero, si soy yo quien nombra los jueces », me replicó lleno de asombro.

Como ví que era imposible que ese espíritu latino, pudiese comprender que el poder que designa los jueces, no debe ejercer presión alguna sobre sus decisiones, me decidí como medio más sencillo, á persuadir al gobernador que *éramos nosotros*, los que teníamos la razón en ese caso; y después de conseguirlo, no tuve dificultad alguna en el tribunal.

El gobernador que acaba de ser electo para el estado de Nueva York, tiene fama de tener un carácter sumamente impetuoso; pero ni aún el hombre que con tanta intrepidez condujo su regimiento, marchando á su cabeza, entre los matorrales de las Guásimas, escalando después el cerro de San Juan, tendría valor suficiente para acercarse al juez Parker, y tratar de dictarle, como presidente de la cámara de apelaciones, las decisiones que ese tribunal había de pronunciar.

Uno de los rasgos distintivos de nuestros tribunales, es que siempre actúan á la luz del día. En los tribunales sajones no hay audiencias reservadas.

De acuerdo con las prácticas originarias latinas — en algunos países latinos, esta práctica ha sido modificada — todos los procedimientos son recibidos bajo reserva por el juez que examina con la misma reserva á los testigos, y forma el expediente de la causa, que al fin se somete á su decisión, y la falla de acuerdo con los argumentos escritos que se presentan. El juez siempre tiene razón, porque no tiene que dar los motivos que sirven de fundamento para el fallo, no publicándose tampoco las pruebas en que se había apoyado.

Uno de los baluartes de nuestro sistema judicial sajón, descansa en el procedimiento que se emplea con toda libertad y sin restricción alguna, de preguntar y repreguntar á las partes y á los testigos, en las audiencias públicas de los tribunales que tienen á su cargo la decisión del caso, y á pesar de los abusos á que algunas veces dan lugar, es el mejor expediente para descubrir la verdad y asegurar la justicia, que se haya inventado jamás por el hombre. La jurisprudencia latina, no tiene baluarte semejante.

Otro rasgo distintivo de los tribunales sajones, es la forma en que se discute y se determina el punto materia del debate. (*the trial*).

El litigio sajón, es una batalla en que los abogados, de uno y otro lado, son los jefes. El punto sobre que va á versar la controversia, es determinado por un juicio (*a trial*). Un combate es un juicio (*a trial*), en un campo de batalla. Un juicio es una batalla que se libra en la sala de un tribunal. En toda controversia legal que se sigue ante un tribunal sajón, llega siempre un momento en que el demandante tiene forzosamente que encontrarse frente á frente con su adversario, en compañía de sus abogados y testigos, y establecer con todas las pruebas que tienen, el derecho que cada una de las partes pretende tener en la controversia (*to try issues with him*).

En los tribunales latinos, exceptuando los pocos casos que en los tiempos modernos han copiado nuestro sistema, — no existe en manera alguna, nada que se parezca á lo que nosotros llamamos el juicio para determinar el punto sobre que ha de versar la controversia (*the trial*). En ellos el juez se hace cargo del caso, desde su principio, y está á resolución suya todo el tiempo, — que generalmente, es muy largo. Si el juez abriga alguna duda, y por lo común las tiene muy frecuentes, procede á examinar nuevos testigos, tomando nota de sus declaraciones, ya sea por moción suya, ó por indicación de una de las partes. Una vez que concluye con todas ellas, ya sea porque calcula que no necesita mayores pruebas, ó porque se ha cansado verdaderamente del caso, lo falla. La responsabilidad en la dirección del caso, recae desde el prin-

cipio hasta el fin, sobre el juez, y no sobre las partes interesadas ó sus abogados. Y el fallo que al fin se obtiene, no viene á ser más que la evolución gradual que ha seguido la mente del juez, en sus apreciaciones del caso; y no en manera alguna, el resultado de una controversia vehemente y decisiva.

Los latinos, excepción hecha de aquellos que lo han aprendido entre nosotros, no tienen ni la más remota idea de lo que en nuestros litigios judiciales es el juicio, para determinar el punto sobre que ha de versar la controversia (*the trial*) y que nosotros conocemos tan bien.

Las diferencias características que distinguen á los tribunales sajones de los latinos, están perfectamente marcadas, en las formas de sus alegatos.

La declaración de la ley común, que es la declaración de los derechos del sajón, es la afirmación de esos derechos y concluye con una verdadera exigencia. La demanda que se presenta ante una corte de equidad, que es la forma típica de los alegatos latinos, es una petición que, excepto en los puntos en que nosotros la hemos sajonizado, termina con una súplica. El punto materia de controversia (*the issue*), en los juicios sajones, se reduce siempre á términos breves, concisos y claros. Contiene afirmaciones netas y negativas explícitas —hay algo por lo cual se puede luchar. Los alegatos latinos son largos, complicados y difusos. Sugieren muchos puntos sobre qué disertar, pero muy pocos sobre qué combatir. La declaración sajona, es la demanda de sus derechos, que presenta un hombre libre é independiente; la petición latina, es una súplica persistente para que se otorgue una gracia.

El sajón, en un litigio judicial, va en busca de lo que considera como suyo y está listo para luchar por ello; el latino, pide una merced y se inclina para que se la den.

La ley en los países latinos está codificada siempre. El juez latino sigue constantemente y de una manera estricta el lenguaje escrito del código y no se atreve á separarse de él.

En estos últimos tiempos, nosotros los sajones de la América del norte, hemos hecho algunos ensayos, codificando

nuestras leyes, pero generalmente han resultado en detrimento nuestro. La ley común de la raza que habla el idioma inglés, tiene en sí demasiada vida y vigor para que se la pueda embotellar.

La ley latina es una ley artificial. En los países de este origen no hay leyes, hasta que alguno las hace. Cuando esto sucede, resulta una ley muerta, que no tiene poder virtual para crecer, y desenvolverse y que, por lo tanto, se puede codificar con facilidad.

La ley sajona, nunca ha sido dictada. Creció y se desarrolló, á medida que nuestros antepasados sajones la iban extrayendo ó desenvolviendo, de la libertad salvaje de las selvas germánicas. Uno puede escribir todo lo que sepa sobre ella en un libro, y designarlo con el nombre de código, pudiendo la legislatura sancionarlo como tal; pero podemos estar seguros de que no hay prensa alguna que pueda imprimirlo con tanta rapidez, que antes de que llegue á poder del público, ha de haber más leyes fuera del tal código, que dentro de él.

El tribunal sajón busca sus inspiraciones en una biblioteca de precedentes vivos, que siempre está modificando y á los que constantemente agrega otros nuevos. El tribunal latino, consulta sólo los libros que contienen las leyes, muertas, porque no hay poder para cambiarlas, modificarlas, ni para adaptarlas á las nuevas dificultades que surgen.

El abogado también desempeña un papel más importante en los tribunales sajones, que en los latinos.

Hay mucha mayor necesidad de él, en el desenvolvimiento de un sistema de jurisprudencia que tiene vida propia, que crece sin cesar y que se basa en precedentes reales y positivos; que en la administración de un sistema muerto, que se apoya en disposiciones artificiales, que están codificadas. Nosotros designamos á veces al conjunto de nuestras decisiones judiciales con el nombre de leyes hechas por los jueces. Con mayor propiedad debiéramos llamarlas, leyes hechas por los abogados. La parte que los jueces han desempeñado en la evolución de nuestro grande y benigno sistema de la ley común, ha sido por lo general, la de redactar y adoptar

las conclusiones á que los abogados han llegado y formulado. El mejor dictamen judicial, es por lo común, aquel que sigue más de cerca, el resumen del abogado que ha tenido el talento de hacer una exposición tal de su caso, que lo hace encuadrar dentro de las disposiciones de la ley común, viniendo con esto á formar parte de las leyes de la tierra.

He dicho al principio, que nuestro país, era un país gobernado por los jueces.

He empleado la palabra « juez », en un sentido muy lato. He tenido la intención de incluir en este término todos los accesorios de la administración de justicia, comprendiendo en él al abogado que ayuda al juez y, que bajo todos conceptos, no es menos importante que él, para dicha administración. Tal vez hubiera sido más correcto si hubiera dicho que nuestro país, es un país gobernado por los tribunales. El tribunal, comprende á los jueces y á los abogados; al abogado que se sienta en los estrados,—y al abogado que está en frente de él. Yo sería el último en admitir que bajo nuestro sistema de jurisprudencia, el abogado es menos importante que el juez. Los descendientes de Israel, se rebelaron en Egipto, porque se les quería obligar á hacer ladrillos, sin paja; y los jueces que toman asiento en los estrados de nuestros tribunales sajones, tendrían muy pronto que abandonar su tarea de dictar fallós judiciales y de ir aumentando con ellos la ley de la tierra, si los abogados dejasen de suministrarles la materia prima que necesitan para ello.

En los tribunales latinos, la figura más conspicua es la del juez, que dispensa la justicia; en los sajones, la del abogado que lucha para conseguirla.

El juez latino encarna en su persona la fuente de la justicia, y sus decisiones son leyes; el juez sajón, no es más que un instrumento para hacer efectivos los principios fijados y establecidos por las leyes del estado. El uno dice: « qué haré y, el representante del estado en favor de este súbdito que suplica con tanta reverencia? » El otro: « cómo deberé yo, que soy uno de los árbitros de este tribunal, administrar la ley de la tierra y extender sus garantías si necesario fuere, para

que este hombre libre, pueda mantener y defender sus derechos, que le han sido asegurados por la letra ó por el espíritu de esa ley?

Las diferencias que existen entre los abogados latinos y los abogados sajones, son todavía mayores que las que existen entre los jueces latinos y los jueces sajones. El abogado latino no es más que el intermediario por el cual el súbdito se aproxima á su soberano y le ruega que le preste su ayuda; el abogado sajón, es el representante de un hombre libre que demanda y lucha por su derecho. El abogado latino, no es más que un incidente de sus tribunales, de que se puede prescindir, sin alterar seriamente la eficacia de ellos; el abogado sajón es una parte inherente, integral y necesaria, de que no puede hacerse omisión, sin fatales resultados para el mismo tribunal en que ejerce. Bajo nuestro sistema, el engranaje todo del tribunal, cesaría de moverse, si el brazo del abogado que le imprime movimiento, fuera retirado de la palanca.

El abogado sajón, no le cede un ápice en dignidad, ni en responsabilidad al mismo juez, no siendo tampoco de menor importancia vital que éste, para la existencia del tribunal.

El tribunal latino, consiste de un amo que toma asiento en los estrados y de siervos que se inclinan ante él; nuestros tribunales consisten de abogados que se sientan en los estrados y de otros abogados de igual importancia y dignidad,—como nosotros los miembros del foro nos lisonjamos en considerarnos,—en frente de ellos.

Grandes han sido los beneficios que ha derivado nuestra raza, por no haberse sometido jamás á vivir bajo el régimen de los gobiernos tutelares.

En tanto que todo el resto del mundo se dirigía á Roma, como á la fuente principal de los conocimientos legales para su sistema de jurisprudencia; nosotros tuvimos presente que éramos descendientes de padres sajones, que prefirieron conservar su libertad aún á costa del orden, hasta que aprendieron el modo de asegurar las dos, y eligieron la libertad salvaje de las selvas germánicas, antes que las grandezas deslumbradoras de la esclavitud imperial.

Nosotros recordamos que éramos los descendientes de aquellos que acompañaron á Herman, cuando en los desfiladeros de la patria de nuestros antepasados, atacaron á Varus y á las legiones romanas enviadas para destruirlos y las hicieron desaparecer de la superficie de la tierra, salvando así á la raza sajona, que en épocas subsiguientes vino á hallar el desenvolvimiento completo de su carácter y de sus instituciones en Inglaterra y en América, y nos rehusamos por eso á adoptar la jurisprudencia tutelar que tenía su origen en el despotismo imperial, desarrollando nosotros un sistema que tiene por base el reconocimiento y la protección de los derechos del hombre libre.

Nosotros tenemos establecimientos que proporcionan tutores y curadores para los menores, los idiotas y los dementes, y socorros para los desamparados,—tratándose á todos con igual imparcialidad; pero la piedra fundamental de nuestro sistema judicial sajón, á la vez que de nuestro sistema político, está en la confianza que cada uno deposita en sí mismo; y nuestros tribunales están organizados, no para distribuir la justicia como quien otorga favores, sino para habilitar á los hombres libres de la raza sajona, habituados á confiar en sí mismos, para que sostengan y defiendan sus propios derechos.

La diferencia fundamental entre la jurisprudencia latina y la sajona, es que la una acuerda privilegios, en tanto que la otra protege derechos.

La primera no es más que un despotismo suavizado; la segunda, el brazo vigoroso de un pueblo libre.

Nosotros hemos incorporado lo bastante del sistema latino á nuestro sistema sajón, para suavizar un tanto sus asperezas, redondear algunos de sus filos en extremo agudos y hacerlo más benigno en su aplicación. Nosotros hemos copiado de la jurisprudencia romana las formas que seguimos en nuestros juicios de equidad; pero hemos cambiado de tal modo su substancia, que de hecho, sea como fuere en sus formas, ya no es una petición para que se conceda un privilegio, como lo era antes; sino que es un método más eficaz para salvaguardar derechos, y en Nueva York, hemos

llegado al extremo de cambiar sus formas de tal modo, que en los juicios que se inician ante los tribunales de equidad, lo mismo que en los ordinarios, el demandante *pide*, que se dicte el fallo y *no suplica* que se le conceda.

Hace pocos años el presidente, querido, patriota é ilustrado de una república latina, cayó víctima de la mano asesina de un anarquista latino. Pocos meses ha, la adorable y adorada reina de una nación en que prevalece la jurisprudencia latina, cayó también víctima del acto insensato de otro anarquista latino. Muchos otros crímenes, menores, pero no menos atroces, han sido cometidos por anarquistas latinos, en todos los países latinos de Europa en estos últimos años; y la Europa latina, hoy día, no obstante lo perfecto de su organización policial, tiembla de terror ante estos mismos anarquistas salvajes.

Un congreso europeo ha sido convocado para reunirse en la Italia latina, para arbitrar medios para reprimirlos.

Nosotros hemos tenido anarquistas que han cometido crímenes tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos; pero en casi todos los casos, los mismos anarquistas, y en todo caso, sus ideas, nos han venido de países latinos, ó cuando menos de países que no son sajones.

El socialismo, por su parte, encuentra que el campo que más promete para su evangelización, está en la Europa latina. Es cierto que nosotros, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, tenemos socialistas también, siendo más numerosos en el estado de Nueva York que en cualesquier otro de los estados de la Unión. Aquí forman todos un partido político bien organizado, que en las últimas elecciones ha alcanzado á sumar un poco menos del 1 $\frac{1}{4}$ por ciento del voto total. Puede ser que su fuerza proporcional sea tal vez un poco mayor que ésta en Inglaterra; pero si le concedemos al uno y medio por ciento de la población que sufraga en todo el mundo que habla el idioma inglés, seremos bastante generosos con ellos. Su fuerza comparativa en la Europa latina, es cuando menos, diez veces mayor que la que tienen en los países donde se habla el inglés, tanto de Europa como de América.

París es la capital del mundo latino, El comunismo prospera allí, como en parte alguna. Varias veces ha conseguido ya enseñorearse por completo de la ciudad, siendo en todas las épocas, una fuente de peligros.

El comunismo es una especie de producto híbrido del socialismo y del anarquismo.

El punto de residencia del anarquista, del socialista y del comunista, y la fuente de donde surgen las ideas anarquistas, socialistas y comunistas, parece que fuera la Europa latina. Es esto meramente el resultado de una coincidencia, ó debemos encontrar en el fondo de estos hechos, una relación de causa y efecto? Hay algo en las instituciones ó en la jurisprudencia de estos países latinos, que fomenta el desarrollo del anarquismo, del socialismo y del comunismo?

No se les ha ocurrido alguna vez, á los promotores de estos congresos anti-anarquistas, como á los hombres que temen tanto el crecimiento del comunismo y del anarquismo, que el anarquista, el socialista y el comunista, no sean más que el producto inevitable y natural de la jurisprudencia de privilegios que subsiste en todos esos países?

Las naciones de nuestra raza que hablan el idioma inglés, no han propendido nunca á establecer la igualdad de condiciones, porque hemos sabido siempre, que no existe ni puede existir jamás una igualdad en los méritos; pero hemos propendido sí, á que los fundamentos de nuestras instituciones descansen sobre principios que aseguren una oportunidad igual para todos, estableciendo además una jurisprudencia con estos mismos ideales. Nosotros hemos hecho de cada hombre el arquitecto y el obrero de su propia fortuna y ha sido en la dura escuela del trabajo perseverante donde el sajón ha adquirido su preparación, para los grandes triunfos que ha realizado.

Una jurisprudencia fundada sobre los derechos del hombre, con tribunales organizados para mantener y defender esos derechos, son las mejores garantías que se puede ofrecer á todos aquellos que nacen en un país, de que tendrán una oportunidad igual, á la par de todos los demás ciudadanos, para obtener la remuneración del trabajo honrado, ase-

gurando también las recompensas más grandiosas que le están reservadas al talento extraordinario.

El hombre que nace y se educa bajo tal jurisprudencia y que crece hasta alcanzar la virilidad bajo tales instituciones, con una oportunidad igual á la de los demás hombres, para inscribir su nombre en la lista de aquellos á quienes el mundo dispensa altos honores, no es probable que se transforme en un anarquista, en un socialista, ni en un comunista. Tiene todos los incentivos para esforzarse en sobresalir del nivel de los que lo rodean, en vez de agotar sus energías en sus esfuerzos para arrastrar á todos á que desciendan al nivel suyo.

La base de nuestra civilización sajona, es la institución de la propiedad, que se funda en el derecho que tiene todo hombre para gozar de los frutos de su propia industria. La jurisprudencia que se apoya en los derechos del hombre, es la única jurisprudencia que puede asegurar una protección adecuada á la propiedad particular, siendo además la única también, que no fomenta ni alienta el anarquismo, el socialismo ni el comunismo.

En vista de esto, creemos que nos será permitido sugerir al congreso anti-anarquista que está para reunirse en la Italia latina, que la mejor garantía para la Europa latina, contra el desarrollo ulterior de las ideas anarquistas, está tal vez en la reforma de sus instituciones, de modo que la libertad del hombre esté mejor protegida;—que la jurisprudencia se apoye sobre derechos y no sobre privilegios, y que establezcan además una judicatura libre é independiente, á fin de que aquellos que hoy están buscando en vano la igualdad de condiciones, puedan encontrar á lo menos, la misma igualdad de oportunidad que las naciones que hablan el idioma inglés, ofrecen á todos y cada uno de sus ciudadanos.

En Runymede se colocó hace setecientos años, la piedra fundamental de una jurisprudencia, que hoy asegura la libertad, el orden y la prosperidad, á medio mundo.

Por qué no había de servir también para la otra mitad?

WALTER S. LOGAN.

REDENCIÓN DE CAUTIVOS

QUE SE

CONVIERTE EN CAUTIVERIO

(Cartas autógrafas é inéditas conservadas en la colección del Director de la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS) (I)

Al señor don Manuel Namuncurá, cacique general.

Señor de todo mi aprecio y afectísimo amigo:

Acabo de recibir su muy apreciable, fechada del 27 del corriente mes, y doy gracias á Dios por lo que Vd. me dice de hallarse en buena salud con toda su gente. A pesar de las fatigas del camino, me hallo muy bueno, gracias á la divina Providencia, asimismo muy buena está toda mi gente.

(I) El padre JORGE MARÍA SALVAIRE era uno de los sacerdotes más conocidos en el Río de la Plata por su posición en el gran santuario de América: en Luján. Pero era, además, un hombre de temple con un corazón que palpitaba al ritmo de los dolores humanos. Conoció de nombre en el desierto araucano en 1879 y de *visu* en un campo de batalla en 1880. Le cobré simpatía y supe apreciar la nobleza de su alma. Su biografía y su retrato han sido publicados al día siguiente de su muerte inesperada. No repetiré esos datos; pero respondo á la misión social de la REVISTA DE DERECHO HISTORIA Y LETRAS al honrar la memoria de un sacerdote bueno y abnegado, narrando dos episodios en que fui actor y testigo. En la página 192 de mi *Viaje al País de los Araucanos* he descrito el hallazgo casual que hice en Diciembre de 1879, del archivo de los caciques de la tribu de *Callfucurá*, enterrado al huir del coronel Levalle, en la región donde hoy se levanta la capital de la Pampa, *General Acha*. Entre los documentos roídos y borrados por la humedad, estaban las cartas de puño y letra del padre Salvaire, que hoy publico, trunca una de ellas. Había entrado al desierto en 1875, en una misión piadosa de que se ocupó la prensa. Estas cartas dan plena luz sobre una parte de la arriesgada tentativa para redimir cautivos, que lo redujo á la cautividad. La primera está fechada en un pequeño oasis, situado pocas leguas al sud oeste de Carahué. La segunda no tiene dirección, ni fecha, pero fué escrita en las tolderías inmediatas á Chilihué, (Nueva Chile) donde Namuncurá, gobernador de las tribus, asentaba su aduar. He descrito minuciosamente esa región, como la vió el padre Salvaire, aun en plena barbarie. La prisión del generoso mi-

No puedo menos, antes de todo, de agradecerle por las innumerables pruebas de atención y amistad con que Vd. se ha dignado favorecerme desde mi salida del Azul, mandándome el muy apreciable capitanejo don Vicente Quiñehual para que me acompañase en mi marcha; y ahora haciendo descubrir sus campos para que no me suceda desgracia ninguna. Yo no dudo de que Dios le recompense tantas atenciones.

Con respecto á lo que me dice acerca de mi misión, yo le hablaré con entera franqueza; aunque me reservo hacerlo más detenidamente cuando tengamos el gusto de conversar juntos.

Yo vengo mandado por el Ilmo. señor arzobispo de Buenos Aires, con el apoyo de ambos gobiernos, nacional y provincial. Los gobiernos no me han dado las facultades para tratar con Vd., ni las he pedido, y si me las hubieran ofertado, no las hubiera yo aceptado; porque asimismo después de mi viaje, me hallaré más libre para hablar á los gobiernos y al público, y decir á todos la verdad á cerca de las injusticias que se han cometido para con Vds. Lo que sí estoy encargado de manifestar á Vd., es que el actual gobierno

sionero no fué larga y regresó con cautivos libres, rebotando el alma de piadosa y cristiana alegría. En 1880 estábamos en las cercanías de Luján, á la oración, con los caballos de la brida, aguardando la incorporación de los cuerpos, que disparaban sus últimos cartuchos sobre los dispersos del combate libre entre la religiosa villa y la estación Olivera. Yo acompañaba al general Racedo, desde que se movió de Campana. Tenía esa tarde una viva preocupación. El teniente coronel Ernesto Rodríguez, jefe de las caballerías de línea, y el teniente Mena, del 9º del arma, habían sido heridos de bala. Vi al primero en el puente de Olivera, en momentos en que cruzaba con una orden del general Racedo para el comandante Godoy; cuyo regimiento se batía á vanguardia, en grande inferioridad numérica. Cambié algunas palabras con el comandante Rodríguez, pálido, pero sereno, á caballo, envuelto en su romántica capa negra de vivos rojos.—«Le mandaré auxilios médicos, le dije, si vuelvo al cuartel general».—Y partí.—A la oración recordada llegó al cuartel general un sacerdote de simpática y resuelta fisonomía, guiando, solo, un *tilbury*. Era el padre Salvaire. Nos estrechamos la mano y le recordé sus cartas halladas en el desierto, cuya inesperada noticia pareció encantarle.... Venía á ofrecer sus servicios humanitarios. Le di en el acto los detalles de las heridas del comandante Rodríguez y del teniente Mena, en Olivera. Este último quedó al pié del puente moribundo.—Vuele padre le dije.... y entregándole quinientos pesos moneda corriente, agregué:—Sálves Vd. la vida y pague con esto, peones y coches.... —Le daré un recibo.... me replicó.... —No. Si le queda dinero es limosna para pobres y heridos, que no dejarán de buscar su amparo! Y partió. A las diez de la noche estaba de vuelta en Luján con los heridos. Rodríguez, es el coronel que hasta hace poco comandaba en jefe la frontera del Uruguay, y creo que el teniente Mena, es también aquel jefe que últimamente se batía, como un paladín cruzado, en las cuchillas del Uruguay. ¡Ellos no olvidarán jamás al padre Salvaire!

quiere la paz y el bienestar con los indios, y para alcanzar este fin me han dicho que estaban prontos á todos las sacrificios. Pero á ese respecto conversaremos cuando llegue.

El oficio que traigo y que remiteré en sus manos, le explicará á Vd. los fines que se propone el Ilmo. señor arzobispo al mandarme á visitarle á Vd.

No le callaré también que después del primer fin que tengo de visitarle á Vd. y entablar amistad seria con Vd., el fin segundo es el rescatar algunos cautivos; con este motivo le traigo á Vd. un cargamento bastante importante, como lo verá, á fin que juntos veamos de procurar el bien de la libertad á los pobres infelices que se ven separados de sus familias. Yo espero y confío muchísimo en su buen corazón de Vd., para que me ayude en esta obra, y si lo hace, Dios lo llenará de sus bendiciones, y será, á mi parecer, el modo más directo para entrar en buenas relaciones con los cristianos que aprenderán de este modo á apreciar y estimar su bondad.

Vd. habrá sabido en que circunstancias más tristes pasa el país, con respecto al dinero, de modo que todo es carísimo y que la plata falta. Cuanto he tenido que sentir esta circunstancia, porque ella me ha privado del gusto de proporcionarme bastantes regalos para toda su gente. Sin embargo, conformándome á lo que me dice en su muy apreciable carta, que he recibido por el conducto del señor capitanejo don Vicente Quiñchual, traigo importantes regalos para los cuatro jefes principales de la tribu, y una cantidad bastante considerable de tabaco, yerba, azúcar y galleta para que Vd. pueda participar de aquello á sus demás caciques y capitanejos.

Quedo confuso al mismo tiempo que agradecido por el aprecio que Vd. hace de mí persona. Por mí mismo, no soy nada; pero siendo ministro de Dios, mandado por el señor arzobispo, y teniendo en mi corazón un gran amor para con los indios, por eso, sí, creo que valgo algo. Sin embargo, no me parece necesario que Vd. incomode toda su gente para recibirme; como me dice Vd. muy bien, juntando á los principales caciques y capitanejos estará bien. Sin embargo, yo me conformo con lo que Vd. mandará. Lo que hará quedará bien hecho.

Le mando incluso en esta carta la lista de tres cautivos hermanos, hijos de una misma madre, que ha venido suplicándome de restituir á su amor maternal á esos hijos suyos que no cesa de llorar. Le mando á Vd. esta nota para que vaya de tratar con los capitanejos á quienes corresponda.

Un favor tengo que pedirle: Traigo mi lenguaraz; y sin embargo, me sería muy gustoso mientras esté con Vd., que me hiciera el servicio de ser mi intérprete, el tan recto y tan mentado secretario de Vd. don Bernardo Namuncurá. Espero que Vd. me prestará este servicio, y que don Bernardo, con quien me veo ya muy amigo, consentirá en ello.

Mucho más tendría que comunicarle á Vd., pero no lo puedo actualmente, por hallarme en un paraje muy incómodo para escribir, y porque en breve tendremos el gusto de conversar juntos, según nos convenga.

Ahora solo me queda ofrecer mis memorias y amistades á su hermano mayor señor cacique don Juan Morales Catricurá, á su hermano menor, al cacique don Alberito Reumay y á su secretario señor don Bernardo Namuncurá y á sus demás jefes y soldados y familias.

Sin más tengo el honor de saludar á Vd. muy atentamente y de subscribirme.

Su muy atento y afmo. servidor y amigo.

JORGE M^a. SALVAIRE.

Misionero Lazarista.

Leufu-Có, Febrero 28 de 1875.

Al señor cacique general don Manuel Namuncurá:

Acabo de recibir su muy estimada fecha de⁽¹⁾ después de haber tomado algunos momentos en presencia de Dios que conoce todos los corazones le contestaré á Vd. lo siguiente:

(1) En los blancos el papel había sido destruído por la humedad.

Me alegro sobre manera de la buena salud, de que sigue Vd. gozando con toda su gente, y pido á Dios Todopoderoso que se digne conservársela.

Mi salud, gracias á Dios, asimismo la salud de toda mi gente sigue buena, para lo que guste mandar.

Desde ayer mi corazón ha recibido un nuevo consuelo, por la noticia que he tenido, de haber conseguido.... digno hermano don Alberito Reumay, auxiliado.... su mismo secretario don Bernardo Namuncurá.... rescate de una cautiva de las que tanto me.... recomendado el Ilmo. señor arzobispo. Como me lo manifiesta Vd. con mucho interés me enteraré de cuanto han trabajado estos dos beneméritos señores para conseguir su feliz éxito.

El señor capitanejo don Vicente Quiñehual, me ha participado en nombre de Vd. que parece se dispone á invadir el cacique Pisen. Esta noticia no ha podido menos de entristecerme, como bien lo comprenderá Vd. señor general; por eso mismo tengo ansias de presentarme delante del señor gobierno, para bien decirle, que yo mismo he visto por mis propios ojos que no es el señor general Namuncurá el que hace las invasiones; pero que son gentes que no son de su orden; ó que invaden sin su permiso, por las necesidades que padecen.

Yo estoy pronto, á obedecerle, á Vd. señor general, en todo lo que me manifieste:—es así que no tengo dificultad ninguna en mandar la comisión que me pide; y pasar al señor coronel Levalle la nota, que prometo hacer lo mejor que me sea posible.

Sin embargo, la mano sobre la conciencia, y en virtud del conocimiento que tengo de lo que pasa entre los jefes de frontera; — para el interés de Vd. y de toda su gente, me parece que el paso mejor, más acertado, y que ha de dar el mejor éxito, no es aquel que me propone Vd.

Vd. ha aprendido demasiado por.... señor general, todos los trámites que se han.... entre las oficinas de los jefes de frontera ó.... gobierno para que se consiga una petición cualquiera, cuando no hay una persona de valimiento, de importancia que se presente directamente en pre-

sencia de estas autoridades. Es así que temo mucho que mi nota y mi comisión encabezada por Sandoval, no demoren demasiado en conseguir lo pedido. — Al contrario me hallo fuerte de conseguir en tres días, en persona, encarándome con el señor presidente de la república y el señor ministro de la guerra, que cualquiera comisión con cualquiera nota no podría conseguir ni en un mes de tiempo.

La hablaré con toda lealtad, señor general, — mi convicción es que por motivo de la última invasión, el señor coronel, retiene á los capitanejos Thraipí y Pallanao, hasta que regrese yo con mi comisión.

No se olvide señor general, de lo que le he dicho, que mi comisión no saliendo del lado del gobierno, sino del lado del Ilmo. señor arzobispo, me parece que para probar á todos los malos cristianos, que no han cesado de pisotear á los indios, de tratarlos de herejes y de salvajes, me parece que para probar que Vd. comprende todo, que guarda mejor aunque los mismos cristianos, el respeto que se debe á toda comisión, me parece bueno, que Vd. prescindiendo de las críticas circunstancias porque pasamos, me despache, como me lo ha prometido desde que se había concluído el trabajo de reunir los cautivos. — Si fuera mandado por el gobierno, yo, — aunque tuviera que sufrir, aunque fuera en peligro mi vida le diría yo á Vd. que haría muy bien de retenerme en rehenes hasta que cumpla el señor gobierno, sus co . . . hasta que sean despachadas las comisiones que Vd. ha enviado ante el superior gobierno; como lo ha hecho Vd. muy bien, en el caso de Milla-Luan que retuvo Vd. hasta el regreso de Thraipí. — Pero en el caso de mi comisión, no hay tal motivo porque como se lo he dicho, y se lo repito, no ha sido el señor gobierno, sino el señor arzobispo que me ha mandado; y si Vd. me retuviera en rehenes por el mal comportamiento de los jefes de frontera ó del mismo gobierno, yo temo que el señor arzobispo se sintiera entristecido y ofendido y despreciado en su dignidad, precisamente cuando él trataba de darle á Vd una prueba muy cierta de su amistad, de su estima y de su confianza.

Créame bien, señor general, créanme bien Vds. que son

jefes de esta importante tribu. A mi regreso en Buenos Aires, junto con el señor arzobispo, presentándonos, no más al señor coronel, ó á cualquiera jefe de frontera pero sí al mismo gobierno. Sirviéndonos de los diarios para publicar delante de todos la verdad, acerca de la cuestión de los indios, conseguiremos mucho más que con cartas, notas y comisiones.

Estas son mis ideas, que quisiera, que Vd. me diera licencia de profundizar delante de su estimado hermano y de su apreciable secretario, pero fuera del tumulto de la muchedumbre porque lo que quiero antes de todo es servir aprovechar las facultades, la inteligencia. . . me ha concedido para favorecer á los indios, para defenderlos contra las injusticias y pretensiones de los hombres interesados.

. . . .le pido por consiguiente muy respetado

JORGE M^a. SALVAIRE.

LA CUESTIÓN FILIPINAS

Y

LA OPINIÓN AMERICANA (1)

El *World* ha sorprendido ayer á Nueva York y á la Unión con el ataque más serio que se ha dirigido en este país, contra la política, no de *Expansión*, como la llama *El New York Times*, equivocadamente en mi concepto, en la rápida réplica que hoy ha publicado, sino de *Imperialismo*, nombre con que se designa aquí la tendencia que aconseja la anexión á título de conquista ó como incidente de la guerra, de las islas Filipinas, situadas á 7.000 millas de las costas occidentales de California, y en cuya adquisición ni soñaban los americanos cuando comenzaron las hostilidades con España,—y que ha sido FORZADA por el almirante Dewey, en primer término, con su conducta en esa región del mundo, adonde fué á buscar y destrozar, si podía, la escuadra española que surcaba esos mares, y no á conquistar territorios que estaban bajo el dominio de sus adversarios.

(1) El doctor JULIO CARRÍE, nuestro compatriota, nacido en San Juan, reside accidentalmente en Nueva York. Fué alumno del colegio nacional y de la universidad de Buenos Aires, donde se graduó de doctor en leyes y ha servido en el cuerpo diplomático en Europa y América, hasta la posición de encargado de negocios. Es actualmente secretario del comité del partido nacional en la provincia de Buenos Aires. Hábil poseedor del inglés y estudiante de las instituciones americanas, ha traducido para la casa de Peuser, en forma feliz, por cierto, el manual de derecho constitucional de Cooley, adoptado por las universidades americanas como texto, y prepara ahora mismo una versión al castellano de la notable obra de Story sobre letra de cambio y títulos al portador. Las páginas que dirige desde Nueva York á la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS no son propiamente un artículo, sino, como él lo dice, una nota política para llamar la atención de los estudiosos sobre el nuevo aspecto de la magna cuestión de Oriente, que preocupa al mundo y de los medios más nuevos y eficaces para profundizarla. Los sucesos han comenzado á confirmar sus previsiones.

Producido, sin embargo, el hecho de la toma de posesión de las Filipinas, en nombre de la Unión, cuya bandera ha sido izada en señal de soberanía, los Estados Unidos se encuentran de improviso á la faz del problema más árduo que han tenido que debatir hasta hoy.

No podría aún anticipar nadie cual será la forma en que lo resolverán, tal es la divergencia de las opiniones entre los hombres más importantes del país, con prescindencia de la disciplina del partido político á que pertenecen.

Es el autor del artículo del *World* el ex-senador Edmunds, de personalidad notoria dentro y fuera de la Unión. ⁽¹⁾ Esta notoriedad explica la causa de la impresión que sus opiniones han producido dentro del elemento que actúa de cerca y que tiene voz en el movimiento político de esta gran nación.

He dicho al principio que *El New York Times* se equivoca, cuando coloca al ex-senador Edmunds, como contrario á la política de expansión. En efecto, para ser así sería menester que Mr. Edmunds, estuviese en oposición directa con la historia política de este país; que renegase de ella, lo cual no es posible.

La aplicación de las doctrinas contrarias habrían hecho imposible el ensanche de los límites de los primitivos Estados Unidos. Los prósperos estados del Centro y del Oeste, se han formado en territorios del otro lado de los Alleghanies, que eran desiertos ó apenas estaban poblados por las tribus de indios aborígenes, que se oponían á que cayesen bajo el dominio del hombre blanco; y que á pesar de ello, forman hoy parte de la Unión. Con la aplicación de la doctrina contraria, no hubiera sido posible la incorporación de La Florida, la Louisiana, Texas, Nuevo México, California y Alaska.

(1) El *World* llama á Mr. Edmunds, «el más hábil de los estadistas del partido republicano, y por muchos años el *leader* del senado». El largo estudio de Mr. Edmunds comprende los siguientes capítulos: a) Qué son las Filipinas: b) La misión Dewey á Manila: c) Lo que debe hacerse: d) Lo que significa una guerra de conquista: e) Status de los filipinos: f) Los poderes del Congreso: g) Lo que pueden causarnos los filipinos: h) Una conclusión y una teoría. Mr. Edmunds niega facultades al congreso para imponer su voluntad á los filipinos de un punto de vista legal y constitucional y cree que debe honrarse la declaración de guerra, por decente respeto á las opiniones de la humanidad, en la parte de aquella que aseguraba que no se iba á la guerra con ánimo de conquista, sino de libertad á Cuba. — (J. C.)

Los mejores argumentos en favor de la política de expansión, que es la política tradicional de los Estados Unidos, están delineados precisamente en los que aduce Mr. Edmunds, para oponerse á la anexión de las Filipinas, que es hoy la cuestión que más apasiona los ánimos entre las que aquí se debaten; la misma, que en vista de la gran divergencia de opiniones con que es discutida, me inclina creer que serán los acontecimientos, y no la previsión humana, los que dictarán la solución que se le darán, aquellos que están más interesados en resolverla, para bien de todas las partes á quienes les concierne.

El World ha recibido con tan marcadas muestras de aprobación las ideas de Mr. Edmunds, que para publicarlas íntegras, suprimió todos los artículos editoriales de ayer; y es posible que entre los ex-colegas del senado del autor, tenga cierto peso esa opinión; á pesar de que según me informa un caballero que conoce muy á fondo los hombres públicos de este país, Mr. Edmunds, pertenece, á la categoría de los políticos PESIMISTAS, cuyas opiniones en cuestiones de actualidad palpitante, tienen siempre esa tendencia.

Cree mi amigo que el senado aprobará el tratado de paz. Con todo agregó, mi interlocutor, desidido anexionista, — la exposición de Mr. Edmunds, ha sido el documento más serio que se ha publicado en contra de esta anexión por los Estados Unidos.

« Nosotros no queríamos las islas; pero hoy que las tenemos, las guardaremos, tenemos que guardarlas y ellas mismas nos han de indicar el camino que deberemos seguir para afrontar y resolver el problema que traen consigo ».

Justamente es esta la misma opinión que me he formado y que he manifestado en el curso de esta breve nota, que dejo abierta hasta que se produzca alguna nueva emergencia, que me estimule á volver á ocuparme del gravísimo asunto.

JULIO CARRIÉ.

Nueva York, 9 de Enero de 1899.

REFORMA UNIVERSITARIA

En nuestro artículo último procuramos trazar rápidamente la labor de la administración nacional en el departamento de instrucción pública, desde la reorganización nacional en 1853, hasta 1880. Fijemos ahora, sobre el cuadro esbozado, los hechos fundamentales, acentuando sus perfiles, para que la impresión cerebral dure lo bastante y nos permita continuar con ilación nuestro programa expositivo.

El gobierno de la Confederación, puede afirmarse, que no hizo sino revelar sus propósitos de fomento en la instrucción pública, tan débiles fueron los esfuerzos realizados, en sus grandes penurias.

La presidencia del general Mitre, con el ministerio ilustrado del doctor Eduardo Costa, afirmó más esta tendencia progresista, promoviendo la enseñanza secundaria y dándole fuerte incremento con la fundación de cinco colegios nacionales, los que agregados á los tres existentes, formaron un total de ocho establecimientos de instrucción media, colocados en otras tantas capitales de provincia; con lo cual quedaba favorecida con estos centros de luz intelectual, más de la mitad de la República. En instrucción primaria, el poder central procuró estimularla, repartiendo subsidios á las provincias más pobres, quienes entre sus miserias y angustias, contaban enormes masas de ignorantes, en donde germinaban en almácigo, los catecúmenos del caudillaje. La guerra del Paraguay interrumpió la prosecución de la obra patriótica.

La administración Sarmiento con la inteligente colaboración del doctor Nicolás Avellaneda como ministro de instrucción pública, fué el arranque verdadero de nuestro progreso

educacionista, y la presidencia Avellaneda con el ministerio del doctor Onésimo Leguizamón, la consecución feliz de la labor iniciada. Sarmiento y Avellaneda se caracterizan en esta acción, por la uniformidad de propósitos, por el desarrollo armónico de un plan de instrucción nacional bien meditado, tomando como modelo á los Estados Unidos en su sorprendente evolución en la educación pública.

Si la intervención de la administración nacional en la enseñanza primaria y secundaria denota un progreso, en instrucción superior, el patronato absorbente del Poder Ejecutivo queda profundamente marcado por una dirección caprichosa, sin norma y sin ideales bien definidos. En la administración Mitre, el único establecimiento universitario nacional, el de Córdoba, había sufrido la segregación de una de sus facultades, la de Teología, quedando reducido exclusivamente á la de Derecho, pues lo que figuraba como de Ciencias físico-filosóficas, en amalgama impura, no merecía este nombre, no siendo sino un complemento de los estudios preparatorios del Colegio de Monserrat. En la presidencia Sarmiento, es cierto, se creó la Facultad de Ciencias Exactas en 1870 pero por las peripecias porque cruzó, recién comenzó á prestar servicios á la enseñanza, cuando fué definitivamente incorporada á la Universidad de San Carlos en 1876. En la administración Avellaneda esta institución adquirió una Facultad más, la de Ciencias Médicas, propuesta por el doctor Leguizamón en sus memorias al Congreso Nacional y llevada á la práctica por el ministro doctor José María Gutiérrez en 1878. Puede pues afirmarse que en 1880, la Universidad Nacional de Córdoba no contaba sino con una Facultad completa, la de Derecho, y las dos otras mencionadas, que iniciaban recién su vida intelectual. En cuanto á los otros centros de enseñanza superior, las facultades de Derecho y Minería, anexas á los colegios nacionales, verdaderas excrecencias poliposas de nutrición enfermiza por pedículos anémicos, tenían y tendrán que sucumbir las supervivientes por más que afluya una circulación supletoria á expensas de las rentas generales. En el conocimiento de estos hechos verídicos, ¿no era irrisorio protestar por el exceso de favoritismo?

mo en la instrucción universitaria en 1880? pues el Poder Ejecutivo tuvo la osadía de proclamarlo ante el Congreso Argentino!

Si había ocurrido un olvido en aquella atención premiosa de crearlo todo, la queja podía partir precisamente de las instituciones de enseñanza superior.

En la instrucción secundaria, en efecto, se verificó un evidente adelanto, fundándose seis colegios nacionales más en la administración Sarmiento, de manera de dotar á cada provincia con uno de ellos; pero exigiéndose la cooperación eficaz de las localidades beneficiadas. Es conveniente además, recalcar el móvil que ha guiado á nuestros hombres públicos en la fundación de estos centros de enseñanza: el pensamiento manifestado claramente por los ministros Costa, Avellaneda y Leguizamón, en sus distintos documentos públicos, memorias, mensajes y decretos, era de que estas instituciones no servirían exclusivamente para preparar á la juventud estudiosa hacia los establecimientos universitarios, sino que contribuirían á formar la clase media social, distribuyendo en toda la nación una enseñanza general ampliamente desarrollada en ciencias y letras.

Así, Avellaneda en 1870, al dar cuenta al Congreso Nacional de la reforma en el plan de estudios de los colegios nacionales, decía: « no debo guardar silencio sobre el « designio primordial de la reforma, porque marca la tendencia de todos los actos de este ministerio en sus relaciones con los colegios ».

« Acaba de publicarse el libro de M. Hippeau, tan notable por sus observaciones como por su método, exponiendo el « estado de la instrucción pública en los Estados Unidos, y llama verdaderamente la atención el extenso desenvolvimiento que en aquel país se da á la educación popular, que todos los habitantes están llamados á recibir, aún los que se proponen adoptar por ocupación un oficio mecánico. Las escuelas públicas tienen sus divisiones y sus grados: principian con la enseñanza elemental, continúan con las diversas escuelas de gramática, hasta concluir con la escuela superior (*High-School*) ».

Ahora bien, examinando las enseñanzas que se dan en cada una de estas escuelas superiores, encontramos que abarcan mayor ó igual número á lo menos de materias á las que se hallan comprendidas en el plan de nuestros colegios, porque todas ellas son indispensables para formar no hombres profesionales, sino simplemente hombres aptos para realizar los fines de la vida social en los tiempos actuales. Se demuestra así cuán errónea es la idea vulgar de mirar solamente los estudios de nuestros colegios como preparatorios para las profesiones científicas, y á los colegios mismos como otros tantos pórticos que no sirven sino para conducir á las aulas universitarias. Nó. Las miras con que se han fundado los colegios nacionales son más amplias, y sus estudios tienen por objeto difundir la instrucción en los pueblos, hacerla extensiva á todas las condiciones sociales, de tal manera que se encuentren á cada paso *hombres aptos para la producción de la riqueza, para las funciones de la vida social, y para el ejercicio de los derechos que corresponden casi siempre á otros tantos deberes en la República.* »

« La reforma del plan de estudios se ha verificado, obedeciendo á estas ideas, y procurando al mismo tiempo que no pierdan ellos su carácter preparatorio para los alumnos que quieran ingresar más tarde á las universidades, á fin de seguir los cursos de las enseñanzas especiales que habilitan para el ejercicio de las profesiones liberales. » (1)

Tal fué el propósito y si el desarrollo del pensamiento no respondió al móvil, la causa reside en la composición del P. E., cuya competencia para dictar planes de instrucción pública, negamos y probaremos en el desenvolvimiento de nuestro programa.

En cuanto al problema de educación secundaria, de si el plan de estudios debía ser único ó bifurcado según las diferentes tendencias de las carreras profesionales, — recibió su solución á favor del primer sistema en todas las reformas producidas en 1863, 1870, 1874, 1876 y 1879 (cuantas va-

(1) AVELLANEDA. Memoria de Instrucción Pública, 1870, pág. 26, 27 y 28.

riantes en tan breve tiempo!), siguiéndose en esta ruta hasta el presente, pues la derivación últimamente puesta en práctica no la contraría, desde que las ciencias aferentes colocadas en los estudios preparatorios de las universidades, forman en realidad, parte de su enseñanza especial.

En las administraciones de Sarmiento y Avellaneda la protección á la educación nacional, apoyó su más vigoroso impulso en las ramas pertinentes á la instrucción primaria, y esto, sumamente importante, sin invadir las atribuciones provinciales, concedidas por la Constitución Nacional.

Detengámonos un instante en la dilucidación de esta faz constitucional de nuestro estudio, porque hará ver lo correcto de la acción de Sarmiento y Avellaneda y ya veremos la pretensión ministerial posterior de arrancar esta prerrogativa de las autonomías provinciales tan cercenadas.

Las declaraciones constitucionales en los artículos pertinentes á la instrucción pública, ordenan :

Art. 5º — Cada provincia dictará para sí una Constitución bajo el sistema representativo republicano, de acuerdo con los principios, declaraciones y garantías de la Constitución Nacional; y que asegure su administración de justicia, su régimen municipal y la educación primaria. Bajo estas condiciones el gobierno federal garantiza á cada provincia el goce y ejercicio de sus instituciones.

La Constitución de 1853 obligaba á las provincias á proveer medios para asegurar la *enseñanza primaria gratuita*; pero los convencionales de 1860 reformaron el artículo, suprimiendo esta especificación, teniendo en cuenta que, para ciertas provincias, constituiría un gravámen imposible de soportar en sus penurias rentísticas.

Art. 67. — Corresponde al Congreso. Inciso 16 — proveer al progreso de la ilustración dictando planes de instrucción general y universitaria.

Conviene tener presente que, al dictarse la Constitución, se comprendía entre nosotros, bajo el título de instrucción universitaria, la secundaria y superior, englobadas así en los planes de estudios de la Universidad Nacional de Córdoba.

Conjuntamente con estas disposiciones sobre la enseñanza oficial, se dispone para la enseñanza particular :

Art. 14. — Todos los habitantes de la nación gozan del derecho de enseñar y aprender, de conformidad con las leyes que reglamenten su ejercicio.

Pero como consecuencia del artículo 67, que concede al Congreso la atribución de dictar planes de instrucción general y universitaria, la ley de 30 de Septiembre de 1878, reglamentaria del artículo 14 de la Constitución, estableció la libertad de enseñanza, « pero ésta no es sino la libertad de enseñar y « aprender y no la de dar títulos de competencia que impor- « tan un acto de autoridad, el ejercicio de una atribución pri- « vativa del estado. » (1)

Ahora bien, el derecho de dirigir la instrucción primaria, cumpliendo con las prescripciones constitucionales, corresponde á la nación ó á las provincias ?

Se ha aseverado por la mayoría de nuestros constitucionalistas más eminentes, entre ellos, por nuestro sabio maestro, J. M. Estrada, que el derecho y la obligación misma (ambas se confunden en este caso), de dirigir la instrucción primaria era concurrente en la nación y en las provincias, y que la Constitución así lo había consagrado, para garantizar más la eficacia de sus disposiciones, tratándose de un objetivo tan fundamental en la vida republicana.

Reconocemos que la demostración en esos términos, no resuelve el problema; hay que penetrar en un análisis más profundo, para explicarse la concurrencia de los dos poderes.

Ahora bien, en el mundo físico como en el moral, dos fuerzas en actividad para que sean concurrentes por completo á un objeto dado, con la suma de la intensidad inicial de cada una, deben obedecer en su impulso á la misma dirección, pues, sino, se pierde parte de la energía de las fuerzas en un gasto estéril para dar como producto un trabajo útil, efecto de una resultante, que no presenta la suma po-

(1) A. ALCORTA. *La instrucción secundaria*, 1836, pág. III.

tencial de las dos acciones. Si pues, la Constitución ha establecido la concurrencia de la nación y de las provincias para impulsar vigorosamente la instrucción primaria, debe también haber previsto una dirección única para evitar el desperdicio de una acción que aplicada en otro sentido podía efectuar una labor benéfica.

La Constitución consagra que la nación dictará los planes de instrucción general y universitaria, como garantía de la uniformidad en la enseñanza pública; pero establece netamente también que las provincias deben proveer á la instrucción primaria de los habitantes de sus localidades. Bajo un plan nacional?—sería absurdo sostenerlo, pues atacaría un derecho natural que de la familia podía desprenderse á la comuna, á la provincia, en último caso, á la nación. Bajo un plan exclusivamente provincial? peor todavía, porque podía acarrear el mayor desacuerdo entre las diferentes ramas de la instrucción pública, justamente lo contrario de lo que se buscaba con el artículo 67. Ahora bien, entre estas dos tendencias, la unión viene á consolidarse con la fundación de las escuelas normales.

En nuestro criterio, Avellaneda resolvió el problema haciendo que el maestro normal fuese educado por un plan de instrucción nacional, lo que daba una garantía para establecer la continuidad uniforme en la enseñanza primaria, secundaria y superior, sin penetrar en lo que directamente estaba afectado á la autonomía de las provincias.

La eficacia de la acción del estado estaba asegurada por la dirección única, y la fuerza obtenía por completo su efecto útil al disgregarse, desparramando sus beneficios en todo el territorio, al alcanzar su objetivo en la realización definitiva de su ideal: la germinación intensiva de la instrucción pública.

Y esto se obtenía también, con el mayor respeto por las autonomías provinciales.

Así, en las administraciones de Sarmiento y Avellaneda se impulsó con energía á la instrucción primaria en toda la nación con las subvenciones escolares; se vigiló también, la distribución de las sumas adjudicadas con los decretos regla-

mentarios de 1873, 1875 y 1877; pero los dos hombres de estado respetaron siempre el derecho inalienable de las provincias y hasta de las comunas, al dirigir la educación común en el sentido más conveniente á las localidades. Hasta en la fundación de los colegios nacionales se revela esta consideración para aquellas entidades políticas, hoy tan despretigiadas, pues, encomendó á los gobernadores de provincia la designación de sus primeros profesores, constituyendo más tarde juntas de vecinos para controlar la marcha administrativa de los mismos colegios.

Sarmiento y Avellaneda se propusieron establecer la educación regional superior con las escuelas agronómicas (Salta, Tucumán y Mendoza), las de ingeniería de minas (Catamarca y San Juan), la de ingeniería civil en puentes y caminos (Corrientes), la de comercio (Rosario); pero ya conocemos su fracaso: fué un error, porque aquella educación superior se esterilizaría en el aislamiento.

Esa reverberación fastuosa, puramente imaginativa del porvenir provincial por lo que ocurría en Buenos Aires, prohibió otro error que felizmente no fué llevado á la ejecución: era, entregar á las provincias las escuelas normales de maestros y maestras á los 3 años de su funcionamiento, lo que hubiera producido el más grande de los trastornos en la armonía de la educación nacional.

La obra trascendental de Sarmiento y Avellaneda, lo hemos declarado ya, fué el establecimiento de las escuelas normales.

El país carecía de maestros competentes y la nación se comprometió á formarlos para entregarlos á las provincias, creando así un cuerpo de instructores que por la uniformidad de la educación recibida, garantía suficientemente de que la enseñanza primaria en toda la República obedecería á un plan armónico con las demás ramas de la instrucción.

La relación de continuidad entre la instrucción primaria, secundaria y superior quedaba perfectamente establecida con la formación de maestros de escuelas nacionales, dejando en libertad de acción á las provincias para dictar los

programas de enseñanza primaria. Y esto es lo razonable y justo, pues la escuela elemental en cada provincia debe tener su modalidad propia.

En efecto, los programas de las escuelas comunes aunque obedezcan á un plan general en toda la nación, tienen que poseer en cada provincia su modismo localista. El apego por el suelo, por ejemplo, es útil estimular en el estudio de la historia patria, con narraciones vivaces de las tradiciones legendarias del suelo en su concurrencia con la organización nacional; tiene por otra parte, que enseñarse la Constitución provincial á la par de la nacional, para instruir al ciudadano en sus deberes cívicos más inmediatos en el gobierno propio en que tiene forzosamente que actuar; en el estudio geográfico, por fin, deben primar los conocimientos de los recursos naturales de cada localidad, aquellos de que puede disponer en su actividad en la lucha por la vida, etc.

Dónde iríamos á parar en esta fusión unitaria, aún dentro de la instrucción pública, en contra de la fórmula de gobierno prescrita en la Constitución Nacional? El pensamiento más intenso, en el sistema federativo nuestro que amenaza desaparecer, será siempre el de vincular lo más estrechamente posible los hombres á sus provincias, para que allí formen su clase dirigente y una fuerza ponderable que asegure el gobierno propio.

Creemos sin embargo que se cayó en las fascinaciones de un concepto falso en la organización de las escuelas normales y que este error perdura todavía.

El maestro de escuela debía aprender los secretos de su apostolado en las escuelas normales nacionales de maestros y maestras, (que se radicaron en las 14 capitales, para darles una afinidad localista), con una escuela anexa de aplicación que serviría á la vez de modelo de escuela común para cada provincia. Pero avanzando más, se confundió la dirección, al disponer en cuanto al personal docente de las escuelas normales de maestros y maestras, se formasen en las escuelas normales de profesores y profesoras. Se pretendió así, aislar la enseñanza normal de la secundaria y superior, y en esa tendencia, los proyectos del educacionista don

José M. Torres remataban en la organización de una Facultad Normal Superior.

Este propósito bien definido, dió un resultado contraproducente: la escuela de aplicación, surtía de elementos á la escuela normal de maestros, y éstas á las escuelas normales de profesores, con el estímulo potente de las becas; el todo, constituyó un sistema perfecto de drenaje, establecido por el P. E., para que fuese á desembocar en las universidades! Esto, que parece una paradoja, no lo es, porque fué una consecuencia natural de los planes de estudios decretados por el ministerio de instrucción pública. Véase como: los programas de enseñanza en las escuelas normales de maestros, preparaban suficientemente bien al personal futuro de las escuelas comunes; pero, los programas de las escuelas normales de profesores, pretendiendo formar un personal docente propio, especial para las escuelas normales de maestros, por una casi identidad de instrucción con la de los colegios nacionales, desvió á los becados de su dirección primera, haciéndolos concurrir á la enseñanza universitaria. El niño conducido por el estado hasta el pedestal de la instrucción superior, abarcaba en la adolescencia, con claridad, el porvenir: por un lado, la misión humilde del magisterio con sus extremosas miserias, por el otro, las seducciones de clase independiente y el aguijón de las cumbres sociales. No podía haber titubeación en la elección entre las dos perspectivas, sino para los que eran dominados por una vocación personal, verdadero sacerdocio, ó para los que, débiles de fuerzas se arredraban ante las luchas intelectuales. Así se perdieron gran número de los profesores que por las becas habían sido sostenidos y educados por el estado, durante largos años. De quién la culpa? Del P. E., que estableció esa organización viciosa y decretó esos planes de estudios que era la muralla que encauzaba la corriente hacia las universidades. Algo análogo ha ocurrido con el Colegio Militar, del cual han brotado un buen número de ingenieros civiles, y si la mayoría ha persistido en la milicia, es porque en aquella institución también existe el brillo del mando que conduce á las alturas. Y en esta meta-

mórfosis de aspiraciones algo más anómalo tenemos que señalar todavía, pues el gobierno nacional facilitaba la trasmigración, por la ley incompleta de la libertad de enseñanza, que estudiaremos extensamente en su momento oportuno.

La práctica está indicando el remedio. La carencia de cuerpo docente normal bastante para las escuelas de profesores y maestros, se está supliendo con ventaja con los diplomados de las universidades: los médicos dictan los cursos de anatomía, fisiología é higiene; los abogados, la instrucción cívica; los ingenieros, la aritmética, geometría, álgebra y demás ramas de las matemáticas; y el complemento indispensable es que las facultades de Filosofía y Letras formen al pedagogo, al profesor de literatura, historia, filosofía, etc. Se debe pues, suprimir la Escuela Normal de profesores y profesoras, con la seguridad de que el cuerpo docente para las escuelas normales de maestros y maestras, no escaseará, disponiendo para su provisión de los diplomados universitarios, con mayor ilustración para la enseñanza respectiva, como ocurre con los colegios nacionales. Otra ventaja, y muy importante se obtendría también, además de la mayor competencia, y es que los diplomados universitarios establecerían con más seguridad la uniformidad y la armonía de la instrucción en sus graduaciones: primaria, secundaria y superior.

Se comprende ahora la enormidad del error de disminuir las becas para los alumnos-maestros.

El último censo general ha transparentado cuán lejos nos encontramos todavía para alcanzar los ideales de la instrucción primaria. Se necesitan miles de maestros y maestras para redimir de la ignorancia á centenares de miles de nuestros hijos y á los análfabetos que nos introduce la inmigración; hay pues que redoblar los esfuerzos ante el peligro apuntado con cifras funestas. Si alguna vez se ha sostenido con propiedad que, no avanzar es retroceder, contando con el progreso siempre creciente del siglo, es precisamente en las meditaciones sugeridas por la evolución de la instrucción pública en el mundo entero. Habrá pues, que aumentar el número de becas para los alumnos-maestros, de más en más,

hasta que no exista en nuestro suelo un alma de hombre privada de la luz de la verdad, como decía Avellaneda. Y para evitar la transgresión al propósito de la beca, pues toda pérdida en este sentido es una esperanza malograda en cuya acción se confiaba, debe estimularse especialmente con sus beneficios á las escuelas normales de maestras cuya fundación, no hay que olvidarlo, mereció el aplauso del departamento de instrucción pública de los Estados Unidos, porque la mujer ha probado plenamente en aquellos centros prodigiosos de instrucción, que posee dotes más aparentes para la enseñanza elemental que el hombre, más firmeza para soportar las contrariedades del magisterio,—y hasta se ha asentado con acopio de buen criterio, que la consideración misma del sexo, en aquellos pueblos, lo que constituye un signo de cultura social, provenía de que el niño y el hombre se había habituado á respetarla desde los bancos de la escuela.

Este es el recuento rápido de la labor inmensa en instrucción pública de las dos administraciones: Sarmiento y Avellaneda.

Por desgracia, está escrita como ley fatal para la especie humana, que fuera de lo eventual que es un don caprichoso del destino, la conquista de una verdad lo adquiriera tras largos desvelos, exploraciones infinitas que prueben su consistencia; la obra misma, no produce sus beneficios esperados sino después de perseverantes y solícitos cuidados, cuya prosecución revelen el temple del carácter de los hombres. Las instituciones de los pueblos obedecen á esta misma ley humana, y veremos pronto que la inestabilidad de nuestros hombres públicos, la falta de consecuencia en sus propósitos ha sido la causa funesta perturbadora en el progreso de la instrucción pública.

Y que, en 1880 estábamos en el comienzo de la tarea, es facilísimo demostrarlo.

En Marzo de 1879, el distinguido educacionista C. Hippeau, publicó su libro sobre la instrucción pública en la República Argentina, generalmente conocido. Esta obra realizada por instigaciones del ministro Carlos Calvo, quien á su vez había presentado una memoria sobre el mismo tópi-

co al Instituto de Francia, ha sido elaborada con los datos suministrados por los documentos oficiales. Hippeau, en su notable estudio, elogia á nuestro país por el esfuerzo desplegado en las presidencias de Sarmiento y Avellaneda en favor de la instrucción pública, y después de analizar las instituciones existentes, las leyes dictadas, el movimiento general cuyo impulso aprecia debidamente, expone su opinión en los siguientes términos:

« Resumiendo esta estadística, tal como se desprende de
« los documentos oficiales, debo hacer observar que no siem-
« pre están de acuerdo entre sí; que es necesario tener en
« cuenta la propensión natural que lleva en general á las
« partes interesadas á exagerar las cifras favorables, y por
« encima de todo esto, la dificultad inherente á esta clase de
« análisis para recoger datos exactos ». (1)

Condensando su apreciación, que no puede tacharse de inexperta por sus estudios anteriores sobre instrucción pública en Inglaterra (1872), Alemania (1872), Italia (1875), Suecia, Noruega y Dinamarca (1875), Estados Unidos (1878), Rusia (1878), coronándolos con la publicación de otros tantos libros, proyecta hacia nosotros el siguiente juicio sugestivo, emitido como un aliciente para perseverar en la obra emprendida:

« He encontrado el espíritu que tanto me había sorpren-
« dido al visitar las escuelas de los Estados Unidos. En la
« gran República de la América del Norte, como en la na-
« ciente República de la América del Sud, las instituciones
« democráticas tienen como condición esencial el más amplio
« desarrollo dado á la educación nacional. Ninguna restric-
« ción no obstaculiza al progreso que puedan realizar en
« todas las ramas del saber humano. Es indudable que no
« puede establecerse una comparación entre los dos estados,
« sea por el esplendor de los establecimientos escolares, el
« número de institutores é institutrices, sea por la magnifi-
« cencia con la cual los ciudadanos han provisto á los gastos

(1) C. HIPPEAU, *L'instruction publique dans l'Amérique du Sud (République Argentine)*, pag. 357.

« de enseñanza, desde la escuela primaria hasta las universidades, como tampoco podría comparárselas en lo que concierne á los progresos industriales, comerciales ó agrícolas. Sin embargo, si se quiere apreciar á una nación, no según su potencia, sino según la intensidad de sus esfuerzos, se verá que guardando la proporción conveniente, es permitido acordar á una y á otra igual admiración. La República Argentina es hoy día, lo que la República de los Estados Unidos era antes de 1780, cuya población alcanzaba entonces á tres millones de habitantes ». (1)

Se habían sembrado en verdad los gérmenes de una instrucción nacional, pero estábamos muy lejos de cosechar sus beneficios, aún en aquella rama en que más se había concentrado la acción de los poderes públicos. Por si el juicio de Hippeau, como juez extraño no bastase, transcribimos el de un compatriota empapado en la cuestión; el ministro Leguizamón, en su memoria de instrucción pública, declaraba sin ambages ante el Congreso Argentino:

« En el interés de deciros toda la verdad, debo confesaros que el estado de la educación común no es del todo satisfactorio.

« Mejor informado este año que el anterior, por haber tenido ocasión de penetrar más en las escuelas, mediante los informes de inspectores directamente nombrados por el gobierno nacional, puedo concluir asegurándoos que la ignorancia gana terreno en las filas del pueblo, porque falta casi en todas partes el esfuerzo y la constancia que se necesitan para extirparla.

« No ha sido posible obtener este año un censo escolar completo de toda la República....

« Sin el censo escolar todo cálculo sobre las necesidades de la educación será arbitrario, y toda noción sobre su progreso errónea.

« Presiento que el día que tengamos un censo completo, la cifra verdadera de nuestra ignorancia nos aterre; pero, aún exponiéndonos á este peligro, debemos conocer nuestra

(1) HIPPEAU, obr. cit., pág. LXII de la introducción.

« verdadera situación intelectual en el mundo, ó renunciar
« á ocupar un puesto distinguido entre los pueblos cultos.

« No habiendo un censo completo, apenas es posible
« designar cual es el verdadero estado de nuestras escuelas,
« los métodos de enseñanza que en ellas se emplean, los
« libros que usan, el material que poseen, la aptitud de los
« maestros, sus programas, etc.

« En tal ausencia de datos me atrevo á afirmar sin em-
« bargo, sin temor de ser desmentido por los hechos, que,
« nuestras escuelas no están á la altura de este nombre, sino
« en pocas ciudades de la República. » ⁽¹⁾

Ahora bien, después del ministerio Leguizamón, este estado precario siguió empeorando. La administración Avellaneda minada por una crisis económica profunda que hizo su estallido en 1875, y por una oposición política sin tregua ni clemencias, que terminó en una revolución formidable, tuvo que reducirse á las mayores economías, y el estadista sincero y honrado que había empeñado su palabra en trágico momento, cumplióla, reduciendo todos los gastos de la administración, hasta en los de la instrucción pública, la obra de sus ensueños, aquella en que confiaba su galardón póstumo en el juicio imparcial de la historia.

Estaba reservada á Avellaneda la solución del eterno problema de la fijación de la capital definitiva de la República en el sitio obligado por su configuración topográfica y por las tradiciones nacionales. Más feliz que Rivadavia, consiguió que Buenos Aires, la ciudad soberbia que había desembarcado en pleno día sus armas revolucionarias custodiándolas con sus tropas provinciales, fuese sometida por la nación entera: el pueblo de Mayo, desprendido de la entidad política que lo había mantenido en foco de turbulencias, realizó así el ideal de nuestros próceres de la independencia, constituyéndose en cerebro del organismo nacional.

JUAN R. FERNÁNDEZ.

(Continuará).

(1) O. LEGUIZAMON. Memoria de Instrucción Pública, 1876, pág. XL y XLI.

DERECHO PÚBLICO HISPANO-AMERICANO

ORIGEN Y LÍMITES

DE LAS

Jurisdicciones Políticas

(Fundamentos de la modificación Zeballos-Baptista del tratado argentino-boliviano.
1889-1892).

(CONCLUSIÓN) (I)

CAPÍTULO IV

LÍMITES ENTRE LAS GOBERNACIONES DE CASTILLA DEL ORO (PERÚ),
NUEVA TOLEDO (BOLIVIA) Y NUEVO EXTREMO (CHILE)

SUMARIO. — Capitulaciones de Pizarro, Alcazaba, Almagro y Mendoza para descubrir, conquistar y poblar en las costas de la mar del sur. — Límites vagos y generales de estas mercedes. — Las provincias de Castilla del Oro y de Nueva Toledo. — Descubrimientos al sur de ambas. — Ocupación del valle de Copayapu (Copiapó) por Almagro. — Su primer límite con la jurisdicción de Nueva Toledo. — Pedro de Valdivia sucede á Almagro. — Provisión del Presidente de la Audiencia de Lima en favor de Valdivia. — Creación y límite norte de la provincia de Nueva Extremadura (Chile). — Confirmación real de la provisión de La Gasca y del límite de la nueva provincia. — *La Recopilación de Leyes de Indias* lo recoge y mantiene. — Conformidad de los escritores modernos de Chile con este límite. — Extensión de Chile al finalizar el siglo XVI.

Francisco Pizarro, conquistador de Castilla del Oro, en la Tierra Firme, había obtenido de S. M. en 1529 y 1534 dos capitulaciones para lanzarse á la heroica conquista de la

(I) En la página 615 del número anterior hay un error de importancia en la fecha, Debe leerse: *Buenos Aires. Abril de 1893.*

tierra del Perú, situada al sur de aquellos dominios, y de la cual recogieran vagas nociones el glorioso Balboa y sus compañeros.

La conquista del Perú despertaba luchas fratricidas y ambiciones terribles, que el hábil caudillo afrontó con las armas y con la diplomacia, abriendo nuevos canales á las pasiones turbulentas. Autorizó y organizó, en consecuencia, las expediciones descubridoras, que dieron por resultado el ensanche de sus dominios, con las tierras de Nueva Toledo (Bolivia) y Nuevo Estremo (Chile), arrancadas á filo de espada y con grandes sacrificios de vidas, en las montañas nevadas y en los valles de la zona templada andina, á sus pobladores, súbditos también de la dinastía incásica, abatida en el Cuzco.

Las capitulaciones siguientes de Alcazaba (1529), Mendoza (1534) y de Almagro (1534) creaban una gobernación austral, al *oriente* de la cordillera nevada, á contar desde el límite sur de la jurisdicción de Castilla del Oro (Perú), según en los textos con claridad se expresa. ⁽¹⁾ Alcazaba no realizó su empresa y S. M. proveyó de reales letras á Almagro, ⁽²⁾ en las cuales se lee:

...descubrirá, conquistará y poblará las tierras y provincias que hay por la Costa del mar del Sur, á la parte de levante, dentro de doscientas leguas *hacia* el estrecho de Magallanes, continuadas dichas doscientas leguas desde donde se acaban los límites de la gobernación, que por la capitulación y por nuestras provisiones tenemos encomendada al capitan Francisco Pizarro....

Al sur de esta gobernación fué creada otra para el Adelantado del Río de la Plata, don Pedro de Mendoza, de 200 leguas de costa, á partir de la de Almagro:

Primeramente vos doy licencia y facultad para que por nos y en nuestro nombre y de la real corona de Castilla podais entrar por el dicho rio de Solis, que llaman de la Plata, hasta el mar del Sur,

(1) La denominación de Castilla del Oro no prevaleció y el uso y la ley la substituyeron por la de Perú.

(2) Almagro recibió la capitulación y el nombramiento de gobernador de la provincia de Nueva Toledo hallándose ya destacado por Pizarro á la conquista de tierras y costas australes, parte de ellas en Chile actual.

*donde tenían doscientas leguas de largo de costa de que se
comienzo, que comienza desde donde se acaba la gobernación que teni-
mos encomendada al mariscal Diego de Almagro hacia el estrecho
de Magallanes.*

En 1534, pues, la costa del Pacífico, al sur del Ecuador, estaba dividida en tres gobernaciones: la de Castilla del Oro (Perú), de Pizarro, con 270 leguas, desde Tenumpuelo hasta Chíncha; la de Almagro (Nueva Toledo), de 200 leguas, desde Chíncha al sur, hacia Magallanes, y la de don Pedro de Mendoza, de otras doscientas leguas, corriéndose hacia el mismo estrecho, desde el límite austral de la de Almagro.

Las capitulaciones no precisaban los límites y se referían á ellos en términos vagos y generales, repitiendo á menudo «*poco más ó menos*», porque repartían tierras desconocidas. Así, cuando dicen desde el pueblo de Tenumpuelo hasta el de Chíncha, expresar querían jurídica y lógicamente desde los límites y hasta los límites de las jurisdicciones de dichos pueblos, los cuales estaban indeterminados aún. Pero es evidente que las gobernaciones de Almagro y de Mendoza comprendían parte de la región que hoy ocupa la república de Chile. Interesa, por consiguiente, á mi exposición, determinar el límite de las gobernaciones de Pizarro y Almagro.

Prescott y otras autoridades han discutido y resuelto el punto, fijando el límite sur de las 470 leguas de las gobernaciones de Pizarro y de Almagro, en los 25° 31' 25" de latitud sur. Este paralelo era, pues, el límite entre las gobernaciones de Castilla del Oro (Perú), de Pizarro y Nueva Toledo (Bolivia), de Almagro. Lo aceptan los escritores más notables de Chile y Bolivia. ⁽¹⁾

Garcilaso de la Vega, cuya autoridad ha inspirado los más altos elogios á Amunátegui, los hechos y documentos de la época y Prescott, confirman que Almagro quiso exten-

(1) Véase Prescott, *Historia de la conquista del Perú*, libro 3º, pág. 26; J. M. Santibáñez, *Bolivia y Chile — Cuestión de límites*, Cochabamba, 1863, pág. 4 y siguientes; M. L. Amunátegui, *La cuestión de límites entre Chile y la República Argentina*, Santiago, 1879, tomo I, pág. 48 y siguientes. El mismo autor *Títulos de la República de Chile á la soberanía y dominio de la extremidad austral del Continente Americano*, Santiago, 1855 pág. 19 y siguientes y varios otros.

der la jurisdicción más al occidente de sus títulos, y se internó faldeando el oriente de los Andes (provincias argentinas de Jujuy, Salta y Catamarca) para cruzarlas y salir al Pacífico. Garcilaso ha dicho y el dato pertenece ya irrevocablemente á la historia:

Llegaron los españoles *de la otra parte de la sierra*, bien destrozados y fatigados de los trabajos pasados, donde en lugar de enemigos hallaron indios amigos que los recibieron, sirvieron y regalaron con mucho amor, como propios hijos: *porque estos eran del Imperio de los Incas y del pueblo de Copayapu (Copiapó).*

Pero Almagro desistió de las conquistas al sur de Copiapó, creyendo que su nombramiento de gobernador de Nueva Toledo allí recibido, comprendía el Cuzco, la capital indígena de la gobernación de su ex-jefe Pizarro. Regresó, pues, á sentar sus reales en ella.

Si Almagro es el fundador de la jurisdicción de Chile, queda probado que tomó posesión de ella en tierras de Copiapó, para marchar al sur, es decir, á corta distancia del paralelo 25° 31' 25", confirmando así ese límite.

Pizarro encomendó en 1537 al capitán Pedro de Valdivia el descubrimiento, conquista y población de las tierras al sur de Copayapu, y después de los primeros éxitos de esta jornada, el presidente de la Audiencia de Lima, licenciado La Gasca, que ya gobernaba el Perú (después fué obispo de Placencia), otorgó al victorioso capitán la merced de la gobernación de Chile, con límites descriptos *por primera vez*. El presidente La Gasca, escribía, en efecto, al Consejo de Indias, el 7 de Mayo de 1548, lo que sigue:

El 23 de Abril de 1548 se despachó á Pedro de Valdivia por gobernador e capitán general de la *Provincia de Chile*, llamada *de Nuevo Estremo*, LIMITADA AQUELLA GOBERNACION DESDE COPIAPÓ QUE ESTÁ EN 27°, *grados de parte de la equinoxial hacia el sur hasta 41° al norte-sur derecho meridiano; y ancho desde la mar la tierra adentro cien leguas lueste leste.*

Esta era una demarcación y precisaba el límite *vago* de las capitulaciones de Pizarro y de Almagro. Debo añadir que el presidente La Gasca trazó con tal precisión los lími-

tes de las provincias de Nueva Toledo (Bolivia) y Nuevo Estremo (Chile) «*en virtud de facultad real que para ella tenia*». El añade, en efecto: «*diósele esta gobernación por virtud del poder que de Su Majestad tengo*».

Carlos V confirmó, por otra parte, la merced el 23 de Abril de 1548, de esta manera:

Por cuanto: el licenciado Pedro La Gasca, nuestro Presidente que fué de la Audiencia Real de las provincias del Perú, y obispo que al presente es de Placencia, estando en las dichas provincias del Perú, *por virtud del poder especial que de nos tenia para proveer nuevos gobernadores y conquistas* tenemos por bien, que por el tiempo que nuestra merced y voluntad fuere, ó hasta tanto que por nos otra cosa se provea, *tengais la gobernación de la dicha provincia de Chile*, EN LOS LÍMITES QUE OS SEÑALÓ EL DICHO OBISPO DE PLACENCIA.....

Los estadistas chilenos han admitido el hecho jurídico y político de que la gobernación de Chile, creada por el obispo de Placencia para Valdivia, comenzaba en Copayapu, á los 27° de latitud y se extendía al sur hasta los 41°. El más erudito y avanzado de los escritores chilenos sobre límites, después de Barros Arana, el citado y notable Amunátegui, lo ha declarado en efecto y solemnemente, en estos términos:

Como se sabe, *la gobernación de Pedro de Valdivia*, según la la provision de 23 de Abril de 1548, *se prolongaba norte sur desde el paralelo correspondiente al 27°, QUE PASA AL NORTE DE CALDERA y un poco al sur de la ciudad de Tucumán, hasta el correspondiente al 41°, que pasa al sur del cabo de San Antonio, departamento Llanquihue*... (1)

Muerto Valdivia, el glorioso Emperador Carlos V y doña Juana, reina madre, confirmaron y ampliaron la gobernación de aquél, otorgándola á favor de don Pedro Hurtado de Mendoza, el 9 de Enero de 1557, en estos términos:

.... para que usase y ejerciese dichos cargos en toda la dicha gobernación, Y OTRAS CIENTO Y SETENTA LEGUAS MAS ADELANTE, QUE SON DESDE LOS CONFINES DEL PERÚ de la dicha gobernación. (2)

(1) Obr. cit., I, 228.

(2) Grado 27°. Véase Ley V, lib. 2, tit. XV, *Recop. de Ind.* — *Revista de Der. Hist. y Let.*, II, 630.

La audiencia y chancillería real de Lima, creada por Carlos V en 1542, ampliada y modificada sucesivamente por reales é imperiales actos en 1543, 1563, 1568 y 1595, conservó en su jurisdicción las conquistas de Nueva Extremadura. La ley definitiva, ya citada, dice:

.... y tenga por distrito *la costa que hay desde la dicha ciudad hasta el reino de Chile, esclusiva.*

.....
 Establecemos y mandamos que los Vireyes del Perú y Nueva España *sean presidentes* de nuestras audiencias reales, que residen en las ciudades de Lima y México y *tengan el gobierno superior de sus distritos y el de Lima le tenga de los distritos de las audiencias de la Plata, Quito, Chile.* (1)

Eso era Chile al finalizar el siglo XVI, porque estos límites dados por Carlos V, no fueron modificados, y antes, al contrario, la Real Majestad los confirmó y mantuvo. Era, pues, la gobernación creada de la Nueva Extremadura ó reino de Chile, «á la manera de una vaina de espada, angosta y larga», de 14° de largo ó sea 280 leguas de 20 al grado. (2)

CAPÍTULO V

DICHAS JURISDICCIONES EN LOS SIGLOS XVII, XVIII Y XIX

SUMARIO.—Motivos de la creación de las audiencias de Charcas y de Chile.—Su dependencia del Virreinato del Perú.—Tendencias autonómicas. Representación de la audiencia de Charcas al Rey reclamando su independencia completa de la de Lima.—Discusión sobre los límites y costas de esta audiencia.—*Leyes de Indias* al respecto.—Los límites del Virreinato de Buenos Aires.—*La Real Ordenanza de Intendentes* confirma y manda respetar las jurisdicciones antiguas.—La Intendencia de Potosí y el partido de Atacama.—Informe del Intendente de Potosí sobre este partido (1787).—El *Desierto y Litoral* de este nombre, fuera de Chile.—Extraña teoría del señor Amunátegui.—Opinión Universal y constituciones chilenas que la refutan.—*El uti possidetis de 1810*.—Soberanía indiscutible de la República Argentina en el *Desierto* y costa del Pacífico.—Principios de derecho público hispano-americano que la amparan.

El progreso de los descubrimientos y conquistas produjo frecuentes conflictos locales de jurisdicción. Ellos influyeron

(1) Ley 1, lib. II, tit. XVI, *Recop. de Ind.*

(2) Palabras de su historiador Góngora Marmolejo. He dicho de 20 al grado para redondear. La diferencia en poco más ó en menos, no tiene importancia para mi objeto.

para que la corte creara la audiencia y cancellería real de la provincia de Nueva Toledo (Bolivia), con residencia en la ciudad de La Plata, en la tierra de los indios Charcas, y concediera autonomía á la audiencia de Chile, delegada de la de Lima. Pero esta autonomía era relativa. El virrey de Lima conservaba la misma potestad suprema, que he recordado antes.

Damos poder y facultad á los vireyes del Perú para que por sí solos tengan y usen el gobierno así de todos los distritos de la audiencia de la ciudad de los Reyes, *como de las audiencias de los Charcas y Quito* en todo lo que se ofreciere.

.....
Es nuestra voluntad, que los vireyes del Perú y audiencia de Lima, no impidan, ni embaracen al presidente, gobernador y capitán general de Chile, en el gobierno, guerra y materias de su cargo, *si no fuere en casos graves, y de mucha importancia, aunque esté subordinado al Virey y gobernador de la audiencia de Lima.*

El sentimiento de la autonomía local era vivamente estimulado por los intereses, por el aislamiento y las distancias, que entorpecían el funcionamiento administrativo, de tal suerte que fué aspiración común de los pueblos facilitar su propio gobierno absorbiendo mayores poderes. La audiencia de Charcas presentó á la corona el 1° de febrero de 1562 un memorial denunciando los trastornos, ineficacia y abusos resultantes de su dependencia del presidente y de los oidores de Lima. Este documento inédito aún, es una de las manifestaciones más notables de las tendencias autonómicas de las provincias australes. (1)

El descontento y legítimos anhelos de los vecindarios y la tendencia absorbente y arbitrariedades de las virreyes, ocasionaron á menudo conflictos de jurisdicción, cuyo aparente fundamento eran la falta de claridad en los deslindes. Examinaré las dudas respecto del límite de las audiencias de los Charcas y de Chile.

La primera fué la más importante de las audiencias del sur, después de la de Lima, y al finalizar el siglo XVI go-

(1) El precioso expediente formado con este motivo se halla en la biblioteca del señor general Mitre, quien ha tenido la deferencia de permitirme copiarlo.

bernaba no solamente la provincia de Nueva Toledo (Boli-
via), sino también la ciudad y puerto de Arica, antes de la
jurisdicción de Lima, que así lo exigían razones geográficas
y económicas. (1)

¿Cuál era su límite al sur? Tenía costas sobre el mar Pa-
cífico?.... He aquí los títulos de las dos graves cuestiones,
discutidas en el derecho público hispano-americano, res-
pecto de la jurisdicción de la audiencia y cancillería real de
La Plata, en los Charcas.

He demostrado en el capítulo anterior que el presidente La
Gasca trazó la primera división de las audiencias de Lima
y de Nueva Extremadura, en el grado 27° de latitud, con
aprobación plena del Emperador Carlos V; y he compro-
bado también que los estadistas de Chile aceptan sin dis-
cusión dicho límite. La cuestión que debo resolver es enton-
ces esta: ¿Fué modificada en los siglos posteriores la
demarcación de Carlos V, de 1548?

La ley IX, Lib. II, Tít. XV de la *Recopilación de Indias*
fijó para la audiencia de Charcas en 1681, los siguientes
límites ya dados por el Rey en 1573:

por el Septentrión la real Audiencia de Lima y tierras no descu-
biertas; por el mediodía con la real audiencia de Chile...

La jurisdicción de la audiencia de Chile fué determinada
en 1609 por Felipe III, confirmada en 1681 por la ley XII
del libro II, título XV de la *Recopilación de Indias*,
cuyo texto reza:

... — y tenga por distrito todo el dicho reino de Chile, con las
ciudades, villas, hogares y tierras que se incluyen en el gobierno
de aquellas provincias....

No hay, no se citará, documento alguno, posterior á estas
leyes, que modifique el límite, dado por el presidente La
Gasca, confirmado por Carlos V y que se registra en la *Reco-
pilación de Indias*. La creación de la audiencia de Buenos
Aires en 1661, que aquel cuerpo de leyes declaró suprimida en
1681, no innovaba respecto de la audiencia de Charcas, sino

1) *Recopilación de Indias*, Lib. II, Tít. XV, leyes IX y XV.

en la parte oriental de la cordillera de los Andes. Las provincias del Tucumán, Río de la Plata y Paraguay en efecto, pasaron á la jurisdicción de la nueva audiencia.

El hecho político más notable en materia de jurisdicciones, después de editadas las *Leyes de Indias*, es la división del virreinato de Lima, para crear el de Buenos Aires. ⁽¹⁾ He publicado en el capítulo III su cédula ereccional. Ella atribuyó al valeroso general Ceballos el gobierno siguiente:

.... He venido en crearos mi Virey, Gobernador y Capitan General de las (provincias) de Buenos Aires, Paraguay, Tucumán Potosí, Santa Cruz de la Sierra, CHARCAS y de los correjimientos en mis provincias, pueblos y territorios á QUE SE ESTIENDE LA JURISDICCIÓN DE DICHAS AUDIENCIAS.

La cual real cédula confirma nueva y solemnemente los límites anteriores y por ende el fijado en el siglo XVI á las audiencias de Lima y de Chile, con la única modificación de separar de la última las provincias y territorios de Mendoza y de San Juan del Pico, que la ley citada de su creación le sometía. ⁽²⁾

Las reales Ordenanzas de Intendentes de 1782, que he citado ⁽³⁾ modificaron la jurisdicción del Perú en la costa de la mar del sur, al crear la provincia de Potosí, en los términos siguientes:

.... Otra en la ciudad de la Plata, cuyo distrito será el del arzobispado de Charcas, *excepto la Villa de Potosí con todo el territorio de la provincia de Porco en que está situada y los de las de Chayanta ó Charcas, ATACAMA, Lipés, Chichas y Tarija, pues, estas cinco provincias han de componer el distrito privativo de la restante Intendencia, que ha situarse en la espresada villa.* (Art. 1).

Atacama, de la audiencia de Lima hasta 1559, y de la de Charcas después de este año, bajo la superintendencia del virrey del Perú, quedaba pues, en 1782, fuera de la juris-

(1) Para clara inteligencia de estos y de los anteriores capítulos, consúltese el mapa de las audiencias y del virreinato de Buenos Aires, que acompaño á este número, dibujado en 1892 por el erudito ingeniero Ezcurra.

(2) Véase los documentos del virreinato en el capítulo III, número anterior, pág. 635 á 637.

(3) *Ibidem*, pág. 637.

dicción de este é incorporado al nuevo virreinato de Buenos Aires, con sus límites históricos.

El artículo VI de la *Real Ordenanza de Intendentes*, agrega en efecto :

.... Y mando que los Intendentes tengan, por consiguiente, á su cargo los quatro ramos ó causas de Justicia, Policía, Hacienda y Guerra dándoles para ello, como lo hago, toda la jurisdicción y facultades necesarias *con respectiva subordinacion y dependencia al Virey y Audiencias de aquel Vireynato*, segun la distincion de mandos y conforme a las leyes recopiladas de Indias, como se esplicará en el cuerpo de ésta Instruccion, POR NO SER MI REAL ÁNIMO QUE LAS JURISDICCIONES ESTABLECIDAS EN ELLAS SE CONFUNDAN, ALTEREN Ó IMPLIQUEN

Al mismo tiempo que así se organizaba el virreinato austral, el del Perú publicaba una ordenanza «para el mejor arreglo de los correos en aquel reino», según se lee en la real cédula aprobatoria, datada en Madrid á 26 de Septiembre de 1778. En el itinerario de las postas en el *Desierto de Atacama*, se lee:

A las dos ó tres leguas de Río Frío siguiendo para Vaquillas se hallan las pirámides que dividen las jurisdicciones del reino del Perú con Chile.

El documento alude al límite entre las dos audiencias, pues fué preparado antes de la creación del virreinato de Buenos Aires. ¿Están dichas columnas situadas en los 27° de la demarcación de La Gasca y del Emperador? No! Los anteojos de los geógrafos sufren siempre raras refracciones en materia de límites. Ondarza y Mujía, en el mapa oficial de Bolivia (1859) dan las pirámides en los 25° 33' de lat. S; y el geógrafo alemán Filippi, empleado por Chile, ha calculado 25° 1' en su *Viaje al Desierto de Atacama*. El término medio daría 25° 18", es decir 1° 42' más al norte del límite imperial de 1548. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto, que chilenos y bolivianos aceptaron el deslinde del presidente La Gasca y del Emperador, según el cual en Copiapó se halla el límite de las audiencias de Lima y de Charcas. Las *pirámides* fueron erigidas en dicha provincia; pero ignora aun la historia jurídica en virtud de que provisión de autoridad

competente se hizo esto al norte de la línea original. La diferencia es, por lo demás, reducida, y esos hitos confirman gráficamente la jurisdicción sucesiva de las audiencias de Lima, de Charcas y del Virreinato de Buenos Aires sobre la *costa del Pacífico en todo el Desierto de Atacama*.

Por lo demás, la nueva Intendencia de Potosí, no dejó nunca de mantener su jurisdicción sobre el *Desierto y Litoral de Atacama* hasta el paralelo 27° ó hasta las *pirámides*. El intendente don Juan del Pino Marínque, presentó al virrey del Río de la Plata, marqués de Loreto, en Diciembre de 1787, un informe titulado «*Descripción de la Villa de Potosí y partidos sujetos á su Intendencia*», que fué impreso en 1836, por don Pedro de Angelis, en el II tomo de su conocida *Colección de obras y documentos*. En la página 13 y siguientes se lee:

El *partido* de Atacama, situado al *extremo* de la provincia linda por la parte del norte con el de Lipes y el de Tarapacá del Vireynato de Lima, *por el sur con el reyno de Chile*, por el este con la Provincia del Tucuman y *por el oeste con la costa del mar del sur*.

.....
El *curato de Atacama* LA BAJA, *dist*a 150 leguas de Potosí, *tiene cinco anexos, entre ellos el puerto de Cobija*.

Muy entrado ya el siglo XIX nadie discutía estos hechos en Chile. El señor Amunátegui, lo ha demostrado con documentos eficaces en su citado libro de 1863, *La cuestión de límites entre Chile y Bolivia*. Citaré el oficio impreso en las páginas 99 y 100 de dicho libro, datado en Aranjuez el 26 de Junio de 1803, dirigido en nombre del Rey, al presidente de la Audiencia de Chile. Le avisa que el misionero apostólico Rafael Andreu y Guerrero, obispo auxiliar de las diócesis de Tucumán, Charcas, Santiago de Chile y Arequipa *con residencia en el Paposo* ⁽¹⁾, ha recibido una real cédula

mandando que busque sacerdotes idóneos, que le acompañen en la loable empresa de continuar reduciendo á la vida civil y cristiana á aquellos habitantes y *otros de las extremidades de las cuatro diócesis referidas*.

(1) Puerto de Copiapó, cercano al límite geográfico discutido antes, en 25° más ó menos.

Estas *extremidades* estaban pues en Copiapó.

En consecuencia, el *uti possidetis* de 1810 en la costa del Pacífico, desde Arica hasta el grado 27°, daba á la naciente República Argentina todo el territorio llamado *Desierto y Litoral de Atacama*, de la jurisdicción secular de la audiencia de Charcas. Mantengo el límite del grado 27°, ordenado por el presidente de la Audiencia de Lima y confirmado por Carlos V en 1548, porque nadie ha publicado todavía, ni afirmado siquiera que exista, documento alguno, mandando erigir las *pirámides*, un grado y cuarenta y dos minutos más al norte.

Fijado irrevocablemente, me parece, cual era el límite norte de Chile, en 1810, voy á demostrar también, que el eminente escritor don José Luis Amunátegui no tuvo razón para aventurar en 1863 la asombrosa *teoría* siguiente:

Queda, pues, demostrado que la jurisdicción de la Audiencia de Charcas, no alcanzaba hasta el Pacífico ó mar del sur.

He llamado *teoría* asombrosa á estas frases, porque no se fundan en documentos, sino en juegos malabares de hermenéutica. Los argumentos anteriores y las leyes creadoras de las audiencias demuestran de una manera definitiva que la de Charcas corría hasta el Pacífico. Para afirmar lo contrario el señor Amunátegui ha tenido que hacerse la violencia de olvidar el siguiente texto de la citada ley ereccional de la audiencia de Charcas, al fijar sus límites:

y por el Levante y Poniente con los dos Mares del Norte y del Sur. (1)

Y tal vez olvidaba también la ley XV, lugar citado:

Mandamos que sin embargo de que la ciudad y puerto de Arica, sea y esté en el distrito de la *real audiencia de los Reyes*, el corregidor, que es ó fuere de ella, cumpla los mandamientos de la *real audiencia de Charcas*. . .

Chile nunca lo discutió antes de 1845. Sus geógrafos é historiadores más notables reconocían que la jurisdicción de la

(1) Ley XII, lib. II, tit. XV, *Recop. de Ley. de Ind.* Mares Atlántico (Norte) y Pacífico (Sur).

audiencia de Lima y después de la de Charcas. Llegaba hasta el grado 27°, en Copayapu, *sobre la mar del sur*.

El padre Ovalle publicó la notable *Historica Relación del Reyno de Chile*, en Roma, en 1646, es decir, treinta y cinco años antes de la primera edición de las *Leyes de Indias* y en su mapa de portada, escribía en Copayapu, que él denomina *Puerto de Copiapó*, esta sentencia:

Peruani et Chilensis regni confina.

Confirman el hecho, aunque difieran en minutos de grado, los más conspicuos escritores antiguos que han tratado de la historia y geografía de Chile. Molina ⁽¹⁾, Caraballo y Goyenechea ⁽²⁾, Quiroga ⁽³⁾, Olivares ⁽⁴⁾, Velarde ⁽⁵⁾, Alcedo ⁽⁶⁾, Herrera ⁽⁷⁾, Colletti ⁽⁸⁾, D'Anville ⁽⁹⁾, Davin ⁽¹⁰⁾, Juan y Ulloa ⁽¹¹⁾, Lacerna ⁽¹²⁾, Bueno ⁽¹³⁾, González Agüeros ⁽¹⁴⁾, Martínez ⁽¹⁵⁾, Pérez García ⁽¹⁶⁾, Fanin ⁽¹⁷⁾, Guzmán ⁽¹⁸⁾, Bustamante ⁽¹⁹⁾, Olmedilla ⁽²⁰⁾, Lastarria J. V. ⁽²¹⁾, Gay ⁽²²⁾, Jufre del Aguila ⁽²³⁾, y cien más, que en punto á estos límites había consenso universal durante los siglos XVI, XVII,

(1) *Compendio de la Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile*. Madrid 1788, tomo Iº, pág. I.

(2) Descripción histórica, geográfica, etc. de Chile, escrita en 1796, en la Biblioteca Nacional de dicha República, citada por varios.

(3) *Compendio Histórico*, M. S. en la misma biblioteca.

(4) *Historia de Chile*, M. S. *ibidem*.

(5) *De los Charcas ó la Plata y Amazonas*, Madrid 1752, tomo V, cap. 17.

(6) *Dicc. Hist. Geogr. de las Indias Occ.*, Madrid 1786, tomo Iº, pag. 169.

(7) *Décadas*, VII, 10, 2.

(8) *Dizionario stor. geogr. dell' Am. Merid.*, Venezia 1771, voz *Atacama*.

(9) Mapa del Paraguay y de las Misiones jesuíticas, 1733.

(10) *Cartas Edificantes*, Madrid 1757, tomo Iº.

(11) En su conocida relación de viaje; tomo 3º, págs. 188 y 189.

(12) *Dicc. Geogr.* voces *Atacama* y *Chile*.

(13) En su descripción del Obispado de Santiago, sostiene el límite de La Gasca.

(14) *Descripción hist. de la Prov. y Arch. de Chiloe*, trat. Iº, cap. Iº.

(15) *Historia de la Rev. de Chile*, Bibl. Nac. de Sant.

(16) *Historia del Reino de Chile*, lib. Iº, cap. Iº.

(17) *Panorama Universal*, parte de Chile.

(18) *El Chileno Instruido*, pág. 12.

(19) *Compilación geográfica*, 1842.

(20) El famoso mapa de la América Meridional con los nuevos virreinos.

(21) *Lecc. de Geogr. moderna*, 1858, pág. 220.

(22) Claudio Gay, « Mapa para la inteligencia de la historia física y política de Chile ».

(23) *Compendio Historial del Descubrimiento y Conquista del Reino de Chile* (en verso). Santiago 1897, pág. 49.

XVIII y XIX hasta la invasión chilena á Mejillones, en el litoral atacameño, en 1842.

Por eso las constituciones sucesivas de Chile han mantenido siempre por límite norte de la República el que en Copayapu separaba las históricas audiencias. He aquí sus textos:

1822. El territorio de Chile conoce por límites naturales al sur el Cabo de Hornos al norte el *Despoblado de Atacama*.

1823. El territorio comprende desde el Cabo de Hornos hasta el *Despoblado de Atacama*.

1828. La Nación Chilena se extiende en un vasto territorio limitado al norte por el *Despoblado de Atacama*.

1832. Su territorio comprende de norte á sud desde el *Desierto de Atacama* hasta el Cabo de Hornos.

1833. El territorio de Chile se extiende desde el *Desierto de Atacama* hasta el Cabo de Hornos....

El 31 de Marzo de 1823 creó Chile su último departamento al norte. He aquí el texto oficial:

Primer departamento: Desde el Despoblado de Atacama, hasta, el río de Choapa.

En 1826 se les dió el nombre de provincias, así:

Primera provincia: Desde el Despoblado de Atacama, hasta el río de Choapa. Esta provincia se denominará la provincia de Coquimbo, su capital la ciudad de la Serena.

El tratado con España al reconocer la independencia de Chile en 1844 describió estos límites:

todo el territorio que se extiende desde de el desierto de Atacama hasta el Cabo de Hornos.

La bula ereccional del obispado de la Serena, de 1° de Junio de 1840, se expresa así:

Tal es la extensión de la diócesis de Santiago, que comprende como 800,000 hombres, que habitan las provincias llamadas de Santiago, Talca, Aconcagua y Coquimbo. Mas la última de ellas, cuya principal ciudad es la Serena, situada en los confines de la diócesis do Santiago, se dilata desde el río de Choapa hasta el *Desierto de Atacama*.... (1)

(1) El pase de esta bula fué subscripto el 19 de Abril de 1842 por el presidente Bulnes y su ilustre ministro Montt.

Pero el *Desierto ó Depoblado* de Atacama no es una *raya*, sino un territorio, que baja desde el río Loa hacia el sur hasta Copiapo. Esta región fué dividida por La Gasca entre las audiencias de Lima y Chile, en el grado 27° y por las *pirámides* posteriormente á los 25° 18'. Desde entonces se conoce, invariable é indiscutiblemente, en la Geografía y en el Derecho, por *Desierto ó Depoblado de Atacama* el que está situado fuera y al norte de la jurisdicción de Chile hasta el río Loa y de este á oeste entre los Andes y el Océano.

Los estadistas y escritores de Chile convienen en que los límites de las audiencias reales, determinan el *uti possidetis* de 1810. El citado Amunátegui, al refutar la *Memoria* de Angelis sobre límites australes argentino-chilenos, dijo :

Las repúblicas americanas tienen por límites los mismos *que correspondían á las demarcaciones coloniales* de que se formaron, salvo las modificaciones que se han operado en ellos á virtud de los tratados especiales ó hechos posteriores á la Revolución.

El mismo autor conviene es que « todos los estados del Nuevo Mundo, para deslindar los territorios que les pertenecen, han adoptado la misma regla ». ⁽¹⁾ La República Argentina lo proclamó solemnemente ante Chile en la nota del ministro de relaciones exteriores don Felipe Arana al gobierno de dicha república, el 15 de Diciembre de 1847 y en estos términos :

Las repúblicas de la América del Sud, al desligarse de los vínculos que los unían con la metrópoli y al constituirse en estados soberanos, é independientes, adoptaron por base de su división territorial, la misma demarcación que existía entre los varios virreinos que la constituían.

Bolivia ha aceptado también el principio del *uti possidetis*, que el doctor don Macedonio Salinas, diplomático y defensor de sus límites, formulaba así :

Es un principio de derecho de gentes consuetudinario en el Continente americano, que las diferentes secciones administrativas de las antiguas colonias españolas, erigidas en otros tantos estados independientes, reconocen entre sí por límites de su respectivo territorio los que *comprenden las demarcaciones que hizo la metrópoli*.

(1) *Titul. de la Rep. de Chile*, cit. pág. 5.

El Desierto de Atacama, de acuerdo con este principio, pertenecía, pues, en 1810, al gobierno de Buenos Aires, hasta el grado 27° de latitud sur, porque este es el único *límite colonial* documentado hasta ahora.

CAPÍTULO VI

CUESTIÓN DE LÍMITES ARGENTINO-BOLIVIANA

SUMARIO.—Extensión del partido de Atacama en ambos lados de la Cordillera.—Independencia de Bolivia.—Su jurisdicción en el mar Pacífico.—Cuestión de límites entre las repúblicas Argentina y de Bolivia.—Títulos argentinos sin razón desconocidos por la última.—Un documento inédito y decisivo.—El mayorazgo de Huazán.—Jurisdicción argentina en la zona discutida.

El gobernador Manrique, en su citado informe, daba la última condición administrativa del *partido* de Atacama. Conviene leerlo:

Tiene dos curatos, el uno de nombrado San Pedro de Atacama, dista 160 leguas de esta capital, con cinco anexos, que son San Lucas de Toconao, Santiago de Socaire, San Roque de Peine, Susquis é Ingahuasi. Este es un mineral de oro hoy arruinado, aunque de nombre en lo antiguo.

.....
El curato de Atacama la baja dista 150 leguas de Potosí, tiene cinco anexos, entre ellos el puerto de Cobija.

Durante la guerra de secesión de Hispano-América, de 1810 á 1824, la provincia ó intendencia de Potosí (con su partido de Atacama), estuvo subordinada á los gobiernos de Buenos Aires y mandó diputados al Congreso Nacional de Tucumán que proclamó la independencia. Después de la batalla de Ayacucho el gobierno argentino declaró, que las provincias del Alto Perú deliberarían libremente sobre su suerte; y el 6 de Agosto de 1825, bajo la influencia de Bolívar, hostil á los argentinos, representada por el general Sucre, proclamaron su independencia. La provincia de Potosí, con su *partido de Atacama*, quedó así segregada de la República Argentina; pero sin haber fijado límites á la separación.

El general Bolívar se apresuró á afirmar la nueva soberanía sobre el *Desierto de Atacama* y su *Litoral* y habilitó el puerto de Cobija, y el 28 de Febrero de 1826 el general Sucre exoneró de contribución directa por un año á los habitantes de aquel embarcadero. Pero quedaba pendiente una cuestion de límites entre Bolivia y la República Argentina, sobre la frontera norte y oeste de la última. No es del caso exponerla en este estudio y me limitaré á decir que la República Argentina tenía derecho, según el *uti possidetis* de 1810, á trazar sus límites en Atacama, por lo menos, en la cordillera principal. Los gobiernos de Catamarca, de Salta y de Jujuy habían gobernado y gobernaban la región andina, al oriente. Los bolivianos la pretendían, sin razones fundadas.

Hay abundantes pruebas de la jurisdicción de la Intendencia de Salta, al oeste de la cadena de cerros en que sobresale el *Inca-huasi*. Publico ahora, por primera vez, me parece un título decisivo, cuyo original ha sido leído y extractado por mi amigo el señor Carlos Gutiérrez, hábil periodista, cuya deferencia agradezco.

Esta copia la dió el escribano archivero señor don Pedro S. Acuña, en toda forma, con fecha 20 de Octubre de 1882, y consta por ella, que es un documento claro y preciso, hecho con todas las formalidades de la ley, que don Juan Manuel Fernández Campero, teniente coronel de los Reales Ejércitos, Gobernador y Capitán General de las provincias del Tucumán etc.—recibió el pedido presentado por el capitán don Salvador Díaz, en el que éste, como apoderado de su tío el General don Luis Díaz, pedía que en mérito de los servicios de éste, se le hiciera merced de unas tierras situadas al confín de la provincia, á la parte del poniente y á lindar con la provincia de Atacama en jurisdicción de San Fernando Valle de Catamarca.

Estas tierras y aguadas, según la solicitud original del capitán Díaz, "se componen del Peñón de Carachapampa y Antofagasta hasta lindar por dicha parte del poniente con los mojones que deslindan esta provincia arriba dicha con la dicha provincia de Atacama, con todos sus arroyos, lagunas, esteros y manantiales, pastos, montes, entradas y servidumbres y minas de oro descubiertas.

En atención á los méritos y servicios del General don Luis Díaz, de que se halla inteligenciado el gobierno y estar vacas y realengas dichas tierras, el Capitán General y Gobernador del Tucumán, á

nombre del Rey y por sus reales poderes, hace merced al dicho General don Luis Díaz y sus sucesores, de las tierras y aguadas que se componen del Peñón de Carachapampa y Antofagasta en la jurisdicción de San Fernando Valle de Catamarca, *hasta lindar por esa parte del poniente con los mojones que deslindan esta provincia con la de Atacama*, con todos sus arroyos, lagunas, esteros y servidumbres — por lo que se mandaba poner en inmediata posesión de esas tierras, al General Díaz, por lo que se le libraba título mandándolo inscribir — llevando esta merced la fecha 24 de Mayo de 1776, y siendo autorizada por el Escribano don Rafael de Hoyos que era Escribano Mayor de esa Gobernación. — Hecha la tasación en 17 de Julio de 1766 y pagado el derecho de media anata el mismo día.

Con fecha del mismo mes de Julio y del mismo año, don Claudio José Mallorgas, apoderado del General Díaz, pidió al alcalde ordinario de primer voto en Catamarca y Maestro de Campo don Bernabé Correa y Navarro, nombrara una comisión competentemente autorizada, *para que pusiera en real posesión de las tierras de esta merced, al General Díaz.*

El alcalde Correa y Navarro, nombró la comisión, conforme á lo que se pedía, nombró al efecto al capitán don Bartolomé de Barros, autorizándolo á que pudiera agregarse otras personas á esa comisión, con tal de que fueran letradas.

Conviene aquí, por lo que á los límites de la merced respecta transcribir íntegramente una parte del poder que el General don Luis José Díaz dió á su sobrino don José Díaz, porque hallándose él enfermo, se hizo representar por éste en la toma de posesión de la merced. — Dice así:

“Digo yo, el General don Luis José Díaz, vecino encomendero de las ciudades de San Fernando Valle de Catamarca y todos Santos de la Rioja, y residente en estas mis haciendas de Santa Rita de Huazán, en el Fuerte de Andalgala de dicha jurisdicción de San Fernando, que tengo conseguida merced *real de tierras del terreno de Antofagasta con los demás anexos que constan de dicha real merced que por la parte del Poniente linda con los mojones que deslindan esta provincia con las provincias de Copiapó y Atacama* y por la parte del Sur con tierras de Anillaco, y *por la parte del Oriente con tierras de la Laguna Blanca y por la parte del Noroeste y Norte con el nuevo mineral de oro de Nuestra Señora de Loreto (alias) Incahuasi*, y porque por algunas indisposiciones de mi salud, no he podido ir á tomar posesión de dichas tierras, por haber fallado el juez comisionario que se nombra por la real justicia de dicha ciudad de San Fernando, según y como se expresa en dicha real merced y pasar á ciertos parajes don Juan García al efecto de dar dicha posesión, persona legal é inteligente, doy todo mi poder cumplido y en bastante forma, llenare cual de derecho se requiere y

nos sacó es, a mí solo me don José Díaz, para que representando a mi propia persona pueda tomar y tener posesión real en las minas de las dichas tierras".

Sigue una carta que dirigió al General Díaz, don José de Escasena, con fecha 12 de Junio de 1767, desde Incaguasi, en la que se dice: — "He visto con toda atención, lo que Vd. me da sobre la merced de tierras y la posesión que viene a dar don Juan García de ellas. Con la ocasión de haber llegado el predicho García con los títulos mencionados, se ha hecho notorio a todos la nueva de la población y formación de ingenios, en lo que todos los habitantes de este mineral han manifestado particular complacencia así por el nuevo alivio que esperan recibir teniendo en qué moler sus metales, como porque no es pequeño el de tener ganado á la mano para las urgentes necesidades, aunque no ha faltado quien diga que si tal ganado se pone en las tierras, tendrán los indios qué comer, lo que infiero son voces que no hacen eco, pues enterado yo de cuanto Vd. me tiene comunicado sobre el asunto de las expresadas tierras y jurisdicción de provincias, he practicado las más exquisitas diligencias con los sujetos más peritos del lugar, *y fuera de él y lo que todos unidos dicen es pertenecerle á esa provincia del Tucumán* y me conformo con sus dictámenes, pues se cuentan ciento diez leguas de distancia desde el enunciado mineral al pueblo de Atacama y se hallan de manifiesto los mojones que pusieron para deslinde los antiguos, y estos van por fuera del mineral más de diez leguas, sirviéndole á Vd. á gobierno que por la parte de Atacama no hay instrumento que lo que llevo dicho contradigan antiguos ni modernos".

Por la respuesta del General Díaz á esta carta, la que obra en el expediente, se ve que don Juan García no pudo dar la posesión ordenada, por resultar que no sabía leer ni escribir. Fué entonces nombrado el mismo don José Escasena para que diera posesión de las tierras al General Díaz en la persona de su apoderado.

Á continuación, sigue en el expediente la copia del acta de posesión, labrada el 15 de Agosto de 1767 "en el mismo asiento de las minas de nuestra Señora de Loreto (alias) Incaguasi" con expresa notificación á los habitantes del distrito de las minas, de que de esas tierras se daba la posesión al señor General don José L. Díaz, y en las que no habia habitante español sino los indios que explotaban las mencionadas minas, posesión á la que ellos no se opusieron, sino que por el contrario se mostraron satisfechos por las poblaciones que pudieran allí formarse, pues vivían cazando vicuñas.

En el acta, en la que consta haberse llenado todas las formalidades, se lee lo siguiente: "*En este sitio y paraje, sobre el mismo arroyo de Antofagasta, tierras pertenecientes á la antigua*

ciudad de San Juan Bautista de Londres y San Fernando del Valle de Catamarca, y en virtud de la merced real hecha al General don Luis José Díaz vecino de dicha ciudad de Catamarca, por el señor Gobernador y Capitán General de estas provincias del Tucumán don Juan José Fernández Campero, así como de dicho sitio de Antofagasta y sus anexos del Peñon de Carachapampa, á todos cuatro vientos con sus aguadas, montes, puestos, cercos y potreros, entradas y salidas, usos y costumbres y servidumbre dentro de los linderos de dicha merced, que informado yo el doy la posesión; por la parte de los cerros que miran al Oriente lindan con tierras de la laguna Blanca y por la parte del Poniente con los mojones que deslindan esta Provincia con la de Copiapó y Atacama, y por la parte del Norte y Noroeste se comprenden las tierras del nuevo mineral de Incahuasi y por la parte del Sur y Sudeste con tierras de la merced de Anillaco

Firmaron el acta de posesión don José de Escasena como delegado del Capitán General y Gobernador del Tucumán, don José Díaz Pinto como apoderado al acto por el General don José Luis Díaz su tío, siendo testigos don Francisco Morales, don Francisco López y don Vicente Silvestre.

Bolivia, incluía estas tierras en sus pretensiones y como parte de la provincia de Atacama. La República Argentina sostenía sus fundados reclamos por el oeste, hasta las cumbres más elevadas de los Andes, y por el norte hasta el grado 22, reivindicando así á Incahuasi, Antofagasta, ⁽¹⁾ Antofalla, Susquis, Zapalegui y otros puntos. Hasta 1884 la República Argentina poseía esos territorios habitados por tribus de indios, y les nombraban autoridades, que unas veces fueron argentinas y otras bolivianas, según la mayor ó menor diligencia de los gobernadores de Catamarca, de Salta y de Jujuy. Nunca intervino Chile en el *debate al oriente de la cordillera principal*.

(1) He oído decir al señor teniente general Roca, que él ocupó la villa de Antofagasta, como oficial subalterno, comandante de un destacamento de infantería de línea, durante la persecución de las *montoneras* del Interior, en 1867. No doy seguridad del año, sino del hecho.

CAPITULO VII

CHILE EN ATACAMA

SUMARIO — Batalla de Yungay. — Descubrimiento de huaneras en Meñillones. — El bergantín *General Sucre* armado en guerra por Bolivia. — Protección del litoral de Atacama. — Extracción clandestina de huano por buques chilenos. — La fragata chilena *Lacaw* condenada en Londres. — Apresamiento de la barca *Kamara*. — Envío de un buque de guerra chileno. — El pabellón de Chile izado en Mejillones en señal de posesión. — Bolivia demuele el fuerte y arría la bandera chilena. — El ejecutivo y el congreso de Chile deciden ocupar el Litoral del Desierto de Atacama. — Actos legislativos y posesorios de 1842 á 1864. — Negociaciones abiertas por Bolivia de 1858 á 1863. — Resultados negativos. — Tratado de 1866. — Cuestión argentino-chilena. — Demarcación de 1870. — Tratado de 1874. — Condenación de ambos pactos en Bolivia. — Dificultades en su aplicación. — Crisis argentina. — Chile declara la guerra al Perú y Bolivia. — Victoria chilena. — Tregua. — Ensanche territorial de Chile.

La política exterior del Gran Mariscal Santa Cruz en la confederación Perú-Boliviana, marca el comienzo de las desgracias de la república de Bolivia.

Coincidieron con la derrota del Yungay, origen de la preponderancia militar que Chile consolida ahora, el descubrimiento de depósitos de huano, en la histórica punta de Angamos, al norte de Mejillones, en el litoral boliviano. Atribuyóse un valor de sesenta millones de pesos oro al yacimiento hallado en una legua de costa.

Era prefecto de Cobija en 1841 don Gregorio Beeche, veinte años después cónsul argentino en Chile. En nombre de la república de Bolivia el prefecto adjudicó las huaneras de *Orejas del Mar* á don Diego Samb y las de *Punta Angamos* á don Juan Pío Ulloa. Para proteger las huaneras armó Bolivia en guerra el bergantín *General Sucre* y el ministro de hacienda comunicó al prefecto de Cobija, en nota de 28 de Marzo de 1842, lo siguiente:

... Ha resuelto se prevenga á esa prefectura que tome las providencias más rigurosas y eficaces á fin de evitar cualesquiera tentativas de los explotadores fuera de los límites de los ríos *Loa y Paposo* que comprenden el litoral de la República.

Bolivia tenía autoridades aduaneras en la boca del último río. Entre 1842 y 1845 su cónsul siguió en Londres un juicio contra la fragata chilena *Lacaw*, por extracción clandes-

tina de huano en el Litoral; y los tribunales británicos condenaron el buque «habiendo consentido en tal juicio y sentencia el señor don Francisco J. Rosales, ministro chileno á la sazón en Londres.» (1)

Los hechos se repitieron y el bergantín *General Sucre*, apresó la barca chilena *Rumera*, que fugó de Cobija cortando sus cadenas.

Cansada la autoridad de Cobija de las irrupciones clandestinas de los especuladores chilenos, quiso producir el escarmiento de su castigo: á este fin, los hizo conducir presos desde las barrancas de Mejillones, donde furtivamente explotaban huano; pero la fuerza pública de esta República FUÉ EN PROTECCIÓN DE ELLOS, pues la fragata de guerra "Chile" los puso en libertad y DE PASO mando construir en Mejillones un pequeño muro con el nombre de FORTÍN, enarbolando la bandera chilena. Esta política era contraria á la que se había observado poco antes, pues cuando se imputó el mismo hecho á la goleta *Janequeo*, se satisfizo al gobierno de Bolivia negando haber acontecido el suceso.

El atentado cometido por la fragata de guerra *Chile* no prueba un acto posesorio pacífico, sino una lesión. Así lo comprendió la autoridad de Cobija, la que, después de protestar contra la violencia, mandó demoler el Fortín y quitar el pabellón chileno. (2)

Así apareció Chile en Atacama, al norte del Paposo, hasta cuyo puerto, agregado al Perú por real cédula de Octubre de 1803, había avanzado sus posesiones. El presidente Montt anunciaba al congreso chileno, en su mensaje de 13 de Julio de 1842, que había mandado «una comisión exploradora á examinar el litoral comprendido entre Coquimbo y el morro de Mejillones», casi al centro de la costa boliviana; y el 13 de Octubre del mismo año el congreso consumaba la usurpación territorial con una ley, concebida, en lo substancial, así:

Se declara propiedad nacional las huaneras que existen en las costas de la provincia de Coquimbo, EN EL LITORAL DEL DESIERTO DE ATACAMA y en las islas ó islotes adyacentes.

(1) *Impugnación á la cuestión de límites entre Chile y Bolivia escrita por don M. L. Amunátegui*, por M. Salinas.—Sucre, 1863, pág. 123.

(2) Reclamación presentada al Gobierno de Chile por el ministro boliviano don Manuel M. Salinas el 8 de Noviembre de 1858.

En 1864 la fragata de guerra *Esmeralda* avanzó las usurpaciones chilenas al norte de Mejillones, en pleno y no disputado territorio de la antigua audiencia de los Charcas. (1)

La provincia chilena de Coquimbo, cuya creación he citado, tomó el 31 de Octubre de 1843 el nombre de Atacama, *siendo sus límites los que en el día se reconocen.* Esta vaga expresión dejaba abierta la vía de la usurpación al norte y borraba, por decreto administrativo, los ya copiados textos de las constituciones de Chile, que *excluían* expresamente del territorio nacional, el *Desierto ó Despoblado de Atacama.*

Bolivia agitó su diplomacia en vano. Cinco legaciones fueron sucesivamente á Santiago á exponer y mantener sus incontestable derechos: las del doctor don Casimiro Olañeta (1843-1844), don Joaquín Aguirre (1845-1847), doctor Manuel Macedonio Salinas (1858-1859), (2) doctor don Tomás Frías (1863).

A consecuencia de estos negociados, infructuosos para Bolivia, se llegó al tratado de 1866, en las circunstancias más desfavorables para esta nación. Estaba ella gobernada por un déspota, Margarejo. Chile lo dominó sin dificultad.

Malgarejo abandonó los derechos de su país admitiendo por límite, en el Desierto de Atacama, el grado 24° de latitud. Chile ganaba así tres grados de territorio, con relación á los límites de Carlos V.

Es este tratado uno de los más raros que la historia diplomática recuerda. Bolivia reconoció la soberanía de Chile al sur del grado 24°. Era lógico que Chile admitiera la

(1) Véase las memorias de relaciones exteriores de Chile y de Bolivia, durante todo el período de 1842 á 1864.

(2) Los doctores Salinas y Santiváñez han hecho notables publicaciones sobre la cuestión, cuya lectura recomiendo:

Breve exposición de las causas que impidieron obtener un resultado á la legación de Bolivia, cerca de Chile, acreditada en 1858. Cochabamba, 1860, por M. M. Salinas.

Impugnación, etc, citada ya, Sucre, 1863, por M. M. Salinas.

Bolivia y Chile. Cuestión de límites, por José María Santiváñez. Cochabamba, 1863. Hay otra edición de 1864, impresa también en Cochabamba.

Estas obras y la *Memoria* del ministro de relaciones exteriores de Bolivia, en 1863, doctor Rafael Bustillos, sobre estos límites, son de un interés capital en la cuestión que estudio.

de Bolivia al norte del mismo paralelo. No sucedió así. El déspota boliviano consintió en partir con Chile « por mitad los productos de explotación de los depósitos de huano descubiertos en Mejillones y de los demás que en adelante se descubrieran entre los grados 23° y 25°. » Chile, además, podría nombrar empleados fiscales al norte del paralelo 24° y obtuvo toda clase de franquicias aduaneras para surtir á Bolivia y limitaba la soberanía de ésta sea para legislar, ó para enajenar la posesión ó el dominio de los territorios al norte del grado 24°. Era el pacto de constitución de un condominio y usufructo ⁽¹⁾ más que división territorial en el desierto de Atacama. El dominio de Bolivia resultaba, pues, imperfecto. En realidad Chile predominaba en todo el desierto hasta el grado 23°. El tirano de Bolivia fué honrado con el empleo de general de división en el glorioso escalafón de O'Higgins, Freyre y Bulnes.

« Tal pacto, dice un boliviano eminente, ⁽²⁾ arrancó al patriotismo el voto de la más solemne condenación ». Melgarejo fué muerto y Chile protegió las tentativas de restauración del poder de sus tenientes; pero Bolivia los rechazó, con las armas.

Era precisamente la época en que Sarmiento había mejorado los armamentos y creado la armada moderna de la República Argentina. Se complicaba también por entonces la cuestión de límites argentino-chilena en el brioso debate Frías-Ibáñez.

Chile, que en 1872 había consentido, en el protocolo Corral-Lindsay, estudiar las modificaciones necesarias en el pacto de 1866, se prestó en 1873 á negociar un nuevo tratado. Predominaba por entonces en Bolivia una política débil, bajo la influencia del presidente doctor Frías y del diplomático doctor Baptista, y el tratado de 1874 fué firmado

(1) *Territorio de participación común*, decía el doctor Ibáñez, ministro de relaciones exteriores de Chile, en nota de 30 de Diciembre de 1873.

(2) El doctor don Santiago Vaca Guzmán autor del notable estudio titulado: *La usurpación chilena en el Pacífico. Bolivia y Chile y sus tratados de límites*. Buenos Aires. 1879. Nadie ha superado en concisión, energía, claridad y exactitud al doctor Vaca Guzmán.

por los plenipotenciarios Carlos Walker Martínez y el doctor Baptista, presidente de Bolivia más tarde.

El nuevo pacto confirmaba el límite en el grado 24° hasta la cordillera andina y la demarcación hecha en 1870 por los comisarios de las dos repúblicas Pissis y Mujía. Chile vendía á Bolivia la explotación de minerales en « el territorio de participación común » al norte del paralelo 24°, por el precio que fijaría un tribunal arbitral. En lo demás, continuaba la medianería en pleno territorio boliviano, entre los grados 23° y 24°. Chile eliminaba además en este pacto « la participación común » que consintiera en el de 1866, al sur del grado 24°, hasta el paralelo 25° y conservaba los mismos privilegios aduaneros. ⁽¹⁾ El tratado de 1874 era en verdad más humillante para Bolivia que el de 1866. El doctor Vaca Guzmán, siempre ajeno á las divisiones políticas y al medio mismo de Bolivia, calificó de « monstruoso », el tratado Baptista-Walker Martínez. ⁽²⁾

La administración del nuevo tratado era tan complicada como la del precedente. Las dificultades se sucedían. La República Argentina luchaba desesperadamente con una crisis política y económica extraordinaria. Estaba inerme. Los indios de la pampa, en divisiones de tres y cinco mil lanzas, merodeaban entre Olavarría y el Azul. El ministro de la guerra, á pie, sin dinero y sin crédito, no hallaba en aquellos pueblos, carreteros que quisieran conducir armas y municiones. Exigíasele el pago al contado. La única fuerza que podía oponerse á la ocupación total de Atacama, comenzada en 1842, estaba pues, fuera de combate por el momento.

Un pretexto fiscal dió á Chile el motivo para declarar la guerra á Bolivia y al Perú en 1879. La lucha terminó por el tratado de tregua de 1884. Chile había ensanchado, entre tanto, y por tercera vez los límites orientales y boreales de su vieja provincia de Coquimbo, llamada Atacama después de los avances de 1842.

(1) La medianería entre los grados 24° y 25° fué exigida por el Congreso boliviano como condición para aprobar el pacto y Chile la admitió.

(2) Obr. cit., pág. 52.

La política exterior de Chile despertaba patrióticas aprehensiones entre los estadistas argentinos. ¿Buscará base Chile, se decían, para tramontar los Andes al norte?...

Chile, como se verá luego, tranquilizaba estas alarmas, declarando en 1875 que toda su ambición se reducía á vivir en paz entre las cumbres más elevadas de los Andes y el Pacífico.

CAPÍTULO VIII

LÍMITES ORIENTALES ENTRE CHILE Y BOLIVIA

SUMARIO. — Límites orientales de la posesión de Chile en Atacama. — Soluciones dadas por los tratados de 1866 y 1874, demarcación de 1870 y protocolo de 1872. — Interpretaciones. — Declaración de Chile. — Su límite oriental corre por las más altas cumbres de los Andes. — Documentos al respecto.

Ocupado por Chile el territorio del litoral boliviano, en virtud de los tratados de 1866 y 1874, determinemos el límite oriental de esta ocupación. La primera pregunta que ocurre es esta:—¿Ocupaba Chile, *ánimo et facto*, todo el partido histórico de Atacama, á ambas faldas de los Andes, descrito según he recordado, por su Intendente Manrique ⁽¹⁾ en 1787, ó limitaba la ocupación á la parte llamada *Desierto ó Litoral de Atacama, Baja Atacama y Curato de Atacama la Baja*, entre las cumbres más elevadas de los Andes y la mar del sur?

Los negociados, demarcación y pactos de 1866, 1870, 1872 y 1874 responden categóricamente á la pregunta.

El tratado de 1866 dispuso, en el artículo 1º:

La línea de demarcación de los límites entre Bolivia y Chile en el DESIERTO DE ATACAMA, será en adelante el paralelo 24º de latitud meridional, desde el litoral del Pacífico hasta los límites *orientales de Chile*...

La declaración de que Chile solamente ocupó el territorio del *Litoral ó Desierto de Atacama* es precisa y solemne. La dice de acuerdo con las siguientes palabras del preámbulo:

(1) Informe del Intendente Manrique al Virrey de Buenos Aires, citado.

Las repúblicas de Bolivia y Chile, desearon de poder un tratado amigable y recíprocamente satisfactorio á la antigua cuestión pendiente entre ellas, sobre fijación de sus respectivos límites territoriales EN EL DESIERTO DE ATACAMA. . . .

La expresión del artículo 1º «hasta los límites *orientales de Chile*» era vaga; pero el mismo artículo dispuso que una comisión internacional de geógrafos trazara el deslinde. Los peritos Pissis de Chile y Mujía de Bolivia dieron cumplimiento en 1870 á lo pactado. El acta de la demarcación firmada en Antofagasta (costa del mar) el 10 de Febrero de aquel año, ratificada expresamente por el pacto de 1874, dice: (1)

Después de concluir estas operaciones los comisionados se dirigieron al *Interior del desierto para fijar en toda su extensión, desde el mar hasta la línea anticlinal de los Andes, la situación de los puntos que se acercan más al paralelo del grado 24.*

El documento explica después que el límite oriental de Chile y Bolivia corre sobre las cumbres más altas de la cordillera, por cuya razón han levantado una pirámide en el «*volcán apagado del Pular, situado en la cumbre de los Andes á 2 1/2 kilómetros al sur del paralelo*». Esta demarcación no ha sido jamás impugnada en Chile.

El protocolo Corral-Lindsay, de 1872, inspirado por los tropiezos de la administración financiera del territorio común, ratificó el límite oriental trazado por Pissis y Mujía. He aquí el artículo 9º:

Art. 9º Los dos gobiernos convienen en seguir negociando pacífica y amigablemente con el objeto de revisar ó abrogar el tratado de 10 de Agosto de 1866, sustituyéndolo con otro que consulte mejor los recíprocos intereses de las dos repúblicas hermanas, á fin de quitar todo motivo de cuestiones futuras, *y bajo la base inamovible del grado 24 y de las altas cumbres de la gran cordillera de los Andes.*

El contemplado pacto fué suscrito en 1874 y su artículo 1º ratificó de nuevo la demarcación de 1870. Se lee, en efecto, en el primero y segundo artículo:

(1) Memoria de Rel. Est. de Chile, 1872, pág. 80.

Art. 1° El paralelo del grado 24° *desde el mar* HASTA LA CORDILLERA DE LOS ANDES en el *divortia aquarum*, es el límite entre las repúblicas de Chile y de Bolivia.

Art. 2° Para los efectos de este tratado se consideran firmes y subsistentes las líneas de los paralelos 23° y 24° fijadas por los comisionados Pissis y Mujía, y de que da testimonio el acta levantada en Antofagasta el 10 de Febrero de 1870.

La expresión *divortia aquarum* era introducida por primera vez en los tratados de Bolivia y Chile. Los demarcadores de 1870 usaron los términos «*cumbres de los Andes*» ó «*línea anticlinal*» de la cordillera. El protocolo de 1872 había mantenido la primera expresión. Surgieron dudas en 1875 sobre el alcance de los nuevos términos y ellas fueron inmediatamente aclaradas, en documentos solemnes. La declaración de Chile es clara y franca. Transcribo en seguida los documentos esenciales :

INFORME Á LA ASAMBLEA BOLIVIANA.

Soberano Señor: Vuestra Comisión de Negocios Extranjeros teniendo en consideración las apreciaciones que se han hecho relativamente del artículo 1° del tratado celebrado en 6 de Agosto último entre el Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia y el Encargado de Negocios de Chile, tiene el honor de haceros presente: que dicho artículo no señala más que una línea divisoria, que es el paralelo 24 de latitud Sur, que partiendo del mar termina en la Cordillera de los Andes en el *divortia aquarum*; y como por consecuencia de los tratados, la zona comprendida entre los paralelos 24 y 25 queda de exclusivo dominio de Chile, y hay una porción de territorio boliviano que estando fuera del desierto y en las vertientes orientales de los Andes contiene tradicionales poblaciones bolivianas no disputadas, como Antofagasta, Santa Rosa y otras de la comprensión de Atacama, — se hace necesario aclarar dicho artículo, determinando el límite oriental, que según el espíritu del tratado ES LA LINEA ANTICLINAL DE LA CORDILLERA DE LOS ANDES en el *ramal occidental*, en conformidad á la designación hecha por los Comisarios Pissis y Mujía, que señalaron el Pular como límite oriental en el paralelo 24 y el volcán Inyayaco en el paralelo 25....

Sucre, Octubre 14 de 1874.

Quevedo — Reyes Ortiz — Rivas —
Aspiazu — Sanjinés — Velarde.

CONGRESO DE BOLIVIA. — SESIÓN DEL 28 Y 29 DE OCTUBRE.

El ministro de Relaciones Exteriores.

.....
Pues una Cordillera hace límite, el derecho general explica y define como ha de considerarsela.

Las montañas forman cimas, que son su parte más alta, ó concluyen en aristas que es el ángulo formado por dos superficies, ó corren por los puntos más encumbrados ó por las más altas cumbres. Estos puntos, estas cimas, esos ángulos superiores, son el *divortia aquarum*. Geográficamente se le define: parte de la cadena que separa las aguas, en curso actual ó intermitente por respaldos opuestos á diversos recipientes.

.....
Creemos que la aplicación del precepto se ha hecho de buena fe, no obstante las irregularidades de la Cordillera; una vez que se han fijado los puntos de indicación, de referencia y de enlace entre las cimas que hacen frontera.

.....
Por estas sencillas aplicaciones del derecho común, que se imponen al buen sentido, ha confirmado el gobierno la interpretación leal que dió el convenio de 5 de Diciembre al artículo 1º del tratado del 66, sustituyendo á sus términos un tanto vagos (cuyo sentido indicaron las bases é instrucciones anteriores de nuestra cancillería y deslindaron las operaciones periciales) con el realzado concepto que expresan los de *las más altas cumbres de los Andes*.

DECLARACIÓN DEL MINISTRO DE CHILE

Sucre, Noviembre 3 de 1874.

.....
JAMÁS CHILE HA PRETENDIDO EXTENDER SUS LÍMITES Á LA OTRA PARTE DE LA CORDILLERA, ni menos arrebatarse á Bolivia una pulgada de su territorio. La Cordillera de los Andes que de Sur á Norte forma su límite oriental es claro que seguirá siendo su límite hasta el paralelo 24, y es tan explícito el texto del tratado en su artículo 1º sobre este punto, que se necesita no entender el valor de las palabras para suponer que, "altas cimas" ó "*divortia aquarum*" pueda tener otro alcance que el que la ciencia, la lengua y el sentido común le dan. A los escrupulosos y suspicaces que han echado en cara á V. E. que ha cedido numerosos territorios de Bolivia, aceptando la redacción del artículo 1º conveniente sería decir-

les que la República de Chile no pretende más que encerrarse entre su mar y sus cordilleras, para obtener todo lo que ambiciona: su paz, su bienestar y su progreso. Un protocolo especial para explicar lo mismo que explico en las palabras que acabo de consignar en esta nota me parece excusado. Basta, á mi juicio, el que yo declare como lo hago que mi Gobierno entiende por su límite oriental en la parte del desierto de Atacama solo las más altas cimas de la Cordillera y no otra cosa.

Creo que esta declaración es bastante clara y no dejará lugar á dudas.

CARLOS WALKER MARTÍNEZ.

En consecuencia: cuando Chile tomaba posesión militar, en febrero de 1879, del *Litoral ó Baja Atacama*, se limitaba á ocupar el territorio situado *al poniente de las cumbres más altas de los Andes*, deslindados por los instrumentos públicos que he examinado y transcripto.

CAPÍTULO IX

CHILE DESCIEDE AL ORIENTE DE LOS ANDES

SUMARIO. — Pacto de tregua entre Chile y Bolivia. — Límites de la ocupación chilena en el litoral boliviano. — Aparición del cólera en el norte de la República Argentina en 1884. — Chile establece un cordón sanitario que descende al oriente de los Andes. — Ocupación de la Puna central. — Exploraciones de Bertrand y San Román. — El gobierno argentino resuelve reclamar el retiro de las autoridades chilenas. — El ministro argentino en Chile no cumple las instrucciones al respecto. — Sus razones. — Confusión de Antofagasta del Pacífico con Antofagasta de Catamarca. — Su plena confianza en que Chile no pasaría los Andes. — El ministro doctor Uriburu piensa que el asunto carece de importancia. — El gobernador de Salta pide amparo de su jurisdicción. — Reclamación de Chile. — Conferencia entre el canciller chileno y el ministro argentino. — Una nota del doctor Quirno Costa. — Errónea inteligencia dada por Chile á la misma. — Actitud de Bolivia. — Misión Terrazas en Santiago. — Protesta contra la ocupación chilena. — *Memorandum* del ministro Baptista.

El pacto de tregua firmado en Valparaíso el 4 de Abril de 1884, dispuso la ocupación de una parte del territorio de Bolivia, hasta la definitiva celebración de la paz. El artículo 2º fué redactado así:

La República de Chile, durante la vigencia de esta tregua, continuará gobernando con sujeción al régimen político y administrativo que establece la ley chilena, los territorios comprendidos desde el

paralelo 23 hasta la desembocadura del río Loa en el Pacífico, teniendo dichos territorios por límite oriental una línea recta que parta de Sapalegui, desde la intersección con el deslinde que los separa de la República Argentina hasta el volcán Lincancaur. De este punto seguirá una recta a la cumbre del volcán apagado Cabana; de aquí continuará otra recta hasta el Ojo de Agua que se halla más al sur en el lago Ascotán; y de aquí otra recta que, cortando a lo largo de dicho lago, termine en el volcán Ollagua. De este punto entra otra recta al volcán Tua, continuando después la divisoria existente entre el departamento de Tarapacá y Bolivia.

En caso de suscitarse dificultades, ambas partes nombrarán una comisión de ingenieros que fije el límite que queda trazado con sujeción a los puntos aquí determinados.

Si se observa el mapa de Sur América se advertirá que Chile ocupaba un cuadrilátero *al norte* del paralelo 23°, hasta el río Loa y entre las más altas cumbres de los Andes y el Océano.

¿En qué condición quedaba el *Desierto ó Litoral de Atacama*, administrado en común, desde el grado 24° hasta el 23°? Chile declaró que los tratados de límites habían fenecido por la guerra; que el objeto de ésta fué la ocupación del *Desierto* hasta el paralelo 23° y que obtenida la victoria, lo incorporaba á su soberanía. La situación de Chile en Atacama, era, por consiguiente, después de suscrito el pacto de tregua, esta: había obtenido de Bolivia la cesión del *Desierto de Atacama*, hasta el grado 24° (1866-1874); se apoderaba *manu militari* de la parte del *Desierto* entre los grados 23° y 24°; y ocupaba, *pro tempore*, según el tratado de 1884, la extremidad norte del *Desierto* hasta el Loa. Chile aceptó en el tratado de paz con el Perú (Octubre 1883) y en el pacto de tregua (1884) como límite *oriental* de las ocupaciones, el de Pissis y Mujía y sus prolongaciones naturales al norte y al sur, vale decir, las *cumbres más elevadas ó línea anticlinal de la gran cordillera de los Andes*, según el vocabulario de los negociadores.

En 1884 apareció el *cólera morbus* en las provincias del Norte de la República Argentina y Chile, so pretexto de establecer un cordón sanitario, ordenó que algunas fuerzas de línea descendieran al oriente de los Andes, hacia la *Puna* de Catamarca, de Salta y de Jujuy, no obstante las

declaraciones solemnes del ministro Walker Martínez, que he transcrito.

El gobernador de Salta avisó con alarma los hechos al gobierno argentino, pidiendo el amparo de su jurisdicción. Los soldados de Chile merodeaban en territorio salteño no discutido. Detrás de ellos vinieron los ingenieros (Bertrand y San Román) ocupados en trazar límites imaginarios entre Chile y la República Argentina. Las autoridades nombradas por el gobierno de Salta fueron destituidas por las fuerzas de Chile y reemplazadas por chilenos. Las expediciones llegaban hasta el pueblo de Molinos, donde se avituallaron á menudo. Varios puntos, y entre ellos Antofagasta, el lugar en otro tiempo guarnecido por el general Roca, fueron ocupados por autoridades de Chile. En fin, este país publicó en 1885 el libro notorio del señor Bertrand sobre esas regiones.

El presidente de Chile dió cuenta de los hechos al Congreso. El ministro argentino remitió el mensaje con un juicio crítico, muy honroso para Chile respecto del desenlace de la guerra del Pacífico; pero guardaba profundo silencio sobre los actos de posesión de Chile en territorio argentino, enunciados en el mensaje. El ministro de relaciones exteriores doctor Ortiz se vió obligado á advertirle el descuido en estos términos, en una nota de 28 de Junio de 1884:

.....
Aunque, decía, V. E. no parece haber fijado su atención en uno de los párrafos de dicho mensaje que atañe en alguna manera á la República Argentina, he creído conveniente hacérselo notar para las explicaciones del caso. Me refiero al párrafo que dice: "Una comisión de ingenieros chilenos ha hecho el estudio geográfico del territorio comprendido entre la República Argentina y la región de Antofagasta al Sur del paralelo 21. Este estudio, hecho con verdadera prolijidad permitirá fijar con precisión los límites determinados en el pacto de tregua entre Bolivia y Chile."

El territorio comprendido entre Antofagasta y la República Argentina al Sur del paralelo 21. comprende los territorios situados al oriente de la cordillera de Atacama y entre nuestras provincias del norte y dicha cordillera. Son los terrenos que V. E. debe conocer denominados Pastos Grandes. Antofalla y Antofagasta que lindan con el departamento de Molinos de la provincia de Salta y que se extienden al sur del paralelo 23 entre la cordillera y dicha provincia.

Si fuera esto así, el gobierno argentino no podría aceptar los términos del mensaje del Presidente de Chile, á que alude, porque se considera dueño de esos territorios sobre los que ha ejercido siempre dominio eminente.

Tengo pues encargo del señor Presidente de manifestar á V. E. la conveniencia de que recabe de ese gobierno una explicación que aclaré ese punto y la trasmita detalladamente á este ministerio para la resolución que corresponda.

El ministro doctor Uriburu contestó con fecha 4 de Agosto del mismo año que no consideraba oportuno pedir explicaciones, por los siguientes motivos:

1° Porque creía que la reclamación sería eludida, pues, «NO HABIENDOSE PRODUCIDO LA OCUPACIÓN CHILENA (1) faltaría el hecho en que basarla».

2° «Porque el acto de practicar Chile estudios geográficos en nuestros territorios ó fronteras era, en sí mismo, INOFENSIVO, INOCENTE Y SIN TRASCENDENCIA».

3° Porque lo que en Chile se conoce con el nombre de Antofagasta es la región marítima antiguamente conocida por Cobija.

4° Porque si Chile intentara la ocupación (ya la había realizado según el gobernador de Salta) los hechos preparatorios acusarían su plan y sería llegada la oportunidad de hacer por lo menos nuestra enérgica protesta.

5° Porque «se alarmaría SIN OBJETO PRÁCTICO LAS SUSCEPTIBILIDADES de Chile, siempre prevenido en contra nuestra».

El ministro doctor Ortiz, inducido por las confusiones geográficas de esta nota, aceptó y aprobó las vistas del ministro doctor Uriburu en oficio de 20 de Agosto, manifestándole la confianza de que estaría atento á la ocasión para defender los derechos é intereses argentinos.

Pero Chile se preocupaba más seriamente del asunto y contra las previsiones del ministro señor Uriburu, pidió á éste explicaciones sobre ciertos actos jurisdiccionales del gobierno de Salta. El ministro argentino avisó á su go-

(1) Estaba consumada.

bierno lo que había ocurrido en una conferencia celebrada con el ministro de relaciones exteriores de Chile. El doctor Uriburu, incurría en una nota de 14 de Febrero de 1887 en los mismos errores y confusiones anteriores.

Insistía en creer que la ocupación chilena de la Puna carecía de importancia. Así se lo decían en Chile. He aquí sus propias palabras, publicadas en la memoria argentina de relaciones exteriores de 1887, pág. 181 al final:

Ahora, en cuanto al *fondo del asunto* no he considerado tampoco que REVISTIESE MAYOR IMPORTANCIA, NI QUE PUDIERA SER OCASIONADO Á DIFICULTAD ALGUNA SERIA.....

El gobierno de Chile había declarado á su vez que ningún propósito de avance lo preocupaba y que la situación del cordón sanitario, cualquiera que fuera, no importaba un olvido del estado vigente en que se encontraba la cuestión de límites argentino-boliviana, la que continuaría sin modificación por su parte. Se tranquilizó el gobierno argentino en la inteligencia de *que el de Chile no extralimitaría la frontera de territorios en que el gobierno de Bolivia no hubiera tenido jurisdicción antes del tratado de tregua.*

Esta frase no era franca, ni procedente y debió ser reclamada por el gobierno argentino. He demostrado ya que el pacto de tregua no daba derechos á Chile para ocupar *todos los territorios en que Bolivia hubiera tenido jurisdicción antes*, sino los situados al *norte* del grado 23°, *y al oriente de los Andes*, que se hallaran en ese caso.

Pero esas explicaciones eran efímeras. En 1887, el gobernador Güemes, de Salta, urgía por telégrafo que se adoptaran medidas, pues fuerzas chilenas ocupaban varios puntos de la jurisdicción de su provincia. El ministro de relaciones exteriores doctor Quirno Costa dirigió al ministro doctor Uriburu otra nota (18 de Julio de 1887) diciéndole, que no obstante aquellas explicaciones, el gobernador de Salta comunicaba recientemente que algunas guardias chilenas habían avanzado sobre el territorio de esa provincia, y que el ingeniero San Román había practicado algunas mensuras en terrenos que siempre han pertenecido á la República

Argentina, de los cuales ha dado posesión á concesionarios chilenos, si bien por el momento y por telegrama comunica el mencionado gobernador que los chilenos han pasado la línea trazada, pero que no han dejado destacamento alguno de fuerzas, hallándose todos los soldados en Pastos Grandes. ⁽¹⁾ Se le recomendaba que recabara medidas del gobierno de Chile, que calmaran las alarmas producidas.

El ministro no cumplió estas instrucciones. El 8 de Enero de 1890 se las reiteró el ministro de relaciones (doctor Zeballos) para que pidiera el retiro de las fuerzas chilenas de la Puna ó para que protestara en su caso. En Abril del mismo año, cuando aquel canciller renunció la cartera, el ministro doctor Uriburu aún no había dado cumplimiento á sus instrucciones.

Aceptando tal vez el ministro doctor Quirno Costa, el error de las notas del ministro doctor Uriburu, afirmando que la ocupación chilena carecía de importancia, publicó en la memoria de relaciones exteriores de 1887, los documentos que se refieren á las explicaciones pedidas por Chile al ministro doctor Uriburu, con la nota de éste y la aprobación de su conducta. ⁽²⁾

La nota del doctor Quirno Costa dice:

Buenos Aires, Mayo 17 de 1887.

Señor ministro: Instruído detenidamente de la nota de V. E. de 14 de Febrero último, relativo á las contestaciones producidas por causa del establecimiento de un cordón sanitario chileno en territorio ocupado por Bolivia y actualmente en posesión del gobierno de Chile, con arreglo al Tratado de tregua, me es satisfactorio comunicarle que el gobierno presta su aprobación al proceder de V. E. al definir en la conferencia que ha tenido con el ministro de relaciones exteriores la actitud que mantiene la República Argentina, respecto de los límites internacionales con la nación boliviana, que es hoy de un perfecto *statu quo* Y QUE EN TANTO DURE LA OCUPACIÓN CHILENA EN

(1) Pertenecieron siempre á Salta.

(2) Véase la Memoria página 180 y siguientes.

EL DEPARTAMENTO DE ANTOFAGASTA, el gobierno argentino no hará ninguna innovación y procederá de acuerdo con las ideas formuladas por V. E. en la nota que contesta.

Saludo á V. E. con mi más distinguida consideración.

N. QUIRNO COSTA.

A S. E. el Sr. Dr. D. José E. Uriburu, E. E. y M. P. de la República Argentina en Chile.

En 1890, el eminente ministro chileno señor Matta me presentó la memoria en el ministerio y me habló de estos documentos, atribuyéndoles el carácter de un convenio de *modus vivendi*, celebrado entre los dos gobiernos y á favor del cual quedaba autorizada por el gobierno argentino la ocupación chilena de la Puna. Refuté esta interpretación. Las notas cambiadas entre un canciller y sus agentes exteriores, no son convenios que terceros puedan invocar. Por lo demás, agregué, aquellos diplomáticos argentinos han querido referirse á la ocupación chilena del *litoral boliviano de Antofagasta*, en el Pacífico y no á actos ocurridos al *oriente de los Andes*, con violación del pacto de tregua. Chile no es parte, no admitiremos, agregué, que sea parte en nuestra cuestión de límites con Bolivia. El señor Matta había querido simplemente explorarme y nunca promovió otra conversación sobre el tópico. Yo dí cuenta por escrito de esta ocurrencia al presidente de la República, doctor Juárez Celman.

Pero la República Argentina no poseía en 1884 todo el territorio de *Atacama la Alta*. Desde 1825, Bolivia conservaba también posesiones y autoridades en Toconao, San Pedro de Atacama, Antofalla y otros lugares centrales. Todo el territorio estaba, pues poseído por las dos repúblicas, al centro y al oeste por Bolivia, al sur y al este por las provincias argentinas, cuando Chile descendió los Andes.

Bolivia no guardó silencio á la aparición de las fuerzas chilenas y acreditó en Chile la misión Terrazas para protestar contra los avances al oriente de las cumbres más elevadas. Las tendencias de esta misión y sus resultados, fueron explicados en Julio de 1891 por el ministro de Bolivia, doctor Baptista, en un *Memorandum* que circuló en Buenos

Aires y del cual extracto lo siguiente, que me parece substancial:

Sobreponiéndose a las excesivas pretensiones que en materia de límites suelen tener las opiniones mal preparadas, el gobierno del excmo. señor Arce, aprovechó la prudente disposición de las cámaras, traída por un sacudimiento interior, para persuadirlas a ratificar en Noviembre del 1888 el pacto preliminar de límites celebrado en Buenos Aires en Junio del mismo año.

Asumiendo una segunda responsabilidad les indujo, no sin dificultades, á ratificar el definitivo en Septiembre de 1889.

El excmo. gobierno argentino con el mismo espíritu de previsión y de iniciativa, despues de concluir el pacto por su ministro de estado, el señor Quirno Costa, lo introdujo á las cámaras en el mismo Septiembre. Tomó segunda iniciativa el señor Zeballos y la mantuvo en las sesiones extraordinarias del congreso. (1)

Parecía que en las ordinarias del 1890 se hubiera obtenido algún resultado; pero lo interrumpió la revolución de Julio. Continuaron las sesiones, quedando, durante ellas, reservado el pacto.

Consta que la comisión de relaciones exteriores en el senado pidió antecedentes sobre la ocupación respectiva del Chaco, y que algunos diputados desearon que se fijase la ubicación del Tartagal. Lo primero es un hecho estudiado y lo segundo no puede ser un óbice á la finalización del convenio. Un cuarto aplazamiento aumentaría la alarma que ha dejado sentirse en las legislaturas bolivianas, cuyas reclamaciones no puede acallarlas el gobierno, obligado por ellas á mandar, de urgencia, como agente diplomático al ministro de estado que había provocado, arrostrado resistencias y acabado por mantener el pacto de 10 de Mayo de 1889 celebrado en esta capital por el gobierno nacional argentino.

.....
Sin embargo del carácter permanente que revisten los tratados de límites, Chile en la guerra declaró reivindicar su propiedad al grado 24°: de ahí es que deslinda su propiedad accidental solo hasta el paralelo 23°.

Tiene el propósito de avanzar con el paralelo 24° hasta las regiones interiores de Atacama. Por ello en las instrucciones de su gobierno á la comisión científica, que bajo la dirección de Bertrand estudió detalladamente aquel territorio, está la instrucción 6ª, donde se prescribe "estudiar la parte del territorio comprendido entre las "líneas divisorias de Bolivia y Chile, hasta la prolongación del "paralelo 24°".

Pretende trasmontar la cordillera de los Andes: la tregua lo reduce á ocupar hasta Zapalegui, que está en el grado 23°. Chile no sola-

(1) Se verá después que yo promoví su aplazamiento.

mente busca territorios bajo la prolongación del paralelo 24°, sino que ha pasado á los que caen bajo la prolongación del grado 25° y 26° y minutos, donde está ubicado Antofagasta del Desierto. Pretendió posesión de las alturas de Cachi suscitando la reclamación argentina.

Son insostenibles tales pretensiones.

La regla de derecho asienta por punto general que el *divortia aquarum* es el límite de las cordilleras; que la línea divisoria son los puntos más encumbrados de la cordillera.

Chile en su debate con Bolivia sobre la propiedad de Caracoles, que cae al Pacífico, sostuvo como un axioma "que se había reservado en toda su extensión el territorio comprendido entre los paralelos 23° y 24°: ese territorio no dá una faja de la costa, sino lo comprendido dentro de sus límites arcifinios, el mar por este lado, la cordillera de los Andes por el otro, que en sus más altas cumbres, con todas sus vertientes que caen al Occidente, marcan sus límites orientales."

Marcial Martínez, comentando la anterior discusión, escribía en 1873: "Se fijaron los paralelos 23°, 24° y 25° desde el mar hasta la línea anticlinal de los Andes. A nadie se le ocurrió decir que el territorio del grado 25° perteneciente á Chile no se extiende de mar á cordillera. Chile nunca ha tenido límite imaginario al oriente, sino el muy conocido que señalan las altas cumbres de los Andes: es el límite que siempre ha tenido la República."

Daba lugar á estas conclusiones chilenas la interpretación restringida que daba la secretaría boliviana al pacto de 66, donde se fijó: "el paralelo 24° desde el litoral del Pacífico hasta los límites orientales de Chile", sin otra especificación.

Cediendo á la argumentación chilena que era irrefragable, se hizo la demarcación de 1870 y cuando se hubo de modificar el pacto de 1866, estipularon los gobiernos, el año 72, que se trataría bajo la base incommovible del grado 24° y de las altas cumbres de los Andes.

El Tratado del 74 señaló por linde el paralelo 24° desde el mar á la cordillera de los Andes, en el *divortia aquarum*, siendo firmes y valederos los límites de demarcación constantes en la acta de demarcación de 10 de Febrero de 1870.

En esa acta se demarcaron los "límites desde el mar hasta la línea anticlinal de los Andes". Partiendo del grado 23° se llevó la línea "hasta el *Jonar* situado en la cumbre de los Andes;" del 24° "hasta el *Pular* situado en la cumbre de los Andes"; del 25° hasta la parte más alta "de la cordillera en Varitas y el volcán Juyayaca situado en la línea anticlinal de los Andes".

Desde el grado 25° al sud corren los linderos exclusivos con la República Argentina; pero Chile pretende ahora traspasar las altas cumbres hasta radiarse en Antofagasta que está más abajo del grado 26°.

Para abrirse paso en ese sentido, opuso el año 87 que Antofagasta, Pasto grande, Carachipampa, Susquis y otros puntos, estaban sujetos de su ocupación militar. Mientras se hacía la verificación territorial de las localidades, el gobierno boliviano, ordenó a sus autoridades, en ese mismo año: "que hiciesen constar las ocupaciones chilenas sin "oposición material". Celebró después un acuerdo diplomático (no ratificado) manteniendo el *statu quo* anterior a Noviembre del 66. El 88 confirmó este *modus vivendi*, mientras las partes procediesen a verificar la ubicación de los lugares por sus respectivos comisionados. — Buenos Aires, Julio 12 de 1891.

La protesta boliviana y el *statu quo* referido favorecen á la República Argentina, sucesora de los títulos y posesiones de Bolivia en la Alta Atacama. Por ellos Chile ha desautorizado su posesión al oriente de los Andes que no tenía *antes* de 1866.

CAPÍTULO X

EL TRATADO ARGENTINO-BOLIVIANO DE 1889

SUMARIO. — Tratado Quirno Costa-Vaca Guzmán. — Ventajas obtenidas por Bolivia en la Puna. — Razones argentinas para no aceptar el límite pactado en Atacama. — El gobierno argentino se ponía en conflicto con Chile. — Acuerdo general de gobierno el 23 de Septiembre de 1889. — Asistencia de la comisión del senado. — Aplazamiento del tratado. — Razones. — Misión y trabajo del doctor Baptista en 1891. — Reunión en el despacho presidencial. — El tratado en la comisión del senado. — Modificación del artículo 1º. — Soy nombrado ministro de relaciones exteriores. — Política *duplex* en Sucre. — Urgencia de cruzarla. — Negociación Zeballos-Baptista. — Bolivia acepta la modificación del tratado. — El congreso argentino la vota. — Chile la conoce y calla. — El derecho argentino á este límite reposa sobre títulos solemnes y definitivos. — Crítica infundada de mis actos.

Tal era la situación del territorio de la *Puna* y de la *Alta Atacama*, sobre cuyo dominio discutían y no habían acertado á fijar límites las repúblicas Argentina y de Bolivia, cuando tuvo lugar en 1888 la negociación Quirno Costa-Vaca Guzmán, que terminó por el tratado de 1889.

El doctor Vaca Guzmán, erudito y hábil, obtuvo para Bolivia en Atacama exactamente la misma línea de la *Quebrada del Diablo* á *Zapalegui*, que Bolivia había pretendido siempre, y trazado en su mapa oficial de 1859, de los geógrafos Ondarza y Mujía. Era también el límite oriental que el

propio doctor Vaca Guzmán diera á Atacama en el mapa agregado á su libro que antes cité.

La República Argentina no podía aceptar esa línea, que importaba un triunfo diplomático de Bolivia, por razones políticas, jurídicas, históricas y geográficas.

Por otra parte, Chile estaba acantonado en la región y la República Argentina recibía de Bolivia un conflicto internacional, cuya solución ninguna ventaja de principios ó de territorio le traía en la forma pactada. No obtenía la República Argentina ventajas de principios, porque abandonaba, á la faz de una nueva pretensión de Chile, el límite de las cumbres más elevadas de los Andes, aceptando la línea en un ramal oriental de la cordillera. No recibía ventajas territoriales, porque Bolivia no retrocedía un solo metro de sus pretensiones en esta región: subscribía la raya que siempre reclamó y mantuvo.

Llamado á ocupar la cartera de relaciones exteriores el 7 de Septiembre de 1889, encontré el tratado argentino-boliviano sometido al congreso y con opinión favorable á su despacho.

Pedí al presidente doctor Juárez Celman que convocara un acuerdo general de ministros, el cual se celebró, con asistencia plena el día 23 de Septiembre, á las 3 de la tarde. Estaba presente el negociador argentino, ministro del interior, y los senadores Derqui y Zapatá, que con el doctor del Valle formaban la comisión que en el senado estudiaba el pacto.

Expuse la cuestión al acuerdo, presenté mapas y documentos, que el ministerio de relaciones exteriores no conocía, y pedí el aplazamiento indefinido del tratado, por estas razones:

1^a Nos exponía á un conflicto inmediatamente con Chile, ocupante de una parte del territorio, y las condiciones políticas y militares de la República Argentina no le permitían afrontar peligros exteriores.

2^a La República Argentina debía exigir á Bolivia por lo menos el límite de las cumbres más altas de los Andes, de acuerdo con los títulos coloniales expuestos.

3^a La línea de la Quebrada del Diablo á Zapalegui estaba en una pre-cordillera y la República Argentina abandonaba así el principio de la *continuidad* de sus límites andinos por el macizo central ó espinazo general de los Andes.

4^a Chile sacaría partido de este precedente en favor de sus pretensiones sobre las ricas tierras del sur.

5^a Chile había hecho levantar prolijamente el mapa del territorio con comisiones de ingenieros notables, mientras que el gobierno argentino estaba absolutamente desprovisto de mapas, de estudios y datos serios.

6^a Convenía ganar tiempo, armar la República y estudiar con calma el terreno y las modificaciones futuras del tratado.

El acuerdo adoptó esta política por unanimidad de votos. En el ministerio hay constancia escrita de ello, porque yo introduje la práctica de redactar actas de todos los acuerdos sobre cosas internacionales. El doctor del Valle se excusó por razones notorias, de asistir al despacho del Presidente; pero estuvo de acuerdo con la actitud asumida.

En 1891 agitaba de nuevo la aprobación del tratado el plenipotenciario boliviano doctor Mariano Baptista, haciendo depender el éxito de su candidatura presidencial de aquel acto. Había distribuído el citado *Memorandum* á numerosos é influyentes miembros del congreso argentino y el presidente de la república convocó una reunión de notables en su despacho, á la que tuve el honor de ser invitado por escrito. Las opiniones se inclinaban á discutir el tratado en previsión de la política que Bolivia desarrollaría bajo la influencia del doctor Baptista. Tenía razones para no confiar en esta política; pero conocía muy bien las deficientes condiciones militares de Chile, de modo que no había por el momento peligro de guerra, y mucho menos, si se presentaban de acuerdo, en la arena diplomática, las repúblicas Argentina, del Perú y Bolivia, para aislar al adversario común, en obsequio de la paz general. Sostuve, pues, que debía modificarse el tratado llevando la línea á las cumbres más elevadas de los Andes.

La comisión del senado puso el asunto en la mesa y en su primera reunión el doctor don Eduardo Costa ministro de

relaciones exteriores, pidió que se oyeran los datos y opiniones, que yo había expuesto en la conferencia presidencial y fué autorizado á invitarme á la segunda reunión. Lo hizo por escrito é invitó también al negociador del tratado.

Presenté mapas, libros y documentos que la comisión no conocía. Algunos de los miembros de ella los llevaron á sus domicilios para examinarlos detenidamente, y en la sesión inmediata quedó resuelto por unanimidad modificar el artículo del tratado de 1889, trasladando la línea de la precordillera ó serranías orientales, á las cumbres más elevadas. La nueva base fué redactada por la comisión, á la vista la demarcación Pissis-Mujía, de que el gobierno argentino no tuvo conocimiento hasta el acuerdo de 23 de Septiembre, en que la presenté.

En el senado prevaleció la idea del aplazamiento en las sesiones de Julio, por falta de informes y de ciertos datos. El 24 de Octubre fuí honrado por el presidente de la república, doctor Pellegrini, con el nombramiento de ministro de relaciones exteriores.

Había ocurrido un hecho grave. La política *duplex* de Sucre se ponía en evidencia. Mientras el ministro de Bolivia reconocía en Buenos Aires la soberanía argentina sobre la *Puna*, que Chile ocupaba, el gobierno negociaba en Oruro con el plenipotenciario de Chile, doctor Gonzalo Matta, la cesión al último país de todos aquellos territorios hasta la pre-cordillera que pasa por Cachi, y sigue hacia el norte, en plena República Argentina. Había encontrado la legación de Bolivia acéfala; pero mis informes privados merecían fe. Era urgente, pues, cruzar los sigilosos trabajos de la diplomacia de Chile, y obtener de Bolivia *un reconocimiento total*, en vez del *parcial* ya firmado, de los derechos argentinos á la Puna, evitando que se cumpliera el ofrecimiento de reconocerlos á favor de Chile. En consecuencia, á los seis días de haber prestado juramento subscribía con el ministro de Bolivia doctor Baptista las notas reversales que incorporaban al pacto la modificación redactada meses antes en la comisión del senado y obtenía otras de-

claraciones y garantías de Bolivia que son del dominio público. (1)

El congreso aprobó por unanimidad en el senado y contra un voto en la cámara de diputados, la modificación. El voto disidente tenía un conflicto inmediato con Chile. En los discursos en que expuse, lo que llamé entonces las siete cuestiones de límites en que estaba comprometida la República Argentina, había estudiado atentamente la situación orgánica de todos los países comprometidos, para deducir que Chile no se agitaría por la modificación. No estaba en condiciones de agredir. Era convenido reservar el negociado, sin embargo; pero la diplomacia boliviana lo reveló inmediatamente á Chile, que aparentaba durante largo tiempo ignorarlo, confirmando así mi previsión.

Bolivia y la República Argentina, únicos países que tienen títulos jurídicos, históricos y geográficos en la región, resolvieron su querella de límites en 1892. Bolivia desistía de sus pretensiones á la Alta Atacama, al oriente de los Andes, y cedía sus derechos á la República Argentina.

Chile, cuya ocupación del territorio boliviano está reducida al Litoral del Desierto de Atacama, según los instrumentos solemnes que he analizado, no puede presentar á los árbitros, ni un documento, ni razón alguna, que justifique su avance al oriente de la cordillera y al sur del grado 23°. La República Argentina, al contrario, puede exhibir los títulos que proceden de las reales cédulas, de la *Recopilación de leyes de Indias*, de las audiencias, virreyes, gobernadores, obispos, corregidores, cronistas mayores, cosmógrafos reales, visitadores de jesuítas, geógrafos, historiadores, diplomáticos, de los tratados modernos y de sus interpretaciones. Jamás fué más uniforme, clara y vigorosa la prueba de una jurisdicción territorial, como es la que ampara á la República Argentina en la cuestión de límites, cuyos jueces llegan á Buenos Aires y van á fallarla á la faz del Mundo.

(1) Abrevio mi exposición cuanto es posible. He narrado estas negociaciones documentadamente en una série de artículos publicados en *La Prensa* de 13 á 16 de Enero de 1895, y estos artículos han sido reimpresos y comentados en diarios de Chile y de Bolivia. En esta República han circulado varias ediciones en folleto.

Tales son también los fundamentos de la modificación del tratado argentino-boliviano, criticada con injusticia y ligereza por ministros y personas apasionados ó que abordan estos asuntos graves con estudio superficial ó incompleto. La modificación de 1891 recibió la adhesión y el elogio de todos los partidos y estadistas argentinos. Ella ha dado á nuestro país el título completo á toda la Puna con que ahora amparará sus derechos ante los árbitros. Creo haber demostrado, lo que aquellos estadistas reconocían entonces: que cuantos intervinimos en su negociado hemos servido á la República con prudencia, con labor y patriotismo. (1)

E. S. ZEBALLOS.

(1) Si la política de 1889 y de 1891 hubiera prevalecido en el gobierno argentino, Chile habría desocupado la Alta Atacama, sin necesidad de disparar un tiro, ni de someter á árbitros tratados internacionales y títulos perfectos, que nadie — ni personas, ni naciones — exponen jamás á los peligros y combinaciones de un tribunal político.

MARTINS & Ca.



**OPORTO
Y JEREZ**

MEDALLA DE ORO
EXPOSICION BRUSELLES 1887

626 - Calle Cuyo - 630
MONTEVIDEO

TELÉFONO 342
CABLE TELEGRAMA 1401

CASA EN OPORTO Y MONTEVIDEO

La REVISTA de LA RICA, HISTORIA Y LETRAS aparece mensual-
mente. El precio de material como *minimum*. La subscrip-
cion se paga adelantada en las condiciones siguientes:

	INTERIOR	EXTERIOR
Un año	\$ m. d. 25.—	\$ oro 10
6 meses	" 12.50	" 6
3 meses	" 6.25	" 4
Números sueltos	" 2.50	" 1

Se suscribe en las principales librerías de la República y en la
Administración de la REVISTA calle de la Victoria 1081, de 10 a. m.
a 6 p. m.

Las suscripciones del Interior y Exterior pueden ser abonadas
por giros postales ó bancarios á la vista.

AGENTES

RIO DE JANEIRO — F. Brigist y Ca.
SANTIAGO DE CHILE — Roberto Miranda.
LIMA — Viuda de Gallaud.
ASUNCION DEL PARAGUAY — Juan Quell.
MEXICO — Viuda Ch. Bouret.
WASHINGTON — W. H. Lowdermilk y Ca.
MONTEVIDEO — A. Barreiro y Ramos.

SE RECIBEN AVISOS Á PRECIOS CONDICIONALES

MAQUINAS DE ESCRIBIR

Caligraph
Densmore
Yost ❀ ❀ ❀

NUESTRAS MÁQUINAS ESTÁN EN USO

en las siguientes casas:

F. C. Central Argentino—F. C. N. O. Argentino,
F. C. Villa María á Rufino—F. C. del Sud (65 máquinas),
F. C. Bahía Blanca y Nor Oeste,
F. C. B. A. al Pacífico—F. C. Central de Córdoba,
Banco de Londres y Río de la Plata,
Banco Anglo Argentino—Nuevo Banco Italiano,
Banco Francés del Río de la Plata—Sres. Santamarina é hijos,
Compañía Sansinena de carnes congeladas,
Compañía de Seguros North British & Mercantile,
Señores Moore y Tudor,
Administración de Gas (Rosario)—Señor J. J. C. Daniel,
Sres. Bran y C^a. (Asunción) —Sr. J. Mariano Paso. (Concordia),
Señores Pujal y Roca (Córdoba),
Instituto Mercantil de Buenos Aires

Y MUCHÍSIMAS OTRAS CASAS

Las máquinas son muy fáciles de aprender y en dos días se puede escribir bien. Tenemos en nuestra casa cartas, etc., escritas por compradores después de uno, dos y tres días de práctica, y tendremos el mayor gusto en enseñar a cualquier persona que quiera aprender.

H. G. BUTLER

(United Typewriter & Supplies Co. New York)

2 - RECONQUISTA - 34

BUENOS AIRES

DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

ALFONSO L. DE LA BARRA

B. de Irigoyen	Carta política	165
M. A. Espinosa	Reposo dominical	176
M. Catandrelli	Traducción de las Odas de Horacio por E. de la Barra	187
J. R. Fernandez	Reforma Universitaria. (Continuación)	212
T. G. de Fanning	Roque Moreno. Novela histórica americana, escrita para la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS. (Continuación)	245
F. A. Barra	Evolución correlativa de la enseñanza, la didascología y las escuelas normales. Estado actual de las últimas en la República Argentina. (Continuación)	253
L. Berisso	Bodas trágicas	275
T. A. Le Breton	Marcas de fábrica. El reinado de la falsificación.	284
D. B. Dávila	Orígenes nacionales. Narraciones riojanas. (Continuación)	288
E. S. Zeballos	Leonardo Pereyra	298
Marques de Salisbury	Maltratamiento de ingleses en la República Argentina	301
E. S. Zeballos	De Magallanes a la Puna	308
	Analecta	316
	Notas y apuntes biográficas.	

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
BUENOS AIRES

1081 - VICTORIA - 1081

1899

CERVEZAS

BOOK

OBSCURA



BLANCA

La Africana
NEGRA

DE LA COMPAÑIA CERVECERIA BIECKERT (Lda)

Estas cervezas, preferidas hoy por todas las personas competentes por el esmero de su fabricación y pureza de las materias que componen, son refrescantes, tónicas, nutritivas, higiénicas y perfectamente asimilables según lo establecen numerosos certificados de distinguidos médicos.

Escritorio y Fábrica: JUNCAL 817
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA POPULAR DEL MUNICIPIO
935-CALLE LAVALLE-935

17,500 VOLÚMENES

LECTURA GRATIS EN LOS SALONES
Condiciones de subscripcion

Pagarán un peso por mes los que van ó mandan buscar los libros
un peso cincuenta centavos los que quieran que se les remitan á su casa

LA CONCURRENCIA UNIVERSAL
Y LA
AGRICULTURA EN AMBAS AMÉRICAS
POR
E. S. ZEHALLOS

Se vende en todas las librerías y especialmente en la casa de su Editor

JACOBO PEUSER
SAN MARTIN Y CANGALLO

Imp., litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser.

REVISTA

DE

DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

ABRIL

REVISTA
DE
DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

DIRIGIDA POR E. S. ZEBALLOS

AÑO I — TOMO III

BUENOS AIRES

BUENOS AIRES

94106 — IMPRENTA, LIT. Y ENCUADERNACIÓN DE JACOBO PEUSER
SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1899

LA CRISIS POLÍTICA

DE

LA PLATA

Carta del gobernador de la provincia, doctor don Bernardo de Irigoyen,
á la dirección de la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS. (1)

La Plata, Marzo 17 de 1899.

Señor doctor Estanislao S. Zeballos.

Mi distinguido amigo y señor:

He leído, con la atención que presto siempre á los escritos de usted, el interesante artículo publicado en la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS, bajo el epígrafe «La crisis política de La Plata», y cúpleme agradecerle los honrosos conceptos con que se digna favorecerme.

Respetando la instancia de una parte de mis compatriotas de esta provincia y del interior, acepté el cargo de gobernador y estimo debidamente la justicia que el país ha hecho al desinterés de mi resolución.

Vine con el propósito de presidir una administración constitucional y expansiva, sin exclusiones, sin planes contra ninguna de las fracciones en que se divide la opinión: todas ellas me acordaron, en épocas diversas, esos votos de adhesión ó de confianza, que honran á los hombres públicos y que recordamos siempre con respeto.

(1) He dado en el artículo á que se refiere esta carta mi concepto de la personalidad política del doctor Irigoyen. En el próximo número trataré de nuevo la cuestión de Buenos Aires: la más grave de la actualidad política argentina.

He tropezado, sin embargo, con agresiones inesperadas é injustas, con un sistema de adulteraciones que no quiero analizar, y he oído opiniones análogas á la de usted sobre diversos medios de suprimir esas obstrucciones que detienen la marcha de la administración. Pero he preferido deliberadamente poner á contribución la prudencia que distinguió siempre mis actos, con la esperanza, ó si usted quiere, con la ilusión, de que el buen sentido domine algun día en los que van precipitando esta rica provincia á la decadencia política y al desconcierto financiero.

Usted dice en su artículo que el mal actual de la provincia «está en su condición orgánica, en la dispersión de sus tradicionales partidos, en la anarquía profunda de los intereses, en la abundosa formación de círculos personales ineficaces para el gobierno regular, y en la sumisión absoluta de la provincia de Buenos Aires al cesarismo metropolitano».

Esa es realmente la situación que encontré el 1° de Mayo y basta, para exponerla bien, recordar las divisiones y subdivisiones de los partidos, en aquellos días, el encono de sus resentimientos, y aquel cuadro de la mitad de la legislatura emigrando al Estado Oriental para libertarse, decía, de evoluciones internas y de violencias, que no me incumbe investigar. Felizmente aquellos estrépitos que desdijeron del orden constitucional, no se han reproducido en esta calumniada administración.

A fin de atemperar esa anarquía de opiniones, de levantar el espíritu cívico, decaído á consecuencia de los abusos y fraudes que hace años desnaturalizan el gobierno, á fin de restablecer el respeto, diré así, á los poderes públicos, he promovido todas las reformas necesarias y especialmente las conducentes á purificar los actos electorales, indispensables para organizar dignamente los poderes del estado; y exponiéndome á incurrir en repeticiones, me permitirá recordarle mis principales iniciativas.

He solicitado con unánime aplauso de la opinión inteligente, la reforma de la constitución, la revisión del régimen municipal, la reforma de la ley electoral, que en la práctica frustra la voluntad popular; de la que regla el nombramiento

de los jueces de paz; de la que somete los magistrados al juicio de tribunales de imparcialidad y de competencia eventual, como acaba de comprobarse, con perjuicio de los intereses sociales; y he procurado por estos medios y otros análogos, que la verdad y la justicia imperen en todos los departamentos del gobierno.

He propuesto para los ministerios á ciudadanos honorables, cuya preparación comprobaron, los unos en el congreso nacional, los otros en la legislatura provincial y todos en el vasto escenario de la vida pública y de la integridad.

Preocupado, como es natural, de la parte financiera, presenté á la legislatura el plan preparado con notable inteligencia por el doctor Ugarte, y que puede emancipar á la provincia de sus dificultades actuales y despejar su desenvolvimiento futuro. Contiene varios capítulos importantes y bien meditados, que recomiendo á la consideración de usted:

- 1° Reorganización del Banco de la Provincia.
- 2° Cancelación de la deuda atrasada.
- 3° Emisión en fondos públicos internos hasta la suma de doce millones de pesos, destinados á cancelar, oportunamente, la deuda del tesoro con el Banco de la Provincia.
- 4° Emisión de fondos públicos internos, destinados al pago de la deuda pendiente con distintas empresas de ferrocarriles.
- 5° Bases para la reorganización del Banco Hipotecario.

Ni las iniciativas constitucionales y legislativas á que me refiero, ni los proyectos financieros, han sido tomados en estudio ni en consideración, y, en cuanto á las propuestas de ministros, fueron negadas las unas y últimamente aplazadas las otras, procedimiento que reputo fuera de la constitución.

Acompaño á usted algunos de los mensajes dirigidos á la legislatura, á fin de que, si antes no han llegado á sus manos, conozca los propósitos que me animan en el gobierno y que no me ha sido permitido realizar.

He leído con atención la parte en que usted proclama la necesidad de que la provincia haga «sus elecciones sobre el terreno legal, á la faz de los electores, y no en la capital federal».

Participo de su patriótico anhelo, y me complace asegurarle que las primeras elecciones verificadas bajo el gobierno que dirijo, el 27 de Noviembre último, han sido, también, las primeras realizadas en la provincia, en completo orden, sin que ningún incidente, absolutamente ninguno, perturbase la regularidad de aquellos actos.

A pesar de esto, no han faltado departamentos en los que ocho ó diez personas, que ni concurrieron á los comicios, se encerraran más tarde y sigilosamente simulasen elecciones y escrutinios, proclamándose por último municipales, y pretendiendo ser reconocidos en ese carácter, contra las protestas de los vecindarios y las acabadísimas pruebas que existen de aquellas simulaciones inadmisibles.

He rehusado asentar á esas flagrantes violaciones de la verdad, de la decencia y del derecho, con las que se viene desacreditando cada año más, hombres, instituciones y gobiernos. ¿Dónde iremos á parar si este sistema se consiente y se perpetúa, con la complicidad de los altos poderes del estado? ¿No encontraremos alguna vez una autoridad, un círculo de hombres dignos, que, interpretando lealmente la opinión é invocando la legítima influencia del pueblo, exclame con decisión: basta ya de adulteraciones y de fraudes?



Sujetándose á las leyes y prácticas vigentes, el poder ejecutivo ha nombrado comisionados, mientras se constituyen las municipalidades en los partidos que no las tienen, y este procedimiento, de carácter interino, seguido bajo todas las administraciones, está encuadrado en las leyes de 1897 y otras relacionadas con ellas.

Si las leyes municipales son deficientes; si la intervención continua de esas corporaciones en las luchas políticas las

desnaturaliza, bien claro lo he dicho al solicitar la reforma del régimen existente, y me permitirá usted le trascriba las palabras que á este respecto dirigí á la legislatura:

La constitución confía á las municipalidades la preparación del registro electoral, la formación por medio de la suerte, de las comisiones empadronadoras y mesas receptoras de votos. Esta intervención constante y poderosa en las elecciones políticas, convierte á los municipios en campo abierto á las pasiones y luchas más ó menos legítimas de los partidos; y, en vez de ser aquellas corporaciones organismos serios y representativos de la vida comunal, tórnanse en teatro de evoluciones y de planes que extravían y desquician el orden local. Las acusaciones, los fraudes, las destituciones, todo se reputa lícito y puede asegurarse que el partido ó círculo que, en un momento dado, domina en una municipalidad, cierra todos los caminos establecidos por las leyes, para las renovaciones periodísticas, inherentes á la vida de la democracia. Necesario es, á juicio del poder ejecutivo, separar á las municipalidades de toda intervención directa en todos los actos y en las contiendas políticas.

En caso contrario, seguirán produciéndose diariamente complicaciones, comprometiendo en ellas á los altos poderes del estado que, por la ley actual, se ven obligados á intervenir en esas disidencias, y el régimen comunal quedará expuesto á desaparecer, en el hecho, el día en que se levante un gobierno de tendencias ó propósitos absorbentes.» (Mensaje de 3 de Diciembre.)

La constitución provincial ha creado, como la nacional y como la de los Estados Unidos, un tribunal al que se ha confiado la misión de mantener en alto las instituciones que dignifican á los hombres y á los pueblos. El procederá, en los casos que reclamen su intervención, como la conciencia y sus responsabilidades ante el país se lo aconsejen y está demás decir que, el fallo de la corte es definitivo en los asuntos que están sujetos á su resolución. Por esto ha dicho Tocqueville, refiriéndose á la corte americana: «que á ella acude el poder ejecutivo para oponerse á los desafueros del cuerpo legislativo; la legislatura para defenderse de las em-

presas del poder ejecutivo y el espíritu de conservación contra las instabilidades de la democracia ».

Pero entre tanto, el poder ejecutivo, tiene también la atribución y el deber de ejecutar las leyes y lo hace interpretándolas con sujeción á su conciencia y criterio constitucional.

Del interesante escrito de usted deduzco que me considera inclinado, ó más bien dicho, vinculado á un partido, y es grato para mí ofrecerle una explicación sobre este punto.

He subido al gobierno por el voto de dos partidos, el radical y el nacional: débiles el honor de que, confiando en mi lealtad á los principios y en mis intenciones, no me hayan insinuado compromisos de ningún género, y ambos prestan, con absoluta independencia, su concurso á la administración que presido.

La unión cívica nacional declaró, aun antes de tomar yo posesión del mando, que se constituía en oposición, y que el gobernador electo haría bien en no ofrecerle puestos públicos, pues estaba resuelta á no admitirlos. He respetado, como es propio, esa resolución, ratificada desde los primeros días, con actos, términos y formas abiertamente agresivas y que he procurado olvidar, porque anhelo mantener mi espíritu imparcial y mi conciencia serena.

Pero ese mismo partido tiene participación activa en el gobierno; sus afiliados forman parte de las cámaras legislativas, del poder judicial, y funcionan en importantes departamentos administrativos. No tengo pues, preferencias que priven á ninguna agrupación del ejercicio de sus derechos, ni que rebajen sus prerrogativas políticas; las perturbaciones actuales no proceden de las exoneraciones ó traslaciones de comisarios, medidas claramente administrativas y fundadas: derivan de causas más transcendentales que le expondré brevemente.

En la confusión de ideas y de aspiraciones, en que vive hace años esta provincia, domina en algunos, el extraviado criterio de que el gobierno reside en los comités que actúan, con intermitencias de organización y de tendencias, con apasionamientos que ofuscan, y á veces con olvido de los princi-

principios fundamentales de gobierno, que todos estamos obligados a sostener.

Se pretende que los comités gobiernen al poder ejecutivo, a la legislatura, y se impongan también al poder judicial por medio de suspensiones derivadas de cuestiones políticas. Considero obligado por muchos títulos á resistir esas teorías subversivas, y á sostener que el gobierno reside únicamente en los poderes creados por la constitución y organizados por la verdadera voluntad del pueblo. Esta es la contienda iniciada hace diez meses, y en la que he tomado la única actitud que me corresponde: la de mantener íntegros el prestigio de la ley fundamental, la independencia de los poderes creados por ella, y las atribuciones de la autoridad que invisto y que no entregaré á los que me sucedan, amenguada en sus atribuciones ni deprimida en la influencia de que la rodea la ley fundamental.

Al tomar posesión del mando expuse ya esta resolución, y permítame transcribirle las palabras que la contuvieron:

« Cuidaré solícitamente de las prerrogativas de todos mis conciudadanos, sin distinciones odiosas, y reclamaré, á mi turno, igual respeto para el ejercicio de la autoridad. Hay, sin embargo, una diferencia, y es oportuno exponerla: mis compatriotas tienen amplia libertad de pensamiento y de acción, y pueden ser más ó menos flexibles en sus opiniones, mientras yo estoy ligado por un juramento que me impone diversas obligaciones, y, entre éstas, la de mantener íntegras las atribuciones inherentes á la investidura que se me confiere: esas prescripciones son ineludibles porque representan la voluntad soberana del pueblo. » (Discurso en la legislatura el 1º de Mayo.)



La constitución confiere al gobernador la facultad de elegir los ministros y esta es la atribución más amplia que debe tener el jefe de una administración. Para nulificarla, se convierte el acuerdo del senado en un medio de imponer al jefe

del ejecutivo ministros determinados; y el día en que esto se admita, habrá desaparecido el gobierno que nos rige y que comunmente llamamos presidencial.

Acabo de leer los documentos publicados, referentes á la conciliación de dos fracciones del partido radical á que pertenezco, y veo en ellos el siguiente compromiso que subscribió ó autorizó el señor vice gobernador:

« Los legisladores radicales ajustarán su conducta, en los asuntos de orden político, á las resoluciones del comité directivo del partido. »

Y, al leer esta cláusula, no he podido menos de preguntarme si esos comités, que deben dictar instrucciones á los legisladores, son elegidos por el pueblo y ¿qué objeto ha tenido la constitución al rodear de prerrogativas y de inviolabilidades á hombres que van á dictar las leyes con sujeción á las instrucciones aludidas?

En presencia de estos errores, ¿cómo no han de creer los comités que el gobernador debe subordinarse con más razón á las resoluciones y voluntariedades de ellos? Consecuencia de estas ideas, propias de épocas de perturbación, son las constantes agresiones al poder ejecutivo; la extralimitación de atribuciones legislativas; las comisiones investigadoras desparramadas para levantar sumarios, se dice, contra el poder ejecutivo, y para vigilar actos electorales que por la ley están bajo la fiscalización de funcionarios determinados; la organización de policías especiales que no autoriza la constitución, ni la ley del presupuesto, ni las prácticas parlamentarias en esta república, ni fuera de ella.

En prosecución de esos planes, se amplían las facultades, se destruye el funcionamiento armónico de los tres poderes, en cuya independencia descansa el orden del país; se pretende concentrar en una de las cámaras legislativas las atribuciones constitucionales del ejecutivo, olvidando tristes lecciones de la historia y el peligro de acumular poderes en corporaciones que, bajo la especie de colectividad anónima que las rodea, eluden y pueden hacer desaparecer, en el hecho, las responsabilidades de actos que han comprometido, en otros países, el reposo y bienestar de los pueblos.

Dados estos hechos, comprenderá usted que mis disidencias con las teorías recordadas son graves y trascendentales. Si ellas prevaleciesen, trastornarían, como he dicho los fundamentos de nuestra organización y nos obligarían á suprimir hasta la denominación del sistema de gobierno adoptado por las provincias y por la nación, y á esos resultados inadmisibles no concurriré yo por ninguna consideración.



Usted me invita á trabajar por la elevación y purificación del ambiente moral y político y á reorganizar un partido que reconstituya la legislatura inmediatamente y que evite á la república el embate de los intereses temerarios y obstinados.

Creo, efectivamente, que puede detener la decadencia institucional de Buenos Aires la elección de una legislatura compuesta de ciudadanos que representen dignamente á todos los partidos ó círculos del presente; y que, libre de propósitos bastardos, interprete honradamente los anhelos públicos. No he reservado esta opinión: la manifiesto sin reticencias, convencido de que será un paso importante para la reorganización moral y política que usted proclama y que constituye la aspiración ardiente del país. No omitiré esfuerzo para que las próximas elecciones sean tranquilas y perfectamente libres: en esta resolución me acompañan los partidos que me hicieron el honor de levantar mi nombre; me acompañan los ciudadanos que comparten conmigo las responsabilidades del gobierno, las simpatías generales; y acaricio la esperanza de que me acompañarán también los mismos que me combaten, porque al fin interesa á todos los que sienten en sus corazones las palpitaciones del patriotismo, que la provincia recupere su crédito y la legítima influencia que antes ejerció en los destinos de la nación.

Invito, pues, á los ciudadanos de representación de todos los colores, á que salgan del retraimiento en que viven y propendan á llevar á las cámaras una representación propia de esta importante sección de la república.

Hay espíritus escépticos que nada esperan de la opinión; alegan que todo esfuerzo será inútil, pues se estrellará en los fraudes de los comicios y después en los escrutinios finales. No desconozco que tienen fundamento esos recelos, y que, efectivamente, hay grupos que en vez de preocuparse de aumentar sus adherentes y de conquistar las adhesiones públicas, contraen sus esfuerzos á combinaciones ilegítimas que suscitan justísimas protestas. Pero, aún mantengo la esperanza de que, si los hombres influyentes en los partidos contrajeran un compromiso de honor, para que las próximas elecciones sean en todas sus tramitaciones ordenadas y puras, veríanse ellos mismos exentos de contemplaciones que los perturban, y ese compromiso, honrado y lealmente cumplido, sería un paso significativo para tornar á la senda del orden constitucional.



Usted se digna dirigirme las siguientes palabras: «*un rasgo más y su gobierno está salvado*». Mil gracias por su consejo.

El rasgo queda trazado con arreglo á los dictados de mi conciencia y no se liga con intereses, ni ambiciones personales. En este sentido no necesito, absolutamente para nada, el favor de la legislatura, porque no abrigo propósitos individuales de ningún género, ni me ofuscan aspiraciones de otro orden, que ya ni cuerdo sería alimentar.

Esa es, mi distinguido amigo, la línea que por ahora me he trazado y que me sería grato tuviese la aprobación de usted. Y aunque usted viva, como dice, alejado de Buenos Aires y no vote en la provincia, tiene los vínculos de su ilustración y del patriotismo que lo ligan á ella, y esas vinculaciones lo comprometen á estimular, con su ilustrada propaganda, el programa de la pureza del sufragio en sus actos preparatorios y finales.

Y si ese llamamiento que hago con sinceridad á la honradez política y á la concordia, es resistido por los hombres

dirigentes de los partidos: si los ciudadanos representativos de intereses importantes lo escuchan con indiferencia, habrá llegado el momento de exclamar, con razón, que los apasionamientos de los unos, el indiferentismo de los otros y el egoísmo de todos impidieron, en esta provincia, la realización de sus destinos.

Reitero á usted el alto aprecio en que tengo la atención que presta al orden y progreso de Buenos Aires, y acepto con agrado esta oportunidad para subscribirme nuevamente su muy atento servidor y amigo.

BERNARDO DE IRIGOYEN.

REPOSO DOMINICAL

(FRAGMENTOS DE UNA PASTORAL DEL OBISPADO DE LA PLATA) (1)

.....

Entre tanto, al acercarse el Santo tiempo de Cuaresma, llamado por antonomasia tiempo aceptable y los días de salvación, siguiendo la costumbre del Episcopado Católico no podemos menos de llenar el grato deber de dirigiros la palabra, abriros nuestro corazón y daros los consejos que la mayor gloria de Dios y el bien de vuestras almas nos inspiran.

(1) El obispo de La Plata don ANTONIO ESPINOSA — Antoñito — como le llamábamos los muchachos y camaradas en Santa Lucía, nació en Buenos Aires el 2 de Julio de 1844. Vecino de la iglesia del Colegio ayudó misas en ella, porque hacerlo era virtud doméstica de antaño y complemento de la casera y rudimentaria educación de los niños. Yo he ayudado centenares al padre Nicolás (italiano) y á fray Diego Ximénez (de España), ambos notabilidades lugareñas de mi aldea y cuna, la villa de Nuestra Señora del Rosario de los Arroyos. Era por entonces cura del Colegio don Apolinario del Carmen Heredia, de quien decían, cuando yo estudiaba en el edificio anexo al templo y lo gobernaban el cura y el teniente, honrados por todos—Santillán y Alcobet— que no desmerecía en celo y virtudes á estos dos, tenidos por santos varones entre feligreses y estudiantes malhablados. Con aquel ejemplo y la protección del campanudo canónigo don Felipe Elortondo y Palacios, el joven Espinosa se entregaba en cuerpo y alma á la iglesia, apartándose del mundo con voluntad austera é inquebrantable. En 1859 estaba ya incorporado al Seminario Conciliar, en época en que los niños nacidos en pañales de batista, no desdeñaban como ahora el hábito eclesiástico, obligando á los prelados á reclutar entre el proletariado europeo á los futuros directores de las conciencias y del culto. En 1865 pasó al colegio Pío Latino-Americano de Roma; y en 1868 había concluido su carrera, recibía el título de doctor en la sagrada ciencia y se desposaba irrevocablemente con la iglesia en la hora solemne, conmovedora é inolvidable del sacrificio de la primera misa, el día 13 de Abril del año de gracia de 1868, día de las inefables alegrías cristianas de la Pascua. Llegado á la República Argentina desempeñó sucesivamente los curatos de Santa Lucía y de la Merced, hasta que fué nombrado vicario y provisor general de la Curia bonaerense. En el primero revelóse, ejemplar y activo, substituyendo la capilla rural del viejo bañado de Santa Lucía con el moderno, sino notable templo actual, y durante su vida pública se dedicó con empeño á las misiones en lejanas campañas y desiertos. Militó en este afán nobilísimo en el paseo militar del general Roca al río Negro. El obispo de La Plata es un hombre de carácter, de temperamento enérgico y de bondad. Creíasele de una ilustración limitada y de un exclusi-

Desde nuestra primera llegada hemos admirado la suntuosidad de los edificios públicos, lo hermoso de vuestros paseos, el progreso de esta ciudad que se ha levantado como por encanto; pero al mismo tiempo que admiramos vuestras fábricas, el aumento de vuestras industrias, la abundancia de vuestras cosechas y damos por ello gracias á nuestro buen Dios, de quién proceden todos los bienes, no podemos menos de gemir en lo más íntimo de nuestro corazón y pedir perdón á Dios por tantos que en esta nuestra gloriosa Sede Episcopal y en los demás pueblos de esta Diócesis, le son ingratos trabajando en los días que El ha destinado para su gloria y santificación de nuestras almas.

.....
No debéis por tanto extrañaros si un Obispo llama vuestra atención sobre asunto de tanta importancia, hoy que en todas las clases sociales, hombres de todas las ideas políticas y también religiosas, ven con agrado que aumenta la buena propaganda cada vez más, formando asociaciones y reuniendo

vismo filosófico y social incompatible con la misión elevada y cultísima del clero moderno. Se decía de este prelado que tenía la vista sañuda de los frailes medievales, más encarnizados en perseguir la conciencia de los hombres, que preocupados de ampararlos y redimirlos en el reino sombrío del dolor. Juicio errado é injusto, en verdad! El sacerdote argentino que ha compuesto la pastoral, cuya substancia reproduce hoy la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS, es un tonsurado de mundo y de elevación intelectual. Esas páginas lo incorporan á la escuela americana fundada por el cardenal Gibbons, príncipe de la iglesia y de las ciencias divinas y humanas, que con la pléyade de sacerdotes que ha formado en el culto de la tolerancia, de la libertad y de la dulzura en los actos y en las palabras, ha llevado la cifra de los católicos á doce millones, en el país abierto por excelencia á todos los cultos. No estábamos, en verdad, habituados á hallar en las modestas pastorales argentinas, esa confraternidad de los santos padres con los hombres honrados del protestantismo, entendidos, como aconteciera en el Congreso Universal de las religiones de Chicago, en la obra divina y social de defender y difundir la Moral entre los hombres. El obispo de La Plata funda su pastoral en razones religiosas y sociales y si dá, como es obvio que diera, la prelación á las primeras, no desconoce, sino que honra las segundas, y arrojando de sí las sandalias del viejo fanatismo, de amarillento y mortecino polvo cubiertas, toma del brazo á Gladstone y á Macaulay, para proclamar la observancia del domingo, en sufragio de las almas cristianas y bienestar de todos los hombres. *Dignum et justum est!*... La causa es digna y justa. Pero el mal es profundo. ¿Podrían la iglesia y los filósofos suprimir en Buenos Aires el trabajo, las carreras, los frontones... cuando las autoridades y una considerable parte de las más influyentes familias católicas los sostienen ó frecuentan el domingo?... La causa es digna y justa; pero la desmoralización y la hipocresía social son inmensas!... El hogar argentino, rico en virtudes femeninas, está vacío de ideales y en tinieblas! Hay que comenzar la obra de la redención desde la escuela. Los Castellanos, Espinosa, Terrero, Boneo, Benavente, Padilla, Lastra, Toro... deben darse la mano con los Berra, Zubiaur, Ferreira, Fregeiro... para emprender lo que todos han descuidado: la formación del carácter moral y patriótico de los niños: de la sociedad argentina del siglo XX.

congresos para hacer general así en las grandes como en las pequeñas industrias, entre los trabajadores como entre los empleados, el descanso de los días festivos.

Ni son solos los católicos los que trabajan en esa noble empresa, pues en esta cuestión hay principios comunes y universales en que los católicos pueden ponerse de acuerdo con todos los hombres honrados, para promover con más eficacia con su empuje medidas en favor del descanso festivo, cuya práctica se funda en tradiciones inmemorables y cuya violación hiere intereses supremos de toda especie. Por eso el sabio Pontífice León XIII, que felizmente reina, llamó la atención del mundo entero sobre la necesidad de la santificación de los días festivos en su admirable Encíclica « Rerum Novarum », dada el 15 de Mayo de 1891, sobre la condición de los obreros, y el ilustre Gladstone no dudó ponerse del lado de los que en el descanso festivo ven una necesidad social, escribiendo á León Say, presidente del Congreso Internacional del descanso dominical celebrado en París del 24 al 27 de Septiembre de 1889, estas palabras memorables: « la cuestión de la Dominica es la cuestión principal del pueblo ».

Séanos lícito pues también á Nos tratarla, aunque sea brevemente, pero tratarla, puesto que de ella depende no sólo la salvación del alma, sino también la salud del cuerpo, ambas preciosas para un Obispo que nada desea tanto como el verlas conseguidas por sus hijos queridos.

Mas, para evitar equívocos nos importa sobre manera declarar desde el principio que en la conciencia religiosa se encuentra el fundamento máximo, inconcuso é indiscutible de esta cuestión, así es que ella en ningún caso podría separarse formalmente de una manifestación en favor del descanso de los días festivos, en la que los verdaderos católicos de corazón y de mente tomasen parte en unión de los que se hacen paladines de la misma, por motivos excelentes sí, pero no religiosos.

En efecto, fué Dios Nuestro Señor quien allá en el principio sancionó la primera ley, armonizando el descanso y la santificación del Domingo.

Ved á Dios artífice y creador. El se da á un trabajo sublime, al trabajo de las estrellas, de los astros y del sol, al trabajo del aire, del agua, de las plantas, de los animales, que con una palabra saca de la nada. Dios trabaja, mis venerables hermanos y amados hijos: trabaja uno y más días, siguiendo la obra admirable de la Creación; sin embargo llega un día en que interrumpe el trabajo y descansa. Entonces Dios levanta la mano, bendice aquel día y lo santifica. Es el séptimo día. Es el día escogido para tributar alabanzas á la bondad eterna.

.....
A esta bendición espléndida, á esta santificación del Domingo, á este descanso del séptimo día se refiere Nuestro Smo. Padre León XIII, cuando en la sublime Encíclica, ya dictada, dice: «Síguese de aquí la necesidad dé descansar de las obras ó trabajos en los días festivos. Lo cual no se ha de entender de una mayor facultad que al hombre se concede de vagar ociosamente y mucho menos de esa vacación, que muchos desean, fautora de vicios y promotora de desperdiciamiento del dinero, sino del descanso completo de toda operación laboriosa, consagrado por la religión. Cuando al descanso se junta la religión, aparta al hombre de los trabajos y negocios de la vida cotidiana, para levantarle á pensar en los bienes celestiales y á dar el culto que de justicia debe á la eterna Divinidad. En esto principalmente consiste, y este es el fin primario del descanso que los días de fiesta se ha de tomar, lo cual Dios sancionó con una ley especial en el Antiguo Testamento: Acuérdate de santificar el día Sábado; y con su mismo ejemplo enseñó, con aquel descanso misterioso que tomó cuando hubo formado al hombre, y reposó el día séptimo de toda la obra que había hecho ».

« Por eso el Señor amenaza frecuentemente á su pueblo si no observa el descanso del séptimo día y así les dice por boca de Jeremías. « Esto dice el Señor: guardad vuestras almas, y no queráis llevar cargas en día Sábado como lo mandé á vuestros padres; si no me escuchareis, encenderé fuego en las puertas de ella y devoraré las casas de Jerusalén y no se apagará ».

« Por boca de Esdras renueva sus amenazas contra los que pisaban lagares en día Sábado, que acarreaban haces y cargaban sobre los asnos toda carga y la entraban en Jerusalén en día Sábado ».

Por medio de Isaías hace estas bellas promesas á los que santifican el día del *reposo* festivo y les dice: « Si apartares del Sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi Santo día y llames al Sábado, dedicado y santo, para gloria del Señor y le glorifiques no haciendo tus caminos, ni satisfaciendo la voluntad para hablar palabra, entonces te deleitarás en el Señor y te levantaré sobre las alturas de la tierra y te alimentaré con la heredad de Jacob, tu padre.»

« Y por medio de Moisés en el Deuteronomio cap. 28 vers. 38 y 39 hace estas terribles amenazas á los que no quieren oír la voz del Señor y cumplir sus mandamientos: « Sembrarás muchas semillas y poco recogerás; porque la langosta lo devorará todo.»

.....
A la observancia del Sábado sucedió la del Domingo, en la Era Cristiana. Nuestro Señor Jesucristo puso el sello á la gran obra de la Redención resucitando en día Domingo, envió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles en día Domingo también y desde entonces ese día fué consagrado á Dios con el nombre de Día del Señor.

Día del Señor le llamaron los legisladores cristianos en sus leyes desde Constantino hasta nuestros días. Día del Señor le llamaron los protestantes que al separarse de la Iglesia Católica conservaron su observancia; Día del Señor lo proclama la antiquísima, constante y universal tradición de todos los pueblos civilizados. Tanto que ya en el siglo segundo de la Iglesia, San Teófilo Obispo de Antioquía, podía escribir con toda verdad á su amigo Antólico: « Todos los pueblos de la tierra tienen por venerable el séptimo día. » ⁽¹⁾ Al Domingo le llamó San Juan Crisóstomo, *Dies lucis et dies panis*, día de luz y día de pan; San Ignacio Mártir, *regina et princeps omnium dierum*, rey y príncipe de todos

(1) San Teófilo ad Antol. lib. 2 n.º 12.

los días: Teodoro Studita, dies pacis, día de paz y los antiguos cristianos lo distinguieron con el piadoso nombre de Día del Señor, dies Domini, con el que ha llegado hasta nosotros.

A la verdad que no sabríamos encontrar un argumento mejor para evidenciar la naturaleza eminentemente social del descanso festivo de cada semana que esta magnífica conspiración de todos los siglos, de todas las naciones y de todas las religiones, aún de las separadas de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, única verdadera en pró del descanso festivo de cada semana.

Por eso cuando á fines del siglo pasado, la revolución francesa quiso introducir, por odio á la religión, las décadas, no produjeron sino confusión y desordenes y, para devolver la tranquilidad á los espíritus fué necesario que Napoleón, con un decreto, recibido por todos con aplauso, restableciese á la semana el Domingo.

Por eso los diputados de los partidos del centro y socialistas consiguieron finalmente que la mayoría del Reichstag Germánico ordenase una investigación general sobre el trabajo de los Domingos. Las averiguaciones duraron dos años y dieron resultados tan importantes que se promulgó en Alemania la ley más adelantada sobre esta materia. Leyendo los tres gruesos tomos de aquel sumario nos llamó la atención la respuesta dada al Comisario Regio por un trabajador de Sajonia, que dijo: «Con la prohibición de trabajar el Domingo, el trabajador pertenecerá un día entero á su familia, ordenaría cómodamente el interior de su casa, se aficionaría cada vez más á los suyos, instruiría á sus hijos, iría con ellos á recrearse y se consideraría de nuevo un hombre y no un esclavo del salario».

Así ese hombre sencillo pero sensato, definía el carácter severamente civil del Domingo y afirmaba que no sólo es, en virtud del tercer mandamiento de la ley de Dios el «Día del Señor,» sino también es por excelencia el «día del hombre,» en el significado más lleno y más perfecto, conforme á la ley natural escrita en los corazones, manifestándola claramente en las relaciones de las cosas, proclamada

por la misma realidad de la vida humana, cual ella es en sí misma, en la vida doméstica y civil y en la justicia social.

Por eso en Italia el senador Alejandro Rossi considerando el Domingo bajo este aspecto social en el discurso que pronunció en el Senado el 22 de Julio de 1896, con rápida y elocuente reseña decía á sus colegas: « que los higienistas, criminalistas, jurisconsultos, pedagogos, economistas, moralistas, católicos, protestantes, judíos, el Estado con todas sus reparticiones, la Iglesia con todas sus dependencias, la sociedad en suma toda entera desde el primero de sus miembros hasta el último, se levanta como si fuera un solo hombre, con voz unánime á proclamar necesario el descanso del Domingo, no sólo por su prosperidad, sino por la misma incolumidad y existencia ordenada y tranquila.»

Por eso en los Estados Unidos, cuyas cortes supremas con sus decisiones forman jurisprudencia, vemos una colección de sentencias que pueden compendiarse en esta, de la Corte del Estado de Alabama: « Las leyes Dominicales, dice, tienen su raíz en los hechos de la experiencia, pues el bienestar general y la salvación de la sociedad exigen que el trabajo y los asuntos se interrumpan una vez por semana y que este día sea el mismo para todos. La aplicación de dicha teoría de interés general no viola la constitución, si el día de descanso se pone en la dominica cristiana, más de lo que la violaría si se pusiera en el Sábado judaico. ⁽¹⁾

Por eso en Inglaterra Macaulay con esa admirable lucidez de su mente decía el 22 de Mayo de 1846 en la Cámara de los Comunes:

« El hombre, la máquina de las máquinas, la máquina en comparación de la cual todas las invenciones de Watt y de Arkwrights no valen nada, se restablece y se remonta el Domingo de modo de poder empezar de nuevo su trabajo el Lunes, con mente más clara, con sentido más vivo, con vigor renovado.»

(1) El señor Rossi en su discurso antes citado pregunta: ¿ Los Judíos? Para los judíos está el descanso del Decálogo del Monte Sináí, que si de ellos nos derivó la cristiandad, su espíritu práctico ha creído bien aceptar también para ellos el Domingo en vez del Sábado.

Y lo que decimos de las naciones cristianas podríamos repetirlo de las paganas, como de la China donde LT King, mucho antes de Confucio, encargaba á los chinos que trabajasen de siete en siete días al *Señor del Cielo*, Tien-Cui. De Grecia, donde por Homero, Hesiodo y Heschilo sabemos que en sus tiempos el séptimo día tenía entre los griegos un carácter sagrado, y el famoso incrédulo Diderot en su enciclopedia hablando de la semana afirma lo mismo de los Caldeos y Egipcios.

Es sin embargo, indiscutible que pertenece á la religión el mérito de haber, con su autoridad moral, dado al descanso semanal una forma concreta correspondiente á su naturaleza social, obteniendo que fuese verdaderamente el descanso de la sociedad civil, sin lo que, ni sería lo que debe ser según la naturaleza, ni obtendría lo más y mejor de sus fines altísimos. Pues que el descanso dominical debe ser una institución social; y no es institución social, sino es observado por todos en el mismo día y no hay en la sociedad civil moderna posibilidad de observarlo universalmente el mismo día, si este no se fija en el Domingo.

.....
Las Cortes Supremas de los Estados Unidos se han encargado tiempo ha de responder á los que dicen que el descanso de los días festivos es contrario á la libertad de conciencia; así la Suprema Corte de Ohio establece esto: «la ley que prohíbe el trabajo del Domingo no podría ser mantenida un solo instante como ley de este estado, si su único fundamento fuese el deber cristiano de celebrar el día del Señor y su único fin el cumplimiento de este deber».

Y complementando este concepto jurídico por la exposición de la parte positiva, la Corte Suprema de Pensilvania en pleno acuerdo con varias sentencias de la Nueva York sentenciaba que «las leyes que garanten la libertad de conciencia no son inconciliables con las que protejen la Dominica, más de lo que aquellas que castigan el vicio y la inmoralidad». Después añadía: «las leyes dominicales, «the sunday laws» no imponen una religión, ellas defienden una costumbre social».

Así se explica fácilmente como en las naciones donde la libertad es amplia y real, la legislación contra la profanación del Domingo es también más rigurosa y eficaz.

Esa es efectivamente una legislación que consulta en grado sumo la libertad.

Londres se encarga de responder á los que dicen que el descanso de los días festivos es contrario al adelanto material de los pueblos.

.....
Pues bien en este mismo día de que yo os hablo en el *día del Señor* ¿qué hace la gran Londres? Descansa. En medio de los errores del protestantismo ha conservado de sus mayores que fueron hijos de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, la observancia del descanso dominical y cada Domingo interrumpe su comercio y todo negocio profano y piensa en Dios.

Miradla cuan grande es, encierra en su seno más millones de habitantes que toda la República Argentina; y sin embargo no veréis ni un tren, ni un tramway, ni un carro, ni un coche por sus calles; las calles despobladas, las oficinas cerradas, los edificios públicos cerrados también. Los museos, galerías, jardines, no se visitan el Domingo. Cesan los bailes, teatros y música en los paseos. Esto es lo que se ve en Londres todos los Domingos y si alguna vez se observa alguna relajación ahí está el gobierno con su Bill pronto á reprimir el mal. No os sea ingrato oír un caso sobre el particular. En Mayo de 1866 en la Cámara de los Lores se discutía precisamente un nuevo Bill, sobre la observancia del Domingo y entre otras cosas se quería prohibir la venta de los diarios después de las 10 de la mañana. Lord Teyuham se levantó declarando que semejante prohibición le parecía enorme y que los trabajadores se quejarían de ella. Pues bien, el marqués Westmouth, levantándose á su vez con ímpetu é interrumpiendo al orador, con la mayor seriedad exclamaba: «Tontera; si los trabajadores quieren leer los diarios del Domingo, que los compren el Sábado». Y toda la asamblea de los nobles prorrumpió en manifestaciones de hilaridad y en grandes aplausos.

Ni se me diga que con la paralización del trabajo en los días festivos se atrasan las obras. Esto mismo decía Lord Word en la Cámara de los Comunes al célebre Lord Macaulay, quien en la sesión del día y año antes citados echaba por tierra con un soplo todo ese castillo de naipes. «Jamás, jamás, decía el sabio Macaulay, me persuadirán que lo que hace á un pueblo mejor, más fuerte, más sano, más sabio, puede conducirle á la miseria. Si acaso por desgracia nos viésemos obligados á ceder el primer puesto, que ocupamos, entre las naciones comerciantes, ah! nunca, nunca, cederemos ese puesto á una estirpe de enanos degenerados, sino á un pueblo superior á nosotros por la energía del cuerpo y del espíritu».

.....
Tal es lo que sucede en las orillas del Támesis; la gran Ciudad de Londres entregada completamente los Domingos á la lectura de la Biblia y á los ritos del día del Señor, que observa con unos escrúpulos que algunos llamáronle fariseo.

Sea en hora buena así, pero preguntamos: por ventura con tan severa observancia de las fiestas se resiente el comercio y la industria del pueblo británico? Deja por ventura la Inglaterra con su rígida observancia del Domingo de alimentar en su seno un ejército innumerable de artesanos, jornaleros y mecánicos; de dominar los mares con sus buques, de imponer la compra de sus manufacturas, de fundar colonias comerciales por todo el Universo? Oh católicos! qué respondéis? os citamos un ejemplo visible, el ejemplo de una nación extranjera y protestante, que desmiente esa aserción y vosotros católicos nos diréis todavía que la observancia de los días festivos es perjudicial al comercio? Humilláos y arrepentíos. No sea que los hijos de Tiro y Sidon se levanten en el día del juicio á condenar á los escogidos!

Después de esto, nadie puede pronunciar seriamente esa vulgar expresión de que es necesario trabajar el Domingo, porque el Domingo se come también.

Aquel Dios que en el Antiguo Testamento daba á su pueblo doble maná la víspera del día festivo, para que no tuvieran que recogerlo en él, dará ahora lo suficiente en los días

de trabajo de la semana para poder alimentar en ellos y en los días festivos, como la experiencia de los siglos lo demuestra.

.....

Por eso es de sumo interés para la Iglesia y para la sociedad civil conservar su honor y su observancia, el Día Santo del Señor, día de honesto descanso para el cuerpo á fin de que se recuperen las fuerzas perdidas en el trabajo de la semana; día de santificación para el alma en que postrado con todos los suyos ante los altares de Dios vivo le dé gracias por los beneficios que de El ha recibido, implore para sí y para los que ama, las bendiciones del Cielo, resignación en los trabajos de que está lleno este valle de lágrimas, descanso eterno para los seres queridos que ya no existen, abra su corazón al ministro de Dios en el sacramento de la penitencia, y se alimente con el pan de los ángeles que da vida á los fuertes y engendra vírgenes.

.....

M. A. ESPINOSA.

Obispo de La Plata.

TRADUCCIÓN DE LAS ODAS DE HORACIO

POR

EDUARDO DE LA BARRA

La Revista de Chile trae varias odas de Horacio, traducidas en español por Eduardo de la Barra. En la entrega XVII, correspondiente á 15 de Enero de este año, que me ha sido facilitada por el doctor Estanislao S. Zeballos, hay ocho traducidas. Leí con interés la nueva traducción, seguro, como era de suponer, de que ella fuera superior á todas las traducciones anteriores; pues, aprovechando el trabajo ajeno, fácil resultaba hacer algo mejor, más exacto, más completo, más literario, según el criterio del traductor y el fin que se propusiera al vulgarizar las odas del príncipe de los líricos latinos.

La nueva traducción de de la Barra no sólo es inferior á las anteriores, sino que contiene descuidos inconcebibles en un latinista bien preparado y un lenguaje poco poético, tratándose de un miembro de la Academia Española.



Horacio ha sido traducido en todos los idiomas. Burgos y Fr. Luis de León ensayaron sus fuerzas en la dura tarea. Entre nosotros, el general Mitre y el actual ministro de instrucción pública, doctor O. Magnasco, han traducido las odas de Horacio, haciendo el primero una versión *ad litteram*;

el segundo una más libre, ensayo de su preparación literaria en las clases de latinidad, cuando estudiaba las materias de segunda enseñanza.

Émulo de los cuatro traductores, sin mencionar á otros, que le han precedido, podía el señor de la Barra presentarnos un primor de traducción, evitando los defectos en que hubieran incurrido sus predecesores. El progreso en materias literarias y científicas consiste precisamente en perfeccionar lo anteriormente escrito, buscando escrupulosamente los errores, enmendándolos y llevando á relativa perfección la materia que se desarrolla, la doctrina que se profesa, los conocimientos que se desea presentar á los amantes de las ciencias, de las letras, de las artes.

Era menester, por otra parte, fijar el criterio que había de servir de guía al traductor, pues Horacio puede traducirse, ya para facilitar la comprensión del texto á los estudiantes de la alta latinidad, ya para que se pongan de relieve las galas y la hermosura del lenguaje latino, presentándonos en idioma castellano todo el pensamiento de Horacio, todas sus bellezas poéticas, el fondo y la forma, la concepción inspirada del autor y la forma castellana más propia para darnos idea exacta del primor de la lengua latina; ya finalmente para fundir las odas latinas en el lenguaje castellano, siguiendo paso á paso la letra y la frase de Horacio.

De la Barra no sigue ningún criterio especial. Traduce con toda su libertad, olvidado completamente de las traducciones existentes é interesado solamente *a fare da sè*. Ha hecho una traducción castellana; que la lea el que quiera y la aprecie con su gusto individual: hé aquí su criterio.



Tratándose de una traducción de Horacio, necesito, antes de analizar la de la Barra, exponer mi modo especial de ver en esta materia.

El idioma clásico latino de Horacio, Virgilio, Catulo, Tibulo, Propercio, etc., al ser trasladado á una lengua mo-

derma, á una lengua neo-latina, por ejemplo, pierde la mayor parte de su primor, no porque sea difícil traducirlo con toda exactitud, sino porque se pone en transparencia la pobreza de las ideas de los antiguos romanos, al compararlas con el exuberante, rico, opulento caudal de conocimientos, de frases, de palabras, de figuras, de combinaciones artísticas, brillantemente literarias, de las literaturas modernas.

¡Es claro! A dos mil años de distancia, el pensamiento clásico ha de parecer pobre, de una pobreza franciscana, aburridora, insubstancial, infantil, inocente, á todos los que ignoren la métrica latina, el ciclo de ideas en que se desarrollaba la vida literaria de los romanos, la belleza clásica del verso, de la estrofa, la armonía propia de aquel magnífico idioma. Y, como en la traducción castellana no aparece sino el pensamiento latino vestido con otras palabras, con otro estilo, con otras frases, con otro lenguaje, es natural que la gracia, la elegancia, la belleza de la forma clásica se desvanezcan y se presenten el pensamiento y la concepción poética, despojados de los primores de la lengua primitiva.

Hay que vestir, pues, con veste brillante, primorosa, elegante, tersa, pulida, la concepción del poeta latino, echando mano de todos los recursos del arte, de todas las galas del lenguaje, de todas las bellezas que el arte aconseja. De otro modo, asociando á la pobreza del pensamiento latino la pobreza del lenguaje neo-latino, resulta una pobreza completa, una miseria desnuda, descarnada, afligente.

En algunas odas de Horacio no hay casi pensamiento, las ideas son ténues, sin substancia, sin nervio: todo se reduce casi á sonoridad de frase, á brillantez de lenguaje. El bajo relieve está hecho en mármol de Paros, pero sobresale apenas, es apenas perceptible. En esos casos solamente el arte del traductor puede salvar á Horacio de un desastre completo. Donde la robustez de la idea, la concepción varonil, aparecen en todo esplendor, poco cuesta trasladar la estrofa horaciana á los primores de las lenguas modernas.

Teniendo presente el criterio anterior, será fácil al lector apreciar la traducción de de la Barra.

Y, para que su juicio sea más aproximado á la verdad, y

el mío sea accesible á los que poco entiendan de latín, trataré de presentar sucesivamente una traducción mía literal y en prosa del texto latino, lo más literal que me sea posible, y las traducciones de fray Luis de León, del general Mitre, del doctor Magnasco y de Eduardo de la Barra: es decir, presentaré una traducción literal mía, *con el solo objeto de que los lectores poco versados en latín conozcan el sentido del texto horaciano* y aprecien las traducciones que se comparen; la traducción de un clásico español, fray Luis de León; la de dos traductores argentinos, Mitre y Magnasco y la del traductor chileno, Eduardo de la Barra.

Elijo para la comparación una de las más largas y más conocidas de las odas de Horacio, titulada «la vida del campo», sobre la cual, hace algunos años, hice algunas reflexiones, á propósito de la versión del general Mitre.

El argumento de la oda es el siguiente:

“Un usurero de los muchos que hormigueaban en Roma en tiempo de Horacio, toma la resolución de dejar la usura y todos los negocios é ir á buscar la felicidad en el campo, lejos de la soberbia de los poderosos, de los horrores de la guerra, de los peligros del mar y de todas las exigencias y cuidados propios de la vida que se lleva en las grandes ciudades. Pero, es tal el vicio de la usura, que el propósito del usurero se desvanece á la vista del interés que rinde su capital, y, abandonando sus proyectos de vida campestre, vuelve á colocar sus capitales á interés.”

ODA 2ª. LIBRO 5º.

I

Beatus ille, qui procul negotiis,
Un prisca gens mortalium,
Paterna rura bubus exercet suis,
Solutus omni fœnore!

Traducción literal:

¡Dichoso aquel que, lejos de negocios, como el antiguo linaje humano, y apartado de toda usura, trabaja con sus bueyes los campos paternos!

FR. L. DE LEÓN traduce

Dichoso el que de pleitos alejado,
Cual los del tiempo antiguo,
Labra sus heredades, olvidado
Del logrero enemigo.

MITRE:

Feliz aquel que de negocios lejos,
Como la gente de la edad primera,
Campo paterno con sus bueyes labra,
Libre de usura.

MAGNASCO:

Dichoso quien de los negocios lejos,
Como el hombre en los tiempos más remotos,
La heredad de los padres, con sus buey^{es},
Cultiva sin afán avaricioso!

DE LA BARRA:

Feliz quien de lejos *los negocios mira*,
Ajeno á la usura y el *ánimo en paz*,
Y su propio campo labra con sus bueyes,
Como en otra edad.

Aunque el sentido de *procul negotiis* se aproxima al del primer verso de de la Barra, hay sin embargo alguna inexactitud que los tres traductores anteriores han evitado. Horacio dice: «feliz quien está lejos de los negocios, quien está olvidado de ellos», pues el solo *mirarlos* ya es un trabajo y un estímulo para ser atraído á su órbita. Horacio quiere evitar hasta el recuerdo de las miserias humanas, entre las cuales se hallan en primera línea los negocios ó *pleitos*, como traduce el clásico español.

Y el ánimo en paz es un ripio; no está en el original y no hace falta.

Como en otra edad es ambíguo, pues parece que el mismo individuo que hoy se aleja de los negocios, lo haya hecho *en otra edad*, alejándose igualmente de ellos. Horacio se refiere á *los del tiempo antiguo*, según la candorosa expre-

sión de Fr. L. de León, en el cual no había usureros, ni usura; no había Bolsa, ni acciones de bancos.

Por otra parte, el metro que ha adoptado de la Barra favorece la expansión de la frase, pues el verso es más largo, aunque más lánguido y casi siempre prosáico. Y, sin embargo, poco provecho ha sacado de él.

II

Neque excitatur classico miles truci,
Neque horret iratum mare,
Forumque vitat, et superba civium
Potentiorum limina.

Traducción literal :

Ni, milite, es despertado por el terrible sonido del clarín, ni tiene horror al mar airado, y evita el foro y los soberbios umbrales de ciudadanos prepotentes.

FR. LUIS DE LEÓN traduce :

Ni el arma en los reales le despierta,
Ni tiembla en la mar brava :
Huye la plaza y la soberbia puerta
De la ambición esclava.

MITRE :

Que no despiertan las marciales trompas,
Ni cual marino surca mares hórridos ;
Y el foro evita y el umbral soberbio
De los potentes.

MAGNASCO :

De la trompa el son cruel no le despierta
A alistarse llamándole á las filas,
Ni en la dulce quietud de su alma infunden
Miedo las furias de la mar bravía.
Huye del foro la algazara incómoda
Y de los ricos el umbral soberbio.

DE LA BARRA:

Agudos clarines su sueño no romper.
Ni nada le importa del mar el furor:
 Se aleja del foro y evita del grande
Buscar el favor.

Ni nada le importa del mar el furor es prosáico é inexacto. Horacio dice *horret*, tiene horror, que Fr. Luis ha traducido con la palabra *tiembla* y Magnasco con la frase *infunde miedo*.

Evita del grande buscar el favor no expresa con exactitud el pensamiento horaciano *evita los soberbios umbrales de los prepotentes ciudadanos*. La enérgica frase pierde mucho en nervio y robustez.

III

Ergo. aut adulta vitium propagine
 Altas maritat populos,
 Inutilesque falce ramos amputans,
 Feliciores inserit;
 Aut in reducta valle, mugientium
 Prospectat errantes greges;
 Aut pressa puris mella condit amphoris,
 Aut tondet infirmas oves.

Traducción literal:

Luego, ó marida los altos álamos con la adulta provena y, cortando con la podadera los ramos inútiles, ingerta otros más fecundos, ó en retirado valle contempla los errantes rebaños que mugen, ó guarda en limpias ánforas la miel exprimida, ó trasquila las ovejas enfermas (débiles).

FR. L. DE LEÓN traduce:

Su gusto es, ó poner la vid crecida
 Al álamo ayuntada,
 O contemplar cual pace, desparcida
 Al valle su vacada.
 Ya poda el ramo inútil y ya ingiere
 En su vez el extraño,
 O castra sus colmenas, ó, si quiere,
 Trasquila su rebaño.

MITRE:

Que el gajo adulto de la vid marida
 De álamo enhiesto, y que la rama estéril
 Poda con su hoz y que en el tronco ingerta
 Gajos fecundos.
 Que en valle quieto, en contemplar se goza
 Paciende errante al mugidor ganado;
 Que miel exprime en ánforas y esquila
 La mansa oveja!

MAGNASCO:

Mas le place enlazar la vid crecida
 Del álamo frondoso al tronco enhiesto;
 O se goza en mirar cual en el valle
 Estrecho muge la vacada suelta,
 O se libra al trabajo de la poda,
 Buscando ufano ramazón más nueva:
 A las mansas ovejas ya trasquila,
 O en limpio vaso rica miel exprime.

DE LA BARRA:

Enlaza gozoso los rubios zarcillos
 Al álamo verde y vélos trepar:
 Sus árboles poda y en otros ingiere
 La rama frutal.
 Gozoso contempla vagar sus ganados
 Por el hondo valle, y asiste después
Puntual á la esquila, y en cántaros nuevos
 Recoge la miel.

El primer verso contiene varias inexactitudes. *Gozoso* es un ripio. *Rubios zarcillos* está mal, por *rubios* que no existe en el texto y por *zarcillos* que no es palabra propia. Horacio habla del mugrón de la vid, del sarmiento, de la provena que son vocablos propios. *Enlaza* no es propiamente *maritat*, que Horacio con gusto poético exquisito ha colocado en el verso. Trátase del *maridaje*, del *connubio* entre la vid y el álamo; expresión poética que desaparece del verso de de la Barra.

Altas populos significa *álamos altos*, porque efectivamente el álamo se distingue por su altura, y Horacio tiene el

tacto poético de emplear los epítetos con finura, con exactitud, con gusto. Decir *álamo verde* equivale á desnaturalizar la idea del texto.

Y velos trepar es prosáico, inexacto é inútil. Es un ripio que Horacio se ha guardado muy bien de colocar en la estrofa, porque, en efecto es imposible *ver trepar las vides desposadas con los álamos*. No se crían con tanta rapidez, como para *ver el crecimiento de ellas*. *Sus árboles poda y en otros ingiere la rama frutal* es inexacto. Horacio dice que *poda las ramas inútiles é ingerta otras más fértiles*. Es decir, que en los árboles que no dan fruto, son estériles, se ingertan ramas de otros árboles que dan fruto : idea que no se traspara en la traducción de de la Barra.

Asiste después puntual á la esquila es diferente de *tondet infirmas aves*, esquila las ovejas débiles, enfermas (á causa de la mala estación, de la estación invernal, en que no se han alimentado lo bastante y que recobran las fuerzas con la llegada del estío, de la estación del pasto abundante, cuando llega el tiempo de la esquila.)

En cántaros nuevos no equivale á *puris amphoris*. *Purus* quiere decir limpio, purificado, sin impurezas, pues el cántaro puede ser *nuevo*, sin estar *limpio*, como lo deseaba Horacio, sibarita y gastrónomo de primera fuerza, limpio y delicado hasta la exageración.

IV

Vel quum decorum mitibus pomis caput
Autumnus arvis extulit,
Ut gaudet insitiva decerpens pyra,
Certantem et uvam purpureae,
Qua muneretur te, Priape, et te, pater
Silvane, tutor finium!
Libet jacere modo sub antiqua ilice
Modo in tenaci gramine.

Traducción literal:

O, cuando el otoño levanta en los campos la cabeza ornada de sazonados frutos, ¡cómo goza al coger las peras ingertadas y la uva que

rivaliza con la púrpura, para ofrendarla á tí, oh Priapo y á tí, oh Silvano, protector de los confines! Ora le agrada echarse bajo un roble antiguo, ora sobre la grama tenaz.

FR. L. DE LEÓN traduce:

Pues, cuando el padre Otoño muestra fuera
La su frente galana,
¡Con cuánto gozo coge la alta pera,
Las uvas como grana,
Y á tí, sacro Silvano, las presenta,
Que guardas el egido!
Debajo un roble antiguo ya se asienta,
Ya en el prado florido.

MITRE:

Cuando el Otoño de maduros frutos
Se muestra coronado en la campaña,
Goza en coger la pera sazónada
Por él ingerta:
O bien, racimo de uvas que en certamen
Venciera el colorido de la púrpura,
Ofrenda digna á Priapo destinada
Y á tí, Silvano,
Protector de los límites rurales.
O, si le place, bajo antigua encina,
O sobre lecho de tupida grama
El recostarse.

MAGNASCO:

Y cuando Otoño de pintadas frutas,
Su risueño atavío, el campo ciñe,
Cómo goza en coger la pera ingerta
O el racimo de un púrpura envidiado,
Ofrenda que dedica á Priapo ardiente,
Y á Silvano el guardián de los cercados!
O, si quiere, reclinase indolente
Al pie de un alto, corpulento roble,
En el suave frescor de tierna grama,
Do alegres brillan las silvestres flores.

DE LA BARRA:

Si llega el Otoño, la hermosa cabeza
Ornada de frutos de *vario color*,

El coge del árbol la pera *sabrosa*
Recien en sazón.

Y coge en la parra las uvas *purpureas*
 Y á Silvano y Priapo *válas á ofrecer*:
Este cuida el linde y el viejo Silvano
 Es dios del *verjel*.

Si quiere, á la sombra de robles *anosos*,
 Sobre el blando *césped se va á reposar*,
 Oyendo el murmurio de acequias y fuentes
 Que fluyen en *paz*.

La hermosa cabeza contiene el ripio de hermosa, que, francamente, puede pasar por hermosa; pero frutos de vario color es inaceptable. Horacio dice *mitibus pomis*, frutas sazonadas, suaves, agradables al paladar, y ya se ve que el ser de vario color, de color agradable á la vista, es muy diverso de ser agradable al paladar.

El coge del árbol la pera sabrosa, no. Coge la pera ingertada por él mismo, «por él ingerta», como dicen Mitre y Magnasco; ingertada, cuando iba podando las ramas inútiles é ingertaba las fructíferas. Horacio pone en transparencia aquí el gozo infantil del arboricultor al ver sazonada la pera en la rama que él mismo con sus propias manos ingertara en un árbol antes infructuoso.

Recien en sazón es ripio. No hace falta, porque se supone que la fruta se coge cuando está en sazón, ni á Horacio podía ocurrírsele una idea semejante.

Y á Silvano y á Priapo válas á ofrecer: verso prosáico, sin armonía, ni acento. Válas á ofrecer está feo.

Éste cuida el linde y el viejo Silvano es dios del verjel, está equivocado. Horacio dice lo contrario. Priapo es dios del verjel y Silvano cuida el linde. Aquí se han trocado los papeles de esos dos dioses. Convenía pedirles permiso, antes de encargarles tareas que quizás no puedan ó no quieran desempeñar.

Sobre el blando césped se va á reposar es prosa pura. Los dos versos últimos pertenecen á la estrofa siguiente.

V

Labuntur altis interim ripis aquae ;
 Queruntur in sylvis aves ;
 Fontesque lymphis obstrepunt manantibus,
 Somnos quod invitet leves.

Traducción literal:

Entretanto, las aguas corren en las altas riberas, las aves se quejan en las selvas y las fuentes murmuran por las aguas que manan ; lo cual invita á sueño apacible.

FR. L. DE LEÓN traduce :

El agua en las acequias corre y cantan
 Los pájaros sin dueño,
 Las fuentes al murmullo que levantan
 Despiertan dulce sueño.

MITRE:

Agua que corre dentro de altas rivas,
 Aves quejosas que en el bosque cantan,
 Fuentes que brotan con murmurio blando
 Al sueño invitan.

MAGNASCO :

Mientras baja el torrente rumoroso
 Besando la alta pintoresca orilla,
 Y las aves quejosas de las selvas,
 Y el raudal de las fuentes cristalinas,
 Y el parlero susurro de sus ondas
 Al deslizarse alegres, fugitivas,
 Al reposo le llaman y él se entrega
 De un grato sueño á la gentil caricia.

DE LA BARRA :

Querellas de amores escucha en la selva,
 De mil avecillas el dulce cantar...
 De acuerdo las aguas murmuran é invitan
A un grato sonar.

Los dos versos de la estrofa anterior :

“ Oyendo el murmurio de acequias y fuentes
 Que fluyen en paz ”

no expresan la idea del poeta. Horacio dice: *Las aguas corren en las altas riberas*. Trátase de ríos cuyas aguas son mucho más bajas que sus márgenes: *no son acequias ni fuentes*.

¡Que fluyen en paz! ¿Debían fluir en guerra?

“Querellas de amores escucha en la selva”.

Es un ripio.

“De mil avecillas el dulce cantar”.

Está bien. Pero, Horacio quiere que las aves *se quejen* en las selvas.

De acuerdo las aguas murmuran é invitan á un grato soñar. Aquí encajaba bien la palabra *fuelle*, porque en rigor *las fuentes no corren*, sino que, según Horacio, que es pintor de la naturaleza, *murmuran*. El murmurio es producido de las aguas que manan, *lymphis manantibus*. Cuando ya las aguas han entrado en su cauce, entonces *fluyen*.

A un grato soñar no es exacto. Horacio dice que el murmurio de las aguas invita á DORMIR (*somnos*) y no á SOÑAR (*somnia*). Esta segunda operación puede producirse mientras se duerme, pero no como efecto del murmurio de las aguas, sino como efecto de otras causas.

VI

At, quum tonantis annus hibernus Jovis
Imbres nivesque comparat,
Aut trudit acres hinc et hinc multa cane
Apros in obstantes plagas;
Aut amite levi rara tendit retia,
Turdís edacibus dolos;
Pavidumque leporem et advenam laqueo, gruem.
Jucunda, captat, præmia.

Traducción literal:

Más, cuando el tiempo invernal de Júpiter tonante prepara lluvias y nevadas, ó echa de aquí y de allá, con muchos canes, á los fieros jabalíes en

trampas que están delante, ó tiende ralas redes en débiles estacas, ardides para los tordos voraces, y coge en el lazo á la tímida liebre y á la grulla advenediza, premios agradables.

FR. L. DE LEÓN traduce :

Y ya que el año cubre campo y cerros
Con nieve y con heladas,
O lanza el jabalí con muchos perros
A las redes paradas,
O los golosos tordos, ó con liga
O con red engañosa,
O la extranjera grulla en lazo obliga,
Que es presa deleitosa.

MITRE:

Cuando tonante, Júpiter envía,
Con el invierno lluvias y nevadas,
O bien persigue al jabalí doquiera
Con su jauría;
O en leves redes sobre horquillas puestas,
Tordo voraz dentro sus trampas caza,
O coge en lazo la lejana grulla,
O liebre tímida.

MAGNASCO:

Y cuando Júpiter tonante envíe
Del invierno otra vez las inclemencias,
Y asocie nieves y lloviznas crueles,
Entonces larga la jauría intrépida
Que al hosco jabalí doquier persigue,
Arrinconándolo en traidoras trampas,
O parando su red en leve horquilla,
Glotones tordos en bandadas caza.
Y á la liebre veloz, espantadiza,
Que en leve lazo aprisionar se deja,
Y á la extranjera, peregrina grulla,
La más preciada y deleitosa presa.

DE LA BARRA:

Después, el Invierno con lluvias y nieves
Llega presuroso la tierra á invadir,
Y él larga sus perros y coge en la trampa
Feroz jabalí.

Cien tordos *dañinos* sus redes apresan,
Y a la liebre *lista* consigue coger,
La grulla que pasa *siguiendo las nubes*
Cayó... ¡qué placer!

Llega presuroso la tierra á invadir es prosáico y diferente del texto. Horacio habla del invierno que prepara las lluvias y las nieves: de la aproximación y no de la invasión del invierno.

Larga sus perros, no. Para cazar al jabalí en trampas, hay que guiar los perros tras él, rodeándolo por todos lados y obligándolo á ir por el camino que lleva á la trampa. Con largar solamente los perros, no se consigue el objeto. Horacio dice *trudit hinc et hinc acres apros multa cane*: «echa de un lado y de otro á los fieros jabalíes por medio de sus muchos perros, hasta que aquellos caigan en las trampas».

Cien tordos dañinos sus redes apresan. Bueno. Pero Horacio no los califica de *dañinos* sino de *voraces*. Los epítetos del poeta latino son gráficos. Nos pintan las cosas en sus caracteres, en sus cualidades prominentes. Es cierto que, comiendo mucho, los tordos son dañinos; pero Horacio no quiere ponernos de relieve el daño que ocasionan, sino su *voracidad*, y hay que respetar la voluntad del poeta á quien se traduce.

¡*Cien tordos*! El texto no fija número; pero *ciento* es poco. Hubiera puesto *mil* y habría apenas indicado una parte. Se trata aquí de un número indeterminado de cazadores y de tordos.

Y la liebre LISTA consigue coger. Verso prosáico é inexacto. Horacio califica á la liebre de *tímida*, no de *lista*; porque, en efecto, es la calidad prominente de la liebre. No hay que olvidar que Horacio no *usa nunca* un adjetivo sin necesidad, ni un calificativo que no pinte el rasgo característico del objeto que califica.

“La grulla que pasa siguiendo las nubes
Cayó.... ¡qué placer!”

¡Qué dolor! diré yo, al leer tanto ripio y tantas inexactitudes. No se trata de las grullas que *siguen las nubes*, sino de

las que, siendo aves de paso, por casualidad se paran en el punto donde se ha colocado el lazo. Si siguen las nubes ó el sol, es cosa aparte.

Cayó. ¿De dónde? de las nubes? ¿Dónde? en el lazo? Es difícil saberlo. Podíase haber suprimido la exclamación de placer y colocado en cambio las palabras que hacen falta para que el sentido fuese más explícito.

VII

Quis non malarum, quas amor curas habet,
Haec inter obliviscitur?
Quod si pudica mulier in partem juvet
Domum atque dulces liberos
(Sabina qualis, aut perusta solibus
Pernicis uxor appuli),
Sacrum et vetustis exstruat lignis focum,
Lassi sub adventum viri;
Claudensque textis cratibus laetum pecus,
Distenta siccet ubera;
Et horna dulci vina promens dolio,
Dapes inemptas apparet:

Traducción literal:

¿Quién entre estas cosas no olvida los malos cuidados que tiene (que da) el amor? Que, si una esposa púdica cuida por su parte la casa y los hijos queridos (cual una sabina ó la esposa del ágil apulio, tostada por el sol), y provee el sacro hogar de leña vetusta, hacia la llegada del marido cansado, y, encerrando el bien alimentado ganado en el cercado entretejido, seca las ubres extendidas (llenas), y sacando de la dulce cuba vino del año, prepara manjares no comprados.

FR. L. DE LEÓN traduce:

Con esto ¿quién del pecho no desprende
Cuánto en amor se pasa?
¿Pues qué, si la mujer honesta atiende
Los hijos y la casa?
Cual hace la sabina ó calabresa
De andar al sol tostada,
Y ya que viene el amo enciende apriesa
La leña no mojada,

Y ataja entre los zarzos los ganados,
Y los ordena luego,
Y pone mil manjares no comprados,
Y el vino como fuego:

MITRE:

Quién del amor así no olvida penas,
Si casta esposa que su hogar comparte,
Cual la sabina cara prole educa:

O cual consorte

Del incansable apulio, que han tostado
Soles ardientes? Ella al sacro fuego
Leña pondrá, del fatigado esposo

En grata espera;

Ledo rebaño encerrará en su aprisco,
Y ordeñará sus ubres, vino nuevo
Sacando de la cuba, con manjares
Que no se compran.

MAGNASCO:

¿Quién así no olvidara los afanes
Que en un alma sencilla amor engendra,
Si allí está la mujer amada, pura,
Que por la casa y por los hijos vela?

Tal cual es la sabina ó del apulio
La diligente, infatigable esposa,
La de rostro tostado en las faenas
Bajo los soles de su ardiente zona?

El fuego sacro que la estancia entibia
De secas ramas llenará amorosa,
Mientras aguarda al marido que cansado,
A la dulzura del hogar retorna.

Y ordeñará después turgidas ubres,
Encerrando el ganado en los corrales,
Y el ánfora abrirá de un vino nuevo,
Y sin comprarlos brindará manjares.

DE LA BARRA:

Con tal pasatiempo quién echa de menos
Locos devaneos del amor *fugaz*?
Y más si una esposa *gentil y discreta*

Lo sabe encantar.

Ya sea Sabina, o bien Calabresa

De tinte bronceado por el padre Sol,
Que sepa los hijos *guardar* y la casa
Con tino y amor.

Que sepa al esposo, si vuelve cansado,
Recibir sonriendo, prendido el hogar;
Y sepa á la tarde los bueyes y ovejas
Hacer encerrar.

Que así que amanezca las vacas ordeñe,
Y saque un gran jarro del viejo tonel
Con vino del nuevo, *que alegra la lengua*
Y embarga los pies.

Con orgullo justo presente á la cena
La cosecha propia, que no valen más
Ostras y salmones del Lucrinio lago
Ni peces del mar.

¿Quién echa de menos locos devaneos del amor fugaz?

Locos devaneos y fugaz van por cuenta del traductor.

Esposa gentil y discreta, no. *Esposa fiel, púdica, casta.*
Lo de *gentil* no está en la cuenta. Horacio aprecia, ante todo,
el *honor* de la mujer casada. Y, en este caso se trata de la
mujer de uno que *paterna rura bubus exercet suis*.

Lo sabe encantar es de la cosecha de de la Barra: cosa
propia del traductor que no se debe achacar á Horacio, el
cual busca en la esposa una mujer dedicada al hogar, al
amor y cuidado de sus hijos y á las mil atenciones domés-
ticas que la mujer solamente puede llevar á debido cumpli-
miento.

“Que sepa los hijos *guardar* y la casa
Con tino y amor.”

Guardar no es el verbo propio para este concepto de Ho-
racio. No se *guardan* los hijos al igual de *la casa*, con el
mismo *tino* y el mismo *amor*.

Que sepa al esposo RECIBIR SONRIENDO es cosa de de la
 Barra.

Prendido el hogar, precisamente, no. Horacio habla de
leña muy seca — vetusta. — El *hogar* es el lugar donde se
enciende — ó *prende* — la lumbre, la leña. Puede significar
también la casa, lo que sería horrible.

¿Habrá usado el traductor de una figura retórica muy conocida, indicando el lugar donde una acción se ejecuta, por la acción misma? ¿Lo que contiene, por la cosa contenida?

Y sepa hacer encerrar está mal. Horacio quiere que la misma mujer haga esa operación — *claudens*.

Bueyes y ovejas, no. El texto dice *pecus*, ganado. Se trata aquí de vacas. Si fueran bueyes y ovejas ¿de dónde saldrían esas vacas que se mencionan en el primer verso de la estrofa siguiente? Además, se habla de los bueyes y las ovejas en la última estrofa (IX).

Que así que amanezca, etc. es inexacto. El texto, dice: «y, encerrando el bien alimentado ganado en el cercado entretejido, seca las ubres extendidas, etc.» Quiere decir que esta operación se hace á la llegada del ganado, por la tarde. Tanto es así que á continuación, el poeta dice: «Y sacando de la dulce cuba vino cosechado en el año, prepara manjares no comprados.» Se trata de la cena que prepara la esposa, con lo que tiene almacenado en la despensa, sin necesidad de mandar á mercados, ni almacenes, y del vino que se sirve en la misma, junto con la leche ordeñada.

Y saque un gran jarro es cosa de de la Barra; no está la cantidad en el texto.

Del viejo tonel. Lo de *viejo* es de la misma cosecha del traductor. Es un ripio que no hace falta.

Que alegra la lengua pertenece también al traductor. Es una especie de alegría que siente de la Barra y no fué percibida por Horacio.

Y embarga los pies. Es invención del mismo traductor. Ripio de gusto dudoso, que podía quedar en el tintero.

La cosecha propia es muy vago. En la cosecha entran también la avena, las bellotas, la alfalfa, etc. y ya se ve que esto no es *presentable á la cena*. Horacio dice *dapes*, comidas, manjares.

Que no valen más, etc., pertenece á la estrofa siguiente:

VIII

Non me lucrina juverint conchyliā,
 Magisve rhombus, aut scari,
 Si quos eoīs intonata fluctibus
 Hiems ad hoc vertat mare;
 Non afra avis descendat in ventrem meum,
 Non attagen ionicus
 Jucundior, quam lecta de pinguissimis
 Oliva ramis arborum,
 Aut herba lapathi prata amantis, et gravi
 Malvae salubres corpori,
 Vel agna festis caesa terminalibus
 Vel hoedus ereptus lupo.

Traducción literal:

Las ostras del lago lucrino, ó el rodaballo, ó los escaros, si una tempestad desencadenada en las aguas orientales arroja algunos á este mar, no me sabrían mejor; ni el ave de Africa, ni el francolín jónico bajan en mi vientre más agradables que una aceituna arrancada de las más fértiles ramas de los árboles, ó las hojas de la romaza que ama los prados y las malvas saludables para el cuerpo cargado, ó un cordero matado en las fiestas terminales, ó un cabrito arrebatado al lobo.

FR. L. DE LEÓN traduce:

No me serán los rombos más sabrosos,
 Ni las ostras, ni el mero,
 Si algunos con levantes furiosos
 Nos da el invierno fiero,
 Ni el pavo caerá por mi garganta,
 Ni el francolín greciano,
 Más dulce que la oliva, que quebranta
 La labradora mano,
 La malva ó la romaza enamorada
 Del vicioso prado;
 La oveja en el disanto degollada,
 El cordero quitado
 Al lobo....

MITRE:

Oh, no! la gratas conchas de Lucrina,
 Ni el rodaballo, ni aún el mismo escaro,

— Si por acaso tempestad de Oriente
Nos le trajera: —

Ni ave africana o francolin de Jonia
Más gratas son a la garganta mia,
Cual la aceituna que de piñue gajo
Tomo del árbol.

O la romaza que en el prado crece:
O que la malva saludable al cuerpo.
O cabrito ó cordero hurtado al lobo.
Votado á Término.

MAGNASCO:

Ni las ostras famosas de Lucrino.
Ni el rodaballo, ni el escaro célebre,
— Si alguno nos trajera el crudo invierno
Al revolver los mares de Oriente —
Ni el ave de Africa anhelada, tierna,
Al caer incitante á mi garganta,
Ni el francolin sabroso de la Jônia,
Más feliz y contento me tornaran,
Que la oliva jugosa, bien madura,
Arrancada á la rama más proficua;
Que la romaza, — de la vega amante,
O que la malva — que el dolor suaviza!
O que el manso cordero consagrado
Al dios Término en grato sacrificio,
O que el tierno cabrito, del cruel lobo
Arrancado al traidor, voraz instinto!

DE LA BARRA:

Antes que faisanes del Asia venidos,
Antes que el greciano rico francolin,
Amo la aceituna de mi propio huerto,
Que mía es al fin.

Y las malvas suaves, el ápio y romaza
De las salsas buenas á mi paladar,
Y el tierno cabrito del lobo escapado
Que asándose está.

Los versos de la estrofa anterior:

“..... que no valen más
Ostras y salmones del lucrinio lago
Ni peces del mar”

contienen varias inexactitudes. Ante todo, el *rhombus* es el *rodaballo* y no el *salmón*. En segundo lugar, los *salmones* no eran peces del lago Lucrino. Horacio dice que vienen del mar de Oriente, junto con los *escaros*, que el traductor no menciona, sino que los incluye en la frase genérica *peces del mar*.

Que mía es al fin podía suprimirse. No está en el texto, y es muy vulgar.

De mi propio huerto es ripio. Podía quedar en la punta de la pluma.

Y las malvas suaves, etc. Falta designar el uso á que eran destinadas las malvas según Horacio.

De las salsas buenas á mi paladar podía suprimirse por inútil. Horacio no menciona salsa de ningún género.

Y el tierno cabrito, etc. Falta traducir el verso.

Vel agna festis caesa terminalibus

que Magnasco traduce:

“O que el manso cordero consagrado
Al dios Término, en grato sacrificio.”

O literalmente: «Un cordero matado en las fiestas terminales».

“Y el tierno cabrito del lobo *escapado*
Que asándose está.”

Escapado no es la verdadera traducción de *ereptus*, arrancado, arrebatado. Difícilmente se escapa el cordero de los colmillos del lobo. Hay que herirle para arrebatárselo. Este es el caso de que habla Horacio.

Que asándose está es un ripio bastante vulgar. Por ripio y por vulgar convenía dejarlo en la punta de la pluma.

IX

Has inter epulas, ut juvat pastas oves
Videre properantes domum!
Videre fessos vomerem inversum boves
Collo trahentes languido,

Positosque vernas, ditis examen domus,
Circum residentes lares!
Haec ubi loquutus foenerator Alphius,
Jam jam futurus rusticus.
Omnem redegit idibus pecuniam;
Quaerit calendis ponere.

Traducción literal:

Entre estas comidas ¡cómo deleita ver las ovejas pacidas corriendo hacia la querencia!

¡Ver los bueyes cansados arrastrar con cuello lánguido el arado invertido y los criados, enjambre de casa rica, colocados al rededor de los lares resplandecientes!.....

Cuando esto dijo el usurero Alfio, ya futuro aldeano, todo el dinero recogió en los idus: desea colocarlo en las calendas.

FR. L. DE LEÓN traduce:

...y mientras como ver corriendo
Cual las ovejas vienen,
Ver del arar los bueyes que volviendo
Apenas se sostienen;
Ver de esclavillos el hogar cercado,
Enjambre de riqueza.
Así dispuesto Alfio ya al arado,
Loaba la pobreza.
Ayer puso en sus ditas todas cobro,
Mas hoy ya torna al logro.

MITRE:

En tal festín, cuán agradable fuera,
Ver las ovejas retornando plácidas,
Y al buey que arrastra el invertido arado,
Con cuello lánguido;
Y ver de esclavos el enjambre joven
Que son riqueza de natal morada,
Cercando el fuego de los dioses Lares,
Que arde brillante!
Después de hablar así Alfio usurero,
Por el momento rústico futuro,
Cobra en los idus y al peculio busca
Nuevas calendas.

MAGNASCO:

Oh cuán dulce sería y cuán hermoso
 En tanto esos manjares saboreo,
 Ver entrar las ovejas ya pastadas
 Y la yunta de bueyes fatigada
 En la ruda labor del hondo surco,
 Con cuello lánguido arrastrando apenas
 Invertido el arado tan fecundo!

Y ver cual brilla en el hogar dichoso
 Diligente un enjambre de esclavillos,
 De esos que nacen en la propia casa
 Y obligado cortejo son del rico.

Después de hablar así Alfio usurero,
 Futuro morador de la campaña,
 El campo olvida, su dinero cobra
 Y el mes entrante colocarlo aguarda!

DE LA BARRA:

Encanta comerlo mirando el paisaje,
 Viendo las ovejas llegar en tropel,
 Y el buey fatigado que arrastra el arado
 Tumbado tras él.

Ya cesa el trabajo, cesó con el día,
 La granja está alegre, las gentes de humor...
¡Qué vida tan bella: salud y dulzura,
Contento y amor!

Así dijo Alfeo, y aunque es prestamista,
 Su sueño campestre pensó realizar;
 Cobró su dinero, y al día siguiente...
Volviólo á prestar!

Encanta comerlo. El qué? Será el cabrito asado? Pero, Horacio habla de *epulas*, comidas, manjares.

Ya cesa el trabajo, cesó con el día es una agregación íntegra del traductor.

La granja está alegre, las gentes de humor no expresa el sentido de los versos horacianos. Horacio quiere significar «el hogar rodeado de criados, con mucha lumbre resplandeciente en él».

El verso de de la Barra parece inspirado por un momento de alegría y buen humor.

"Que vida tan bella salud y dulzura,
Contento y amor!"

Estos versos son de de la Barra. Horacio ni ha soñado en ellos.

Y al día siguiente volviolo á prestar, no. Se trata del mes, no del día siguiente. Entre los *idus* y las *calendas* del mes que sigue, pasan muchos días, según que los *idus* caigan el 13 ó el 15 del mes.

Los versos son, por otra parte, muy prosáicos y escritos en un idioma *qui serpit humi*.

✱

Señor de la Barra: usted es miembro de la Academia española y le felicito. Yo no soy miembro de ninguna academia, ni siquiera de la facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, ni siquiera del Ateneo. Esto no me da ningún cuidado, porque más pierden esas instituciones que yo. Pero, no puedo felicitarle por su traducción de las odas de Horacio, porque usted hace mal lo que otros han hecho bien, desde mucho tiempo, desde siglos algunos. Mitre y Magnasco han traducido mejor. Fray Luis de León ha hecho una traducción primorosa.

Y le doy este consejo paternal, aunque no le conozco á usted ni de vista. Tengo derecho para ello, porque he enseñado treinta y cinco años literatura latina.

Deje en paz á Horacio, ó, si usted quiere deleitarse con sus estrofas, estúdielo bien, trate de entrar en el espíritu de ese coloso, en el alma de su idioma, de sus costumbres, de su religión, de su cultura; estudie después muy bien el lenguaje poético español hasta amoldarlo á la perfección de la frase clásica latina y luego.... ensaye la traducción de otros autores más fáciles, porque la poesía de Horacio tiene músculos muy duros y de muy difícil digestión.

M. CALANDRELLI.

REFORMA UNIVERSITARIA

A la administración del doctor Avellaneda, siguió la primera del general Roca, inaugurada en 1880. Es sabido que lo que más contribuyó á elevar á la cumbre del poder á este distinguido hombre público, cuya voluntad impera actualmente en la República, acatada hasta por sus mismos enemigos políticos de aquella época, fué la memorable campaña militar del desierto, que terminó con nuestras líneas de fronteras internas sobre la pampa, que habían sido siempre vulnerables para las depredaciones de los salvajes, en sus irrupciones vandálicas. Veinte mil leguas cuadradas fueron arrancadas á la barbarie y puede decirse que con otras tantas se ensanchó el territorio, al entregarlas al dominio de la civilización argentina. Pero lástima que aquel acontecimiento grandioso, no fué coronado con un acto previsor de estadista eminente, destinando grandes zonas de aquellos territorios incultos para formar el fondo propio de la educación nacional. Si hubiéramos seguido copiando á los Estados Unidos hasta establecer la base rentística de la instrucción pública, como lo habíamos hecho en su organización escolar, no estaríamos, nó, en las perplejas indecisiones del presente. Y eso que la iniciativa había surgido entre nosotros mismos, pues, algunos años antes, el doctor Vicente F. López en 1875, como rector de la Universidad de Buenos Aires, había solicitado del gobierno de la provincia la escrituración á favor de la institución universitaria de algunas fracciones de tierras fuera de la línea de fronteras.

Si el general Roca hubiera realizado ese programa vasto, cuyas proyecciones en el porvenir es imposible alcanzar, ten-

dria vinculado eternamente su nombre á la gratitud nacional, por el servicio inmenso prestado á la instrucción pública, que será siempre el promotor en nuestro progreso. En cambio de la magnificencia de esta perspectiva, ya se conoce la realidad de lo ocurrido por imprevisión: la tierra conquistada por el esfuerzo común ha ido á aumentar el patrimonio de unos pocos, de los futuros potentados, y se irá formando, progresivamente, una casta social que pesará algún día con el egoísmo de su fortuna en la sociabilidad argentina. Si las universidades, los diferentes institutos de enseñanza hubieran adquirido su tesoro propio, afectándoles aquel bien común substraído á la posesión nómade del salvaje, radicándola entonces á la labor fructífera del inmigrante, la evolución social tendría que ser otra, pues distanciando el momento de la concentración de las fortunas hasta la incorporación de los millonarios nobles de la industria, como en los Estados Unidos, se habría amparado la formación de la clase dirigente intelectual, única admisible en los pueblos republicanos, porque rompe con la odiosidad de las castas privilegiadas, y permite la renovación continua de sus elementos, tomándolos de todas las capas sociales por la selección de la inteligencia y la virtud que generalmente se acompañan.

Por las deducciones á que puede prestarse en el presente, el conocimiento de la labor del general Roca en la instrucción pública en su primera administración, vamos á estudiarla con toda la atención merecida.

El ministro de instrucción pública doctor Manuel D. Pizarro en su Memoria al Congreso Nacional de 1881, hace las siguientes declaraciones:

Por una falsa interpretación del art. 5º de la Constitución, que impone á las provincias el deber de asegurar, con su administración de justicia y régimen municipal, la instrucción primaria y la educación común del pueblo, como condiciones indispensables de la garantía que el gobierno general presta al goce y ejercicio de sus instituciones, se ha creído que la instrucción primaria es extraña á la acción directa de los poderes nacionales; que ella es del resorte exclusivo de los poderes locales, y que la Nación solo puede intervenir en su dirección y desarrollo por subvenciones ó subsidios del tesoro público.

La instrucción primaria ha quedado así en manos de las municipalidades y gobiernos de provincia, como objeto menos importante de la instrucción pública y constitucionalmente extraña á la acción directa de los poderes políticos de la Nación, consagrados á más altos y encumbrados oficios.

Reputo insostenible esta teoría constitucional, y creo que es llegado el momento de que la Nación reivindique sus plenos poderes en lo relativo á la instrucción primaria y á la educación común del pueblo.

La instrucción primaria es á la *instrucción pública* en general, lo que la raíz al árbol: ella es al *progreso de la ilustración*, lo que el árbol al fruto que produce.

Mal podría por lo tanto, aquella falsa teoría, nacida de una falsa interpretación del art. 5º de la Constitución, avenirse y conformarse con el texto expreso del art. 67, que declara corresponder al Congreso el deber de «proveer al *progreso de la ilustración*, dictando *planes de instrucción general y universitario*.»

En este precepto constitucional se comprende evidentemente el deber de proveer á la instrucción primaria bajo la autoridad de la Nación, con sujeción á sus leyes y por el órgano de sus propios poderes. La instrucción primaria no es ni puede ser materia extraña á un *plan de instrucción general*, ni elemento indiferente ó extraño al *progreso de la ilustración*.

Al imponer la Constitución á las provincias el deber de asegurar con su administración de justicia y régimen municipal, la instrucción primaria, como condición de la garantía nacional acordada al libre goce y ejercicio de sus instituciones, no ha hecho otra cosa que crear así una *doble fuerza* en favor de la instrucción pública. La Constitución no ha podido disimularse la importancia de la instrucción primaria, como elemento indispensable al desarrollo de la instrucción pública y al progreso de la ilustración; y al imponer á las provincias el deber de asegurar la primera, no ha hecho otra cosa, repito, que crear una *doble fuerza*, que dilate y dé mayores ensanches á este primer elemento y base natural de la instrucción pública en sus desenvolvimientos ulteriores.

Pero no ha podido jamás, sin ponerse en contradicción consigo misma, substraer á la acción directa del Gobierno General la instrucción primaria, encomendando su administración y dirección técnica á la acción exclusiva de los poderes locales.

Por el contrario, imponiendo al Congreso el deber de proveer al progreso de la ilustración, y á las provincias el de asegurar la instrucción primaria, ha vinculado á un propósito común la acción de ambas administraciones, nacional y provincial; ha aunado sus esfuerzos en la tarea de educar al pueblo, de elevar la condición de las masas populares, de preparar á los ciudadanos para la práctica del gobierno representativo republicano; ha hecho, en fin, de las provincias agentes auxiliares y subsidiarios de la Nación, ruedas complementarias destinadas á secundar, auxiliar y completar el impulso nacional.

Creo, pues, que es llegado el momento de restablecer la verdadera inteligencia constitucional en este importante asunto, proveyendo la Nación por sí misma y con sus propios elementos, á la instrucción primaria en todo el territorio de la República; sin que por eso las provincias y vecindarios dejen de cumplir también por su parte y con sus propios recursos los deberes respectivos que en este punto les imponen la Constitución y las leyes locales.

Ahora bien, es curioso establecer el parangón de esta doctrina con las ideas sostenidas por el doctor Magnasco en Enero último, quien como ministro de instrucción pública en la segunda administración del general Roca, al desenvolver sus planes económicos ante el Congreso en el departamento á su cargo, llegaba hasta invocar la inconstitucionalidad del subsidio destinado á las provincias para el fomento de la educación primaria.

Reputamos errónea la tesis del doctor Pizarro é insostenible en sus principios, ni aún dentro de la monarquía más absoluta, pero no despótica. El derecho de educar al hijo es

inalienable en el padre; puede declinarse en la comuna en que este tiene su intervencion directa é inmediata; puede todavía la provincia reclamar su intervencion para uniformar la enseñanza; pero la Nación, como gobierno central, ya no alcanza á interpretar los intereses personales ni el del hogar. Y tratándose de un gobierno republicano federal, con mayor razón hay que vincular la escuela elemental al municipio y á la provincia para formar los hombres dentro del concepto que se basten á sí mismos en el gobierno propio. La escuela primaria es además, una palanca para la prosperidad local que debe ser dirigida por los mismos interesados á quienes afecta para que produzca su beneficio máximo.

Entre estas dos opiniones extremas, está la verdad, tal como la concibió Avellaneda y la puso en práctica en su vasto plan de organización de la instrucción pública nacional.

El derecho del Congreso para dictar planes de instrucción general y universitaria, es indudable que se refiere á planes de instrucción con la enseñanza mínima exigible para que pueda conceder el Estado los títulos profesionales que confieren garantías, pues de otro modo sería obstaculizar el progreso de las instituciones si el Gobierno pudiese intervenir obligándolos á circunscribirse en sus planes de estudios á los dictados por la autoridad: el Congreso no puede convertirse en Universidad. Avellaneda, Ministro y Presidente, deslindó hábilmente el derecho de intervención de los dos poderes: correspondía al nacional establecer la instrucción mínima en la enseñanza secundaria, normal y superior por su derecho indiscutible de acordar el título profesional y con él el goce de ciertos derechos; correspondía á su vez, al provincial, en absoluto, dirigir la instrucción primaria, y la intervención del Poder Ejecutivo Nacional quedaba reducida á vigilar el destino de las sumas acordadas en subvenciones ó á mandar practicar el Censo Escolar Nacional de tal manera de quedar en condición de conocer la verdad y poder *proveer convenientemente al progreso de la ilustración* como lo ordena la Constitución. Además de esto, dejó reglamentada la enseñanza libre, secundaria y superior, por

institutos particulares y provinciales, con una ley imperfecta, pero que garantiza la educación por la familia ó por los gobiernos provinciales, sin la intervención inmediata del Estado que sólo se ejercía para juzgar de la competencia de las personas al acordarles el diploma de las carreras científicas.

Sin tener en cuenta el régimen constitucional, tan distinto en cada nacionalidad, el pensamiento que más agita á los que contemplan como un peligro social la fluxión congestiva de los elementos intelectuales en las capitales, es el medio de favorecer el arraigo de esas fuerzas en sus centros propios, de manera á establecer un equilibrio: el organismo de una nación no debe ser un mónstruo macrocéfalo, con un cuerpo débil é insuficiente para asegurar su nutrición. Así la Francia republicana busca también la fórmula que garantice la vigorización simultánea de las diferentes partes de su territorio y cree haberlo realizado con el restablecimiento de su sistema universitario destruído en los delirios de la Convención, copiando en esto á la Inglaterra, la Alemania y los Estados Unidos que lo han conseguido con la existencia y vida autónoma de sus múltiples instituciones de enseñanza superior, esparcidas como focos de luz y calor en las poblaciones.

En nuestra vida incipiente, no podemos aspirar todavía á la creación de muchas universidades; pero podemos contar con la acción de los colegios nacionales que con una educación regional vislumbrada por Avellaneda y Sarmiento, forme y radique la clase media dirigente en las provincias. Pronto entraremos en más amplios detalles.

Resístase pues, á toda tentativa de cambio de sistema gubernativo, que en nuestro caso sería una verdadera locura. La forma unitaria ha sido combatida tenazmente en nuestro suelo; se ha formado la nacionalidad argentina con sacrificios cruentos para adquirir el sistema federal que es el más perfecto en el juego armónico de las instituciones republicanas. Por qué no reaccionar desde luego contra la pendiente de nuestros hábitos é indolencia que insensiblemente nos conduce al sistema unitario, si en el porvenir, tendríamos,

buscando la perfección, que volver á la forma federativa? Sirvanos de ejemplo las convulsiones del Brasil, cuya organización no está aún consolidada y los disturbios en que se inicia también Bolivia; hemos pagado bien caro con las luchas del caudillaje, la fórmula de gobierno adquirida, para retroceder, transformando nuestro sistema constitucional perfecto. ¿Qué el poder central establecido amenaza concluir con las autonomías provinciales? muy cierto, pero búsquese la solución, organizando centros de resistencias contra las absorciones nacionales, que así demostraremos nuestra capacidad política para el gobierno propio. Entre los problemas de instrucción pública, esta faz importantísima de la reforma, no puede ser olvidada.

Avellaneda había proclamado bien alto esta verdad, cuando en su Memoria al Congreso Argentino de 1871, decía con su lenguaje expresivo:

Es necesario salir de lo accidental, y de lo provisorio, y entrar decididamente en la ejecución de un plan vasto, si queremos obtener resultados fecundos. Lo he dicho ya en otra ocasión. El pensamiento de la educación es la preocupación del siglo, y debemos incorporarnos al movimiento universal. Es la cuestión que refunde en sí las otras cuestiones; y todas las mejoras sociales ó políticas, para radicarse sólidamente, necesitan encontrarla resuelta. Se ha iniciado un noble programa, y muchas provincias revisan en este momento sus instituciones, para concluir con el centralismo absorbente. Está bien; pero la descentralización contiene un acto doble. Hay una autoridad ó un poder que se desprende de ciertas atribuciones; pero hay también un municipio, una parroquia ó un vecindario que las recoge; y para que la descentralización sea benéfica, es necesario que la educación los haya puesto en la aptitud de adquirir la capacidad requerida para el desempeño de sus nuevas funciones. (Memoria de 1871, pág. XVI).

Ahí está admirablemente previsto el desorden orgánico de la provincia de Buenos Aires, la que en otras condiciones podía servir de modelo en la República! Las municipalidades rurales, manejadas por círculos sin educación política; los caudillejos de barrio, ignorantes, abusando de la cábula; el todo, haciendo irrupción en el gobierno provincial trayendo como sistema.... el caos!

Otras declaraciones importantes contiene la Memoria del doctor Pizarro, más en armonía con las últimamente hechas:

« Empero, si la enseñanza gratuita puede, y en mi concepto debe sostenerse con relación á la instrucción primaria, no creo que este sistema deba extenderse á la instrucción media y superior de nuestros colegios y escuelas especiales ». Lo cual se contestaba con la siguiente manifestación en un párrafo más adelante: « Y sin embargo, la instruc-

ción secundaria, aunque se dirige á la parte menos numerosa de la población, forma lo que se llama *las clases ilustradas*, y son éstas, á la larga, las que comunican á la Nación sus cualidades y sus vicios; sus inclinaciones buenas ó malas, como se observa constantemente y se ha dicho alguna vez. Ellas, según la expresión de M. Thiers, forman la Nación y hacen el pueblo entero por el contagio de sus ideas y sentimientos.»

Una importancia tal, reconocida á la instrucción secundaria, obliga al Gobierno Nacional á ayudarla y dirigirla. Más explícito, se manifiesta todavía, en los siguientes párrafos:

Tenemos colegios costeados por la Nación, cuyos programas preparan para las carreras profesionales, á una minoría de la sociedad que por su posición y su influencia, es la única que puede aprovechar de sus beneficios, salvo escasas excepciones; y esta circunstancia da á nuestra enseñanza secundaria, contra nuestras intenciones y á pesar de nuestros esfuerzos, un carácter de exclusión y de parcialidad que está muy lejos de armonizar con nuestras instituciones políticas..... Esta educación clásica obligatoria se impone desatendiendo intereses esenciales, y retrayendo de acercarse á los colegios á los que, sin tales trabas, irían á prepararse para otras ocupaciones, menos brillantes acaso, pero no menos indispensables y dignas de la atención del Gobierno.

La ambición de nuestras carreras universitarias en el foro y en la medicina está ya colmada. Nuestros establecimientos la han favorecida directamente; y ya es tiempo de emprender una reforma que, adoptando su enseñanza á las diversas aspiraciones, vocaciones y tendencias populares, penetre en todos los gremios sociales, y los inicie igualmente en los conocimientos que han menester para asociarse á la vida nacional, é impulsar su progreso por el comercio, la industria y todos los medios que hacen la prosperidad de las naciones modernas.

No hemos abierto estos rumbos á la instrucción popular, y así hemos despoblado los colegios y producido la plétora en las universidades. ¿Es esta una contradicción? No; es un resultado lógico y natural. Con 14 colegios de *estudios preparatorios* en la República, sin contar los particulares, es natural que la afluencia de alumnos á las universidades esté en proporción de este número de fuentes emisoras, aunque la vida sea en ellas mismas débil y escasa. No hay en esto la menor contradicción, y lo prueba el hecho innegable del número de graduados que anualmente ponen en circulación nuestras facultades universitarias, con el escaso número de alumnos de nuestros colegios de enseñanza secundaria.

Y no es que repute excesivo el número de colegios de instrucción secundaria, sino viciosa su organización é inadecuada su distribución en el territorio de la República. Para proveer de alumnos á las facultades de derecho y de medicina en nuestras universidades, bastarían 4 colegios de estudios preparatorios que, consultando las mayores comodidades deseables, podrían situarse con una organización adecuada en la ciudad de Buenos Aires y de Córdoba, de Tucumán y de San Juan ó Mendoza; mientras que en el resto de la República podrían conservarse los demás establecimientos de este género, con una organización conveniente para preparar los demás ramos de instrucción superior, ó para desarrollar con cierta profundidad los estudios propios de este segundo grado de la instrucción pública, que demasiada importancia tienen en sí mismos para que no merezcan ser en sí mismos consultados y atendidos como objetos directos de la instrucción popular en las clases menos numerosas de la sociedad.

No se trata, pues, de disminuir el número de estos establecimientos, sino por el contrario, de multiplicarlos en cuanto sea posible y lo permitan los recursos de que la Nación puede disponer, y en todo caso, de clasificarlos y diseminarlos en el país metódicamente, según la índole de su institución y los fines sociales á que deben servir, en armonía con las exigencias de una instrucción pública integral (Memoria de 1881, pág. 32 y siguientes).

Como se vé, en 1881, el Poder Ejecutivo reputaba ya excesivo el número de diplomados universitarios; otro ministro de instrucción pública, el doctor Balestra, en 1892, se ocupó de levantar el cargo gratuito con las cifras que arrojaba la estadística. Considerando que la Universidad de Buenos Aires, recién en 1881 fué nacionalizada, puede asegurarse que el exceso de diplomados no la habían sido á expensas del tesoro nacional.

Llamamos la atención sobre la opinión del doctor Pizarro respecto de una educación más completa, que abarque otros ramos de la actividad humana, que podría iniciarse en la enseñanza de los colegios nacionales. Con esta misión se fundaron los institutos de *instrucción secundaria*, que Avellaneda los denominaba expresamente así, rechazando la viciación de su significado, cuando se les llamaba de *instrucción preparatoria* para las universidades. El propósito del doctor Pizarro, es una promesa para la opinión general de la República: se desea una educación general, *integral*, pero que no restrinja la instrucción universitaria, desde que la una no excluye á la otra.

El Poder Ejecutivo por un decreto de Enero 12 de 1881, había organizado provisoriamente, y á solicitud del Rector de la Universidad de San Carlos, la Facultad de Teología y Ciencias Sagradas en Córdoba. No era esto alterar fundamentalmente un plan de instrucción, que es atribución privativa del Congreso? — Pero el Poder Ejecutivo, anticipándose á una objeción, hacía notar que la supresión de estos estudios en 1862, había sido ejecutada por el mismo poder sin autorización tampoco del mismo Congreso.

Estaba en ello empeñado, con el interés científico y religioso del pueblo, el crédito y el nombre mismo de la Nación por el respeto que debe á los actos realizados al amparo de sus leyes y bajo la garantía de la fe pública. Fué aquella, en su origen, una Universidad Pontificia, fundada de sus propias rentas por un obispo, para servir en primer termino al estudio de estas ciencias, y no es decoroso para la Nación servirse de ella en la difusión de la enseñanza, mutilando la ciencia misma, y burlando el propósito civilizador y cristiano de su fundador.

Creo, señores diputados y senadores, que debéis conservar esta Facultad en los estudios superiores de las universidades de la Nación, al organizarlas definitivamente. Ella contribuirá de seguro á la formación del clero nacional en las condiciones de ilustración y de ciencia que requieren sus augustas funciones y los intereses políticos, religiosos y sociales de la República que con ella se relacionan (Memoria 1881, pág. 37).

.....

Y aquí, señores senadores y diputados, se nos presenta de nuevo, una de las más altas cuestiones en la organización de la instrucción pública, que había ya insinuado al hablar de nuestros establecimientos de instrucción secundaria. La instrucción pública en nuestras universidades ¿ha de ser oficial? ¿ha de ser independiente de los poderes políticos? ¿habrán de combinarse y deberán estas dos influencias concurrir á la enseñanza?

Creo haber manifestado suficientemente mis opiniones acerca de esta cuestión fundamental, que habrá de ocupar en breve vuestra opinión. Puesto que la instrucción pública es elemento de libertad y de orden en las relaciones políticas de los pueblos y agente poderoso del adelanto y progreso de las naciones en sus relaciones económicas y sociales, ella interesa al individuo y á la sociedad, al pueblo y al Gobierno, y todos deben así ser llamados á influir, cada uno por su parte, en la dirección de la enseñanza.

Tal es la base dada por el decreto de 7 de Febrero último, á la comisión nombrada para preparar los trabajos de organización de la Universidad Nacional de la Capital, cuando por su art. 3º dispone que «la comisión procurará vincular convenientemente á la Universidad, á los graduados en ella, llamándolos á hacer parte de la Asamblea Universitaria á fin de que intervengan por este medio en su gobierno y dirección, dando así una base popular á la elección de sus funcionarios principales y á la solución de los asuntos de importancia ó gravedad para la enseñanza ó buena administración del establecimiento, en los casos en que la Asamblea debe ser llamada á deliberar en tales asuntos, para impedir así que se apodere de la Universidad el espíritu estacionario y de cuerpo, siempre nocivo á la libertad y á los progresos de la ilustración».

Hay siempre un grave inconveniente en conservar la instrucción pública bajo la influencia directa y sin control de los poderes políticos. En la enseñanza superior principalmente, estos inconvenientes son de la mayor gravedad, y afectan lo que con razón se ha llamado el alma y la condición esencial de la alta cultura científica: la independencia absoluta en las especulaciones de este orden, el espíritu de investigación, libre y exento de las trabas con que lo liga la intervención oficial.

Es la primera vez que un ministro de instrucción pública, representante conspicuo del Poder Ejecutivo, reconoce llanamente la intervención nociva de los poderes políticos en el organismo de las universidades. Y téngase presente que la única experiencia que posee, la ha obtenido con la Universidad de Córdoba, pues hasta 1880, era también la única sostenida por el Gobierno Nacional, para comprender la injusticia de los juicios siguientes, emitidos solamente para continuar en el abuso del patronato:

Pero no puede negarse, por otra parte, el estado de abatimiento á que los estudios superiores quedarían reducidos en nuestro estado social sin la acción eficiente del Gobierno en su desenvolvimiento, y los peligros de otro orden que, para su progreso y adelanto, traería una organización enteramente autonómica de nuestras universidades, bastando para apercibirse de ello, volver la vista al estado anterior de los estudios en la Universidad de Córdoba, y al estado en que el Gobierno encuentra los de la Universidad de Buenos Aires al recibirse de ella.

Argumentación falaz, pues, no pueden compararse dos universidades, por su ilustración, una en la mitad del siglo XVIII y otra á fines del siglo XIX. Lo que sí, constituye una confesión tácita, concluyente, del abandono protectoral

del Gobierno Nacional, es el paralelo entre la Universidad de Buenos Aires (provincial hasta 1880), y la Universidad de Córdoba (nacional desde 1853); las dos, universidades de Estado, —pero la primera con una organización autonómica, nombrando sus profesores, académicos y demás autoridades (lo que fué inmediatamente suprimido en 1881 por el mismo doctor Pizarro), — y la segunda, desposeída de sus bienes y libertad, en la sujeción absoluta á las intervenciones abusivas del Poder Ejecutivo, tal como lo hemos demostrado anteriormente, al analizar los Estatutos provisorios de 1879.

El Poder Ejecutivo no ha alcanzado á comprender que en las universidades puedan existir otras labores que el de las escuelas profesionales, pues solo para ellas también, ha dispensado su escaso proteccionismo. Los ministros de instrucción pública, de todas las épocas, no han considerado sino bajo este solo aspecto á los institutos de enseñanza superior: fábricas de carreras lucrativas costeadas por el Estado,—fundando en ese falso concepto, su prédica contra las instituciones;—pero han olvidado que el objetivo principal de las universidades, es el de las investigaciones científicas, talleres de labor nacional, y que ningún Poder Ejecutivo ha dedicado el más mínimo de sus esfuerzos á la realización de esos nobles propósitos, aunque la prescripción constitucional claramente lo indica al entregar al Congreso, quien puede votar fondos, la atribución de dictar planes de instrucción universitaria, para proveer al progreso de la ilustración.

El problema de la reorganización de las universidades, urgentemente reclamada por la nacionalización de la de Buenos Aires, sugiere al doctor Pizarro el pensamiento brillante de incorporar á esas instituciones la representación de los gremios científicos: esa proposición queda como un chispazo luminoso en su memoria y como un recuerdo inconsciente del antiguo esplendor de la Universidad de Córdoba.

Inconsciente! el término parecerá duro, pero es completamente exacto. Véase, para probarlo, las siguientes declaraciones del doctor Pizarro:

Aparte de los inconvenientes casi insuperables que el espíritu científico ha encontrado y encontrará siempre para desenvolverse por sí mismo, en nuestro presente estado social, la constitución plenamente autonómica de nuestras universidades, traería con la ya experimentada relajación de sus estudios, la laxitud de sus investigaciones científicas, el espíritu de estacionarismo y de rutina, propio de un organismo extraño á toda influencia exterior, y destinado á reproducir constantemente los mismos fenómenos vitales por la generación constante y permanente de un idéntico espíritu en su dirección técnica.

Se hace así necesario prevenir los inconvenientes del *espíritu universitario* en el movimiento científico, por cierto grado de influencia del poder público en la marcha y dirección de estos establecimientos, debiendo refrescarse periódicamente el aire de sus claustros en las corrientes populares de la opinión y de la ciencia exterior. (Memoria cit., pág. 41).

Tantos errores, como afirmaciones ministeriales! La importante obra del doctor Juan M. Garro, publicada en 1882, *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba*, (cuyo material hemos ampliamente utilizado en este trabajo), es la refutación *completa y documentada* á las opiniones del doctor Pizarro: la relajación de los estudios, ocurrió precisamente con la intervención del estado en la Universidad de San Carlos. ⁽¹⁾

Pero el doctor Pizarro en 1881, era un representante del Poder Ejecutivo, y como tal tenía que participar del espíritu absorbente y centralizador inherente á la índole de aquel poder. Las autonomías universitarias, frecuentemente proclamadas enfáticamente en abstracto, tendrán que ser conquistadas en la práctica, con largas campañas parlamentarias y en ellas el ministerio irá á luchar palmo á palmo antes de consentir en la entrega de las atribuciones usurpadas.

Del análisis de los propósitos del doctor Pizarro, quien en el preámbulo de su memoria declara que son los del Poder Ejecutivo, pasemos á estudiar los actos realizados.

Y bien, — en instrucción primaria, los progresos ejecutados por la administración del general Roca han sido notables, y esto se comprueba desde la iniciación de su gobierno; semejante éxito es debido á la creación del Consejo Nacional de Educación, con una organización francamente autonómica, aunque dependiente del Poder Ejecutivo.

(1) Hemos recibido recientemente, por la amabilidad del autor, el estudio posterior del doctor Garro: *La Universidad de Córdoba bajo la dirección de los religiosos de San Francisco, réplica al P. Argañarás (1884)*, que no habíamos conseguido antes á pesar de enviar nuestro pedido á Córdoba. El doctor Garro demuestra que la narración de los abusos descriptos en su primera obra ha sido pálida para la realidad vergonzosa.

Los antecedentes de este cuerpo son los siguientes. En 1877, Avellaneda refundió las 3 reparticiones públicas creadas en 1870: Comisión protectora de bibliotecas populares, Biblioteca Nacional y Comisión Nacional de Educación, en esta última, con el goce de poderes más extensos. Con la capitalización de Buenos Aires, las escuelas públicas de la ciudad, organizadas por el Consejo de Educación de la provincia de Buenos Aires, á cuyo frente estaba Sarmiento, pasaron á ser sostenidas por el tesoro nacional. Ahora bien, — el decreto de Enero 28 de 1881 organizando el Consejo Nacional de Educación hizo beneficiar á este nuevo organismo de los principios autonómicos que poseía su congénere de la provincia de Buenos Aires y afianzó su porvenir colocándole al mismo Sarmiento, el Horacio Mann de nuestro suelo como lo designa Hippeau, con el nombramiento de Superintendente (decreto de Febrero 1° del mismo año) y con 8 vocales más, que funcionarían también como inspectores de la instrucción común en toda la República.

El decreto que establecía el Consejo Nacional de Educación ordenaba en su artículo 7° que debía fundarse en la Capital Federal una Escuela de Artes y Oficios, á la mayor brevedad, pues serviría á la educación integral prometida. Es curioso examinar las notas cambiadas entre el ministro de instrucción pública y Sarmiento sobre este tópico, que evidencia la desigual preparación de estos dos hombres en las cuestiones pertinentes á la educación nacional, al mismo tiempo que muestra al Poder Ejecutivo desorientado en sus propósitos. Urgido Sarmiento á formular un proyecto sobre esta enseñanza práctica, por un ministro que encontraba malo casi toda la labor prolija de la instrucción pública consecuencia de sus afanes, le solicita informes sobre lo que se propone crear, pidiéndole precise sus intenciones. Eran las escuelas de Artes y Oficios, industriales y manufactureras, con su organización completa de altos estudios, como las existentes en Inglaterra y Estados Unidos, cuyos programas transcribe? Objeta como prematura tal fundación, porque el país no ha llegado á su período industrial propiamente dicho, y aquí nos faltan los yacimientos carboní-

feros y las minas de hierro que son los elementos indispensables en los grandes talleres á la par de la materia prima que poseemos; cita el ejemplo de Chile, donde se estableció una escuela de este género y en el cual, al cabo de poco tiempo, sobraban los industriales preparados científicamente para las industrias rudimentarias. ¿O se quería simplemente escuelas elementales para oficios mecánicos para sujetar vagos, establecimientos de reforma social? Sarmiento optaba por estas últimas y por la reorganización de las escuelas agrícolas ya ensayadas por Avellaneda. El ministro después de algunas divagaciones sobre las escuelas de relojería y sericicultura al estilo suizo y francés que no venían al caso, cae en algo más práctico pidiendo se generalicen los conocimientos que puedan aplicarse en las industrias nacientes entonces, azucarera, vinícola, etc., preparando mecánicos que puedan componer las maquinarias ó ponerlas en movimiento, es decir, plomeros, herreros, foguistas, etc. Creemos que la nota de Sarmiento, á pesar del ofrecimiento cooperativo del Centro Industrial al Gobierno en aquella época, mató en su origen al proyecto de la educación integral tan mal iniciado. Que Sarmiento tenía razón en 1881, lo prueba el estado precario de nuestras industrias hoy mismo, en que todas ó la inmensa mayoría subsisten á expensas de la Nación entera que paga este esfuerzo prematuro industrial sostenido con fuertes derechos á la importación de los artículos similares. Ya lo hemos dicho anteriormente, las industrias en todos los pueblos, luchan entre sí por sus procedimientos científicos, que es la obra de las universidades: hay pues que establecer la educación integral propuesta, pero buscando cimentarla en bases sólidas y con la protección de los centros de enseñanza superior, que es lo que constituye la gloria y la fortuna de la Alemania y de los Estados Unidos.

La composición personal del Consejo Nacional de Educación produjo pronto un cisma entre sus miembros: por una parte, estaba Sarmiento con sus extensos y variados conocimientos sobre educación pública y que bastaba por sí solo para la tarea que le había sido encomendada; por la otra, los vocales que por la ley, tenían derecho para deliberar y

resolver las cuestiones sometidas al Consejo, y que forzosamente tenían que resentirse de los procedimientos autoritarios del Superintendente, que si pecaba de exornismo en las cuestiones generales, estaba disculpado de esta falta tratándose de educación pública. Los conflictos terminaron con la renuncia total de los miembros y la reorganización con un nuevo personal bajo la dirección del doctor B. Zorrilla.

El doctor Pizarro fué también poco afortunado en sus proyectos sobre educación superior. Después de declarar en su Memoria que la instrucción universitaria había absorbido la atención de los poderes públicos con perjuicio de la que se debía á la enseñanza elemental,— argumento capcioso levantado por primera vez en un documento público, para sostener la educación integral que no se llevó tampoco á término,— declaración artificiosa, cuya nulidad probaba posteriormente al describir el estado deficiente de los estudios superiores en Córdoba, único establecimiento universitario sostenido por el Gobierno Nacional hasta 1880, nombró una comisión compuesta por los doctores Nicolás Avellaneda, Juan B. Alberdi, Vicente G. Quesada, M. P. de Peralta y Eduardo Wilde para que propusiesen los Estatutos que debían regir en las universidades nacionales, recomendándoles diesen intervención en la dirección de las instituciones á los diplomados universitarios. Esta comisión se expidió con un proyecto extenso por el que se organizaba la instrucción superior en la forma de universidades de Estado pero con prerrogativas autonómicas y con tendencias á la independencia de los organismos educacionales en el porvenir con la acumulación paulatina del Fondo Universitario. Y bien, el mismo doctor Pizarro, en su mensaje de Junio 17 de 1881, remitiendo al Congreso el proyecto de Estatuto, llamaba la atención del alto cuerpo, alarmado sobremanera sobre el peligro que vislumbraba con estas autonomías en el futuro!

El proyecto de la incorporación de la Facultad de Teología á la antigua Universidad de San Carlos de la que había sido injustamente desalojada, fué también un fracaso, por la forma insólita como se llevó á ejecución: en realidad, lo que se ordenó en el decreto respectivo era que esta corporación

científica concediese sus diplomas de doctores á los alumnos que hacían sus estudios teológicos en el Seminario de Córdoba.

Es un hecho de todos conocido que la Francia después de la guerra de 1870-71, intensamente apesadumbrada por su desastre é indagando su causa, buscó vigorizar el espíritu nacional, templando con el patriotismo de sus energías viriles, todas las fuerzas sociales. El clero comprendióse también en su reforma, pues estudiando sus deficiencias, encontró el modelo á copiar en la misma Alemania, que poseía sus facultades de Teología formando parte de sus universidades. En virtud de la ley de 10 de Julio de 1896, sancionada por las cámaras francesas, la Universidad de París cuenta hoy con una Facultad Teológica.

El pensamiento que ha impulsado esta modificación es de un alto interés social, pues al confundir á la juventud inteligente de una nación en el recinto universitario, se consolidaba la unión, al mismo tiempo que se la inspiraba en anhelos mutuos para la grandeza de la patria: para nosotros, esta verdad había sido demostrada con la actuación patriótica de los clérigos de Córdoba durante la independencia. Pero no era esto todo lo que se esperaba, pues, respecto al clero se confiaba en que su incorporación á la Universidad modificaría el absolutismo de sus ideas, que conduce fatalmente al fanatismo religioso y da pábulo á resistencias que dividen á las sociedades. Yzoulet proclamaba así que la *reforma científica y universitaria*, puede y debe completarse por otra, la *reforma religiosa y eclesiástica*, lo que se conseguiría con la amistosa comunicación intelectual del sacerdote y del sabio en las universidades como en la Inglaterra, la Alemania y en los Estados Unidos, lo que produciría lentamente la reforma religiosa como consecuencia de la universitaria bien dirigida, por la filtración continua de las verdades científicas dentro del dogma y su incorporación dentro de la religión, sin disgregar sus artículos de fe. ⁽¹⁾

(1) «Lo digo sin ninguna animosidad, pero en un amplio espíritu de verdad y de justicia: ved, de una parte, al futuro pastor inglés ó alemán, instalado en una ciudad universitaria, en un centro de ciencia libre, entre la juventud escogida de su país, al pie de las cátedras de las inteligencias mas eminentes de su tiempo; y ved, por otra parte,

El cambio superficial en la instrucción religiosa llevada a la práctica por el doctor Pizarro, no aspiraba á la consecución de ninguno de estos nobles ideales: los seminarios conciliares continuarían encargados de la enseñanza sacerdotal en todas sus ramas, ampliada por el decreto con algunos estudios fundamentales del dogma, y sus neófitos penetrarían por un solo momento en la Universidad en el día destinado á recibir sus diplomas de doctores. La nueva Facultad se organizaba dentro del Seminario Conciliar de Córdoba y el nombramiento de sus profesores se haría por el Poder Ejecutivo pero con la aprobación previa de los obispos (lo que fué con el auspicio del doctor Pizarro); pero lo peor de todo lo resuelto era que la Facultad del Seminario tendría su representación de voz y voto en el Consejo Superior de la Universidad, con personalidades que traían en sus creencias las inmoderadas intransigencias de una enseñanza sin la lucha intelectual que purifica las ideas. Posteriormente el Seminario Conciliar de Salta pidió acogerse á los beneficios del decreto en virtud de la ley de libertad de enseñanza, y el Poder Ejecutivo permitió que sus alumnos se doctorasen en la Universidad de Córdoba en la forma establecida. Un proyecto tan original, que no consultaba ni los intereses científicos ni los nacionales, fué el motivo de la lucha de resistencia que estalló más tarde en la misma ciudad de Córdoba entre liberales y ultramontanos. (1)

Finalicemos el estudio de la labor ministerial del doctor Pizarro, estampando un último hecho producido contra la enseñanza superior. Con la federalización de la ciudad de Buenos Aires, su importante Universidad entró á depender

« al futuro sacerdote francés, paisano humilde recogido sobre la gleba, internado en el Seminario del departamento, lejos de la juventud de las clases liberales, lejos de los maestros del pensamiento contemporáneo, secuestrado del siglo, y estropeando su inteligencia en disciplinas por lo menos anticuadas. Qué lamentable é inquietante contraste! » (Izoulet: *L'ame française et les Universités nouvelles*, Paris 1892, página 74).

Cuanta enseñanza no encierran para nosotros estas juiciosas reflexiones! La reforma planteada en Francia es trascendental, porque marcha contra el exclusivismo de las universidades católicas donde todo se ajusta al éxito religioso.

(1) Nos referimos al conflicto suscitado por la pastoral del Vicario Capital de Córdoba Dr. Clara en 1833, que terminó con la destitución de este dignatario y la de los 2 profesores eminentes de la Facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos.

del ministerio de instrucción pública, pero sufriendo desde el primer momento las consecuencias de la sujeción al nuevo patrono, pues éste disminuyó el número de sus facultades, al mismo tiempo que le hizo perder sus principales prerrogativas autonómicas, como lo era el derecho de nombrar sus profesores, académicos, etc. Constituyeron las primeras caricias disciplinarias, que se sujetaron en parte, por la ley orgánica de 1885, la obra de Avellaneda como Rector de la Universidad de Buenos Aires.

Al doctor Pizarro, sucedió en el ministerio de instrucción pública el doctor Eduardo Wilde, con todo el prestigio de su talento. Los negros presagios para la instrucción superior universitaria que encerraban los propósitos anteriores, se cambiaron en felices augurios con el nuevo ministro. Había sido una nube densa, cargada de electricidad negativa, de truenos horripilantes en su estallido, la que había obscurecido momentáneamente el cielo de la patria, que pronto aparecería diáfano y puro, dando un encanto sonriente á la germinación de todas las iniciativas prósperas de la administración del general Roca.

La personalidad moral del nuevo ministro de instrucción pública puede descomponerse en dos faces: la 1ª, es la del entusiasta profesor y académico de la Facultad de Ciencias Médicas de la capital con sus anhelos por la prosperidad de la educación pública; sus memorias al Congreso Nacional, revelan al hombre de estudio, de clara inteligencia, posesionado de las aspiraciones de los centros de instrucción y consagrándose por entero al desarrollo de propósitos levantados. Sus primeras memorias, principalmente la del año 1884, contiene las más brillantes páginas que ha producido, en su forma y en el espíritu doctrinario que las ha guiado.

La 2ª faz, desgraciadamente, ya demuestra al hombre político, quieto en la poltrona ministerial, soñando en la perpetuidad del poder y dispensando favores desde las alturas, en la manía omniciente en que fatalmente sucumben los que compartiendo las tareas del Poder Ejecutivo, participan también de la lisonja asfixiante de la adulonería, cuyo humo no se eleva siempre en espirales, por el entusiasmo creciente

de los adheridos á los favores del presupuesto que soplan violentamente en el pebetero ó sacuden enérgicamente el incensario, formando alrededor de los hombres una atmósfera cenicienta que les oculta sus situaciones reales en el mundo en que viven. Así también son las caídas en la vida pública!

Analícemos su labor.

En su Memoria de 1882, el doctor Wilde hace constar que respecto á la instrucción superior, « poco ha podido hacerse para mejorar las condiciones de nuestras dos universidades », pues el Poder Ejecutivo se ha abstenido de emplear los recursos votados por el Congreso Nacional para la dotación de nuevas cátedras, por razones de economía, « pues la ley de Presupuesto autoriza gastos que el Poder Ejecutivo puede ó no ejecutarlos, sino está obligado á ello por leyes especiales ».

En instrucción secundaria el nuevo ministro comprueba un notable descenso, lo que llama su atención con los progresos acusados en la administración anterior. El doctor Wilde atribuye esta decadencia en parte á la supresión del internado, lo que no dejaba de constituir una novedad investigatoria, pues los mejores alumnos de los colegios nacionales fueron en su mayoría externos. Hablamos con perfecto conocimiento de causa, pues hicimos nuestros estudios preparatorios en el Colegio Nacional de Buenos Aires desde 1871 á 1876.

El mismo doctor Wilde declara también que, además de la causa apuntada, cree que los alumnos se incorporan á los establecimientos de enseñanza secundaria faltos de la preparación conveniente, de donde resulta que no pueden utilizar la instrucción que se dicta en estos, porque sus inteligencias no están preparadas para el efecto. Propone como medio de salvar el inconveniente, el establecimiento de cursos preparatorios para ingresar á los colegios nacionales con una organización que denomina Instituto de las Escuelas Unidas. En el mensaje que se elevó al Congreso Nacional posteriormente con tal objeto, aconseja que la duración de los estudios debe ser solo de 4 años en los colegios nacionales comprendiendo exclusivamente los estudios secundarios, separando de los mismos, los que considera como de instrucción pri-

maria y superior (gramática, aritmética, etc., instrucción cívica y economía política). ⁽¹⁾ Y bien, el error era craso y desconociéndolo se empeoraba la situación con el nuevo proyecto: la decadencia de los estudios comprobada por la preparación insuficiente de los alumnos, dependía exclusivamente de tanto plan de estudios reformador, para ser pronto reformado, que traía como consecuencia el trastorno más grande en los programas y naturalmente en la inteligencia del niño. Hacemos notar también que el doctor Wilde en su luminosa memoria que condensa sus propósitos sanos en el ministerio de instrucción pública, olvida por completo la educación integral, y hasta la general que se propusieron establecer los doctores Costa, Avellaneda y Leguizamón, para dedicar todo su afán en completar una enseñanza preparatoria para las universidades.

En instrucción primaria se acusan los mayores adelantos. La organización autonómica dada al Consejo General de Educación y la labor del doctor Zorrilla su digno presidente, comenzaron á producir los resultados de todos conocidos. Se aumentaron los edificios escolares y en la capital se levantaron aquellos palacios que son el orgullo de nuestra cultura. La subvención escolar á las provincias fué aumentada, solicitada por el mismo Poder Ejecutivo. El complemento de tan acertadas resoluciones fué la convocación de un Congreso Pedagógico en 1882, rodeando con este atractivo más á la Exposición Continental de ese año: en este torneo científico concurrieron los representantes del magisterio de la República entera y el de los países vecinos, discutiéndose los métodos de enseñanza, planes de estudios, textos escolares, los mejores materiales de mobiliario, etc., y la necesidad de armonizar el desarrollo físico con el intelectual del niño.

La Memoria de 1883 consagra su mayor dedicación á esta importante sección de la instrucción pública. El doctor Wilde después de hacer notar los progresos de la provincia de Buenos Aires en este sentido, que resaltan con la decidia de las demás provincias, estimula al Congreso á dictar medidas

(1) F. WILDE, Memoria de Instrucción Pública, 1883, pág. 892.

eficaces para generalizar el movimiento educacional á todo el territorio. El Consejo Nacional de Educación para darse cuenta exacta de la marcha de la instrucción común en las provincias, tiene en cada una, agentes directos. « habiéndose nombrado para esos puestos á profesores de la Escuela Normal del Paraná, que aparte de la competencia teórica y experimental que poseen, tienen la ventaja de haber formado su espíritu en ese saludable ambiente de entusiasmo por la causa de la educación, característico de aquel Instituto ».

Con relación á la instrucción secundaria, el ministerio dándose cuenta de la situación precaria del profesorado, que tanta influencia tiene para el fiel desempeño de su misión, expone:

Desde luego, debo repetir que sin asegurar la estabilidad del profesorado en los colegios nacionales y escuelas normales, y sin mejorar su remuneración, es imposible obtener la contracción y el estímulo que debe dominar en el personal docente de aquellos establecimientos, para hacer efectivos los propósitos de su institución.

En esta virtud, en el proyecto de presupuesto sometido á vuestra consideración, el Poder Ejecutivo ha procurado arreglar sus asignaciones de manera que salven estas deficiencias que reputa prácticamente trascendentales; — se designan en él cátedras fijas formadas por agrupaciones de ramos que presentan analogía entre sí, y se aumenta la dotación de los profesores. Esto último, no trae sin embargo, como consecuencia, un aumento sensible en relación al total de los fondos votados en el presupuesto vigente para este mismo servicio, pues en algunos establecimientos se disminuye el personal que actualmente poseen, dando, á la vez, á los profesores que quedan, mayor trabajo y remuneración, á fin de que se ocupen exclusivamente de las tareas escolares; y no sólo obtendremos positivas ventajas en la enseñanza valiéndonos de este procedimiento tan sencillo como económico, sino que perfeccionaremos año por año la competencia de los mismos catedráticos. (1)

Una medida análoga ha sido reeditada en los meses últimos; pero con una estabilidad sospechosa, pues el Poder Ejecutivo tiene que dispensar favores para ligar las influencias políticas, y de ahí, el fraccionamiento forzoso posterior, para reproducir el milagro de los panes, lo cual se ejecuta más fácilmente, si en cada año escolar se reorganizan los planes de educación.

El ministerio propone el aumento y mejora de las escuelas normales y confía en el apoyo del Congreso porque « á este respecto no debe haber dos opiniones ».

(1) E. WILDE, Memoria de Instrucción Pública, 1883, pág. LII y LIII.

En instrucción superior la protección del Gobierno Nacional se manifiesta por la erección en Córdoba del gran edificio destinado á la Facultad y Academia de Ciencias. En cuanto á los instrumentos y aparatos destinados á la Facultad de Medicina de Buenos Aires y Córdoba, y anunciados con gran pompa por el doctor Wilde en su Memoria, no pasaron de miserables donaciones, insuficientes para el servicio clínico de los hospitales y menos para establecer ningún laboratorio de investigación científica.

La Memoria de 1884, doctrinariamente, puede considerarse como la obra maestra del doctor Wilde en el ministerio de instrucción pública. Con ese espíritu finísimo de análisis que es característico en su inteligencia, formula sus apreciaciones justicieras sobre la acción de la instrucción en el progreso de los pueblos, y por su estilo literario como por el fondo filosófico de su pensamiento concentrado en tan árduo problema, ha trazado páginas admirables por su luz y verdad, que podrían ser subscriptas sin desdoro, por el más distinguido de los educacionistas del siglo.

No se discute ya si debe instruirse al pueblo y si esa tarea incumbe al gobierno y pesa sobre él como una obligación ineludible.

No se afirma que el gobierno debe ser exclusivo en el desempeño de la obligación indicada. Ella pertenece también á las diversas corporaciones que deben desempeñar un papel concurrente. Pero justo es tener en cuenta que no siendo un deber estricto de las asociaciones sino un deber moral el de concurrir á la educación del pueblo, ninguna nación podría ver asegurada su civilización si lo esperara todo en materia de instrucción de la iniciativa espontánea de los individuos ó de los grupos sociales.

La índole humana está conformada de tal manera que no realiza ciertas evoluciones sino en virtud de fuerzas determinadas y así no alcanza cada generación espontáneamente un desenvolvimiento compatible con sus medios, sucediendo muchas veces que hasta los mismos beneficios sociales surgen de una imposición. De ahí fluye en el punto que tratamos la obligación legal de los gobiernos de iniciar y fomentar la enseñanza; — de ahí también la fórmula moderna de la instrucción obligatoria y las disposiciones legislativas que la imponen donde quiera que exista una intervención sujeta á reglas de autoridad política en esa rama del desenvolvimiento social.

Parece que las sociedades modernas han consagrado ya como una doctrina inherente á la forma de su civilización este trípode que sirve de base á la legislación sobre instrucción popular:

- Instrucción obligatoria,
- Instrucción gratuita,
- Instrucción laica.

Para llenar semejante programa se necesita una autoridad y una fuerza capaz de hacer efectiva esa autoridad; y la autoridad y la fuerza están en manos del Estado.

Por esto, admitiendo la intervención individual ó colectiva para los fines de la instrucción pública, debe marcársela con su carácter genuino aceptándola solamente como

... y dejando en la teoría y en la práctica, como un deber pendiente a cargo del poder público, la obligación de imponer la instrucción y suministrarla con los caracteres necesarios.

No se escapan a la inteligencia del legislador, por cierto, las objeciones que se le imponen y por lo tanto a la conveniencia de la instrucción general. Ella, tal como algunos pensadores, eleva el nivel moral de las masas, desarrolla los instintos de su conciencia, fomenta ambiciones, aparta a los hombres de los trabajos míseros, íntimamente ligados con la producción y con la alimentación de la raza, disminuye el número de labradores, aumenta por eso el precio de los materiales de consumo, hace afluir a las ciudades considerable número de hombres que atrastran después una existencia miserable viviendo como parásitos a expensas de la riqueza pública, puebla los hospitales y las casas de beneficencia al mismo tiempo que induce al abandono de los campos de labranza, da elementos á la revolución y la anarquía y creando aspiraciones desproporcionadas con los medios de satisfacerlas, engendra gérmenes de malestar y de desgracia en individuos que habrían vivido relativamente felices si no hubieran intentado salir de la condición en que su suerte los colocara.

No niego que en ese cuadro sombrío figuran rasgos de una verdad innegable y que todo él es aplicable á muchos hombres á quienes su instrucción ha impelido en caminos que no han podido ó no han sabido recorrer. Pero todo movimiento social, por más benéfico que sea, trae aparejado un número de conflictos que para determinados grupos son irremediables. Aquí el bien tiene su contrapeso en el mal y lo que debe mirarse solamente es si el bien es general y el mal asume el mismo carácter.

Tal cuestión no existe en la actualidad; ella ha sido ya resuelta en la teoría y en los hechos, y si se invoca en las discusiones filosóficas ó en los debates parlamentarios, es solo á título de recuerdo histórico destinado á señalar el camino que la doctrina ha recorrido antes de ser establecida como verdad, y luego como ley.

También la instrucción general, que produce males parciales tiene otra faz brillante y poderosa. Los males apuntados no pueden servir de base para repudiarla.

No hay conocimiento científico, y tanto vale decir, no hay progreso humano al cual no pueda aplicarse semejante teoría.

.....
¿Sería justo proscribir la enseñanza general porque la imprevisión de los grupos ó de los individuos haga que ellos no moderen sus ambiciones y se crean, en virtud de la instrucción adquirida, llamados á ocupar altos destinos, ú obligados á abandonar su trabajo por considerarlo inferior á los méritos de su persona ó impropio de su suficiencia?

.....
Todas las instituciones tienen su forma y su modo; y los modos y las formas de las cosas no solo se componen de calidades y ventajas, sino también de defectos y de perjuicios relativos.

Todas las naciones cultas ven concurridos sus colegios, sus liceos y demás institutos de enseñanza por numerosos alumnos que buscan levantarse mediante la instrucción á las altas esferas sociales. Las universidades derraman anualmente sobre las poblaciones un número considerable de titulados aptos para desempeñar las más elevadas funciones en el gobierno de los demás hombres. Las universidades son el almacigo de las clases gobernantes en general.

Pero la producción supera casi universalmente á la demanda, porque las generaciones como los individuos no tienen una previsión matemática, y la afluencia, no sabiendo contenerse en el justo límite ó no pudiendo formalmente hacerlo, determina una superabundancia de individuos ampliamente ilustrados que no encuentran colocación en los gremios profesionales.

De ahí resulta una invasión hacia los puestos oficiales, una congestión diré, en todos los ramos de la administración y por lo tanto un conflicto social cuya fórmula se traduce en una penuria económica.

En todas partes se ha reconocido el mal, pero en ninguna se ha puesto remedio, porque no lo tiene, á lo menos directo, y no es todavía conocido el remedio indirecto para ese mal emanado del incuestionable beneficio debido á la institución universitaria. (I)

(I) E. WILDE, Memoria de Instrucción Pública, 1884, pág. 161 y siguientes.

Estas declaraciones ministeriales tenían su importancia en 1884, como la tienen también ahora, porque el Presidente de la República, en aquel año, al inaugurar las sesiones del Congreso Nacional, señalaba á la atención de los diputados y senadores el exceso de los diplomados universitarios, lo que fué á repercutir en Córdoba, donde el Rector de esa Universidad en su memoria anual, aceptando el hecho, se propone ser más riguroso en las pruebas de examen!

No se puede ser más hábil en la argumentación que lo que ha demostrado el doctor Wilde, quien sin contradecir abiertamente las opiniones del Jefe del Estado, salva sus creencias y amortigua suficientemente la impresión brusca de una propaganda que lastimaba intereses fundamentales en una sociedad en formación como la nuestra.

En instrucción secundaria, — esta pobre víctima entregada sin piedad á la voracidad reformista, — el doctor Wilde que ya la había sacudido con un proyecto complicado con el Instituto de las Escuelas Unidas, vuelve otra vez á cambiarla de carácter, porque estaba resuelto que su martirologio sería infinito.

La nueva reforma, puesta en ejecución por un decreto como había ocurrido con las anteriores, consistía en lo siguiente: se dejaba subsistente los seis años de estudios en los colegios nacionales, que con el sistema siempre del plan único, comprenderían la enseñanza intermediaria entre las escuelas y las universidades, desprendiendo de él, como en la reforma anterior, los ramos elementales y los que se tachaban como de educación superior; se abandonaba el sistema propuesto del Instituto de las Escuelas Unidas, porque la enseñanza graduada en las escuelas normales suplía la falta de preparación en los alumnos.

A pesar de los elogios que el doctor A. Alcorta tributa al plan de estudios del doctor Wilde, creemos que con él se perdió el ideal con que fué concebida la fundación de los colegios nacionales: el de formar ciudadanos útiles con una instrucción general que no obligaba á las carreras universitarias. ⁽¹⁾

(1) A. ALCORTA. *La instrucción secundaria*, Buenos Aires, 1886, pág. 409 y siguientes.

El ministro en su Memoria de 1884 se anticipa á esta objeción, que se impone con la simple lectura de la distribución de las materias que comprende, declarando que esta enseñanza no obligaba á cursar la de las universidades, pues los estudiantes podían abandonarla en cualquier parte del camino recorrido, lo que en verdad era el único medio de no seguir en los estudios superiores, teniendo en cuenta la suma enorme de preparación secundaria acumulada en el plan aprobado. En realidad, por la especial atención que se tuvo en su preparación, de tal manera que sirviese á la vez para médicos, abogados é ingenieros, se concluyó por conducir suavemente á los que los seguían, á una cualquiera de estas carreras universitarias.

La misma importante obra del doctor Alcora, ya mencionada, nos revela un hecho curioso y es la existencia de un plan de estudios en el Colegio Nacional en vigencia en este establecimiento cuando este distinguido educacionista se hizo cargo del rectorado de ese instituto, sin que dicho plan hubiese sido puesto en ejecución por ningún decreto. No pasaría algo análogo en las provincias más lejanas de la investigación ministerial? Tras el enredo calamitoso producido por las reformas sucesivas del ministerio en la instrucción secundaria, tal vez habría que descubrir otra acción demoleadora en los ejecutores de los planes inestables!

Agreguemos para ser completos que en el solo año de 1884 se acogieron á la ley de libertad de enseñanza innumerables colegios particulares que prepararían sus alumnos en la instrucción secundaria.

Cuanto desorden en la dirección técnica de estos estudios, el único en que amasaba el ministerio con su levadura activa de fermentos transformistas!

El doctor Wilde, estimulado por un remordimiento, concibe un benéfico proyecto que desgraciadamente no se llevó á la ejecución en la amplitud necesaria:

La instrucción secundaria y profesional ha alcanzado en estos últimos años un desarrollo considerable, tanto por el número de establecimientos que hoy funcionan en todo el país, cuanto por el aumento de los elementos que contribuyen á su funcionamiento.

La Inspección de colegios nacionales y escuelas normales que ha sido restablecida sobre un plan antiguo, atiende difícilmente al cúmulo de obligaciones que esa organización

escolar reclama. La República cuenta en la actualidad: 14 colegios nacionales de segunda enseñanza; 3 escuelas normales de profesores y 15 escuelas de maestros y maestras, distribuidas en las provincias y dependiendo directamente del ministerio de instrucción pública. Además existen 18 colegios particulares de la capital ó provincias que, por haberse acogido á la Ley de enseñanza libre, se han colocado bajo la jurisdicción del ministerio en lo que respecta á la Inspección oficial y demás efectos legales.

La vigilancia y superintendencia de esos 50 establecimientos de educación; la provisión del personal docente y del material escolar en los sostenidos por la Nación; en fin, la pronta y acertada resolución de todos los asuntos á que da lugar el funcionamiento de ese complejo organismo, requerirían un personal mayor que el existente en la Inspección. No cuenta, en efecto, sino con el Inspector general, un auxiliar y un escribiente. Á juicio del ministerio, el cúmulo de atenciones que acabo de mencionar justificaría la concentración de su manejo directo en una repartición especial que existe en todos los países europeos bajo la denominación de *Dirección de la Instrucción Secundaria*.

El principio de la división del trabajo impone estas subdivisiones de la administración general, para que el servicio mejore en actividad y eficacia por la rápida comunicación del centro dirigente con todos los puntos de la circunferencia.

Creo que la creación de una Dirección General de Instrucción Secundaria, con carácter permanente y no sujeta á los cambios administrativos, con un Director general y dos Inspectores de colegios y escuelas normales, produciría beneficios inmediatos y duraderos. (1)

Ya tenemos á un ministro de instrucción pública confesando su impotencia para dirigir la educación secundaria, necesitando de un cuerpo asesor técnico, que no cambie con la administración, y faltaba sólo pronunciar el nombre de su fuerza vital: AUTONÓMICO, aunque tuviese la presidencia honoraria del mismo ministro!

Como ejemplo sugestivo de los beneficios que produciría semejante organismo, no había sino que estudiar la labor del Consejo Nacional de Educación en los pocos años de vida que llevaba.

La ley de la educación común de 8 de Julio de 1884, que había sido iniciada en la Cámara de Senadores, había reorganizado el Consejo Nacional de Educación sobre bases más amplias de autonomía en la dirección técnica y administrativa: este cuerpo intervendría directamente en todo lo afereente á la educación común dependiente del Gobierno Nacional. *Su Presidente, la cabeza directriz de ese organismo, sería nombrado por el Poder Ejecutivo previo acuerdo del Senado*; los vocales los designaría el mismo poder exclusivamente. La importante ley creaba múltiples

(1) Puede consultarse la ley respectiva de 4 de Junio de 1883 y los decretos reglamentarios de la misma, en el *Código de Instrucción Primaria*, redactado por los señores F. Martín y Herrera y Juan M. de Vedia, Buenos Aires, 1890.

recursos para dotar al Consejo Nacional de Educación con fondos propios.

Y bien, -- iniciando sus labores trascendentales con la ejecución del Censo Escolar Nacional, cuya dirección fué confiada al doctor Latzina, se penetró en la senda progresista en que continúa en el presente. La obra del Censo, era el punto de partida obligado para el reconocimiento de los deberes que se le imponían, y ha venido á constituir la prueba más concluyente de la eficacia de los labores del Consejo Nacional de Educación revelando que en 1883-84, época en que fué practicada, la cantidad de analfabetos, era sensiblemente igual á las demostradas por el Censo General de 1869 y el mandado ejecutar en las escuelas durante el ministerio del doctor Avellaneda. El problema de la educación común era demasiado vasto en su comienzo para haber sido resuelto definitivamente por las sabias disposiciones de las administraciones de Sarmiento y Avellaneda, que la dieron su verdadera matriz con la fundación de las escuelas normales; el complemento indispensable de tanta labor, fué ya vislumbrado por este último, con la organización de la Comisión Nacional de Educación, que fué la antecesora del actual Consejo.

Con sus inspectores propios, el Consejo Nacional de Educación, penetró en las intimidades de la evolución de la instrucción común, y reconociendo de este modo los puntos débiles, concurrió á ellos con la eficacia del esfuerzo que le permitían sus rentas propias.

Se levantaron los suntuosos palacios, inaugurados y elogiados encomiásticamente en su discurso por el Presidente de la República y en verdad, que la acción del Consejo Nacional de Educación bajo la inteligente presidencia del doctor Zorrilla, reelecto sucesivamente en todos los períodos subsiguientes, constituye el principal timbre de honor para la administración progresista del general Roca.

El ministro Wilde, como el doctor Pizarro, se manifiesta sin embargo, rehacio para admitir las indiscutibles ventajas de la organización autonómica de las universidades, á pesar de las pruebas que respecto á la educación común suminis-

traba el éxito de la labor del Consejo Nacional de Educación, y al referirse á la discusión en las cámaras de la ley orgánica de 1885, en la que había tomado la parte activa que conocemos, expone su opinión en los siguientes términos :

Pienso que estas bases contienen disposiciones convenientes y que convertidas en ley, prestarán grandes servicios á la enseñanza. Predomina en ellas la tendencia á independizar las universidades de la acción del Gobierno, y sus sostenedores, bajo la influencia de las teorías corrientes sobre universidades libres, quizá van más adelante de lo conveniente en sus propósitos, olvidando que toda independencia tiene por fundamento la posibilidad de bastarse á sí mismo y que las universidades, mientras dependan del presupuesto de la Administración, no podrán realizar tan halagüeña aspiración.

El Estado, por otra parte, autoriza el ejercicio de las profesiones para las cuales las universidades habilitan científicamente. Por eso mientras haya universidades oficiales y la ley no les dé la facultad legal que ahora posee el Estado, en virtud de la cual los diplomas que expidan sirvan de suficiente patente para la práctica de una profesión, su dependencia del Gobierno será un hecho incommovible y duradero, *pues difícilmente el Estado se desprenderá de una facultad inherente á su soberanía, abdicándola en favor de corporaciones técnicas, cuya única misión debe ser suministrar aptitudes científicas y no profesiones legales.* (1)

Esta argumentación, presentada por el doctor Wilde, es el último baluarte en que se atrincheran los defensores de la Universidad de Estado, no pudiendo negar las ventajas para la enseñanza de las universidades libres ! Y bien, — ya veremos cuando tratemos de la reforma universitaria en su faz económica, como la Universidad de Buenos Aires puede por sí sola sostener los gastos de instrucción á los alumnos que concurran á su enseñanza ; en cuanto á la Universidad de Córdoba, podría también hacerlo si no fuese que sus propiedades pasaron á poder del Gobierno Nacional, quedando por consiguiente éste, con el deber moral de restituirlos ó de afectarle, por lo menos, recursos suficientes en títulos de renta ú otra forma, de manera á poder constituir un fondo propio que reemplace al que poseía y que baste á sus necesidades. Queda subsistente, la atribución no discutible del Estado para conferir el derecho del ejercicio profesional, no los diplomas ó certificados de suficiencia que corresponde á las universidades ó institutos de enseñanza secundaria ó normal ; en realidad hay que organizar sobre bases incommovibles el ejercicio legal de esta función de la soberanía, que

(1) E. WILDE, Memoria de Instrucción Pública, 1884, pág. 251 y 252.

hoy, está repartida entre universidades, colegios é institutos, nacionales, provinciales y particulares *y hasta extranjeros.*

En esta misma Memoria de 1884 se manifiestan opiniones desacertadas sobre la importancia de la especialización en los estudios superiores, rumbo que ha marcado el más grande de los progresos en la enseñanza de la medicina entre nosotros. Y ha llegado el momento de trazar el proceso evolutivo de estos adelantos, en su sincera expresión, para evitar que los miembros del Poder Ejecutivo se engalanen con ropaje ajeno. Las especialidades médicas han surgido en este suelo y han entrado después en nuestras facultades por la iniciativa individual de miembros distinguidos del cuerpo médico de la capital. Los jóvenes doctores de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires han tenido durante muchos años que dirigirse á las universidades europeas para completar sus estudios deficientes en esta; de esos centros intelectuales han regresado á la patria con un caudal de conocimientos valiosísimo y son ellos los que con tentativas felices y con la cooperación de las comisiones de presupuesto de las cámaras han conseguido aclimatar nuevas cátedras y dotarlas con un material de estudios apropiado. Rara vez el ministerio respectivo ha prohiado estas laudables iniciativas en algún renglón perdido de las planillas del presupuesto, y no conocemos un solo ejemplo en que un representante del Poder Ejecutivo, haya hecho sentir todo el peso de su influencia personal y política en el seno del Congreso para conseguir un beneficio tan resaltante en la enseñanza universitaria. En cambio, por medio de dádivas restrictivas, han entorpecido frecuentemente, el desenvolvimiento de la acción espontánea de las facultades; como ejemplo ocurrente, está, el semillero de discordias del Hospital de Clínicas.

El doctor Wilde decía en 1884: « Como lo sabéis este hospital sirve ahora para los estudios clínicos y para la asistencia de parte de los enfermos pobres del municipio. El hospital se halla bajo la dirección técnica de la facultad, y la administrativa de un médico que atiende á su régimen interno y á su economía. *Las atribuciones de ambas au-*

*« toridades son de difícil deslinde y si hasta ahora no se
« han producido conflictos de jurisdicción, ello es debido á
« la cultura y buena inteligencia que reina en el trato de
« las personas que se hallan al frente de ese estableci-
« miento ».* Ahora bien,—al hacerse cargo el Gobierno Nacional de los gastos crecidos de un hospital era, como su nombre lo indica para que éste sirviese principalmente á la enseñanza encomendada á la Facultad de Medicina; esta dirección bi-céfala no respondía á ningún beneficio, si no á crear desde su origen antagonismos suscitados por cuestiones de competencia, en que salía siempre bien parado el administrador como empleado del ministerio. Vino después el decreto en que se procuraba vanamente el deslinde de los dos poderes, y su consecuencia en la práctica fué que la Comisión Directiva nombrada por la Facultad cesó de reunirse porque sus disposiciones no eran tenidas en cuenta por la administración. El doctor Wilde decía, sin embargo, en 1885: « Desde que me
« hice cargo del ministerio de instrucción pública, á pesar de
« ser médico, y empleo la expresión intencionalmente, pues
« la experiencia demuestra la legitimidad de esa excepción
« aparentemente paradógica, he hecho cuanto ha sido posi-
« ble por el adelanto de nuestra Escuela Médica. » Y bien,—miembro de la Facultad de Ciencias Médicas de la Capital desde 1884,—no conozco un solo instituto, un solo laboratorio de investigación científica establecido en el largo período ministerial del doctor Wilde! La organización dada al Hospital de Clínicas dejaba á la Facultad de Medicina de la Capital en las mismas condiciones en que estaba cuando disponía de los hospitales municipales para la enseñanza, y sólo con el ministerio del doctor Alcorta, que no es médico, aunque esto constituya una paradoja completa con lo anteriormente expuesto, la facultad pudo dirigir convenientemente el hospital que el Congreso le había destinado para desenvolver su enseñanza clínica.

No ha sido más exacto ni más afortunado en sus juicios, cuando declara más adelante en la misma Memoria de 1885: « Ninguna institución ha progresado más rápidamente que la
« Facultad de Ciencias Médicas de Córdoba. En pocos años se

ha levantado de la nada y hoy se encuentra en pleno adelanto debido a la laboriosidad de sus catedráticos, y en los últimos tiempos al infatigable empeño de su Decano el doctor Rossi, médico distinguido que ha contraído todas las fuerzas de su ánimo al desarrollo de la institución que dirige. (1) No era esta la opinión del ilustrado doctor Juan B. Gil con el extranjerismo que había invadido en aquella facultad. Con hechos tan recientes no hay para que refrescar la memoria: un poco más de empeño afanoso y aquella institución naufraga desprestigiada en toda la República.

Como prueba del amparo prestado por el Poder Ejecutivo á la Universidad de la Capital, mencionemos las siguientes declaraciones del doctor Wilde: « La Nación heredó de la provincia de Buenos Aires una Universidad compuesta de cinco facultades. Figuraban á más de las mencionadas (Derecho, Medicina y Matemáticas), la de Humanidades y la de Ciencias Físico-naturales. La constitución de una Universidad en esa forma fué copiada, según entiendo, de la de Chile y tanto la de aquella República, como su copia, obedecían á una necesidad teórica y no práctica ».

« *Me cabe el honor de haber contribuído con cierta eficacia á la supresión, en la Universidad de la Capital, de dos facultades inútiles, la de Humanidades que no era más que el remedo de un Colegio Nacional y la de Ciencias físico-naturales que no respondía á fines positivos* ».

« En mi Memoria anterior demostré lo legítimo de tal supresión y no entiendo que deba ahora volver sobre esa demostración, á pesar de cuanta observación me ha hecho en retirada, en diversas conferencias, el actual Rector doctor Avellaneda, respecto á la Facultad de Humanidades ».

« También he resistido toda tentativa de creación de una Facultad de Teología, porque no concibo Facultad que no se ocupe de una ciencia y la Teología no lo es, en el sentido humano, pues carece de sugeto capaz de ser sometido á experimentación, y porque la enseñanza que con semejante

(1) E. WILDE, Memoria de Instrucción Pública, 1885, pág. XCVII.

« Facultad se procuraría, puede obtenerse en los seminarios « eclesiásticos ».

« Hay, pues, tres facultades que responden á las exigencias « de nuestra civilización y que las llenan por completo ».

« Estas facultades están atendidas por los poderes públi- « cos de un modo satisfactorio aunque no á medida de los « deseos de algunos miembros de la Universidad ».

« Se sabe cuánto el espíritu de cuerpo influye en el ánimo « de los miembros de una congregación para hacerles creer « que ellos y la congregación de que forman parte son la « cosa más importante del mundo y la más digna de atención. « Por esto no es raro que los cuidados del gobierno colmen in- « completamente los deseos manifestados de las corporaciones, « y que las memorias é informes de esos institutos sean, á « veces, una verdadera lamentación y un índice de puras « necesidades urgentemente reclamadas ». (1)

Cuanto escepticismo no revelan estas páginas! La Facultad de Humanidades, no era más que « un remedo de Colegio Nacional », — ¿y por qué el ministro no procuraba levantar la índole de sus estudios hasta la cúspide de sus similares en el mundo civilizado? — porque el doctor Wilde en las alturas, era ya inabordable ni con las frases sonoras y persuasivas de Avellaneda. La Facultad de Ciencias Físico-naturales « no respondía á fines positivos », palabras que merecen ser testadas en una Memoria de instrucción pública, por el absurdo que puede hacer camino. Y respecto á la Facultad de Teología, — ésta para que sirve? « si no hay sugeto capaz de experimentación », los pueblos que la poseen, pierden lastimosamente su tiempo. Y en cuanto á las otras facultades, aquellas que se salvaron milagrosamente de la poda del doctor Wilde, tal vez porque en el criterio ministerial eran fábricas de profesiones lucrativas, ya conocen su opinión asentada en documento público con enfático orgullo, respecto de sus informes anuales que semejan « índices de puras necesidades urgentemente reclamadas »; — el ministro está ya cansado de tantas lamentaciones, es inútil que lo perturben en su plácida som-

(1) E. WILDE, Memoria de Instrucción Pública, 1885, pág. XC.

nolencia; pueden vivir con el hambre y con la sed por las investigaciones científicas, que eso es propio de las corporaciones que se consideran como la cosa más importante del mundo!

La obra fundamental de la administración de 1880 á 1886, consiste en la organización del Consejo Nacional de Educación sobre bases AUTONÓMICAS. Puede repetirse, respecto á él, lo que el doctor Wilde decía en su última memoria de 1886 en la presidencia del general Roca: « El Consejo de Educación, compuesto de hombres competentes, se ha impuesto á la atención de todos y cada día gana ante la opinión que le tributa aplausos merecidos. Todos ven levantarse en diversos barrios de esta ciudad, palacios destinados á las escuelas, hechos con arte severo y con economía. Se ha hecho más por las escuelas en estos últimos cinco años que en todos los transcurridos desde la organización de la Nación, hasta el comienzo de esta década, y no será sino á justo título que el pueblo recuerde los nombres de los obreros que han trabajado con tanto éxito y á cuya cabeza se encuentra el doctor Zorrilla, presidente del Consejo Nacional de Educación. Bajo una hábil, serena, prudente y económica administración, funcionan los consejos escolares, las escuelas públicas se multiplican, se encargan de ellas á maestros y ayudantes competentes y las escuelas particulares van quedando desiertas en tanto que las públicas aumentan prodigiosamente su población, porque no es sostenible la competencia con institutos en los qué, desde el edificio hasta la más insignificante regla de enseñanza, todo es nuevo, bueno y perfectamente adaptado á su fin ».

Reasumamos:

La labor de la administración del general Mitre en instrucción pública consiste principalmente en la fundación de los colegios nacionales, quien con el propósito de establecerlos en toda la República, tuvo que concretarse á organizar solamente 8 en otras tantas capitales de provincia, por el estallido de la guerra del Paraguay; Sarmiento y Avellaneda completaron el proyecto de la administración anterior y vigilando por la instrucción primaria en su principal cooperador

el Maestro, fundaron las escuelas normales ; por fin, el general Roca complementa la labor anterior y con la ley de la educación común y los decretos reglamentarios de la misma, organizan el Consejo Nacional de Educación con principios autonómicos.

Es este el verdadero título del general Roca á la gratitud nacional en sus servicios en la instrucción pública.

JUAN R. FERNÁNDEZ.

(Continuará).

ROQUE MORENO

(Novela histórica escrita para la REVISTA DE DERECHO,
HISTORIA Y LETRAS)

IV

Era San Honorio un valioso fundo rústico ubicado en un fértil valle del Norte de la República y próximo á un buen puerto que le facilitaba el expendio de sus productos; que, además, eran solicitados por los indígenas del interior que traían al valle papas, quinua, trigo y demás productos de las serranías llevando de retorno sal, de las salinas próximas, chancaca, azúcar y cañazo ó sea aguardiente de caña elaborado en la hacienda.

La casa era grande y pesada; con gruesas paredes; tan gruesas como acostumbraban hacerlas nuestros abuelos; de suerte que el alfeizar de las ventanas servía, en caso necesario, de improvisada cama.

Un ancho perístilo, sustentado por macizas columnas y al cual daba acceso una triple escalinata, ocupaba todo el frente del inmenso caserón, amueblado con más solidez que buen gusto, pero mostrando la abundancia tanto en lo esencial como en lo accesorio del menaje.

Dando frente á la casa y encuadrando el patio-plaza de la hacienda estaban el trapiche, la casa de paila, la casa de purga, las oficinas de destilación y otras dependencias.

Don Justo de la Vega Hermosa, rodeado de sus dependientes y criados, más era un patriarca que un amo. Sus es-

clavos solo lo eran en el nombre; pues siempre encontraban en él la solicitud de un padre indulgente y previsor. Cada jefe de familia tenía su pequeña chácara que cultivaba por su cuenta y de cuyos productos disponía; y esto, lejos de perjudicar las labores generales de la hacienda, les daba mayor impulso; pues cada uno miraba los intereses del amo como propios y trabajaba con empeño sin que el chasquido del látigo enervara su fuerza moral.

Entre los esclavos se distinguía por su adhesión al amo, el negro Josecillo; á quien don Justo compró para librarlo del grillete y de un novenario de cincuenta azotes á que un amo cruel lo tenía sentenciado por la falsa acusación del hurto de un caballo. Por sí mismo curaba don Justo las llagadas espaldas del negro; á quien compró, más que con el dinero, con esta humanitaria acción. Destinado á paje de confianza Josecillo se habría dejado matar antes de consentir que alguien tocara un solo cabello de su amo.

Teniendo en cuenta estas circunstancias, no parecerá inverosímil el hecho de que Vega Hermosa tuviera en su propia casa un depósito consistente en 10.000 onzas de oro, con el propósito de darles benéfica inversión. Sin embargo, solo Josecillo y el caporal Pablo Cañizares tenían noticia cierta de la existencia de aquel dinero.

Josecillo, vigilante como un perro fiel y astuto como los de su raza, dióse á sospechar de los intentos de Cañizares; y después de muchos días de infructuoso espionaje, encaramado en las ramas de un copudo palto, sorprendió cierta noche el siguiente diálogo entre el caporal y un sargento de milicias patriotas del pueblo vecino.

—Confiesa, zambo, que el godo, tu amo, tiene plata; y no me estés amolando la paciencia. Bien sabes que te trae cuenta.... saldrás de esclavo y..... quien sabe. Con que, acabemos.

—Mi sargento, por Dios; es que mi amo es más bueno que el pan; y que, la verdad, me da pena hacerle perjuicio.

—Anda, bobo. Primeramente has de saber que no hay español que sea bueno; este será más hipócrita; y se hace el bueno porque sabe que, al menor desliz le ponen el corbatín

de cañamo. Y abarcó su cuello con ambas manos para significar la horca.

Luego, con él, por más caporal que seas, no pasarás de la esfera de un esclavo chicharrón; mientras que si le proporcionas fondos á la Patria, el General San Martín te entrega tu carta de libertad, te hace sargento y... quién sabe!

El mulato se rascó el occipucio, meneó la cabeza con aire indeciso; y después de un momento de vacilación, dijo:

— Yo lo hiciera; pero si el adulete de Josecillo huele algo de esto, ya tengo *firmáu* el pasaporte pa la tierra de los calvos.

— Y quién se lo va á contar, pedazo de algarrobo? De seguro no seré yo, antes le haría comer plomo á ese mogino que ya me carga con su aire pacato y su adulación á los blancos. Pero dejemos eso y vamos al grano. Dónde tiene enterrada la plata el godo?... Cuántos zurrone tiene?...

— Si no está enterrada, hombre; si está.....

En ese momento se oyó, como si saliera del tronco del árbol, un suspiro lastimero, y una voz cavernosa ahulló, más que gritó:

— Má.... cara.... má.... a!

Ambos interlocutores sintieron que su sangre se helaba y se les erizaban los cabellos de miedo, Cañizares cayó redondo al suelo víctima de un accidente; y el sargento, repicándose con los talones en los muslos, echó á correr, como alma de condenado, dejando interrumpida la sesión.

Era tradición muy autorizada entre los esclavos y en los lugares vecinos, que en los campos y en la casa misma de San Honorio se aparecía por las noches un terrorífico fantasma que, entre ayes lastimeros y haciendo crugir un látigo, cual si despedazara carnes vivas, lanzaba el fatídico grito de: *mácaramá!*....

De aquí que, á las doce de la noche, no había empleado ni peón de la hacienda San Honorio que no procurara estar á esa hora en el más profundo sueño y con la cabeza bajo siete colchas.

Acerca de esto corrían las más caprichosas versiones. Quien decía que era una procesión de penitentes la que re-

corría los terrenos de la hacienda; quien, que era un clérigo vestido con hábito talar que pugnaba por entrar á la capilla y que, al llegar á la puerta, retrocedía espantado porque se le aparecía el alma de un esclavo á quien él había asesinado, para que no descubriera el lugar en donde lo había ayudado á enterrar su dinero. Y aún cuando ninguno de los existentes podía decir que hubiera visto ú oído nada que autorizara la especie, tal era el terror que su relato inspiraba, que bastó la feliz evocación de Josecillo para poner en derrota á los que un momento antes alardeaban de atreverse á tirarle los cuernos al diablo.

Josecillo, al ver que el sargento huía; y cierto de que el mulato estaba privado de sentido, bajó tranquilamente de su escondite y se dirigió á la casa, á la que penetró por una puerta excusada.

V

— Mi amo: es preciso sacar esos zurrone de plata y guardarlos en lugar seguro....

— Hay algún motivo de alarma, Josecillo? dijo á su esclavo el señor de Vega Hermosa.

— Sí, mi amo; los perros han olido el venado y quieren cazarlo; contestó Josecillo.

— Y qué lugar te parece á tí seguro?

— Ninguno, mi amo; dijo el negro; y se quedó meditando mirándose la punta de los pies.

Después de algunos instantes de vacilación, agregó:

— Seguro no; pero al menos, menos malo me parece enterrar los zurrone en la bagacera, detrás del trapiche.

— Pero de qué lado viene el peligro? ¿Los insurgentes, acaso? preguntó el señor de la Vega Hermosa.

— Justamente, mi amo, dijo el negro; y refirió la escena que presenciara la noche anterior, y terminó diciendo:

— Esta mañana, al salir la gente al trabajo, se notó la ausencia de Cañizares; y yo, como de casualidad, me dirigí con los otros caporales á buscarlo por el lado del olivar; y

— Encontramos privado como un tronco, al pie del árbol donde tuvo la conferencia con el sargento Ponce. Lo trajimos en unas angarillas hasta su rancho, donde ha vuelto en su acuerdo; pero está con fiebre, y tan amedrentado que ha pedido confesión.

— Entonces, de parte de él no hay nada que temer; dijo don Justo; pero el sargento no abandonará tan fácilmente la empresa.

— Por eso le decía á Su Merced, contestó Josecillo, que los galgos han olido el venado; y no pararán hasta cogerlo si antes no se les hace perder la pista.

— Me ocurre un medio, agregó don Justo; pero tengo que meditarlo antes de ponerlo en ejecución.

VI

En el pueblo de Buenavista, dos millas distante de la hacienda de San Honorio, en el corredor de un gran rancho de paredes curvilíneas pero con honores de cuartel, hallábanse reunidos fumando y apurando copas de aguardiente y hondos mates de chicha, una veintena de guerrilleros patriotas, de los que uno cantaba acompañándose con la vihuela una canción criolla, muy en boga á la sazón y á la que otros respondían en coro:

“Patriotas, el mate
de chicha apurad;
y alegres brindemos
por la libertad”....

cuando se presentó el sargento Ponce y les dijo:

— Compañeros, venga una copa que tengo la sangre helada de un sustazo que he tenido.

— Susto el sargento Ponce? observó el cabo Chinchilla con burlona senrisa.

— Susto y de los buenos; contestó el aludido; el mayor que he tenido en mi vida. Y eso que, como ustedes saben, me precio de tener coraje; pero eso será cuando se trate de

hombres de carne y hueso como nosotros; pero fantasmas y almas del otro mundo.... eso no reza conmigo....

— Qué fantasmas ni qué penas! El sargento Ponce está *jatau*, dijo con sorna un viejo de bigote cano.

— Cuente, compañero, cuente como fué eso, que yo me pirro por oír historias de aparecidos y quisiera encontrarme en alguna para saber como es eso, agregó otro.

— Pues han de saber ustedes que anoche se me apareció el *Mácaramáa*! dijo Ponce con solemne acento.

— Quiá! A otro perro con ese hueso, observó Chinchilla con gesto de incredulidad.

— Por esta, compañero, dijo Ponce, haciendo una cruz con los dedos y besándola. He visto al *Mácaramáa* con estos ojos que se han de comer la tierra. Lo he visto más grande que el cerro de Bombón, oliendo á azufre como un condenau; y con una voz del otro mundo que me puso los pelos de punta, y que, á no ser quien soy, me hace caer privau de espanto.

Como se ve, el sargento floreaba é ilustraba su aventura de la noche anterior.

— Y qué lo llevó á V. á San Honorio, mi sargento? preguntó el cabo Morón.

— Fuí, contestó el aludido, á preparar un golpe de mano, que si se realizara me redondeo; y pronto me hubieran ustedes visto con las amables sobre los hombros; pero ese maldito *Mácaramáa* todo lo echó á perder. Es negocio de algunos milloncejos de duros el que se me ha escapau, compañeros!

— Es que mi sargento no cuidaría de ponerle una vela á San Guilindón antes de acometer la empresa, observó con sorna Chinchilla.

— Qué San Guilindón, ni qué niño muerto! dijo con mal humor Ponce. Ese será santo de tu invención, Chinchilla.

— No, mi sargento; lo juro por Noé que plantó las viñas. Un reverendo muy seriote y sabihondo me contó que allá, en la corte celestial, está San Guilindón haciendo piruetas delante de su Divina Majestad y cantando al son de unas castañuelas: « La cuenta del pobre, que no se le logre »....

— Ciertó, replicó Ponce; creo que ese santo es vecino de San Sinforoso, patrón de los mentirosos.

— Cabal, agregó Chinchilla que no iba por respuesta á Roma, y de San Cucufato, patrón de los mentecatos.

— Pues, y de San Indalecio, abogado de los necios. . . .

Y habría continuado este agri dulce diálogo, sin la oportuna llegada del capitán Zambrano que era conductor de órdenes superiores, con lo que cada cual se fué á desempeñar su cometido.

VII

No halló don Justo de la Vega Hermosa mejor salida para el atajo en que se veía metido, que entregarse maniatado á la hidalguía y gratitud de Roque Moreno.

Sabía que aquello era como meterse en la guarida del lobo; más, atendidas las apremiantes circunstancias en que se hallaba, fuerza era hacer que el gato guardara la morcilla.

Escribióle una carta anunciándole que, necesitando garantías para su persona y para su caudal, ponía ambas cosas bajo la salvaguardia de su caballerosidad, y que en seguida se pondría en camino para el Olivar, distante unos 20 kilómetros de San Honorio.

En efecto, ayudado por el fiel Josecillo y por cuatro esclavos de los de más confianza; pero que creían conducir zurrónes de tabaco y no de onzas de oro, después de dar sus órdenes á su administrador, emprendió la marcha don Justo en una de esas hermosas noches en que la luna, aventajada rival de la luz eléctrica, despide efluvios magnéticos, envolviendo en luminoso nimbo á la tierra que, agradecida, exhala perfumes de penetrante aroma y produce misteriosos, armónicos rumores, cuyo conjunto convida á la meditación, á la melancolía y la efusión de tiernos y dulces sentimientos.

A pesar de sus preocupaciones, no pudo el señor de la Vega Hermosa librarse del mágico encanto que á su pesar lo dominaba, sus ojos, vagando en el espacio, acaso buscaban reminiscencias de la patria ausente, tal vez de un amor mal olvidado. Sentía férvidos anhelos de cruzar mon-

tes y mares, de remontarse á los espacios infinitos y cantar alabanzas al Creador en un idioma ignorado por el hombre, y desligándose de la carnal envoltura, elevar su alma hasta perderse en las regiones etéreas.

Dominado por el medio ambiente que lo envolvía, sentía esos arranques de místico arrobamiento y sublime poesía que, algunos años después, habían de inspirar á uno de sus compatriotas esta bellísima estrofa:

“Una noche, una de aquellas
noches que alegran la vida;
en que el corazón olvida
sus quejas y sus querellas;
en que lucen las estrellas
cual lámparas de un altar;
y en que, convidando á orar,
la luna, cual hostia santa
lentamente se levanta
sobre las ondas del mar”.....

TERESA GONZÁLEZ DE FANNING.

(Continuará).

EVOLUCIÓN CORRELATIVA

DE LA

ENSEÑANZA, LA DIDASCOLOGÍA Y LAS ESCUELAS NORMALES

(CONTINUACIÓN)

III

LA ENSEÑANZA EN LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO. — PRIMEROS GÉRMESES DE LA DIDASCOLOGÍA Y DE LA ENSEÑANZA NORMAL.

Para mediados del siglo XV se habían multiplicado las universidades en Europa, y muchas de ellas eran célebres: no había en España menos que cuatro; se contaban trece en Francia; Inglaterra alimentaba cinco; Italia tenía diez; no menos de seis funcionaban en Alemania; había dos en Portugal; una en Suiza; una en los Países-Bajos; otra en Polonia. Su enseñanza había contribuido á alimentar y difundir el criterio científico y literario de tendencias opuestas á las que habían caracterizado la enseñanza de la Iglesia. En 1450 estableció Gutenberg la primera imprenta, invento que permitiría en adelante multiplicar fácilmente los ejemplares de cada libro, haciéndolos más legibles y abaratándolos inmensamente. Tres años después fué tomada Constantinopla por los otomanos; los griegos huyeron á Italia llevándose su lengua, sus artes, su ciencia y sus bibliotecas, en la cual figuraron las obras de Aristóteles escritas en su lengua original. Hacia fines del siglo se descubrieron las costas occidentales del Africa, el paso á la India por el cabo

de Buena Esperanza, y la América: sucesos que habían de motivar tantos progresos comerciales é industriales.

Ya había renacido en Italia, desde el siglo XIV, en que figuraron el Dante, Petrarca y Boccacio, el gusto por la literatura clásica latina, merced al cual se generalizó el conocimiento de Cicerón, de Horacio, de Ovidio, de Virgilio; los griegos emigrados desde que los turcos tomaron á Constantinopla se establecieron en muchas ciudades de la península italiana favorecidos por el Papa y los Medici; enseñaron la lengua, la filosofía y la literatura griega, y dieron nacimiento y difundieron el entusiasmo por las artes y las ciencias helénicas; se extrajeron de las bibliotecas de los conventos, en donde yacían olvidados, cubiertos de polvo y maltratados por la polilla, los manuscritos antiguos; entraron las doctrinas de Platón en la enseñanza de la filosofía; y los nuevos profesores se esparramaron desde Italia por los demás estados europeos para extender en ellos sus conocimientos. Esos profesores y sus discípulos formaron en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Escocia, en los Países-Bajos, la afición por la filosofía y la literatura griegas, y un criterio opuesto al de la escolástica.

El brillo de esta clase de estudios, un tanto apagado en España desde el siglo XII, se reavivó también al pasar del siglo XV al XVI, y de ahí se extendió á la nación portuguesa. Reuchlin, Agrícola y Erasmo acentuaron mucho, con sus escritos y sus enseñanzas, la importancia de esta revolución operada en el orden de las doctrinas literarias y científicas. Por manera que la tendencia manifestada primeramente en la creación de las universidades tuvo una segunda manifestación más avanzada, desde el siglo XV, en el renacimiento de las artes, animado por el espíritu de los griegos y romanos de la antigüedad.

La revolución no cesó ahí. Sobrevinieron Lutero en Alemania, Zwingli en Suiza, los calvinistas en Francia, quienes, durante el siglo XVI, se consagraron á combatir á la Iglesia en sus fundamentos constitutivos: en la mayoría de sus dogmas, en su culto, en los principios fundamentales de la enseñanza, en el papado, proclamando la libertad de pen-

ser, y el derecho que cada individuo tiene de ajustar sus actos á sus ideas, con independencia de toda autoridad espiritual humana externa. La reforma religiosa, que no fué otra cosa que un desarrollo del movimiento *humanista*, si así puede decirse, iniciado en el siglo XII, y robustecido en el XV, se propagó rápidamente á muchos estados, y se radicó en los más de ellos. La autoridad de la Iglesia romana, de sus doctrinas, de su enseñanza, se anuló en unos países, y quedó gravemente conmovida en otros.

¿Qué hechos acompañaron al renacimiento y á la reforma, ó surgieron de ellas, en las doctrinas y en las prácticas didácticas del siglo XVI? Reuchlin, enseñando el griego y el hebreo, contribuyó poderosamente á generalizar el conocimiento de estas lenguas, sobre todo de la primera, mas nó se ocupó directamente en resolver, ni aún en plantear los problemas didácticos. Rodolfo Agrícola y Erasmo combatieron la escolástica y mucho trabajaron en restaurar las letras y las ciencias. El segundo escribió, además, algunos libros elementales, y otros de tono más elevado, en los cuales dilucida cuestiones relativas á la educación y á la instrucción; pero, si bien se revela en ellos su inteligencia superior, hay poca originalidad en sus pensamientos, y no puede decirse que haya sido un didascólogo. Recomendó que se cuidase tanto el bienestar de la mente como el del cuerpo; que se utilizase la memoria de la juventud; que se enseñase el griego, y luego el latín, en edad tan temprana como fuera posible; y que se aprendieran las reglas del estilo y las ciencias en los autores clásicos. Estas opiniones muestran que á Erasmo le preocupó principalmente la cultura literaria superior, de la cual quería que participasen también las mujeres.

Zwingli, Lutero, Calvino fueron principal ó exclusivamente personalidades religiosas, reformadores de la religión cristiana. El primero no desatendió del todo, como el último, la enseñanza; pero la atención que le prestó fué para que prevaleciesen los estudios de la Biblia, sin que se descuidase el de las lenguas clásicas, ni el de las letras, en los institutos de enseñanza superior. Quiso que asistieran á la Academia,

no solamente los alumnos, sino también otras personas de todas las clases del pueblo, para que aprendiesen á estudiar los libros sagrados con criterio libre, y para que se instruyesen en las demás asignaturas, sobre todo en las lenguas muertas, á fin de que pudieran leer la Biblia en su lengua original, sin las inexactitudes que solían contener las traducciones. Recién en los últimos años de su vida publicó un pequeño escrito, el único de él que se refiera á la enseñanza elemental, en el cual aconseja á un joven amigo suyo que aprenda la esgrima, la aritmética y la historia natural, pero, más que todo, la doctrina de los textos santos. Zwingli siguió, pues, á la Iglesia romana en el propósito de contraer la enseñanza á su grado superior, y de hacerla teológico-literaria; é hizo consistir la reforma en no excluir sistemáticamente las ciencias, en fomentar el estudio de las literaturas clásicas, y en tratar la teología con criterio más independiente, con criterio individual, y más racional, por consecuencia, que el impuesto por la Iglesia romana.

El más grande de los reformadores religiosos lo fué también de las costumbres escolares. Lutero notó que las universidades alemanas, si bien numerosas, carecían de profesores dotados de la capacidad de enseñar, y que los alumnos empleaban su tiempo en discutir frivolidades y en pervertirse. Las atacó, pues, con el ímpetu grosero que le era habitual, las llamó «invenciones de Satanás», «casas de libertinaje», «cuevas de asesinos», «puertas del infierno», y proyectó su reforma, tanto en la facultad de teología como en las de filosofía y de derecho, prescribiendo que la enseñanza de la primera consistiese solamente en el examen de la Biblia; que de la segunda se excluyese la filosofía de Aristóteles, por no conformarse bien al cristianismo; que en la tercera no se enseñasen ni el derecho canónico, ni el imperial romano: el primero, por ser de la Iglesia combatida; el segundo, porque su discusión no servía para otra cosa que embrollar las cuestiones é impedir el progreso.

Había visto asimismo con pena la profunda ignorancia de las clases inferiores del pueblo, y la indiferencia con que las familias y el gobierno miraban este estado. No había

escuelas fuera de las ciudades de alguna importancia: las pocas existentes solo enseñaban la doctrina cristiana, á leer y á escribir; y las enseñaban mal, por la ignorancia é insipidez de los maestros, á pesar de que su mayoría era de clérigos. Queriendo poner un remedio á estos males, exigió que se establecieran numerosas escuelas primarias, que se las alimentara con los bienes eclesiásticos y con donaciones del pueblo, que las familias enviasen á ellas sus hijos durante una ó dos horas diarias, que los pastores religiosos exhortasen sin descanso á los padres para que cumpliesen su deber escolar; dió muchos consejos acerca del modo de enseñar en las escuelas; y, auxiliado por su amigo y colaborador Melancthon, compuso el reglamento y el programa de las casas de enseñanza común. Habría en ellas tres *clases* graduales: la *inferior*, la *media* y la *superior*. En la inferior debería enseñarse á los niños, ante todo, la lectura del alemán; después, el latín en el Donato y en los dísticos de Catón, explicando la significación de frases breves ó de un par de dísticos y haciendo aprender en seguida de memoria el texto latino, para que los alumnos adquiriesen el vocabulario; y, á la vez, se enseñaría á escribir, la música y el canto. En la clase media ingresarían solamente los niños que supiesen las materias de la inferior, y aprenderían la música, las fábulas de Esopo, la pedología de Pedro Mosellano, coloquios escogidos de Erasmo, Terencio, las comedias más puras de Glauto y la religión; esto es, el padre nuestro, el credo, el decálogo, algunos psalmos fáciles relativos á la fe, al temor de Dios y á las buenas obras, la interpretación gramatical de San Mateo y de las dos epístolas á Timoteo, ó la primera de San Juan, ó los proverbios de Salomón. Deberían pasar á la clase superior los que se hubiesen distinguido en la media; continuar en ella el aprendizaje de la música; oír la explicación de Virgilio, de las Metamorfosis de Ovidio, y de los Oficios de Cicerón ó de sus Cartas familiares; y ejercitarse en gramática, en retórica, en la métrica, en la poesía, y en la dialéctica. Aconsejó también que, además de fundar estas escuelas elementales, se estableciese en cada ciudad una biblioteca, en la cual se

reunieran las escrituras santas, los mejores autores latinos, griegos y hebreos, los poetas y oradores paganos y cristianos, y las crónicas é historias existentes en cualquiera lengua.

Se infiere de lo expuesto que á Lutero se debe el concepto de lo que vale la instrucción de la masa del pueblo y el mayor esfuerzo que hasta su tiempo se haya hecho por comunicar á las clases inferiores la instrucción primaria en pueblos y aldeas. A él se debe también la iniciativa de erigir la escuela elemental en institución pública. El influyó asimismo, principalmente, en que la enseñanza tuviera por principio el libre examen, y en que se instruyera tomando por fin, no exclusivamente el incremento de la religión, sino también el bienestar nacional dependiente de su grado de saber profano. Y hay que reconocerle además el mérito de que, siendo clérigo cristiano, aún como reformador, haya combatido el exclusivismo del espíritu cristiano que había caracterizado hasta entonces á la enseñanza, y hecho prevalecer las lenguas y las literaturas paganas de Roma y de Grecia. Pero, si bien estos hechos han sido de inmensa importancia y justifican la gloria de Lutero, no es menos cierto que esa conducta y esa gloria lo son de filósofo publicista más que de didascólogo. En efecto: el programa que compuso para la enseñanza común de la infancia no pudo ser más inadecuado al fin último que él tenía en vista, ni más desproporcionado á la capacidad de las personas á quienes había de aplicarse, ni menos apropiado á las necesidades generales del pueblo. Lutero reemplazó el programa literario de la Iglesia romana por un programa literario clásico; pero no pasó de aquí su acción reformadora: fué romanista en el concepto de lo substancial de la enseñanza; siguió inculcando que se enseñaran la religión y lenguas antiguas, historia de lo antiguo, literaturas antiguas, erudición antigua, cuando lo razonable, lo necesario, habría sido enseñar la lengua nacional y las asignaturas de cuyo conocimiento dependía la eficacia del trabajo diario, la comodidad de la vida, la moralidad de las costumbres, el progreso de las industrias y de las instituciones civiles. Predicó la instrucción del pueblo; pero continuó

estando demasiado inbuído por la tradición de la Iglesia que quería reformar, para concebir la clase de instrucción que al pueblo convenía. Los procedimientos didácticos que aconsejó no le dan tampoco el relieve de reformador de esta parte de la ciencia: sus preceptos eran empíricos y, en gran parte, los rutinarios de su tiempo. Este juicio conviene asimismo á Melancthon, cuyas ideas capitales concordaron con las del amigo á quien tanto y tan lealmente auxilió.

Los trabajos de Zwingli y de Lutero vinieron tan á tiempo á satisfacer el deseo *de algo* que mejorase el estado presente de las ideas, y este deseo estaba tan generalizado á la sazón, que la reforma religiosa se propagó rápidamente con fuerza incontrastable. Y, aunque el reformador alemán vituperó severamente la enseñanza de las universidades, no podía ocultarse á la vista de las personas ilustradas que la enseñanza universitaria había sido la precursora del renacimiento, como no podía ocultarse que la propaganda escolar de Lutero valía tanto ó más que la predicación de los pastores para la difusión y la consolidación de la reforma. « Si se me diera á elegir entre el púlpito y la escuela », (decía), « no sabría por cual optar ».

Es propio de la naturaleza humana que una revolución afortunada estimule la reacción de las fuerzas á que afecta. Así sucedió que, á la revolución iniciada por la universidad y desarrollada tan poderosamente por los reformadores, respondiera la Iglesia romana con una viva excitación de sus energías. En el siglo de Lutero celebró el famoso concilio ecuménico de Trento, y publicó el Catecismo romano. En ese siglo fundó asimismo Ignacio de Loyola la no menos famosa Compañía de Jesús. Atacada la Iglesia en sus dogmas, en su disciplina y en su enseñanza, tuvo necesidad de fortalecerse en estos tres órdenes de hechos. Fijó, pues, el concilio los dogmas católicos, determinó los libros canónicos, reformó la disciplina eclesiástica, mandó que los sacerdotes se sujetaran al catecismo, exhortó á practicar la enseñanza é instituyó seminarios. Contrapuso al libre examen de los reformadores el principio de autoridad de la Iglesia; pero, para propagar sus doctrinas autoritarias, adoptó los dos

grandes medios de que sus adversarios se servían para propagar la emancipación de la inteligencia: el púlpito y la escuela.

Aunque la fundación de la Compañía de Jesús precedió en unos pocos años al Concilio tridentino, Ignacio de Loyola, y sus continuadores Láinez y Acquaviva, concordaron con las resoluciones de la gran asamblea ecuménica en afirmar el principio de autoridad y en consagrarse á la propagación de la fe por la predicación y la enseñanza; por manera que, mientras por un lado establecieron el voto de obediencia absoluta al Papa y á los generales de la orden, por otro se consagraron á convertir herejes é infieles, y á enseñar á la juventud. Los jesuitas, aunque combatidos desde el origen, supieron vencer todas las resistencias, gracias á la sagacidad, al talento y á la perseverancia con que se atrajeron la adhesión de las clases alta y media de las naciones: Descuidaron deliberadamente la enseñanza primaria de las multitudes, pero aplicaron todas sus fuerzas con admirable éxito á apoderarse de los colegios y de las universidades. Desdeñaron la historia, la filosofía y las ciencias; no se cuidaron de enseñar las lenguas comunes del pueblo, y aún prohibieron su uso diario en los establecimientos que dirigieron; pero, en cambio, pusieron el mayor esmero en la enseñanza del latín y del griego y de las literaturas clásicas, sin bien expurgando los textos antiguos de cuanto pudiera sugerir ideas opuestas á la fe ó á la disciplina de la Iglesia, y evitando todo ejercicio que, á la vez de favorecer la cultura literaria, pudiera producir la emancipación de la inteligencia. A este respecto escritores católicos les han reprochado: el haber eliminado de la enseñanza religiosa el conocimiento de los libros sagrados; que, cuando algún fragmento de ellos ponían de manifiesto, lo hacían amoldando el texto á sus fines y comentándolo á su manera; que en lo poco que enseñaban de filosofía procedían de modo que los alumnos se cansasen, se desalentaran y la repugnasen; que procuraron y consiguieron hacer aborrecer y olvidar cuanto hubiera podido ennoblecer el carácter y estimular el mejoramiento moral; que, mientras por un lado hicieron grandes servicios

algunas partes de la literatura iluminándola, por otro lado han mantenido en la obscuridad otras partes, obligando así á las inteligencias á seguir un mal camino; y que, en general, han deformado la ciencia para servir los intereses del pontificado, y la han tenido oculta en donde les convenía que fuese ignorada. El principio fundamental de su educación era la **anulación del criterio y de la voluntad de los educandos**. Estos debían creer que una cosa blanca era negra, si se les enseñaba que era negra; y no podían resistir, ni objetar una orden superior, ni discurrir acerca de su conveniencia. El general de la orden era intermediario de Dios; sus mandamientos eran mandamientos divinos; quienes los recibieran debían someterse tan pasivamente como si fueran cadáveres.

Trabada la lucha religiosa entre los reformadores y la Iglesia romana, y empleados por ambas partes los establecimientos de enseñanza como medios para conseguir el triunfo, razonable era que procuraran perfeccionar este instrumento de propaganda y acomodarlo á sus fines peculiares. La recomendación de Lutero para que se fundasen escuelas primarias dió por resultado, en los países protestantes, que los príncipes, las ciudades y el pueblo las establecieran y costearan, dotándolas de programas y de maestros con tendencias decididamente laicas. Fué proscripta de ellas toda autoridad eclesiástica en materia de doctrina, y seguida la de la razón individual de maestros y alumnos. Friedland de Trotzendorf, Sturm y Neander, tres amigos de Melancthon, se distinguieron sucesivamente por los progresos que hicieron en el orden didáctico. Trotzendorf imitó á los griegos en la enseñanza de los ejercicios físicos; y procuró que los alumnos pensaran lo que habían de aprender, empleando con talento la forma provocativa ó socrática de diálogo. Atribuyó á esta forma tanta importancia, que solía afirmar que no emplearla en las escuelas era como privar del sol al mundo, porque de ella depende que los alumnos fijen su atención, y que entren en juego y se desarrollen todas las fuerzas de la mente. Este solo rasgo demuestra que el rector de la escuela de Goldberg tenía un concepto más ó menos claro de los prin-

cipios fundamentales de la didascología. Y puede calcularse hasta qué grado penetró en la ciencia de enseñar recordando que para educar políticamente dió á su colegio una organización semejante á la que tuvo la república romana, con su dictador, su cónsul, sus censores y su senado, el cual decidía los asuntos graves de los alumnos después de oír á las partes interesadas. Sturm gozó de fama universal, como rector de la academia de Strasburgo, por la manera de su enseñanza clásica y por sus libros, en los cuales parece haber expuesto doctrinas didácticas sumamente adelantadas. Leander, rector de la escuela de Nordhausen, se separó de la enseñanza real de su tiempo en que, mientras los mejores profesores, incluso Trotzendorf y Sturm, enseñaban las ciencias físico-naturales en los libros antiguos, él recurría á la observación y aplicaba los métodos llamados experimentales. Por lo que se ve que el interés religioso de fomentar el libre examen, sugirió á los protestantes alemanes doctrinas didascológicas que importaban el principio de una reforma de la enseñanza.

Los jesuítas, á su vez, procurando realizar un propósito contrario al de los reformadores, y dominar universalmente en lo político y en lo civil, se dieron cuenta, desde que se organizaron, de que no podrían satisfacer sus aspiraciones sin tener un conocimiento profundo de la naturaleza humana, y se ocuparon en estudiarla. No publicaron libros de didascología; pero la sagacidad y acierto con que procedieron se revelaron en la prontitud con que consiguieron dominar las clases cultas de los estados católicos y en el prestigio que dieron á sus establecimientos de enseñanza superior y secundaria. En todas partes, aunque usaron el azote, se esforzaron por reemplazar la rudeza de las costumbres generales con la dulzura y los halagos, y con ejercicios agradables como la música, la danza, la equitación, la esgrima, la natación, que no se usaban en las universidades. En la enseñanza proscribieron los medios crueles y emplearon la persuasión melosa; prefirieron sistemáticamente la prevención á la represión; pusieron mucho cuidado en no fatigar á sus alumnos por la cantidad, ni por la forma de los estudios; graduaron prolijamente los cursos y las lecciones para que ningún ejercicio

desagradara por superar el estado del desarrollo mental, se esmeraron por convencer á todo el mundo de que lo tan cuanto humanamente podía hacerse en el sentido de remediar los vicios contrarios al pudor; y mientras así se hacían amar y preferir, fomentaban y arraigaban la intolerancia religiosa y la sumisión ciega á toda autoridad, enervaban los sentimientos humanitarios, anulaban el amor de la familia, se valían del espionaje como recurso disciplinario, y acostumbraban á ese modo de ser doble y astuto que las lenguas modernas designan con el vocablo *jesuitismo*.

Estos fines no merecen alabanza, pero no se puede llegar á ellos, ni concebir el empleo de los medios educativos indicados, sino á favor de un estudio atinado de las cualidades del ser humano; por manera que, si bien la Compañía lo hizo para su propio uso y provecho, y se abstuvo de comunicar á extraños sus doctrinas didácticas, como las comunicaban los reformados, es justo reconocer que fué, con los protestantes, precursora de la ciencia de la enseñanza.

Aparte del interés de la propaganda religiosa que sugirió á protestantes y jesuitas el pensamiento de buscar en la naturaleza humana las reglas de la enseñanza, el propósito meramente científico inspiró á Rabelais, en la primera mitad del siglo del renacimiento, y á Montaigne en la segunda mitad, ideas de gran precio acerca de la enseñanza usual en su tiempo y de la que debiera darse. Rabelais satiriza con frases cáusticas los métodos formalistas de la escolástica, sabedor, por su propia experiencia, de que no producían otro resultado que el de recargar la memoria con frases ininteligibles, y preconiza el principio de estudiar las ciencias en la naturaleza, procediendo naturalmente. Gargantúa representa á los alumnos de la escuela de la edad media; Eudemón personifica el concepto de los resultados que se obtendrían aplicando el principio de la enseñanza realista, experimental. ¡Qué papel tan diferente desempeñan, al encontrarse, en las conversaciones que tienen estos dos jóvenes! ¡Y qué transformación se verifica en Gargantúa desde que es sometido al nuevo sistema de enseñanza! No se desdeña la enseñanza latina, sino que se empieza por ella, pero sin hacerla exclusiva

como se la hacía, ni mucho menos. Se enseña la lengua popular, tan abandonada en las escuelas; se presta la debida atención al ejercicio muscular, en que no piensan los escolásticos; la mente no es ya un receptáculo pasivo de frases y discursos mal ó nada entendidos, y sí un organismo activo, que se aplica tanto á percibir el mundo físico en sí mismo, como á gustar las bellezas de la literatura antigua; las formas de este nuevo aprendizaje no son áridas, ni silenciosas y solitarias, sino que contienen todas las facilidades y todos los agrados de conversaciones espontáneas motivadas por la presencia de un río, de un bosque, de una montaña, de un pan, ó de un poco de agua, de sal ó de vino. Todo es serio en el fondo, muy serio; pero, en la manera, todo es recreativo, es juego. El ideal es aprender cosas útiles, profundizarlo todo, en una diversión continua, que haga simpáticas las fatigas de la inteligencia. La obra de Rabelais dista mucho de ser un tratado de didascología; es una novela simbólica y satírica, difícilmente comprensible en su conjunto, pero sembrada de pensamientos, acerca de la enseñanza, que entrañan una revolución.

Para Montaigne lo más importante y difícil de la ciencia humana es la parte en que se trata de la crianza y de la instrucción de los niños. Opina que la enseñanza general no debe dirigirse á hacer sabios y eruditos; el estudio del griego y del latín debe ser la base, pero el consagrarle todos los mejores años de la vida es un sacrificio tras del cual no se reporta utilidad equivalente. No deben ser los conocimientos el objeto principal de nuestro interés; debe ser la educación del buen sentido, el hábito de reflexionar sensatamente, para moralizar la conducta. El fin supremo de la enseñanza es la moralidad; el medio la educación, mucho más que la instrucción, pues esta no es útil como tal, sino en cuanto sirve para moralizar. No son tampoco los ENSAYOS de Montaigne un libro de ciencia de la enseñanza; pero contienen pensamientos en los cuales se determina el fin supremo á que deben dirigirse las escuelas y el medio principal de que deben servirse para realizarlo.

El siglo XVI no ha sido, como acaba de verse, la época

en que solamente renació el cultivo de la literatura y de las artes por el estímulo de los libros romanos y griegos entonces conocidos y estudiados, y por el influjo de los profesores de los libros que huyeron á la Europa occidental con motivo de las conquistas turcas del siglo anterior, y en que se emprendió la restauración del cristianismo primitivo; ha sido también la época en que germinó el estudio de los principios naturales de la enseñanza, con caracteres de originalidad y de independencia que no tuvo el movimiento literario. No se concibe todavía la ciencia como cuerpo sistematizado de doctrina; no se revela aspiración alguna á descubrir la teoría entera de la enseñanza; todos los estudios son parciales, fragmentarios, y llevan una dirección en los prohombres de la reforma religiosa, otra dirección en la Compañía de Jesús, otra en Rabelais, otra en Montaigne; pero en todos hay elementos más ó menos importantes de una ciencia que empieza á nacer sin conciencia clara, puede decirse, de su individualidad, y sin la previsión de su destino.

Aunque estas iniciativas tenían un valor que había de manifestarse en lo porvenir, partieron de muy pocos hombres y no se generalizaron las ideas innovadoras en las clases dirigentes durante el mismo siglo del renacimiento, y menos llegaron al pequeño mundo de las escuelas primarias para influir en su desenvolvimiento.

En la Alemania protestante eran los sacristanes quienes enseñaban la doctrina religiosa, la lectura, la escritura y el cálculo á los niños; y, cuando no ellos, eran los obreros, los músicos de baile, los taberneros, los pastores de rebaños. En muchos lugares las escuelas estaban en miserables cabañas; en otros no tenían casa y los maestros y niños se reunían alternativamente en los domicilios de los vecinos careciendo de muebles y de los útiles más indispensables. No se tomaba en cuenta ningún pensamiento pedagógico; no había procedimientos técnicos. El atraso fué mayor en Suiza: en todo el país de Berna no hubo, durante el siglo XVI, más que una insignificante escuela primaria, que se estableció en 1546.

Poco puede decirse de Francia, que aventaje á este lastimoso estado. En París se instituyó á mediados del siglo la

corporación de los *Maestros escritores jurados*, la cual pretendió que «nadie enseñase á escribir á los niños sin haber probado antes su idoneidad, á fin de evitar los abusos que se cometían en el arte de escribir, y por otras buenas y justas causas». El rey Carlos IX así lo resolvió; y, habiendo reclamado el chantre mayor, que ejercía cierta jurisdicción en materia de enseñanza primaria, los maestros escritores solicitaron «que se prohibiese á los maestros de escuela el enseñar á escribir y el poner en sus tableros-muestras ninguna señal de escritura». Esta cuestión apasionó los ánimos en largo tiempo. El preboste de París accedió á la petición; el chantre no quiso reconocer la autoridad de este decreto, las contestaciones se multiplicaron, tuvo que intervenir el parlamento y recién en 1600 concilió éste las pretensiones opuestas, prohibiendo á los maestros elementales «que tuviesen escuelas de escritura y que enseñasen separadamente el arte, de escribir». Puede inferirse de este episodio, que no es único en su especie, cual era, en el siglo XVI, el estado de las ideas acerca de la instrucción primaria, en la capital de Francia. Esta instrucción, dada en algunas *pequeñas escuelas* que tenía el chantre mayor, se reducía al catecismo, la lectura, la escritura y el cálculo; y aún ésta, la recibían solamente los pocos niños de las clases acomodadas, por ser retribuída. La inmensa mayoría de la infancia no asistía á ninguna escuela, porque no las había gratuitas y no podían pagar la enseñanza de las existentes. En cuanto al resto del país, el tercer estado pidió, á los estados generales de Orleans, que en cada iglesia catedral ó colegial se afectase una prebenda á la remuneración de un preceptor que instruyese gratuitamente á los niños; la nobleza agregó la petición de que esa instrucción fuese obligatoria. Los estados de Blois renovaron estas peticiones, por iniciativa del clero, pocos años después. Pero las guerras y la indiferencia del pueblo malograron tan plausibles tentativas y la ignorancia fué casi universal.

Podría parecer que la concepción de las nuevas ideas, el estado miserable de las escuelas y el ardor de la lucha religiosa hubieran debido sugerir desde luego el pensamiento de

formar maestros especialmente preparados para que enseñasen en conformidad con las nuevas concepciones; pero en el orden natural suele transcurrir tiempo más ó menos largo desde que asoma una noción al cerebro de un hombre hasta que se le aplica á satisfacer necesidades, porque es menester que en ese intervalo se difunda la noción, que la atención se fije en ella, que se le descubra su poder eficiente y que nazca la confianza en el éxito. Lutero y Melanchton, impresionados por la calidad del magisterio elemental de su tiempo, comprendieron claramente que no serían eficaces las escuelas si no enseñasen en ellas mejores maestros; pero «mejor maestro» fué para ellos el que estuviese más instruído en lo que había de enseñar. Lutero reclamaba que los maestros de escuela tuviesen cultura intelectual y supiesen el latín, que fuesen versados en todo lo que debieran comunicar á la infancia, porque esta fué la necesidad por entonces más sentida; pero no exigió que conocieran el mejor modo de instruir y de educar, porque lo que se veía era que la pobreza de la escuela dependía de la falta de instrucción de los maestros en lo mismo que los niños deberían aprender según el plan del reformador. No tuvo, este, idea de una ciencia de la enseñanza; y, por lo mismo, no pudo ocurrirle la de que se la enseñase á quienes querían ejercer el magisterio. Melanchton, sin estar más adelantado en este punto, no se limitó á predicar que los maestros se eligieran entre las personas doctas; quiso *que se les formase*, y él mismo los formó, pero dándoles solamente instrucción filosófico-literaria, para colocarlos en varias escuelas superiores de Alemania y de naciones extranjeras. A él se debe, pues, el concepto rudimentario de una preparación para ejercer el profesorado, aún cuando lo tuviera muy imperfecto, como que entraba poco en él la mira didascológica y no se relacionase con la enseñanza popular.

Persisten en el renacimiento, como en los tiempos antiguos, y como en la edad media, según se ha visto, la correlación de la mala calidad de la enseñanza y el erróneo concepto de ella, con la falta de ciencia didáctica y con la de enseñanza de la profesión de maestro. Pero en esta época se verifica un movimiento múltiple y extraordinario de ideas referentes

á la enseñanza: hay, por primera vez, quienes trabajen activamente porque se enseñe á la masa del pueblo, y conozcan que la instrucción tradicional es de malísimas condiciones y la combatan con energía; y ¡cosa singular! también aparecen quienes ensayen investigaciones didascológicas y quienes proclamen la necesidad de mejorar el magisterio y se dediquen á preparar mejores maestros, como medio de que se mejore la enseñanza. Esta continúa siendo deplorable, pero es, por vez primera, en la época del renacimiento, objeto de meditaciones especiales, de propaganda, de lucha, de apasionamiento de los ánimos, de tentativas revolucionarias.

IV

LA ENSEÑANZA EN EL SIGLO XVII. — SISTEMATIZACIÓN DE LA DIDASCOLOGÍA. — LAS PRIMERAS ESCUELAS DE MAGISTERIO.

Los hombres superiores, por muy imbuídos que los tuviera el espíritu de la época, no podían dejar de comprender lo poco satisfactorio que era el estado de las escuelas, ni la conveniencia de dedicar algún esfuerzo al mejoramiento de la enseñanza, y natural era que algo hubiese podido en su ánimo el ejemplo de las pocas personas que ex-profeso ú ocasionalmente habían dado señales, en el siglo XVI, de que se habían ocupado en asuntos escolares. Es así que, al pasar de este siglo al siguiente, y en el curso de este último, llamaron la atención con sus escritos y sus trabajos de didascología numerosos pensadores, algunos de los cuales llegaron á concebir y á exponer teorías mucho más completas y más sistematizadas que las del renacimiento. El primero de esos pensadores, en el orden cronológico, fué el inglés Bacon de Verulamio, que combatió vigorosamente la enseñanza verbal y deductiva de la escolástica, y predicó la necesidad de observar la realidad y de inferir de las nociones intuitivas, por inducción racional, las ideas generales correspondientes á la naturaleza. No inició, pero asentó sobre bases sólidas y

desenvolvió científicamente una doctrina didáctica verdaderamente revolucionaria, que le ha valido el concepto de ser el fundador del realismo moderno. Al mismo tiempo llamó la atención, en Alemania, el dinamarqués Ratke. Llamado también *Ratkeio*, anunciando en todas partes un plan de reforma fundamental de los métodos y prediciendo ventajas prácticas poco menos que milagrosas. Nunca publicó todas las ideas que aseveraba poseer; pero las que dió á luz contienen, mezclados con extravagancias propias de una imaginación enferma, juicios y reglas que concuerdan con las teorías de Bacon, y otros que inician progresos parciales en varios sentidos. Quizás el mérito principal de Ratke consistió en haberse comunicado con muchos príncipes, individuos de la nobleza y otras personas eminentes de Alemania, y en haberlos apasionado por la reforma éscolar que les anunciaba de modo charlatanesco, pues este entusiasmo predispuso á muchos en favor de todo pensamiento útil al mejoramiento de la enseñanza. Los jansenistas de Francia, principalmente los de Port-royal, (Nicole, Lancelot, Arnauld, etc.), publicaron obras en que expusieron teorías didácticas importantes. Descartes escribió su DISCURSO SOBRE EL MÉTODO. El austriaco Comenio recorrió varios países de Europa observando la instrucción que en ellos se daba, meditando una reforma y comunicando sus ideas. Demostró las deficiencias y los vicios de las prácticas de su tiempo, y escribió libros que gozaron de gran boga y que fueron traducidos á numerosas lenguas, en los cuales expuso un vasto sistema de enseñanza. Comenio es el primero que merezca el título de didascólogo, y uno de los más eminentes del siglo XVII. Es el autor del concepto de una organización gradual de toda la enseñanza, desde la doméstica hasta la superior; lo es de la teoría empírica del *concentrismo*, que en nuestros días ha reaparecido como novedad; tiene el mérito de haber sostenido la necesidad de la enseñanza práctica, aunque desligándola demasiado de la teoría: «Forjando se hace forjador», solía decir; y no es menor el de haber fundado sus doctrinas en la observación de la naturaleza humana. Al mismo tiempo, pero aventajado en algunos años por el pe-

dagogista bohemio, trabajó el filósofo inglés Locke aplicando á la psicología las ideas que Bacon expuso acerca de los procedimientos metodológicos. Fundador de la psicología experimental, desarrolló en los PENSAMIENTOS ACERCA DE LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS el principio de que la robustez de la mente debe tener por condición la robustez del cuerpo; dió base á la educación física, así como infirió sus reglas principales; enunció el pensamiento fundamental de que nada debe enseñarse á los niños que no haya de serles provechoso en la vida común; é inculcó que al niño no debe enseñarse lo que él mismo pueda aprender por sí. Locke no trató toda la didascología, ni mucho menos; pero en los puntos que dilucidó, todos importantes, llegó á conclusiones que llevaban una reforma radical á los usos generales.

Se ve que en el siglo XVII tomó vuelo la ciencia de la enseñanza, que apenas germinara en el anterior. Pero, si se exceptúan unos poquísimos establecimientos como los célebres fundados por Francke en Alemania, puede decirse que no se sintió su influjo en la práctica de las escuelas.

Los ministros y muchas otras personas eminentes de los países protestantes habían formado, después de la muerte de Lutero, bandos que disputaron con extremado ardor puntos religiosos, y que dieron por resultado, para los comienzos del siglo XVII, la relajación de los asuntos eclesiásticos, y, como consecuencia mediata, el abatimiento de las escuelas y la desaparición de las tendencias progresistas. Entonces estalló la terrible guerra de treinta años, con la cual había de decidirse si los reformados gozarían en Alemania la libertad de cultos y si la casa de Austria dominaría la Europa. Esa guerra barbarizó al pueblo, pervirtió las costumbres y destruyó muchas de las poblaciones y de las pobres escuelas que había legado el siglo anterior. Hecha la paz, revivió la enseñanza superior, pero transcurrieron muchos años de postración para la elemental, á pesar de los esfuerzos que hicieron algunos príncipes, sobre todo en las ciudades pequeñas, en los pueblos y en las aldeas, muchas de las cuales no restablecieron sus escuelas, ni aún mantuvieron las que habían quedado en pie. A la escasez de escuelas se agregó la mala

capacidad de los maestros. Según un libro dado á luz en 1700, había pocos que supieran escribir ortográficamente, ni transcribir una carta; menos podían redactarla ó componer un simple recibo. Si habían de escribir una invitación, copiaban el texto de un modelo. Ignoraban la puntuación, la tabla de Pitágoras, la numeración. Cuando querían escribir una mitad en cifras, escribían $\frac{2}{1}$ ó $\frac{1}{2}$, sin distinguir la diferencia. La causa de ser tan ignorantes los maestros era que seguían haciendo de tales los sacristanes, y que éstos, con frecuencia, eran personas que, no sirviendo para ejercer un oficio, se empleaban para mantener el aseo de las iglesias y hacer los trabajos de sacristía, por no mendigar. Los sacristanes que no eran de esta clase desempeñaban algún otro oficio, como los de mesonero, carnicero, tejero, cordeletero, etc., á la vez que hacían de maestros; y entonces, mientras el sacristán trabajaba en uno de estos oficios, despedía á los alumnos, ó los hacía jugar en el cementerio, ó los encomendaba al cuidado de monitores. Era frecuente que llamase á los niños, á la hora de clase, por toques de campana, y que inmediatamente se ausentara sin pensar más en ellos, y no volviera á la escuela hasta la noche.

En Francia continuaron las disputas relativas á la enseñanza de la escritura, hasta que el parlamento le puso fin, en 1661, decidiendo que los maestros escritores no podrían enseñar otra cosa que á escribir, la aritmética y la ortografía, y que los maestros de las *pequeñas escuelas* de París podrían enseñar el servicio religioso, la lectura, el cálculo, la gramática, y el trazo de las letras, con tal que ellos mismos escribiesen las muestras, y éstas no pasasen de tres renglones. Esas *pequeñas escuelas* seguían siendo del chanfre, y asistían á ellas, como en el siglo anterior, solamente los pocos niños de las altas clases á quienes se pensaba dar la carrera eclesiástica. La falta de escuelas gratuitas siguió obligando á mantenerse en la ignorancia á la muchedumbre de niños pobres, como se mantuvo en la campaña la casi totalidad de la infancia por falta de escuelas, hasta que el padre La-Salle y otros emprendieron en París, en la segunda mitad del siglo, la tarea de fundar *escuelas de cari-*

dad gratuitas para combatir el mal que no reñediaban las escuelas remuneradas. Aunque la población de París no se apresuró mucho á frecuentarlas, se matricularon en ellas, no solamente niños pobres, sino también cierto número de los que hasta entonces habían sido alumnos de las escuelas del chantre. Se estableció, pues, la competencia entre unas y otras; y el chantre, perjudicado en sus intereses, promovió un proceso contra las rivales, que vino á terminar á los veinte años por una transacción. A su vez los maestros escritores renovaron contra esas escuelas, porque enseñaban á escribir, los ataques que antes habían dirigido á las del chantre, pero con furor tan extremado, que varias veces las acometieron, penetraron en ellas y se llevaron sus existencias. Se concibe que el estado de las ideas no era en París, durante el siglo XVII, más favorable que en el anterior al progreso de las escuelas primarias; y se confirmará este juicio recordándose que las del chantre, las más favorecidas de la ciudad, eran dirigidas por titiriteros, peluqueros, albañiles, taberneros, cocineros, etc.

Las personas cultas reconocían en toda la Europa que la enseñanza primaria estaba abandonada y envilecida. ¿Cómo se explicaba este hecho, cuando tanto había progresado la ciencia de enseñar? ¿Se debía, acaso, á que la autoridad pública no le prestaba atención? Verdad es que el poder real de Francia nada hizo en favor de las escuelas elementales hasta los últimos años de este siglo. Aún entonces el propósito de combatir la reforma religiosa lo indujo á decretar que se arrebatase por la fuerza, á las madres reformadas, sus hijos mayores de cinco años, para educarlos en las escuelas católicas; que nadie ejerciera el oficio de maestro sin ser aprobado por los curas bajo la autoridad de los obispos y arzobispos; y que se empleara un maestro y una maestra en tantas parroquias como fuera posible, para instruir á los niños de los dos sexos en los misterios de la religión católica y en la lectura; «y también en la escritura á quienes la necesitasen,» imponiendo á todos los habitantes, en donde no hubiesen otros recursos, las sumas que faltan; pero estas resoluciones se frustraron al querer aplicarlas.

En Alemania se distinguió el duque de Gotha, Ernesto el bondadoso, por su empeño en reformar la escuela primaria, aconsejado por Comenio y Ratke, y en conformidad con las doctrinas del primero; mas su ardor y su prudencia fueron también infructuosos.

Estos antecedentes demuestran que los progresos de la escuela primaria dependían de algo más que el desenvolvimiento de la ciencia de la enseñanza y el esfuerzo de los gobiernos, puesto que uno y otro aisladamente y asociados, habían sido impotentes para conseguirlo. El duque de Saxe-Gotha atribuyó el mal éxito á que la didascología y los esfuerzos del gobierno *habían carecido de ejecutores bien preparados*; y queriendo que sus sucesores remediaran este mal, recomendó en su testamento que se creasen «casas especiales para formar maestros», voluntad que se cumplió en 1698 con la creación de un *Seminario escolástico*. La misma necesidad sintieron en Francia, hacia el mismo tiempo, Dénia, cura de Lion, y La - Salle. El primero fundó, según parece, en la ciudad de su residencia, una escuela para aspirantes á ejercer el magisterio. El segundo estableció, en 1685, en Reims, un *Seminario de maestros de escuela*, y más tarde otro en París, con una escuela primaria anexa, en la cual enseñaron los seminaristas bajo la dirección de un maestro idóneo. Por manera que, al terminar el siglo XVII, se concibió en Alemania, por primera vez, un proyecto de *escuelas de magisterio*, y tuvo este pensamiento su primera ejecución en el mismo país y en Francia; y en ambas naciones surgió la idea de la experiencia adquirida de que la ciencia y los gobiernos son incapaces de mejorar la enseñanza mientras no se establezcan institutos destinados á preparar convenientemente á las personas que han de dirigir las escuelas.

Esta preparación debería consistir ante todo en que los aspirantes adquiriesen todos los conocimientos que sus alumnos tendrían que poseer, ya que los maestros de la época no los tenían; y luego en que aprendiesen á enseñar, no según la rutina, sino según la ciencia didascálica, pues que esta ciencia nueva empezaba á revelar que la profesión

de la enseñanza no se desempeña con los solos dictados de un buen sentido inculto y sí á favor de estudios serios de la naturaleza humana. Seguramente el concepto de la escuela normal, sugerido por la necesidad al final del siglo XVII, no comprendía esas dos ideas con la plenitud y la perfección que ya permitía el grado de adelanto de los conocimientos especiales de la materia; pero tampoco pensaban los especialistas, como en el siglo anterior, que para ser maestro bastaba tener una instrucción general: lo prueban los seminarios de Gotha, de Reims y de París.

F. A. BERRA.

(*Continuará*).

Bodas trágicas⁽¹⁾

Á RUBÉN DARÍO

En la quietud solemne del crepúsculo, cuando las sombras van tomando por asalto la curva del cielo; en esa hora indecisa en que la naturaleza calla y los ruidos se amortiguan insensiblemente, y todo parece reconcentrarse y fundirse en un silencio de misterio y de ensueño, viene á mi memoria

(1) El autor de este sentido bosquejo de un precioso romance, nació en Buenos Aires en 1866 y aunque de tradición industrial, se dió de lleno á las letras, después de instruirse someramente en las humanidades, que enseñan los padres jesuitas en esta capital y en las cuales el artificio retórico suele limitar el vuelo de la imaginación. BERISSO, muy joven aún, ha leído mucho y estudia constantemente, después de ampliar sus horizontes intelectuales con un viaje de letras y de arte, por decir así, al Viejo Mundo. Comenzó escribiendo para los diarios y se ensaya ahora en el libro. Su volumen *El Pensamiento de América*, del cual se ha ocupado con singular elogio la prensa argentina durante tres meses — mientras ha guardado silencio respecto de la reimpresión de los tres volúmenes de los grandes discursos de Sarmiento — es un libro hecho con pasión literaria; pero con graves defectos orgánicos, desde su título hasta la elección y el desarrollo de los materiales. Es un ensayo, sin embargo y el joven autor puede rehacer su obra, que no responde al plan concebido, vasto y fecundo, por cierto. Su traducción de *Belkiss* ha sido recibida con justo aplauso. Siempre he creído que traducir es tiempo perdido. El hombre que tiene las inclinaciones y los recursos intelectuales de Berisso, debe hacer la vida literaria de su propia inspiración. Pero este pecado, como el de escribir *Bodas trágicas* sobre una trama europea, revelan que el joven autor no ha definido todavía su horizonte literario y evoluciona vagamente en un mundo confuso de impresiones de viaje y de recuerdos casi desvanecidos de sus lecturas. El argumento, sin ser nuevo, está bien trabado y desenvuelto brevemente en una atmósfera abri-llantada más por la intensidad del sentimiento, que por la novedad esplendente de la forma. Pero ¿no hubiera hallado bellos paisajes y efectos, ese espíritu selecto, trayendo su romance á las selvas tibias de Misiones, á las quebradas hondas y frías de los Andes ó á la ola azulada y rugiente del mar austral?... La literatura nacional espera sus cultores y estos, los que pueden contribuir á crearla, aparecen insensibles al medio grandioso, fresco y nuevo en que viven, y prefieren volver á la laguna veneciana, en que la luna riela y la góndola se desliza..... Pero Berisso tienta el porvenir y lo hallará, sin duda. Lo espero con simpatía en esta atmósfera nacional, que todo conspira á destruir ó á envilecer, y que solamente se salvará, como las ciencias y las letras medievales, en las solitarias bibliotecas de los que piensan, estudian y esperan.

— dijo Alberto — el recuerdo del tiempo ya ido para siempre; surge allá en las secretas voliciones de mi cerebro una imagen pura que toma contornos humanos, como en aquellos días de la radiante juventud.



Fué en Venecia, á la hora sombría del crepúsculo. Livia, la bailarina de mirada extrañamente melancólica, iba á hacer su acostumbrado paseo por los canales. Una góndola lujosa, la misma de siempre — precedida de un grupo de palomas blancas que volaban rumbo á las torres de la basílica famosa — se acercaba hacia nosotros. Livia y yo éramos antiguos conocidos. Invítome á acompañarla en su excursión nocturna. Acepté: subimos.

Las aguas del lago sereno y taciturno, bañadas por los primeros rayos de la luna llena, empezaban á adquirir cabrillos de plata. A lo lejos se encendían las luces de los palacios fantásticos, semejando cocuyos enormes. San Marcos emergía sus flechas agudas como un desafío al infinito. De vez en cuando la brisa sutil nos traía el eco de una barcarola evocadora de remembranzas é idilios, que la imaginación transformaba en suspiros: las notas vibraban un momento en nuestro oído como una caricia blanda é iban á morir lentamente entre el chapoteo del agua glauca. Selene alumbraba la ciudad marina con un fulgor de topacio. Al pasar cerca de las barcas inmóviles, escuchábamos cuchicheos de voces, rumor de besos, risas argentinas. En el ambiente de la noche azulada y profunda flotaba un vaho capitoso y sensual. La onda amarga tenía como un estremecimiento de voluptuosidad embriagante, que salía de los palacios, del lago, de las estrellas esplendentes y lejanas.

Y fué entonces, en el recogimiento plácido de esa hora inolvidable, cuando Livia, la bailarina de mirada extrañamente melancólica, me describió el velo secreto de su alma.



En fin, amigo mío, ya que tanto os empeñáis, os contaré la historia prometida; más, es preciso que yo os la cuente, quizás así dejéis de cortejarme; os convencereis, sobre todo, que mi corazón no puede ya amar, no debe ya amar. Para mí la vida es una carga demasiado pesada, un verdadero tormento; estos labios no pueden besar ya como besaron, ni estos ojos mirar como miraban cuando ante ellos el mundo florecía como un jardín de lirios.

—¿Pero por qué este exordio tan triste y desconsolador — interrumpila — si sois, Livia, la artista mimada, si estais en el hervor de la belleza y de la juventud, en el triunfo de los veinte años, si sois una criatura ideal?

— Escuchadme y lo sabreis — me replicó.

Yo amé al conde Herman con todo el ímpetu de mi naturaleza apasionada, con todo el ardor de mi sangre italiana, con todo el candor de mi corazón virginal. Venía él del norte, de la tierra de Lohengrin y Parsifal. Era bello como Amrafel, aquel desgraciado rey del Senaar que se enamoró de la reina de Saba y se mató por ella.

Tenía el perfil de líneas acentuadas y correctas; el porte gallardo, las maneras netamente aristocráticas. Encantaba. Sus ojos azules, casi celestes, y su barba y cabellos rubios contrastaban con mis ojos negros y mi cabellera de ébano. De ese contraste nació la pasión avasalladora y potente que debía perderme. Para mí Herman no era un hombre, era un dios. El amor logra convertir á los seres amados en seres ultra-terrestres. Borra las asperezas del carácter, pule los ángulos de la malignidad, ablanda las almas protervas.

Le amaba, pues, loca y perdidamente. Propúsome abandonar el hogar, huir lejos de la sociedad y del mundo, casarnos, formar nuestro nido en la cumbre de una montaña agreste, ó al pié de un arroyuelo cristalino, lejos, muy lejos de Italia, donde ya nadie supiese de nosotros.

Sin titubear un instante, sin meditar en el dudoso porvenir y en la fragilidad de los afectos humanos, acepté su proposición. Cuando se ama de veras no se reflexiona, no se piensa ni en los deberes, ni en las conveniencias mundanas: se acepta indiferentemente la vida ó la muerte.

Y en una noche así, serena y pura, dejé el lecho, me vestí con mis mejores sedas, me engalané con mis joyas preciosas, salté la ventana y Herman me estrechó contra su pecho, entre abrazos prolongados y caricias ardientes.

A los pocos días dejamos las riberas del Adriático por las orillas del Rhin. Allí renovamos las santas promesas y los juramentos eternos.



Pasaron diez meses de plena felicidad. Nos amamos mucho y bien, hasta por encima de los cabellos. Nuestros cuerpos vibraron armoniosamente como las cuerdas de una sola lira.

Diariamente, después de oír misa en la capilla de la aldea cercana, hacíamos excursiones campestres; frecuentábamos todos los villorrios; y no había monte, cascada ó fuente que no conociera el rumor de nuestros besos. Siempre solos, siempre alegres, siempre sonrientes. La existencia se deslizaba así, tranquila como la de los pacíficos moradores de la campiña. Los ruidos del mundo no llegaban hasta nosotros; ningún remordimiento ó pesar empañaba el cristal de nuestra dicha. Sobre un cielo despejado y diáfano, la antorcha del sol!

....Una tarde nebulosa y fría de invierno, en que del alto cielo descendía la nieve en grandes copos, sentados el conde y yo alrededor de la estufa, me atreví á preguntarle cuándo íbamos á realizar el juramento de unirnos ante los hombres, puesto que lo estábamos ante Dios. A mi interrogación opuso un silencio completo. Su fisonomía tan bondadosa, tomó un sesgo hostil. Desde ese instante entre Herman y yo se extendió un abismo. A la hostilidad sucedió la indiferencia; á la indiferencia el hastío. Con esa pregunta había roto yo el hilo mágico de nuestra unión, el encanto del idilio. Después de las sonrisas diamantinas, las lágrimas amargas! Y aquel hombre, al cual, sin vacilar, me había entregado toda entera—cuerpo y alma—desapareció de pronto sin decirme

« adios », y no le vi más. El amor que creía eterno se perdió como la postrera llamarada del sol que se hunde.

Hasta aquí, como veis, la historia no tiene nada de extraordinario; pero os ruego, Alberto, me escuchéis hasta el fin.



Quedé abandonada en un país extraño, sola, sin recursos. No conocía á nadie, ni sabía balbucear siquiera dos palabras de aquella lengua imposible. Vendí mis joyas, mis muebles, mis trajes; quedé en la miseria. Inútilmente busqué trabajo: el idioma rebelde se levantaba delante de todas mis tentativas como una muralla. Al fin, cansada de solicitar protección de puerta en puerta, amargada y desesperada, alimenté ideas de muerte. Pensé suicidarme, y ya decidida á poner en práctica mi resolución—acabando de golpe con esa existencia envilecida—á la manera de un relámpago que ilumina una tumba, una luz salvadora alumbró mi espíritu.

Actuaba en la ciudad vecina una compañía de ópera italiana. Saberlo y presentarme al empresario fué todo uno. Le manifesté mi angustiosa situación, solicitando me agregase al cuerpo de baile. Quiso conocer mis aptitudes, y, al manifestarle que no sabía bailar, frunció el entrecejo y movió la cabeza como quien va á formular una negativa categórica. Pero de súbito, abarcándome con una mirada experta, exclamó: « qué hermosa sois! » Ya sabreis lo que en el *tecnicismo* teatral significa esta exclamación!

Entré en ese mundo coreográfico, en cuyos umbrales se deja el último resto de pudor. Al poco andar era yo hábil en mi improvisada profesión. Cuando el estómago aúlla las piernas adquieren agilidades de ardilla.

Con esa compañía de artistas volví á ver el cielo italiano.



Transcurrieron dos años más, al cabo de los cuales llegué á ser « estrella ». Desde mi primera y única falta—mi grande

amor por el conde Herman—no dí nunca pábulo á la chismografía callejera. A pesar de pertenecer á ese gremio osado y aventurero, á mí se me respetaba y se me miraba como algo monstruoso á fuer de raro. Llovíanme billetes perfumados, declaraciones patéticas; ruegos, súplicas; ramos de flores, coronas de laureles y valiosos collares de brillantes. A todo fuí sorda, y todo lo desdeñé.

La marea de los cortejantes—viejos célibes y jóvenes *dandys*—crecía con mi obstinación, inexplicable para esas cabezas frívolas que suponían incompatible mi profesión con mi honestidad. Mi sér entero protestaba contra aquella jauría de apetitos carnales, y á veces no podía sofocar una maldición....¿Educación? ¿atavismo?, ¿medio ambiente en que me formé?....Dejo al psicólogo la explicación del fenómeno. Codiciada, supe mantener intacta mi virtud; «sellé mi túnica con cinco alfileres de oro, seguros como cinco llaves», cual la amada de Salomón.

Periódicos y revistas ilustraron sus páginas con mi retrato, inundándolas de largas biografías novelescas. Llegué á la meta anhelada: á la *Scala* de Milán, que es para los artistas, lo que era el *Coliseum* para los gladiadores en las justas de Roma. Me extrené con el *Exelsior*. Aquello fué un delirio, una apoteosis. El público me cubrió de rosas, me colmó de aplausos. Entre el clamoreo y los «bravos» de tres mil espectadores, alcancé á columbrar en un palco de primera fila la rubia silueta del conde Herman, emocionado y pálido. Una oleada de sangre me empurpuró el rostro; y en el primer impulso pensé vengarme. El me miraba ansiosamente, apasionadamente, como en otros tiempos. En el entre-acto vino á verme y me tendió la mano; le volví la espalda. Sin embargo, sentí en lo recóndito de mis fibras que le amaba aún. Quien ha amado de veras,—pueden afirmar lo contrario sabios y filósofos,—no podrá odiar jamás: desdenará amando. El conde intentó repetidas veces y por mil medios reanudar los lazos del pasado. Todo fué en vano. Lo confieso, ni sus millones, ni sus títulos de nobleza, ni su varonil hermosura, eran alicientes bastante poderosos para lanzarme en una nueva aventura con el mismo hombre que

me había engañado tan villanamente. Empero, Herman era infaltable al teatro. Menudeaba sus visitas al proscenio; giraba en torno mío como los piratas que asechan la nave para abordarla; pero pronto dióse cuenta de que perdía el tiempo y comprendió que el único camino digno para llegar hasta mí era el del sacrificio y del honor. Y volvió á alejarse.



Pasaron todavía dos años. Mi gloria artística creció, se difundió por todas las ciudades, llenó los ámbitos del reino, envuelta en una aureola de simpatía general. La pasión del conde creció también; insistió por centésima vez en sus pretensiones innobles, con el mismo resultado. Y fuese efecto del resplandor casi ideal que rodeaba mi nombre y mi vida, fuese el remordimiento de su pasada infamia, fuese la admiración por mi celebridad, fuese mi resolución inalterable é invencible, ó mi belleza, triunfante — porque, no me lo negareis, todavía soy bella — ó todo ello junto, el caso es que una noche se presentó ante mí y me pidió perdón diciéndome fijara el día y la hora para nuestras bodas. Y como yo titubease aún, agregó: « mañana » « esta noche misma! . . . » Veía, pues, despejarse la espesa niebla que nubló mis pupilas, cristalizarse mi sueño de amor honrado; de hoy en adelante podría llevar la frente erguida ante las demás mujeres y servir de ejemplo á las que la fatalidad ó la desgracia las hace caer — según los códigos humanos — en un abismo más negro que el del crimen.

. . . . Llegó el día de la fiesta nupcial.

Desde la aristocracia de la vieja ciudad de los Dux, hasta las gentes humildes del bajo pueblo, hombres mujeres y niños, llenaban de antemano las naves de la basílica de San Marcos, de ese mismo San Marcos cuyas cúpulas enhiestas proyectan en este instante su sombra densa sobre nosotros. Un hervidero de cabezas cuchicheaba en torno de la « pareja ideal » — así nos llamaban. — Un murmullo de admiración contenida acompañaba nuestra entrada triunfal en la felici-

dad. El olor del incienso, de los perfumes, de las flores, formaba una atmósfera capitosa y mareante. Mi alma nadaba como sobre una onda de enervamientos deliciosos. Los violines preludiaban el ritmo de las melancolías otoñales; atacaban *pianissimo*, á la sordina, y subían, subían hacia la rotonda, hasta perderse en una vibración apenas perceptible. Los oboes discurrían de cosas nimias é infantiles. Las flautas desgranaban una cascada de risas cristalinas. Los violoncellos, con su voz humana, sollozaban lamentaciones, elegías, historias de amor y de voluptuosidad. Y el órgano—la voz de Dios—lanzaba en tropel sus acordes de escalas gigantescas, que repercutían en las bóvedas sonoras como un delirio de aclamaciones.

Hubo una pausa, un momento de expectación solemne; las voces de los instrumentos callaron; el rumor de colmena cesó. El silencio se hizo profundo como si el templo estuviese desierto.

El sacerdote, reluciente de oro, se adelantó hacia nosotros, dijo los preceptos del ritual, y al ir á colocar el anillo del conde, el «sello» del juramento, en mi mano temblorosa, Herman palideció de súbito, tuvo un estremecimiento convulsivo y cayó de espalda. ¡ Estaba muerto !



Los circunstantes horrorizados abandonaron precipitadamente el templo, haciendo los más extraños comentarios sobre aquel desenlace inesperado y cruel.

Naturalmente,—agregó Livia—pasado un tiempo de esas bodas trágicas, yo he tenido que volver á las tablas. Actualmente, trabajo aquí, donde mañana podreis verme en *Brahma*. No sé nada de mis padres ni de mi hogar; ignoro si viven ó han muerto. De todos modos sería lo mismo: yo he muerto para ellos y para el mundo!

Amigo mío, no os ríais jamás de esas desventuradas; quién sabe qué duelos terribles y qué dramas sombríos guardan muchas de esas pobres criaturas desdeñadas. A ve-

es creedme es necesario matar el alma para que baile el cuerpo Recordadlo

Ahora, Alberto, ¿estais convencido de que yo no puedo ya amar, no debo ya amar?

En ese instante una nube negra cubrió la luna; Livia y yo—terminó Alberto—llegamos á tierra; nos estrechamos las manos friamente, y nos separamos mudos y pensativos, mientras que á lo lejos oíamos todavía los ecos melancólicos de una serenata, que evocaba en nuestras almas el recuerdo de ideales truncados, de dichas frustradas y de hondas tristezas.

LUIS BERISSO.

MARCAS DE FÁBRICA

EL REINADO DE LA FALSIFICACIÓN (1)

La cámara de diputados sancionó el año anterior un proyecto de ley de reformas á la de marcas de fábrica vigente. Es muy laudable que el congreso se ocupe en mejorar las disposiciones de la ley actual; pero estamos muy lejos de creer que la impunidad de que gozan los falsificadores deba culparse exclusivamente á los defectos de la ley en vigor.

Es en otra parte donde debe buscarse el remedio á este mal.

Numerosos y constantes desastres judiciales en asuntos de marcas, donde los falsificadores é imitadores encuentran siempre excusa ó puerta de escape en un resquicio de las leyes de fondo ó de procedimiento, han hecho que el comercio honesto de la República tema, como á una aventura peligrosa, el perseguir la enorme falsificación que todo lo avasalla.

(1) El doctor TOMÁS A. LE BRETON nació en 1868. Hizo sus estudios preparatorios en esta capital, ingresando á la Facultad de Derecho en 1886 y de ella salió el año 1891 con el título de abogado y doctor en jurisprudencia. Escribió la tesis inaugural sobre «Patentes de invención». Ha colaborado en *La Prensa*, en la *Revista Jurídica*, de cuyo centro fué secretario y en *El Argentino*; y sobre «competencia desleal» en el Índice de la oficina de marcas. En 1891, desempeñando yo la cartera de Relaciones Exteriores, le encargué de buscar en Europa el mapa de las cortes en la cuestión de Misiones, y la correspondencia privada del ministro de Portugal sobre el tratado de límites entre España y Portugal. El primer mapa era, según nuestros antecedentes, la base del derecho argentino. El doctor Le Breton lo halló, y con el hallazgo se desvanecieron las esperanzas argentinas en el arbitraje, porque el documento favorecía al Brasil. El desempeñó gratuitamente esa comisión en que habían fracasado antes varios agentes remunerados. El doctor Le Breton, es uno de los jóvenes abogados, que ha hecho de la materia de que trata su artículo, una especialidad; y los puntos de vista que desarrolla ahora son tan exactos, como bien encaminados. Muy joven aun, brioso é inspirado siempre en el bien de su país, ha hecho sus primeras armas políticas en la columna avanzada del *Partido Radical*, en la cual forma todavía, asistiendo con pena, sin duda, á la disolución de esa extraordinaria fuerza cívica y de ponderación política, cuando más necesaria es la concentración de los bien intencionados, bajo la disciplina cívica de los partidos.

Mr. Charles Wiener, delegado comercial del gobierno francés en este país, decía en su último informe á su ministro de comercio en París: « La falsificación de marcas en la República Argentina no tiene vallas ». (Véase *La Prensa* del 25 de Enero último).

Mr. Thomas Worthington, igualmente delegado del gobierno inglés para el estudio del comercio en nuestro país, quedó verdaderamente asombrado al darse cuenta de la forma insólita con que el comercio de la falsificación se hace aquí.

El juez federal de la capital, doctor Granel, ha tenido ocasión de verificar personalmente en una inspección ocular celebrada en Diciembre último, una casa en la cual se encontraban para la venta los elementos necesarios para la preparación de todos los artículos de consumo corriente: etiquetas, cápsulas, plomos, sellos, facsímile de las firmas y hasta el cuño de acero que el gobierno italiano coloca como control sanitario en los cajones de las bebidas que desde allí se exportan para nuestro país.

Existen en Buenos Aires casas que reparten precios corrientes con el valor de las *esencias* para preparar bitter Secrestat, cognac Otard Dupuy, chartreuse, etc.

Cargamentos íntegros de botellas con las marcas más acreditadas en Europa y en la Argentina, llegan cada día á la aduana, para ser llenadas aquí con tales drogas y esencias.

Pero no es solamente en las bebidas corrientes donde la falsificación se opera; los productos medicinales no se libran de la rapacidad criminal de los falsificadores.

Conocido es en estos tribunales el proceso de las píldoras de Blancard; cada día se descubren grandes falsificaciones del agua de Janos, magnesia Curling, píldoras Erba, jabón de Reuter, etc.

Las salsas inglesas, polvos de levadura, mostazas reputadas, todo se falsifica, hasta la tinta con que escribimos.

En perfumería sólo por casualidad ó en casas muy respetables se puede encontrar un frasco de agua auténtica ó una caja de polvos ó pomada que provenga del fabricante cuya firma lleva.

Los fumadores están hartos de adquirir tabaco Bahía, paraguay o del país y pagarlo como habano. Como cigarro italiano se entrega á los consumidores un mal cigarro elaborado en el país, con tabaco inferior y empaquetado tal como la manufactura italiana lo hace.

En medio de tanto fraude, las cámaras de comercio insisten por una reforma á la ley de marcas, el Poder Ejecutivo incluye en la prórroga este asunto, y la cámara de diputados sanciona una ley que no logra ocupar la atención del senado.

El presidente de la cámara de comercio francesa nos decía que uno de sus principales asociados, comerciante de los más fuertes de esta plaza, le manifestaba que vería falsificar sus marcas en su propia casa y que no se atrevería á litigar por temor de que se absolviera al falsificador y se volviera contra sí por daños y perjuicios.

Pero ahora nos preguntamos: ¿es que nuestra ley de marcas es atrasada ó defectuosa en grado que asegure sin control ni defensa la perpetración del fraude? No en verdad, nuestra ley de marcas fué dictada en 1876. El proyecto original es del doctor Alcorta. (Memoria de gobierno de la provincia de Buenos Aires de 1873); en la página 711 indica las fuentes de donde ha sido tomada, entre las principales: ley francesa de 23 de Junio de 1857, citando las observaciones que á esa ley le hicieran ya Bedarride y la jurisprudencia de Dalloz.

Pues bien, en Francia, el país más adelantado en esas materias y donde los tribunales no tienen ya que ocuparse de la falsificación en absoluto, pues no hay quien se atreva á hacerla, limitándose las discusiones judiciales á casos de imitación, Francia, como hemos dicho, se rige hasta hoy por la ley del 57, la que copió y mejoró nuestra ley dictada veinte años después, y con la experiencia de la práctica que aquella traía.

Luego, pues, no debemos culpar á deficiencias de la ley la casi impunidad de que hasta hoy han gozado los falsificadores. Culpemos más bien y con razón, á los mismos comerciantes que inician á veces sus juicios sin las precauciones

necesarias; á los letrados que no tenemos la preparación requerida y á los tribunales que no han juzgado siempre con criterio práctico comercial estas cuestiones, aplicándoles el criterio usual en los juicios de falsificación criminal ordinaria, tal como la de los billetes de banco, por ejemplo.

El juicio de falsificación de marcas es peculiarísimo; el que defiende su marca reivindica su crédito comercial y ampara al consumidor, evitando se le sofistifique vendiéndole productos que no son los que desea comprar.

El falsificador no sólo usurpa el nombre, la marca de otro falsificando su firma ó representación desacreditando su artículo con mercaderías inferiores y explotando á mansalva su réclame y prestigio, sino que engaña y estafa al consumidor expidiéndole artículos de calidad inferior ó diversa de la que el comprador quiere adquirir y paga.

Las leyes no están hechas como juegos de habilidad, donde el más audaz encuentre como eludir el cumplimiento de sus deberes de comerciante honesto, sino que están hechas para los altos funcionarios que la misma ley señala, las interpretan y apliquen buscando la verdad y la justicia.

En nuestro concepto, no se requiere tanto una nueva ley de marcas de fábrica, como que los tribunales, dándose cuenta cumplida de los males que la competencia desleal trae al comercio honesto y al público consumidor, se armen de todo rigor, aparten y desechen de los juicios todas las argucias y sofismas de los litigantes de mala fe y marchen en línea recta y con mano firme al descubrimiento de la verdad, en medio de todas las artimañas que los profesionales inventan.

Es preciso que las fortunas comerciales se labren con el trabajo honesto, inteligente y acertado, y que desaparezcan esas improvisaciones impúdicas, basadas solamente en el contrabando y la falsificación, amparadas con nuestra proverbial benignidad é indulgencia para los defraudadores de los intereses públicos y privados.

T. A. LE BRETON.

ORÍGENES NACIONALES

NARRACIONES RIOJANAS

(Escritas para la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS)

(CONTINUACIÓN)

Pero antes de pasar adelante, consignaremos una frase de este extraordinario caudillo, quien, en el delirio de la inopinada derrota, decía que su adversario, el general Paz, lo había vencido con figuras de contradanza.

Emprendió la tarea de rehacerse de aquella derrota; pero el general Lamadrid, para obstaculizar los planes de conquista que germinaban en aquel caudillo, aún después de debilitado, inició una campaña sobre la Rioja hacia el año 29. Quiroga, no considerándose en aptitud de resistirlo, emprende retirada á los Llanos, fulminando antes un edicto con pena de la vida y confiscación de todos sus bienes, contra todo estante y habitante que en un breve tiempo no abandonara su hogar, para reconcentrarse hacia á los *Llanos*, donde iba á establecer la base de ataque y defensa contra el invasor; ó al departamento de Vinchina, con todo cuanto poseyeran en ganado de toda especie, que debía quedar fuera del alcance de aquél.

Realizóse esta emigración, con el aspecto funerario de un acompañamiento de mujeres, niños y ancianos, á pie ó cabalgados en burros, en caballos y mulas rezagados del servicio militar. Algunas familias pudieron arbitrarse recursos como

para emigrar á Salta, al amparo de aquel tumulto, para nutrirse del pan amargo de la emigración, hasta poder recobrar sus abandonados hogares.

Avanza, en efecto, el invasor, sobre la ciudad abandonada á designio. Posesiónase de ella por el tiempo necesario y preciso, para llevar á su ánimo el convencimiento de lo árduo y difícil de la empresa, de buscar al adversario que estaba distante de presentársele en leal batalla. La preparación de este era para una guerra de recursos, desde que se moviera el enemigo de la capital en su dirección.

Comprendió claramente que lo menos que podía acontecerle era, quedar á pie (sea cual fuera el número de sus fuerzas), en alguno de los desiertos que seguramente, por fuerza, tenía que atravesar, y en el momento que tuviera que apacentar su ganado fatigado de marchas forzadas, sin tener dónde, ni cómo refaccionarlo. Esta convicción y la conveniencia de reorganizar fuerzas y elementos de resistencia capaces de repeler una invasión que ya se dibujaba, decidieron á Lamadrid á retornar sobre Tucumán.

Quiroga entonces retoma la ciudad abandonada, para enarbolar desde luego la bandera de guerra que había adoptado, punzó y negro, símbolo ahora de «*federación ó muerte*», sinónimo de «*religión ó muerte*», que también explotaba ante el fanatismo vulgar, contra los blancos que denominaba herejes. Asume el mando supremo, reconcentra las fuerzas activas de que disponía, reforzadas con cuánto elemento bélico halló á su alcance, hasta completar un ejército capaz de la empresa que tenía preconcebida.

Catamarca no le era hostil, porque de años antes la tenía subyugada y hasta gobernada en época determinada, por su segundo el general Villafañe; tanto que de su vasto territorio y algunos adictos pudo reforzar sus elementos á su tránsito, cosa que Lamadrid no consiguió, porque desde aquel tiempo, ya en Catamarca se distinguieron por su fidelidad á la santa federación, si bien no como partidarios de Quiroga.

Preséntase este invasor amenazando la ciudad de Tucumán cual Aníbal á las puertas de Roma. Omitiremos los incidentes y descripción de la batalla que tuvo lugar, por cuanto

pertenece á uno de esos acontecimientos que en la historia no pasa desapercibido, narrado con la autoridad de historiadores respetables, para concretarnos á referencias de actos propios del personaje que nos ocupa, y que bien puedan no haber merecido la atención de aquéllos.

En posesión el invasor de aquella ciudad, pone en práctica el objetivo de su empresa, cual era la exacción, que ningún ciudadano pudo eludir. Impuso contribuciones sin reserva á medida de la importancia social del ciudadano, con ó sin fortuna. Es lo cierto que obtuvo una contribución de guerra, cuyo monto nadie calculaba entonces, ni después, á menos que no se le diera publicidad.

Se traslucía y llegó á noticia del gobierno de Salta el pensamiento y propósito de este conquistador de llevar sus armas hasta apoderarse también de esta ciudad con igual propósito, al que desarrollara en la ciudad conquistada.

Los hombres dirigentes de aquella provincia, que se había, mantenido neutral en las disensiones civiles entre Quiroga y Lamadrid, en la idea ó propósito de evitar la visita de semejante huésped, proyectan y anticipan una comisión cerca de éste, con poderes bastantes de su gobierno, para tratar con el invasor temido. Dicha comisión era compuesta del respetable ciudadano don José Félix Arias como principal, y dos más igualmente expectables, cuyos nombres escapan á nuestros recuerdos. En presencia de la representación, el temible invasor, se mostraba accesible, á las proposiciones de esta delegación, y pactó un tributo de sesenta mil pesos plata, ⁽¹⁾ mitad en efectivo y la otra en ganado vacuno, á precio estipulado, para ser entregado en un término dado al gobierno de la Rioja, y distribuído entre aquellos propietarios que por razón de auxilios hubieran sido perjudicados.

El dinero entró en las arcas del conquistador. Mas el ganado, con uno ú otro pretexto fué retardado, hasta que la autoridad, cuyos respetos podían hacer efectiva la obligación, dejó de ser tal, como más adelante se recordará.

(1) Nos cuesta admitir esta versión por lo exíguo de la suma; pero la consignamos tal como el vulgo la admitía.

La delegación salteña, tan amistosamente departía con el general triunfante, que le hacía pierna todas las noches en el juego de barajas, aunque siempre perdiera, por el sistema que en el juego observaba aquél.

No permitía que ningún contertuliano se levantara de la mesa en ganancias. Si de apunte jugaba, lo hacía á la redoblona hasta desbancar al banquero. Se dió el caso de que el comisionado señor Arias, en ganancia de una respetable cantidad, deseara levantarse: al efecto concibió el plan de fingirse enfermo. Contaban las crónicas que saliendo fuera se proporcionó un pollo, que degollado bebió la sangre y que luego, en presencia de los contertulianos, vomitó en testimonio de un accidente que Quiroga, sin creerlo, aceptó como estratagema, porque tenía la especialidad, en premiar con su indulgencia actos de ingenio, ingenuidad ó valor personal. Tal lo dice, entre otros, aquel episodio con el coronel Barcala, que habiendo caído prisionero y formando entre el grupo que había de ser fusilado en Mendoza, lo mandó comparecer á su presencia. Entabló con el reo un ligero diálogo que terminó por preguntarle, qué habría hecho con él si hubiera caído su prisionero, á lo que éste sin titubear contestó:

—¡Fusilarlo, general!

Sea por esto ó por el rango militar del jefe, es lo cierto que fué exceptuado de aquéllos que no tardaron en ser pasados por las armas.

Referían testigos presenciales, y era público y notorio entre los que acompañaban al caudillo, que durante su permanencia en la ciudad conquistada, hacía gala del fruto de su victoria, ostentando en la vía pública al costado de la vereda de la casa que ocupaba, los zurroneos en cuero fresco, que sucesivamente se formaban del dinero que en plata sellada iban entregando las víctimas expiatorias de aquel desastre. Era tal el terror de que estaba poseído Tucumán, que de los raros transeuntes que acertaban á pasar frente de tal espectáculo, amedrentados variaban de rumbo.

Esto, al paso que acrecentaba el terror que se proponía infundir, manifestaba el propósito de hacer gala del título, con que hacía aquellas adquisiciones. Con ello hizo repartir tam-

bién un suple á la tropa, sin ajuste de sueldo, retornando al suelo, cuya sangre le valiera aquellas conquistas.

Llega aquí la oportunidad, antes de pasar adelante, de introducir en estas referencias una humilde personalidad que más tarde entra á figurar con el prestigio que adquiere al servicio del conquistador. Vecino de este, en su misma aldea, había un mocetón, casi niño todavía, que tomó servicio en las filas del caudillo, que fué acogido con la estimación propia de las aptitudes que manifestaba. Entró como soldado distinguido, ANGEL VICENTE PEÑALOZA, de origen de nobleza *sui géneris*.

Dice Sarmiento en su *Facundo*: «El llanista no conoce los miserables. Todos allí son dones». Este mozo se distinguió en todas las campañas de Quiroga, regresando de Tucumán con grado de capitán, sin haberse extinguido jamás el renombre de *Chacho*, con que se le señaló en familia desde niño.

Más adelante tendremos ocasión de hacer algunas referencias de su futura carrera política. Era el Chacho un hombre retacón, de musculatura reforzada, pecho y espalda prominentes. No había quien quedara de pie ó sobre el caballo que montara, si aquel atleta le aplicaba sus puños ó su látigo.

Sería también oportuno darnos cuenta, del porqué el segundo general don Benito Villafañe, no tuvo figuración en la campaña sobre Tucumán, ó sea de la terminación de su carrera. Sea que el éxito de la campaña sobre Córdoba, las extremas medidas que su principal adoptara para rehacer su poderío, ó la poca fé en el porvenir, lo decepcionaran, tomó la medida extrema de trasladarse á Chile con su familia, estableciendo desde luego en Coquimbo una casa de comercio, donde debería restablecer su tranquilidad. Allí recibió un emisario de Quiroga, desde Tucumán, llamándolo con urgencia. Se suponía que era para confiarle los destinos de la Rioja.

Encontrábase á la sazón en el mismo pueblo chileno, un emigrado de Mendoza, Navarro, que llegó á penetrar la misión de aquel emisario, como la próxima partida del ge-

neral requerido y concibió la empresa, que puso en práctica, convocado con otros unitarios, también allí asilados, de sorprenderlo en la cordillera y «dar cuenta de él», como lo hizo, cuando aquel dormía en un alojamiento. Allí se descargó sobre el viajero toda la zaña de un enemigo político. Así terminó también su carrera, dejando una familia en desgracia y pobre.

BRIZUELA

Al abandonar Quiroga su presa, no descuidó de arrear con cuanto elemento bélico tuvo á su alcance, como ganado de movilidad y abasto y todo el armamento de las tres armas que de tiempo atrás habían acopiado. Recuerdo que he alcanzado á ver 14 cañones, de cargar con pólvora por la boca.

A su paso por Catamarca recibió los rendimientos y ovaciones debidas al caudillo triunfante, llegando á la Rioja para reasumir el poder omnímodo. Reorganizó á su modo y voluntad el sistema administrativo. Se almacenó lo mejor posible aquel superabundante armamento. Nombró é hizo reconocer su reemplazante en el gobierno á un oficial á sus órdenes, Tomás Brizuela (alias) el *Zarco*, y preparó su traslación á Buenos Aires, donde de antemano tenía su familia. A su despedida de la Rioja dijo á los que salían á acompañarlo:

—«Les dejo un gobernador que no tiene palabra mala, ni «obra buena» (textual) lo cual comprobó en su administración de diez años.

Bajo esta administración y durante aquel período la Rioja estuvo en paz, sin otra conmoción que la que produjera la muerte de Quiroga el año 35 ó sea su consecuencia.

Gobernaba San Juan el coronel Yanson. Concibe éste la empresa de una invasión á aquella ciudad y la realiza con una fuerza volante, entre gallos y media noche, sin dar tiempo á organizar resistencia alguna. Apenas se pudo retirar de la ciudad los elementos con que se haría la reconquista al hostilizar al invasor. Este á imitación del general Lamadrid, se consideró perdido si permanecía más tiempo dentro de la ciudad, sin más suelo que el que pisaba. El corto tiempo de

permanencia, apenas le permitió un saqueo de objetos, entre los cuales fué el archivo interesantísimo de la Rioja, cuya pérdida jamás la historia lamentará lo bastante, por haber sido uno de los pueblos de más antigua fundación y cuyos primeros pobladores fueron también de los más esclarecidos de la madre patria.

Emprendida la retirada tan precipitadamente como la invasión, el general Brizuela (que ya lo era tal) le sigue los pasos con fuerzas bastantes y llega á San Juan, donde no es resistido. Yanson se retira y es nombrado por el invasor un comandante de guardias nacionales ó milicias, don Nazario Benavides, gobernador de la provincia.

Ahí termina aquella campaña sin consecuencias mayores que mencionar, sino es algunas exacciones, para indemnizar los gastos de la expedición.

Al regreso de este nuevo omnipotente, reasume el poder y continúa su gobierno de inercia, abandono y no interrumpida orgía. Pasaba semanas enteras en beberajes, con las chinas que reunía, haciendo no pocas veces vida común con el caballo ensillado dentro de la pieza donde se celebraba la fiesta. Como medida precaucional conservaba en la casa tres ó cuatro perros bravos que hacían la guardia hasta contra las personas que se proponían implorar alguna gracia sobre la pena que se les impusiera por la autoridad superior.

Un gobierno absoluto en la extensión de la frase: dos años después de ejercerlo fulmina un edicto imponiendo una contribución forzosa contra la clase propietaria de toda la provincia, formando al efecto un catálogo de nombres de los contribuyentes y las penas contra los que las resistieran.

Fué éste uno de los grandes conflictos para las familias que poco ha regresaran de la más penosa y dura emigración descrita. No pocas de las viudas, que por diversas causas en la misma época perdieron maridos é hijos, se estrellaron contra el poderoso implorando gracia de aquella fiera. Éste, en su táctica de no proferir palabra mala, se disculpaba con su ministro señor Jacinto Rincón (de quien más adelante se tratará) y éste con aquél, hasta que la víctima, cansada

de andar de Herodes á Pilatos, decidía los más gravosos extremos, para evitar aquella crucifixión.

Esto sucedía entre otras víctimas con una hermana del ya finado entonces, general Villafañe, que en la dicha emigración se fracturó una pierna, rodeada de siete hijos menores. Invocando el recuerdo de un correligionario, se arrastró en aquel deplorable estado ante el mandatario, obteniendo el mismo resultado, hasta sacrificar el sustento de sus hijos sin reserva de precio, tramontando la inmensa cuesta de la sierra de « Velasco » (fundador de la Rioja).

Abriremos aquí un paréntesis á la historia del gobierno de Brizuela, para referir un acontecimiento que tan profundamente impresionara á la población de Chilecito, asiento de la minería de Famatina.

Atraída por el renombre de este mineral, llegó así como el año 24 una comisión de cierta asociación formada en Alemania, al mando y dirección del distinguidísimo sugeto, que por sus prendas personales, se conquistó el aprecio de cuantos tuvieron ocasión de tratarlo, don Carlos von Fortner (mal escrito, sin duda).

Este, en los trabajos y exploraciones de minas no fué feliz, más se propuso agregar á aquella industria la de ganadería, para alimentarla, sin duda, con los productos de ésta. Al efecto: adquirió en compra una renombrada estancia, originariamente de los jesuítas, denominada « Guaco », pasando después de la expulsión de éstos, á ser propiedad de un señor González, de cuyos descendientes la hubo aquél.

Uno de sus primeros actos posesorios fué pasar allí una corta temporada, considerándose inmune en su calidad de extranjero, para ante las autoridades informes de la época, cuando á la sazón es interrumpido en su reposo por una comisión armada que de orden del gobernador le intima rendición, para ser conducido preso ante aquel soberano.

Fué para este distinguido hombre tan raro aquel procedimiento que, con el valor y energía de su raza, resistió á tal intimación, lo que dió margen á que aquellos esbirros de la barbarie, pasaran á las vías de hecho, asesinándolo en el mismo local. A título de este bárbaro atentado instituyóse

heredero el victimario de los derechos de la víctima, pasando la propiedad aquella al dominio del fisco.

Este gobernante tan desmoralizado como vulgar, hizo un gobierno como podía hacerlo un cacique con su tribu, sin control alguno, si bien debido á su ministro se guardaban ciertas formas.

El pueblo llegó á recobrar algún bienestar relativo, debido á esa paz sin horizontes, ni derechos políticos que lo ampararan. El cálculo de recursos se reducía al derecho de tránsito y los diezmos, siendo estos la principal fuente de rentas. El presupuesto: un enigma que se resolvía al arbitrio del Poder Ejecutivo.

Veamos como llegó á hacerse un potentado, sobre la base de aquella estancia confiscada. El diezmo sobre el mobiliario de toda especie de ganados, se pagaba religiosamente, tanto que directamente era para el soberano. Esto por sí solo era gran elemento de progreso para aquella estancia, que unidos á los naturales recursos propios de su posición, llegaron á representar un emporio de riqueza en ganados de toda especie. El pronunciamiento del año 40 lo tomó en el auge de fortuna que constituía aquella estancia. Esta fué la proveedora principal de los ejércitos más ó menos numerosos que se sucedían en la Rioja de ambos partidos, muerto ya su propietario. Algunos años después de pacificado el país, todavía aquellos restos dispersos, ó alzados en ganado, eran la despensa, en provisión de carne, para gentes que merodeaban por esos campos, hasta extinguirse.

La dominación de Catamarca siguió siendo un patrimonio del gobierno de la Rioja, á lo menos hasta la proximidad del año 40. Escapan á nuestros recuerdos los pormenores administrativos que la caracterizaban. Mas después de la muerte de Quiroga, Brizuela, *autoritate qua fungor*, impuso un gobernante á aquella provincia llamado Fernando Villafañe, pariente lejano del general de este apellido, naturalmente hombre en quien confiar alguna siniestra operación, que maquinara.

El ministro señor Jacinto Rincón que por no sé que

desavenencia con el superior abandonara la cartera, retirase á Catamarca, donde en compañía de dos concuinos suyos, D. Pedro Bazán, catamarqueño, casado y vecino de la Rioja ⁽¹⁾ y D. José Manuel del Moral, trataron de ponerse al abrigo de cierta malquerencia que ya sentían de parte del gobernador Brizuela, cuando inopinadamente para ellos un día, son notificados de parte del gobernador Villafañe, para ser conducidos bajo segura custodia á disposición del gobernador de la Rioja.

Puestos en marcha y ajenos al calvario que les aguardaba á cinco leguas de la ciudad que los asilaba, en « Miraflores » aldea poco poblada, fueron cruelmente asesinados por sus propios guardianes. Brizuela procuró rehuir la responsabilidad de aquel bárbaro atentado que pesaba sobre él ante la opinión, como una montaña. Trés viudas con su cortejo de niños menores fueron el trofeo de esta lúgubre jornada.

Un gobernante de aquella índole, empero, alcanzó á adquirir cierta celebridad, y se le llegó á reconocer como un potentado en el poder militar del norté de la república, debido al acopio de armamento que Quiroga dejó á su cargo y que le valió la condecoración de « Director de la coalición del Norte ».

D. B. DÁVILA.

(Continuará).

(1) Padre del actual ministro de la Corte Federal, de este apellido.

LEONARDO PEREYRA

El señor Leonardo Pereyra, uno de los vecinos conspícuos de la capital de la República, ha fallecido el 12 de este mes. Era un hombre noble, personalidad social y carácter cívico.

Sin la preparación académica de las profesiones liberales, sus conocimientos dominaban los horizontes necesarios para discernir con criterio propio, en las múltiples situaciones en que el hombre se halla colocado respecto de sí mismo, de la sociedad y de la patria.

El señor Pereyra tenía una ilustración, en efecto, de que jamás hizo alarde, pero que reconocen cuantos de cerca lo apreciaban. Su calidad predominante en este punto de vista fué el buen sentido, raro y precioso don público y privado, al que los hombres, como la humanidad, deben muchos de sus mejores éxitos.

Ha sido útil á la nación y á la provincia de Buenos Aires, cada vez que sus servicios fueron requeridos. Era de los que creen, con razón, que el ciudadano no debe buscar los destinos públicos, sino esperar que ellos lo reclamen.

Pero su acción ha alcanzado al mérito nacional trabajando por el engrandecimiento industrial de la República. En este terreno es un precursor. El introdujo la raza *hereford*, necesaria, indispensable, para poblar los campos pobres y los climas más fríos; y dió el impulso que hoy muestran las crías de ovejas de carne especial, vulgarmente llamadas *caras negras*.

El señor Pereyra ha enseñado con la prédica en la *Sociedad Rural Argentina* y en las exposiciones, y con el ejemplo en sus establecimientos de campo, las ventajas privadas y públicas de la preparación del ganado para vender

reses del peso y calidad exigidos en los mercados europeos.

Los tesoros de sangre que ha distribuido su estancia de *San Juan*, es una verdadera sávia de progreso que ha circulado y circula sobre todo el territorio nacional.

Los novillos vendidos á 30 y 35 pesos oro son resultados de una acción en que el señor Pereyra fué precursor y constante colaborador. Los estancieros, siempre fríos é indiferentes con los que más los sirven, con los que los han enriquecido, gozan hoy de ese jardín de las manzanas de oro. Basta recordar que los novillos buenos valían en 1888 de 8 á 15 pesos oro, y que ahora se paga de 25 á 35 pesos oro por cabeza. ¿Lo habrían soñado? He ahí la evolución. Todos los que han contribuido á ella, merecen la gratitud nacional.

La vida política del señor Pereyra es modesta; pero pudo llegar á las alturas, si lo hubiera deseado. Amaba la paz del hogar con singular extremo, y nada pudo alejarlo de su templo: ni la vanidad, en el seno de una sociedad incipiente, en que ella hace estragos, ni las halagadoras y expectables posiciones públicas. Aceptó, sin embargo, á menudo, cargos de responsabilidad financiera y bancaria y en la inmigración; y habría muerto desempeñando el alto rango de gobernador ó de vice-gobernador de Buenos Aires, si su salud le hubiera permitido aceptar un mandato, que le llegaba ungido por la unanimidad de sus amigos y por el respeto y la simpatía de los adversarios.

«Viejo porteño» por su estirpe y por el medio fué, sin embargo, nacionalista reflexivo y sincero. Era, en efecto, amigo íntimo de Sarmiento y de Avellaneda. Estos ilustres varones lo amaron y fortalecieron á menudo en su tertulia íntima, fácil y sencilla de la calle de la Victoria 766, sus espíritus fatigados por el recio embate de los tiempos. Pereyra fué consejero de ellos en más de una oportunidad solemne—he sido testigo presencial de estas relaciones—porque reunía á la claridad de vistas sobre los hombres y los sucesos, una admirable serenidad y precisión en los juicios.

La opinión de Pereyra fué respetable y respetada, y su comedor (porque en él se reunían preferentemente aquéllos y

otros notables) era de los escasos centros sociales privados á donde podían acudir los hombres de talento y de letras, sin sufrir el tedio de la frivolidad petulante y estéril.

Pero su influencia en los negocios nacionales termina con Sarmiento y Avellaneda. ¡Y cuántos grandes ideales están en crisis desde entonces! Los presidentes de la escuela sensualista no lo conocían sino de lejos; y en sus conversaciones frívolas de antecámara, recordaban apenas al millonario, olvidando el carácter social y cívico que su nombre significaba.

Tenía hábitos de gran señor, que jamás ostentó, porque no es de buen tono llevar la existencia privada trasparente, como en un *aquarium*, que hace la delicia de los advenedizos y de la «vida social» del día. Su salón y el parque de *San Juan*, que he descripto en dos de mis libros, dan testimonio de su vida señorial. Citaré, apenas, un recuerdo.

Era Verecke un jardinero y delineador belga de mérito, que él trajo á *San Juan*, cuando daba á su parque las proporciones y contornos dignos de los castillos ingleses. Construyó un *chalet* para Verecke y lo rodeó de todas las comodidades de la vida. Muerto el artista, su anciana viuda quedó allí hospedada con generosa pensión, gozando de un bienestar parecido á la felicidad humana, entre las flores y á la sombra de las viejas plantas criadas por su esposo.

Y muchas otras lágrimas enjugó durante su vida honrando en silencio la amistad ó simplemente el deber humanitario!

Sus gustos eran puros y tenía criterio propio en artes y letras. Fué, en los encantos de la tertulia íntima, un *causeur* sencillo, original y cáustico, sin afectación, ni malicia.

No ha pesado sobre la República; pero la sirvió con desinterés y confortó y sostuvo á sus grandes cónsules en días aciagos y de tribulación. Por eso lo he llamado también un «carácter cívico».

Mors optima rapit.....

Requiescat in pace.

E. S. ZEBALLOS.

MALTRATAMIENTO DE INGLESES

EN LA

REPÚBLICA ARGENTINA

(PARLAMENTO INGLÉS. — SESIÓN DE LA CÁMARA DE LOS LORES EL 16 DE FEBRERO DE 1899. — EXTRACTO OFICIAL.)

LORD MUSKERRY. — Llamo la atención sobre ciertos casos de malos tratamientos de que han sido objeto, según se dice, unos súbditos británicos. El secretario del *Merchant Service Guild* — corporación formada con el fin de atender á los intereses de los capitanes y oficiales de la marina mercante — recibió á mediados del año pasado una declaración remitida por el agente del gremio en Buenos Aires y hecha por el capitán del vapor británico *Greylands*. Según esa declaración, dos foguistas, belga el uno y francés el otro, después de haber pasado varios días en tierra en estado de embriaguez, fueron á bordo y promovieron un desorden atacando á los oficiales y á una parte de la tripulación armados de palos. Se envió en busca de la policía; pero ésta se rehusó á ir á bordo sin orden del cónsul británico, cuyo despacho, por ser sábado en la noche, estaba cerrado y no volvería á abrirse sino hasta el lunes siguiente por la mañana. Los foguistas volvieron otra vez á bordo el domingo por la mañana, amenazaron y finalmente volvieron á atacar á una parte de la tripulación. Casualmente uno de los asaltantes fué sometido y se le aseguró con grillos; el otro escapó á tierra, informó á la policía, la

cual vino entonces sin la orden del cónsul y arrestó al primero y segundo pilotos, al contramaestre, al carpintero, al vigía y á dos buenos marinos. Todos estos individuos fueron puestos bajo custodia, pues las autoridades alegaron primero que uno de los dos foguistas estaba gravemente herido y luego que había muerto, lo que era falso.

Se apeló al cónsul británico; pero éste nada pudo hacer en el asunto. La razón para no haber prestado caución por estos hombres fué que no sólo estaban presos, sino que habían perdido sus puestos. El barco se había hecho á la mar sin ellos y sus puestos habían sido dados á otros. Además, si se hubiese puesto en libertad á esos hombres habrían quedado en la calle y hubieran tenido que aceptar el primer camarote que se les hubiera ofrecido á bordo de un barco.

Como nadie sabía cuando tendría lugar el juicio, (*trial*)⁽¹⁾ no había seguridad ninguna para dar la caución y los residentes británicos en Buenos Aires sabían aquello muy bien. Así, pues, esos hombres fueron mantenidos en la prisión durante cuatro meses y medio sin que se les juzgara.⁽²⁾

La razón dada por Mr. Thornton para la demora en juzgar á los presos fué la aglomeración de casos urgentes en el tribunal del crimen. Pero fué tan grande la indignación que suscitó entre el gremio de navegantes de Buenos Aires la prisión de esos siete hombres, que los capitanes que estaban en el puerto nombraron un comité de quince para tomar las medidas necesarias en favor de ellos. Se hizo una solicitud á la legación para que ésta averiguara el curso del asunto. El cónsul en ejercicio informó á varios capitanes que él se lavaba las manos en esa cuestión. Luego se dijo que la causa de la demora era la enfermedad del fiscal que no le permitía ocuparse del caso. Se publicaron cartas en la prensa local, quejándose de la debilidad de la legación y de la falta de energía por parte de los representantes de Su Majestad en casos que afectaban á súbditos ingleses.

(1) Error de procedimiento. En la justicia argentina no existe el *trial*. El juicio del *Greylands* seguía ante la justicia federal. (*N. de la D.*)

(2) El proceso estaba pendiente ante el juzgado federal. (*N. de la D.*)

Mr. Thornton ⁽¹⁾ respondió que los presos estaban bien tratados. Por otra parte el segundo piloto se quejó de que lo habían encerrado en una pocilga infecta, junto con los naturales del país; de que los cien pesos de multa pagados por el capitán se los había apropiado uno de los agentes de policía; de que siete hombres habían sido encerrados en un pequeño calabozo de pavimento de piedra, lleno de plagas, y de que por todo alimento se les daban dos panes pequeños, dos platos de sopa de macarrones y dos pedazos de carne que hasta un perro hambriento los hubiera desechado. Tal tratamiento dió por resultado que los hombres encerrados en aquella prisión estaban más ó menos en estado de prostración. ⁽²⁾

Además de este caso había el del vapor *Isleworth*. Dos de los foguistas en estado de embriaguez reclamaron del capitán mayor suma de dinero de la que les correspondía por su salario, y como éste se rehusara á dársela lo amenazaron con matarlo. Los individuos fueron puestos en grillos, y el capitán se quejó al cónsul británico en Bahía Blanca y le pidió que los hombres fuesen puestos presos por orden suya. El cónsul se rehusó y se negó á dar sus papeles al capitán si se daba á la vela teniendo á los hombres con grillos. El capitán no soltó á los presos y salió sin sus papeles; pero éstos le fueron enviados á La Plata.

Ha habido un tercer caso, más reciente todavía: el del vapor *Irydene*. Un asiento hecho en el diario oficial (*log book*) de ese barco, fechado en Buenos Aires á 1º de Enero 1899, refiere cómo ese día con motivo de que un individuo de la tripulación que estaba en estado de embriaguez y buscando escándalo, á tiempo que lo llevaban unos compañeros, se presentó un grupo de la policía con espadas desenvainadas, abordaron el barco y se llevaron á la fuerza al hombre ébrio y á dos foguistas á despecho de la protesta del capitán. Se evitaron más arrestos únicamente porque se extendió la

(1) Charge d'Affaires de S. M. B. (*N. de la D.*)

(2) La inexactitud de estos detalles es evidente. (*N. de la D.*)

bandera británica sobre la plancha de embarque. ⁽¹⁾ Esta declaración está firmada por el capitán, por el primero, segundo y tercer pilotos y por el primero, segundo y tercer ingenieros.

El capitán llevó el diario á bordo del barco de guerra de Su Majestad *Beagle*; pero el comandante, sin leer el asiento, lo encaminó al consulado británico. Allí se le dijo al capitán que las autoridades del puerto tenían perfecto derecho para abordar su buque como lo habían hecho y que lo mejor era que pagara las multas impuestas á sus hombres las que ascendían á \$ 60. Así lo hizo el capitán después de que sus hombres habían pasado treinta y nueve horas en una prisión inmundada.

Estos diez hombres á quienes se referían los casos mencionados no habían sido arrestados por faltas cometidas en tierra. Habían sido arrebatados de sus barcos estando protegidos por la bandera inglesa, un insulto al cual no se someterían ni Francia ni Alemania. Si estos informes eran verdaderos, resultaba que súbditos ingleses habían sido infamemente tratados y los representantes de Su Majestad en Buenos Aires habían sido más que negligentes. Era un caso que requería una investigación completa y confío en que así se hará. Espero además, que el Almirantazgo interrogará al comandante del *Beagle* para que explique por qué se rehusó á leer el asiento del diario oficial del *Ivydene*, y tomar nota de él.

—EL MARQUÉS DE SALISBURY, (*Jefe del Gabinete de S. M.*)— Pronto estoy á admitir que los súbditos de Su Majestad son acreedores al mayor interés y apoyo cuando reciben malos tratamientos en el seno de una jurisdicción extranjera. Pero me veo obligado á manifestar que el noble Lord habría seguido un camino más regular si hubiese comunicado el asunto, de que se queja, al ministerio de relaciones exteriores, antes de traerlo á la cámara. Nunca he oído hablar de dos de esos vapores antes de ahora.

(1) El dato debe ser también inexacto y demuestra ignorancia de las leyes internacionales. (*N. de la D.*)

Pero lo cierto es que el noble Lord viene aquí y hace cargos muy graves contra los servidores de Su Majestad en el extranjero, sin darnos la más ligera oportunidad de verificar los hechos, ni de averiguar si hay algo que decir en sentido contrario ó nó.

Juzgo que en este asunto, antes de presentar nuestra queja al gobierno argentino, debemos cerciorarnos de que nos asiste motivo para hacerlo. Tenemos derecho para exigir de todo gobierno extranjero que, al administrar sus leyes, las administre por igual, de manera que los súbditos de Su Majestad no queden en peor condición que sus propios súbditos, ó que los súbditos de una potencia extraña. Pero carecemos de derecho para exigirles que administren la misma ley que nosotros administramos; y no tenemos derecho para exigirles que sus prisiones sean tan agradables como nuestras propias prisiones (*Risas*).

Observará el noble Lord, si medita en la historia que nos ha referido, que siempre hay dos lados en cada cuestión. En este caso, un lado es el de los foguistas y el otro es el de la tripulación.

Los foguistas, según el punto de vista del noble Lord, estaban siempre ébrios y se conducían de una manera terrible para con la tripulación, la cual se defendía á más no poder. No obstante, las autoridades locales han estado de parte de los foguistas y no de parte de la tripulación.

El representante de Su Majestad, hasta donde sé ó puedo presumir, parece haberse inclinado en el mismo sentido, y vengo ahora en conocimiento de que el comandante de uno de los barcos de Su Majestad se pronunció también en favor de los foguistas.

Ahora bien, según la tripulación, los foguistas estaban ébrios y vinieron á bordo á atacar á los marineros. Qué medio tenemos para verificar la exactitud de los hechos y decidir entre estas dos versiones? Estoy convencido de que si se fuera á preguntar á los foguistas éstos dirían que las cosas habían pasado absolutamente al revés. Pero sabemos que uno de los foguistas salió tan contuso y maltrecho que la policía le encontró casi moribundo al llegar.

Se consultó sobre el particular á un distinguido abogado de Buenos Aires, quien opinó que los procedimientos habían sido perfectamente correctos. ⁽¹⁾ Se dirá que pueden haberlo engañado á él; pero en todo caso es una presunción en favor de los foguistas.

Hay, sin embargo, una circunstancia que creo ignora el noble Lord y que me ha sido comunicada á mí. Al cabo de los cuatro meses y medio de prisión, período muy impropio de detención, esos hombres que representaban á la tripulación en esta contienda, fueron juzgados y condenados por el tribunal á tres meses de prisión; pero como habían ya permanecido en la cárcel durante cuatro meses y medio no se les impuso más castigo dejándolos inmediatamente en libertad.

Una vez más quedó, pues, condenado el partido de la tripulación y absueltos los foguistas, lo que prueba que debe haber muy serias presunciones en favor de los foguistas y en contra de la tripulación.

Creo que debe permitírse nos que preguntemos al representante de Su Majestad en el lugar, qué opinión tiene él respecto al asunto y si las cosas las ve él bajo la misma luz que el noble Lord. Muy satisfactorio nos sería poder estar siempre ciertos de que toda reclamación hecha por un capitán británico es justificada y de qué quien quiera que lo contradiga está errado; pero nuestro conocimiento de las debilidades y de las perversidades de la naturaleza humana no nos permite hacernos estas ilusiones.

Antes de aventurarnos á exigir de un gobierno extranjero que desconozca la acción de sus propios tribunales y desapruebe la acción de sus propios empleados, tenemos que estudiar muy cuidadosamente el asunto. Mucho me temo que una investigación como esta no habría de ser del todo satisfactoria.

Cuando un buque está en el puerto y todos los que se emplean en su manejo se entregan á las diversiones, siempre

(1) El doctor Estanislao S. Zeballos, consultado á la vez por el *Charge d'Affaires* y por el consulado (N. de la D.)

hay algunos que se divierten demasiado y de ahí provienen serios trastornos; pero cuando llega el caso de examinar esos trastornos, y nos encontramos en presencia de declaraciones contradictorias, no nos es fácil determinar de qué lado está la responsabilidad.

Este no es el caso de un súbdito argentino, sino de súbditos británicos, en el cual las autoridades tuvieron que intervenir porque se había alterado el orden del puerto. Parece que no ha habido irregularidad alguna.

Dispuesto estoy á admitir que la ley argentina es mucho peor que la nuestra y que sus prisiones merecen todo vituperio; pero una vez admitido eso, no veo cómo se pueda presentar el reclamo internacional cuando se trata de una queja de dos grupos de súbditos británicos respecto de cuál tenía razón y cuál no la tenía.

Celebraré recibir del noble Lord cualquier declaración que él tenga á bien hacer para comunicársela al cónsul de Su Majestad en el lugar, á fin de recibir de él y de las autoridades locales las observaciones que crean justas. Cuando las recibamos las someteré al noble Lord; pero entre tanto me veo obligado á manifestar que no es este un caso de intervención de parte del gobierno de Su Majestad, ni de parte de esta cámara.

LORD MUSKERRY. — Solamente he leído la declaración que me ha sido presentada; ignoro si la declaración es exacta ó no.

La sesión se levantó á las 5 y 25 p m.

DE MAGALLANES Á LA PUNA

I

Era uno de los detalles del plan administrativo del nuevo presidente de la República Argentina visitar las costas y territorios australes de la República. Los que hemos promovido incesantemente la defensa y civilización de esas regiones durante un cuarto de siglo, y la parte de la opinión pública que apoyaba y robustecía nuestros empeños patrióticos, acogimos con aplauso la iniciativa presidencial. El jefe del poder ejecutivo y los ministros deben conocer el país, mezclarse á sus masas, penetrar todas las necesidades, las aspiraciones profundas y las simples tendencias regionales. Las noticias así recogidas son fundamentos de acertada administración.

La visita del jefe del Estado era especialmente reclamada en el sur, donde nuestra ineptitud política y decidida administrativa habían dejado penetrar á Chile en la Patagonia y á la Gran Bretaña en Malvinas y en la Tierra del Fuego, en el último punto extraoficialmente y en misión cristiana, por fortuna; y donde la solitaria, y cuasi abandonada colonia galense del Chubut, luchaba tan enérgicamente con la naturaleza y el aislamiento, como con la falta de atención y de aptitudes colonizadoras de la nación.

El viaje presidencial ha recibido, sin embargo, críticas severas. Se extraña que no fuera organizado con seriedad y sujeto á un plan de administración, á cuyo efecto debieron alojarse en la nave capitana los ministros de agricultura y

de obras públicas, directamente indicados para promover la transformación civilizadora; se lamenta que la comitiva le diera el carácter de una excursión íntima á la Larga ó al Río IV; no pocos habrían mirado con satisfacción que el ministro de marina hubiera mantenido en alto su autoridad, y no desalojara del puente de mando á los jóvenes y bien preparados comandantes de las naves, en una ocasión tan rara, como solemne, para los subalternos; el presidente, se añade, no ha debido absorber á sus ministros, privándolos del honor y de la tarea de concebir las iniciativas y las reformas sobre el terreno mismo, para madurarlas en la capital.

Pero si tales errores fueran ciertos, no condenemos la excelencia de los propósitos perseguidos. Aquellos defectos son menos personales que orgánicos, porque transcurrirán todavía algunas décadas sin que la República tenga administraciones ordenadas. Habrá que formar hombres de estado y modificar el carácter mismo de la sociedad.

Los primeros frutos de la jornada marítima se producen ya, acusando vacilaciones y falta de plan. Las medidas adoptadas son excelentes; pero superficiales. Recuerdan al viticultor empeñado en desterrar la filoxera cortando las hojas de la vid. Hace, sin embargo, veinte años que la prensa, el *Instituto Geográfico*, y numerosas iniciativas parlamentarias han revelado los males que abruma á las colonias del sur, y que apenas ha visto en parte el presidente. En copiosos y meditados documentos han sido proyectadas las reformas requeridas.

El plan elaborado por el debate y por la opinión durante el último cuarto de siglo, tiene por base un cambio radical en la provisión de gobernadores. El presidente sabe que esos destinos y los de empleados de territorios, con escasísimos sueldos, en los desiertos, casi incomunicados con el mundo, sin horizontes, sin halagos y peligrosos por la vida aventurera y criminal que se desenvuelve en las regiones nuevas en todas partes, son, sin embargo, codiciados y solicitados como las muelles poltronas de senador por nueve años. El

presidente ha oído antes del viaje, en el viaje y después del viaje, que las territorios del sur no están bien gobernados. Los gobernadores son personas gratas; pero sus administraciones no responden á su complicado objeto, ni á los anhelos de los vecinos.

Es un error mandar militares, por honestos que sean, á gobernar ingleses, de tradiciones eminentemente civiles y libres. Es imprevisor nombrar gobernadores que no hablen inglés, para colonias que «no comprenden la Castilla». Es acto de mala administración reclutar gobernadores coloniales entre el proletariado social de la gran metrópoli. Es finalmente temerario mantener sueldos reducidos en las gobernaciones. Los militares tienen su sitio decoroso en el ejército. Los civiles, que han fracasado por obra de sus subalternos ó de su falta de preparación, pueden ser trasladados á otros destinos. Los empleados acusados estarán mejor sometidos á sus jueces naturales, que allá, gozando de la impunidad y del poder, al amparo de las influencias metropolitanas.

No hemos formado, como la Gran Bretaña y el Imperio Alemán, gobernadores y empleados especiales para la administración colonial. Imitemos, por lo menos en algunos puntos de vista, á esos grandes estados colonizadores, alzando los sueldos para confiar las gobernaciones, los juzgados y los empleos en los territorios, á personas de aptitudes intelectuales, de arraigo social, de carácter moral intachable, de visiones patrióticas y si fuera posible, de prestigiosa tradición administrativa.

Tal era también la primera reforma que se imponía y se espera aun del viaje del presidente. Lo demás será de detalle y estéril. Crear juzgados y empleos mal pagos y aumentar los gastos y los resortes gubernativos — robustecer el adelanto material, sin ideales definidos, — tiende simplemente á fortalecer las administraciones defectuosas, á nutrir nuevos errores, á estimular los apetitos extraviados, á consolidar la injusticia, el desorden y el notorio malestar que se advierte en los territorios. Será un esfuerzo contraproducente, peligroso é irracional, como si

se quisiera extinguir un incendio rociando las brasas con petróleo.

Las buenas gobernaciones crearán la intimidad é inteligencia que ahora falta entre los ingleses pobladores y la República, robustecerán el sentimiento nacional en los hijos de éstos y promoverán una serie de reformas y de progresos, sugeridos por la experiencia local. La acción del gobierno general tendrá también una guía más eficaz y acertada; y los altos propósitos del presidente en su viaje austral, se traducirán en frutos más definitivos y fundadores, que las improvisaciones del momento.

II

Llegaba á Buenos Aires, en vísperas de zarpar el presidente, el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile señor Deputrón. Desde que su coche rodó sobre la ladera argentina de los Andes, habló en términos significativos para las relaciones diplomáticas. No expresaba solamente un voto personal, digno de amable y sesudo caballero; sino que bosquejaba á las claras un plan de política internacional. Dijo, además, que la suya era también la opinión de la mayoría de Chile. Las cuestiones de límites sometidas á dos arbitrajes debían ser resueltas, según aquella opinión, por arreglos directos. La conciliación, la confraternidad fundada en recíprocas deferencias ó concesiones, era preferible á la amistad convencional, establecida por la sentencia de los árbitros, *«porque en los pleitos sometidos al fallo de un juez único, siempre quedaba una parte descontenta.»* ⁽¹⁾ Era una política alta y que amparaba previsoriamente el porvenir de Chile. La opinión argentina recibió con simpatía el mensaje; pero con incredulidad. Honraba la rectitud del hombre de bien é hidalgo que lo traía; pero una penosa experiencia de desengaños internacionales, la autorizaba á dudar de la eficacia de promesas tan hermosas, cuanto gratas.

(1) Telegrama á *La Nación*, de 7 de Enero pasado.

El ministro de Chile abonó, sin embargo, sus declaraciones, con una proposición trascendental, que sorprendía á los dos países, aunque la idea hubiera sido anticipada por la prensa. Propuso, apenas sacudido el polvo del viaje, una entrevista de los dos presidentes en Magallanes. La grave iniciativa no fué meditada en nuestra cancillería. Ni siquiera se definió el objeto de la entrevista. Era un paseo de resonancia universal y nos precipitamos á la mar.

El ministro de relaciones exteriores de la República Argentina ignoraba todo, á punto de que, para comunicarle que se había resuelto agregarlo como contrapeso á la comitiva, hasta ese momento íntima, fué menester campearlo en la ciudad con empeño. Pidió días para *prepararse* y los *preparativos* consistían, según la prensa, en varios bultos de documentos y de mapas sobre las cuestiones de límites. La preciosa carga y el ministro fueron conducidos al sur en un transporte, en demanda de la división naval del presidente.

El arreglo directo de la cuestión de límites era meditado en viaje! Cuántas líneas posibles! Cuán nobilísima gloria en convenirlas! Ilusiones acariciadas por las brisas del mar arrullaron á los viajeros y al pueblo argentino!...

La prensa oficiosa había anticipado ya, con su irreflexión ordinaria, los resultados de la «gran política» de la conciliación, de las deferencias recíprocas y de la contemporización. El señor Barros Arana estaba desautorizado y vencido, según ella. El presidente Errázuriz gobernaba hacia Magallanes, para convenir la entrega de la Puna y á transar el histórico pleito austral.

Hé ahí el triunfo de la política argentina, que si había impuesto los arbitrajes á la vigorosa oposición que suscitaban y á su canciller, de opiniones conocidas en contrario, era por un acto supremo de destreza política, paso preliminar hacia las soluciones directas, fraternales, rápidas y definitivas! De ellas se hablaba en la Casa Rosada, desde la inconsulta y desgraciada firma puesta al pie de las actas de Santiago, como de cosa convenida en intimidad de los dos gobiernos. La prensa oficial y oficiosa hacía esfuer-

zos incesantes para habituar al pueblo argentino á considerar los arbitrajes como un medio dilatorio y no como la solución final. Pero los presidentes se reunieron sin franquearse. El lenguaje convencional, empalagoso y efímero, como el humo de las salvas prodigadas sin medida, no se elevó arriba de los lugares comunes, con que se ha querido engañar desconsideradamente en los últimos años á las dos repúblicas. Se produjo el acto internacional más solemne, para un mero cambio de simpatías individuales!

La notable y sesuda comitiva chilena llegó á Magallanes, persuadida de que se ofrecería á su país la mitad ó parte considerable de la Puna. El presidente argentino y su canciller alimentaban la creencia de que los chilenos reconocerían llanamente los derechos argentinos á toda la Puna. La comitiva de estadistas chilenos llevaba el plan de no abrir, ni admitir oberturas de arreglo directo en el sur. Chile, dirían en caso necesario, ha subscripto el arbitraje británico y lo mantiene. El presidente y el canciller argentino fondearon en Magallanes, con sus legajos y sus mapas, alentados por la ilusión completa de que habían sido invitados á solucionar directamente la gravísima cuestión del sur.

El chasco ha sido inesperado, completo, recíproco y desagradable. Por más que la diplomacia y la cortesía hagan esfuerzos para atenuar las impresiones, ellas son notoriamente ingratas. Las relaciones recelosas entre las dos repúblicas, no serán peores ahora que antes; pero lo cierto, lo innegable, lo visible es que no han mejorado, é indiscutiblemente se han enfriado. Los delegados chilenos lo han comunicado así á su gobierno en informe de 11 de Marzo.

¿A cuál lado incumbe la responsabilidad de este penoso engaño? El pueblo de Chile ha sido inducido en error. El pueblo argentino lo fué al mismo tiempo. ¿Son responsables de ello los presidentes, las cancillerías, los intermediarios menores? La luz se hará ó no se hará; pero es justo reconocer, entre tanto, que este inesperado fracaso diplomático exhibe una vez más la falta de franqueza y de seriedad con

que las negociaciones fueron concebidas y realizadas por los dos gobiernos, y puede perjudicar las relaciones internacionales del futuro.

III

El gobierno argentino no tuvo el valor necesario para afrontar con franqueza la solución arbitral sobre la Puna, que la opinión resistía ó recelaba. Para conducir á la República á este nuevo sacrificio, se adoptó el temperamento de las nodrizas con el niño rehacio á las drogas. Se negó que la solución fuera arbitraje, se forzaba el lenguaje llamando demarcadores á los jueces, y se tuvo el cuidado de rebuscar todo los lugares comunes de una literatura internacional baladí, para prometer soluciones directas para todas las cuestiones de límites, actos inesperados y ruidosos de confraternidad, de desprendimiento y de amistades efusivas, como si los antagonismos orgánicos y los intereses territoriales y estratégicos encontrados, pudieran de improviso olvidarse, forzando la naturaleza humana y las direcciones fatales de la política y de los hechos.

El pueblo argentino, crédulo, indiferente ó sensualista, tragó la papilla que contenía la droga arbitral, y los nuevos feaciales, reunidos para honrar la justicia y la paz, con su notable *pater patratus*, Altamirano ó Mitre al frente, repitieron en las actas las hondas disidencias de Barros Arana y de Moreno.

Los delegados chilenos han cumplido su deber con prudencia y firmeza. Hombres eminentes y sesudos dejan los más gratos recuerdos en Buenos Aires, y la hidalga opinión argentina los despide con el respeto que inspiran las virtudes cívicas y el carácter. Solamente una mortificación asaltaré el ánimo, cuando recordemos su visita: la mesurada y culta lección de seriedad y de reposo que se vieron forzados á dar al gobierno argentino, en uno de los apresuramientos teatrales de este. La excusación al pomposo banquete fué claro testimonio del enfriamiento sobrevenido cuando des-

pués de las primeras conferencias se vió que los gobiernos no las habían preparado con preliminares maduros y claros.

El fallo arbitral, el único objeto de estos aparatosos engañños diplomáticos, se ha producido cuando la REVISTA estaba ya impresa. El hecho es demasiado grave para improvisar un comentario. En el próximo número examinaré la parte de responsabilidad que corresponde en la división de la Puna al árbitro, el honorable ministro de los Estados Unidos de América y á los gobiernos argentinos.

E. S. ZEBALLOS.

ANALECTA

Entre los libros dignos de una nota bibliográfica que la dirección ha recibido, hallo *Finanzas*, del doctor José A. Terry.

He criticado el error, común en nuestra Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de improvisar textos. Sus resultados han sido funestos para la enseñanza y para la juventud. Lo demostraré alguna vez.

El sistema está, además, prohibido por un artículo expreso del reglamento; pero la Facultad, según la expresión espiritual de uno de sus miembros, solamente tiene *quorum* cuando se trata de violarlo. Pesa, por otra parte, sobre los estudiantes, muy pobres en mayoría, como una gabela odiosa. Si alguna excepción puede tolerarse es cuando se improvisan textos buenos, por la ciencia y experiencia de sus autores. Uno de ellos es el del doctor Terry, que se incorporó al cuerpo docente sabiendo lo fundamental de la materia y no para explorarla juntamente con sus discípulos, como es usual en la inerte casa.

Finanzas del doctor Terry es un libro argentino por su tendencia y por la elección del material. Contiene la exposición más completa sobre el sistema *peculiar* ó más propiamente hablando, sobre la falta de un sistema de finanzas en los tres grandes órdenes administrativos de la república: municipal, provincial y nacional. En este sentido es también un libro de historia y de gobierno.

Como texto aplicable á la enseñanza no me parece bien equilibrado en sus elementos. El curso toma, desde luego,

un carácter eminentemente local, digno de aplauso y rico de práctica utilidad. Pero no será completo el texto que no abarque, sea en capítulos preliminares ó en cada sección, el cuadro de la evolución financiera de las naciones más adelantadas. Esta materia debe ser desarrollada concisa, pero substancialmente ante los alumnos. Ella es la base misma de las aplicaciones á las finanzas nacionales. No digo que el doctor Terry la desdeñe en estos *Apuntes*; advierto simplemente que la trata sin el necesario detenimiento. Las graves cuestiones constitucionales relacionadas con el impuesto requerían también un capítulo propio de condensación científica. Después de la notable obra constitucional y financiera de Cooley *On taxation*, este tema debe formar parte integrante de los cursos universitarios en los países de organización federal.

Considerada en detalle la obra del doctor Terry, responde á una tendencia patriótica austera, muy oportuna en las aulas de la Facultad.

No haré observaciones al estilo y á la forma de la exposición, porque el libro ha sido compuesto por dos alumnos con los *Apuntes* taquigráficos tomados por ellos, lo cual es, en verdad, un pésimo medio de editar libros de enseñanza.

No sé si los *Apuntes* ó el autor han omitido ciertos aspectos capitales. En materia de tierras, públicas, de ferrocarriles y de bancos, por ejemplo, el doctor Terry sostiene doctrinas y medios sanos; pero tan graves materias han debido ser discutidas con mayor profundidad.

En el impuesto sobre la venta el libro marcha con demasiada rapidez, y omite algunos antecedentes fundamentales. La Corte Suprema de los Estados Unidos de América, dió en 1895 un fallo de *inconstitucionalidad* del *income tax*, que forma dos volúmenes, mayores cada uno que el libro del doctor Terry. La importancia que el examen de ese fallo tiene para este país, por razones de analogía institucional, es indiscutible.

Mis observaciones, sobre un libro de buen material y de mejor espíritu, me llevan á desear que el doctor Terry redacte por sí mismo su obra definitiva de finanzas, vigorizando los

puntos débiles de los *Apuntes* y presentándolos con el estilo reposado y la documentación selecta que reclama su obra, destinada á influir en la enseñanza y en el gobierno.



Conversemos ahora de otros libros recibidos.

En Córdoba se trabaja y aunque los frutos sean deficientes, revelan que el arte busca allí su camino. *Afrodita* y *Belkiss*, encuentran imitadores, allá como aquí. Pero sería preferible volver á los modelos clásicos y defenderse de la influencia de estos libros, que si brillan fugitivamente en las letras, no señalan una época, ni forman escuela: son imitaciones fugaces del arte antiguo, á veces disfrazadas con la índole inadecuada del vocabulario moderno.

Poemas Helénicos publicados en Córdoba por Goycoechea Menéndez (Lucio Stella), en buena forma tipográfica, contiene una serie de poemas en prosa y me inspiran aquella observación.

El señor Arturo B. Carranza ha compilado la Constitución Nacional y las constituciones provinciales. Es un volumen de consulta, que sigue las huellas de la edición hecha por el profesor Scalabrini en el Paraná en 1875.

La edición de la madura obra del doctor Machado sobre el Código Civil Argentino, anda ya por el tercer tomo. La dirección la estudiará detenidamente más adelante en alguno de sus grandes aspectos jurídicos.



El meritorio y laborioso profesor de idioma castellano y de literatura en nuestra segunda enseñanza, don Juan José García Velloso, ha publicado una tercera edición de sus *Lecciones de Literatura Española y Argentina*. Es un libro elemental, con nueve partes de español y una de argentino al fin. Es un texto deficiente en este punto de vista, que no responde á la seria promesa de su título, ni á las necesidades de la enseñanza.

Niega que en la época colonial hubiera una literatura en la cuenca del Plata, lo cual acusa falta de erudición y lo rectifica, desde luego, el *Cancionero Popular* de esta REVISTA. Al bosquejar el movimiento literario argentino, de comienzos del siglo, corre rápidamente sobre los libros, con aparente desgano, y lo digo porque honro su buena fe y conozco su interés sincero en el asunto.

Omite, por ejemplo, lo que no puede en tal coyuntura omitirse: la mención, sino el estudio del *Triunfo Argentino* de López, imitación virgiliana, que marca una época en los anales de las letras argentinas, y cuya crítica no han desdeñado americanos eminentes, ni el mismo Menéndez Pelayo en el cuarto volumen de su *Antología de Poetas Hispano-Americanos*.

A fines del siglo pasado y principios del actual ejercía poderosa influencia en las negadas letras platenses el inspirado Hidalgo, cuya fibra patriótica y númen poético han triunfado del tiempo, formando una escuela. Ascasubi, del Campo, Hernández son sus imitadores, más que sus discípulos. Hidalgo es una personalidad interesantísima en nuestros anales intelectuales, que no ha sido estudiada y de que me ocuparé en esta REVISTA.

El profesor García Velloso, no lo recuerda, como parece ignorar la existencia de un grupo de letrilleros mordaces é ingeniosos, que traían conmovido al virrey y á la colonia, desde Cabello, Rivarola, Azcuénaga, Araujo, Prego de Oliver, López y otros hasta fray Cayetano Rodríguez.

No me ha parecido feliz tampoco la forma en que el autor rinde noble homenaje al himno nacional argentino. Su posición era en verdad delicada; pero no era necesario incurrir en el gongorismo, «decadentismo» que dicen ahora, para salvarla, respetando en gracia de elevadísimos ideales, los defectos de la marcha nacional. Dice en efecto, hablando de López:

...cuyo *Himno Nacional*, prescindiendo de su mayor ó menor mérito literario, puede y debe ser considerado como altar inviolable erigido á la independencia argentina en el templo de la Naturaleza Americana.

Son también vagos, inseguros y á veces inexactos sus juicios sobre los oradores, acaso porque jamás los oyó en sus momentos gloriosos. Decir que Goyena no emocionaba, es en efecto, confesar que no tuvo la fortuna de escucharlo.

Estas notas críticas no condenan el loable esfuerzo de un veterano de excelentes servicios en la instrucción secundaria. Tienden á estimularlo, para que persevere en sus investigaciones y complete su libro. Son, por lo demás, un testimonio de estimación.

MARTINS & Ca.

MARTINS

MARTINS

**OPORTO
Y JEREZ**

MEDALLA DE ORO

EXPOSICION BRUSELAS 1887

626 - Calle Cuyo - 630

BUENOS AIRES

COMPRADORA 242

UNION TELEFONICA 1401

Almacén de  *Provitata*

CASA EN OPORTO Y MONTEVIDEO

La REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS aparece mensualmente en 112 páginas de material como *minimum*. La **subscripción se paga adelantada** en las condiciones siguientes:

	INTERIOR	EXTERIOR
Un año	\$ m. n. 25.—	\$ oro 10
6 meses	" 12.50	" 6
3 meses	" 6.25	" 4
Números sueltos	" 2.50	" 1

Se suscribe en las principales librerías de la República y en la Administración de la REVISTA calle de la Victoria 1081, de 10 a. m. á 6 p. m.

Las suscripciones del Interior y Exterior pueden ser abonadas por giros postales ó bancarios á la vista.

AGENTES

RÍO DE JANEIRO — F. Brigist y Ca.
SANTIAGO DE CHILE — Roberto Miranda.
LIMA — Viuda de Gallaud.
ASUNCIÓN DEL PARAGUAY — Juan Quell.
MEXICO — Viuda Ch. Bouret.
WASHINGTON — W. H. Lowdermilk y Ca.
MONTEVIDEO — A. Barreiro y Ramos.

SE RECIBEN AVISOS Á PRECIOS CONDICIONALES

MAQUINAS DE ESCRIBIR

Caligraph Densmore Yost ❀ ❀ ❀

NUESTRAS MÁQUINAS ESTÁN EN USO

en las siguientes casas:

F. C. Centra. Argentino—F. C. N. O. Argentino,
F. C. Villa María á Rufino—F. C. del Sud (65 máquinas),
F. C. Bahía Blanca y Nor Oeste,
F. C. B. A. al Pacífico—F. C. Central de Córdoba,
Banco de Londres y Río de la Plata,
Banco Anglo Argentino—Nuevo Banco Italiano,
Barco Francés del Río de la Plata—Sres. Santamarina é hijos,
Compañía Sansinena de carnes congeladas,
Compañía de Seguros North British & Mercantile,
Señores Moore y Tudor,
Administración de Gas (Rosario)—Señor J. J. C. Daniel,
Sres. Brun y C^o. (Asunción)—Sr. J. Mariano Paso. (Concordia),
Señores Pujal y Roca (Córdoba),
Instituto Mercantil de Buenos Aires
Y MUCHÍSIMAS OTRAS CASAS

Las máquinas son muy fáciles de aprender y en dos días se puede escribir bien. Tenemos en nuestra casa cartas, etc., escritas por compradoras después de uno, dos y tres días de practica, y tendremos el mayor gusto en enseñar á cualquier persona que quiera aprender.

H. G. BUTLER

(United Typewriter & Supplies Co. New York)

2 - RECONQUISTA - 34

BUENOS AIRES

DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

R. Rivarola	Bases para la reforma de la justicia del crimen	325
J. R. Fernandez	Reforma Universitaria. (Continuación)	329
J. Tarnassi	Prelusión al curso de literatura Latina de 1899.	360
F. A. Berra	Evolucion correlativa de la enseñanza, la didascologia y las escuelas normales. Estado actual de las últimas en la República Argentina. (Continuación)	384
T. G. de Fanning	Roque Moreno. Novela histórica americana, escrita para la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS. (Continuación)	403
S. A. Lillo	La vuelta al hogar	414
V. C. Gallo	Partidos y legisladores.	415
H. H. Wyatt	La guerra como prueba suprema del valimiento nacional.	432
La Dirección	Cancionero Popular	446
Sir C. Rhodes	Los americanos en Sur América	450
C. Rodriguez		
Etchart	La causa Wanklyn-Etchegaray	453
E. S. Zeballos	Incertidumbres económicas, financieras y comerciales	460
	La Puna. Estudio diplomático del fallo arbitral	469
	El caso constitucional de La Plata	476
	Notas y apuntaciones biográficas.	

DIRECCION Y ADMINISTRACION
BUENOS AIRES

1081 - VICTORIA 1001

1899

CERVEZAS

ROCK

OBSCURA



BLANCA

PILSEN

La Africana

NEGRA

DE LA COMPAÑÍA CERVECERIA BIECKERT (Lda)

Estas cervezas, preferidas hoy por todas las personas competentes, se deben a la esmero de su fabricación y pureza de las materias que componenlas, que las hacen refrescantes, tónicas, nutritivas, higiénicas y perfectamente asimilables, según lo están decen numerosos certificados de distinguidos médicos.

Escritorio y Fábrica: JUNCAL 817

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA POPULAR DEL MUNICIPIO

935-CALLE LAVALLE-935

17,500 VOLUMENES

LECTURA GRATIS EN LOS SALONES

Condiciones de subscripcion

Pagarán un peso por mes los que van ó mandan buscar los libros, un peso cincuenta centavos los que quieran que se les remitan a su casa.

LA CONCURRENCIA UNIVERSAL

Y LA

AGRICULTURA EN AMBAS AMÉRICAS

POR

E. S. ZEBALLOS

Se vende en todas las librerías y especialmente en la casa de su Editor

JACOBO PEUSER

SAN MARTIN Y CANGALLO

REVISTA
DE
DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

MAYO

REVISTA
DE
DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

DIRIGIDA POR E. S. ZEBALLOS

AÑO I — TOMO III

BUENOS AIRES

BUENOS AIRES

95285 — IMPRENTA, LIT. Y ENCUADERNACIÓN DE JACOBO PEUSER
SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1899

BASES PARA LA REFORMA

DE LA

JUSTICIA DEL CRIMEN

En cuanto se ha escrito y hablado en estos últimos meses sobre la necesidad de una reforma de la justicia en lo criminal, ha dominado la opinión de que los hombres son peores que las instituciones; y muchas de las reformas que se han indicado parecen inspirarse más en el deseo de remover á aquéllos que de buscar en éstas el mejor medio de aplicar la justicia.

Para mí la culpa está principalmente en la organización y en el procedimiento de la justicia en lo criminal, y sin detenerme ahora á demostrarlo, quiero indicar las bases que desde mucho tiempo tengo formuladas, como resultado de mis propias observaciones en esta materia. Presumo que por sí solas sean suficientemente sugestivas para que pueda considerárselas con alguna atención.

I. UNIDAD DEL MINISTERIO PÚBLICO

En todos los países en que se ha admitido la necesidad de confiar el ejercicio de la acción penal al ministerio público, se ha reconocido también la de darle organización sobre la base de más completa unidad.

Esa unidad no existe ni se sospecha en nuestras leyes. Los agentes fiscales proceden con entera y absoluta independencia del fiscal de la cámara de apelación, y éste no tiene conocimiento de los procesos sino cuando la cámara se tiene en vista durante la apelación.

La ley se ha limitado á confiar al fiscal de la cámara la misión de «cuidar de que los encargados de ejercer el minis-

terio público promuevan las gestiones que les correspondan, y desempeñen los deberes de su cargo ».

Cierto es que si un fiscal de la cámara hubiera querido cumplir á su vez el propósito de la ley, habría podido pedir á los agentes fiscales la relación diaria de los delitos y de los respectivos procesos; cierto es que llegando á sus manos todos los sumarios sin que jamás apareciese en ellos la firma de un agente fiscal al pie de una declaración de testigo, habría podido compeler á aquel al cumplimiento de su deber. Pero todo esto y mucho más que se hubiera obtenido por la acción de un fiscal de cámara, no habría llegado nunca á establecer la unidad de acción que solo es posible con una subordinación y jerarquía establecida expresamente por la ley; y con una comunicación diaria inmediata y directa entre el fiscal y los agentes fiscales que obraran bajo su dirección y á sus órdenes.

La unidad, con esa jerarquía y subordinación, es la base de la organización del ministerio público en Francia, Bélgica, Italia, España, etc., y puede ocurrirse á sus leyes para los proyectos de organización del nuestro.

II. INTERVENCIÓN EXCLUSIVA DEL MINISTERIO PÚBLICO COMO ACUSADOR EN LOS DELITOS DE ACCIÓN PÚBLICA

La pena no ha sido establecida según el concepto vigente del derecho penal, para satisfacer la venganza ó el interés del damnificado. Si la pena existe por un interés eminentemente social, no hay razón alguna para constituir á la víctima en representante de la sociedad, donde existe, como entre nosotros, un ministerio público. Son muchas las razones que pueden aducirse contra la admisión de un querellante particular; pero la mejor de todas sería quizás la estadística de las querellas iniciadas en nuestros juzgados de instrucción en que la causa concluye ordinariamente por un desistimiento que oculta una transacción ilícita, ó por el reconocimiento de que la querella ha sido infundada. La víctima del delito podrá instar la acción del ministerio público, podrá y deberá hacerse á éste responsable del abandono de la misma; pero

deben desaparecer de una vez esas escandalosas querellas de cada día, que terminan por un avenimiento ilegal.

III. TRIBUNAL COLEGIADO DE ACUSACIÓN Y SOBRESEIMIENTO

Una de las más grandes garantías de justicia en el proceso penal, es sin duda alguna, la declaración previa de la procedencia de la acusación. En una buena organización del jurado, el gran jurado declara que hay lugar á la acusación ó la rechaza. En nuestro procedimiento, terminado el sumario, el juez de instrucción dicta un auto mandando elevar la causa á plenario, ó sobreseyendo. Este auto se dicta sin forma de juicio, con solo la audiencia del agente fiscal, y serían abundantísimas las pruebas que podrían presentarse de la insuficiencia de este procedimiento, si la sociedad no hubiera sido recientemente conmovida por un sobreseimiento que puede ser justísimo, pero que fué inesperado.

Debiera corresponder á un tribunal compuesto de cinco miembros, previo un debate oral, declararla admitida la acusación ó pronunciar el sobreseimiento. Este tribunal podría formarse con cuatro jueces de instrucción y un presidente.

IV. TRIBUNAL DE JUICIO Y SENTENCIA

Este tribunal reemplazaría á los actuales jueces del crimen, y se adoptaría ante él, conforme á la base VI, el juicio oral y procedimientos del juicio por jurados.

V. TRIBUNAL DE APELACIÓN Ó CASACIÓN

Podría ser la cámara actual, limitándose el recurso á la aplicabilidad ó inaplicabilidad de ley ó doctrina legal, y á la casación por inobservancia de las formas del juicio.

VI. ACUSACIÓN Y DEFENSA ORALES

Son innegables las ventajas del procedimiento oral. No me detendré á exponerlas, pero indicaré algunas someramente:

mayor y más detenida preparación en acusadores y defensores, necesaria para tratar en público un proceso y estar pronto para la réplica; mayor seguridad de que los jueces se han impuesto de las constancias de la causa y de los argumentos aducidos por las partes; examen inmediato y directo de los testigos; brevedad en la substanciación de las causas. Si por vía de estudio se examinara una cantidad cualquiera de procesos, no se sabría que admirar más, si la completa pobreza y negligencia de las acusaciones ó la ligereza y superficialidad de las defensas, unas y otras muy parecidas á la ignorancia de la lógica y del derecho.

VII. PRONUNCIAMIENTO DEL FALLO EN LA MISMA AUDIENCIA DEL JUICIO

Es esta una consecuencia necesaria del juicio oral. Desaparecería toda garantía si se confiara á la memoria de los jueces, á través de los distintos juicios, todo lo ocurrido en un debate oral. Se dirá que en esto pelagra la justicia por falta de meditación y estudio de las causas; pero es ese un peligro remoto. Cuando un juez demora por seis meses ó un año el despacho de una causa, son mucho mayores las probabilidades de que se haya olvidado del proceso y del reo, que las de una madura y detenida meditación del fallo. Por otra parte la causa debe ser estudiada por los jueces antes del debate oral, y su competencia é ilustración deben ser abundantes é indiscutibles.

Una reforma en el sentido de estas bases traería todas ó muchas de las ventajas del jurado evitando sus inconvenientes. Sin haber sido pensada como una transacción entre el jurado y la justicia letrada, quizás parezca tal en el hecho, pero de todas maneras, si alguna vez se intentara entre nosotros el establecimiento del jurado, se habría adquirido una preparación que hoy falta indiscutiblemente.

RODOLFO RIVAROLA.

REFORMA UNIVERSITARIA

A la presidencia del general Roca siguió la del doctor Juárez Celman, inaugurada en 1886, la que se caracterizó por ese engrandecimiento ficticio del país, fuera de toda previsión sensata, y que, sin embargo, por sus manifestaciones externas de brillo fastuoso, alucinó pérfidamente á cuantos fijaron su mirada hacia el porvenir inmediato de la República tan lleno de promesas. Tomando como cálculo lisonjero de proyecciones, aquella germinación inaudita de ampulósidades que estallaron por la presión misma del impulso frenético por el oro, la peor de las ambiciones insaciables, esa perspectiva engañosa condujo á esta sociedad á una situación de desenfreno por la magnificencia y el boato que quedará en la historia, por lo menos castigada, como el recuerdo de una fanfarronada de pueblo inexperto y locamente engreído de su fortuna.

Aquella administración de fantásticas alucinaciones tuvo su obrero humilde y meritorio en el doctor Filemón Posse en la cartera de instrucción pública.

Hombre reposado, envejecido en las tareas administrativas con una amplia participación en las labores legislativas de nuestros congresos desde la reorganización nacional, el doctor Posse se destaca en su ministerio como un trabajador inteligente y minucioso que procura con el estudio detenido del detalle, conocer y levantar los inconvenientes que obstaculizaban al desarrollo próspero de la educación nacional.

Su primera Memoria, que entramos á analizar, corresponde al año 1887.

En sus investigaciones en la enseñanza superior, el ministro se da cuenta exacta de las causas que íntimamente carcomen nuestra deficiente instrucción universitaria, exclusivamente destinada á la generación de carreras científicas con un propósito esencialmente utilitario. Y aún dentro de éste círculo restringido de acción, en contra de las pomposas declaraciones de su antecesor el doctor Wilde, el distinguido ministro comprueba enormes deficiencias. En la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo, á unos centenares de metros de la ubicación del ministerio, la carencia de elementos de enseñanza es tal, que á juicio del doctor Posse, esta es la causa principal por la cual la juventud estudiosa elude dicha instrucción imperfecta, dedicándose á la abogacía ó á la medicina. Los estudios en aquella Facultad de un objetivo tan práctico, eran sin embargo, teóricos é incompletos; faltaban gabinetes y laboratorios, y las mismas cátedras existentes, en las variadas ramas de la ingeniería, no bastaban para establecer una enseñanza profesional convenientemente desarrollada. El local que ocupaba, con un aspecto de improvisación caprichosa, era reducísimo, y aunque el ministro se comprometió á dedicar su atención preferente para dotar á esa institución con casa propia, cuyos planos estaban ya confeccionados y presupuestados por la misma Facultad desde largo rato, los tiempos pasaron sin la realización del proyecto y las *aulas* estrechas conocidas entre los estudiantes con el mote sugestivo de *jaulas*, siguieron prestando su servicio incómodo hasta 1898, ayer no más, en que se consiguió un ensanche del vetusto edificio con la aplicación de las rentas universitarias á ese objeto. Y trátase después de jeremiadas á las lamentaciones de las facultades, cuando imploran la protección del Gobierno! Pero en esta escasez de obras buenas realizadas por el Poder Ejecutivo, en el objetivo piadoso de un protectorado parsimónico á las universidades, necesitamos anotar hasta sus intenciones benévolas para que el juicio final le sea discernido con misericordia. Con tal propósito encomiable pues, el doctor Posse juzga apremiante una reforma fundamental que debe llevar por base una ayuda más

eficaz del Gobierno Nacional á la Facultad aludida. é interesa al Congreso para que en el momento oportuno le destine los recursos necesarios: solo así, podrá contar el país, termina el ministro, con una institución capaz de suministrarlos los ingenieros competentes que la Nación necesita para la prosecución de sus múltiples obras públicas y en la que está inmediatamente interesada con el progreso grandioso en que se ha lanzado toda la República.

Las demás facultades de la Universidad de la Capital desarrollan su enseñanza sin mayor tropiezo: la de Derecho y Ciencias Sociales posee su local propio y la de Medicina tenía en construcción el suyo en el terreno adquirido con sus fondos y con el importe de la venta de su antiguo edificio al Consejo Nacional de Educación. Pero todas estas mejoras se realizaban con lo adquirido por las facultades cuando dependían aún del Gobierno de Buenos Aires y marchaban con una organización autónoma.

Llama la atención aquel recuento angustioso de necesidades no satisfechas en los establecimientos de educación dependientes del ministerio, con las garantías dadas poco antes por el doctor Wilde al Congreso sobre su estado próspero. Más adelante el lector tendrá motivos para juzgar que el sufrimiento era general, y que los que así lo participaban al ministerio cumplían con su deber, tanto más penoso cuanto tenían que soportar después el enojo del superior, por declarar deficiencias en documentos públicos que se remitían al Congreso, sirviendo de matiz sombrío en las laudatorias oficiales.

Es de interés actual las siguientes referencias sobre la marcha del Hospital de Clínicas, porque demuestran los inconvenientes de su defectuosa organización, producto de su dirección bi-céfala,—la parte administrativa por el ministerio, la técnica por la Facultad de Medicina,—justamente el retroceso á que quería conducírsela últimamente:

El Hospital de Clínicas que forma, en cierto modo, parte integrante de la Facultad de Medicina, puesto que le sirve para dar la enseñanza con el enfermo por delante, presta, en este sentido, un concurso de alta importancia, á parte del bien que rinde á la clase menesterosa de la sociedad, que encuentra en sus salas y en su consultorio externo, abierto á toda hora del día y de la noche, asistencia sabia, á la vez que esmerada y prolíja.

Algunas irregularidades que comenzaban á producirse en este establecimiento, han sido oportunamente corregidas por el ministerio, y hay razón para creer que, en adelante, su marcha será correctamente ajustada á los reglamentos que lo rigen y sus resultados cada vez más satisfactorios (1).

En cuanto á la Universidad de Córdoba el doctor Posse, con la misma sinceridad, manifiesta que necesita de una protección más empeñosa de los poderes públicos: la Facultad de Medicina carece de un local propio y la de Ciencias Físico Matemáticas si bien tiene en construcción un edificio adecuado á su enseñanza, las obras quedaron interrumpidas desde 2 años antes, precisamente en el 2º período del ministerio Wilde.

En instrucción secundaria el ministro comprueba con datos estadísticos que la concurrencia de los alumnos ha aumentado; pero solicita la atención del Congreso, por esto mismo, sobre la deficiente dotación de esos establecimientos y sobre los malos é inadecuados edificios en que funcionan la mayoría de ellos. El profesorado, por otra parte, estaba mal remunerado y el doctor Posse propone que se les aumente de asignación, así como que se asegure su estabilidad, siendo altamente pernicioso el nombramiento anual del personal docente como era la práctica establecida.

Respecto á las escuelas normales el Poder Ejecutivo persevera en su noble propósito de aumentar esos institutos de enseñanza tan indispensables para garantizar la eficacia de la instrucción primaria.

En 1871 se inauguraban los cursos de la Escuela Normal del Paraná, única que teníamos, con 8 alumnos en el curso superior y 22 en la escuela de aplicación.

Han bastado 15 años para que su institución se arraigue y produzca benéficos é importantísimos resultados.

Los departamentos que, durante años, figuraron como anexos y dependientes de los colegios nacionales, han adquirido vida propia y se han convertido en escuelas normales, bien dotadas y atendidas por excelentes profesores. Muchos sacrificios ha hecho la República para conseguirlo; pero, en cambio, puede asegurarse, que han sido ampliamente compensados.

Se han inaugurado durante el presente año las escuelas normales mixtas de Mercedes y del Azul, y las de varones de La Rioja, San Luis, San Juan, Corrientes, Córdoba y Jujuy.

Faltan, para completar el cuadro de escuelas de varones, indispensables, dos más: una para Salta y otra para Santiago del Estero. De esta manera, todas las provincias argentinas tendrán elementos para mejorar el personal de sus escuelas comunes, que es una de las mayores necesidades de un país republicano (2).

(1) POSSE, Memoria de Instrucción Pública, 1887, pág. XL.

(2) POSSE, Memoria de Instrucción Pública, 1887, pág. LIII.

El doctor Posse, entra luego en un análisis minucioso del estado de los edificios destinados á la enseñanza normal y secundaria, y reconociendo las condiciones deplorables de la mayoría, hace constar que las provincias están prontas á contribuir á su mejoramiento, cediendo á la Nación terrenos para que el Poder Ejecutivo mande levantar edificios apropiados, lo que podría ejecutarse enajenando algunas propiedades fiscales improductivas cuyo importe se destinaría al objeto mencionado.

En instrucción primaria el Ministerio se muestra orgulloso del éxito alcanzado, lo que atribuye al ejemplo edificante del Consejo Nacional de Educación, con la marcha próspera de los establecimientos que dirige y que sirven de modelo para el desarrollo de la instrucción común en las provincias.

Después de trazar con cuadros estadísticos todos los progresos realizados, el doctor Posse declara :

Termino aquí la parte que se refiere á la marcha y desenvolvimiento de la instrucción primaria en la República en el último año transcurrido ; pero no debo cerrar este capítulo sin tributar una palabra de justiciero elogio al Consejo Nacional de Educación, bajo cuya dirección inmediata ha puesto la Ley las escuelas comunes de la Capital y territorios federales, y que es, á la vez, el encargado de fomentar en toda la República este importantísimo elemento de vida y de engrandecimiento nacional.

Obra suya, obra del Consejo Nacional de Educación es el extraordinario progreso que la instrucción primaria ha alcanzado, de algunos años á esta parte, en todo el país. Obra suya es el orden, altamente satisfactorio, que hoy impera en todo lo que se refiere á la inversión de los caudales destinados á costear las escuelas en la Capital y territorios y á subvencionar á los de las provincias. Obra suya es la disciplina, el estímulo, la moralidad que hoy se observa así en las escuelas, como en el personal docente de ellas. Obra suya es el orden perfecto, la minuciosa economía con que hoy se hacen aquellos antes fabulosos gastos para proveer de útiles, textos y demás elementos de enseñanza á todas las escuelas comunes de la República. Obra suya es esa enorme masa de trabajo de que acabo de hacer rápida mención y que revela en todos los asuntos en que se refiere, en todas las materias que toca, en todos los detalles á que llega, el noble esfuerzo, el patriótico celo, la enérgica honorabilidad de los dignos ciudadanos que forman este Consejo. Y finalmente y sobre todo — es obra suya, es el resultado de su constante labor, de su prédica infatigable, de su saludable ejemplo, el vivo anhelo que en todas partes, en todo el territorio de la Nación, así en las ciudades como en las campañas, se siente á favor de la educación del pueblo, á punto de que no hay ya seguramente en la República, quien no esté convencido que de esa educación depende, en parte primordial, el bienestar de la sociedad.

Á una corporación que tales resultados alcanza, deben los Poderes Públicos, debe el País, justiciero aplauso ; y por mi parte, lo tributo complacido al Consejo Nacional de Educación. (1)

(1) POSSE, Memoria de Instrucción Pública, 1887, pág. CXV.

Este elogio encomiástico que el doctor Posse repite en sus memorias posteriores está estrictamente ajustado á la realidad de los hechos, y su transcripción íntegra, que puede servir para un paralelo con la situación anómala anterior, está destinada también á demostrar que la organización autonómica del Consejo Nacional de Educación, en la parte administrativa y técnica, ámplia, daba los más brillantes resultados en la práctica, como lo continuaron atestiguando en sus memorias sucesivas, todos los ministros subsiguientes.

La Memoria de Instrucción Pública de 1888, que pertenece al mismo doctor Posse, es de una acentuación más marcada todavía en sus deseos de proteger los elementos que concurren á la educación nacional.

En ella declara el ministro al Congreso que se propone presentarle en ese año un plan completo de instrucción pública, comprendiendo sus tres ramas,—primaria, secundaria y superior,—buscando arrancar así á la educación, de esa anomalía injustificable de planes de enseñanza puestos en vigencia por simples decretos del Poder Ejecutivo, con carácter provisorio, lo que sigue repitiéndose por más de 30 años; y lo que es más grave aún, ha permitido modificaciones á esos mismos planes, por la dirección de los colegios nacionales, alterando la uniformidad en la instrucción secundaria. El ministerio para proyectar esta nueva organización se ha inspirado en los tres siguientes propósitos fundamentales: 1º, radicar en los nuevos planes los progresos realizados por la pedagogía moderna; 2º, limitar prudentemente los ramos de estudios y la extensión de los programas, á lo más indispensable para la instrucción general de los alumnos; 3º, imprimir un carácter nacional, propio, á la enseñanza.

Y puesto en la labor con dedicación, el ministerio hace constar que respecto de los planes para la instrucción primaria el Consejo Nacional de Educación había adoptado recientemente uno que satisfacía por completo las condiciones expuestas. La tarea pues, tomando como punto de partida lo ya ejecutado, que reputa bien establecido, se contraería á organizar un plan de estudios para las escuelas normales

que respondiese á la formación de maestros idóneos para la práctica de esa enseñanza común aceptada.

Pero el doctor Posse observa concienzudamente que la instrucción del maestro de escuela no debe ser recargada con la enseñanza de materias que responden más á los estudios preparativos para las carreras profesionales que á las necesidades de la educación del magisterio, y hemos demostrado que frecuentemente, dichos conocimientos una vez adquiridos, motivan la transgresión del propósito primero del alumno-maestro, dirigiéndolo al doctorado de las profesiones liberales. Con este motivo, el ministro hace constar que los planes de estudios decretados por el Poder Ejecutivo para las escuelas normales de maestros en Mayo 31 de 1875, Mayo 3 de 1876, Febrero 24 de 1877, Enero 24 de 1880 y Enero 7 de 1881 (combinaciones efímeras del caleidoscopio proyectista) fijaban su duración en 3 años, como ocurría en casi todas las naciones más adelantadas en instrucción pública, y que recién el plan de 26 de Febrero de 1886, aumentó á 4 años la enseñanza para suplir la deficiente preparación que traían á su ingreso los alumnos-maestros, lo que no tenía ya su razón de ser en 1888, por el funcionamiento perfecto hasta el 6° grado de las escuelas de aplicación anexadas á las escuelas normales.

La institución de las escuelas normales se halla arraigada entre nosotros, produce ya sus benéficos resultados y los dará sin duda mayores é importantísimos, en el porvenir. El año pasado ponía en vuestro conocimiento que se habían inaugurado siete escuelas Normales y este año me complazco en comunicaros que se han fundado otras siete en La Plata, Dolores, San Nicolás, Río IV, Tucumán, Santiago del Estero y Salta. Tenemos por lo tanto un número suficiente de escuelas normales. La Capital y cada una de las provincias poseen una escuela de varones y otra de mujeres, hallándose mejor dotadas, por la importancia de su población, Buenos Aires con cinco y Córdoba con tres.

Existen pues, 34 escuelas normales de las que 14 han sido fundadas por la actual administración, ó sean el 41 por ciento de las existentes. La dirección y enseñanza de estas escuelas se halla á cargo de 730 profesores y son concurridas por 11.141 alumnos, de los que 1333 pertenecen á los cursos normales y 9808 á las escuelas de aplicación.

Comparando estas cifras con las de otras naciones, se observa que la situación de la Argentina no puede ser más favorable, si se toma en cuenta la población escolar. Austria tiene 71 escuelas normales con 7836 alumnos, Bélgica 51 con 3147, Prusia 113 con 9752, Sajonia 19 con 2318, Inglaterra 42 con 3234, Italia 124 con 9416, Chile 3 con 233 y la República Oriental 1 con 55. Hemos cimentado y extendido, como el pueblo que más, la institución de las escuelas normales llamadas á garantizar la prosperidad de la educación.

Contamos con las bases requeridas para levantar el magisterio de las escuelas primarias y con él la enseñanza que en estas se dá. Pero la situación actual del personal

docente de las escuelas primarias no es satisfactoria. El año pasado os manifestaba que necesitábamos un verdadero ejército de maestros (10.000) para satisfacer las necesidades del presente, y que solo teníamos un número muy limitado de los que, en realidad merecen este título. La situación no ha cambiado, el personal docente no se improvisa, y los normalistas que terminan su carrera, no alcanzan á satisfacer el aumento de maestros que se requiere cada año, por la creación de nuevas escuelas. (1).

En instrucción secundaria, cuya importancia en la vida republicana valora en toda su magnitud, como hombre de pensamiento que fija su mirada en el porvenir de nuestras instituciones políticas, el doctor Posse declara que, debe dársele poniéndola al alcance de todos los que tengan la aspiración de la instrucción, sin exclusiones ni privilegios, porque está destinada á dar una cultura superior al espíritu que tiene que ser extensamente difundida en los pueblos democráticos para que llegue á constituir una verdad el gobierno propio. Amparándose en la doctrina de Avellaneda que concebía que la instrucción en los colegios nacionales no debía ser exclusivamente preparatoria para las universidades, el doctor Posse sostiene que esos establecimientos deben ser costeados por el Estado pues las obligaciones del Gobierno respecto á la instrucción pública, no terminan con la educación común, que por lo mismo que es general y obligatoria, no comprende sino los conocimientos más indispensables para redimir á las muchedumbres de la ignorancia.

En los Estados Unidos, á quien debimos seguir copiando en sus brillantes instituciones en la ruta felizmente iniciada por Sarmiento y Avellaneda, las escuelas superiores (high schools) se encuentran profusamente desparramadas por toda la extensión del territorio, y según Hippeau en ciertos Estados de la Unión Americana las leyes obligan á las poblaciones que cuentan con más de 500 familias á sostener un instituto de ese género. (2) Ahora bien, las escuelas superiores de los Estados Unidos presentan mucha analogía en su enseñanza con nuestros colegios nacionales. En esta admiración justificada por los prodigios de la raza anglo-

(1) POSSE, Memoria de Instrucción Pública, 1888, pág. LXIV.

(2) HIPPEAU, *L'instruction publique aux Etats-Unis*, pág. 89.

segunda, es conveniente pues, no desorientarse, y al tratar de instrucción pública tomar también como modelo á esa gran nación cuyo éxito en la educación nacional trasciende ya en los viejos pueblos europeos. Entre nosotros, por la apatía genial en la raza latina, que se procura flagelar con los ejercicios físicos, no será posible todavía por mucho tiempo confiar en el esfuerzo espontáneo de las poblaciones, y admitida la necesidad de esa instrucción secundaria, será imprescindible que el Estado la costee de rentas generales que, al fin y al cabo, provienen de los impuestos que pesan sobre todos los habitantes de la República.

La instrucción secundaria está destinada á la formación y educación de la clase media de las sociedades, y como esta, por su número y composición, primará con su voto y con su influencia en la organización política de las provincias y más eficazmente todavía en la constitución de las comunas y municipios, es deber apremiante propender á crear un criterio público ilustrado para el mejor éxito del gobierno republicano.

El ministro doctor Posse, á semejanza de sus antecesores, continúa sosteniendo las ventajas del plan de estudios único para la enseñanza secundaria. Es así, como, al reformar el régimen establecido, en Enero 14 de 1888 se concreta á reducir el número de materias de enseñanza y á acentuar más á esta en su carácter nacional, tanto más necesario agrega el doctor Posse, cuanto la corriente inmigratoria que afluye con intensidad á la República trae fatalmente consigo un cosmopolitismo inquietante para la conservación de las tradiciones y el espíritu argentino.

Respecto á la instrucción superior el doctor Posse la juzga con el criterio ilustrado de un hombre público que ha actuado en nuestras sombrías disidencias nacionales recogiendo sus acerbos lecciones, y despreocupándose del mercantilismo de las profesiones á que da lugar, la defiende en su importancia decisiva para la educación de las clases dirigentes de las sociedades.

La cultura superior entraña un alto interés social, ella prepara los hombres ilustrados para la dirección de los negocios públicos y forma los pensadores llamados á sostener y difundir las doctrinas que guían la opinión.

Convencido de la excelencia de sus fines, no considero que la instrucción superior se haya desarrollado excediendo nuestros medios sociales, ni temo que los estudios universitarios esterilicen fuerzas que podrían desenvolverse ventajosamente en otras esferas. El mal, si existe, no está en los estudios mismos, puede estribar en su defectuosa organización, en la carencia de base, en su desviada tendencia.

Si bien es cierto, que la educación popular es condición inherente al régimen democrático y base de toda instrucción, no lo es menos que también se deben mantener los estudios superiores, cuyo desarrollo lejos de excluir ó entorpecer el de la enseñanza primaria la fortalece y vivifica, por la acción eficaz y fecunda que ejerce la elevada cultura sobre los espíritus, extendiendo las ideas y ensanchando los horizontes.

En la instrucción superior encuentra la inteligencia su expresión más perfecta y el objetivo de sus nobles aspiraciones; ella es el manantial del pensamiento de donde surge la ciencia que se esparce en los campos fertilizándolos con el agua viva de la verdad. (1)

La última Memoria de Instrucción Pública del doctor Fílemón Posse, que tenemos que estudiar, corresponde á 1889. Su autor se congratula del desarrollo cada vez más próspero de la instrucción primaria, porque « con su difusión se dará « la mejor de las soluciones á la debatida cuestión de si el « sufragio debe ó no ser universal; porque la escuela hace « apto al ciudadano para el ejercicio de sus derechos « políticos ».

Pero no debe detenerse el movimiento general de protección á la educación común que se observa en la Nación y en las provincias, agrega sensatamente el doctor Posse, pues estamos muy lejos de haber ejecutado todo lo que las necesidades de la población exigen apremiantemente, en esta exuberancia de crecimiento.

Si es verdad que en los dos últimos años (1887-88) el número de las escuelas primarias ha aumentado con otras 502 más; que se ha conseguido incorporar á la enseñanza común, también 1959 maestros; que gracias á estas circunstancias, las escuelas se han encontrado concurridas en 1888 con 48,913 alumnos más sobre la existencia de 1886, — también es dolorosamente cierto que ese número importante de instructores que han ingresado al magisterio nacional no provienen de las escuelas normales, las que no forman maestros en cantidad suficiente á la requerida al simple aumento vegetativo de nuestra población. Es deber pues, del Gobierno, y deber muy urgente, estimular vigorosamente á esos esta-

(1) POSSE, Memoria de Instrucción Pública, 1888, pág. XCVII.

bienes para que realicen en su plenitud de acción los beneficios ansiosamente esperados.

En instrucción superior el doctor Posse declara que el Poder Ejecutivo no omitirá esfuerzo alguno para contribuir al mejoramiento de la enseñanza superior y al engrandecimiento de las universidades de la Nación, contando siempre con el eficaz concurso del Congreso ».

Y esta protección se hace tanto más necesaria, agrega el ministro, cuanto « las ciencias, que se enseñan en las tres facultades de nuestras universidades, son eminentemente de aplicación, y los que frecuentan sus aulas lo hacen con un fin práctico; no cultivan la ciencia solo por amor á ella, sino también para hacerse de una carrera, cuyo ejercicio sea su manera honorable de vivir. Sin embargo de esto, no puede desconocerse que el estudio práctico de esas ciencias no es satisfactorio, y que, por consiguiente, debemos contraernos á mejorarlo ». Criterio para juzgar los hechos, muy distinto al de su antecesor el doctor Wilde, y completamente ajustado á la verdad. Nuestra Facultad de Medicina, recogió sus beneficios de esta buena voluntad del doctor Posse, que no se redujo á declaraciones ampulosas en sus escritos: los estudios de anatomía descriptiva, topográfica y patológica tuvieron por primera vez un local adecuado y material para realizar una enseñanza provechosa.

El ministro insiste sobre las ventajas de la creación de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de la Capital, urgentemente requerida para la alta cultura del espíritu nacional que tiende á desaparecer, atraída la juventud con las perspectivas del lucro fácil en la vorágine de los negocios de la época.

Y en cuanto á la enseñanza integral, declara:

Nuestro comercio toma cada día mayores proporciones, pudiendo decirse que está relacionado con las primeras plazas comerciales del mundo.

Mientras tanto, los comerciantes argentinos se forman rutinariamente en las casas en que entran á servir como dependientes, casi siempre sin preparación alguna.

Creo, pues, de alta conveniencia la creación de escuelas de comercio, que den á los jóvenes la conveniente instrucción, á la vez que les abran una nueva carrera: la escuela les daría sus títulos, que les proporcionarían provechosas colocaciones en las casas de comercio.

La agricultura ha adquirido un prodigioso desarrollo, que aumenta cada año con los cientos de miles de inmigrantes que llegan al país y con el provechoso resultado del cultivo de la tierra.

Los habitantes de nuestras dilatadas campañas, hasta hace pocos años, eran pastores casi en su totalidad. Felizmente van haciéndose agricultores, lo que reporta al país la doble ventaja de la mayor civilización que ellos mismos adquieren y del mayor rendimiento que arrancan á la tierra.

Hay verdadera conveniencia en estimular esa tendencia, fundando escuelas prácticas de agronomía, combinándolas con quintas de aclimatación.

Los gobiernos de Santa Fe y Tucumán comprendiendo las ventajas de estas escuelas, ofrecen media legua cuadrada de campo gratuitamente para su fundación. Igual oferta han hecho varios dueños de extensos campos.

En mi opinión, una escuela de agricultura no ocasionará más gastos que los de su fundación y dotación, no siendo aventurado pensar que media legua de campo bien cultivado daría lo bastante para su sostenimiento.

Los resultados de esta institución serían inmensos; pues con el mismo capital y con el mismo esfuerzo, las cosechas se doblarán, y cada alumno de la escuela llevaría al lugar de su residencia las buenas prácticas y los conocimientos adquiridos. (I)

Es de justicia reconocer que, el doctor Posse en su estudio detenido de la educación nacional, se penetró de sus necesidades, esbozando las primeras medidas que conducirían á su mejoramiento paulatino. Con criterio eminentemente científico, comprendió que el progreso del país no podía asegurarse sino marchando por la senda de la evolución general de las naciones; que á la época ganadera, debía seguir la agrícola de indiscutible adelanto para la prosperidad pública, pero cuyos primeros pasos vacilantes, aunque de gigantesca infancia, necesitaban del apoyo de una instrucción adecuada para alcanzar su desarrollo completo.



La Memoria de Instrucción Pública de 1890 está subscrita por el doctor don Amancio Alcorta.

No tiene un «texto» que indique los propósitos de este distinguido educacionista en la labor ministerial que le correspondía afrontar, y es lástima grande, por su excepcional preparación en la materia, por su actuación pública anterior en la enseñanza y por su ilustración, lo que le hubiera permitido abordar con éxito los múltiples problemas de la educación nacional; pero designado para ocupar esta car-

(I) POSSE, Memoria de Instrucción Pública, 1889, pág. XXXII.

tan pocos días antes de la presentación de la Memoria al Congreso Argentino, seguramente no dispuso del tiempo suficiente. Fué también de corta duración la permanencia del doctor Alcorta en esta sección de las tareas gubernativas, pues la crisis económica y social avanzaba á un desenlace rápido, y en sus ansiosas expectativas para conjurarlo, se sucedieron los cambios ministeriales, y fué reemplazado por el doctor José M. Astigueta á quien sorprendió en este puesto. la revolución del 26 de Julio de 1890.

Esta Memoria se reduce pues, á una compilación de documentos oficiales correspondientes al ministerio del doctor Posse, y á la transcripción de los informes de fin de año de los diferentes establecimientos de educación nacionales, los que no ofrecen mayor interés, en su análisis, porque todos se concretan á demostrar el desarrollo regular de la parte de la instrucción que les estaba encomendada.

Hace excepción á esta monotonía de documentación pública, la ley sancionada por el Honorable Congreso el 30 de Septiembre de 1889, autorizando al Poder Ejecutivo para crear una estación agrícola y escuela práctica de agricultura en la provincia de Santa Fe. Esta institución debía establecerse para recibir desde luego unos 500 alumnos, en los terrenos que para dicho objeto había ofrecido gratuitamente el Gobierno de aquella provincia, y el Congreso destinaba para la ejecución rápida de la ley, un crédito por 200.000 pesos nacionales, solicitando del Poder Ejecutivo su más pronto cumplimiento.

Esta enseñanza benéfica, que era la que más apremiantemente exigía el país, lanzado en la labor agrícola en vastas proporciones, no pudo llevarse á efecto, por las complicaciones financieras que anonadaron á aquella situación política; pero demuestra al plantearse con la grandiosidad con que se ideó, que los proyectos de educación integral del doctor Filemón Posse que hemos estudiado anteriormente, tuvieron una acogida simpática en el Congreso Nacional.

Los antecedentes para establecer los estudios de agricultura existen pues, abundantemente documentados en nuestro país. Los gobiernos provinciales la iniciaron en épocas remotas,

en pleno caos de la vida nacional, en sus treguas de guerra fratricida; la Nación las propició frecuentemente con leyes y decretos, y hasta con una tentativa fracasada en la administración Sarmiento y la posterior de Avellaneda; nos faltó mayor perseverancia tal vez, y sobre todo profesores competentes, para incorporarlo definitivamente como un sistema en nuestra educación. Hoy, se levanta más imponente el problema, porque toda la sociedad argentina así lo clama; pero esperamos la solución para creer en su eficacia, que por lo pronto no nos satisface en sus largos prolegómenos, si es que se persiste en transformar los futuros doctores en chacareros, caso tan inverosímil, como sería la de procurar cambiar á los futuros chacareros en doctores.

Retoña sin embargo, espontáneamente, fuerzas más vivaces hacia una enseñanza agrícola, traduciéndose los informes oficiales de los Estados Unidos sobre la enseñanza industrial. Bien venida sea esa corriente con su atmósfera impregnada de ideales puros! Copiamos á la gran nación americana con Sarmiento y Avellaneda, y porque dejamos de tomarla por modelo desde 1880, van para 20 años que estamos estancados en nuestra educación. Que nuestro entusiasmo no sea fugaz, y que penetrando decididamente en su mecanismo interno, busquemos radicar en la República sus prósperas instituciones de enseñanza, con sus universidades libres, su educación integral y su prodigioso estímulo para la instrucción común; tales también son los propósitos que nos mueven participando del anhelo público.



Pocas evoluciones de nuestra vida interna, por su fisonomía propia, presentarán una atracción más intensa en su estudio, que la de esta última crisis económica de la cual salimos tan lenta y penosamente.

Si la rápida valorización de la tierra, fantásticamente impulsada por una especulación febriciente, ha sido en la apariencia una de las causales más activas en la producción del fenómeno social, hay que reconocer que, analizada más ínti-

ente, corresponde una parte considerable á nuestra educación nacional incompleta, sorprendida en plena transformación é incapaz de conjurar el colosal desastre.

La conquista del desierto había entregado á la fortuna privada, extensas zonas de tierras, que muchas de ellas, fértiles, adquirieron pronto más de cien veces de su valor primitivo, robusteciendo así al grupo egoísta de los millonarios sin esfuerzo. Por otra parte, la provincia de Buenos Aires, la rica heredera del virreinato, que había sufrido la separación dolorosa de su gran capital en 1880, se afaná entusiasta en la creación mágica de una nueva, esplendorosa, que por su ubicación y delineación científica, por el lujo de sus establecimientos públicos, como por los múltiples atractivos del arte allí acumulados, la hiciese pronto olvidar á la prenda valiosa entregada á la cordialidad nacional. Y con sus dos establecimientos de crédito grandiosos, el Banco Hipotecario y el Banco de la Provincia, transformó la antigua estancia de Iraola, como obra de encantamiento, en espléndidos parques y plazas, en palacios suntuosos, que determinaron una valorización tal de la tierra de manera que ésta se cotizase por centímetros en aquellos mismos lugares avaluados por hectáreas, pocos meses antes, originando así al acaudalado de insuflación, vanidoso, que creía que el remanente de sus negocios, era la renta de una riqueza ilimitada producto de su ingenio comercial. Los felices afortunados en la compra-venta de los terrenos urbanos y rurales, con el éxito brusco alcanzado, sirvieron de incentivo para las especulaciones de igual género que, como reguero incendiario se propagó velozmente en el resto de la República.

Pero la fortuna fácilmente adquirida no es estable, como que no ha sido conquistada con la labor constante y en las privaciones del ahorro, y los millonarios de improvisación sucumbieron á las fascinaciones del lujo:— broncees, telas, mármoles y pedrerías, constituyeron el comercio por excelencia para aquellos engendros del derroche, que buscaban más el color subido ó el peso bruto de las obras de arte.

Bastaba el acto mecánico de comprar y vender, sin discernimiento casi de los objetos, para realizar una ganancia,

porque el valor de las cosas aumentaba siempre, por la abundancia satánica del dinero que brotaba en papeles sin cuento. Semejante prodigio, la riqueza á granel para quien quisiese recogerla, debía repercutir en el extranjero y la inmigración cada vez más potente fué todavía reforzada por el gobierno; la plétora humana en la capital, incapaz de levantar tantos alvéolos para tal enjambre, produjo la valorización de la propiedad, que dió nuevo pábulo á la especulación desenfrenada. La imaginación fustigada por la más torpe de las ambiciones, encegueció á los hombres hasta el desconocimiento de la naturaleza: ferrocarril á Montevideo, como si el Río de la Plata fuese un arroyo fácilmente vadeable,—costosos terraplenes para ganar algunas manzanas al río, como si la capital no tuviese á sus espaldas, vastos territorios desoladamente despoblados en la extensión incommensurable de nuestras pampas! Y el emisario del extranjero que preocupado por la atracción de los capitales venía á explorar la nueva tierra prometida, no escapaba tampoco al contagio: como en esas poblaciones de insanos, en que el cuerdo concluye por perder la noción de lo real, el nuevo elemento se incorporaba á los cuadros de agiotistas, víctima de la manía aguda. Y nuevas remesas de oro afluían en porfía del alto interés del dinero; los bancos lanzaban de continuo un torbellino de papel moneda; las sociedades anónimas sobre objetos anónimos, crearon también valores para excitar la danza macábrica de los millones,—y por fin,—la prensa misma, esta gran palanca en la opinión pública, alucinada por el progreso aparatoso, entonaba himnos de alabanza, relatando en cada año, en un recuento de grandezas ficticias, la magna epopeya del país de las quimeras.

La gran capital del Sud! Quedará por largo tiempo en la fosforescencia del recuerdo, la visión fantástica de aquel desfile humano anhelante de placeres, con el atavío soberbio de sus caprichos sin medida. Al crepúsculo vespertino, seguían los arcos triunfales chispeantes de luces, y las muchedumbres se esparcían por calles, plazas y avenidas, mientras los teatros repletos de público continuaban en la seducción de los sentidos con sus trinos de armonía cuya vocaliza-

ella realizaba el fúelle prodigioso de las libras esterlinas.

Todo estrépito se apaga en un silencio. En la hora de las liquidaciones, el desencanto fué cruelmente doloroso: la ruina, la miseria y los harapos, constituyeron el residuo en el bajo fondo del caudal agotado para la enorme masa de los potentados en acciones. Nos habíamos olvidado que el sebo, las lanas y los cueros, en su prosaico aspecto, formaron la base de la fortuna pública, y que si la tierra era promesa de redención para el pastor, sería hendiéndola con el acero reluciente de los arados, lo que le permitiría el fantaseo, pero en églogas sobre las mieses y las doradas espigas.

Después del desastre, surgieron los apóstoles airados; pero en la batahola ensordecedora, no hubo una voz capaz de dominar el tumulto cada vez más bravío en su demoniaco empeño de locuras.

No hubiera sido tampoco bastante, la acción aislada de uno ó de varios, para contener aquel tropel electrizado, y faltaba á nuestra sociedad una clase media, eficiente por sus extensas vinculaciones, que ocupase su puesto por el estudio, con sus inteligencias lentamente preparadas con la disciplina y el cilicio del deber. El éxito lisonjero dió la absolución á los medios empleados, y que la moral estaba profundamente trastornada, se comprobó después de la revolución de 1890, grito angustioso en el caos, en que la reacción se caracterizó por una contemplación benévola para todos los arrastrados en la vorágine del vicio. Verdad es, también, que entre los redentores salmodiaban pecadores recalcitrantes, que cuidaban esmeradamente de que sus ademanes fanáticos no abriese el hábito que cubría sus cuerpos ulcerados.

La contaminación había sido completa. La sociedad argentina contenía en su seno los elementos afiebrados de las naciones que fueron atraídos por las aspiraciones del lucro rápido; el plasma en este organismo nuevo y como tal ambicioso, era propicio para la germinación intensiva de impulsiones denodadas hacia cualesquiera perspectiva de progreso, y la semilla aventurera prendió con feracidad pasmosa, envolviendo en su savia todo otro germen de iniciativa privada ó pública.

La labor primera, la que se imponía apremiante al extinguirse el eco del colosal derrumbe, era la de la reforma de la educación nacional, pues la carencia de firmes voluntades, de propósitos definidos é inalterables, que debieron tener su asidero en una instrucción apropiada, había sido fácilmente evidenciada en esa trayectoria deslumbrante de grandezas fugaces que se perdieron en el vacío.

Estudemos la Memoria de Instrucción Pública de 1891 para juzgar como el ilustrado ministro doctor Carballido resolvió el complicado problema, el más impaciente de su repleta cartera.

Y bien, en el momento de su aparición, esta Memoria tuvo su merecida repercusión pública. Las doctrinas profesadas elocuentemente, se desprendían de la trivialidad tediosa de los documentos oficiales; encaraba por el contrario, concientemente, la árdua tarea de la reforma de la educación nacional, en lo referente á la enseñanza secundaria, verdadera trabazón esencial en una sociedad bien constituida, con un criterio científico firme é ilustrado, ajeno á las preocupaciones generales; así, sacudía virilmente la tendencia exclusiva mercantil de la época, y al proclamar nuevos rumbos hacia el humanismo educativo, fué un bálsamo para las profundas desolladuras de este pueblo joven, inexperto y locamente confiado en su destino superior en la hegemonía americana.

La lección había sido tremenda. De lo alto de creaciones fabulosas, nos habíamos despeñado á una realidad tanto más amarga cuanto estábamos encandilados con deslumbrantes panoramas. Con el cuerpo estremecido y en sobresaltos, no era para escalar de nuevo á la cumbre inflado el espíritu con las mismas ilusiones; era, sí, el momento más oportuno para juzgarnos con severidad y arrancar de allí, con la conciencia purificada, hacia otros ideales. El mercantilismo, la educación incompleta, la falla moral de una sociedad en germinación con tantos agregados nuevos, debía hacernos reaccionar con un propósito firme de enmienda. No se podía confiar para esta reforma trascendental de la conciencia en el trabajo físico, desde que no se piensa con el músculo, y fué al humanismo, efluvio suave de los sentimientos más puros, al

que se recurrió, para que él impregnase á las sociedades, levantando las aspiraciones morales de su clase media.

La educación pública, en todas sus formas, — primaria, normal, secundaria y superior, — debieron ser prolijamente examinadas, buscando la causa del profundo trastorno con un encarnecimiento propio á la gravedad de la situación. Pero el ministerio temeroso de emprender una reforma de tan vastas proporciones, se concretó en su estudio á la enseñanza secundaria, que después de numerosos ensayos infructuosos, estaba todavía por adquirir su fórmula definitiva.

Es así, como, en la enseñanza primaria el doctor Carballedo se limita á consignar el desarrollo progresivo demostrado por la estadística y á reconocer que tal resultado se ha obtenido por la acción inteligente y laboriosa del Consejo Nacional de Educación « cuyo acto se hace sentir constantemente en todas las ramas y en todos los detalles de la « vasta é importante administración que le está encomendada ».

« A este celo; á la buena y severa administración que « siempre ha observado en todo lo que se relaciona con el « manejo de los dineros públicos, se debe que, aún en los « momentos más difíciles de la crisis porque vamos pasando, « haya podido dar cumplimiento estricto á todos sus com- « promisos, sin alterar de manera alguna la marcha regular « y ordinaria de los establecimientos confiados á su cuidado; « pudiendo decirse, en honor de esta Corporación, que no « tiene al presente ninguna deuda, que no ha gravado sus « bienes, que ha cubierto con escrupulosidad sus presupues- « tos y que posee en la actualidad 68 magníficos edificios « escolares y 4 importantes terrenos, todo lo cual importa « un fuerte capital acumulado como consecuencia de la eco- « nomía observada y de una prudente previsión en el manejo « de los dineros públicos ». (1)

Esta manifestación franca del ministerio era el reconocimiento justiciero é imparcial á favor de la administración autonómica del Consejo Nacional de Educación, cuyas ven-

(1) CARBALLIDO, Memoria de Instrucción Pública, 1891, pág. XXXIV.

tajas resaltaban comparándola con todas las demás reparticiones públicas que no podían presentar en sus libros sino las consecuencias de un desastre económico producido por la ambliopía de la época.

El ministerio del doctor Carballido se encuentra caracterizado principalmente por su ilustrada reforma en la enseñanza secundaria.

Su antecesor el doctor Amancio Alcorta, había nombrado una comisión de notables para que proyectase al ministerio un plan de estudios para los colegios nacionales, la que se expidió aconsejando una reforma que tendía, conforme á la preocupación de la época, á la mejor preparación de los alumnos hacia las profesiones científicas.

El plan propuesto reducía á 5 años la enseñanza secundaria, suprimiendo el 6º y reemplazándolo con un año preparatorio que se cursaría en las facultades con las materias más convenientes á la índole de cada carrera. Consecuentes con el propósito apuntado, en la distribución de la enseñanza, la Comisión hacía primar los intereses de la instrucción científica sobre la literaria, buscando realizar el mayor beneficio en la prosecución de un sistema que se reputaba esencialmente preparatorio de la instrucción superior.

Ahora bien, el doctor Carballido que, con ideales levantados se proponía la organización de un plan educacional en que los fines utilitarios debían posponerse ante la enseñanza moral, quiebra valientemente el artesonado vidrioso de las reformas indicadas por la Comisión, que no eran sino la obsesión más pertinaz en la causa primera de nuestro retroceso en la educación pública, propiciando por el contrario una enseñanza humanista que desarrollase su acción máxima respetando las necesidades de una instrucción científica equilibrada. A tan benéfico pensamiento responde el plan de estudios decretado para los colegios nacionales el 24 de Marzo de 1891.

Es digna de una especialísima mención la nota dirigida á los rectores de estos institutos al entregarles el plan adoptado: es un documento notable de alto valer científico y su autor se revela como poseedor de una vasta ilustración y de

un criterio favorecido por un conocimiento completo de la materia que examina.

Reconociendo como hecho comprobado de que los estudiantes de 6º año, que terminaban sus estudios en los colegios nacionales ingresaban en su totalidad en las universidades, se aceptó la idea de la comisión de crear un año preparatorio en las facultades, donde podían marcar sus rumbos definitivos con estudios más extensos y especiales, y con un cuerpo de profesores más competentes.

Se persevera en el plan único de enseñanza secundaria, sosteniéndose las ventajas de la instrucción literaria á la par de la científica, por su acción mutua, y por su intervención en el desarrollo armónico de la inteligencia.

Respecto de la enseñanza del latín, el ministerio en desacuerdo con la comisión, opina:

Si las personas ajenas al debate, que viene resucitando en Europa la secular disputa de los antiguos y de los modernos, pudieron sorprenderse de que una sola disconformidad acarreen el abandono del proyecto de la comisión, ésta no ha debido sufrir tal extrañeza. La enseñanza del latín significa en el plan de estudios una reforma de su economía material: se ha logrado instalarla sin menoscabo de las materias científicas más esenciales. De ahí no arranca la disidencia. El latín no es una asignatura neutral, con su objeto propio y definido. Al dejar de ser un aprendizaje incompleto para convertirse en doctrina psicológica, viene á representar en la educación la invencible preponderancia de las ideas sobre los cálculos materiales y, en el orden especialmente pedagógico, la eficacia del amplio desarrollo mental sobre las estrechas adquisiciones de un saber sin filosofía. Así entendida la cultura humanicista, al par que un ejercicio fecundo de la inteligencia es un desarrollo moral por el contacto diario, la influencia magnética, si tal puede decirse, de la belleza y la virtud antigua. Compréndese que sea resistida por espíritus sinceros y no siempre subalternos que confunden, como el mismo Spencer, la *educación* secundaria con la *instrucción* primaria ó superior. De su punto de vista insuficiente, se muestran lógicos al desterrar de sus numeradas casillas pedagógicas la supérflua disciplina que solo enseña á pensar y sentir. Aún más que lógicos, se muestran previsores; pues no es exacto que el latín sea combatido por su inutilidad. No hay guerras de cien años por razones de economía. El humanismo representa una concepción idealista de la civilización y de la historia—compatible, por cierto, con la verdadera iniciación científica—y, contrapuesta su doctrina á otras exclusivamente positivas, es como un fermento perturbador de su inercia; las pone á prueba; las ataca, como se diría de un reactivo. Antes de precisar las razones que tuvo el ministerio para mantener y vigorizar las disciplinas clásicas, convenía recordar y tener por indicio de su importancia, el hecho de ser en todas partes atacadas ó defendidas como una característica de la educación, cuya influencia buena ó mala trasciende á todo el cuadro pedagógico.

No necesito recordar al señor Rector que la distinción entre la educación y la instrucción es la base de la pedagogía. Pero, es muy frecuente el desconocimiento práctico de las nociones teóricas más conocidas y aceptadas. No es seguramente por incapacidad de analizar, que Herbert Spencer desconociera el carácter esencial de la educación secundaria, sino por exceso de generalización. Es evidente que el solo principio de la utilidad aplicado á la educación, tendería á suprimir además de las lenguas clásicas,

la historia general, la literatura, la filosofía, y todas las teorías científicas sustituidas por las contemporáneas; se enseñaría la botánica sin mencionarse á Linneo y la química sin nombrar á Lavoisier. Pero ¿cómo no ven los evolucionistas que ese desprecio de lo pasado, como explicación de lo presente, es el principio diametralmente opuesto al de la revolución?

Otro error considerable proviene de no circunscribir á la medida nacional el problema de la educación secundaria: procuramos la solución absoluta en lugar de la relativa, provisoria y, por decirlo así, doméstica. — Es precisamente porque existe un problema de educación argentina, que no basta para resolverlo implantar entre nosotros las innovaciones europeas y reformar cada tres ó cuatro años lo que busca todavía su formación. Aunque tuvieran allí, la sanción de la práctica, no serían decisivas para nosotros las razones de la Alemania repleta de ciencia y socialismo, la Inglaterra comerciante y fabril, la Francia luminosa, heredera del gusto soberano y de la clásica dicción. No tenemos sin duda, que precavernos aún contra el pauperismo universitario, ni el *over-brain* de los colegiales ingleses indigentes, ni siquiera contra el exceso de la cultura tradicional. Ante ciertos esfuerzos por un plan de instrucción utilitaria y remunerativa, no parecería sino que las dificultades presentes fueran debidas á un desborde de saber é idealismo en la juventud argentina, á un exceso de virtud romana y gusto ático en la generación viril. En suma, el mal europeo, sea cual fuere el valor del remedio anti-clásico, no podría derivar sino de la repleción de los elementos civilizadores que aquí escasean: sufrimos del mal contrario; y es muy curioso que se recete para nuestra anemia lo que allá se preconiza contra la congestión.

Alguna vez han sido recordadas entre nosotros las condiciones del problema educacional, pero con razones tales que serían las más eficaces para la tesis contraria. Opina el ministerio que, á faltar otros motivos para fundar la disciplina clásica, bastarían á recomendarla las condiciones sociológicas en que nuestro país cumple su desarrollo material. En proporciones relativamente mayores y más rápidas que los Estados Unidos, la República Argentina ha venido á ser la encrucijada de las naciones. Tan violenta ha sido la avenida inmigratoria, que podría llegar á absorber nuestros elementos étnicos. Están sufriendo una alteración profunda todos los elementos nacionales: lengua, instituciones prácticas, gustos é ideas tradicionales. A impulso de ese progreso spenceriano, — que es realmente el triunfo de la heterogeneidad — debemos temer que las preocupaciones materiales desalojen gradualmente del alma argentina, las puras aspiraciones, sin cuyo imperio toda prosperidad nacional se edifica sobre arena. Ante el eclipse posible de todo ideal, sería poco alarmarnos por el olvido de nuestras tradiciones; correría peligro la misma nacionalidad. Es tiempo de reaccionar contra la tendencia funesta; y si esta no fuera la hora propicia, sería porque había pasado ya. ¡Y es, sin embargo, esta hora suprema la que algunos eligen para ensalzar la educación utilitaria que nos ha traído donde estamos, y atajar la cultura clásica que por sí sola constituye una escuela de patriotismo y de nobleza moral!

El problema ha debido formularse en estos términos precisos: ¿Qué queremos que signifique en la República Argentina la segunda enseñanza oficial? Dejando libertad plena á la iniciativa privada y sin renunciar el estado á crear institutos de índole técnica y comercial, el ministerio ha opinado que era necesario imprimir á los colegios nacionales una dirección marcadamente educativa y liberal, propia para formar hombres y argentinos dignos de ser mañana la cabeza y el alma dirigente del país.

Aunque no sea este el lugar de formular los proyectos del ministerio, anunciaré de paso que entra en sus propósitos una reorganización completa de la segunda enseñanza, de que no es sino una parte esencial el plan de estudios. *Para que cualquiera reforma pueda ser fructífera, es necesario que tenga tiempo de arraigarse y crecer. ¿Cómo asegurar su estabilidad en medio de la inestabilidad inherente á nuestra forma de gobierno? Creando desde luego un consejo superior de instrucción pública que conserve la tradición administrativa y, bajo la autoridad del ministro, que oirá su parecer, tenga la misión de velar por la fiel ejecución de las disposiciones que él mismo habrá sugerido ó deliberado.* Representará, además, para el cuerpo docente de la República, un tribunal de fiscalización y garantía. Este cuerpo docente secundario, es indispensable mejorar sus condi-

carre, en el doble sentido de la expresión: esto es, exigir de él sacrificios humanos en cambio de mejor compensación. Por una extraña perversión de las cosas, pues las facultades no son sino el reflejo de aquellas, entre nosotros el profesorado es lo que menos se asemeja a una profesión. No hay seriamente educación sin personal docente experimentado y celoso, y éste á su vez no puede formarse si sus nobles ocupaciones hasta hoy mal remuneradas é inseguras, no constituyen una fuente de recursos suficientes para quitarle la inquietud del presente y del porvenir. (1)

Y con esto, tenemos ya otro ministro ilustrado, plenamente posesionado de su cargo, que reconoce la necesidad de desligar del ministerio, político, á la dirección de la enseñanza secundaria, pues no otra cosa importa el fijarla en un cuerpo competente que resista á los continuos cambios del personal administrativo. Es también la solución que se impone á cualesquiera estudie detenidamente la evolución accidentada de nuestra educación nacional. En efecto, ¿qué importa que un decreto del Poder Ejecutivo interprete sagazmente las necesidades de la enseñanza, si él trae un vicio orgánico que emana precisamente de la fuente emisora? Si contraría los intereses políticos de las personas ó de los partidos, será al fin cambiado, si no por el mismo que lo concibió y lo llevó á la práctica, por un sucesor inmediato que no tarda en llegar, y que en su rápido tránsito por el ministerio, se considerará tan competente y obligado como el anterior para intentar reformas de trascendencia. Así, es curioso anotar la resolución última, prohibiendo al personal del magisterio que pueda desempeñar otros cargos públicos que el de la enseñanza, medida excelente si fuese estable, pero que no lo será en un ministerio que se ha entregado otras veces á un partido político para que tome parte en el gobierno, es decir, en términos claros, para que coloque á sus partidarios, y que en la misma administración presente, se ha ofrecido como prenda de un pacto para continuar en la política del acuerdo.

Es á esta inestabilidad ministerial que es debida la falta de persistencia en un plan educacional que mediocre ó bueno, hubiera dado ya sus resultados experimentales y podría ser mejorado, mientras que á juzgar por lo andado y persistiendo en el mismo error, parece que estaremos obligados á mar-

(1) CARBALLIDO, Memoria de Instrucción Pública 1891, pág. XLIII y siguientes.

char cambiando continuamente de rumbos, práctica de locos, que nos ha conducido á estar todavía cerca del punto de partida, después de medio siglo de tentativas estériles.

Y es en esta enseñanza secundaria, la que ha dependido directamente del ministerio, donde se ha hecho más evidente la falta de un propósito firme y sostenido para encaminarla en una dirección fija; la educación integral, por ejemplo, tantas veces planteada en sus programas de reformas, está todavía por recibir una solución adecuada al vasto problema de la educación pública.

Creemos por consiguiente, que la necesidad apuntada primeramente por el doctor Wilde en 1884 y después por el doctor Carballido en 1891, de crear una dirección de la enseñanza secundaria con un cuerpo independiente, de organización autónoma, análoga al Consejo Nacional de Educación, se impone con energía, si se busca un cambio radical de sistema que nos garanta contra la inestabilidad de propósitos perniciosos en alto grado á todo progreso.

La importante nota á los rectores, aborda también el problema de la enseñanza secundaria gratuita, exponiendo:

Se siente ya un principio de obstruccionismo, en las carreras liberales, cuyos efectos se traducen muy visiblemente en la política y en la administración. ¿Cómo extrañarlo, cuando sostenemos colegios de primera categoría en proporción muy superior á nuestras necesidades? Aquí también hemos sacrificado la calidad á la cantidad. Sobre todo, hemos sido víctimas de una preocupación democrática. La instrucción primaria debe ser gratuita porque es obligatoria; y deriva su obligación del mismo carácter de la vida moderna. La ausencia de los primeros conocimientos generales tiene hoy las consecuencias desastrosas de una enfermedad: no saber leer equivale á ser ciego, no saber escribir á ser un mudo social. Pero, no hay precepto del decálogo republicano que imponga al estado el deber de la educación secundaria gratuita, y haga pagar ese privilegio, no por los privilegiados, sino por la comunidad.

En esta polémica, lo que más lastima á los intereses que se debaten, es la posición extrema en que se colocan los opositores.

La instrucción secundaria ha sido rara vez gratuita entre nosotros, como no lo ha sido nunca la universitaria.

Así, los alumnos internos y externos pagaban mensualidades bastante crecidas en el Colegio Nacional de Buenos Aires, en el período inmediato al de su fundación. Pero la administración del general Mitre, en el anhelo de difundir

rápida mente esta clase de enseñanza, *para consolidar la unión nacional*, suprimió las mensualidades antedichas: no podía en verdad sostenerse estas medidas radicalmente opuestas, favorecer la instrucción secundaria procurando establecer un colegio nacional en cada provincia y obstaculizar la entrada de los alumnos en los mismos establecimientos por medios de derechos. Sarmiento y Avellaneda persistieron en el mismo propósito, y solo al final de la administración de este último (socavada por la profunda crisis económica de aquella época), se comenzó á cobrar una pequeña cantidad por derecho de matrícula la que se destinó á los gastos menores de cada colegio. En la primera presidencia del general Roca, se establecieron los derechos de matrícula y examen, y se dispuso también que las sumas colectadas ingresasen al Tesoro Nacional; así, se ha continuado ejecutando desde aquella época y hoy se perciben en los colegios nacionales al rededor de 90.000 pesos nacionales, según expuso el doctor Magnasco en Enero último ante el Congreso.

Creemos que la instrucción secundaria puede soportar un aumento de derechos, pero abandonando el pensamiento de que se costee por sí sola, como se ha propuesto. En el comienzo de la vida del Colegio Nacional de Buenos Aires, los alumnos externos pagaban cien pesos moneda corriente mensuales; hoy podrían tal vez abonar 10 pesos nacionales por mes, que equivalen á aquella suma, y calculando en 4.000 los estudiantes actuales y en 10 los meses escolares, se tendría una cantidad de 400.000 pesos nacionales anuales, con que se contribuiría á sostener la enseñanza secundaria, preparatoria de las universitarias é integral para otras profesiones científicas.

Es innegable que el país atraviesa por una situación económica bien difícil y que se encuentra por otra parte en la obligación ineludible de levantar el nivel de la enseñanza, *fomentando la ilustración*, lo que se realizará mejorando los gabinetes y laboratorios actuales cuyo estado es lamentable; puede pues sostenerse la necesidad de la contribución, que no excluya al talento ni pueda sólo ser soportada por el rico,

sin que el Estado eluda tampoco sus deberes, y el esfuerzo aunado, realizar los beneficios que son apremiantes para nuestra cultura y que en el presente es imposible conseguir por otros medios.

Tales son someramente expuestas las miras ministeriales en la enseñanza secundaria.

Respecto de la enseñanza normal el ministerio se circunscribe á declarar que « las escuelas normales merecen preferente atención de parte del Gobierno, y cualquier sacrificio que el tesoro público haga en su sostenimiento será siempre ampliamente recompensado por los resultados fecundos que dan estos establecimientos, doblemente útiles y doblemente benéficos para la Nación ».

En instrucción superior el mismo doctor Carballido se limita á exponer que su desarrollo es satisfactorio, especialmente en la Universidad de Buenos Aires, cuyos estatutos fueron reformados en ese mismo año con las deficiencias caprichosas que anotamos en su momento oportuno. ⁽¹⁾

El desquicio de la Facultad de Medicina de Córdoba, había llegado á su colmo. La Comisión de Presupuesto de la Cámara de Diputados, contando con la opinión del ministerio, pretendió suprimirla desalentada tal vez ante las dificultades de una reforma tan completa como la que se imponía. Una medida tan extrema, que por momentos se creyó inminente, no se realizó por fin; pero fué una advertencia saludable para aquella Universidad que eliminó sus elementos espúreos reorganizándose en relación con las aspiraciones del país. Y hagamos constar que aquella oligarquía bochornosa, que era un baldón para la histórica Universidad de San Carlos, fué sostenida por el Ministerio de Instrucción Pública, que todavía se permitió aplaudirla en documentos oficiales.



(1) Reforma Universitaria, en REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS, Noviembre de 1898.

La Memoria de Instrucción Pública de 1892 del doctor Juan Balestra, merece ser minuciosamente comentada, porque marca un señalado progreso en las ideas ministeriales, al aceptar con entusiasmo las tendencias modernas de la educación pública. También su autor, en la plenitud de la juventud, con el cariñoso aliento recogido en las aulas universitarias que hacía poco había cruzado con los honores de un estudiante distinguido, no podía proceder de otro modo, sin abjurar de su inteligencia y de sus sentimientos. Penetrando pues, con un espíritu decidido, en el análisis de las causas perturbadoras de la marcha de la instrucción, forma su criterio, y con franqueza y lealtad, propone las medidas radicales que cree convenientes adoptar, reorganizando fundamentalmente las bases de la educación nacional. Desgraciadamente su paso por el ministerio fué muy rápido y la presidencia Pellegrini en pugna permanente con partidos políticos revolucionarios, no pudo gozar de la tranquilidad, al favor de la cual solo es posible resolver estos árduos problemas.

El doctor Balestra comienza su memoria, levantando con datos estadísticos propios y extraños, la creencia errónea, arraigada desde la prédica de 1880, de la abundancia exagerada de los diplomados universitarios en la República. Analizando las necesidades de nuestras provincias y ciudades, sostiene la doctrina contraria, á favor de la educación universitaria, declarando que el país requiere mayor número de abogados y médicos (contra los cuales se formulaba principalmente el cargo) que los que contaba en 1892. Con la organización federativa de nuestro sistema político, faltaban hombres de leyes en las provincias en número suficiente para completar el mecanismo de sus instituciones, y aún dentro de la judicatura misma, era prueba de ello, la cantidad de legos que desempeñaban cargos que evidentemente pertenecían á letrados. En cuanto á los médicos..... hay que protestar todavía sobre la cantidad de poblaciones menores de 2 á 3.000 habitantes, cuya salud queda confiada á la ignorancia del curanderismo.

Pero todo movimiento de opinión reconoce una causa, é

indagando el motivo de la creencia vulgar que originaba la protesta contra el exceso de diplomados universitarios, el doctor Balestra no encuentra otro fundamento que el hecho demostrado por las investigaciones de la Inspección General de Educación de que, los estudiantes que finalizaban sus preparatorios seguían invariablemente las carreras doctorales, primando en gran abundancia los que estudiaban derecho y medicina. No había exceso de diplomados, pero los que existían, eran casi todos médicos ó abogados: la uniformidad del colorido, era pues, lo que producía aquella alucinación visual, de rojo retiniano, en organismos afectados de miopía congénita.

Pero el dato, perfectamente controlado con datos estadísticos irrefutables, tenía que producir una amarga decepción: recuérdese en efecto, que el propósito con que se fundaron los colegios nacionales había sido el de formar ciudadanos ilustrados, con una instrucción general que los dejase aptos para emprender las carreras universitarias; pero también con una preparación suficiente para dedicar su actividad en cualesquiera otra profesión científica, si la universitaria no convenía á sus fuerzas ó á sus aspiraciones. Ahora bien, desde 1863 hasta 1892, el ministerio se había revuelto incesantemente dentro de esa fórmula práctica, bien precisa; había comprimido su ingenio trasudando infinidad de reformas incoherentes, y desgraciadamente, después de tan largo período de tentativas, tenía él mismo que confesar su impotencia para satisfacer á este sentimiento de la cultura nacional.

Y había que reaccionar pronto y resueltamente contra el sistema en vigencia, porque la estadística revelaba otros hechos graves, muy dignos de consideración para el estadista. Si estaba comprobado que todos los estudiantes que terminaban sus estudios preparatorios se dirigían á la enseñanza universitaria, las mismas cifras inquebrantables en su verdad, demostraban primero, que una mínima parte de los que iniciaban sus estudios en los colegios nacionales, llegaban hasta su terminación, — y después que, de los que ingresaban á las universidades, sólo la mitad conseguían ser

laurados en la carrera que habían adoptado: — quedaba pues, una masa indecisa de rezagados, con una educación incompleta é inútil para todo fin práctico, consumiéndose en aspiraciones insensatas ó merodeando para la burocracia. La corriente de la juventud estudiosa, encauzada fatalmente por los planes ministeriales hacia el doctorado de las profesiones científicas, para transformarse allí en agentes ponderables del progreso social, penetrando cada vez en espacios más reducidos, iba rebalsando en todo su trayecto sus capas livianas, formando charcos en la llanura, abandonando en la inercia las esperanzas acumuladas ya con el esfuerzo concentrado en la velocidad adquirida, y como las aguas muertas, muertas también las ilusiones, podían en su estancamiento cenagoso, constituir el factible hervidero de las fermentaciones políticas, tan frecuentes en nuestra vida republicana. Cómo evitar la pérdida de estos elementos, y sobre todo, arrancarlos de las funestas profesiones electorales? Si se facilitaba el libre curso de la corriente, ensanchando el cauce, vale decir, mermando la rigurosidad de los exámenes de prueba, se obtendría como consecuencia una clase seleccionada débilmente, con imperfecciones y deficiencias, incapaces para el objeto á que estaban destinados. Remontando pues, á la causa original, al plan de enseñanza secundaria, viciosamente confeccionado, porque no interpretaba el móvil de la creación de los colegios nacionales, era posible sanear de ese paludismo infectante á nuestras poblaciones, reformando el sistema educacional, adoptando la enseñanza integral en la secundaria, tantas veces planteada sin ser resuelta todavía, lo que sería establecer otros tantos canales derivativos para recoger y utilizar á esos elementos rezagados. Y la instrucción técnica, la escuela de artes y oficios, la enseñanza agrícola, volvieron á aparecer con sus sonrientes promesas, no ya para detener la instrucción universitaria, sino para responder á otros tantos impulsos de la actividad humana, en que los encargados de dirigir la educación nacional habían hecho gala de iniciativas proyectistas, sin concurrir con el apoyo decidido de su acción.

El doctor Balestra establece también en su memoria que,

los gastos de la educación secundaria podía ser ayudados de un modo eficiente por los alumnos que recibían sus beneficios, pues, una investigación practicada sobre 2871 estudiantes de los colegios nacionales demostraba que 2109 podían abonar una suma de diez pesos mensuales, « con lo que se conseguía, agrega el ministro, costear aproximadamente las dos terceras partes de lo que actualmente cuesta la instrucción secundaria clásica, y esos fondos podrían ser empleados para crear la técnica ». ⁽¹⁾ Con esta contribución, no se pensaba excluir á los estudiantes pobres, aventajados por su contracción é inteligencia, porque para los mismos el Estado concedería becas que les permitiese el aprovechamiento del talento, de tanto interés para el país como para el individuo.

Buscando la mayor eficacia en la enseñanza de los colegios nacionales, el ministerio reformó el sistema de exámenes, aceptando las ideas del señor Fitz Simon sobre el particular :

Una de las cuestiones más importantes que se ligan con la instrucción pública es la relativa á la rendición de exámenes. En todos los países ha despertado siempre preferente atención, como que de la manera de tomar esa prueba depende, en parte principal, el éxito de la enseñanza.

Una larga experiencia ha demostrado que el sistema que se sigue entre nosotros no dá los resultados deseados, sobre todo después que el internado fué suprimido y que en los establecimientos oficiales la enseñanza se redujo á la clase que el profesor dicta, quedando exclusivamente librada á la propia voluntad del alumno el estudio de las materias respectivas, sin otro estímulo que la conciencia del deber espontáneamente aceptado.

De este sistema resulta que, en la mayoría de los casos, los alumnos no se consagran seriamente á sus tareas sino en las vísperas de los exámenes, el último mes, cuando el temor inevitablemente suscitado por la proximidad inmediata de la prueba los domina, siendo de todo esto consecuencia forzosa que los estudios se hacen mal, con grandes deficiencias, esterilizándose en mucha parte los sacrificios que la nación hace para costear los establecimientos de enseñanza.

Era indispensable cambiar de sistema, tomar otro camino que llevase á mejores resultados, y con tal objeto, el ministerio dictó el decreto de 31 de Marzo próximo pasado, mandando poner en práctica, como ensayo, en un número determinado de colegios nacionales, el nuevo sistema de exámenes propuesto por la Inspección General, que importa, en el hecho, el examen diario, continuo, permanente de los alumnos.

Con arreglo á este sistema, los profesores deben anotar diariamente, en cada clase el mérito de las exposiciones que haga cada uno de los alumnos, cuidando de interrogar al mayor número de estos. A fin de cada semana, los profesores entregan al Vicerector una lista nominal de sus alumnos con el promedio de las clasificaciones. Al fin de cada mes el Vice-rector y el Secretario hacen el cómputo de los promedios de las clasificaciones semanales y se las exhibe por medio de cuadros en los respectivos esta-

(1) BALESTRA, Memoria de Instrucción Pública, 1892, página XLIII.

Los exámenes. Cada dos meses hay un examen escrito que dura hora y media y versan sobre los temas que el Rector designa en el acto mismo de principiar el examen para más o sea desarrollado por los examinandos. La clasificación de los trabajos se hace por el profesor del ramo, a quien acompaña otro, designado por el Rector.

Al fin del curso anual se verifica el cómputo de todas las clasificaciones mensuales de los exámenes escritos, determinándose los promedios por separado. El promedio así obtenido constituye la clasificación anual y base para el ascenso del alumno.

Tal es el sistema mandado ensayar, y desde luego se reconoce toda la eficacia que entraña en el sentido de obtener que el alumno desde el primer día del ingreso á las aulas estudie constantemente. No habrá ya para él la esperanza de salir bien en los exámenes, estudiando asiduamente solo uno ó dos meses á fin de año, puesto que la prueba se toma diariamente y diariamente es anotada su conducta; y son estas anotaciones de todos los días, prolijas y escrupulosas, las que han de determinar el resultado final.

Han sido designados para ensayar el nuevo sistema los colegios nacionales de la Capital, de La Plata, de Corrientes, de Catamarca, de Tucumán y del Uruguay. En estos establecimientos ha sido ya implantado, y la Inspección ha recibido informes haciendo constar que los resultados hasta hoy obtenidos son plenamente satisfactorios.

Se observa ya de una manera bien visible la influencia benéfica del mismo sistema. Muestran los alumnos mucha, muchísima mayor consagración á sus tareas, puede afirmarse, sin hipérbole, que una vez que el mencionado sistema se haya extendido á todos los establecimientos de enseñanza y se le haya puesto en práctica de un modo completo la marcha de la instrucción pública de nuestro país habrá variado profundamente en un sentido completamente favorable, y los establecimientos que el Tesoro Nacional costea darán resultados cada día más satisfactorios. (1)

Como puede fácilmente comprobarse, uno de los últimos decretos del actual ministro doctor Magnasco, está calcado sobre el sistema de exámenes adoptado por el doctor Balestra. La reforma, importantísima para obtener los mayores beneficios para la enseñanza, corre el riesgo de la inestabilidad de todas las resoluciones ministeriales.

JUAN R. FERNÁNDEZ.

(Continuará).

(1) BALESTRA, Memoria de Instrucción Pública, 1892, página LXXIV y siguientes.

PRELUSIÓN

AL

CURSO DE LITERATURA LATINA DEL AÑO 1899 (I)

Señores:

Vencidos los obstáculos que parecían oponerse á la vida incipiente de esta Casa de buenos estudios, volvemos hoy á nuestro bien acepto trabajo, reanimados por la mayor extensión de espacio y aire, que á todas las actividades concede la presente tranquilidad pública, y confortados por el ejemplo que nos ofrecen, ahora especialmente, todos los pueblos más cultos del mundo civilizado: ejemplo que consuela, apoyo y alimento de las ideas y esperanzas, que, refugiadas casi tímidamente en estas aulas modestas, tendrán un día alas radiantes, cuando, producidos los primeros frutos, y al-

(I) Nació el doctor JOSÉ TARNASSI en Roma, el 21 de Marzo de 1863. Estudió retórica y humanidades en Umbría y filosofía en Roma, dónde también fué laureado en derecho por unanimidad de votos, en 1885. Su vida literaria se redujo en Italia á la colaboración en prosa y en verso en la prensa. Miembro del partido monárquico constitucional, salió de la patria demasiado joven para haberla servido con notoriedad. Vinculado desde 1883 á 1889 á numerosos y distinguidos viajeros argentinos, resolvió trasladar sus penates á la metrópoli del Plata. Fué hospitalariamente acogido en ella y ha seguido con éxito el ejercicio de la profesión de abogado, interviniendo en causas graves, que requerían idoneidad y discreción. Su acertada labor literaria se ha hecho sentir útilmente en el profesorado, en la prensa y en la tribuna. Podría llamarlo «el orador de los italianos», pues ha dicho palabras elocuentes en diferentes ocasiones solemnes y en varias fiestas internacionales. Es profesor de latín en el colegio nacional de la Capital hace nueve años y de literatura latina en la Facultad de Filosofía y Letras, desde su fundación. Ha publicado con este motivo un compendio de la vida de Cicerón, que fué recibido con favor en Italia y entre nosotros, y varios folletos sobre derecho y letras.

carzado el favor privado y público, esta institución llegue á ser tal como la capital argentina la necesita y merece.

Las tendencias universitarias, desde muchos años atrás, venían preparando entre nosotros la fundación de esta Facultad, con fines ulteriores de utilidad general: esto es, con la esperanza que de ella pudiese surgir al fin, para el bien de la enseñanza secundaria, un profesorado, completamente dedicado á la escuela, consciente de su alta misión, educado íntimamente en aquellas disciplinas que especialmente sirven para formar el espíritu, y por ello apto á transmitir á los alumnos de nuestros colegios esa preparación para los estudios superiores, que es ahora, no obstante los nobles esfuerzos de tantos inteligentes, tan seca, estéril y deficiente.

Esas tendencias eran el corolario de algo ya demostrado, obedecían á un estímulo de nuestro organismo social, que todos sentían vagamente y que su parte más selecta, el Consejo Universitario, revelaba y analizaba indicando cuál debía ser su satisfacción; representaban, en fin, una necesidad intelectual de un pueblo, ó, si se quiere, de una gran ciudad, llegada ya á un estado elevado de bienestar y madurez.

Eran ellas también, y son, el reflejo de las tendencias universitarias y del sentimiento general europeo, que siempre ha combatido y ahora evidentemente se rebela contra la intransigencia de un modernismo falso é inurbano, que quiere excluir en absoluto los estudios clásicos de las escuelas, en nombre de un supuesto ideal democrático; como si el *desideratum* de la democracia fuera una imposible ó monstruosa nivelación ó el triunfo de la envidia, de la vulgaridad é ignorancia; mientras que su advenimiento (para decirlo con las palabras de Edgardo Quinet, que Alfredo Fouillée del Instituto de Francia recuerda en un animoso libro reciente) no puede ser sino un progreso del espíritu, de la civilización y del orden universal, debiendo ser ella todo eso, ó no ser.

Tal deseo de destrucción es locura, es producto morboso y por ello pasajero y anormal; y nosotros, por nuestra parte no podemos olvidar el pasado, no por espíritu reaccionario, sino por amor de progreso.

Los estudios clásicos, en el significado restrictivo y de exclusión que algunos entienden, darían lugar á lo que un ilustre personaje llamó, no ha mucho, instrucción monacal, denominación que solo entonces sería la apropiada, pues á la primera atribuimos una armonía altamente liberal, entendiendo por educación clásica una preparación del espíritu, que lo haga apto á comprender con el auxilio inefable de las letras, de la filosofía y de la historia, lo bello y lo digno, lo bueno y lo útil; entendiendo que ella no es fin sino medio, no cumbre sino base; que ella no tiende á formar soñadores, sino hombres y ciudadanos útiles, porque es substracto de moral y justicia, de razón y delicadeza, porque es el único fundamento para todo edificio intelectual sólido, la única preparación para toda enseñanza científica que no tenga por límite último el lucro inmediato, el único apoyo para subir y mirar desde lo alto, con tranquilidad de mente, el vasto campo de la inteligencia.

Gofredo Guillermo Leibnitz llegó al ápice de la gloria en las matemáticas, como todos saben.

Pero no todos saben que Tito Livio y Virgilio fueron sus inspiradores continuos, los maestros de su alma en la juventud y en la vejez; no todos saben que tuvo una preparación literaria digna de su doctrina filosófica, y fué profundo también en jurisprudencia, la ciencia que mayores contactos tiene con las letras y la filosofía.

Por cierto, era Leibnitz; y lo citamos solo como ejemplo. ¿Pero quién podría decir (él mismo lo confesaba) que sin esa preparación fecunda, que tan poderosamente contribuyó también á darle aquel carácter personal, que por excelencia tuvo, noble y magnánimo, quien podría decir, que sin esa saludable gimnasia del pensamiento, habría llegado á penetrar los misterios del análisis infinitesimal?

Por el contrario (y nótese bien que lo que vamos á decir no implica oposición á la necesidad y conveniencia de escuelas especiales y cursos breves y sencillos) por el contrario quien se haya dedicado solo á las ciencias exactas, siguiendo el sistema reducido é innoble que cierta actual extravagancia pedagógica preconiza, cuántos límites á su propio pensamiento

encontrará en el campo mismo de su elección, cuánta angustia á su razón sin espacio ni horizontes; y si la naturaleza le ha dado ser bueno y leal, con cuánto trabajo y cuán poco éxito buscará rehacerse una preparación, y cuántas veces deberá reconocer como aplicable á sí mismo aquel antiguo y siempre nuevo proverbio de la Edad Media, que suena: *purus mathematicus, purus asinus!*

Se dice que con el sistema, que por ser nuevo algunos truecan por bueno, se pueden formar abogados y médicos. Será posible, y ciertamente es posible; pero, fuera de que los que tienen en verdad alma y generosidad, vuelo y empuje de tales, se ven obligados después, y con suma pena á buscar por sí mismos como lo vemos por muchos y nobles ejemplos, ese apoyo, sin el cual, llegados á comprender lo que necesitan, les parece ir casi vacilando y como ciegos por la vía del saber; preguntamos: de dos profesionistas llegados al doctorado por tan distinto camino ¿cuál de los dos será el que mejor comprenda y sienta que su profesión á más de ser un medio para ganar dinero, es también una misión social? ¿cuál de los dos podrá ocupar un día los puestos más altos del Estado, con mayor amplitud de criterio y con mejores garantías para el público, de justicia y ecuanimidad?

Cada una de las naciones modernas ha levantado un altar á algún poeta divino, flor de su raza, símbolo de su idea y de su ser: los nombres de esos héroes del pensamiento están grabados en nuestras almas y presentes á nuestras conciencias; pero no los citaremos, porque á muchos fautores de la enseñanza moderna podría parecer un enigma lo que á nosotros parece un axioma, esto es, que fueron ellos los verdaderos y grandes atletas del progreso; y diremos en vez algo más evidente y palpable, diremos que los ilustres varones que dieron mayor impulso visible al movimiento progresivo de la humanidad, en los siglos pasados y en este, como los Newton, los Galileo, los Vico, los Volta y tantos otros, que fueron obreros del porvenir, fundaron la sublimidad de su mente, como con sus mismas palabras podríamos sostener, en aquella preparación que algunos, tal vez porque no la conocen, desprecian; diremos que los filósofos insignes

que en el siglo pasado y en este nos demostraron nuestra dignidad y derechos de hombres, y nuestros padres mismos, que en los libros, en los congresos, en las armas, aplicando aquellas teorías nos dieron patrias independientes y libres, encontraron nobleza de ideas y fuerza de acción en la filosofía y en los ejemplos de la venerable antigüedad.

Por todo ello no podemos olvidar el pasado, ni, reconociendo sus errores, desconocer sus beneficios; no podemos creer que lo que fué siempre causa de progreso, se haya vuelto ahora peligro é impedimento; que lo que fué impulso y guía en las batallas del pensamiento, no pueda ser ahora el compañero de su triunfo; no podemos creer que para la felicidad del género humano sea necesaria esa monstruosa nivelación, esa *capitis diminutio*, de la cual se nos habla.

El progreso no puede pasar sobre nuestras cabezas, como pasa sobre las mieses la foice del segador; y si eso fuera posible, si tan honda herida humana llegase á producirse, estamos seguros que mañana, al nuevo sol, los tallos más robustos y delicados levantarían, como siempre, su triunfante corola sobre las plantas pesadas ó perezosas, buscando, con sed más exquisita, la luz.



Estas ideas y otras, que me propongo expresar, si me fuera posible, en el curso de esta conversación, son las que dominan en el mundo de los estudios, y se revelan en los libros, en el consentimiento general, en las tendencias universitarias con relación á la enseñanza preparatoria, y en las distintas manifestaciones, en los fenómenos actuales de la vida intelectual de las naciones.

Como en la época del Renacimiento, tan feliz y fecunda, reaparecían de todas partes, casi por encanto, las obras de los grandes escritores de Grecia y de Roma, y el mundo se renovaba y rejuvenecía, escuchando las armonías lejanas y casi olvidadas y bebiendo con avidez en las fuentes de la

antigua sabiduría: así nuestro siglo tendrá también ante la posteridad, bellísima entre las hojas de su corona inmortal, la gloria de los descubrimientos clásicos, flor de sus primeros años y consuelo de sus últimos días: de sus primeros años, cuando en los palimpsestos de las viejas bibliotecas reaparecieron tantas obras perdidas de Plauto y de Cicerón, de Fronto y de Sínaco y tantos comentadores, filósofos, historiadores y jurisconsultos de la antigüedad, debido especialmente á los estudios y trabajo del Cardenal Mai, que completaba (aunque mucho ocultan todavía las bibliotecas) las exploraciones de Muratori, de Mabillon y de los editores benedictinos; y en estos últimos días, con las revelaciones de las tumbas egipcias y por la acción múltiple y unísona de las grandes naciones, que en comisiones, trabajos y premios gastan sumas ingentes; primera entre ellas la fuerte Inglaterra, centro magnífico de las más altas actividades humanas y maestra en enseñar al mundo que el culto austero del pasado es el auxilio mejor del presente y el impulso más poderoso para el progreso y la dignidad de los pueblos.

Pero entre los descubrimientos del principio del siglo y estos últimos existe una diferencia profunda: no sé qué mayor fervor se ve ahora, qué concordia de entusiasmos, qué actividad febril, qué movimiento imponente de corazones é inteligencias. Tal vez en la época de Mai los espíritus estaban absortos en las grandes luchas por la libertad, ó tal vez, y es más cierto, este siglo glorioso ya moribundo comprenda ahora que demasiado despertó y acarició las pasiones materiales é innobles, y en presencia del escepticismo y utilitarismo que nos están invadiendo, y como correctivo á ese mal, quiera dejar al que se acerca la herencia de este retorno benéfico al amor del pasado.

Por cierto cuando, en el principio del siglo, el ilustre purpurado costreñía los viejos pergaminos á revelar su secreto, todos los estudiosos tenían fijas en él sus miradas; y cuando, especialmente, descubrió el tratado *De Republica* de Cicerón, tan deseado, cuando, vencido el misterio del palimpsesto, le aparecieron, bajo no sé cuál pálida lamentación ascética de la Edad Media, como entre nubes el sol, las palabras reful-

gentes del sumo Arpinate, y vivió diez años de vida en ese instante de triunfo supremo, y lanzó el célebre grito, *En Ciceronem video*, por cierto le contestaron el eco y los aplausos de la Europa admirada, y la musa de Leopardi conmovida cantóle un elogio claro como un sueño griego.

Pero tan altas manifestaciones han quedado superadas por la plenitud de entusiasmo y de estudio, por la magnitud y universalidad del movimiento intelectual de estos días.

Nada es comparable con la admiración con que se han recibido las recientes y maravillosas revelaciones del Museo Británico, aumentada por el hecho de que estos descubrimientos se efectúan sobre papiros, que han quedado durante largos siglos ocultos en el seguro depósito de las tumbas egipcias y no han sufrido, por ello, los peligros é interpolaciones de la tradición manuscrita.

Nos llegan, pues, más frescos é intactos que los que nos transmitieron las bibliotecas de la Edad Media y la herencia bizantina, y, aún tratándose de obras conocidas, el descubrimiento guarda un valor incalculable con relación á la corrección y autenticidad de los textos.

Después de la *Constitución de los Atenienses* de Aristóteles y de los *Mimiambos* de Heroda, descubrimientos anteriores, de repente el papiro que lleva el número DCCXXXIII, y que había sido transportado á Londres, roto en más de doscientos fragmentos, dejó entrever algo divino é inesperado, cuyo hallazgo pareció y era una fantasía oriental realizada.

Reconstruído el papiro é identificado el autor, volvieron á la luz, después de cinco lustros de siglos, veinte himnos de Baquílides, cuya suave armonía enmudecida, vivía ya sólo en las auroras y en el mar de las Cícladas, donde nacieron; en aquel épico mar que refleja las verdes orillas de Atica y Eubea y vió la lucha memorable entre la Grecia y la Persia.

Era la pura voz helénica del que más que otro bebió el agua mítica de la fuente Castalia, del que fué el sobrino de Simónides, el émulo de Píndaro, el cantor de Jerón Siracusano, ó, como él de sí mismo dice, el dulce ruisenior de la isla de Ceo: y el epinicio griego que, en aquella edad tan bella y viril, coronaba los triunfos de Olimpia y Nemea, resucitado

hoy en Oxford al soplo milagroso de este sublime amor de la posteridad, sonó como un himno de victoria europea desde Moscou hasta Lisboa, desde Nápoles hasta Edimburgo.

E inmediatamente, como un día, en aquella tan verdadera fábula antigua, seguían los árboles el canto de Orfeo, floreció al rededor de esta armonía, una nueva biblioteca baquilidea: pues en el curso de algunos meses ya tenemos noticia de más de ciento veinte obras sobre este argumento, trabajos de alta importancia filológica y literaria.

Pero eso no era sino una preparación.

Es ahora Oxyrhynchos, Oxyrhynchos la misteriosa —una de aquellas ciudades florecientes de los primeros siglos de la era cristiana, alhaja extraña en la que la civilización griegoromana se incrustó sobre un fondo de recuerdos egipcios y en la que brilló, venciendo esos esplendores, la luz fatídica del evangelio, ciudad de discusiones teológicas y gramaticales, ciudad de filósofos y comerciantes, de literatos é industriales, de vida ascética y disipada, mezcla de todo lo antiguo, promesa de todo lo moderno, opulenta un día y bulliciosa, sepultada ahora por el tiempo, bajo colinas de tierra, allá, donde el viajero, á ciento veinte millas al sur del Gran Cairo, encuentra el pueblo semi-salvaje de Benhesa, y presiente los ardores del desierto Líbico—es ella, decía, la misteriosa Oxyrhynchos, la Meca actual de los estudiosos.

Los que no pueden ir, se vuelven hacia ella en las horas de meditación.

Algo sabíamos, algo imaginábamos de esa vida, por lo que nos dicen de ciudades á ella parecidas Apuleyo, Aulo Gelio, San Gerónimo, San Agustín; pero ahora ella se abre ante nosotros, como las hojas de un libro, ahora que hemos llegado con nuestro vapor y con nuestra electricidad hasta su seno, y hemos penetrado en la profunda necrópolis, á reanimar esos silencios, á resucitar é interrogar á esos muertos.

Aquellas revelaciones, aún sólo por lo que á nuestros estudios más especialmente se refiere, toman el aspecto de una visión.

Son fragmentos de Homero, son versos de Sófocles y Aristófanés, son páginas de Tucídides, de Isócrates, de Platón,

de Demóstenes, son melodías de Virgilio, son las *Historiae Philippicae* de Trogo Pompeo, son exámetros de Alcmano, es una oda de Safo, son tratados teológicos, filosóficos, jurídicos.

Y no basta.

Es toda la vida antigua, que se nos presenta, entera y clara en sus multiformes manifestaciones. No sólo literatos y arqueólogos, sino historiadores, economistas, industriales, jurisconsultos se conmueven también.

Reaparecen relaciones de procesos criminales, informes de peritos sobre trabajos públicos y privados, actas de corporaciones municipales, contratos de todo género, emancipaciones de esclavos, informes de médicos públicos, fragmentos de diarios, noticias industriales, cartas comerciales y familiares. Al lado de Homero, una nota de mercaderías; un tratado filosófico, y la protesta por acto público de un padre que declara á su yerno futuro, que debido á las noticias de su mala conducta, ya no le dará á su hija en esposa; y esto en forma y con el título griego de *ῥεπούδιον*; — un proceso y una carta de pésame; — una página de historia griega y una invitación de carácter íntimo y delicado; — una escena de Aristófanes y una carta cándida, llena de gracia y coquetería infantil y sin gramática, de un niño Teonato enojadísimo con su papá Teón, que se ha marchado para Alejandría sin llevarle, razón por la cual no le saludará más, á menos que á la vuelta no le traiga una tal cítara, con la que él sueña por la noche; de otro modo no va á beber ni comer más y se dejará morir.

Es en fin todo aquel mundo que revive, es la antigüedad que parece despertarse á presenciar, con eco profundo, las grandes cuestiones que se agitan, especialmente en Francia y en Italia á favor de los estudios clásicos; que parece responder á los detractores de sus nobles amaestramientos, afirmando más que nunca su irresistible poder; y en verdad esas voces del pasado tienen un significado inefable y asumen casi á nuestro oído el tono conmovedor de los reproches maternos.

Otras manifestaciones se unen con estas. Cuando, (ha transcurrido el año), bajaba á la tumba Vallauri, que había renovado en este siglo las elegancias de Ciceron y Livio, y dejado tan numeroso é ilustre séquito de discípulos; y cuando, en Julio pasado, se abrió en Leipsig el sepulcro de Juan Carlos Oto Ribbeck, el filólogo ilustre, cuyo nombre se ha enlazado indisolublemente con el de Virgilio, Italia y Alemania no se arrodillaron solas: todo lo más noble, que las demás naciones tienen en su espíritu, en aquel instante las acompañaba.

Más dichosa la Francia ha podido tributar altos honores á un octuagenario insigne, á Enrique Weil, el restaurador de los estudios griegos en aquel país. En el Agosto pasado, para glorificar al ilustre maestro, el editor Fontemoing en París, publicó un espléndido libro para el cual habían contribuido, eligiendo cada uno el fruto más exquisito, la falange más eminente que pueda imaginarse de sabios escritores franceses, ingleses, alemanes, italianos, austriacos, suizos, holandeses.

Y si se piensa que Enrique Weil, profesor de la Facultad literaria de Besançon, de la escuela normal superior y de la de altos estudios de París, es francés sólo porque ha dedicado su inteligencia á la Francia, pero precisamente alemán de origen, y que se le ha hecho tal insuperable corona de laureles crecidos bajo todos los cielos: dígase si ese libro admirable, árbol alimentado al calor del nobilísimo suelo de Francia, no es, en el nombre glorioso de las letras, un signo profético de fraternidad y paz universal.



Inmensa ha sido, durante el año pasado, la producción de obras y trabajos de crítica literaria latina en Europa, indicio infalible de la prosperidad que el público favor dispensa á estos estudios.

Pero si es difícil para nosotros seguir desde lejos ese movimiento, más difícil aún es tocar con mano esos libros y sa-

tisfacer el deseo de los ojos y de la mente, para lo cual la mejor voluntad muchas veces no basta.

No obstante esto, siguiendo con paciente y afectuosa atención, en periódicos y revistas, el progreso de los estudios latinos, hemos ido eligiendo aquellos libros que nos parecían necesarios ó más útiles á nuestro trabajo, y, por su origen más asimilables; y buen cuidado hemos tenido de que llegaran á nuestro poder, para que aquí también sea posible no quedar tan lejos y atrasados en las lecciones de este año.

Para citar algunos, diré que desde Francia Enrique Thedenat nos ha enseñado este año la historia del Foro Romano y de los Foros Imperiales, en un libro literario y arqueológico, á la vez que modestamente dedica á los principiantes, pero que es una obra copiosa, no de árida y enojosa, sino de sólida, útil é intelectual erudición, y á nosotros eminentemente necesaria para darnos cuenta exacta de la importancia y vicisitudes de la elocuencia romana en el tiempo de Cicerón, y en las épocas de Augusto y Trajano, á las que vamos á dedicar, este año, preferente atención.

Leopoldo Hervieu nos ha abierto nuevos horizontes y ofrecido vasta materia de reflexión con su libro *sur les fables latines d'origine indienne*, y está preparando otro más noticioso y completo sobre el mismo argumento.

Pero el autor francés, al cual debemos este año mayor gratitud, por el auxilio que nos prestará, es, sin duda alguna, el profesor Cartault de la Universidad de París, con su estudio de las bucólicas de Virgilio. Es un libro docto, laborioso y genial, y por cierto completo y definitivo; y por lo que se refiere á la juventud de Virgilio, á los albores y progresiva formación de su talento poético, tiene importancia igual á la del libro, que ya conocemos, de Comparetti, sobre las proyecciones virgilianas en la posteridad.

Los alumnos que me escuchan recuerdan que en el primer año de estas lecciones expresaba la opinión, de que hubiera sido posible condensar la historia literaria, que nos ocupa, al rededor del epigrama latino, ya floreciente en el tiempo de Enio, y que vigoroso bajo el imperio, continuó con vida, en

medio de la decadencia general, hasta los últimos días de la latinidad. Lo que era simple intuición, ó deseo irrealizable con nuestros medios y fuerzas, se ha convertido en Italia en hecho brillante, por obra del eruditísimo Salomón Piazza. De este libro de altísimo aliento nos ha llegado ya un primer tomo conspícuo y está por aparecer el segundo.

Me es grato aquí recordar otro libro del profesor Mariani de Nápoles, con el título de *Cicerón y sus tiempos*, obra importantísima para nosotros, no solo porque enmienda, aclara y completa lo que aquí sobre ese mismo argumento hemos estudiado, sino porque su autor, ya muy viejo en años y trabajos, pero lleno de juveniles entusiasmos y enamorado de estos estudios, ha recibido con profunda conmoción la noticia de la fundación de esta Facultad, pareciéndole ver en ella una nueva esperanza de los estudios clásicos, en esta lejana tierra latina, y ha querido hacer en su libro cariñosa mención, la primera en Europa según creo, de esta institución y de nuestros trabajos.

Debiera aquí recordar también un trabajo que Pascoli tiene iniciado sobre la epopeya latina en general, y los estudios de Enrique Cocchia sobre la geografía en las metamorfosis de Ovidio, parecidos á otros ya conocidos sobre la ciencia en Virgilio, y análogos á los que está produciendo Jorge Schmid en Alemania.

Debiera recordar también otros muchos estudios sobre Horacio, Virgilio, Plinio, Estacio y varios manuales de literatura latina, entre los cuales, si nuestras escuelas secundarias se ocupasen de esta materia, aconsejaría la traducción del que han publicado ahora en Florencia los profesores Vitelli y Mazzoni, que es, según mi concepto, el mejor de los que se conocen; debiera recordar las ediciones Teubnerianas de este año, los trabajos sobre Tibulo en Alemania, sobre Tácito en Inglaterra, los multiformes concursos y facilidades á los estudiosos, los premios establecidos no solo por los gobiernos, sino también por ricos particulares, que con donaciones ó por actos de última voluntad demuestran que es un honor y un deber el proteger los estudios, ejemplo imitable, y las sociedades para la difusión de la educación

clásica, y congresos y cien otras laudables manifestaciones, si fuera posible comprender las noticias de un movimiento tan colosal, en el breve espacio de una conferencia.

Esta actividad prodigiosa, que se nota no solo en las naciones, que hemos nombrado, sino en toda la Europa, en los Países Bajos como en los Balcánicos—y en Hungría, cuyos estudios filológicos y clásicos é importante producción crítica y literaria, son objeto en este momento de la atención general; y en Suecia, donde un manípulo de animosos, capitaneados por Guillermo Lundström, ha iniciado la publicación de una *Collectio scriptorum veterum Upsaliensis*, que surge á disputar el terreno á las ediciones inglesas y alemanas—esta actividad, decía, tiene no sé si su mayor, pero para nosotros su más importante repercusión en Francia y en Italia: en Francia, donde en apoyo de estas ideas se están publicando actualmente libros que no son batallas sino ya victorias, como el citado de Fouillée, sobre los estudios clásicos y la democracia; y en Italia, donde un ministro de la Instrucción Pública, que es un hombre de ciencia conocido é ilustre, entrando con energía en las reformas que son verdaderamente prácticas y útiles, ha ampliado la base de educación clásica en la enseñanza preparatoria para los estudios y ejercicio de las profesiones liberales.



Hemos dicho: reformas prácticas y útiles; y por cierto, si consultamos la historia antigua, moderna y actual, veremos que los estudios clásicos han sido siempre compañeros de las épocas de prosperidad.

Esencialmente prácticos fueron los antiguos Romanos: y si es indiscutible que el fundamento de la educación clásica es la preparación del espíritu por medio de las letras, de la filosofía y de la historia, ésta y no otra preparación tuvieron, según es sabido, los Escipiones y Lelios, Cicerón y Cesar, Octavio Augusto, y hombres como Mecenas y Agripa, como Asinio Polión y Valerio Mesala y tantos estrategas y esta-

distas y grandes arquitectos y administradores insuperables.

Sabemos, por documentos ciertos, que, destruida Cartago, de cuantas obras contenían las bibliotecas de la oprimida rival, tantas el Senado Romano dejó, en prueba de su munificencia, á los régulos de Africa: con una sola excepción: las obras del Cartaginense Magón, maestro profundo de agricultura, obras que fueron conservadas y traducidas, por cuenta del Estado.

Así lo atestigua Plinio—senior—en el párrafo 5º, capítulo XVIII de su Historia Natural.

De todo lo escrito por Catón el antiguo, sólo el tratado *De re rustica* se ha conservado; y otro tratado con el mismo título queda entre las pocas obras que poseemos del doctísimo Terentius Varro. La agricultura tuvo escritores como Cornelio Celso y Julio Ático en los mejores tiempos del imperio, y Columela poco después, y Gargilius Martialis en el siglo tercero, y Paladio en el cuarto. Cuando la grandeza romana se encontraba en su apogeo, aparecieron hechas con todos los perfumes y transparencias de los campos itálicos, con todas las energías y el ímpetu de la *Saturnia tellus, alma pareus frugum*, las divinas Geórgicas del Mantuano.

Lo recordamos, por una aplicación evidente á esta nuestra patria argentina, y para demostrar que la agricultura y las letras fueron y pueden ser todavía hermanas fieles; pero los romanos fueron prácticos también en la historia, en el derecho, en las armas: fueron prácticos porque dominaron y absorbieron el comercio y las riquezas del mundo, porque dejaron de su carácter un sello superior al tiempo

*monumentum ære perennius
regalique situ pyramidum altius
quod non imber edax, non Aquilo impotens
possit diruere aut innumerabilis
annorum series et fuga temporum.*

Y no fué fuerza, sino inteligencia: fué el vigor de las letras y filosofía de la Grecia confiado al brazo de Roma. Ya no suenan las armas; el imperio, los procónsules, los cuestores han desaparecido en la eternidad; pero queda la idea que es

inmortal, la civilización que no se extingue: y no sólo la nuestra, de los que somos ó creemos ser de raza latina, sino de todos; porque no importan las razas para la civilización, que es latina.

Es el latín, como decía Joseph De Maistre, el signo europeo, signo de victoria, que hoy con nuestras ideas penetra aún en ese milagroso Japón; que, mañana, cuando habrán desaparecido los que armados de cuchillo buscan el oro, cuando al *homo homini lupus* habrán sucedido las ciudades congregadas bajo el reino de la justicia, reaparecerá vencedor en el centro del Africa, insinuándose en la vida, en las costumbres y leyes.

Aquí, cuando el mayor pueblo americano quiso imprimir en un símbolo los deseos de su vasta ambición, bautizó el edificio de sus esperanzas con el nombre de Capitolio.

Prácticos fueron esos Florentinos del renacimiento, que alcanzaron un bienestar general insuperado: comerciantes atrevidos como exploradores, que nos dejaron relación de sus viajes, en páginas dignas de Guicciardini y Macchiavelli; banqueros que prestaban dinero á Inglaterra, ciudadanos que fabricaron palacios envidiados por los reyes, que enseñaron á la Europa las artes sublimes, las industrias más eficaces, las elegancias de la vida y el saber.

Y era ese el tiempo en que Horacio y Virgilio parecieron renacer sobre los labios de Policiano, era ese el tiempo en el cual la entrega de un manuscrito de Tito Livio era condición principal de un tratado de paz.

Para hablar de los modernos, no hablaré de nosotros, los latinos, que llegamos algunas veces á despreciar lo que es fuerza nuestra y como tal reconocida por los extranjeros. Ah! cuando entre nosotros ciertas pedagógicas extravagancias resuenan y esperan por un momento alcanzar el triunfo, me parece ver, todo al rededor de nuestros confines, unas caras enormes — anglo-sajonas, teutónicas, esclavas — que nos miran con guiño inquietante, mixto de conmiseración é ironía.

No hablaré tampoco de la estudiosa Alemania ni de la Inglaterra, aunque esta última es la tierra de los estudios clásicos en su mayor plenitud, y á un mismo tiempo la tierra

de las máquinas, de los trenes más rápidos y la patria de Darwin.

Se nos podría contestar que Alemania también, que también Inglaterra bajan el cuello á esos estudios, por el peso de la tradición.

Ocurramos entonces á los Estados Unidos. Los americanos del Norte, que, por otra parte, como lo ha dicho un francés argutísimo, no se consuelan *de n'avoir pas une histoire trois fois seculaire*, los americanos del Norte, no sé si para confundir las ideas de los sostenedores de la enseñanza moderna, estudian latín más que los otros pueblos, y griego también.

De un estudio estadístico reciente, resulta que existen en los Estados Unidos 205.006 estudiantes de latín y 22.129 de griego. Las mujeres entran en ese número por una mitad.

Ninguna de las otras materias de estudio alcanza á ese número, excepción hecha del álgebra. Sigue después la historia y á gran distancia las otras. De lo cual se deduce que la base de los estudios, en los Estados Unidos, está constituida por las matemáticas, el latín y la historia: y como son las tendencias universitarias, las que determinan ese estado de cosas, es evidente que allá también se reconoce y reclama la necesidad de la preparación clásica para los altos estudios.

Esta necesidad, señores, tiene su mejor prueba en nuestra conciencia, en lo que sentimos y confesamos, á cada instante, á nosotros mismos, estimulados por la nobleza de nuestros deseos.

¿Porqué hay tanto espacio y horizontes en las páginas compactas de Menéndez y Pelayo? ¿Porqué sabe él, escuchar las voces profundas de su patria tan desgraciada y tan noble, y como dueño recorre la literatura francesa, é íntimamente penetra en la italiana, signo, éste, de mayor perfección?

¿Porqué Manzoni, Leopardi, Carducci, parecen tres aspectos de la poesía, y porqué saben, como el último dice, encerrar en el pequeño verso la voz de los siglos?

Y dejando á los poetas y recordando á un hombre conocido

y querido por todos los que de letras, de historia, de economía y de derecho se ocupan, un hombre que fué eminentemente preparado para las luchas de la vida, pues llegó al poder supremo y ganó patrimonios con el ejercicio profesional, que fué por cierto uno de los jurisconsultos más eminentes de nuestro siglo, y, según mi opinión, el abogado más completo que pueda idearse — quiero hablar de Pascual Estanislao Mancini — ¿porqué, no ya en las peroraciones más fáciles del foro criminal, sino en la severidad de las aulas y en las discusiones austeras de los juicios civiles, cuando ya enfermo y vencido por la vejez, parecía no haberle quedado la vida sino en la voz y en los ojos, porqué sobre esa cabeza trémula, que mi corazón y mi mente recuerdan, parecía bajar una de aquellas luces, que llovieron un día en el cenáculo, y fluir de su voz todo el río caudaloso de la humana sabiduría? ¿Porqué los jóvenes reunidos á su alrededor escuchaban pálidos, dominados por emoción intensa y salían después, como regenerados, por esas grandes lecciones?

La razón profunda es una sola, según yo creo, según todos creemos y según ellos mismos, esos ilustres, interrogados, contestarían: la preparación clásica.

Lo mismo en Francia Michelet, Sainte-Beuve, Taine, Renan, fueron latinistas profundos y con ellos aunque en menor grado, Víctor Hugo, Lamartine, Gautier, de Musset.

Dicen que Flaubert y George Sand no han tenido estudios clásicos, y por cierto son inferiores á los primeros. Dicen también que cuando George Sand le enviaba sus manuscritos, Buloz se veía obligado á corregir los errores de gramática y de idioma.

Yo no haré á la fuerte y delicada novelista el insulto de esa crítica mezquina: diré más bien que si le faltó la preparación técnica, no le faltó el espíritu de la educación clásica.

Ella vivió en un ambiente en el cual ese espíritu reinaba como soberano y pudo respirar su perfume y cobrarle vigor, y por ello remedió los defectos de la preparación deficiente.

Con ésta y en otro ambiente, su alma que á los golpes de la vida respondía como campana de cristal, hubiera quedado tal vez muda é inerte.

Esto sentimos y comprendemos y nos confesamos á nosotros mismos. Lo sentimos en todas las manifestaciones que desde lejos observamos atentamente: en la forma perspicua, en la densidad, en la amplitud del libro científico; en la íntima sonoridad del discurso político; en la profundidad del pensamiento jurídico; en algo que nos dice que hay una fuente de donde sacar mayor vida y vigor; que hay un apoyo para elevar más y más el espíritu de nuestra juventud, aumentando para ella los nobles placeres del alma; y comprendiendo esto, un deseo vehemente nos asalta de entrar francamente en las vías que la lógica y el sentimiento, que motivos étnicos y humanos nos indican claramente, á fin de que esta tierra á la cual la naturaleza benigna concedió opulencia de campos, transparencia de cielo, abundancia de talento, alcance todos los triunfos de la riqueza y de la inteligencia.



No repetiremos sobre el curso de este año ideas generales ya expuestas en otra ocasión.

Estudiaremos la época de Augusto en las tres grandes figuras de Virgilio, Horacio y Tito Livio: agruparemos la historia literaria que corre desde la muerte de Augusto hasta la de Nerón al rededor de los nombres de Velejo Patércolo y Valerio Máximo historiadores y L. Aneo Séneca, trágico y filósofo: examinaremos, en fin, junto con la historia del imperio de Trajano las obras de Plinio el joven, de Juvenal y Tácito.

Los últimos trabajos indicados sobre Tácito nos permitirán dedicar con provecho nuestra preferente atención á este insuperable historiador romano, el autor predilecto de las épocas más intelectuales.

La opinión que de él tuvieron en su tiempo está resumida en las primeras palabras de una carta de Plinio (Lib. VII. 33) que le decía: «Tengo el presentimiento, y no creo equivocarme, de que tus historias serán inmortales: y por ello, te lo confieso ingénuamente, deseo ardientemente que figure en

ellas mi nombre». *Auguror, nec me fallit augurium, historias tuas immortales futuras; quo magis illis (ingenue fatebor) inseri cupio.*

Pero las épocas siguientes de decadencia olvidaron á Tácito porque no le comprendieron. Tertuliano y los cristianos le despreciaron, y el emperador Tácito, que se decía su descendiente, inútilmente se esforzó en devolverle la fama y los honores que merecía.

En la época de Teodorico, Casiodoro, un sabio en su tiempo, hablando de él decía: *quidam Cornelius*; y la Edad Media no oyó más su nombre, pues el mismo Petrarca no le conoció.

Vuelto á nueva vida con el Renacimiento y estudiado y meditado en Italia, con fervor, por literatos y príncipes, pasó á España recibido con todos los honores que se le debían, traducido tres veces en el curso de breves años, por Alamo de Barrientos en 1614, por Sueyro en 1619, por Carlos Coloma en 1629.

Formó en Francia la admiración de Richelieu y poco después inspiró la tragedia *Othon* de Corneille y el *Britannicus* de Racine.

Recibido y admirado en Inglaterra en el tiempo de Cromwell, fué desde esa época uno de los autores más apreciados, meditados y traducidos en toda Europa. Cobró, si es posible, nuevo vigor y juventud en el siglo de Voltaire, Rousseau y los enciclopedistas; y nunca olvidado después, ni por un solo momento, la crítica literaria vuelve á encontrar en sus libros una fuente inagotable de nuevos estudios, en estos últimos días.

Su carácter personal está todo en los siguientes dos rasgos:

En el Cap. 65 del Lib. III de los Anales dice que «fin de la historia es salvar del olvido las acciones virtuosas y aterrorizar á los malvados con el miedo de la infamia en la posteridad» *ne virtutes sileantur utque pravis dictis factis. que ex posteritate et infamia metus sit.*

En el Cap. 45 de la biografía de Agricola, escrita por Tácito con sinceridad y calor, para elevar la memoria del suegro venerado é ilustre contra las injusticias de Domiciano, habla

de la muerte de Agricola, que la hija de éste y Tácito no presenciaron, y concluye con estas palabras: « Por cierto con la asistencia de tu amantísima esposa, oh padre óptimo, nada te faltó, pero con menos lágrimas has sido llorado y en el último instante algo buscaron en vano tus ojos. — *Omnia sine dubio, optime parentum, adsidente amantissima uxore, superfuere honori tuo: paucioribus tamen lacrymis compositus es; et novissima in luce desideravere aliquid oculi tui.*

La primera expresión tan desdenosa y grave manifiesta su indignación contra las tiranías pasadas y explica lo que algunas veces se ha llamado el pesimismo de Tácito: la segunda revela la rectitud y delicadeza infinita de su espíritu.

El carácter y elogio de la época, en la cual escribió, está en la última frase del primer capítulo de las Historias, cuando dice que fueron esos « tiempos de rara felicidad en los cuales es lícito entender las cosas como se quiere, y decir las como se entendiere » *rara temporum felicitate ubi sentire quae velis, et quae sentias dicere licet.*

Son esas palabras la base más sólida de la justa fama de Trajano, amigo y admirador de Tácito.

Otro Emperador muy distinto y en época muy diversa aborreció á Tácito y quiso excluirlo de las escuelas, recomendando sólo la lectura de César: era Napoleón primero. Y era grande, pero no como Trajano, leal y magnánimo.

La inmensa elevación de su mente y no sé que ardor celtíbero vestido de romana gravedad y justicia hacen de Trajano el tipo ideal del príncipe y hombre de estado.

Con la época de Trajano concluye el plan de estudios, limitando nuestro programa; pero si tiempo y fuerza nos quedan algo estudiaremos de la decadencia, bajo Adriano y los Antoninos, algo de la literatura latina cristiana y de Aurelio Prudencio que fué su mayor poeta, un español, un celtíbero éste también, del cual Menéndez y Pelayo en su memorable discurso de entrada en la Real Academia Española, dijo: que fué « lírico al modo de David, de Píndaro ó de Tirteo, y aún más universal de ellos, en cuanto sirve de eco no á una raza, siquiera sea tan ilustre como la raza doria, ni á un pueblo, siquiera sea el pueblo escogido, sino á la

gran comunidad cristiana, que había de entonar sus himnos, bajo la bóveda de la primitiva basílica ».

Una última mirada á los extremos fulgores de la latinidad literaria en las Galias, y los alumnos de este curso, que ya conocen las líneas generales de esta materia, y la han estudiado en sus detalles en la primera parte que llega hasta la muerte de Cicerón, tendrán una idea completa del ciclo literario latino.



He dicho completa en un significado relativo, esto es, lejana de toda perfección, pero bastante para indicar las bases de este estudio é inducir á los alumnos, que me habrán acompañado, guiados por los fines de enseñanza y deseos, que he manifestado, á continuarlo, á perseverar en la meditación de la antigüedad y en la lectura afectuosa de los clásicos, obedeciendo en tal forma á la sentencia de Mathieu, que Vallauri solía repetir: *Que le maître s'abreuve aux sources de l'antiquité; qu'il y puise ce qu'il y a de meilleur.*

Los estudios filológicos y de difícil erudición que les faltan, no representan un defecto tal que les impida formarse y transmitir lo que hemos convenido en llamar el espíritu de la educación clásica, esto es, su parte más noble, más importante y fundamental.

Esos estudios son un lujo de la inteligencia: muchas veces son áridos y muchas veces la exageración de su importancia y una erudición hipertrófica matan en la preparación clásica, con las minuciosidades de inútiles y en el fondo mezquinas indagaciones, lo que ella tiene de mejor, su espíritu: esa fuerza que dirige las almas al amor de las cosas bellas, nobles y generosas. En la enseñanza preparatoria esos estudios, propiamente dichos filológicos, no sólo son, según mi opinión inútiles, sino dañosos también.

En esta Facultad dichos estudios se formarán poco á poco, á medida que ella se desenvuelva, y con la evolución de sus propias fuerzas; pues contrariamente á algunas opiniones y aunque la mía tenga un valor exiguo, creo que todo ha de

consistir en despertar al rededor de esta institución el favor y el afecto; pero que ella debe vivir y prosperar en su ambiente y no aumentarse por sobreposiciones exóticas, como mineral insensible, sino por íntimo alimento como las plantas.

Decía Thiers que con el latín no se aprenden sólo palabras, sino cosas sublimes y nobles, y la historia de la humanidad por el medio de imágenes claras, grandes é indelebles.

Eso yo diría también y algo más; y para concluir y explicarme me valdré de un ejemplo.

Muchos de los que me escuchan recordarán aquella inefable oda de Horacio, la quinta del Libro III, en la que el poeta, después de habernos referido las palabras de Atilio Régulo, que no obstante su tremenda promesa, persuade noblemente al Senado que no tome una resolución indigna de Roma, describe al héroe que, alejando de sí á su familia, á sus amigos y al pueblo, inflexible é impávido, vuelve á Cartago.

Fertur (dice el poeta, para hacer comprender que lo que refiere lo tiene de la tradición, circunstancia que agrega al cuadro una eficacia singular) «se dice que huyó del beso de su casta esposa y de sus tiernos hijos, como si hubiese sido un condenado ó un esclavo (*capitis minor*) y que torvo fijó en la tierra su semblante varonil, hasta que, dador de un consejo, jamás antes ó después imitado, afirmó á los Padres que vacilaban y pudo en fin salir, desterrado ilustre (*egregius exul*) entre el llanto de sus amigos. Y bien sabía lo que el bárbaro verdugo (*tortor*) le tenía preparado, y no obstante ello, no de otro modo alejó á los parientes que se le oponían y al pueblo que le demoraba en la vuelta, que si, dejando al fin los cargosos negocios de sus clientes, y vencedor en el juicio, se hubiese marchado á veranear á los campos Venafranos ó á los de la Lacedemonia Tarento.»

Estas palabras expresan por cierto ideas nobles y grandes, pero esa traducción ó explicación, en mi mano, en verdad, y creo también en manos más hábiles, hace el efecto de la fundición de una estatua de oro, plasmada por Fidias, para sacar de ella monedas.

Se ha perdido el significado, la importancia, el valor substancial de la forma, y bien distinta cosa son estas esculturales estrofas de Horacio:

Fertur pudicae coniugis osculum
parvosque natos, ut capitis minor,
ab se removisse et virilem
torvus humi posuisse voltum;

donec labantes consilio patres
firmaret auctor nunquam alias dato,
interque moerentes amicos
egregius properaret exul.

Atqui sciebat quae sibi barbarus
tortor pararet: non aliter tamen
dimovit obstantes propinquos
et populum reditus morantem,

quam si clientum longa negotia
dijudicata lite relinqueret,
tendens Venafranos in agros
aut Lacædemonium Tarentum.

Aquí la forma y la armonía y la expresión verbal tan eficaz y fecunda en Horacio (su *curiosa felicitas* como ha dicho Petronio) producen un concierto admirable, sacuden, vigorizan y constituyen una potente lección moral de nobleza y de fuerza.

Y si es permitido traer á tan magno argumento un recuerdo personal, diré que cuando por vez primera oí esas estrofas, me produjeron (y por ello pongo el ejemplo) un efecto parecido al que debe sentir el vencido por el frío, ya caído entre la nieve de la montaña, si le llega el socorro oportuno de un licor generoso, que reabre las vías de la vida, é insinúa en el pecho entristecido el consuelo del calor.

Por cierto era inolvidable la voz, que me revelaba el encanto del magnífico cuadro Horaciano, y ojalá hubiese podido oír, á cada instante, ese acento; pues en ese día feliz de mi adolescencia, me parece que comprendí mejor la dignidad humana y me encontré más dispuesto á cumplir mi deber, más dispuesto á sacrificar algo de mi bienestar á favor de los

otros: esto es, si bien se reflexiona, más dispuesto á estudiar, pues son tres, según entiendo, las condiciones principales para la eficacia y seriedad de todo estudio: carácter, abnegación y amor.

Y ahí está, si no me equivoco, en ese armónico triunfo de lo bueno y lo bello, el efecto moralizador de la educación clásica.

Cuando el maestro alimentado con tan sublimes lecturas é imágenes, habrá estudiado la evolución del pensamiento humano y la vida de los pueblos, entonces su voz tendrá acentos profundos, y el alma del adolescente le seguirá con docilidad y confianza.

Así se establece ese vínculo de respeto y simpatía, que es condición principal de la enseñanza, así las lecciones de filosofía y literatura son también lecciones de moral y justicia; así la historia es madre de generosidad y á ese fuego desaparece el orgullo nacional, que es defecto, y surge y florece el verdadero y puro amor á la patria.

Con tales ideas iniciamos este curso, esperando conseguir ó contribuir á conseguir el noble intento que esta Facultad se propone; y esperando que un día se llegue á decir de nosotros: eran humildes, pero tenían fe, y por ello el afecto que los guiaba no ha sido infecundo.

JOSÉ TARNASSI.

EVOLUCIÓN CORRELATIVA

DE LA

ENSEÑANZA, LA DIDASCOLOGÍA Y LAS ESCUELAS NORMALES

(CONTINUACIÓN)

V

LA ENSEÑANZA EN EL SIGLO XVIII. — DESARROLLO Y DIFUSIÓN
DE LA DIDASCOLOGÍA. — MULTIPLICACIÓN DE LAS
ESCUELAS NORMALES.

En el siglo XVIII continuaron los progresos de la didascología. Rollín, en Francia, expuso en su extenso *TRATADO DE LOS ESTUDIOS* cuanto le sugirió su larga experiencia acerca de los estudios propios de la infancia; de los estudios superiores del latín, del griego, de la poesía, de la retórica, de la elocuencia, de la historia, de la filosofía; y del gobierno de las clases y de los colegios. Helvecio, de la misma nacionalidad, diserta, en su tratado *DEL HOMBRE Y DE SU EDUCACIÓN*, acerca de la naturaleza humana, de su educabilidad, de las causas y los efectos de la educación, del modo de mejorar el plan de educación, etc., inculcando la idea de que á la diferencia de educación se deben las desigualdades humanas y de que por medio de ella, científicamente dirigida, pueden conseguirse los resultados que se quiera, dentro de los límites naturales de la plasticidad del organismo. El suizo Rousseau publica su famoso *EMILIO*, para hacer resaltar la gran importancia de que el individuo se eduque sin artificios, según los procedimientos naturales, razón por la cual aconseja: que los cónyuges sean quienes cuiden de sus

lujos en la primera infancia; que no se habitúe de ningún modo á los niños, á fin de que sean independientes de todo lo que no sea ellos mismos, de que obre sola su naturaleza inocente; que se aproveche la edad de la pubertad para enseñarle cuanto ha de saber, ya que en esa edad están fortificadas sus tendencias naturales y puede tomarse lo artificial humano con las reservas necesarias; que se prefiera impedirle las malas acciones á prohibírselas, para imitar mejor el orden natural; que no se emplee otro castigo que los resultantes de las acciones ú omisiones inconvenientes del niño, que se le deje obrar de modo que la naturaleza le revele sus leyes y les indique lo que puede y lo que no puede hacer impunemente; que no se le hable de Dios, ni de religión hasta que las facultades tengan la robustez necesaria para pensar espontánea y libremente sobre estas cosas, porque así se procede en conformidad con el orden natural. Según estos principios, en que la naturaleza desempeña el papel de maestra suprema é infalible, Rousseau imagina la educación de su Emilio, desde que nace hasta después que ha cumplido veinte años. Durante las dos infancias, hasta los doce años, no se cuida de otra cosa que de la educación física y de la experiencia de los sentidos. De los doce á los quince años dirige la instrucción que depende del ejercicio de las aptitudes racionales. Entre los quince y los veinte años le da la enseñanza afectiva y moral. Y, después de los veinte años, le educa en las relaciones con la mujer. No es Rousseau el primero que haya investigado en la naturaleza los principios de la enseñanza: Bacon, Descartes, Comenio, Locke, le han precedido, y este último fué su inspirador; pero reconoció con más intensidad que todos ellos el imperio de la naturaleza y, si bien no la interpretó siempre con exactitud, tuvo el mérito de mostrar, con más poder persuasivo que nadie, como, obedeciéndola escrupulosamente, se consigue dar la mejor de las enseñanzas posibles.

Condillac, discípulo de Locke, desenvolvió en su CURSO DE ESTUDIOS el mismo principio fundamental que su maestro y que Rousseau, pero haciendo resaltar y aplicando la regla de que debe el individuo adquirir las varias clases de conocimien-

tos en el mismo orden en que las ha adquirido la colectividad humana; por manera que el desenvolvimiento involuntario de la especie es el modelo natural á que debe subordinarse el desenvolvimiento voluntario del individuo. Basedow, de Hamburgo, más que un didascólogo original, es un propagador y un ejecutor de las doctrinas de Comenio, de Locke y de Rousseau: las divulga teóricamente con el *TRATADO ELEMENTAL* y otros escritos, y las prácticas en su *Filantropinum* de Dessau. Kant, el gran filósofo de Koenigsberg, no desdeña la ciencia de la enseñanza: le dedica una parte de sus meditaciones, basadas en el conocimiento de la mente humana y en su experiencia de maestro y de profesor, y las resume en el pequeño *TRATADO DE PEDAGOGÍA*, coincidiendo con Locke y con Rousseau en tomar á la naturaleza como guía, y en varias de las inferencias capitales de este principio. La Chalottais combate en el *ENSAYO DE EDUCACIÓN NACIONAL* la enseñanza abstracta y puramente formalista de los clérigos, de los jesuitas sobre todo; refuta el concepto de que la educación consista en dejar obrar á la naturaleza, pero sentando que debe tomarse á la naturaleza por norte, y sostiene: que la enseñanza debe ser ante todo concreta; que debe dirigirse á satisfacer las necesidades morales y políticas del pueblo; que debe dividirse en dos tiempos: de los cinco á los diez años de edad el primero, de los diez á los diecisiete el segundo; que en el primero deben enseñarse solamente materias á que sean accesibles las aptitudes de la primera edad, como la geografía, los tres reinos naturales, los fenómenos físicos, la aritmética y la geometría; y que para el segundo tiempo deben reservarse las lenguas nacional y latina, la literatura, el desarrollo de los estudios primarios, la lógica, la metafísica, la composición, la moral.

Es decir, que tanto en Francia, como en Suiza y en Alemania, la didascología se sistematiza, durante el siglo XVIII, adquiriendo unidad de principio, sobre la base del conocimiento de las fuerzas, de las leyes y de los procesos de la naturaleza. En los siglos anteriores se publicaban las teorías, interesaban á pocos, nadie las discutía, permanecían ignoradas ó caían pronto en el olvido. En el siglo XVIII

los estudios relativos á la enseñanza ocupan la atención con mucha mayor generalidad, son discutidos, la discusión apasionada, se agrupan los pensadores, atraídos por la comunidad de las ideas; ellos activan la propaganda doctrinaria, y mientras unos producen obras originales, otros traducen libros extranjeros, y los pudientes auxilian pecuniariamente las ediciones.

A la vez que los doctos hacían adelantar y generalizar la ciencia de la enseñanza, las autoridades civiles, y aún las eclesiásticas y simples particulares procuraban en cierta medida (muy desigual en los diversos países), aumentar el número de las escuelas elementales. En Francia el gobierno reprodujo, en 1724, los decretos de fines del siglo anterior, ya recordados en este escrito, pero poco ó nada más hizo. Los obispos de Grenoble, de Boulogne, de Dijon ordenaron á los curas y vicarios de sus diócesis que establecieran una escuela en cada parroquia. Algunas pocas personas costearon escuelas ó constituyeron rentas para que se establecieran y mantuvieran en beneficio de los pueblos, ó proporcionaron pequeñas casas para alojarlas. Aumentó así el número de las escuelas primarias francesas, pero poco. Las disposiciones reales fueron tan ineficaces en este siglo como en el que le precedió; los obispos no consiguieron que los párrocos tomaran sus órdenes á lo serio; y las liberalidades privadas fueron demasiado pocas para que motivaran un cambio sensible. Además el pueblo mismo no reconocía la importancia de la educación escolar, miraba con menosprecio ó indiferencia las escuelas, y se resistía á mandar á ella sus niños. De ahí que hubiera en Francia muchas parroquias sin escuela, y que en las más de las otras cada escuela no tuviera sobre cuatro, cinco ó seis alumnos. Tan escasa importancia tenían estos establecimientos, y tan pocos eran, que los historiadores de la instrucción francesa aseveran que la popular fué nula hasta que estalló la revolución.

En Alemania se ocuparon más los príncipes, los eclesiásticos y las personas privadas en extender la enseñanza primaria. El rey Federico Guillermo I de Prusia decretó en 1717 imponiendo la obligación de que todos los niños de

5 á 12 años frecuentaran la escuela hasta que supieran suficientemente leer, escribir, calcular, cantar y la religión; y por decretos ulteriores hizo abrir hasta 1700 escuelas públicas, creando los recursos necesarios para sostenerlas. Hacia el mismo tiempo tomaron providencias más ó menos importantes, encaminadas al mismo fin, los soberanos de otros varios estados alemanes. Desde mediados del siglo Federico II el grande, de Prusia, y María Teresa, de Austria, consideraron la instrucción del pueblo como negocio de estado, y su administración como una de las más importantes ramas de la administración pública. Federico el grande mantuvo las disposiciones de su antecesor, dictó reglamentos, aumentó los recursos, y le imitaron su sucesor Federico Guillermo II, y los príncipes de los demás estados protestantes. La emperatriz María Teresa estableció á su vez en Austria una extensa red de escuelas primarias costeadas por el estado, y emprendió una vigorosa reforma. Estos esfuerzos produjeron el resultado de aumentar mucho el número de las escuelas; pero mayor habría sido su eficacia, si en Alemania como en Francia, no hubiera sido el pueblo enemigo de la instrucción. Muchas aldeas no tenían escuelas; generalmente no iban á las existentes todos los niños; y en más de un país carecían de toda instrucción la mayoría de los varones y sobre todo las niñas. Dícese que Federico el grande llegó á sentirse tan desanimado por no haber correspondido el éxito, en su tiempo, á sus esperanzas, que manifestó la opinión de que en la campaña « bastaría enseñar un poco á leer y á escribir, pues desde que los campesinos aprendían demasiado corrían á las ciudades para ser secretarios ó cosa parecida ».

Hubo en la calidad de las escuelas francesas y alemanas una diferencia análoga á la que hubo en la cantidad. Las de Francia ocupaban ordinariamente « pobres cabañas, chozas de madera ó pisos bajos estrechos, de poca luz, que servían á la vez de clase á los alumnos y de habitación al maestro y á su familia ». A menudo una misma sala servía para dormitorio, cocina, comedor y clase. El mejor mueblaje solía consistir en mesas toscas y desiguales, y en algunos bancos

viejos y cojos; en muchas escuelas no había mesas ni bancos, y escribían los niños de pie. Todo el programa se reducía al catecismo, la lectura y la escritura, y á menudo no se enseñaba esta última materia. No se aplicaba ningún método fundado en alguna teoría; todo se enseñaba según una rutina bárbara que se había perpetuado al través de generaciones y de siglos. La disciplina era mantenida á fuerza de castigos corporales. Entre las personas más animadas de sentimientos benévolos para con los escolares se contaron el obispo de Montpellier y el de Autun. Este prohibió que en las escuelas de caridad de Moulins se usara la palmeta, y que se castigara con las manos y con los pies, y solo permitió.... que se empleara un zurriago, «con tal de que no constara de más de ocho cordones, porque, cuando estos son más se amortigua el golpe, no pica, y los niños no le temen, ni se corrigen». El de Montpellier prohibió los bastonazos y los puntapiés y redujo el sistema de castigos á la palmeta y al zurriago, previniendo que «para aplicar este último no podría desnudarse del todo á los pacientes». Estos hechos revelan que la didascología de los siglos XVII y XVIII no había llegado aún á las escuelas primarias francesas de esta época. En efecto, no la tomaron en cuenta los gobiernos, ni los eclesiásticos. No hubo escuelas normales hasta que empezó á obrar la revolución, nadie se ocupó en formar maestros, y fueron á enseñar en las escuelas, como siempre, sargentos inutilizados, ropavejeros, cocheros, cocineros, figoneros, peluqueros, jardineros, lacayos, etc., elegidos por los curas ó con su aprobación. El maestro de escuela tenía que cantar en la iglesia, que tocar las campanas, y que asistir al cura en el servicio y en la administración de los sacramentos. Esto era lo principal. Si uno podía ser sacristán, podía ser maestro; y, como los dos oficios juntos rendían poco, ejercían también su profesión primitiva, de manera que el maestro fuese barbero ú otra cosa y sacristán, más que maestro.

En Alemania y en Austria hubo también, durante el mismo siglo, escuelas y maestros de estas clases, á pesar de los grandes esfuerzos realizados por los gobiernos para mejorar,

á la vez que para difundir la enseñanza. No faltaron escuelas instaladas en pobres chozas y mal amuebladas; en muchas se seguía enseñando la religión, la lectura, la escritura y el cálculo; sus procedimientos eran mecánicos, rutinarios, detestables; y todo ésto era forzoso por la incapacidad de los maestros, que eran elegidos «entre los sirvientes, artesanos corrompidos, soldados licenciados, estudiantes degenerados,» los más de ellos «mercenarios perezosos, incultos, incapaces de todo vuelo intelectual, y la mitad distraídos de su deber por los cuidados de la vida y por trabajos accesorios». Pero, sobre todo en la segunda mitad del siglo, se aumentó en Prusia, en Austria, y en otros estados alemanes, la remuneración del maestro para que atendiera mejor y con más dignidad á su empleo; se prescribió que se enseñara en las escuelas, además que el catecismo, la lectura y la escritura, la aritmética, el canto, la geografía, las ciencias naturales, la historia; y aún la composición, la geometría y el dibujo.

Francke llamó grandemente la atención con sus espléndidas *instituciones*, á las cuales sirvió de modelo la célebre *Casa de húerfanos de Halle*, en la cual, no obstante su título, se educaron niños varones y mujeres de todas las clases sociales, aprendiendo las materias predichas. El conde de Zringendorf discípulo de Francke, fundó establecimientos semejantes al de Halle en Barby, Neuwied, Grandenfeld y otras ciudades. Otros discípulos, entre ellos Semler y Hecker establecieron otros institutos, llamados *escuelas reales*, en los cuales se enseñaban las materias comunes entónces, y además las ciencias físicas, las naturales, las matemáticas, la historia, la agricultura, etc. Flattich tuvo otro establecimiento que gozó de mucho crédito. Basedow fundó el *Philantropinum* en Dessau; Salzmann sostuvo un instituto semejante en Schnepfenthal. Rochow se dedicó á reformar las escuelas de aldea, estableciendo varias por satisfacer sus sentimientos humanitarios, á las cuales dotó de reglamentos, de programas, de útiles, de maestros, de instrucciones metodológicas. Estas escuelas enseñaban materias de utilidad general y se dirigían á desarrollar la inteligencia con procedimientos naturales. Hicieron tales progresos, que su nom-

bradía se extendió. Muchas aldeas crearon escuelas tomándolas por modelo, y á ellas acudían muchos maestros para aprender su modo de enseñar. A la vez que tales adelantos se verificaban en los países protestantes, Felbiger reforma la enseñanza primaria de Austria, Kindermann la de Bohemia, y siguen su ejemplo varios obispos en Salzburg, Maguncia, Bamberg, Wurtzburg, Fulda, Münster, ampliando los programas, perfeccionando los métodos, suavizando la disciplina.

Estos hechos contrastan, en verdad, con los de Francia, y mueven á investigar el porqué, habiendo la ciencia de la enseñanza adelantado tanto ó más en esta nación que en la alemana. No es de dudarse que una de las causas ha sido el diferente modo de juzgar la importancia de la escuela primaria. En todas partes el pueblo le fué adverso, y también las comunas y las clases nobles; pero, mientras en los países alemanes los soberanos, los didascólogos y otros muchos hombres distinguidos se esforzaron por desenvolver la enseñanza popular, en Francia miráronla con indiferencia los gobiernos y las clases sociales. Los mismos didascólogos no tuvieron presente la instrucción de las muchedumbres. Rollin escribió acerca de la instrucción secundaria, que no es popular; Rousseau expresó que los pobres no necesitan educarse; Condillac sostuvo que á las últimas clases les bastaba subsistir por su trabajo; Voltaire opinó que era necesario la ignorancia de la plebe, que desde que el populacho se pone á raciocinar todo está perdido; y el mismo La Chalottais, no obstante sus ideas revolucionarias, pensaba que los obreros no deben saber más que manejar la lima y el cepillo. Bien se concibe que el diverso modo de pensar y la diversa conducta de los gobiernos y de las clases influyentes acerca de la instrucción del pueblo habían de revelarse en el número y en la importancia de las escuelas respectivas de las dos naciones.

En segundo lugar, el hecho de que los didascólogos alemanes fueran frecuentemente educadores prácticos de la juventud, y no los franceses, debió motivar la diferencia de los conceptos que en los dos países se tuvieran de los maestros

empleados en las escuelas primarias, y de las condiciones que debieran reunirse en el futuro magisterio. Las escuelas francesas permanecieron demasiado alejadas de las corrientes científicas para que el magisterio participara de su influjo; mientras que en Alemania la ciencia había penetrado en muchas escuelas juntamente con sus cultivadores. Siendo aquí los mismos didascólogos los directores de grandes establecimientos de enseñanza, debieron, naturalmente, procurar que sus auxiliares fuesen idóneos, juzgar con acierto la incapacidad de la mayoría de los maestros, y tener cabal conocimiento de la necesidad de mejorar el magisterio; conocimiento que no tuvieron ó que no estimaron los didascólogos franceses. Así se explica que, mientras éstos no demostraron interés por elevar la condición de los maestros de escuela, se ocuparon los alemanes con empeño en formar maestros capaces; y que, así como no hubo en Francia escuelas normales en el siglo XVIII hasta los años de la revolución, las hubiera en buen número en los países germánicos.

En efecto: Francke eligió entre los estudiantes de teología los maestros que empleó en sus establecimientos; eran jóvenes instruídos; pero, no bastando la instrucción general, en su concepto, para ser buen maestro, estableció, en 1705, en Halle, una sección de clases de magisterio, agregada á su *Paedagogium*, y en ella les enseñó metodología ó teoría de la disciplina, y los ejercitó en la práctica de enseñar. Completado el personal de sus institutos, continuó dando clases de didascología, gratuitamente, á otros aspirantes á la carrera del magisterio, y de este modo adquirieron idoneidad profesional muchas personas que luego enseñaron en las diversas ciudades de Alemania, pública ó privadamente. En 1715 invitó el rey Federico Guillermo I de Prusia, á los dignatarios eclesiásticos, no sin resultados, á que formasen cuidadosamente instructores populares. En 1748 agregó Hecker, á su escuela real de Berlín, una sección profesional, el *Seminario pedagógico*. Instituciones de esta clase se establecieron en Hanover, (1751), y en Wolfenbüttel (1753). Federico el grande subvencionó desde esta época el seminario de Hecker para darle mayor amplitud y desarrollar su enseñanza de

modo que sirviera mejor que antes, para formar maestros. Felbiger transformó, desde 1763 hasta 1774, algunas escuelas elementales de Silesia en escuelas normales, después de haber visitado y estudiado la organización y los procedimientos del seminario de Hecker. En 1767 se funda otra escuela normal en Breslau, y otra en Carlsruhe el año siguiente. Hacia 1770 publicó Basedow una obra, con el significativo título de *TRATADO DE LOS MÉTODOS*, por medio de la cual reclamó enérgicamente que se fundaran escuelas normales en todas partes, por ser éste el único medio de tener maestros capaces. La emperatriz de Austria, María Teresa, creó en 1771 una escuela elemental, real y normal, en Viena, con el nombre de *Escuela modelo para formar maestros*, la cual fué instalada en el palacio electoral bajo la dirección de Messner, y trasladada después, (1775) á Santa Ana. Rochow no fundó ningún establecimiento propiamente normal; pero organizó de tal modo sus escuelas populares, preparó tan especial y acertadamente á los maestros de que se sirvió, y tan buena fama adquirieron en poco tiempo sus casas de enseñanza, que muchos maestros de otros puntos fueron á ellas, desde 1774, para estudiar su organización y sus métodos y aún para practicar hasta adiestrarse; por manera que las escuelas de Rochow sirvieron accesoriamente para aumentar el número de maestros inteligentes.

En el mismo año preindicado, la emperatriz María Teresa consiguió que Felbiger fuera á residir en Viena para trabajar en la reforma de la enseñanza; y, con la cooperación de este auxiliar poderoso, promulgó el *Reglamento general de las escuelas, normales, centrales y elementales*, en el que se manda que cada provincia tenga por lo menos una escuela normal, y fundó escuelas, á la vez reales y normales análogas á la de Viena: durante el año 1774, en Innsbruck, en Weinkirchen, en Karlstadt, en Petrinja, en Panccova; durante el año 1775, en Rovereith, Lemberg, Troppau, Praga, Linz, Brünn, Gratz, Klagenfurt y Laybach.

Abriéronse sucesivamente otros establecimientos normales en las ciudades alemanas de Breslau, (1775) de Halberstadt, (1778) de Gotha, (1780) de Kassel, (1781) de Eisenach y de

Bückerburg, (1783) de Wesel, de Weissenfels y de Koethen, (1784) de Dresde, (1785) de Ludwigslust, (1786) de Altemburg, (1787) de Weimar, de Baden-Baden, de Öhringen, de Züllichau, (1788) de Detmold, (1789) de Magdeburg y de Salzberg, (1790) de Greifswald, (1791) de Petershagen, de Dessau, de Stade, (1792) de Greiz, (1793) de Luckau, de Hildburghausen, (1794) de Freiberg, (1797) de Jénkau, (1798) de Mulhausen, (1800), así como en las de Fulda, Mainz, Munster, Bamberg, Wurtzburg y otras.

Mientras con tanta abundancia sostenían los gobiernos y los didascólogos más reputados de los países alemanes, establecimientos destinados á formar maestros, había transcurrido casi todo el siglo en Francia sin que se fundara una sola. Recién en Enero de 1795 se abrió en París una escuela normal que la Convención había votado en Octubre del año anterior, y esa se cerró al fin del primer curso, que duró cuatro meses, por no haber correspondido á la esperanza de sus autores.

Esta diferencia, relativa á la enseñanza profesional, es lo que principalmente explica la diferente capacidad de los maestros elementales y la superioridad de los procedimientos que se emplearon en las escuelas populares de Alemania y de Austria.

De advertir es, empero, que en estos países se tenían dos conceptos de las escuelas destinadas á aumentar la capacidad de los maestros. Según uno de esos conceptos, podían existir escuelas bien organizadas, bien dirigidas, con buenos maestros y convenientemente provistas, cuyo destino fuera servir de modelo á las escuelas comunes, servirles *de norma*, razón por la cual se las distinguía con el adjetivo *normales*. Según el otro concepto, podían existir escuelas en que se enseñasen las materias que el maestro debía saber, á quienes aspiraban á ejercer esta profesión. Esta clase de escuelas no tuvo al principio denominación especial; se la designó diciendo «escuelas para formar maestros».

La escuela organizada en Viena, por Messner, tuvo los dos caracteres. « Su fin principal, decía su reglamento, es *servir de modelo* á todas las escuelas de la ciudad y de la

campana, para qué quienes enseñan en ellas obren con celo y regularidad. Ahí está la « escuela normal » propiamente dicha. El reglamento agregaba que *también* se proponía que los maestros eclesiásticos y laicos que más tarde quieran emplearse para la enseñanza de la juventud, sean sobre todo instruídos y formados en ella, que vayan de ella, como de un centro, á todas las escuelas del país, y que puedan dar instrucción á la infancia que se les confíe, según el nuevo método aprendido en esa escuela, método que se fija y se ejerce en conformidad con la naturaleza del alma». Acá está la escuela « para formar maestros ». Pero como el establecimiento era uno solo, aunque mixto, se designó su totalidad con el solo nombre de *escuela normal*. Todas las escuelas especiales del imperio austriaco, reglamentadas por Felbiger, participaron de ese doble carácter, y fueron designadas con el mismo nombre único. Cada provincia, (disponía el reglamento), debe tener, por lo menos, una « escuela normal » para que sirva *de modelo y norma* á las otras escuelas, y que sea, al mismo tiempo, un instituto *para formar maestros*.

En Alemania predominó el segundo de los conceptos expresados, aunque de hecho se juntaran los dos, á menudo. El *Paedagogium* de Francke fué, desde 1695, una casa de instrucción y de educación para los niños de elevada condición social; fué una escuela común muy bien organizada. Desde 1707 fué además, un establecimiento en que se enseñó la profesión de maestro, un *seminario pedagógico*. Aunque Francke no se propuso que su *Paedagogium* sirviera de modelo á las otras escuelas, por el hecho de ser mucho mejor fué un modelo para los alumnos del seminario, y cumplió, dentro de ciertos límites, el fin de las escuelas normales austriacas. Otro tanto puede decirse de la *escuela real* de Hecker. Fué desde 1747 una institución común revolucionaria, por cuanto, si no inició, dió relieve é importancia á la separación de las enseñanzas científica y literaria; pero desde 1748 fué, además que una escuela real, un seminario pedagógico, destinado, como todos los que en Alemania llevaron este nombre, á enseñar el magisterio. Tampoco la escuela

real fué fundada para servir de modelo á otras; más, la novedad de su enseñanza y la bondad que le dió fama fueron suficientes para atraer la atención de muchas personas que aspiraban á ejercer su acción en el mejoramiento de la enseñanza popular y para un objeto de estudio. Entre las personas que visitaron una ó más veces ese establecimiento, con la intención de implantar fuera de Berlín sus reformas, se hallan el renombrado Felbiger, y algunos jóvenes amigos suyos. Hallábanse juntas, pues, aunque conservando cada una su individualidad característica y designadas con nombres distintos, la escuela real, que valió á muchos como escuela normal, y la escuela de maestros ó seminario pedagógico. Lejos estuvo Rochow de pensar en que sus escuelas rurales sirvieran para mejorar otras escuelas, ni para formar maestros; sin embargo, la bondad de su enseñanza y la novedad de su plan fueron objetos de estudio y de imitación y sirvieron, por lo tanto, secundariamente, de norma. Los demás seminarios pedagógicos fueron una sección anexa y distinta de escuelas reales, de gimnasios, de asilos de huérfanos más ó menos perfeccionados.

Con las escuelas normales se aceleró y generalizó el mejoramiento de las escuelas comunes, con las «instituciones para formar maestros» y con los seminarios pedagógicos se aumentó la capacidad y el número de los enseñantes. Pero estos progresos, aunque muy importantes, tuvieron, como debe suponerse, una importancia relativa á los tiempos en que se verificaron. La organización de las escuelas estaba destinada á ser corregida en el siglo XIX; el concepto del magisterio distaba de la perfección, porque distaba el de las escuelas en que se preparaban, distinto en cada país y aún en cada uno de sus directores. El seminario de Francke enseñaba pedagogía empleando la conversación socrática, y obligaba á sus alumnos á ejercitarse en la enseñanza. Esa pedagogía y esta práctica no eran las que hoy podrían ser, pero el plan de la enseñanza técnica comprendía las tres partes de que debe constar, y era, además, esencialmente técnico. Las grandes líneas de los cursos magistrales estaban trazadas con caracteres que no borrarían los tiempos veni-

deos, porque se conformaban con la naturaleza. En los demás seminarios se enseñaba poco técnico, porque se atribuía principal importancia á la enseñanza de materias comunes, que los alumnos estudiaban en la escuela real ó en el gimnasio á que el seminario estaba anexo; como si se hiciera consistir la idoneidad de los maestros en su ilustración general más que en la instrucción y en el hábito profesionales.

La escuela modelo y magistral de Viena enseñó, como escuela puramente normal, en su primera época, religión, lectura, escritura, aritmética, geografía de Austria, historia nacional, la gramática de la lengua alemana, la historia natural y la moral política; y en su segunda época se agregaron á este programa algunos trabajos de aguja, la urbanidad, la física, el latín, la historia de las artes y de los oficios, la arquitectura, la mecánica. Como escuela profesional enseñó teórica y prácticamente á los jóvenes aspirantes y á los directores de las escuelas comunes métodos nuevos, que se reputaban más adelantados que los usuales. Las demás escuelas normales austriacas siguieron de más ó menos cerca este ejemplo de enseñanza magistral.

Como se ve, no se habían uniformado las ideas en la práctica, ni todas tenían semejante valor científico; la escuela destinada á formar maestros estaba en su período de formación; se pensaba, se ensayaba; los trabajos y los resultados tenían carácter temporario, más ó menos pasajero; no habían alcanzado todo el desarrollo de que eran susceptibles. Salían de esos establecimientos maestros á quienes mucho faltaba aún para que correspondieran debidamente á las necesidades humanas; pero se habían realizado grandes progresos en el magisterio normalista, el cual dejó atrás, á inmensa distancia, á los sacristanes, barberos, cocineros y lacayos, á quienes reemplazaban en el ejercicio de la enseñanza.

Así como la historia antigua, la media y la del siglo XVI muestra que la enseñanza primaria no existió ó existió apenas, confiada á inteligencias completamente inexpertas y por lo regular incultas, mientras no se escribió acerca de la ciencia de enseñar, ni se pensó en preparar especialmente

para la profesión de instructor y de educador, la historia de los siglos XVII y XVIII muestra que el progreso de la didascología no influye en la enseñanza, mientras los mismos didascólogos no se dedican á ejercerla directamente, ó mientras los profesores y las escuelas normales no se encargan de instruir en la didascología, y de habituar á practicar sus preceptos, á las personas que aspiran á ser maestros en escuelas de cualquiera clase. Las escuelas normales han sido creadas después que existió la ciencia de la educación, por haber probado la experiencia que esos conocimientos no penetraban en las escuelas, faltos de intermediarios que los encarnasen. Es así que, habiendo carecido la Europa de *maestros*, dignos de este nombre, tanto después de haberse robustecido la ciencia de la enseñanza, mientras estuvo sola, como antes de haber existido, los tuvo desde que aparecieron las escuelas normales; y en número tanto mayor, cuanto más numerosos fueron estos establecimientos.

VI

LA ENSEÑANZA EN EL SIGLO XIX — POPULARIZACIÓN DE LA DIDASCOLOGÍA — UNIVERSALIZACIÓN DE LAS ESCUELAS NORMALES

Entra el siglo XIX.

En sus primeros años, como en los últimos del anterior, se hizo notar el filósofo Fichte por la elocuencia con que desde su cátedra de la universidad de Berlín sostuvo la necesidad de que la Alemania se levantase por medio de la educación del pueblo, de una educación que fortificase los caracteres principales de la nación, esto es, de una educación nacional. Para conseguirlo era menester que el ciudadano debiese á la patria el aprendizaje escolar cómo debía el servicio de las armas, y que el Estado lo exigiese con igual inflexibilidad. La ley del aprendizaje escolar obligatorio, que había caído en desuso, fué aplicada desde entonces rigurosamente.

Pestalozzi descolló en Suiza como didascólogo. Su instrucción no había sido esmerada, ni su talento era excepcional. Pero sentía intensamente y con suma delicadeza. Era, según se ha dicho, por esta última cualidad, una naturaleza femenina, acentuada por la educación que recibió de su tierna madre. No había pensado en ser educador, no había leído ningún libro que tratase de enseñanza, y hacía muchos años que nada leía, cuando vino á sus manos el *Emilio* de Rousseau. Lo leyó con interés y se sintió vivamente impulsado á educar á la infancia, observando el principio fundamental de sujetarse á los procedimientos y á las leyes de la naturaleza. Y se puso á observar la naturaleza y á enseñar á los niños pobres, en los últimos años del siglo XVIII. En esta época escribió LEONARDO Y GERTRUDIS É INVESTIGACIONES ACERCA DE LA MARCHA DE LA NATURALEZA EN EL DESENVOLVIMIENTO DEL GÉNERO HUMANO, y dirigió las escuelas de Neuhof y de Stanz. En el siglo siguiente compuso CÓMO INSTRUYE GERTRUDIS Á SUS HIJOS, y enseñó en varias escuelas, pero sobretudo en su instituto de Iverdón, que mantuvo durante veinte años con alumnos que recibía de otros puntos de Suiza, de Francia, de Alemania, de Italia y hasta de Rusia y de la América del Norte, y en el cual llegó al apogeo su renombre, á la vez que se arruinó.

Pestalozzi, como didascólogo, ha expuesto sus ideas principalmente en el primero y en el último de los tres libros citados. Si se quiere educar al hombre deliberadamente, es indispensable estudiar la conducta del ser que naturalmente educa, la madre, para saber cómo se le ha de educar: tal es la base de su doctrina. Y, procediendo así, halló que la cultura del ser humano está, naturalmente sujeta á leyes; que en su misma naturaleza están las fuerzas que operan el desarrollo de sus aptitudes, mediante el ejercicio; que el hombre llega á gozar plenamente sus fuerzas, si limita su desarrollo á su vocación individual, y que la educación dada por la madre, la educación de la familia, es el objeto de estudio del didascólogo y el modelo insuperable de la enseñanza primaria. Leonardo es un albañil bondadoso, pero débil y borracho, que vive endeudado. Su mujer, Gertrudis, amorosa y de

excelentes condiciones, se ve reducida á educar á sus hijos por sí misma, enseñándoles, según sus inspiraciones naturales, á contar, á hilar, la lectura y el cálculo. La ignorancia es completa en la aldea, porque la escuela que hay nada enseña; pero su *junker*, hombre de buen sentido y de mejores deseos, resuelve establecer una escuela mejor. ¿Qué tipo adoptar? Las miradas se fijan en Gertrudis; se le pregunta si se podría enseñar en una escuela como ella enseñaba á sus niños; responde la interpelada que nada se opone á que se enseñe á cuarenta como ella enseñaba á diez, y se lleva á cabo este plan con éxito felicísimo. En esto está la originalidad de Pestalozzi: en observar cómo enseñan las mujeres á sus hijos y en transportar á la escuela las prácticas de la familia.

Así como Pestalozzi se distinguió por esta manera de considerar la pedagogía, el escocés Bell y el inglés Lancaster ocuparon mucho, poco después, la atención europea por otra particularidad que no fué invención suya, pero que ellos sistematizaron, aplicaron y preconizaron, haciéndola adoptar generalmente en Inglaterra, difundiéndola, aunque no tanto, en Suiza, en Rusia y en Francia, y haciéndola conocer más de lo que ya lo era, en Alemania. Esa singularidad, llamada impropriamente *enseñanza mutua*, y también *sistema mutuo*, consistió principalmente, como se sabe, en que el director de cada escuela enseñase á unos pocos niños escogidos, y cada uno de éstos á un grupo de los varios en que se dividían los demás.

Tras de Bell y Lancaster apareció el dijónés Jacotot con su doctrina de la ENSEÑANZA UNIVERSAL fundada en los principios de que «todas las inteligencias son iguales», de que «todo está en todo», y de que «cada uno puede enseñar aún lo que él ignora», de la cual resultaba que como habían sostenido Helvecio y otros, todos los seres humanos tienen iguales aptitudes nativas y pueden desarrollarse con igualdad, á pesar de la diversa energía de las voluntades, motivando convenientemente su acción; que haciendo trabajar á los alumnos, en vez de trabajar el mismo maestro, puede éste enseñar todo, aún lo que ignora; y que, como la totali-

dad de cada materia está en una frase cualquiera de la misma, se puede enseñar todo el latín valiéndose de una sola proposición latina, y toda la aritmética tomando por objeto una sola definición. Llevando la doctrina á sus últimas consecuencias se llega á que una frase cualquiera, relativa á una materia cualquiera, entraña todas las materias y puede servir para enseñarlas. De esta concepción paradógica surgió el método analítico de lectura con su punto de partida en la frase.

Siguió Girard, de Friburg, con sus obras tituladas. DE LA ENSEÑANZA REGULAR DE LA LENGUA MATERNA, y CURSO EDUCATIVO DE LENGUA MATERNA. El fin de la enseñanza es, en el concepto de Girard, moralizar al hombre. Observando como proceden las madres infiere que toda clase de conocimiento puede ser un medio de moralización, y que todos los medios se comprenden en enseñar la lengua materna, puesto que todo lo enseñan las madres por medio del lenguaje. Enseñando el idioma popular puede, pues, enseñarse cuanto el niño necesita saber, y realizar á la vez el fin de cultivar la inteligencia y el de cultivar los sentimientos. No es difícil reconocer que las ideas madres de esta concepción forzada están en la doctrina de Pestalozzi y en la de Jacotot.

Mientras Girard propagaba y aplicaba su *sistema* en Suiza, Fröbel, nacido en una aldea de Turingia, discípulo de Pestalozzi, y con notables semejanzas en el carácter y en los accidentes de la vida, escribía LA EDUCACIÓN DEL HOMBRE y LOS CANTOS DE LA MADRE y ensayaba en Blankersburg la práctica de su pensamiento pedagógico. Fröbel estudió también la educación familiar de las clases pobres; pero, en vez de hallar en ella, como Pestalozzi, el modelo perfecto de toda enseñanza, juzgó que los padres ignorantes carecen de capacidad para educar bien á sus hijos pequeños, que á los pobres les faltan los medios más indispensables para atender á la salud y al desarrollo físico de los mismos, y que era de todo punto necesario crear, no escuelas primarias, sino establecimientos especiales en los cuales pudieran ser educados los niños de dos ó tres años á seis de edad, permitiéndoles toda la libertad que pudieran tener en el seno de familias bien orde-

nadas, haciéndoles la vida tanto ó más agradable que en sus casas paternas, entreteniéndolos con juegos calculados para desarrollar su cuerpo y su mente, y sujetándolos á una disciplina flexible y afectuosa en la forma, á la vez que encaiminada en el fondo á corregir los defectos y á formar el carácter. Tal es el concepto de los *jardines de niños* (« kindergarten ») que en sentido moral y su naturaleza tierna surgieron á Fröbel. No pudiendo buscar en la familia el ideal de sus procedimientos y medios educativos, por lo mismo que procuraba salvar á los niños de las inconveniencias de la educación familiar de las clases obreras, tuvo que dirigir su observación á la naturaleza infantil, y extraer de ella las reglas de su conducta de educador, por donde vino á componer una didascología infantil substancialmente antropológica, si bien alterada en parte por ensueños místicos, á que era muy inclinado.

F. A. BERRA.

(Continuará).

ROQUE MORENO

(Novela histórica escrita para la REVISTA DE DERECHO,
HISTORIA Y LETRAS)

VIII

Las doce de la noche eran por filo cuando don Justo de la Vega Hermosa llegó al Olivar, donde era esperado con una suculenta cena y comfortable habitación.

Era en esta época Roque Moreno hombre de cuarenta años escasos; mediana estatura fornido y musculoso. Su cuerpo y recio cabello no cedía fácilmente á las insinuaciones del peine, y sus ojos, pequeños y chispeantes de inteligencia y malicia, se ocultaban bajo unas cejas cerdosas y una gran nariz de arqueado caballete que, al decir de su dueño, abonaba la nobleza de sus ascendientes.

Hombre de inteligencia despejada y de privilegiada memoria, había leído sin orden ni concierto cuanto á la mano le cayera, y formándose una erudición *sui generis* que le permitía abordar todas las materias sin profundizar ninguna: especie de fuego de cañas que arde y se apaga luego sin formar brasas.

El y su esposa dieron la bienvenida á don Justo y lo condujeron á un espacioso comedor donde sobre una mesa de sólido cocobolo, humeaba en fuente de plata, una suculenta cazuela de gallina, introducción á la opípara y bien sazónada cena, preparada bajo la inteligente dirección de la ama de casa, y servida en vajilla de plata como entonces se estilaba en todas las casas de gente acomodada.

— El señor don Justo apenas come, observó doña Chavelita con untuosa voz y su más agraciada sonrisa.

— En verdad, señora, que los cuidados que me preocupan, aún más que la fatiga del camino me han quitado el apetito, contestó el aludido; pero cierto estoy de que mañana haré mejor los honores á la hospitalaria mesa que tan bien revela la amable solícitud de usted.

La conversación siguió en tono festivo y amable, tratando de evitar, de común acuerdo, el anfitrión y su huésped, el espinoso terreno de la política.

Terminada la cena, condujo Moreno á don Justo á la habitación que le estaba preparada; y entonces le manifestó este sus cuitas y la necesidad que tenía de poner á salvo su caudal.

Al oír de boca del español la suma que le confiaba, los ojillos de Moreno lanzaron una chispa de codiciosa admiración; pero, disimulándola, habló en estos términos:

— Esta hacienda, como casi todas las que pertenecieron á los jesuítas, tiene un sótano. Solo un negro bozal, muy adicto á los P. P. de la Compañía, conocía la entrada; y al morir se la reveló á mi padre que, á su vez, me confió á mí el secreto en sus últimos instantes, con encargo de no utilizarlo sino en un caso extremo. No porque hubiera encerrado allí algún tesoro, como generalmente se cree, sino como un refugio seguro en cualquiera emergencia; como una sublevación de los esclavos ó una revuelta política.

Por primera vez se me presenta la ocasión de utilizar este secreto que pongo á la disposición de usted, confiando en su hidalguía.

— Gracias, mi buen amigo, contestó don Justo alargándole la mano; nunca tendrá usted que arrepentirse de su confianza.

— La entrada del sótano, continuó Moreno, está perfectamente disimulada en el muro de la capilla, tras del altar mayor. Entre ambos haremos la traslación del oro de usted, y pondremos en su lugar piedras entre los zurroneos, para que no adviertan la diferencia de peso los arrieros que los conduzcan al puerto por donde se han de despachar, para hacer perder la pista á los que quieren fumarse tan rica breva.

— La colocación de las piedras puede hacerla Josecillo, en quién tengo plena confianza, observó don Justo.

— Consentido, afirmó Moreno; pero antes será bien que usted descanse de la fatiga del camino, por lo que aplazaremos la faena para la media noche de mañana.

Y se despidió de su huésped deseándole buen sueño.

IX

Durante la ausencia de su esposo, doña Chavelita, columpiándose suavemente en una hamaca de Guayaquil, dejaba vagar sus miradas por el éter que cual tenue velo envolvía la celeste atmósfera, como si allí hubiera de encontrar la solución del enigma que, sin duda, la preocupaba.

De pronto, inmotivada sonrisa, distendiendo sus rojos labios formó un juguetón hoyuelo que rápido se ocultó, como se oculta la luna tras la nube, y poco después temblorosa lágrima brillantó su pupila para caer á su seno, como cae la gota de rocío en el cáliz de la rosa.

¿Qué extraña preocupación asaltaba de improviso á la hermosa castellana del Olivar?

Difícil habría sido adivinarlo; tal vez si ella misma lo ignoraba. Momentos hay en que parece que el alma se aleja del cuerpo que la cobija, ó que, adquiriendo de súbito el dón de ubicuidad, recorriera la eterna morada de los espíritus, de la que conserva vagas nociones y adonde se siente atraída por irresistible impulso.

Momentos de lucha y enervamiento, de alegría y de dolor, de acción y de reacción, en que no nos pertenecemos, en que el sufrimiento y el goce, el bien y el mal se disputan tiránicamente nuestra espiritualidad y nos elevan hasta el empíreo ó nos hunden hasta el abismo; en que nos sentimos capaces de llegar hasta el heroísmo ó de descender, quien sabe, hasta la criminalidad.

En medio de este ensueño se le presentaban á la señora de Moreno, confusamente, como entre brumas, y en líneas vagas é inciertas la fisonomía dulce, correcta y aristocrática del

señor de la Vega Hermosa, tras de la enérgicamente plebeya de su marido; y repercutía en su oído la voz tranquila y de armonioso timbre del uno contrastando con las fuertes y bronceadas inflexiones de la del otro; eran el manso arroyuelo y el torrente bramador; el esbelto pino y el nudoso guayacán.

Tan abstraída estaba doña Chavelita que no sintió los pasos de su marido, y asustada, se estremeció cuando éste, tocándola en el hombro, la dijo:

—¿Por qué no te has acostado, Chavela? No ves, mujer que con el relente de la noche puedes coger un resfriado? . . . Vamos, vamos á dormir.

—Vamos; contestó doña Chavelita dejándose conducir de la mano, con aire indiferente, por Moreno.

Llegados á su aposento, Moreno que á pesar de su rudeza no ignoraba que los secretos del marido nadie los guarda mejor que su esposa si es discreta, le refirió la conferencia que había tenido con su huésped, y terminó diciéndola, con los ojos inflamados por la codicia:

—Qué te parece, mujer! Diez mil onzas de oro! Diecisiete mil duros!! Cuánto podría hacerse con esa suma bien empleada.

—Lo que es por empleo, estate cierto de que su dueño se lo dará bueno, le contestó su esposa. Don Justo es inteligente, generoso y benéfico como pocos. A nadie se le había ocurrido antes que á él fundar escuela y hospital para sus esclavos, á más de darles terrenos y semillas para que los siembren por su cuenta. . .

—Basta, basta, hija; no te entusiasmes tanto, eso es porque el chapetón este lleva vida de hongo; si como yo tuviera hijitos y mujer para quienes buscar el papatache, no sería tan liberal.

—Sabes, Moro, que no me gusta que te expreses así de don Justo? insistió doña Chavelita; es ingratitud que te olvides cuanto le debemos, y yo detesto la ingratitud.

—Bueno, mujer, se acabó; vamos á dormir, dijo Moreno bostezando, y dando un soplido á la vela, puso la cabeza en la almohada tratando de cumplir lo que decía.

Su mujer también se arrebujo entre los cobertores; pero

cuando después de un largo espacio de tiempo lograr n ambos dormirse, ninguno de los dos tuvo sueño tranquilo.

Moreno soñó que estaba contando y haciendo pilas de las diez mil onzas que habían pasado á ser suyas, cuando vió que por la ventana penetraba una cuadrilla de ladrones dispuestos á arrebatarlas, que él quería ocultarlas á toda prisa; pero no podía moverse, porque sus piernas y sus brazos estaban agarrotados. Cuando después de un violento esfuerzo logró despertarse, apenas comenzaba á clarear el día. Vistióse á prisa y salió al corredor en busca de aire y luz. Al pie de la escalera estaba ya su caballo overo, ensillado y listo para que saliera al campo á distribuir tareas á los esclavos.

Por su parte, doña Chavelita tuvo también sueños raros y extrañas alucinaciones que más de una vez le hicieron saltar como un peje sobre sus colchones. Unas veces se veía sentada á la mesa haciendo los honores de ella, y á la cabecera, no su esposo, sino don Justo con su aire distinguido y sus modales de gran señor que tanto la encantaban; otras, cambiando la escena como en un estereóscopo veía al mismo exánime, que la contemplaba con sus grandes ojos impregnados de melancolía y brotándole sangre de una ancha herida, en tanto que Moreno recogía las onzas de oro que estaban esparcidas á su rededor. Al despertar se sentía molida y quebrantada.

Pero, cosa extraña! Ninguno de los dos refirió al otro las horribles pesadillas que lo habían atormentado durante la noche. Más de una vez, por efecto de la costumbre, empezaron sus labios á articular palabras, que luego, por un sentimiento impulsivo de reserva desusado entre ellos, se cambiaron en una frase trivial ó indiferente; pero cambio que no podía pasar desapereibido para ninguno de ellos que tan acostumbrados estaban á leer el uno en los ojos del otro. Era acaso el primer secreto que se reservaban después de tantos años de vida conyugal.

Cuando á la hora del almuerzo se presentó en el comedor doña Chavelita, con una bata blanca de sueltas mangas que dejaban ver tras de una mano de niña, un brazo torneado y

regordete, presentaba una fisonomía lánguida que le daba nuevo atractivo. Sólo cuando su noble le hizo un cordial saludo, un fugitivo rubor coloreó sus mejillas que luego tornaron á palidecer; no sin que el suspicaz marido lo observara con recelosa mirada.

X

La lucha por la independencia seguía entretanto su marcha ascendente aunque erizada de dificultades; provocadas muchas veces por las mezquinas rivalidades de los mismos que más interesados debieran estar en allanarlas.

San Martín, acusado de aspirar á la reyecía había hecho dimisión del mando ante el Congreso; y retirádose á la vida privada para morir, años después, en el ostracismo y la pobreza.

La Junta Gubernativa, después de una corta administración desacreditada por la derrota de Alvarado en Moqueguá, después de haber casi obtenido la victoria, dos días antes, sobre Valdez, en Jarata, había sido reemplazada por el gobierno de Riva-Agüero, impuesto al Congreso por Santa Cruz, que estaba apoyado por el ejército.

Después de sucesos varios, la mala inteligencia entre Riva-Agüero y Torre-Tagle hizo necesaria la presencia de Bolívar en el Perú; y una nueva era de venturanza lució para las armas patriotas, anunciando que pronto llegaría á su zenit el sol de la libertad.

La persecución á los realistas y á los que con ellos simpatizaban se hizo más y más activa.

En estas circunstancias, claro es que si en alguna parte pudiera creerse seguro un español, era en casa de Moreno, por ser el personaje más culminante de la provincia y por los relevantes servicios que había prestado á la causa de la patria, mereciendo ser condecorado por el Protector con la Orden del Sol, y su esposa con la banda de honor; recompensas concedidas solo á los que se distinguían por sus buenos servicios en pro de la independencia.

Podría, pues, haberse dado por seguro en su asilo el señor de la Vega Hermosa, si las circunstancias antedichas no hubieran avivado las dos pasiones asoladoras que se disputaban el corazón del insurgente Moreno: la codicia y los celos; y sus efectos desastrosos eran nubes que se amontonaban presagiando ruda tormenta para el caballero español.

El oro había sido depositado en el sótano con las más minuciosas precauciones de seguridad. Nadie, ni aún el fiel Josecillo, había tomado otra participación que la de rellenar con piedras, cubiertas con guañas de tabaco, los zurrones, que aparatosamente fueron conducidos al puerto y embarcados á bordo de la goleta «Relámpago» que luego se dió á la vela para el Callao.

Las pilas de onzas con las efigies de Carlos III y Carlos IV, despertando aviesos instintos mal adormidos en el corazón del criollo, ejercían sobre él irresistible atracción. Soñaba con ellas, y aún despierto, sufría extrañas alucinaciones. Creía que, animadas por invisibles espíritus, las monedas danzaban diabólicamente á su al rededor, y con caprichosa cadencia, ya se alejaban hasta perderse en el horizonte, ya se acercaban hasta poder casi cogerlas sin más que extender la mano.

Y pensar que con deshacerse de don Justo, ó con solo delatarlo como enemigo de la Patria, quedaría él dueño de ese caudal que nadie podría reclamarle!

Pero don Justo había sido su salvador; por él, como decía muy bien su esposa, no eran huérfanos sus pequeñuelos.

Violenta lucha libraban en el corazón de Moreno el ángel de la gratitud y el demonio de la codicia.

Perdido el sueño y el apetito, nuestro hombre se desmejoraba día á día.

No pasaba desapercibido este cambio para su esposa á quien también habían abandonado su plácida alegría, su tranquila dicha de otros días. El brillo de sus negros ojos perdía en intensidad, aunque por momentos tuviera rápidas fosforescencias; sus mejillas no eran ya émulas del melocotón al desprenderse del árbol, y sus rojos labios no se dilataban con juguetona sonrisa para formar seductores hoyue-

los, sino que las comisuras caían, como caen las alas del ave herida.

¿Por qué la perseguía en sus sueños la figura del caballero español?

¿Por qué su corazón latía precipitado cuando él se acercaba y languidecía cuando estaba lejos?

¿Qué extraño dominio, qué poderosa sugestión ejercía sobre ella el extranjero?

Al penetrar al fondo de su pensamiento la casta esposa se horrorizaba de sí misma; y ya se refugiaba como en un sagrario al lado de la cuna de sus hijos, ya iba á pedir devoto amparo á la virgen de Mercedes que se veneraba en la capilla de la hacienda; pero el demonio de la tentación no abandonaba la brecha.

Para colmo de desventura, los esposos Moreno habían perdido esa mutua confianza que identifica y funde dos almas en una con la mutua expansión, aminora las penas y acrecenta las dichas. Observábanse recelosos, enturbiando la desconfianza la clara linfa que antes les permitiera ver hasta las doradas arenillas del fondo de su alma.

XI

Circulaban rumores de que, venida de una de las provincias limítrofes, había una partida de montoneros, mandada por el famoso Cerote, mitad insurgente, mitad bandolero, que con el pretexto de perseguir á los españoles, estaba haciendo fechorías en las haciendas y pueblos cercanos al Olivar.

Fuera interés por su huésped ó pretexto para alejarlo de su casa adonde inconscientemente había llevado la intranquilidad, ello es que Moreno manifestó que era fuerza proveer á la seguridad de Vega Hermosa; y que, no habiendo buque listo en que pudiera embarcarse, convenía que mientras se presentaba alguno, se ocultara en el monte de la hacienda, en una choza de pastor que trataría de reforzar y darle la comodidad precisa.

Teneroso de acarrear algún disgusto á los que le habían dado hospitalidad, Vega Hermosa no hizo objeción al proyecto que luego se puso en práctica.

Convenía tener un auxiliar entre los habitantes del Olivar para que se encargara de llevar provisiones al solitario; porque Josecillo debía aparecer como ausente lo mismo que su amo. Para esta delicada comisión fué elegido el zambo Manuel, generalmente conocido por *Mazamorra*, por ser oriundo de Lima, cuyos habitantes son motejados en las provincias con el apodo de mazamorreros.

El sugeto en cuestión era un zambo enjuto de carnes, de sueltos modales y palabra fácil y relativamente culta; era paje de confianza y cocinero, en ocasiones, sacristán y si se ofrecía, zapatero; astuto y gracioso, lleno de cuentos y triquiñuelas, por esto todos lo querían y solicitaban su compañía ó su servicio; en una palabra: era de los que se le cayeron de la alforja al diablo, útil para todo, siempre que no se dejara arrastrar por la pícara afición á las copitas.

Llamólo Moreno y le dijo:

—Mazamorra, voy á darte una comisión muy delicada que exige inteligencia, y sobre todo, entiéndelo bien: secreto. Y Moreno llevóse el dedo á los labios, aunando el signo á la palabra para dar mayor solemnidad á la frase.

—Pierda su merced, cuidado, mi amo; seré mudo como un muerto y astuto como el zorro.

—Corriente, así te necesito; pero cuidado con irse á *Copiapó*—y poniéndose el pulgar en la boca, Moreno hizo el ademán de beber.—Cuidado, te digo, porque entonces pierdes la chaveta y el demonio que te aguante.

—No hay cuidado, mi amo, contestó con aplomo Mazamorra; tenga su merced confianza en su criado.

—Bueno, bueno, replicó Moreno; pero te advierto por tu bien, que si cumples como es debido, tendrás una buena recompensa; pero que si te descantillas, te hago propinar doscientos ramalazos á cotona remangada que no te dejarán el cuero sano.

Mazamorra hizo nuevas protestas de discreción y recibió las instrucciones de su amo, que cumplió fielmente.

XII

Verdadera celda de anacoreta fué la ruin cabaña que le tocó habitar al acaudalado señor de la Vega Hermosa.

Cuatro horcones nudosos servían de base al edificio, que tenía ramas secas por techumbre y por pavimento la tierra endurecida y con restos de vegetación; un gran sauce le daba sombra y apoyo, y una acequia, cuyos bordes estaban tapizados de retamas, chamicos y enredaderas silvestres proporcionaba el agua, ese indispensable elemento de vida.

El menaje correspondía á la rudeza del edificio. Una barbacoa de cañas era el potro de tormento, mas que lecho de reposo; un tronco de árbol hacía el doble oficio de mesa y escritorio, y servía á la vez de arca y asiento uno de esos baúles forrados en baqueta, de los que se ven todavía algunos ejemplares.

En medio de este rústico atavío, resaltaban, como perlas en mano de carbonero, un rico cristo de marfil en cruz de ébano y una carabina inglesa, acaso la primera de su clase que vino á Sud América.

Con mil precauciones había transportado estos objetos Josecillo, ayudado por el ladino y avisado Mazamorra.

Cuando estuvo aperada la rústica vivienda, don Justo y su criado salieron á presencia de los esclavos, con las alforjas llenas de fiambre y provisiones, camino de la sierra; avanzaron hacia un lugar escogido de antemano, donde aguardaron la noche para internarse en el monte, hasta llegar á la escondida cabaña que debían habitar.

Era Vega Hermosa un hombre de mundo, y más que un sabio, un filósofo á quien ya no asombraban las peripecias de la vida; de manera que llevaba en sí mismo el poder de ser feliz y energía bastante para dominar los acontecimientos.

Fácilmente se avino á esta vida primitiva y aún le halló no sospechados encantos.

El estudio de la naturaleza es para el sabio un rico venero cuya explotación le proporciona goces y sorpresas inagotables.

No más que el estudio de los insectos con su indefinida variedad, basta para dar empleo á una vida entera.

No es, pues, de extrañar que don Justo pasara largas horas ocupado en observar las costumbres y modo de ser de los grillos y chicharras; esos discordantes músicos de la campaña, ó de las luciérnagas, que, esparcidas en la enramada, con su fosforescente brillo remedan lentejuelas de oro sobre negro manto de terciopelo.

Y tras de los insectos, las orquídeas y las gramíneas y los árboles seculares y el estrellado cielo, avivando la afición del caballero por las ciencias naturales, le daban grata y provechosa ocupación que alejaban de él el hastío: ese cruel suplicio de los ignorantes y desocupados.

En períodos desiguales y muy sigilosamente, llevaba Mazamorra la provisiones necesarias, y alguna delicada golosina, confeccionada casi siempre por las expertas manos de doña Chavelita. Josecillo era el *maître d'hotel* que sazonnaba las sencillas viandas en groseras ollas de barro, sustentadas por piedras del arroyo, improvisada cocina de los pobres habitantes de nuestros campos.

TERESA GONZÁLEZ DE FANNING.

(Continuará).

La vuelta al Hogar

Del Poema inédito "MI PADRE" (1)

Abriéronme la puerta lentamente,
Y ví el cuerpo cubierto por las flores
Que hacían resaltar con sus colores
La palidez horrible de la frente.

Con un mundo de sombras en la mente
Y entregada al más cruel de los dolores,
Junto al objeto fiel de sus amores,
Mi madre sollozaba amargamente.

Un grupo con voz queda conversaba
Al lado de la caja que, entreabierta,
Su carga funeral allí aguardaba.

Yo, silencioso, me acerqué á mi padre,
Y después de besar su frente yerta,
De rodillas caí junto á mi madre.

SAMUEL A. LILLO.

Santiago de Chile.

(1) El profesor LILLO, de la Universidad de Chile, ha tenido la deferencia de anticipar la publicación de este fragmento inédito en la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS. La *Elegía de Otoño* (II—600) nos había dado ya intensamente la nota sentimental de su estilo, en estrofas á veces primorosas, que me parecen más cuidadas que las de este soneto.

PARTIDOS Y LEGISLADORES⁽¹⁾

I

Es un mal tradicional de nuestro país la inestabilidad de sus agrupaciones políticas que surgen y se organizan respondiendo á una necesidad inmediata de la vida democrática, y tras una briosa actuación cívica que esterioriza momentáneamente las energías y virilidades innatas de la raza, se disuelven y desaparecen para renacer más tarde bajo distintas denominaciones, con otros elementos y otros ideales, y con una nueva bandera en reemplazo de la que se ha dejado olvidada en el campo de la lucha. El fenómeno se reproduce con tanta frecuencia que el espíritu se siente llevado á pensar sino reconocerá como causa alguna deficiencia orgánica de nuestra democracia, á medio constituir aún y con un concepto confuso ó incompleto de los resortes esenciales de la vida institucional y política.

La evolución regular y progresiva de esta última exige, en el estado actual de la sociedad política, partidos estables, con ideas y programas concretos de gobierno, sometidos en su organización á una disciplina firme que asegure, con la unidad de su propaganda, la eficacia de su acción gubernamental. A la influencia de sus partidos, organizados según ese concepto, debe la Inglaterra al decir de Erskine May la

(1) El doctor VICENTE C. GALLO nació en Tucumán, la ciudad exuberante en talentos juveniles y en triunfos universitarios. Estudió en el colegio nacional de la misma y pasó á la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, en 1891. Salió de ella con los honores del éxito, discernido por camaradas y maestros. Se ha ensayado y se ensaya en la vida pública en las filas ardorosas del extinguido partido radical y en revistas y diarios. Tiene palabra fácil y estudia. Es una figura notable en su grupo y una noble esperanza pública.

acción armónica de las fuerzas tan contrarias que obran en su gobierno y la regularidad envidiable en que se desenvuelven sus instituciones. ⁽¹⁾

Donde las agrupaciones políticas carecen de estas condiciones el gobierno representativo es difícil, y la confusión el estado normal de la sociedad. El primero se siente débil: le falta un partido que lo apoye en el desenvolvimiento de sus iniciativas y que dé á su autoridad el prestigio popular de un concurso de opinión cívica uniformada en sus aspiraciones y organizada para la acción. La segunda experimenta de reflejo las consecuencias de las incertidumbres del gobierno, y vive víctima de la inestabilidad de los partidos en cuyos programas tuvo fé y á cuya lealtad entregó la realización de sus ideales. Tal es el estado de la Francia. « La falta de estabilidad de sus gobiernos, la infecundidad de muchos de sus parlamentos, ha escrito Posada, débese á la carencia de partidos políticos definidos. Los ministerios durante estos últimos años han vivido de coaliciones efímeras, formadas por grupos más ó menos numerosos, y más ó menos enemigos entre sí. » ⁽²⁾

Esa es también, con diferencias de detalle, nuestra condición actual, después de haber pasado por diversas situaciones.

Nos iniciamos en la vida democrática con la revolución de Mayo que fué un movimiento popular, esencialmente impersonal. Juzgándolo, Estrada ha dicho con razón que « ningún nombre profana su sacrosanto anónimo, y que ningún partido ni caudillo reivindician sus laureles ». ⁽³⁾ Hemos sufrido luego el azote del caudillaje local, semi-bárbaro de las luchas civiles tan virilmente flajelado por López, y que un joven escritor argentino, en un libro reciente, aplaudido con justicia, ha atribuído al sentimiento de fidelidad de las masas y al culto nacional del coraje. ⁽⁴⁾ Hemos vivido más tarde,

(1) TH. ERSKINE MAY—*Historia Constitucional de Inglaterra*—Tomo III, cap. I.

(2) A. POSADA—*Derecho Político*—T. II, pág. 508.

(3) JOSÉ M. ESTRADA—*Lecciones de Historia Argentina*—T. I, pág. 398.

(4) JUAN A. GARCÍA (HIJO)—*Introducción al estudio de las Ciencias Sociales Ar-*

bajo Rosas, por largos años, en ese estado anómalo de la subordinación completa de una sociedad á un hombre que se llama el despotismo y que al decir de Spencer tiene su fundamento en el «culto al héroe»⁽¹⁾; y, finalmente, como el resultado de una evolución progresiva en nuestros hábitos políticos, hemos tenido el personalismo, los grandes prestigios individuales, de carácter nacional, como fórmula de condensación y actuación de las fuerzas cívicas del país.

Asistimos á la disolución de estos últimos. La época presente es de disgregación. Los vínculos de unión se rompen, las influencias personales, quebrándose, se reducen á sus términos convenientes, y las agrupaciones existentes hasta ayer se dividen y disuelven.

Esta situación no puede ser invariable. Debemos creer que es simplemente un estado transitorio entre el pasado que ha concluído y un nuevo orden de cosas que está en gestación; pensamos que no es aventurado esperar que del caos presente surgirán más ó menos pronto los partidos de principios, destinados á dar fisonomía definitiva á nuestra existencia política, y á compartir, con los favores de la opinión, las responsabilidades del gobierno.

Por ello creemos que, mientras el personalismo muere y los partidos se disuelven, conviene, á la espera de esa nueva época, contribuir á la propagación de los pocos buenos principios que han puesto ó intentado poner en práctica, como reglas de disciplina partidista.

Hemos de ocuparnos en estas líneas de uno de esos principios, cuya consignación reciente en un documento político ha suscitado críticas severas, muy respetables y dignas de atenta consideración por el alto prestigio del distinguido ciudadano que las ha formulado con la autoridad de sus

gentinas—pág. 59.—Por nuestra parte ampliaríamos el concepto, agregando á esas causas el carácter del *gaucho* argentino y algunos de los factores sociológicos-federativos que Alberdi ha enunciado como antecedentes de nuestra federación. Ellos engendraron en los pueblos la tendencia individualista, separatista,—tendencia que los pueblos á la vez encarnaron en la figura prestigiosa de sus caudillos, y realizaron, aunque solo transitoriamente, por medio de su acción disolvente.

(1) H. SPENCER.—*Essais de Politique*—pág. 149.

talentos indiscutibles, de su ilustrada experiencia en la vida pública y de sus eminentes servicios al país. ⁽¹⁾ Nos referimos á la siguiente declaración consignada en las bases de acuerdo convenidas entre los representantes de las dos fracciones radicales de la Provincia de Buenos Aires: « *Los legisladores radicales ajustarán su conducta en los asuntos de orden político á las resoluciones del comité directivo del partido* ». ⁽²⁾

II

El ciudadano que se incorpora á un partido experimenta por ese hecho una restricción en su libertad, sufre algo así como una *capitis deminutio* política. Acepta el programa, se solidariza con la propaganda y se somete á las autoridades organizadas de la agrupación.

Para dar á la acción de los individuos ese « carácter de enérgica uniformidad » de que hablaba Burke, ⁽³⁾ como base del partido, se impone la subordinación de las ideas y de las inspiraciones personales á los principios fundamentales que de común acuerdo se han consagrado como programa y á las reglas generales que de antemano se han sentado como directoras del esfuerzo colectivo.

Es que, en política como en toda manifestación solidaria de la actividad humana las fuerzas que se unen suponen un ideal que les es común, y necesitan darse una dirección superior que las encamine hacia él. De parte de esas fuerzas unidas hay el deber de fidelidad hacia el propósito común y de subordinación á la autoridad organizada. Esta última dirige la acción, elige los caminos y los medios por los que ha de llegarse á realizar el programa, y en esa tarea tiene el

(1) El señor doctor Bernardo de Irigoyen, Gobernador de Buenos Aires, en carta política abierta á la Dirección de esta REVISTA.

(2) Esta declaración lleva la firma del Vice-Gobernador de la Provincia, de un senador gubernista y de un senador de la oposición.

(3) Citado por Lord Russell. « Hist. du Gouvernement et du Parlement Britanniques », pag. 138.

derecho de exigir á los miembros de la agrupación respeto y acatamiento á sus decisiones. Son la voluntad, el interés y el criterio general de la agrupación, formulados por el órgano de sus autoridades directivas dentro de las reglas establecidas y de acuerdo con los principios del partido, las que predominan sobre la voluntad, el interés y el criterio individual de los afiliados. Es claro que en esto como en todo, las leyes de la moral imponen limitaciones que deben respetarse, y que en aquello que no afecte el programa convenido, sea en su esencia, sea en sus medios de realización, los miembros de la asociación ó partido conservan su entera libertad de acción.

Pensamos que los legisladores, afiliados á un partido y llevados á la Cámara por el esfuerzo de sus correligionarios, están sujetos también á estos principios fundamentales de disciplina, sin los cuales no se concibe el vigor y la unidad de la acción colectiva.

Desde luego el miembro de un partido que acepta de éste su candidatura á una banca legislativa, ratifica el compromiso tácitamente existente de fidelidad á sus principios y de subordinación á sus autoridades. — Sabe que el objetivo del partido no es el gobierno por el gobierno mismo, sino como condición indispensable para la realización desde él y por medio de sus afiliados del programa común. — « En realidad ha dicho Posada, los partidos políticos sirven de intermediarios, hoy por hoy, entre el Estado y el Gobierno del Estado; por eso puede decirse que tienen su raíz en la sociedad y aspiran á tener sus ramas en las esferas oficiales, á guisa de órganos de las funciones políticas ». (1)

Sabe igualmente que sus correligionarios van á votarlo no para que lucre con las ventajas del cargo, ó para que proceda según sus inspiraciones personales, sino para que haga la propaganda de los ideales colectivos, sostenga el programa común, y ajuste su conducta á las reglas que le dicte su partido en las materias que afectan su vida, su porvenir, ó su actuación presente. Y sabe finalmente, ó por lo menos debe

(1) A. POSADA.—*Derecho Político*.—Tomo II, pág. 492.

saberlo, que la táctica de los partidos en el Parlamento, según la frase de Eugène Pierre, es tan complicada como la ciencia de la guerra, obedece á los mismos principios y está expuesta á las mismas eventualidades; que en las luchas políticas como en el choque de los ejércitos la victoria es el premio de la disciplina—de una disciplina á menudo tan ciega como la de los mismos ejércitos». (1)

Se objetará acaso que esta doctrina desconoce el carácter y desvirtúa el deber del legislador; que este es un representante del pueblo que lo ha votado y no del partido á que pertenece, que en el ejercicio de su mandato es soberano, no reconociendo otras responsabilidades ni otras limitaciones que las que la constitución y las leyes le han fijado, y que, en fin, con ella no se concibe el objeto de las garantías y prerrogativas especiales que aseguran la soberanía y la independencia de la función legislativa.

La fuerza de estas observaciones es más aparente que real.

Es cierto que el legislador representa al pueblo, pero ¿á qué pueblo? ¿Acaso á una muchedumbre anónima que concurre espontáneamente á los comicios á depositar su voto, sin una organización colectiva, sin la vinculación de un propósito, de un alto ideal común? ¿O por el contrario representa á una masa de opinión uniformada en sus aspiraciones, sometida en su acción á la disciplina de una agrupación ordenada, con una dirección central que ha presidido los trabajos previos de propaganda, reunión de convenciones, proclamación de candidatos, etc., y cuyos adherentes han llevado á las urnas no la expresión de los anhelos ó de las simpatías individuales, sino el voto solidario de todos en favor del programa común, y que, en fin, ha confiado á la lealtad é inteligencia de un ciudadano surgido de sus filas el mandato de luchar por su triunfo?

Lo segundo es lo que sucede en todas partes: negarlo importaría desconocer la realidad de los hechos. Son los partidos los que proclaman y eligen los legisladores con el voto

(1) Véase un interesante estudio de Eugène Pierre, «Politique et Gouvernement», inserto en la *Revue Politique et Parlementaire* — Tomo 10, pág. 304.

de sus afiliados; el pueblo sin ellos ni podría concretar sus aspiraciones encontradas ni conferir un mandato representativo de muchas voluntades: habría tantos candidatos como votantes: la anarquía, en una palabra. Por eso los partidos que son « característicos del régimen constitucional de base ampliamente electiva », ⁽¹⁾ son además « una condición del gobierno parlamentario que es un gobierno esencialmente por medio de partidos, habiendo demostrado la experiencia que ninguna asamblea popular puede obrar sin jefes y sin organización de partidos ». ⁽²⁾

En el hecho el gobierno se hace por medio de los partidos. Azcárate ha dicho: « Dentro del sistema á que sirve de base el principio de la soberanía ó del *self government* los partidos se organizan para reinar y gobernar en nombre de la sociedad, y el jefe del Estado no es otra cosa que un servidor de esta » ⁽³⁾, y Bryce, refiriéndose á los Estados Unidos observa que « la obra del gobierno ha caído en manos de los partidos ». ⁽⁴⁾

Sería imposible este gobierno por medio de los partidos si no existiera una dirección central, presidiendo la acción legislativa, y cada representante tuviese la facultad de votar según su criterio ó sus conveniencias individuales.

No me parece tampoco exacto que en el ejercicio de su mandato el legislador no tiene más responsabilidades ni limitaciones que las de orden constitucional. Creemos que existen además las del honor y la lealtad. Un elector de presidente ó de gobernador nombrado para votar el candidato que su partido ha proclamado, no puede dignamente dar su sufragio al candidato adverso; un diputado libre cambista, electo por los libre cambistas para sostener las ideas económicas de su programa no puede tampoco sin desdoro pasarse al campo de los proteccionistas. El elector puede pensar en su interior que el candidato enemigo es mejor ó más

(1) POSADA,—Ob. cit.—Tomo II, pág. 496.

(2) GREY.—*Parliamentary Government* — pág. 49 — citado por Posada.

(3) *Estudios Filosóficos*. — Los partidos políticos pág. 238 — citado por Posada.

(4) JOHN BRYCE. — *The American Commonwealth* — Cap. LIII, T. II.

digno que el de su partido; el diputado puede llegar á considerar la política proteccionista más benéfica á los intereses públicos; pero uno y otro están atados por las vinculaciones partidistas y por los deberes de la fidelidad política y saben que si faltaran á ellos serían señalados en la calle como desleales á su partido y á sus electores y habrían concluído su vida política en cualquier país de conciencia pública, severa y digna.

Las garantías constitucionales han sido acordadas á los legisladores para asegurar la independencia y la dignidad de la función legislativa, como condición del gobierno representativo. Ellas los protegen en el desempeño de su mandato, asegurándoles todas las libertades necesarias para su más digno desempeño; pero la subordinación de los legisladores á los comités políticos en los asuntos de carácter político, no anula esas garantías. La Inglaterra es el país tradicional de los privilegios parlamentarios: allí han nacido y se han desenvuelto hasta formar el cuerpo de doctrina constitucional que hoy admiten todos los pueblos libres; y en ningún país, sin embargo, los legisladores están más sujetos á la acción de los comités políticos, en ninguno es más rigurosa y exigente la disciplina partidista dentro de las Cámaras. Cuando puede citarse ejemplos como éste—tan llenos de elocuencia—la argumentación teórica está de más.

Y yendo al fondo mismo de la cuestión preguntáramos: ¿cómo se representa mejor al pueblo y se sirve más eficazmente sus intereses: recogiendo en la calle el eco confuso de las aspiraciones públicas para interpretarlas según el criterio individual influído siempre por las ambiciones ó los intereses personales, ó ajustando los procederes á la deliberación tranquila y seria de una comunidad cívica con rumbos fijos é ideales claros, representativa é intérprete de una fuerza democrática organizada, fuerte, homogénea? Por el primer camino si bien puede llegarse como resultado á asegurar la independencia completa del juicio personal del legislador, en cambio se lleva el desórden á todas las filas, se abre la puerta á las deserciones cobardes, y se introduce el gérmen de la descomposición en el seno de las fuerzas políticas. Con-

sideramos menores los males que resultan á la sociedad del sacrificio que en un caso dado hace el legislador de su opinión personal en aras de la disciplina partidista, que los provenientes de la falta de partidos disciplinados que hagan posible el gobierno regular por el desenvolvimiento ordenado de una política homogénea.

Pensamos, pues, que en los asuntos de carácter político los legisladores deben estar sujetos á la influencia del partido. Si en algún caso la decisión de éste contraría su pensamiento, su concepto de los intereses públicos ó aún de las conveniencias partidistas, tienen el derecho de discutir, de formular observaciones, de hacer valer las razones que los asisten. Si á pesar de ello la decisión se mantiene, y ella violenta su conciencia pueden eliminarse por la abstención ó la renuncia, según las circunstancias.

Esta doctrina, á parte de las disidencias teóricas, sinceras y leales que comprendemos puede suscitar, ha de parecer exagerada á todos aquellos que se sirven de los partidos para llegar á las cámaras, y luego desconocen toda vinculación con los partidos, toda autoridad en sus comités, cuando ya no los necesitan. Miembros confesados de un partido, proclamados por sus convenciones, votados por sus correligionarios para propagar los ideales colectivos, y electos con el concurso de los elementos morales y materiales de la agrupación, ellos quisieran, al día siguiente, borrar estos antecedentes que imponen deberes á todo hombre de honor; y para servir mejor ambiciones ó pasiones personales declararse desligados de todo compromiso político, obrar y evolucionar á su antojo en el Parlamento y reirse desde él de sus correligionarios, de los principios del partido y de las autoridades que lo dirigen.

Donde ese es el concepto que se tiene de la lealtad política se hace difícil el gobierno regular. Donde esas ideas se ponen en práctica sucede lo que por esa y otras causas puede verse hoy en Buenos Aires: la desorganización de todas las fuerzas, el desorden político en las cámaras, el desprestigio de la función legislativa, la imposibilidad de constituir una mayoría seria, estable, con propósitos defi-

nidos, uniformada en sus ideales y en su acción bajo la dirección organizada de todas las fuerzas cuya representación legislativa tiene, y capaz en fin por lo mismo de hacer posible el gobierno fecundo que sus avanzadas instituciones le han prometido; sucede, en una palabra, lo que Eugène Pierre antes citado predecía para una situación hipotética análoga: « la asamblea se encuentra sacudida como un navío cuyo cargamento hubiera sido mal estivado. Son necesarias largas y repetidas batallas para que cada grupo recupere su bandera y aprenda á conservarla ».

III

La experiencia comprueba la bondad de estas ideas, que han encontrado y tienen una aplicación provechosa en Inglaterra y Estados Unidos.

Juzgando la influencia que en las instituciones de Inglaterra han ejercido las luchas de sus partidos, Lord Russell ha escrito esta bella frase: « Las inteligencias superiores comprenden que es allí donde está el arsenal de la libertad y de la prosperidad nacionales. Es en medio de las llamas y sobre el yunque ardiente que la libertad recibe su forma, su temple y su fuerza. » ⁽¹⁾ Es cierto, pero el noble lord pudo ampliar su pensamiento diciendo como Erskine May que á la *organización* de sus partidos debe también y principalmente la Inglaterra el desenvolvimiento tan armónico de las fuerzas encontradas que actúan en su gobierno.

Es sabido que desde hace más de un siglo el poder pasa en Inglaterra periódicamente de los liberales á los conservadores, y vice-versa. El gobierno parlamentario no ha rendido en ninguna parte beneficios mayores, ni conquistado prestigios más altos. El fenómeno encuentra una de sus explicaciones más claras en la disciplina de sus partidos, en su organización, en su manera de actuar dentro de las cámaras.

(1) LORD RUSSELL. — *Histoire du Gouvernement et du Parlement Britanniques* — página 140.

Los *clubs* políticos constituyen una de las curiosas modalidades que ofrece la vida pública tan interesante de aquel país. Son ellos centros de cultura, á la vez que órganos poderosos de propaganda política, de reclutamiento y concentración de fuerzas.

Waldeck-Rousseau, caracterizándolos se ha expresado en estos términos: « Los partidos ingleses tienen un organismo de que nosotros carecemos: los *clubs*, una palabra que es toda una definición, los *clubs* donde se elabora la política de los partidos, donde todo se prepara y se resuelve de antemano, *hasta el tema de las sesiones de la Cámara de los Comunes, donde cada orador del partido recibe sus instrucciones, donde todo está tan bien reglado que un hombre de Estado, ilustre entre los ilustres, ha podido decir esto que parece una paradoja y no es sino una verdad: que él había asistido á muchas sesiones, escuchado muchos discursos elocuentes, però que jamás su voto había sido modificado!* Eso quiere decir que en aquel país todo es previsto, calculado, libremente debatido, de suerte que no se conoce este desastre de nuestras sesiones, lo imprevisto, las sorpresas Nada se deja librado á la casualidad, nada es permitido á la indisciplina. Se trabaja leal y abiertamente á derrocar aquí un ministerio conservador, allí un gabinete liberal, pero jamás se siente uno asaltado por el pensamiento de que se podría servir mejor, por sí mismo, en el poder, la causa común, que lo que lo hacen los amigos, los jefes que el partido ha colocado allí. Estos caerán tal vez mañana; serán reemplazados por adversarios, jamás por correligionarios políticos, y cuando la fortuna cambie recuperarán la dirección de los asuntos públicos ricos de experiencia, de autoridad conquistada en el ejercicio del poder,—ricos de crédito no sólo á los ojos de Inglaterra sino ante el mundo entero! » (1)

Numerosos, de larga vida, alto prestigio y poderosa influencia son los *clubs* políticos existentes en Inglaterra. Los hay que tienen más de cien años de vida, y á cuyo frente se

(1) Discurso de Waldeck-Rousseau propiciando la formación en Francia de un gran Círculo Republicano.—Véase la *Revue Politique et Parlementaire*.—Tomo XIII, pág. II.

encuentran los primeros estadistas ingleses. Según que sean liberales ó conservadores están sometidos á la autoridad superior de la *National Central Federation* ó de la *Central Conservative Association*. (1)

El procedimiento que asegura el resultado á que se refería Waldeck-Rousseau, demuestra el respeto con que en Inglaterra se cumplen los deberes de la disciplina partidista.

Cada partido tiene su *leader* en las cámaras, con la facultad reconocida y acatada uniformemente de dirigir en su nombre á los correligionarios, fijar las cuestiones, llevar la palabra en los debates.

En carácter de auxiliar de esta tarea tiene cada leader otro miembro de la cámara, designado con el nombre de *whiper in*, ó más lacónicamente, *the whiper*. Las funciones de este entre otras son las siguientes: Informar á todos los miembros de la cámara pertenecientes á su partido de que se espera una votación importante, toda vez que el hecho ocurra, cuidando de que ninguno falte á ella y *prescribir (to direct) á los miembros de su partido la forma en que han de dar su voto* (2)

Cuando el aviso de que se debe concurrir á una sesión importante ha sido transmitido oportunamente por el *whiper* la simple abstención de un miembro del partido, sin causa grave que la justifique, se considera una falta, á no ser que un adversario político se haya convenido con él para neutralizar el voto de ambos.

Tan incorporada se halla á la práctica parlamentaria inglesa la institución de los *whipers*, y tan naturales y necesarias se consideran sus funciones, que John Bryce refiere que el primer cuidado de un partido es la designación de su *leader* y de su *whiper*, y que cuando un político inglés llega á la cámara su primera pregunta es esta: «¿Dónde están los

(1) Sobre la historia, organización y actuación de los clubs políticos ingleses tenemos publicado un breve estudio en la *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*, correspondiente á Marzo de 1898.

(2) Tomamos estos datos de la obra de Bryce «The American Commonwealth» Cap. XIX, pág. 203.

whippers?», y la segunda: «¿Como se puede marchar en el mundo sin ellos?» (1)

En síntesis tenemos pues que: la National Central Federation de los liberales, y la Central Conservative Association de los conservadores, regulan la política inglesa, y dirigen la acción de sus partidos respectivos extendiéndola por medio de los *clubs*, los *leaders* y los *whippers* hasta fijar el tema de los debates parlamentarios, cuidar de la asistencia de sus correligionarios á las votaciones de interés para el partido, fijarles la forma en que han de votar y vigilarlos para que ninguno falte á estos deberes.

Es esto un mal? — Dejamos la respuesta á los hechos. — Ningún país del mundo es más libre que la Inglaterra, y ninguno tiene una vida política más seria, más armónica y desenvuelta con mayor regularidad.

IV

Se dirá acaso que estos son hábitos y procedimientos característicos de los gobiernos parlamentarios pero inadecuados para los países de régimen presidencial.

El ejemplo de los Estados Unidos convence de lo contrario.

Como consecuencia de la forma de su gobierno, en Estados Unidos una votación parlamentaria no tiene la importancia que en Inglaterra. Mientras que en este último país la menor señal de desconfianza de parte de las cámaras basta para provocar una crisis ministerial, en Estados Unidos las votaciones de las cámaras no ejercen ninguna acción sobre los secretarios de Estado. «Mientras en Inglaterra, personalidades de importancia, jefes obedecidos, oradores admirables consideran punto de honor no dejarse decir dos veces que han cesado de ser gratos á la mayoría, en los Estados Unidos una demostración parlamentaria no los afecta ni en su amor propio de oradores ni en su responsabilidad de hombres de estado». (2)

(1) Obra y lugar citado.

(2) E. BOUTMY. — *Études de Droit Constitutionnel* - pág. 134 y sigte.

De ahí que en Estados Unidos no sientan los partidos la necesidad de tener en las cámaras ni *leaders* ni *whipers*. Pero eso no autoriza á concluir que los representantes están libres de la acción de sus partidos.

Siempre que surgen cuestiones en que están envueltos graves intereses del partido, siempre que se trata de un *bill* por cuyo medio el partido procura llevar adelante su política, conquistar las simpatías de la opinión, etc., la disciplina se hace sentir é impone sus exigencias. He aquí el procedimiento: al principio de cada período legislativo una junta privada (*a caucus committee*) es elegida por mayoría. El presidente y secretario del *caucus* desempeñan las funciones de los *whipers*, es decir envían un llamamiento á todos los miembros del partido cuando va á producirse alguna votación importante y cuidan de que ninguno falte y sea segura la mayoría. «En casos de gravedad ó duda el *caucus* convoca una reunión del partido, en la cual se discute á puertas cerradas la actitud que el partido debe asumir y este se resuelve por el voto de la mayoría. «Por este voto todo miembro del partido se considera tan obligado como lo estaría en Inglaterra por la interpelación del *leader*, transmitida por medio del *whiper*. La desobediencia no puede ser castigada en el Congreso mismo, excepción hecha de las penalidades sociales, pero pone en peligro el asiento del miembro demasiado independiente porque los directores del partido en Wáshington comunicarán el hecho á los directores del partido en el distrito electoral correspondiente y éste probablemente se rehusará á reelegirlo en la próxima elección.» (1)

El mismo principio pues que en Inglaterra, aplicado con el mismo espíritu, aunque por medios distintos,—más conciliables con el carácter igualitario de la democracia americana.—Y también, como consecuencias, iguales resultados: la misma regularidad en su vida política, el orden en sus cámaras, la conservación de sus partidos tradicionales por obra de la disciplina, y su renovación periódica en el gobierno.

(1) JOHN BRYCE. — *The American Commonwealth* — pág. 205. T. I.

V

En cambio diríjase la vista á la Francia y cuán distinto es el cuadro que se ofrece á la observación!

Partidos organizados y disciplinados, que tienen á su frente jefes elegidos, que votan en masa sobre un programa común, estrictamente determinado; un jefe de partido que llega al poder con un mandato que ejecuta fielmente, una mayoría estable que ninguna intriga separa de su jefe y que vota puntualmente las reformas que ha prometido. He ahí bajo formas anticuadas al fondo del régimen inglés; y es todo eso lo que no existe en Francia: ni partidos organizados, ni programas comunes, ni mayoría estable, ni leaders electos. »

En esos términos sintetizaba sus conclusiones un colaborador de la *Revue Politique et Parlementaire*, estudiando comparativamente los resultados del régimen parlamentario en Inglaterra y Francia. ⁽¹⁾

Las consecuencias de esta diversidad de situaciones se esteriorizan diariamente en forma y con frecuencia funestas para el prestigio del régimen parlamentario.

No es posible prever en aquel país lo que va á ocurrir al día siguiente. Se vive en política bajo el imperio de lo imprevisto y de las sorpresas. Un ministerio sostenido hoy por una fuerte mayoría caerá mañana por el voto de esa misma mayoría agrupada en torno de otro ministerio diferente del derrocado solo en los hombres que lo forman; y el presidente del Consejo de ministros derrotado será ese mismo día aclamado presidente de la Cámara! Una combinación accidental de intereses y ambiciones personales, sin rumbos políticos, habrá producido ese resultado, causa de trastornos económicos y políticos graves, y generador de la perpétua irritación en que las pasiones excitadas de los partidos mantienen á la opinión y al gobierno.

(1) ARMAND EPHRAIM. — *Le Régime Parlementaire en Angleterre et en France*. — Véase la *Revue Politique*. Tomo VII, pág. 135.

Los legisladores proceden y votan según su criterio, ó mejor dicho, según sus conveniencias individuales, aún en aquellas cuestiones que comprometen más gravemente la política del partido, su estabilidad en el gobierno, la realización de su programa. Estudiando el hecho y lamentándolo como una desgracia, Waldeck-Rousseau decía hace poco: « Esto demuestra que hasta hoy nosotros hemos realizado elecciones de circunscripción; pero que no hemos sabido hacer una sola elección de partido! »

¿Cuál es el remedio que en esta situación se ha indicado como el más eficaz para extirpar esos males, y para asegurar en Francia la estabilidad de sus gobiernos, la regularidad de su vida política, la fidelidad de los hombres á los principios profesados? La organización de partidos bien definidos, una disciplina severa para gobernarlos, la formación de *clubs* políticos á semejanza de los existentes en Inglaterra, es decir centros de vinculación, de propaganda y de irradiación política, donde los legisladores recojan las inspiraciones de su partido, reciban las instrucciones á que han de ajustar su conducta, la consigna partidista para su palabra y su voto.

Respondiendo á ese propósito se ha fundado recientemente en París el Gran Círculo Republicano, bajo el patrocinio prestigioso de eminentes estadistas como Waldeck-Rousseau, Paul Deschanel, Poincaré, Raynal, Marcel Fournier, y con el concurso patriótico de senadores, diputados, comerciantes, industriales, hombres de letras, de todos los que ambicionan para la Francia la virtud y el prestigio de una vida política tranquila, armónica, fecunda para las instituciones, para la libertad y el orden.

VI

Sería dar inusitadas dimensiones á este trabajo demasiado extenso ya, continuar estudiando las prácticas parlamentarias vigentes en otras naciones. Creemos que lo expuesto basta para abonar la doctrina que sostenemos, prestigiada con el ejemplo de la experiencia extraña, tan llena de elocuentes

lecciones, y con la autoridad respetable de los publicistas y hombres de estado que la sostienen y la acatan, como la que mejor asegura la organización de los partidos y el gobierno regular de las sociedades.

No se nos oculta que en costumbres electorales retrocedemos, y que la vida política del país ha perdido los dignos prestigios que hasta no ha mucho estimulaban el entusiasmo de las masas populares y encendían en el corazón de la juventud las pasiones generosas del civismo. El caso reciente de la lucha electoral en la provincia de Buenos Aires para la renovación parcial de su Legislatura descorazona y entristece porque revela una enorme depresión del espíritu público, importa la consagración del fraude y de la mentira como resortes electorales, y convence de que no debe esperarse por el momento que prosperen las sanas ideas de gobierno y los severos hábitos de disciplina que en otros países dignifican la práctica de las instituciones y enaltecen la acción de los partidos. Nos halaga, empero, la esperanza de que la reacción ha de venir, provocada por la intensidad misma de la crisis presente que es general á toda la nación. La aurora de esa nueva época puede anticiparse si la juventud pone el esfuerzo viril de su abnegación y de sus entusiasmos al servicio de altos y prestigiosos ideales, y se consagra á la tarea de conseguir que los principios reguladores de la vida política triunfantes en otras naciones, encuentren entre nosotros acogida sincera y sean practicados con patriótica virtud por los partidos y los gobiernos.

VICENTE C. GALLO.

Buenos Aires, Abril de 1899.

LA GUERRA COMO SUPREMA PRUEBA

DEL

VALIMIENTO NACIONAL

Artículo publicado en "The Nineteenth Century" (Febrero 1899)
y traducido por el doctor Carlos A. Aldao.

Desde que apareció el *eirenicon* del Czar, en todas partes ó casi en todas, ha asomado la teoría tácita de que las grandes familias nacionales de la humanidad debían convenir en el desarme, ó en cesar de acrecentar los armamentos actuales, si quisiera llevarse á cabo este propósito.

Y, sin embargo, en la misma existencia de progresos tan vastos y tan profundamente entrettejidos en la trama de la existencia nacional, como los sistemas militares y navales de la Europa, seguramente yace algún indicio de una causa natural. De otro modo, difícilmente un instante de capricho, difícilmente la intención de los déspotas, difícilmente la libre elección de las mismas naciones, podría inducir á soportar carga tan abrumadora, y á pagar precio tan subido. No solamente en esta época, sino en casi todas desde la de los Antoninos, cuando, en medio de la paz universal, el hombre civilizado se podría en la decadencia, han sido factores importantes y siempre tenidos en cuenta en la vida de la humanidad, la guerra y la preparación para la guerra. Entonces la totalidad de la ingente suma de riqueza y vida que se ha consumido en y para la guerra ha sido verdaderamente un gasto infundado y contrario á las leyes de la naturaleza, sin alivio para la evolución gradual del hombre en el planeta?

Parecería extraño que fenómenos tan universales en tiempo y extensión no hubieran tenido base natural alguna, á que habiéndola tenido pudieran remediarse al presente en una conferencia de diplomáticos.

Con el fin de tener una noción adecuada de la guerra, apartémonos del estrecho punto de vista de los acontecimientos contemporáneos y procuremos considerar el tiempo pasado, como el hombre que está en la cima de una montaña contempla la inmensa extensión de campo que se dilata á lo lejos ante sus ojos. Mirando así, veríamos los lindes y cualidades de las naciones, no fijos é inmutables, ni dominados por ningún principio permanente, sino flotando é imperceptibles como figuras de un sueño ó cuadros de linterna mágica proyectados sobre un bastidor.

Pero casi en todos los movimientos de avance ó de retroceso, que constituyen la historia de las naciones, se estampa un sello. Es el sello de la guerra. Sin esta señal de éxito ó de fracaso, ningún gran movimiento, si se exceptúa únicamente cuando los hombres han salido á colonizar un desierto deshabitado, ha tenido lugar jamás. Siempre los esfuerzos ruidosos de diversos grupos de hombres, ó (como en los primeros siglos del cristianismo y de nuevo en la reforma) de los defensores de escuelas antagónicas del pensamiento, han encontrado finalmente su solución en los campos de batalla del mundo. «Qué horrible!» dicen los amigos de la paz, «qué manifestación tan espantosa de la no regenerada naturaleza humana!» Indudablemente estas gentes piadosas, si solamente hubieran tenido á su alcance las funciones de la Omnipotencia, hubieran intentado un método mejor para realizar la evolución social de la humanidad; pero desgraciadamente no fueron consultados, cuando se fabricó nuestro pequeño globo.

Para poner de manifiesto la magnitud del papel representado por la guerra en el desenvolvimiento de la raza humana, limitémonos á pintarnos el estado del mundo si la guerra hubiese sido imposible. Tomando como ejemplo solamente los períodos comprendidos en recuerdos que nos son á todos familiares. Supongamos que después de haber sido

rechazada la invasión persa, hubiera aparecido la orden que las guerras cesasen en lo venidero. Entonces Alejandro nunca hubiera llevado al Asia Menor y á Egipto la cultura de la antigua Grecia. Entonces nunca hubieran reinado los Ptolomeos, ni el filósofo de Alejandría con su acción refleja sobre el cristianismo hubiera venido al mundo, ni Roma y Cartago se hubieran ido á las manos para obtener el dominio del mundo. La civilización del Imperio Romano no hubiera tenido doscientos millones de seres humanos en su puño, ni sembrado la simiente de una cosecha que edades remotas han recogido. Pues gracias á la guerra se dilataron los límites de aquel imperio, y por la guerra cualesquiera cualidades, por grandes que fuesen, en la vieja Roma parecían colorear el espíritu y el futuro del hombre. Ni, después, cuando al fin la raza romana desaparecía, cuando la vitalidad que antes le fué propia se había desvanecido, y cuando la corrupción moral roía su corazón, como la corrupción física come dentro de un cadáver, las salvajes olas del barbarismo regenerador, hubieran rebalsado sus fronteras, y dado su vida y empuje á la Europa moderna.

Y recordemos que los veinte y tres siglos comprendidos dentro del período aquí considerado no son sino un momento en la historia de la humanidad y que, á través de innúmeras edades la raza humana ha avanzado mediante la intervención y por el camino de la guerra. Porque, cualquier época que pasemos en revista, encontraremos imposible concebir una suspensión del movimiento en este punto especial; y la manera como ha de continuar el movimiento, si cesa la guerra, es la cuestión real que los defensores del desarme universal tienen que encarar. De qué instante de la historia humana pueden ellos afirmar que, desde aquel momento, el cambio operado por la guerra debiera haber sido renegado para siempre? Hubieran tenido á América siempre en poder de indios medio salvajes como en Méjico y Perú ó completamente salvajes como en el Norte? O cuando el español hubo efectuado su conquista y la iglesia hubo sancionado su triunfo, hubieran ellos rehusado á Inglaterra y al resto del mundo el derecho á disputar con él á filo de espada y con la

boca de los cañones la soberanía de un nuevo continente? Si, en cada caso, contestan afirmativamente, el Canadá y los Estados Unidos, con sus setenta y cinco millones de habitantes, que representan con el resto del pueblo anglosajón el tipo más perfecto del ser humano, no hubieran existido, y, con la consecuente restricción de los medios de vida, gran número de las personas que derraman ineptias en plataformas y periódicos acerca de las bendiciones de la paz y los honores de la guerra nunca hubieran nacido — quizás el único argumento que podría provocarse en favor de sus ideas. Pero puede contestarse que aunque ciertamente el movimiento y cambio son partes vitalmente esenciales del desenvolvimiento humano (en efecto, de qué otra manera podría haber desenvolvimiento?) con todo, estos podrían haberse conseguido por otros medios distintos de la guerra. Infortunadamente, no hay otros medios. Un areópago en que todas las naciones y tribus de la tierra hubieran estado igualmente representadas hubiera sido posible solamente si toda condición humana hubiera sido diferente de lo que era, y sino hubiera habido tremendas diversidades de lengua, de religión, de civilización, de naturaleza y de raza. Y si todas estas diversidades que existen, no hubiesen existido, entonces el cambio y movimiento que son la expresión del progreso y retroceso, hubieran estado ausentes, porque todo el género humano hubiera sido homogéneo.

Es fútil, sin embargo, imaginar un estado de cosas diametralmente opuesto á la realidad. Efectivamente, nunca ha habido momento en la historia en que tal congreso universal hubiera sido practicable. Por consiguiente se sigue, si se admite que el cambio y movimiento eran necesarios, pero que la guerra era mala, que entonces debiera indicarse algún otro método de cambio y movimiento. Otra vez se presenta el problema: «Qué otro método?» La persuasión hubiera inducido á los romanos á saludar la aparición entre ellos de los bárbaros que con su venida crearon un mundo nuevo? La persuasión hubiera decidido á los españoles á abrir de par en par las puertas de América á los pueblos competidores? Se intentó persuadir, como en el caso de Sir John

Hawkins, y el fracaso fué lamentable. El argumento, ¿Gustavo Adolfo, arrolló la marea armada de la contra-reforma con que los apóstoles de la autoridad procuraban aplastar la naciente libertad del pensamiento humano? La persuasión es claro que hubiera valido si la naturaleza del hombre hubiera sido radicalmente diferente de lo que es.

Es oportuno detenerse aquí un momento á considerar el punto que hemos alcanzado, si las consideraciones precedentes son justas. El punto es que, en la historia retrospectiva del hombre, la guerra — muy lejos de haber sido mal sin mezcla como frecuentemente ha sido representada — ha sido condición absolutamente necesaria del progreso humano. Si en cualquier período dado de la historia en el pasado, se hubiera podido abolir la guerra (lo que es imposible) la evolución social se hubiera detenido, porque se hubiera quitado el único medio practicable de efectuar el cambio y movimiento entre las naciones y estados. En otras palabras, las condiciones políticas entonces existentes se habrían estereotipado.

Naturalmente que no puede discutirse ni por un momento que todas las guerras han servido para el progreso de la civilización. Por el contrario, muchísimas guerras como por ejemplo, las intentadas por los turcos en Europa, han tenido una tendencia diametralmente opuesta; pero es esencial pesar los resultados en conjunto y no parcialmente y, así considerado, la acción generalmente benéfica de la guerra como factor en los negocios humanos se demuestra por el innegable progreso que se ha verificado y por el hecho palpable, que las naciones más poderosas en la guerra en la presente época, son las más morales y civilizadas. Si á través de las edades la guerra generalmente hubiese tenido opuesta tendencia, la humanidad habría retrogradado á la condición de los brutos, ó perecido largo tiempo ha, por su repugnante corrupción.

Si avanzamos en la consideración del punto encontraremos que si tomamos, no momentos determinados en la vida de las naciones, sino su vida completa, estos efectos de la guerra son inevitables, porque á la larga la fuerza bélica de un pueblo es el verdadero reflejo de su valimiento mental y mo-

ral. Ninguna nación, que no sea sana en el fondo, puede continuar por un largo período exhibiendo una incorrupta administración militar y sin esto, no puede mantenerse superior eficiencia militar. Ni, á menos que la estructura social de un país en conjunto tienda á la justicia, puede á la larga mantener el terreno. No podría darse mejor ilustración de esta verdad que tiene sus raíces profundas en las leyes morales del universo, que señalando el estado actual del Imperio Turco. Los turcos constituyen una raza de soldados: no pueden fácilmente encontrarse hombres más bravos ni más aptos para el servicio militar. Sin embargo á causa de que su estructura social es inferior á las de las naciones cristianas á las que en los pasados siglos han derrotado tan frecuentemente, su eficiencia militar ha decaído gradualmente hasta que claramente ha llegado á ser (á despecho de sus transitorios éxitos sobre los débiles griegos) en relación mucho menos de lo que fué antes. De la misma manera la corrupción que aparentemente reina en Francia, y se sostiene que también en Rusia, á la larga ha de disminuir las capacidades bélicas de esos estados. De este modo, considerado del punto de vista no de los años sino de los siglos, vemos que la guerra es la suprema piedra de toque del valor nacional y que, en el pasado, sea lo que fuere, ha tendido claramente al progreso, no al atraso.

Habiendo llegado hasta aquí surge la cuestión de si el estado del mundo y la naturaleza del hombre han cambiado tan radicalmente para habilitarnos en adelante á obrar sin este previo y esencial factor de la evolución social. ¿Son nuestras divisiones políticas tan perfectas al presente, y el carácter de las naciones, es ahora tan uniforme, para que la constante alteración, que se sumerge y funde de estas divisiones que hemos visto haber sido previamente una ley del progreso, no se necesite por más tiempo? Seguramente que ningún ser razonable contestará esta pregunta afirmativamente. Quizás nunca — de cierto rarísimamente — estuvieron los procesos del adelanto nacional en una mano y los de decadencia en otra, más visibles y más potentes que ahora. Es como si los resultados, desde mucho tiempo atesorados, de

los pasados siglos estuvieran en el meridiano en nuestro tiempo. En los últimos treinta años ha cambiado el mapa de Asia. El ruso, inferior en civilización á los otros europeos, pero todavía superior al asiático, ha anexado el Asia Central y puesto su mano sobre la China. El pueblo germánico, arrastrado por el impulso de su creciente energía, ha plantado su bandera bien lejos en el Pacífico del Sud y ha anexado vastos territorios á ambos lados del continente africano. Aquel continente mismo está siendo dividido al presente entre las potencias europeas; la obscuridad que lo ha cobijado á través de edades sin cuento, al fin es seguida por la aurora.

Además— en el otro hemisferio —las condiciones políticas de Sud América están claramente en estado de mudanza y sus poblaciones abigarradas parecen estar esperando el momento en que alguna fuerza finalmente las obligue al orden, á la ley y seguridad, por falta de las que sus inmensos recursos naturales no pueden desenvolverse. Europa misma, agente de tantos cambios, está sujeta á la operación de la misma ley de progreso, de movimiento, de retroceso, que ella en todas partes administra. Es lugar común el decir que la raza latina está decayendo. Si, ó cuando, aquella decadencia haya continuado mucho, quien podrá prevenir, ó impediría á los pueblos que progresan, de entrar y poseer la herencia de sus vecinos? Si, por ejemplo, los procesos de decadencia persisten en Francia, causas similares á las que han llevado recientemente á España á la pérdida de su imperio colonial, no llevarían inevitablemente á una retirada semejante también en el caso del imperio colonial francés? Y no es manifiestamente para beneficio de la humanidad que aquella decadencia constante produjese este resultado? Tampoco los límites territoriales de las naciones europeas pueden ser considerados por nadie como fijos é inmutables. Austria evidentemente está en ebullición con fuerzas eruptivas. La Turquía europea y los estados balcánicos presentan infinitas probabilidades de cambio. En Rusia, la misma causa—la miseria—que produjo la primera revolución francesa, amenaza llevar á un estertor supremo cuyos efectos en el mundo en general deben ser prodigiosos ciertamente. Concebir qué

progresos y movimientos que envuelven la anulación de una nación ó raza por otra, pueden preestablecerse por convenio es verdaderamente un pensamiento extraño. Alguna vez Rusia conseguirá el completo dominio del Asia sin pelear por él, ó — á no ser que se despedace por interna convulsión — abandonará el intento de ganar aquel dominio?

Para cualquiera que admita que las guerras en nuestro tiempo son expresión de vastas fuerzas naturales, profundamente arraigadas en el carácter nacional, hay algo de melancolía y lástima en el error de que pueden ser detenidas por el soplo de ministros sentados alrededor de una mesa. De la misma manera podría un hombre ordenar que en un campo de mies germinado, ó en una selva de árboles en crecimiento, cesase la competencia entre todos los retoños y renuevos entre sí, como pedir que divisiones vigorosamente marcadas de la raza humana cesaren de crecer y de competir. Si, en el ejemplo citado, se obedeciere el mandato, no solamente cesaría la competencia sino el crecimiento mismo; y si las naciones realmente, para sacar ventaja, una de la debilidad de la otra, detuviesen los procesos de la ley biológica y por tanto, la evolución del hombre tocaría á su fin.

Pero, en verdad, tal suspensión es imposible en la naturaleza de las cosas. Tanto podrían los monarcas y gobernantes procurar abolir los vientos del cielo, como hacer cesar, antes del día de la uniformidad final, aquellos movimientos encontrados (debidos á diversidades infinitas) que son los medios indicados para la ascensión del hombre.

Puede replicarse, sin embargo, que las proposiciones actuales que han provocado tantos comentarios en todo el mundo, tienen por objeto, no la abolición de la guerra, sino la reducción de los armamentos. Una ligera consideración demostrará que si el argumento expresado tiene alguna validez, será tan imposible á la larga un patron de armamentos, como un convenio para suprimir del todo la guerra.

Para probar esto, supongamos que las grandes potencias de la tierra convienen en la próxima conferencia — si llega á reunirse — que sus fuerzas militares y navales relativas guardarán la misma proporción entre ellas que la que tienen

ahora. Pero lo que puede llamarse capacidad de los estados — esto es, la fuerza de soportar cargas — varía enormemente de una generación á otra. El costo de la armada británica, que era tremendo por cierto, relativamente á la renta total de Bretaña en 1814, cuando se impusieron sobre 23.000.000 £, es comparativamente insignificante ahora que el voto anual ha llegado á la misma suma, porque la renta nacional ha aumentado más de seis veces. Suponed, entonces, que la norma existente sea fija y que la riqueza de Francia disminuya, al paso que aumente la de Alemania, en los futuros veinte años. Es evidente entonces que la norma inmutable no continuará siendo la misma para los dos países, pues en el caso de Francia implicará mayor carga y menor en el caso de Alemania. Además, el poder para hacer la guerra efectivamente no depende simplemente de la precisa maquinaria bélica, sino del desenvolvimiento de los medios de comunicación y de ciencia aplicada entre los pueblos. Así, es en extremo bien conocido que el adelanto en la construcción de líneas férreas en Rusia aumentará enormemente su eficiencia militar. Entonces, ha de intimarse á Rusia que cese en estas empresas y, si es así, por cuánto tiempo se le impedirá? Si es así, no solamente su eficiencia militar será alterada, sino que se prescindirá de medios de comunicación de inmensa utilidad futura para la civilización.

Además, aún suponiendo que la suspensión de los armamentos más bien que la de la guerra, es el objeto á que se tiende, es evidente que en el momento en que estalle la última, los primeros se llevarán inmediatamente, por causas de propia conservación, al máximo grado que permitan los recursos de los beligerantes. La reducción de armamentos, aunque se conviniese en ella, debe por necesidad ser un expediente transitorio solamente.

En realidad, sin embargo, se ha reconocido á menudo y no debe olvidarse que los armamentos competidores del siglo diecinueve son reemplazantes de las guerras del dieciocho, y aparece como deducción probable que es método de competencia menos fatigoso. De este modo, á despecho de su inmensa organización para la guerra, no puede discutirse

que la prosperidad de Alemania jamás ha sido mayor que al presente y que la norma de vida está levantándose constantemente. Como se dirá entonces que sus venas están agotándose por las cargas militares impuestas? Por otra parte es igualmente cierto que Italia es incapaz de sufrir el peso de sus obligaciones financieras. De consiguiente aquí se presenta un ejemplo de la fuerte nación que se hace más fuerte y de la nación débil que se hace más débil. Si esta desigualdad aumenta, cómo puede mantenerse sus relativas eficiencias bélicas?

Recapitulando:

- 1) La apariencia de fijeza en los límites y condiciones de las naciones es enteramente falaz, debida solamente á que tomamos un tiempo insuficiente para hacer nuestro reconocimiento. En el hecho estos límites y condiciones están en constante cambio, debiéndose estas mutaciones á los aumentos y disminuciones en el vigor esencial de aquellos grupos fuertemente diferenciados en que, con el curso de la evolución, se ha dividido la humanidad.
- 2) A menos que la nación ó raza vigorosa continúe, como en toda la historia, expandiéndose y haciéndose más fuerte á expensas de la nación ó raza en decadencia, no se llenará la fundamental condición del progreso humano, y un estado de estagnación que concluya en la muerte social, substituirá á un estado progresivo.
- 3) El único medio que nos revela la experiencia pasada con que un pueblo vigoroso ha suplantado á otro más débil, ha sido la guerra, sin la que el cambio y movimiento hubieran cesado.
- 4) El cambio y movimiento, el crecimiento de los que utilizan sus oportunidades á expensas de los que abusan de las suyas, son tan esenciales ahora y en los tiempos sucesivos como fueron en el pasado.
- 5) Toca á los defensores de la paz universal demostrar si por cualquier método se puede persuadir á las naciones y estados decadentes, á abandonar sus territorios, posesiones y privilegios, sin combatir por ellos.

De este modo considerada, se verá que la guerra es sencillamente una faz de aquel tremendo é incesante proceso de incompetencia lo mismo en la tierra que en el mar — en las profundidades del océano, en el elemento del aire, en el campo y la selva, en toda la vida animal y vegetal y de los insectos. El retroceso de la guerra, que se siente en tantas inteligencias, es sencillamente otro ejemplo del eterno contraste entre los esfuerzos hacia arriba del espíritu humano y la envoltura física en que aquel espíritu está contenido. Pero esforzarse en alcanzar al ideal con un rápido corte es no sólo fracasar en obtenerlo, sino también posponer inmediatamente su llegada. Las conclusiones extraordinarias alcanzadas por algunos que ignoran esta verdad elemental son testimonio de su realidad. Como ejemplo, podemos tomar los escritos de uno de los más entusiastas entre los pregoneros vivientes de la paz — el conde Tolstoi. Se coloca como intérprete especial de la enseñanza moral sobre este punto, del fundador del cristianismo y audazmente anuncia que toda guerra y aparentemente todo uso de la fuerza (y lógicamente son proposiciones idénticas) son inmorales.

Difícilmente, es necesario observar al pasar que esta interpretación de las palabras de Cristo, tal como se contienen en los Evangelios, no es la interpretación de la máxima parte de los cristianos en todas las épocas. Lo mismo por las iglesias romana y griega, y por las sociedades protestantes, se ha sostenido que es legal para un cristiano llevar armas y usarlas. Los treinta y nueve artículos de la Iglesia de Inglaterra (pido disculpa á los teólogos anglicanos por aventurarme á hacer referencia á estos desacreditados formularios) son explícitos sobre este punto.

El punto que hemos de considerar aquí, sin embargo, no es una cuestión de autoridad sino de moralidad fundamental. Podemos argüir de este modo: suponiendo que el conde Tolstoi recorriese algún camino solitario y encontrase una mujer sufriendo crueles injurias á manos de un hombre, qué concebiría que era su deber? Si intervenir por la violencia, entonces el uso de la fuerza está justificado como principio general, y su aplicación á casos especiales es enteramente

cuestión de circunstancias. Si no intervenir por la violencia, entonces su noción de la obligación es diametralmente opuesta al casi universal corazón y conciencia de sus semejantes. Mejor, se diría, es la tosca energía de un hombre que la castrada cobardía de tal santo.

Pero dejando este caso, donde posiblemente el deber obligatorio de la acción violenta se admitiría, tomemos otro. Suponed que el conde Tolstoi sea habitante de una ciudad sitiada por enemigos feroces que, si tienen éxito al atacarla, matarían á todos los hombres y ultrajarían á las mujeres. Cual entendería que es el deber que la moral fundamental le impone? Si auxiliar la resistencia, entonces la guerra es justificable en casos especiales y si esto se admite una vez, todo lo demás es cuestión de circunstancia y argumento. Si no resistir, entonces una vez más opone su simple concepción del deber humano á la unánime opinión de los hombres buenos en todos los siglos.

Sin embargo, para demostrar cuan completamente este último ejemplo mantiene el campo, y cuan estrechamente ligados están en realidad las complicadas causas de las guerras modernas con un caso tan elemental como el mencionado, tomemos todavía otro ejemplo.

Suponed que los habitantes de una ciudad, no sitiada actualmente, tuviesen su acceso á los pastajes y tierra arable que les suministra alimento y fuesen impedidos por hombres de otro estado; estarían justificados ó no, resistiéndolos? Aquí tenemos un estado de cosas precisamente análogo al que en este momento alcanzan Bretaña y Rusia. Rusia procura cortar el acceso de Bretaña á los mercados chinos, que suministran y podrían proporcionar medios de subsistencia á su población industrial. Si la guerra es justificable en un caso debe serlo en el otro. No obstante, el conde Tolstoi probablemente replicaría que ni el ruso ni el bretón deben usar las armas y que si uno de ellos fuese tan perverso para proceder de este modo, entonces es deber del otro someterse pacientemente, y debilitarse hasta morir, si esa consecuencia se siguiese naturalmente. Aquí de nuevo él se opone primero á la admitida interpretación de la enseñanza de Cristo, de

cuya interpretación parece que tiene el monopolio, y después á la conciencia general de la humanidad.

Teniendo respeto por los aspectos completamente salvajes de las causas de guerra á que el conde Tolstoi ha dado salida recientemente en una publicación inglesa ⁽¹⁾ en que atribuyo este fenómeno tremendo, común á todas las épocas, á la deliberada perversidad de «una insignificante minoría que vive en el lujo y la ociosidad á costa del sudor de los trabajadores» parece malgasto de tiempo intentar refutarle. Pues, aunque es indudablemente un hombre de genio, aparece que nunca ha aplicado su inteligencia á pensar acerca del sujeto que tan fuertemente siente. Pero aunque ningún hombre razonable iría todo el camino en compañía de Tolstoi hay mucha gente buena que, por no poder ó no querer darse tiempo para resolver el punto por sí misma, tiene una especie de débil idea que debe haber algo en tan difundido abuso.

Apartándonos, sin embargo, de objeciones que en el hecho son superficiales hasta ser rayanas de la puerilidad, bien podemos preguntar si las condiciones que hacen necesaria al presente la posibilidad de la guerra han de continuar en tanto que la raza humana exista.

Si la inminencia de la guerra, como se ha sostenido aquí, es el resultado inevitable de las diversidades existentes entre los hombres que ahora habitan el planeta, es evidente que si alguna vez llega el tiempo en que estas diversidades no se encuentren más, y toda la humanidad se haya fundido en un conjunto homogéneo, entonces habrá desaparecido la causa de conflicto. Que hay agentes poderosos á la obra, que trabajan para tan perfecta y lejana unidad, no podría negarse. La marcha silenciosa de la invención, el creciente y constante progreso en las vías de comunicación, señalan claramente la fusión gradual de todas las razas de hombres. Cada cable extendido, cada teléfono colocado, todo descubrimiento que aumenta la fuerza del hombre sobre la naturaleza, nos lleva una pulgada más cerca de aquel remoto día. Puede llegar un tiempo en que la rapidez de movimiento y

(1) *The Westminster Magazine*, Agosto 24, 1894.

comunicación haya alcanzado tal grado, que los límites y divisiones territoriales de los pueblos dejarán de tener sentido alguno. Si entonces el género humano no se ha agrupado en otras divisiones que la nacional, la guerra debe terminar, porque las desigualdades variantes que se han indicado como causas de guerra habrán tocado á su fin.

Sin embargo, á menos que la naturaleza humana se haya modificado radicalmente en el curso de la evolución, á menos que haya alcanzado una fuerza moral y una estatura desconocidas en el presente, parece cierto que el logro de esta tan deseada paz universal será el principio de la decadencia universal. La ley existente de que aquella sección de la raza humana que sea más sana moralmente, y por tanto más vigorosa, tendrá dominio sobre las porciones más débiles de la humanidad cesará de aplicarse, porque, por la hipótesis, todas las diversidades de raza habrán desaparecido.

Fallando, por consiguiente, las nuevas fuentes de energía moral, la uniformidad aparentemente debe envolver la estagnación, y esta es seguida muy pronto por la corrupción.

Pero para nosotros, esforzados moradores de un vigoroso y movedizo presente, tales especulaciones no pueden tener en resumidas cuentas sino un interés académico. No nos toca á nosotros deliberar sobre nuestra raza nacional, ó rehuir la batalla, como holgazanes ó cobardes.

En otra ocasión me fué permitido argumentar en esta Revista ⁽¹⁾ que el mantenimiento y aumento de las fuerzas militares y navales del pueblo británico, eran no solamente necesidades vitales sino fuertes deberes morales de subida importancia porque se nos había dado por nuestra historia la obra y misión, quizás más altas que jamás se señalaron á un pueblo.

H. F. WYATT.

(1) *The Ethics of Empire*. Abril, 1897.

CANCIONERO POPULAR

DE LA

REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

PRIMERA ÉPOCA.

INVASIONES INGLESAS

XXVIII

ABORTO INTELECTUAL DEL AUTOR DE LA CARTA DEL NÚM. 12

(CONVERSATA ENTRE UNA PALANGANA Y UN ESTUDIANTE). (I)

Palangana

Abur, señor camarada:
va vuesarced muy de paso?

Estudiante

Diga pronto lo que quiera,
y cuidado no sea largo.

Estudiante

¿Qué le importa al Palangana
el saberlo ó preguntarlo?

Palangana

Ha leído vuesarced
el Telégrafo pasado?

Palangana

Oiga señor Estudiante
un cuentecillo salado.

Estudiante

El tiempo no ocupo en eso,
sino en leer mis cartapacios.

Estudiante

Salado se llama al Mar;
pues qué es eso de salado?

Palangana

Pues mire que es cosa buena
ese papel que he citado.

Palangana

Dexese de estudiantinas,
y oiga que importa escucharlo.

Estudiante

¿Y qué entiende el Palangana
de lo que es bueno, ó es malo?

(1) *Telégrafo Mercantil*, miércoles 8 de Julio de 1801.

Palangana

Confieso que no lo entiendo Mas siempre bueno sería
más dicen que es papel *guapo*. darle á ese hombre su zarpazo.

Estudiante

Estudiante

Y qué contiene en sustancia Por su osado atreviento
dígalo sin dilatarlo. yo lo hubiera vapulado.

Palangana

Estudiante

Dicen que dichos picantes Pues decir ¿ cómo podrá
como á especie de sarcasmos. corregirse su atentado ?

Estudiante

¿ Y contra quién se dirige
papel tan desatinado ?

Palangana

Quitándole la incunvencia
se evita con tiempo el daño.

Palangana

Por hay dicen que son tiros
contra un señor Licenciado.

Estudiante

No dices mal, porque ese hom-
puede ocasionar estragos. [bre

Estudiante

¿ Y quién dispara esos tiros
contra ese señor graduado ?

Palangana

Sí, porque á tontas y á locas
nos dará á todos *porrazos*.

Palangana

Dicen que es ese *Editor*,
que trae el sombrero ladeado.

Estudiante

Si eso sucede, he aquí
dos inconvenientes raros.

Estudiante

Y á más de sus satirillas
tienen concepto sus rasgos ?

Palangana

¿ Qué inconvenientes son esos,
que no penetro ni alcanzo ?

Palangana

A un doctor he oído decir
que ellos todos son desbarros.

Estudiante

El carecer de noticias
y perder su *moto guapo*.

Estudiante

Y así se pone á escribir
en un público ilustrado ?

Palangana

Lo primero importa poco,
lo segundo no es del caso.

Palangana

Aquí por todo se pasa
digan culebras ó sapos.

Estudiante

Ya sentirían las mozas
le viniere un tal fracaso.

Palangana

Si tiene con ellas mérito,
bien pudieran extrañarlo.

Estudiante

Ese nombre se les da,
y toma en sentido lato.

Estudiante

¿Es verdad que hace versitos,
según ya se me ha indicado? me va metiendo en pantanos.

*Palangana**Palangana*

Hace *Décimas Quartetos*,
que pican más que Agí y Ajo.

Estudiante

Como así so Palangana
si hablo castellano claro.

Estudiante

Dícese que no son suyos,
ni, soplados de un *Medrano*.

Palangana

Señor, yo de latitudes
no entiendo, ni nunca he hablado.

Palangana

Ya dicen por muy seguro
que ese es *Maestro* consumado.

Estudiante

Pues dexemos de hablar de eso,
y vamos á nuestro caso.

Estudiante

Si dixeras consumido
cata la habías acertado.

Palangana

¿Qué quiere mas que le diga
de quanto le he relatado?

Palangana

¿Pues cómo si el *Editor*
aquel Aserto ha afirmado?

Estudiante

¿Qué dicen de ese Papel
allá en el *Café de Marcos*?

Estudiante

Cómo ha de dar ese voto
sin tener seso ni casco.

Palangana

Diga la Universidad;
porque allí hay muchos letrados.

Palangana

Alto, so amigo Estudiante,
que es un señor Abogado.

Estudiante

Diga presto, como es eso,
que ya las uñas me masco.

Estudiante

¿Y qué parentesco tienen
las musas con Justiniano?

Palangana

¿Pues que ignora vuesaerced
que allí van hombres muy sabios?

Palangana

Es verdad que no hay ninguno:
pero al fin él es letrado.

Estudiante

Serán doctores algunos,
ó á lo menos Licenciados.

Palangana

Va un *Academico insigne*
que prende cualquier acto.

Estudiante

¿Y habla con algun acierto,
ó es un hablante de casco?

Palangana

Él mete cuchara en todo
entienda, ó no entienda el caso.

Estudiante

Pues á ese le viene bien
Petrus incunetis llamarlo.

Palangana

Yo no entiendo de latines,
apenas sé el castellano.

Estudiante

Pues sabe que así se llama
quien en todo anda mezclado.

Palangana

Ya lo entiendo; pues aquel
en todo es pintiparado.

Palangana

Esos golpes se desquitan
con otros de igual tamaño.

(Continuará).

Estudiante

Pues si le encuentra allí, diga:
salve, alto Numen Sagrado::

Palangana

Ya me guardaré: *pues sabe*
pegar fuego á ajenos rasgos.

Estudiante

Júpiter puedes llamarle;
pues vibra *fogosos rayos:*

Palangana

Llámale *Dios Magestuoso::*
venerable:: augusto:: sacro::

Estudiante

Nó; porque el *telegrafista*
puede sacarme baylando.

Palangana

No le tema, que no es *tigre,*
ni tampoco *hembra, ni macho.*

Estudiante

Por cierto que aunque no sea
descarga golpes á mazo.

(ANÓNIMO).

LOS AMERICANOS EN SUR AMÉRICA (1)

(Traducido del "New York Herald" por R. Pérez)

Alejandro, Egipto, Febrero 11.

Cecil Rhodes, que á los ojos de la mayoría de los ingleses es la encarnación de la política *imperialista*, tiene miras respecto al porvenir de los Estados Unidos de América, más amplias aún que las propagadas por los más ardientes imperialistas americanos.

Mr. Rhodes, en conversación con un representante de la « Prensa Asociada » á bordo del vapor « Hapburg », en el Mediterráneo, en viaje á Egipto en servicio del ferrocarril y del telégrafo del Cabo al Cairo, vaticinó con completa seguridad que antes de un siglo los Estados Unidos habrán avanzado la labor principiada con la adquisición de Cuba hasta someter todo el hemisferio americano con excepción del Canadá.

Mr. Rhodes manifestó admiración por la labor ejecutada en Cuba y predijo que esa labor sería también llevada á cabo en las Filipinas. Juzga él que los Estados Unidos es una de las naciones mejor dotadas para la colonización, y

(1) El telégrafo comunicó á la prensa argentina un breve extracto del *interview* que un periodista americano solicitó á sir Cecil Rhodes, el renombrado é infatigable promotor y agltador de las posesiones inglesas en el sur de África, ex-jefe del gabinete de la Colonia del Cabo de Buena Esperanza. Sir Cecil, como le llaman en Inglaterra, viajaba al ser interrogado, al frente de grandes empresas de ferrocarriles africanos, conquistadores y civilizadores. Me ha parecido oportuno dar á los lectores de la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS, el texto íntegro del *interview*, en el mismo número en que otro escritor inglés notable sostiene análogas ideas de absorción de Sur América. El sueño puede existir: existe; pero no es de aquellos que se realizan.

exclamó repetidas veces: « Vds. se apegan ya a la teta como el muchacho á la teta » y esto lo decía con grande entusiasmo.

Mr. Cecil Rhodes preguntó con marcado interés cuáles eran los argumentos de los opositores del *imperialismo* en los Estados Unidos y observó que los tales parecían animados por el egoísmo. « Es un deber de las naciones civilizadas encargarse de los bárbaros y darles el gobierno de un hombre blanco, » dijo: « Los Estados Unidos es una de las grandes potencias, y como tal no puede eludir este deber ».

El no cree que los Estados Unidos renunciarán nunca á su autoridad en Cuba y juzga que el modo como España ha sido privada de sus colonias y como los Estados Unidos han tomado posesión de ellas, es comercialmente práctico. El acto de darle compensación á España por las Filipinas le sorprendió mucho. « Yo habría despachado á los españoles y les hubiera hecho pagar una indemnización de guerra »: tal fué su comentario.

El declaró que los Estados Unidos no podrían nunca retirarse de las Filipinas, porque era deber de ellos dar á esas gentes un gobierno fuerte y bueno, y manifestó que no creía que los americanos, cuando principiaran á penetrarse de los resultados de su labor allí, habrían de desear abandonar esa política. « Es posible que por algún tiempo refunfunen por los gastos que ocasiona; pero eso no pasa de ser « una picada de pulga » para una nación tan rica. ¿ Por qué no abandonar algunos de los gastos de la lista de pensiones, que parecen ser exorbitantes, si la economía es necesaria? Si se requiere una poderosa marina de guerra bien pueden los Estados Unidos pagársela. En cuanto al temor de provocar complicaciones extranjeras y guerras, mientras los Estados Unidos é Inglaterra se mantengan unidos y en la actual inteligencia, — que prácticamente es una alianza, — ninguna combinación de potencias podría amenazarlos. Para gobernar las colonias los Estados Unidos deben organizar un estado mayor de empleados coloniales; pero eso podrán hacerlo tan fácilmente, como organizar una nueva marina ».

Con respecto á la opinión de los *anti-imperialistas* de que

la toma de las Filipinas no es más que el principio de la colonización, dijo :

« No hay más islas en el mar que puedan ser adquiridas. Todas han sido ocupadas con anterioridad por los civilizados. *La labor ulterior de los Estados Unidos será la de gobernar á Sud América, hasta que tengan en su poder todo el territorio situado al sur de Vds. Esos países tienen gobiernos incompetentes — prácticamente gobiernos bárbaros — y es deber de Vds. darles el gobierno del hombre blanco. Méjico está bien gobernado ; pero una nación no puede depender de un hombre, y cuando Díaz muera, volverá á ser gobernado lo mismo que lo era antes de él. La expansión lógica de los Estados Unidos es en dirección hacia el sur ».*

« Las Filipinas les han venido á Vds. por casualidad ; pero respecto *de esas gentes*, vecinas á Vds., es un deber lógico de los Estados Unidos el proveer para ellas ».

Cuando se hizo mención de los esfuerzos de Blaine para arreglar una estrecha unión amistosa entre las repúblicas norte y sud americanas, Mr. Rhodes lo tachó de visionario. « *Vds. serán dueños de todos esos países por la fuerza de las armas, y eso antes de un siglo* » dijo enfáticamente.

Preguntado si el Canadá quedaba lógicamente incluído en esa expansión, dijo que el Canadá tenía un buen gobierno y que por consiguiente no había necesidad de cambio. Haciendo un resumen de la política americana, dijo :

« Vds. las gentes de los Estados Unidos no pueden permanecer por siempre dentro de sí mismos ; no pueden continuar por siempre haciendo dinero. Tienen que salir al mundo y tomar su parte de la carga. Hoy mismo ya empieza el desborde. Vds. absorberán otros países y les darán buen gobierno. Por qué no lo harían ? Lo tienen en la sangre. Las Filipinas suministrarán nuevas carreras para sus jóvenes. La labor total será vigorizadora y dará mayor desarrollo al carácter nacional. Sí ; se lo he dicho ya : « Vds. se aplican ya á la tarea como el muchacho á la teta. »

LA CAUSA WANKLYN-ETCHEGARAY (1)

LOS INFORMES MEDICO-LEGALES — LA SENTENCIA DEL JUEZ DEL CRIMEN DE LA CAPITAL, DOCTOR VEYGA

Están aún muy frescas en el público las impresiones causadas por la tragedia de que fué víctima el caballero J. B. Wanklyn para que sea necesario referir sus antecedentes.

Se sabe en efecto, que ese señor debía partir el 5 de Marzo de 1897 para Europa y que en la tarde del día anterior fué asesinado en plena calle, por una persona que espiaba sus movimientos ó que al pasar por enfrente de su escritorio se sintió ocasionalmente movido por un sentimiento supremo de odio y de venganza.

Después del arresto del matador, comenzaron á advertirse en él algunos indicios de enajenación mental; y es sobre este tópico, alegado por la defensa como causa de justificación, que ha versado la larga é interesante contienda judicial de que paso á ocuparme en esta sucinta bibliografía jurídica.

(1) El doctor CARLOS RODRÍGUEZ ETCHART, nació en Buenos Aires en Junio de 1866. Estudió preparatorios en el colegio nacional de la capital y se recibió de abogado en la Facultad de Buenos Aires en Mayo de 1888. Escribió su tesis sobre «Expropiación por causa de utilidad pública». Ha sido, juez de paz letrado en la capital federal en 1889, secretario del concejo deliberante municipal en el mismo año, jefe general del registro civil de la capital en 1890, profesor de filosofía del colegio nacional, director durante tres años de *La Revista Jurídica*, y director y propietario de *El Foro Argentino*, publicación extinguida en 1892. Es miembro del partido nacional en cuya junta central ha actuado como secretario, presidente de club parroquial y miembro de diversas comisiones. El doctor Rodríguez Etchart ha revelado dotes de carácter é intelectuales que lo prestigian y distinguen entre la juventud y dedica preferente atención á los estudios jurídico-penales.

Aprehendido el delincuente, acreditada la existencia del delito y confeso el reo, lo que entorpeció la substanciación próspera del juicio fué opuesta la excepción indicada, respecto de la cual médicos y abogados han escrito informes y memoriales brillantes, que aunque llevan en sí el vicio del apasionamiento, no por esto dejan de constituir verdaderos libros que hacen honor á nuestra literatura forense.

Empero, los abogados y peritos, contrariamente á lo que era lógico presumir por tratarse de cuestiones en que se debatía la verdad científica, que no es múltiple, se han subdivido en dos bandos, ofreciéndose de tal suerte el curioso espectáculo de sostenerse por unos, la integridad de las facultades mentales del presunto delirante, y por otros, la obliteración completa de su conciencia moral.

Planteada en estos términos la cuestión debatida, su solución ha sido muy difícil; y el ilustrado juez que la ha resuelto ha debido librar una batalla con las prenociones sugeridas en los informes y los principios que les sirvieron de fundamento, á fin de mantener su criterio en un terreno neutral y apreciar los hechos y las circunstancias de acuerdo con el espíritu de la ley y las prácticas consagradas en la jurisprudencia.

Los peritos de la defensa han sostenido que Gabriel Etcheagaray está atacado de un delirio religioso sistematizado, primitivo, y que su alucinación mental existente en el período prodrómico desde muchos meses antes del homicidio fué excluyente de la conciencia completa y moral del acto, debiendo ser trasladado á un manicomio para recibir el tratamiento apropiado.

Los peritos de la acusación, á su vez, sustentaron la conclusión categórica de que el reo no se ha hallado nunca en estado de locura y de que ha tenido la plena conciencia de su delito.

En cuanto á los médicos de los tribunales se expidieron en una forma ecléctica, sosteniendo que el procesado está afectado de delirio sistematizado religioso; pero que aún cuando es evidente que en el momento del crimen estuvo bajo la impresión de una hiperestesia psíquica con exalta-

cion pasional, debido al alcohol consumido y á las impresiones recibidas en el día del crimen, no hay ningún fundamento que autorice la afirmación de que perpetrase el delito hallándose en estado de locura.

Como se ve, la contradicción de los peritos es flagrante. *To be or not to be*. No es posible la contingencia. En cambio es posible el abuso inmoderado y sin *control* de los principios, y esto es lo que sin duda ha pasado con todos ó con algunos de los apreciables facultativos que han intervenido en este asunto.

Es una verdad inconcusa que la ciencia mental está todavía en situación embrionaria. Ha hecho mucho, si se quiere, separando las ortigas que detenían el vuelo de la inteligencia y la ceñían al cautiverio de los ídolos y de los prejuicios de Bacon; pero asimismo, preciso es confesarlo, muy escasa es la luz que ella arroja sobre la naturaleza, la génesis, el desenvolvimiento y la ubicación de una gran parte de los fenómenos relativos á la emotividad moral y á la conciencia.

Los peritos no han fijado su atención en esta circunstancia. Han dictado sus informes, por decirlo así, *ex cathedra*, creando el fenómeno para el principio, en lugar de examinar primeramente las hechas para luego inducir el principio del fenómeno.

La premeditación y la astucia empleada para ejecutar un plan homicida, son elementos que se concilian con la locura parcial; he ahí un principio: pero guárdese uno bien de aplicarlo en un sentido genérico haciendo derivar de él el estado patógeno de un reo.

No se podrá saber, quizá, de que lado se inclina la verdad científica en el punto sometido á la decisión judicial, más hay algo en él que no admite controversia y que antes bien desborda, es el convencimiento de que alguno de los bandos periciales ha cometido un error.

No hay cuestión alguna en la psicología moderna ó sea en la psico-fisiología de la escuela inglesa contemporánea, que ofrezca más obscuridades que la que se relaciona con la responsabilidad. Los conceptos ó fenómenos designados bajo

los nombres de discernimiento, intención y conciencia están comprendidos en ella. Despójeseles de su vestidura abstracta haciendo de cada uno de dichos grupos lo que conviene al psiquiatra, y dígase después qué es lo que significan, qué representan en la vida del espíritu y cual es el sitio de los hemisferios ó de los ganglios secundarios donde tengan su asiento.

No hay uno solo de los psiquiatras que se han ocupado de esta difícil materia, llámense Schiff, Wundt, Luys, Carpenter ó Pauthan, que defina y establezca de una manera asertiva las funciones correspondientes á los diversos órganos del encéfalo. Así mientras algunos atribuyen á la substancia gris de los hemisferios la facultad de segregar el pensamiento acordándole los atributos de la atención y la conciencia, otros manifiestan que el cerebro no es más que el órgano de la voluntad y del entendimiento y que la conciencia, considerada como la aptitud que posee el ser de replegarse en sí, reside en los demás centros nerviosos.

Las experiencias practicadas en una vasta órbita zoológica, aunque destinadas á alumbrar en época no lejana el actual crepúsculo de nuestras inteligencias, poco ó nada nos advierte hasta ahora sobre dichos puntos. En materia de discernimiento y de conciencia,—hay que ocurrir pues á las hipótesis, y sabido es que la más fundada conjetura no basta para establecer una ciencia.

Hemos creído siempre que se cometía un grave error al suponer que la medicina es una ciencia infusa que comprende lo objetivo y subjetivo, lo material y lo substancial. El conocimiento de los órganos y de las actividades sensibles pueden pertenecerle; no así los fenómenos de la ideación. Estos corresponden al filósofo, á las personas que se distinguen por el conocimiento de los hombres, y en una palabra, á todos aquellos que por su género habitual de vida ó por sus estudios se hallan preparados para la introspección.

Fuera de los casos en que la lesión ó las perturbaciones mentales son conocidas, toda intervención de los facultativos en asuntos de esa índole será tan inoficiosa como estéril; y sus afirmaciones respecto de la gradación de la conciencia

tan aventuradas como lo serían con relación á la verdad química ó astronómica las aserciones de un alquimista ó de un astrólogo.

La ley, por otra parte, ha determinado de un modo taxativo la participación que se podrá exigir de los médicos cuando se notase en el reo algún síntoma de perturbación mental. En esa enumeración no se menciona la voluntad, ni la conciencia, sino si la enajenación era anterior al delito, ó ha sobrevenido después, si es permanente ó eventual, si es cierto ó simulada ó si es total ó parcial. De ninguna manera, pues, podrá proporcionarse el médico, solo en los casos de notoriedad, la resolución exclusiva de los problemas psíquicos indicados.

La existencia de la locura no es tampoco causa eximente de pena ó una prueba absoluta de la irresponsabilidad. El codificador consecuente con estos principios ha aceptado la gran doctrina de la razón divisible dentro de la cual cabe la responsabilidad civil y penal del monomaniaco y de todo aquel que tenga conocimiento de sí mismo y de sus obligaciones como miembro de la colectividad social; de donde se desprende que aun estando comprobada la locura, faltaría acreditar para la sana aplicación de la ley, si sería la *locura legal*, del propio modo que demostrada la debilidad de la conciencia habría que averiguar si dicha obtención correspondría á la falta de conciencia ó sea á la *inconciencia legal*.

Las opiniones que proceden escritas á pretexto de la causa Wanklyn-Etchegaray, están confirmadas en la notable sentencia condenatoria de este último, dictada por el señor juez del crimen, doctor Veyga.

Este magistrado observa que las conclusiones de los peritos no han recibido la comprobación necesaria, y que por fundarse en la existencia de nuevos indicios, que pueden ser interpretados—como en realidad lo fueron—de diversa manera, resultan desprovistos de todo valor.

« El diagnóstico que se formula, dice, no es el de un delirio generalizado, sino el de una locura parcial, cuya característica es una mezcla extraña de odio hacia la víctima, y de fervor religioso con desórdenes psíquicos tan *parcamente*

subjetivos que solo pudieron ser reconocidos por una parte de los peritos. »

« Tales síntomas, agrega, solo se han hecho sensibles al limitado número de personas más inmediatas al reo después de la consumación del crimen. Antes de ese día no hay manifestaciones delirantes, ni se ha conocido ó sospechado la existencia del delirio, ni se ha exteriorizado en ningún acto de la vida del reo, sometida como ha sido por los ocho peritos á la más prolija investigación ».

Reivindicándose después para la justicia la apreciación de los hechos morales, la sentencia establece que « aún en el supuesto de que estuviera probado el delirio religioso que encuentran cinco sobre los ocho médicos que practicaron la pericia, ese delirio no tiene, á juzgar por los datos suministrados en los respectivos informes, la *suficiente intensidad* como para dominar totalmente la vida psíquica del acusado, hasta perturbar su fondo moral ; ni, según se desprende del proceso, tampoco tiene relaciones de especie alguna, por similitud ó transformación con el delito perpetrado. La acción criminal, lejos de revestir un carácter místico en armonía con la pasión moral del sugeto, ofrece la más completa vulgaridad. »

Esta sentencia, sobre cuya legalidad y procedencia no me permito opinar por hallarse pendiente de apelación, tiene entre otros méritos la virtud de desestimar el valor probatorio de los informes médicos en punto á los fenómenos del alma, y la de confirmar la vieja jurisprudencia anglo-sajona que dispone que en los delirios parciales están libres de responsabilidad únicamente aquéllos cuyo delito es la consecuencia inmediata y visible del delirio.

« No de otra manera, expresa, la sociedad puede ponerse á cubierto contra los ataques del inmenso número de desequilibrados que perturban el orden público y lo conmueven hondamente en el momento actual, en que se buscan leyes preventivas y represivas de verdadera eficacia para contener la creciente cada vez más temible de la delincuencia sugerida por la degeneración mental. »

Esta sentencia contiene un meditado estudio sobre la pre-

meditación y la alevosía, y concluye condenando á Etchegaray á la pena inmediata á la de muerte, inhabilitación é interdicción absolutas y pago de las costas procesales; pero todavía no está cerrado el epílogo.

Las páginas precedentes no tienen más objeto que señalar los efectos de una mala práctica que sólo conduce á disquisiciones hipotéticas, y apuntar los considerandos principales de una resolución que vuelve por los fueros de la ley, y atribuye al magistrado el amplio derecho de examinar con su propio criterio los fenómenos de la conciencia y de la intención criminal.

No se puede ni se debe solicitar de los médicos-peritos, más de lo que ofrece la medicina legal. El hecho de acordarles el dominio de los elementos abstractos del espíritu, equivaldría á subvertir el orden de las cosas, convirtiendo en jueces á los médicos y á los peritajes en sentencias. *Quod ab absurdum*

C. RODRÍGUEZ ETCHART.

Abril 27 de 1899.

INCERTIDUMBRES

ECONÓMICAS, FINANCIERAS Y COMERCIALES

NECESIDAD DE DEFINIR Y DAR TONO Á LA SITUACIÓN NACIONAL

Las esperanzas del año pasado no se realizan con la rapidez, ni con la fecundidad con que la imaginación las acariciaba. El cambio de situación política ha sido un progreso, en verdad. Las condiciones orgánicas de la República son buenas. Pero, es también palpable, que la nueva administración no plantea la esperada acción, ni el organismo económico y financiero de la República ha mejorado por completo. La imaginación popular, ayer optimista, comienza á revelar signos de pesimismo. La atmósfera social y comercial está nutrida de incertidumbres. El patriotismo previsor y sereno debe preocuparse de ellas, contribuyendo á señalar los rumbos, sin exagerar la ineficacia, ni la necesidad de la intervención gubernativa y sin castillos en el aire sobre el porvenir.

★

Si la condición económica de la República es buena, no es excelente. Hay una mejoría; pero no alcanza aún el restablecimiento. Tres razones lo retardan: las consecuencias de la honda crisis social, política y económica de 1890, la pérdida sucesiva de las cosechas de varios años hasta 1897 y la repentina valorización del billete.

El terrible sacudimiento de 1890 no ha producido todos los efectos restauradores que esperábamos. Los sucesos de La

Plata dicen, con harto dolor de los buenos ciudadanos, que somos incorregibles en política: y algunos espíritus débiles y empíricos, empiezan, por desgracia, á acariciar el recurso quirúrgico del hierro enrojecido: una dictadura honesta, respetuosa y económica, pero arbitrariamente moralizadora, como si términos tan contradictorios fueran susceptibles de conciliación.

Parte considerable de la sociedad, tan considerable que influye en la suerte común, mantiene una vida artificial. Se gasta más de lo que se produce. La fortuna de las familias desaparece por esa causa. Los intereses usurarios, su acumulación ilimitada y sucesiva, la hipoteca y el pacto de retroventa, alimentan las exageraciones chocantes del lujo, suplen la falta ó el déficit de la renta, sostienen viajes á Europa, tan á menudo estériles, y roen, como los pequeños peces debajo de los diques de Holanda, lenta, pero tenazmente, las bases del orden social y económico. Si los protocolos de los escribanos fueran publicados, hallaríamos la comprobación, casi pavorosa, de esta indiscutible crisis social, que todos palpan, lamentan ó lloran y cuya modificación muy pocos se atreven á afrontar.

Por otra parte, la crisis de los negocios de 1890, no está aún liquidada. Se resiste el remedio heróico, que desintegra, pero que devuelve la iniciativa y la vida. Una fundada esperanza de reacción de los valores y de la tierra — el oro de América — halaga y mantiene á muchos, olvidando que solamente se salvarán los más robustos, porque los débiles no podrán resistir al veneno, lenta pero irresistiblemente corrosivo, de los altos intereses. Entre tanto, esta liquidación retardada y complicada con el lujo y el exhibicionismo injustificables, pesan sobre el organismo económico del país, retardando los frutos y los productos del trabajo nuevo.

Las pérdidas de las cosechas durante varios años conmovieron, por otra parte, la economía nacional. La exportación bajó á cifras desoladoras en algunos renglones, en el trigo, verbigracia. La lana, el maíz, el lino disminuyeron en cantidad, en calidad y en precios, porque coincidían las malas cosechas con la depreciación universal de los productos.

Las provincias y la campaña de Buenos Aires debían á la capital y ésta renovaba y, en no pocos casos, ha perdido el capital y los intereses parcial ó totalmente.

La venta de los frutos y productos argentinos es cada día menos corriente y lucrativa, porque no nos hemos preparado para la concurrencia universal. Estamos desmonetizados ó desalojados, de tal suerte que las grandes subas de precios en los mercados extranjeros, no se sienten aquí en la misma forma, sino como fuerzas que impiden una baja mayor. Observemos la lana por ejemplo. Es el huevo de oro de la gallina, el más rico y voluminoso de los productos de la exportación nacional, el que ha fundado y nutrido nuestra civilización. Pero lo hemos despreciado deliberadamente; ⁽¹⁾ y mientras Australasia ha prestigiado sus lanas, menos premiadas, pero más altamente pagadas en Europa que las argentinas, éstas han perdido la calidad y con ella la confianza de los mercados universales.

La manera como se siembra, cultiva y manipula la cosecha de los cereales en la República, es aún tan escasa de inteligencia, como de recursos; y la competencia con los productos extranjeros, se hace en condiciones desfavorables.

La producción nacional ha recibido en las últimas dos cosechas tal vez más de 150 millones menos de pesos papel, por la repentina valorización del billete; mientras que sus gastos y costos no han bajado proporcionalmente.

Estas circunstancias, bosquejadas apenas, otras notorias que omito y la falta de justicia, de garantías y de tierras bien situadas y baratas para atraer y radicar la inmigración, explican el hecho, para el vulgo incomprensible, de que la última cosecha no haya curado el enfermo organismo económico. La cosecha 1897-1898 fué, en verdad, extraordinaria y en algunos rubros sin precedente, en volumen, rendimiento y calidad. Pero las necesidades y urgencias creadas por los desastres pasados eran más intensas que su poder restaurador. Por eso he dicho, que la economía de la República está mejor; pero no restablecida.

(1) Cf. mis estudios especiales al respecto 1894-1899.

Y la gestión de los grandes intereses financieros no ha contribuido al restablecimiento. La examinaré de sus dos grandes puntos de vista bancario y administrativo.

El crédito está limitado naturalmente, después de una época de abusos. La limitación era necesaria y benéfica. Pero, como todas las reacciones radicales, la limitación del crédito, ha sido llevada hasta el abuso.

Dispensan el crédito los bancos particulares, el banco de la Nación Argentina y la usura privada. Esta es una calamidad pública y no puedo honrarla, estudiándola en el mismo plano benéfico del préstamo razonable.

Después del derrumbe bancario y financiero de 1890 la situación social y comercial ha sido salvada por los bancos particulares. Su liberalidad en la amplitud del descuento y la tasa relativamente moderada de este, son hechos que se imponen á la consideración pública. Esta liberalidad no ha sido uniforme ciertamente. Unos bancos la han llevado á límites más humanitarios y comerciales que los otros; pero las diferencias, explicables por los recursos y la habilidad de los gerentes, no desautorizan la observación general.

Los bancos particulares, cuyas cajas han sido también perjudicadas por los pagarés comerciales de complacencia, dominaban en absoluto el campo, cuando apareció el de la Nación Argentina. La iniciativa, título administrativo á los honores y al reconocimiento nacional, surgió en la fecunda administración financiera Pellegrini-López. La idea del banco era resistida, cubierta de descrédito y de odiosidad, de tal suerte, que fué menester imponerla. Su desarrollo y su benéfica acción, serían hoy defendidas con igual pasión, si se tratara de suprimirlo.

Pero he calificado de benéfica su acción y tengo que expresar reservas al respecto. No hay duda de que lo ha sido; pero de una manera tan limitada, que sus omisiones son también responsables del retardo en el mejoramiento orgánico del país. Su sistema de prestar no es bancario. Es el de la usura privada, largo, caro y á las veces humillante. Creado como caja de crédito personal, procede como banco de crédito real. Exige manifestación de bienes y de deudas . . . Presta á los ricos, á

los capitalistas y á los que lo engañan aparentando ser tales.... El capital industrial, es decir, la moralidad, las aptitudes, la ciencia, la laboriosidad.... estos medios de producir la riqueza, que otrora hicieron del viejo y anhelado Banco de la Provincia el tercero del mundo, que tienen ampliamente abiertas hoy mismo las arcas del de Londres, de Italia y Español del Río de la Plata, y de otros, no reciben amplia, ni eficaz acogida, en el Banco de la Nación Argentina. Su directorio parece vivir en plena edad media. Compuesto de vecinos de distinguida posición social, adunados á pocos comerciantes buenos, pero sin suficiente iniciativa, y á algunos bolsistas, forrados con los laureles y las comisiones del préstamo privado, gobierna el gran banco de la constitución, de una manera que no se armoniza con el arte moderno del banquero.

Escúdase en la ley orgánica. Pero se le replica que la ley ofrece grandes vías á la discreción del directorio y que éste ni la usa, ni ha fundado la necesidad de reformarla.

Mientras el Banco de Londres y Río de la Plata, que administra libras esterlinas del extranjero descuenta al 5 %, el banco de la constitución, que no debe dividendos imperiosos y anuales, que circula solamente el sello de la nación, sin un soberano de reserva en caja, presta al 8 y 9 por ciento. Mientras el giro sobre Europa nos cuesta en plaza $\frac{1}{8}$, el giro para alzar la cosecha en Junín ó en Tucumán, vale en el banco oficial $\frac{1}{2}$ por ciento. El descuento al 25 % es una peculiaridad bancaria. No es *comercial*, porque los bancos privados no descuentan al comercio con amortización, ni á un año, sino al máximum de seis meses con pago íntegro. No es *industrial*, ni *agrícola*, porque las industrias no evolucionan tan rápidamente. Es un sistema favorable, de un modo especial, á los prestamistas privados, que redescuentan á un año de 1 al $1\frac{1}{2}$ por ciento anual. Los préstamos al 10 % son limitados por el Banco de la Nación Argentina, que prefiere inmovilizar en sus arcas más de 50 millones de papel, lluvia fecunda reclamada por el organismo sano de la nación. La inercia y las preocupaciones lugareñas y exageradas, son cosa muy distinta de la prudencia. Por eso se

parece más á banco de usura el que la constitución quiso que fuera promotor directo de la producción nacional!

El banco, por otra parte, tiene las oportunidades más grandes y únicas del mercado. ¿Por qué no gira sobre Europa, para el comercio y para el gobierno mismo? ¿No debiera ser el *corredor único* más eficaz para el poder ejecutivo? ¿No podría su oficina de giros echar las bases de una reserva metálica? ¿No es tiempo ya de que este gran banco acometa la reacción para que la República vuelva gradual y naturalmente á la circulación metálica? La opinión pública está preocupada de las deficiencias del Banco de la Nación Argentina y su directorio, que goza de la confianza pública, del punto de vista de la bonhomía de sus miembros, no debe perderla respecto del talento y de la iniciativa que exige la complicada y creadora gestión bancaria.

La administración financiera es, en la Casa Rosada, otro tópico digno de examen. Para los unos, el ministerio carece de iniciativa, el congreso se apresurará á motivar una crisis. Para otros las aficiones presidenciales á las altas finanzas, se traducen por incoherencias, dudas y hesitaciones en la gestión financiera. Sea de ello lo que fuere, el hecho descubierto, notado por los amigos del gobierno y por los que deseamos su éxito, en presencia de la situación aún enfermiza de la República, es que la acción del poder ejecutivo no está á la altura de las dificultades, ni de los momentos. Es estéril buscar responsables. Es tiempo perdido alimentar con recriminaciones la desolada y vergonzosa chismografía social. Profundicemos causas en pos de remedios.

La creación de los ocho ministerios ha sido un error gravísimo. Era una exigencia de la política que quiere anular los partidos por medio de la participación del poder. Es el sacrificio de las finanzas, de los planes de orden y de economía administrativa para satisfacer sensualismos políticos. El país no está preparado para soportar esta nueva é impetuosa oleada de infecunda y consumidora burocracia. Para obtener los nobles propósitos de mejora administrativa, á que respondía el aumento de tres ministerios, habría bastado disciplinar los hombres en los cinco existentes, obligándo-

los, de ministro á portero, á trabajar las ocho horas de universal reglamentación, como con grande virtud y severidad de ejemplo, lo practican los autócratas de Rusia y de Alemania y los presidentes en París y en Wáshington. La administración nacional está montada ahora como en 1890. El personal es casi el mismo. Se mantiene y nombra empleados en número innecesario y hasta fuera de presupuesto por la rutina del favoritismo. Se alquilan casas para oficinas por precios que jamás abonarían el comercio, ni los millonarios, mientras un tercio de la Casa Rosada está llena de salones, oficinas, laboratorios y museos inútiles, informes y de cosas anónimas, ajenas á las funciones administrativas de un gobierno serio y á las exigencias de la actualidad. No se busca á los hombres más preparados para ciertos empleos, sino de preferencia á los parientes, porque el nepotismo, que ruborizaba á nuestros mayores, es ahora un deber y una virtud pública, á lo que parece. El gasto excesivo no disminuye, aumentado al contrario, por nuevas exigencias y graves servicios. Los que conocen bien la Casa Rosada y sus ramificaciones saben que se puede gobernar la República con toda eficacia, ahorrando el 25 % de los presupuestos actuales. Se marcharía más despacio y con menos ruido; pero se iría con seguridad y lejos. La falta de rumbos caracterizados en la gestión financiera origina el más desastroso de los sistemas, aquel en que todos hacen finanzas, en la Bolsa, en los corrillos, en la calle de la Florida, en las antesalas, en los proyectos, en las murmuraciones, al interpretar cualquiera frase presidencial ó ministerial. Se habla de reacción y creo en la sinceridad de las promesas; pero el país no descubre en los hechos ni el carácter, ni los talentos necesarios para consumarla.

He ahí explicadas con inflexible lógica, me parece, las causas del evidente malestar, de los asomos de pesimismo, de las desconfianzas incipientes en el nuevo gobierno, de la fiebre de la Bolsa y de las incertidumbres económicas, financieras y comerciales, que retardan el restablecimiento del país.

El comercio está paralizado, abrumado, desconcertado, nervioso y descontento. Nadie sabe lo que sucederá de Mayo

á Julio, en un intermedio económico y financiero en que la especulación impresiona al país y á los poderes públicos y estos no imprimen los ansiados y firmes rumbos á la política nacional.

Es necesario una acción que disipe la nebulosa de la moneda. Que el comercio pueda calcular y operar. Que no malgaste su tiempo. El estancamiento comercial del día, significa pérdida de fuerzas, de movimiento, de vida, y por lo mismo, de riqueza pública y privada.

El gobierno nacional no ha fracasado, no sería justo decirlo todavía, aunque en él se advierta más la vacilación de los aprendices, que la marcha resuelta de los estadistas. Pero es también exacto, que en su seno no palpita la acción que evite el desastre nacional, si á la falta de ideas y de iniciativas del ejecutivo, se añadiera el temor, que ya se le atribuye, á lo desconocido, á lo que puede resultar de una cámara de diputados de ciento veinte miembros!

Pero habría que prevenirse, además, contra otra suerte de peligros y de causas financieras exteriores. No somos ya el país del vellocino de oro, casi exclusivo, para el capital extranjero. Los grandes negocios son por ahora imposibles. La acumulación rápida de la fortuna por medio del suelo, es ya difícil, porque las mejores tierras están acaparadas ó en litigio con Chile. El comercio y la industria no cruzan la situación más holgada y atrayente, entre las zozobras y dificultades, cuya existencia y causas he expuestò. Por otra parte, la prosperidad comercial é industrial goza en Europa de un período de lozanía indiscutible; y los que van de Sur América á vender negocios á Londres, quedan estupefactos al saber que los intereses sur americanos han dejado de ser cosas del otro mundo, cuando las industrias europeas los pagan de 15, de 20 y de 25 % al año y más altos.

El éxodo de los capitalistas está contenido por las lecciones de nuestro pasado, por la prosperidad comercial europea y, sobre todas las razones, por las grandes oportunidades con que la colonización inglesa, alemana y americana están tentando á los grandes capitalistas. Australasia, la India, la China, el Japón, el Sur de Africa, el Canadá, Cuba, Santo

Domingo, el *Far West* americano, Filipinas y demás posesiones oceánicas de origen anglo-germánico, desvían los capitales europeos de la República Argentina. Esta es toda la verdad!

Donde llega la colonización inglesa y alemana florecen también la pureza del sufragio, la moralidad administrativa, la justicia insospechable y la libertad civil invulnerada. He ahí el mejor programa financiero! He ahí los seductores irresistibles del capital! He ahí nuestros poderosos competidores en estos momentos solemnes!

E. S. ZEBALLOS.

LA PUNA

ESTUDIO DIPLOMÁTICO DEL FALLO ARBITRAL

I

CARÁCTER DEL TRIUNVIRATO INTERNACIONAL

La comisión de última instancia, ha dividido el territorio de la Puna entre las Repúblicas Argentina y de Chile, en la forma que es notoria. Aparentemente todos los hombres de estado están satisfechos en ambos países. Pero en realidad, la satisfacción oficial no existe. Ni la cancillería de Chile, ni la Argentina ha sentido colmados sus anhelos. ⁽¹⁾ Ésta esperaba que el árbitro hubiera trazado el límite en la cordillera principal, según los protocolos de 1893 y de 1896. Aquella alimentaba serias esperanzas, de que su ocupación militar hubiera sido recompensada con mayor área de territorio, que el cuadrilátero formado al oeste por las cumbres más elevadas del macizo andino, la línea de Socompa al Rincón al sur, del Rincón á la intersección de los grados 23° y 67° al este y el paralelo 23° al norte.

En presencia de este desencanto, mal disimulado por las conveniencias diplomáticas y por los planes ulteriores de

(1) « De los datos que se conocen se ve que un prolijo, por no decir estudioso procedimiento ha precedido á la ubicación teórica de la línea divisoria, partiendo de un criterio distributivo, en que la Puna se ha adjudicado á cada una de las partes. Las razones de orden superior jurídico ó político, parece que poco ó nada han intervenido en esa resolución, y por esto, la línea trazada no puede de ese punto de vista ser satisfactoria al criterio argentino, que fundándose en muy buenos argumentos y con muy justificados títulos y apoyados en antecedentes diplomáticos é históricos, reivindicaba para sí el dominio de la región disputada por los chilenos en virtud de títulos que no queremos calificar porque no hay ya para qué remover discusiones retrospectivas ». — (*La Nación*, 26 de Marzo).

Chile, es necesario explorar el fallo y deducir como precedente útil y lección fecunda para el derecho público de América y para la diplomacia argentina, cual ha sido el criterio dirigente del árbitro. Me parece que puedo abordar el tópico con ciertas ventajas, dados mis conocimientos copiosos y detenidos sobre los hombres y los detalles de la cuestión.

☆

El pueblo y el gobierno argentino resistían el arbitraje en la Puna. Para pactarlo sin violencia, se acudió al artificio diplomático de la conferencia de notables y á la entrevista de Magallanes. Eran recursos demasiado onerosos y extemporáneos en momentos de honda crisis económica y financiera para los dos países, cuando ambos, empeñados en allegar á sus arcas el oro pedido en usura al extranjero, prometían al mundo economías y severidad administrativa. El desenlace político ha sido, por otra parte, perjudicial á las relaciones internacionales. Que ellas han empeorado lo revelaría, si fuera publicado el informe de 11 de Marzo, redactado por el hábil y sutil delegado chileno señor Zegers y subscripto por sus colegas.

La comisión llamada artificiosamente *demarcadora* ocupó el estrado final en el pleito. Compuesta de un delegado argentino y de otro chileno, era lógico preveer la continuación del grave desacuerdo de las conferencias. Un tercero, el ministro de los Estados Unidos de América, honorable William I. Buchanan, ha dado la última decisión.

¿Había sido elegido el honorable Buchanan en su carácter público, de ministro de una gran nación amiga de los litigantes ó en su simple condición de vecino de Buenos Aires y de «ome bueno»? Evidentemente se tuvo en cuenta su alta investidura política; y ciertos aspectos del fallo, que examinaré más adelante, revelan que el honorable Buchanan ha guiado su acción por la política de los Estados Unidos respecto de las naciones de Sur América. El sentido común por lo demás, prestigia esta interpretación. ¿Por

qué, en efecto, no fué designado otro extranjero, de más larga residencia en estos países y más vinculado social, industrial ó comercialmente á ellos? Que el carácter público fué una condición esencial para elegirle, lo ha manifestado la cancillería de Chile, siempre en el polo opuesto de la argentina al interpretar los actos comunes, pues en el reciente banquete de la Moneda agradeció el presidente Errázuriz al gobierno de los Estados Unidos su cooperación en el desenlace de la Puna. ⁽¹⁾

Por otra parte ¿cuál era el carácter de la comisión de última instancia? Era *demarcadora*? Era arbitral? El artículo 1º del acta de 2 de Noviembre de 1898 constituye la comisión final de los tres « para que, *en calidad de demarcadores* Y EN VISTA DE LOS ANTECEDENTES Y DOCUMENTOS DE LA CUESTIÓN, procedan por mayoría », etc.

Demarcar, dice nuestro léxico oficial, es « delinear ó señalar los límites ó confines de un país ó terreno ». La definición implica actos técnicos, periciales, de colocación de *marcos*. Es la función de los geógrafos que *señalan* sobre el campo, el límite ya discutido por las partes y fijado por los jueces. Es la operación reservada á los geógrafos argentinos y chilenos que pronto marcharán á marcar la línea del honorable Buchanan en la Puna. Que *demarcar* es una operación técnica lo dice ante todo el origen latino de la voz. Después de la caída del imperio romano se usaron los vocablos *marcare*, *marcatus*, del germano *marca*, « poner hitos ». *To demarcate* en inglés, equivale según los intérpretes más autorizados á:

To mark off the limits or boundaries of, or to determine by survey the separating limits of as adjoining lands: as to demarcate the frontier.

Las personas que formaban esta comisión *demarcadora*, no eran peritos, no se trasladaron al terreno, no tenían aptitudes para hacer las operaciones (*survey*) geodésicas indispensables para *marcare* ó « poner marcos ». Ellos

(1) Texto telegráfico en *La Prensa* de 24 de Abril.

no podían, pues, concienzudamente considerarse *demarcadores*, sino árbitros. Así lo enseña, por otra parte, el *acta*⁽¹⁾ de su cometido, porque los obliga á estudiar « *los documentos y antecedentes de la cuestión* », lo cual comporta la facultad de juzgar la contradicción notoria de dichos « documentos y antecedentes », es decir, de fallar todo el pleito de límites. Eso es, en verdad y buena fé, un arbitraje. Así lo ha interpretado también la prensa americana al decir que el honorable W. I. Buchanan formaba parte, con voto decisivo, de un *arbitration tribunal of the last resort*. Y no me sorprendería saber más tarde, cuando se publique el informe que el honorable Buchanan ha debido naturalmente someter al gobierno americano, que él jamás se consideró un *demarcating surveyor*, sino un *árbitro político*.

Pero el argumento de gracia llega de Chile cuando redacto este artículo. El gobierno de la Moneda abandona una vez más al argentino, en el plan de negar que la Puna hubiera sido sometida á árbitros. Si ayer sostuvo Chile el artificio argentino fué para ayudar á éste aceptar la imposición del arbitraje, *único* plan diplomático de la Moneda, pues el peligro de la guerra no existió jamás, sino para los inexpertos y para las familias, porque Chile no podía agredir, ni resistir una lucha seria. Consumado el arbitraje, con la nueva confirmación del adagio, de que pobre porfiado saca mendrugo, el presidente Errázuriz dijo en el banquete á los delegados el 22 de Abril: « *Ha sido una regla constante de nuestra cancillería resolver amistosamente Y POR MEDIO DE* « ÁRBITROS las dificultades internacionales ». El delegado Altamirano, añadió:—« El *respetable* ÁRBITRO, que libremente elegimos, ha trazado ya nuestra línea de frontera al « norte del paralelo 26° ».

Fijar este carácter era punto previo y substancial para el estudio del fallo, mientras el gobierno argentino sigue negando que haya existido arbitraje.

(1) No hay *actas* entre plenipotenciarios, sino *protocolos*. El uso de la voz fué un nuevo artificio para eludir el debate en el congreso argentino. En este caso el documento no era, por otra parte, *protocolo*, sino un verdadero y definitivo *tratado*, que afectaba la soberanía nacional al someter á árbitros la cuestión de límites en la Puna.

Ambos países buscaron en las líneas del honorable Buchanan su criterio diplomático, de las *cumbres más elevadas de los Andes que dividen las aguas* ó del *divortium aquarum continental* respectivamente. Pero el fallo ha evitado una y otra solución. La dificultad fundamental ocurrida entre los peritos de las dos naciones es técnica. Se reduce á determinar en que región de la cordillera de los Andes se encuentran «las cumbres más elevadas» según la frase del tratado de 1881 y del tratado argentino-boliviano de 1893, ó donde corre, en la Puna, «el encadenamiento principal de los Andes», según las palabras del protocolo de 1893. He ahí un problema geodésico y orográfico, sometido en el sur del paralelo 26° 52' 45'', á la decisión de la Reina Victoria, que *debe* darla sobre el terreno, por medio de sus delegados, mientras que en el norte del mismo paralelo ha sido eliminado por el honorable Buchanan.

Interesa, pues, discurrir sobre sus motivos. Deliberada y hábil ha sido del punto de vista de su situación, la actitud asumida. ¿Ha realizado un acto diplomático, evitando pronunciarse desde luego en la materia, porque su precedente, en esta *parte* del límite habría obligado indirectamente ó creado una situación embarazosa al árbitro inglés? ¿Ha reconocido con llaneza, que eliminada la misión científica de *demarcar*, debía estudiar, con el criterio del juez político internacional — *arbitration tribunal of the last resort* — los documentos y precedentes, y fallar, con arreglo á ellos, la desinteligencia de las naciones, acentuada por las frías conferencias de los delegados? ⁽¹⁾ Me parece obvia la respuesta. El honorable Buchanan se ha considerado árbitro como lo entendía todo Chile, en oposición al concepto artificial de *demarcador*, que le atribuye el gobierno argentino.

(1) Se repite la vulgaridad de que los delegados mantuvieron una atmósfera culta y respetuosa en los debates y hasta el eminente Altamirano lo ha dicho. Y qué! Podía suceder de otra manera? Representaban los delegados á tribus de indios ó á países civilizados? No se respetan así los diplomáticos, aún en los actos ardientes de la declaración de la guerra y en los días crueles, cuando se discute las condiciones del vencedor? ¿No han sido cordiales y respetuosos, no han asistido á banquetes comunes, los comisionados españoles y americanos, durante las conferencias de la paz en París? ¿Borrarás por ello las legítimas prevenciones internacionales?... ¿En estas cuestiones de límites cuánta puerilidad y cuánta mistificación!

Donde parece más claro el criterio político que ha dirigido los procedimientos del juez de última instancia, es en la terminación de la línea quebrada que representa gráficamente en el plano su fallo. Recuértese, en efecto, que durante las sesiones de los triunviros, el tercero, el ministro americano que los presidía, pidió que se dirigiera á ambos gobiernos las notas de 22 de Marzo, preguntando « *si el gobierno argentino (ó chileno) entiende que el punto de intersección del paralelo 26°, 52', 45"*, CON LA LÍNEA QUE SE FIJE, *se halla sometido al fallo de S. M. Británica, al propio tiempo que á esta comisión demarcadora* ».

La pregunta causó la primera contrariedad en la cancillería argentina, por la deliberada eliminación que se advierte en su texto de la circunstancia esencial de que « la línea que se fije » debe hallarse « en la cordillera de los Andes ». Era una revelación que señalaba las intenciones del árbitro; y la contrariedad de la cancillería argentina debió ser mayor, cuando *tan intencionada eliminación*, venía también subscrita por el delegado doctor Uriburu. La cancillería argentina se apresuró á cruzar la visible tendencia y en su nota de 23 de Marzo, decía á los triunviros . . . « tengo el honor de manifestar que el gobierno argentino entiende que « el paralelo 26° 52' 45" es el límite Norte de los puntos en « desidencia, sometidos al fallo de S. M. Británica y entre el « mismo paralelo y el 23° de latitud austral, *en su intersección con la Cordillera de los Andes*, DEBE la comisión demarcadora trazar la línea divisoria » . . . La nota chilena, como la de los tres árbitros, no menciona « la cordillera de los Andes », como si se anticipara á autorizar al honorable Buchanan á situar el límite, fuera de la cadena principal; pero concluye sosteniendo que la comisión *trazará* la línea desde el paralelo consultado.

Era, por consiguiente, obligatorio para el honorable Buchanan (DEBE, *trazará*) señalar el extremo de su línea quebrada en el paralelo 26° 52' 45". Y no lo hizo, sino que se detuvo algunas millas al norte de esta coordenada geográfica, en un punto intermedio entre la línea del perito argentino, que se dirige allí al oeste hasta Pirca de los Indios y

la del perito chileno, que corre al este hasta el proyectado y desautorizado mojón de San Francisco. (1) El honorable Buchanan ha querido evidentemente que la Reina Victoria decida á cual de aquellos puntos debe subir el límite del sur y entonces se unirá este punto con el extremo de la línea de la Puna. El ejercicio de tan amplio y absoluto criterio ¿no prueba una vez más que el honorable Buchanan procedía como árbitro político y no como demarcador?

E. S. ZEBALLOS.

(Continuará).

(1) Este hito fué proyectado con violación absoluta de mis instrucciones. Descubrí el error quince días después de cometido y evité que el proyecto se convirtiera en acto internacional definitivo. Lleva las firmas del presidente Pellegrini y la mía, la resolución que ordena la revisión del hito, de que otros se han jactado después. Cuando regresé de los Estados Unidos de América supe que había sido calumniado, atribuyéndoseme el error. Quise hablar en el acto y solicité ciertos documentos *reservados* en el ministerio de relaciones exteriores; pero el doctor Alcorta no consideró oportuna la publicación mientras la cuestión estuviera pendiente. He sufrido, pues, en silencio, sacrificando á los intereses de la República mis conveniencias. Preparo ahora una publicación documentada, que será una ingrata sorpresa para los que con tanta malicia me agredieron durante mi ausencia y cuando yo debía callar *pro patria*.

EL CASO CONSTITUCIONAL

DE

BUENOS AIRES

La opinión pública y los mismos círculos políticos que se agitan en La Plata, reconocen que los fraudes electorales de Marzo, no tienen precedentes en los anales de la decadencia prematura de este país. Pero todos esos círculos luchan por sacar ventajas de lo que es abominable y han producido un conflicto constitucional. No tengo el tiempo necesario para organizar un estudio reposado y científico digno de los sucesos y de los hondos intereses y principios políticos comprometidos. Por otra parte, los nuevos hechos producidos me inducen á retirar el comentario, prometido en el número anterior, de la carta del gobernador de aquella provincia, con que fuera honrado.

Pero cuando discurra sobre el conflicto constitucional de la época, con que se inaugura la nueva Presidencia de la República, estaremos á fines de Mayo, en momentos en que la acción de los contendores platenses habrá impreso al conflicto sus caracteres definitivos y el país debatirá anheloso las soluciones.

Entre tanto, un hecho se ha producido, que tiene solemnidad de precedente constitucional, y en este concepto debo recogerlo en los anales patrióticos de estas páginas. Los presidentes del honorable senado y de la honorable cámara de diputados, de la provincia de Buenos Aires, en minoría, dirigieron al poder ejecutivo un oficio, concebido así:

1.º Mayo, Año 2.º

Excmo. señor ministro del interior :

El vicegobernador y presidente del senado de la provincia de Buenos Aires y el presidente de la honorable cámara de diputados, cumplen con el deber de poner en conocimiento de V. E. que por orden del señor gobernador doctor Irigoyen la casa de la legislatura ha sido ocupada por fuerzas militares.

Hace un momento, 6.30 p. m., nos hemos presentado en las puertas de ambas cámaras, ocurriendo lo siguiente, presenciado por los señores senadores general M. J. Campos, doctor Adolfo Orma, señores José M. Nino, Luis Monteverde, J. F. Campos y los diputados Arminio Murga, E. J. Weigel Muñoz y otros. En la puerta del honorable senado el comisario inspector Eduardo Alvarez nos manifestó que tenía orden del gobernador, transmitida verbalmente por el jefe de policía, para no dejar entrar á nadie, y habiéndose hecho reconocer el presidente del senado, el empleado nombrado contestó que dicha prohibición rezaba aún con el mismo vicegobernador.

En la puerta de la cámara de diputados apenas nos presentamos, los soldados de un batallón recientemente organizado se formaron y al hacerse saber á quien los mandaba que éramos los presidentes de ambas cámaras, el comisario Veiga Garretón, acompañado del doctor Manuel Iriondo, secretario privado del gobernador, declaró, entre palabras inconvenientes, que "no reconocía al vicegobernador, ni á nadie". En seguida ordenó á los soldados que prepararan las armas, y aquellos la obedecieron apuntándonos con los mausers ; en vista de lo cual nos retiramos.

Los hechos expuestos obligan á solicitar del poder ejecutivo de la nación las medidas que reputé necesarias, á fin de garantizar la seguridad personal de las autoridades y de los miembros de ambas ramas del poder legislativo de la provincia de Buenos Aires, así como el libre acceso al local de sus sesiones.

Dios guarde á V. E.

ALFREDO DEMARCHI,
Vicegobernador.

Ramón Méndez.
Presidente de la Honorable C. de Diputados.

Se advierte, desde luego, en esta redacción la falta de un concepto claro de la situación constitucional del caso y de los derechos de los firmantes. No parece tampoco que ellos estuvieran familiarizados con el derecho de intervención, ni con la trágica historia de sus evoluciones en este país. ¿Qué

pedían, en efecto? ¿La intervención federal en la provincia de Buenos Aires? ¿Medidas policiales en amparo de sus privilegios parlamentarios? En el primer caso, carecían de personería para solicitar la intervención, de acuerdo con el artículo 6º de la constitución nacional. En el segundo caso invitaban al poder ejecutivo federal á descender al ejercicio de funciones confiadas á las reparticiones administrativas ó judiciales de la provincia. Fué, aquel documento fruto sincero de una exaltación ocasional y el poder ejecutivo de la nación ha resuelto el incidente, en esta forma:

Buenos Aires, Abril 24 de 1899.

Sres. Alfredo Demarchi y Ramón Méndez.

La Plata.

He llevado á conocimiento del señor presidente de la República, el telegrama y nota confirmatoria que en el día de hoy me ha sido entregado, en los que invocando el carácter de presidente del senado y de la cámara de diputados comunican que la fuerza pública, obedeciendo órdenes del señor gobernador, les ha impedido entrar á la casa de la legislatura ayer domingo á las 6.30 p. m. y solicitan las medidas necesarias á fin de garantizar la seguridad personal de las autoridades y de los miembros de ambas ramas del poder legislativo de la provincia.

En contestación debo manifestar á Vdes., que el señor presidente no estima llegada la oportunidad de adoptar las medidas solicitadas, por cuanto los privilegios que individualmente acuerda la constitución de la provincia á los miembros de la legislatura no caen bajo la protección del gobierno federal en el caso ocurrente, y en la forma en que ellos son invocados.

Saluda á Vdes. con su consideración más distinguida.

Felipe Yofre,
Ministro del Interior.

La solución es acertada y tiene su origen y su prestigio en la jurisprudencia constitucional de la república. En 1877, el comandante Uriburu jefe de la frontera militar en el Chaco boreal, apareció amparando á la legislatura de Jujuy, á requisición de su presidente. Lo era de la república el doctor Avellaneda. Informado de los sucesos ordenó que las tropas nacionales abandonaran, sin demora, la ciudad de Jujuy; y en uno de los telegramas elocuentes y clásicos que gustaba componer y dirigir, decía al comandante:

"V. S. ha recibido mandado de fuerzas para cuidar fronteras y en
 " para cuidar legislaturas, sin que pueda justificarlo *la república* ni
 " en presidente, que no representa ninguna autoridad exterior y que
 " sólo es un funcionario interno en el régimen de nuestras provin-
 " cias."

Pero si el incidente está bien resuelto de acuerdo con la constitución, él importa apenas una excepción dilatoria. Las dificultades madurarán pronto y estas graves cuestiones de hecho y de derecho serán sometidas al debate y á la solución parlamentaria:

¿Funcionaba la cámara de diputados con el *quorum* de la mitad más uno de sus miembros (artículo 83 de la constitución) cuando ejerció los derechos de juez exclusivo de las elecciones de sus miembros? (Art. 82 de la const.)

¿Ha podido el ejecutivo, coolegisador, negarse á reconocer la sanción adoptada?

Las minorías legislativas ¿son *la autoridad constituída*, que puede pedir la intervención nacional? (Artículo 6° de la constitución).

¿Es este un caso de intervención federal ó de simple convocatoria local á integrar la legislatura?

Los acontecimientos ocurridos hasta ahora no parecen motivos constitucionales para intervenir en Buenos Aires, aunque desarrollos posteriores puedan reclamar la suprema y odiosa medida. Y entonces ¿á que iría la intervención? ¿A legitimar un fraude que todos los contendientes confiesan y condenan teóricamente? ¿A proclamar la anulación de las elecciones y decretar otras? ¿A derrocar también al poder ejecutivo y al poder judicial? ¿Quién presidiría la nueva elección, el gobernador.... el interventor? ¿Habría un nuevo conflicto? La intervención no responderá, esto es lo único cierto, á salvar un gran principio, ni las libertades políticas, ni los hondos anhelos del pueblo de Buenos Aires.

La cuestión de La Plata es más pequeña: es de policía.

.....
 La intervención está decretada, reconociendo, sin embargo, que las minorías legislativas carecen de personalidad para solicitarla. El pedido de intervención, como la flecha

del Parto, vuelve á clavarse en el corazón de los círculos que la han promovido. He aquí las consecuencias del error político. Los imparciales en la lucha de Buenos Aires habrían preferido, en verdad, que la rica y culta provincia hubiera hallado las soluciones dentro de sí misma y en los consejos del buen sentido de los unos y de los otros. Se habría salvado ilesa así la autonomía, la histórica autonomía de Buenos Aires, porque á causa de intransigencias irreflexivas, la espada de la intervención federal — del tutelaje de los pueblos extraviados y menores de edad — brilla de nuevo al sur del Riachuelo, para hacer cumplir, sin derramamiento de sangre, los edictos de la pretura máxima argentina. Las autonomías provinciales, la de Buenos Aires, que ayer apenas corría á los campos de batalla en aras de aspiraciones exageradas de hegemonía, son nuevamente y sin motivo grave deprimidas, y reabierto el período fatal de las intervenciones, que han desnaturalizado el sistema federal.

El congreso mismo queda desairado, pues, se usa de sus atribuciones privativas en el día mismo en que se constituían sus cámaras. ¿Qué es el congreso entonces en la situación? *Une quantité négligeable?*

Y el remedio final ¿cual sería? La reforma de la constitución, para lo cual no se necesitaba intervenir la provincia, sino que las altas influencias políticas de la capital, que humillan y destruyen la influencia de Buenos Aires, pongan en orden á sus agentes en La Plata. He ahí todo!

E. S. ZEBALLOS.

MARTINS & Ca.



Montevideo
1908

**OPORTO
Y JEREZ**

MEDALLA DE ORO
EXPOSICION BRUXELAS 1895
628 Calle Cuyo 1880
MONTEVIDEO
FONOTEL. 542
Cable. 111-112-113-114

CASA EN OPORTO Y MONTEVIDEO

La REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS aparece mensualmente con 112 páginas de material como *minimum*. La **subscripción se paga adelantada** en las condiciones siguientes:

	INTERIOR	EXTERIOR
Un año	\$ m. 25. —	\$ oro 10
6 meses	" 12.50	" 6
3 meses	" 6.25	" 4
Números sueltos	" 2.50	" 1

Se suscribe en las principales librerías de la República y en la **Administración de la REVISTA** calle de la **Victoria 1081**, de 10 a. m. a 6 p. m.

Las suscripciones del **Interior y Exterior** pueden ser abonadas por giro postales ó bancarios á la vista.

AGENTES

RIO DE JANEIRO — F. Brigist y Ca.
SANTIAGO DE CHILE — Roberto Miranda.
LIMA — Viuda de Gallaud.
ASUNCION DEL PARAGUAY — Juan Quell.
MEXICO — Viuda Ch. Bouret.
WASHINGTON — W. H. Lowdermilk y Ca.
MONTEVIDEO — A. Barreiro y Ramos.

SE RECIBEN AVISOS Á PRECIOS CONDICIONALES

MAQUINAS DE ESCRIBIR

Caligraph Densmore Yost

NUESTRAS MÁQUINAS ESTÁN EN USO

en las siguientes casas:

F. C. Central Argentino F. C. N. O. Argentino,
F. C. Villa María á Rufino- F. C. del Sud (65 máquinas),
F. C. Bahía Blanca y Nor Oeste,
F. C. B. A. al Pacifico F. C. Central de Córdoba,
Banco de Londres y Río de la Plata,
Banco Anglo Argentino Nuevo Banco Italiano,
Banco Francés del Río de la Plata Sres. Santamarina é hijos,
Compañía Hansinena de carnes congeladas,
Compañía de Seguros North British & Mercantile,
Señores Moore y Tudor,
Administración de Gas (Rosario) Señor J. J. C. Daniel,
Sres. Brun y C. (Asunción) Sr. J. Mariano Paso. (Concordia),
Señores Pujal y Roca (Córdoba),
Instituto Mercantil de Buenos Aires
Y MUCHÍSIMAS OTRAS CASAS

Las máquinas son muy fáciles de aprender y en dos días se puede escribir bien. Tenemos en nuestra casa cartas, etc., escritas por compradores después de uno, dos y tres días de práctica. Y tendremos el mayor gusto en enseñar a cualquier persona que quiera aprender.

H. G. BUTLER

Domest. Expenses & Supplies Co. New York

24 - RECONQUISTA - 34

BUENOS AIRES

Representantes exclusivos para la Argentina y Uruguay

DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

D. F. Sarmiento . . .	La imprenta en el Rosario . . .	485
W. I. Buchanan . . .	Los fletes marítimos y el comercio argentino-americano . . .	491
P. Ayote	Annales Bonaerenses. La adminis- tración Castro (1867-1872) . . .	495
T. G. de Fanning . .	Roque Moreno. Novela histórica am- ericana, escrita para la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS. (Conclusión)	510
B. D. Davila	Orígenes Nacionales. Narraciones criollanas. (Continuación)	527
J. R. Fernandez . .	Reforma Universitaria. (Continua- ción)	539
L. M. Drago	Las debentures inglesas ante la ley argentina	559
F. A. Berra	Evolución correlativa de la ense- ñanza, la didascología y las es- cuelas normales. Estado actual de las últimas en la República Argentina. (Continuación)	566
F. J. Oliver	Reforma institucional de la Pro- vincia de Buenos Aires	581
F. M. y Herrera . .	Sociedades Cooperativas (Fragmento de un libro de texto en prensa)	595
La Dirección	Cancionero Popular	604
D. Cabred	Discurso inaugural de la Colonia Nacional de Alienados	610
E. S. Zeballos . . .	La justicia de Instrucción Criminal y el seguro contra incendios	623
	La Puna. Estudio diplomático del fallo arbitral	632
La Dirección	Índice del tomo tercero	640

DIRECCION Y ADMINISTRACION
BUENOS AIRES

1031 - VICTORIA - 1031

1899

CERVEZAS

BOOK

OBSCURA



BLANCA

LIBRARY

La Africana

NEGRA

DE LA COMPAÑÍA CERVECERIA BIECKERT (Lda.)

Estas cervezas, preferidas hoy por todas las personas competentes, se deben al esmero de su fabricación y pureza de las materias que componenlas, refrescantes, tonicas, nutritivas, higiénicas y perfectamente asimilables, y que lo establecen numerosos certificados de distinguidos médicos.

Escritorio y Fábrica: JUNCAL 817

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA POPULAR DEL MUNICIPIO

935-CALLE LAVALLE-935

17,500 VOLUMENES

LECTURA GRATIS EN LOS SALONES

Condiciones de subscripcion

Pagaran un peso por mes los que van ó mandan buscar los libros, un peso cincuenta centavos los que quieren que se les remitan a su casa.

LA CONCURRENCIA UNIVERSAL

Y LA

AGRICULTURA EN AMBAS AMÉRICAS

por

E. S. ZEBALLOS

Se vende en todas las librerías y especialmente en la casa de su Editor

JACOBO PEUSER

SAN MARTÍN Y CANGALLO

REVISTA
DE
DERECHO, HISTORIA Y LETRAS
—
JUNIO

REVISTA

DE

DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

DIRIGIDA POR E. S. ZEBALLOS

AÑO I — TOMO III

BUENOS AIRES

BUENOS AIRES

96915 — IMPRENTA, LIT. Y ENCUADERNACIÓN DE JACOBO PEUSER
SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1899

LA IMPRENTA EN EL ROSARIO ⁽¹⁾

Con el primer mes del año 1888 me anuncia un amigo aparecerá en el Rosario, un diario dirigido por Vd. Apenas asome las narices á la luz pública, encargo á Vd. lo salude con el sacramental:

Happy New Year

y le eche sobre los hombros como blandos pañales ó sobre la cabeza, como la imposición de las manos de los ancianos, á guisa de bendición, las palabras que siguen, puesto que quiero, que como retoños de viejo roble, se reconozcan como descendientes felices los diarios del Rosario, de la alocución que dirigí á sus habitantes en 1852 al pasar por sus desiertas y apenas trazadas calles, con la *primera página impresa* que vió la luz en el Rosario, aún antes de existir una imprenta.

Traíala ambulante el Ejército Grande, y hubo de lanzar desde el Rosario, como que entraba en campaña, su primer boletín.

(1) He aquí una carta dirigida por Sarmiento al doctor David Peña, con motivo de la fundación de *La Época*, en la ciudad del Rosario, en Enero de 1888. Es una página de repeticiones desaliñadas é incoherentes, pero extraordinarias. Recuerda la vieja exclamación, que escribiera en una roca cuando cruzaba los Andes fugitivo — *on ne tue point les idées* — y la influencia de la prédica política, de que se jactó durante todo el final de su vida, que él consideró siempre, con razón, más fecunda y duradera que la metralla. Repite su confianza absoluta y consoladora en el triunfo de las fuerzas morales, contra la presión de la ignorancia, de la arbitrariedad y del caudillaje civil ó de espada. Anuncia en fin, el momento solemne de la suprema partida, en un remedo de examen de conciencia incompleto, pero conmovedor y glorioso. «Todo Sarmiento está en ella», escribe el doctor Peña, de esta carta, que debo considerar como inédita por las circunstancias especiales de su primera impresión.

No había de montarse la prensa por pesada, ni adiestrándose el personal de cajistas é impresores, para echar á volar mil hojas sueltas en una hora.

Un gefe de Estado Mayor preside la operación del tiraje. Al principio, la tripulación de aquel barquichuelo se encoje de hombros y se ríe del propósito de hacer milagros con tan exíguos medios: una escobilla para entintar la forma, que está negra y muda sobre un banco, á guisa de yunque donde el Vulcano de nuestro siglo, ha de descargar sus repetidos martillazos, hasta que entrando en calor el metal, tome la forma que el arte, la ciencia y la voluntad humana le imprima. Esta es la prensa.

Atención! manda el sañudo gefe, vamos á imprimir una carta á los vecinos del Rosario prometiéndoles la victoria de Caseros. (Una concurrencia de pueblo, inmensa, toda la plattita labrada del Rosario que cabía dentro de una sala en 1852, se había reunido para felicitarnos y desearnos feliz y gloriosa campaña contra el tirano).

Atención! Numerarse por la derecha! 1, 2, 3, 4, 5, 6. Número uno, pone tinta á la forma con el entintador á guisa de tapón; núm. 2, pone la hoja de papel; núm. 3, impone encima la frasquetita de papel; núm. 4, golpea con la escobilla hasta que se impriman las letras del otro lado; núm. 5, levanta la frasqueta; núm. 6, retira la hoja impresa y luego, el núm. 1, entinta la forma; núm. 2, pone el papel; número 3, impone la frasqueta, etc. *Da Capo*. El que retira el papel va á leer lo impreso, para ver si está bien. Alto ahí, grita el gefe que manda la maniobra. Ese movimiento no está en la táctica de imprimir al vuelo, se pierde tiempo, se pára la rueda. Al fin y tirados todos los ejemplares, se van apartando los malos.

La operación sigue, los artilleros se adiestran á cargar aquel formidablé obus, una página impresa que tantas murallas, torreones y barreras ha hecho caer; y como el otro día me mostrasen en la estupenda fábrica de cerveza de Mr. Biecker un obrero que hace catorce años está llenando botellas de cerveza, y sus manos corren de una á otra como se ven las alas del picaflor agitarse hasta desaparecer, yo me

deja, sin sorprenderme, patarata! si hubieran visto imprimir en el Rosario mil hojas de una carta impresa, al aire libre, rodeados seis obreros inteligentes, de una forma, haciendo volar hojas y más hojas!....

Este es el origen de la imprenta en el Rosario, y aquella escena su más claro timbre de gloria. Conservará alguien algún ejemplar de aquella carta á los ciudadanos? sería un buen pergamino que ostentase ese diario para mostrar que es Fijodalgo, y no un cualquiera, sin muy noble alcurnia, lanzado á la calle, á la de Dios que es buena.

Ahora, el Rosario es la primera ciudad de la República Argentina, por el número de sus habitantes y su asombroso movimiento, sus muelles, su red de ferrocarriles, de circunvalación y subterráneos, pues Buenos Aires es la capital, y no entra en las ciudades de Provincia. La Plata, ha ya desatronado á Córdoba, el Rosario es el Chicago del Río de la Plata, al que los ascensores colosales envían torrentes de trigo y lino que van á desembarcar á Inglaterra, pues los granos se embarcan á si mismos cayendo dentro de la bodega de los vapores que los transportan.

Pero el Rosario es además la boca y los oídos por donde entran los alimentos y los espíritus y los rumores de la civilización. El Rosario es la capital del pueblo argentino transformándose de raza, de instintos, de ideas, y es allí donde debe estar, para el servicio de los pueblos nuevos, aquel banco, á guisa de yunque, para amartillar ideas, que unos pocos vecinos vieron funcionar en 1852—la imprenta. Sea ese diario el yunque. La barra de hierro agrio, frío, duro, que tenemos por delante es la *nacionalización de residentes*, y esos residentes están en el Rosario, en la Esperanza, en cien colonias, felices y afincados, sin haber declarádose propietarios orgullosos de la patria que han conquistado con el sudor de su frente, para legar á sus hijos con la República libre, y no para mandar de regalo á algún príncipe pseudo de allende los mares.

Le he descrito la manera de imprimir boletines en seis tiempos, y dejar atrás las prensas á vapor. Tomo de *Viajes por Europa, Africa y América*, la receta que me enseñó un

gran maestro, y he aplicado con grande é infalible éxito á enfermos que los médicos habían declarado incurables; oiga Vd.:

«En Barcelona encontréme con Juan Tompson, uno de esos pobres emigrados argentinos que en cada punto de la tierra se encuentran en mayor ó menor número, como aquellos griegos de Constantinopla cuando los Hunos se apoderaron de ella. El Facundo había caído en manos de Merimée, el académico francés, que estaba allí; la Revista de Ambos Mundos acababa de hacer su complaciente comploterendu del librote, y héme aquí, que sabiendo mi llegada á Barcelona, M. Lesseps, el célebre Cónsul general que se había ilustrado al resplandor de los bombardeos de aquella ciudad, andaba á caza del bicho raro que tan raro libro había escrito.

Amigos á las dos horas de conocernos, Cobden, que á la sazón estaba en Barcelona, tuvo los honores de un té, durante el cual debía serle yo presentado. Os imagináis á Cobden, un O'Connell, vivo, cáustico, entusiasta, ardiente en la polémica rápido, inspirado en la réplica? Cuánto os engañáis, mi pobre Victorino (Lastarria). Es un papanatas, fastidiado como un inglés, reposado como un axioma, frío, vulgar, si es posible decirlo, como las grandes verdades.

Hablamos casi los dos solos toda la noche; contóme algunas de sus aventuras, de sus luchas; mostróme sus medios de acción, la estrategia de su palabra, los cuentecillos con que era preciso entretener al pueblo para que no se durmiera, escuchando. Lamentóse de la casi insuperable dificultad que oponían las masas por su incapacidad de comprender, por sus preocupaciones; dióme una tarjeta por si alcanzaba él á estar de regreso en Manchester á mi paso por aquella ciudad y no nos separamos sinó en la puerta de mi hotel, quedando yo abrumado de dicha, abismado de tanta grandeza y tanta simplicidad, contemplando medios tan nobles y resultados tan gigantescos. No dormí esa noche, tenía fiebre: parecíame que la guerra iba á caer en ridículo, cuando generalizándose aquel sistema de agregación de voluntades, de justa posición de masas, fuese puesto en práctica, para destruir abusos, gobiernos, leyes, instituciones. Qué cosa más sencilla!

Hoy somos dos, mañana cuatro, el año siguiente mil, reunidos públicamente en un mismo propósito. Resiste el gobierno?

Es que aún no somos muchos, es que quedan en favor del abuso muchos más.

Sigue la predicación y los folletos, y los diarios, y la asociación, la Liga. El gobierno ó las Cámaras saben el día y la hora en que están vencidos y ceden; id á poner en planta tan bello sistema en América!

Cobden había destruido ó atacado, antes de comenzar su obra, todos los grandes principios en que reposaba la ciencia gubernativa. El *equilibrio europeo* lo declaró manía de entrometerse en asuntos ajenos por desaburrirse los ministros. Las *colonias* eran solo el medio de proporcionar empleo á los hijos menores de los lores. La *balanza comercial*, el resumen de la ignorancia en economía. La *política* con todas sus pretensiones de ciencia, el charlatanismo de bobos ó de pillos.

La *protección* á las industrias nacionales, un medio inocente de robar dinero al vuelo, arruinando al consumidor y dejando en la calle al fabricante protegido. En cambio de todas estas verdades fundamentales él sustituía el buen sentido, el sentido común de todos los hombres, más apto para juzgar que la ciencia interesada de lores y ministros.

Ahora parto para Africa. Llevo cartas para el Mariscal Bugeaud, y una casi orden al Cónsul de Mallorca para que me haga conducir á Argel por el primer vapor de guerra que se presente».

Ya conoce usted la receta y la historia ha probado que es infalible; pruébela usted en el Rosario aunando voluntades, pueblos, patriotismos, intereses en uno común, la República Argentina independiente, culta y libre.

Yo siento que me flaquean las fuerzas, que el cuerpo es débil y que debo emprender otro viajecito luego. Pero estoy preparado precisamente porque se necesita poco equipaje; con lo encapillado sobra; pero llevo el único pasaporte admisible porque está escrito en todas las lenguas «servid á la humanidad». De pobre que era en unos países le mostré caminos y

mares que conducían á otros más felices y un millón me debe en parte haber ahorrado á sus hijos las más duras penas de la vida que son la destitución y el hambre. Habían vendas espesas de ignorancia y barbarie en el pueblo y traté de arrancarlas; oí el ruido en torno mío el ruido de cadenas que no estaban aún rotas y me junté á quienes forcegeaban por quebrantarlas. Hoy trato de reunir muchos egoísmos, muchos dialectos en una sola masa homogénea: el pueblo, y pudiera ser que un misil me alcance, y tenga que dejar caer de la mano la espada, que como lo ha visto, es la pluma que Vd. empuña. Guárdela del orín del negocio, suprimiendo ó avanzando ideas, según sopla el viento. Le aseguro que por todas partes nos es favorable; con Wilson caen los negociantes, en favores; con Cleveland se robustece la moral en la política. Con la nacionalización de residentes habremos engrandecido la Patria. Las colonias de Santa Fé, el Rosario con cien mil almas luego, son apenas bosquejos de bellos cuadros de bienestar y libertad que no hemos de ir á buscar en Europa, dejada á los que en ella moran.

D. F. SARMIENTO.

LOS FLETES MARÍTIMOS

y

EL COMERCIO ARGENTINO - AMERICANO

Una observación detenida me ha servido para convenirme de que las mercaderías generales que tienen aquí gran consumo vienen á la Argentina con procedencia de la Gran Bretaña y no de los Estados Unidos debido exclusivamente á la diferencia en la tarifa de fletes entre esos dos países y éste. Debe tenerse presente que hay un crecido número de buques que hacen el tráfico entre esta república é Inglaterra y el continente europeo y que la mayor parte de ese tráfico consiste en productos de exportación de aquí para allá. Siendo esto así, se comprende sin dificultad que las tarifas de Inglaterra y del continente europeo para este país sean más reducidas y de más fácil negociación de lo que lo son de Nueva York, en donde hay pocos buques empleados en hacer el servicio y esos pocos, con una sola excepción, son de propiedad y están bajo la dirección de compañías que tienen la mayor parte de sus flotas comprometida en el servicio del tráfico entre este país é Inglaterra y el continente europeo.

Mientras no se estudie cuidadosamente esta cuestión no será posible darse cuenta de la notable influencia que tienen en nuestras mercancías generales esta dependencia de los intereses de las empresas de navegación extranjeras. Así, por ejemplo, un barril de aceite lubricante cuesta en Nueva York \$ 5.10. El flete hasta aquí vale \$ 2.64 y los derechos en oro argentino importan \$ 3.15. No es verdade-

ramente sugestivo, dadas tales condiciones, que tengamos aquí un comercio tan cuantioso de ese artículo como el que tenemos? Otro ejemplo: un barril de gasolina cuesta en Nueva York \$ 2.62 $\frac{1}{2}$. El flete cuesta \$ 2.64; derechos no paga. Dado ese flete, salta á la vista que una diferencia de sólo 5 ó 10 centavos en barril sería suficiente para arrebatarnos ese comercio en favor de cualquiera otro país, en donde el costo de producción del artículo sea igual al nuestro.

Convencido estoy de que deberíamos prestar especial atención á este asunto, pues estoy también cierto de que los pedidos de mercancías de uso ordinario — notoriamente de maquinaria y artículos de acero — se hacen y seguirán haciéndose á Inglaterra y á Europa, no porque esas mercaderías puedan obtenerse á precios más reducidos allí que en los Estados Unidos, sino porque las ventajas que nuestro país ofrece en el costo original de tales mercaderías, quedan más que ahogadas por la diferencia que existe en contra nuestra en la tarifa de los fletes de Nueva York á esta ciudad al compararla con la tasa de fletes de los puertos ingleses y europeos.

Sé de un caso concreto que puede servir de ejemplo, cual es el de un embarque hecho de Inglaterra de una caldera de once toneladas de peso, desarmada. El flete pagado por ésta fué de £ 11-10s. ó sean \$ 55 oro americano, lo que equivale á \$ 5 por tonelada. La misma casa importadora recibió de los Estados Unidos una caldera de 33 toneladas también desarmada y de la misma clase que la anterior. El flete pagado por esta segunda caldera fué de \$ 750 en oro americano ó sean \$ 23 por tonelada lo cual representa una diferencia de \$ 18 oro por tonelada en favor del fabricante inglés. El flete del embarque de Inglaterra fué calculado y cobrado al peso, en tanto que el flete del embarque de los Estados Unidos fué computado por capacidad. Esta casa importadora me ha dicho que ella puede comprar esas calderas y varias otras clases de maquinaria pesada y de productos de acero manufacturado mucho más baratos en los Estados Unidos que en Inglaterra; pero que se vé forzado á comprarlos en este último mercado, por que la diferencia del flete en contra nuestra

es tan grande, que excede con creces la diferencia á nuestro favor del costo original.

Sin seguir citando, como podría hacerlo, otros muchos casos concretos, diré que se me ha asegurado por varios importadores de esta ciudad que las tres líneas de vapores que hacen el servicio entre Nueva York y el Río de la Plata mantienen un acuerdo formal respecto de la tarifa del flete; y que el precio arbitrario y excesivo de los fletes que continúa en vigor para el Río de la Plata perjudica indudablemente nuestro comercio con estos países y continuará perjudicándolo.

Las razones que motivan este estado de cosas me parece que son perfectamente obvias para quienquiera que preste al asunto un poco de atención. Resumiendo pueden exponerse del modo siguiente:

Primera. — Que la gran masa de los productos del Río de la Plata encuentra mercado en la Gran Bretaña ó en Europa y de ahí el que los buques de esos países requieran *carga de regreso*. Cuando hay grandes cantidades de trigo, lana y ganado que deben ser trasportados, la competencia en los fletes á este país se establece entre las compañías de vapores que hacen el servicio de aquí al Viejo Mundo. Por otra parte cuando las cosechas son aquí malas, los fletes aumentan como consecuencia de la escasez de *carga de regreso*. Durante los dos últimos años, y debido en gran parte á nuestra tarifa aduanera respecto de la lana, nuestras compras aquí han disminuído considerablemente, al propio tiempo que nuestra exportación para acá ha aumentado; así es que no hay ni con mucho carga suficiente para los buques que llegan aquí de Nueva York. El resultado es que tales buques parten de aquí cargados con ganado para puertos brasileiros cuando pueden conseguir ese flete, pues de lo contrario van en lastre hasta el Brasil en donde cargan café para Nueva York ó para Boston. Resulta, pues, clara la razón porque la tasa de fletes de Nueva York es arbitraria, elevada y poco elástica y porque lo probable será que permanezca lo mismo.

Segunda. — Quizá con una sola excepción, todas las compañías de vapores que hacen el servicio entre los Estados

Unidos y este país mantienen el mayor número de sus barcos en el servicio del tráfico existente entre este mismo país é Inglaterra. Por consiguiente no sólo están en aptitud de mantener fletes elevados de Nueva York para acá de acuerdo con la inteligencia que según se afirma hay entre ellas para tal fin, sino que pueden al propio tiempo distribuir sus buques según las exigencias del comercio argentino de exportación ó como más les convenga según sus propias conveniencias.

No es fácil indicar cuál sea el remedio para tal estado de cosas. No obstante, hay necesidad de que se encuentre uno, pues no se puede suponer que consintamos en que nuestro comercio con estos países y con otros sea detenido ó mantenido á raya por nuestra falta de capacidad para darnos cuenta exacta de la situación y para resolver la dificultad que se presenta en nuestro camino incubando uno de los problemas más importantes que preocupan á nuestro país: la creación y rápido desarrollo de una marina mercante de los Estados Unidos.

WILLIAM I. BUCHANAN.

Buenos Aires, 18 de Enero de 1899. (1)

(1) Informe publicado por el Departamento de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos de América, traducido para la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS.

ANALES BONAERENSES

LA ADMINISTRACIÓN CASTRO⁽¹⁾

(1867 - 1872)

(Extractos de la autobiografía del ex-ministro de hacienda de la misma).

INTRODUCCIÓN DE LOS TRANVÍAS

Posteriormente en el año 68, tuve el honor de ser nombrado diputado de la legislatura de la provincia de Buenos Aires. Al incorporarme á ésta, fuí designado para formar parte de la comisión de hacienda, de que eran miembros conspícuos el finado doctor José María Moreno y el ingeniero

(1) Don EMILIO CASTRO, ex-gobernador de la provincia de Buenos Aires, nació en la capital de este nombre el 21 de Diciembre de 1821 y falleció en ella el 22 de Abril de 1899. Fué miembro y presidente de la legislatura de Buenos Aires y diputado nacional en varios periodos, jefe de policía de esta ciudad, gobernador de Buenos Aires, miembro conspícuo de numerosas comisiones públicas y privadas, presidente del «Club del Progreso», soldado, oficial y jefe de la guardia nacional durante las cruzadas contra la tiranía y en las épocas posteriores, á cuyos acontecimientos se mezcló siempre patrióticamente siguiendo las banderas y la suerte del general Mitre. Su gobierno de la provincia de Buenos Aires tuvo por colaboradores intelectuales y eficaces á los señores Pedro Agote y doctor Antonio E. Malaver, ministros de hacienda y de gobierno respectivamente. Aquella administración no será olvidada. La magnitud y previsión de sus iniciativas y de las obras realizadas, tuvieron en su origen y en sus desenvolvimientos, caracteres y trascendencia nacionales. Abono este juicio de contemporáneo y de periodista, durante el gobierno de Castro, con la narración comprobada del señor Agote y con el recuerdo de los hechos, aun palpitante en el país. Pero lo que comporta gloria sobre aquel gobierno y honra á cada uno de sus miembros es, además del acierto, clarividencia y sentido práctico de los progresos extraordinarios acometidos, la capacidad administrativa para realizarlos y dirigirlos, y la honradez colectiva é individual, con que tantos millones, y tamañas empresas fueron manejadas. No se levantó contra ellas, ni el soplo de una sospecha y se prefería siempre la acción directa de los funcionarios y de los vecinos honestos, á la de los empresarios é intermediarios influyentes! Los sucesos pasaron ayer mismo, pero los sistemas del día son tan distintos y las inmoralidades tan generales y hondas, que se recuerda el gobierno de Castro como si fuera la sugestión consoladora y oportuna de cosas muy viejas, que reflejaron el carácter noble y honesto y las aptitudes eficientes para la administración y para el bien de la sociedad argentina, calidades fundadoras cuya ausencia se advierte ahora á cada paso con creciente estupor!

Luis A. Huergo. En su carpeta estaban pendientes varias solicitudes, entre éstas, dos de los señores Mariano Billinghurst y los hermanos Federico y Julio Lacroze, para establecer tranvías, *tramways* como entonces decíamos, en las calles de la ciudad. Después del estudio que de ellas hicimos, resolví de acuerdo con Huergo y con la oposición del doctor Moreno, despacharlas favorablemente, presentando un reglamento, al que se sujetase el Poder Ejecutivo, para hacer las concesiones.

En el trámite seguido sólo hubo discrepancia en la cámara de diputados en cuestiones de detalle, que prontose resolvieron; y en la de senadores, en la substitución de un reglamento por otro presentado por la comisión de hacienda, lo que, ocasionó una larga discusión entre los senadores doctor Marcelino Ugarte, defendiendo la sanción de la cámara de diputados y el doctor M. Esteves Saguí que defendía un reglamento propuesto por la comisión de hacienda del senado. Esto no fué sin embargo, un obstáculo, para que se sancionase el proyecto de la cámara de diputados, que difería poco del otro en su parte fundamental.

Convertido en ley, no fué tan fácil su aceptación por el Poder Ejecutivo, que solamente promulgó la sanción de la legislatura, cuando obtuvo de ésta una resolución, en que declaraba, que la ley era facultativa y no preceptiva. Es indudable que esta singular exigencia de parte del Poder Ejecutivo, tenía por objeto poner trabas á la ejecución de la ley, pues no conozco en los anales parlamentarios un antecedente semejante.

Su repugnancia para aceptar esta sanción, la demostró en el hecho de no haber acordado concesión alguna de *tramways*, durante el tiempo que el doctor don Adolfo Alsina estuvo al frente del gobierno. El despacho de las solicitudes comenzó á expedirse en el gobierno provisional del señor Emilio Castro, que me honró con el nombramiento de ministro de hacienda, á cuya cartera correspondía el asunto de los *tramways*.

En ese gobierno se acordó el permiso para establecer la mayor parte de las compañías existentes, no sin haber

stirido porfiada oposición de los grupos sociales más influyentes en esta ciudad. No hubo una concesión por alguna de las calles principales, cuya derogación no fuese reclamada por los propietarios de los edificios adyacentes, apoyándola algunos en solicitudes que llevaban gran número de firmas. Un miembro influyente de la Legislatura ⁽¹⁾ obtuvo la sanción de un proyecto que limitaba las concesiones de tramways á calles interpuestas, ya que no podía expelerlos de todas.

Me limito á estas ligeras referencias, por haber escrito, con otro objeto, una historia completa del establecimiento de los tramways en la ciudad de Buenos Aires. Pero no excede el límite de mi propósito consignando en este lugar el siguiente dato: en el año 1898 han transportado las nueve compañías de tramways que hacen el tráfico de la capital Argentina 105.964,631 pasajeros, recorriendo una extensión de 33.563,783 kilómetros de vía. Viajes durante el año: 3.212,221. Extensión de las líneas: 394 k. 203^m. Estos guarismos demuestran de un modo evidente, que el establecimiento de tramways es la mejora pública más trascendental que se ha realizado hasta ahora.

No puedo prescindir por último de declarar en esta ocasión, que los señores Mariano Billinghamurst y Federico y Julio Lacroze son dignos de la gratitud pública, por la tenacidad con que intentaron dotar á la ciudad de Buenos Aires de este órgano importante y transformador. Se dirá quizá que eran impulsados á ello por el anhelo de un beneficio propio; pero felices los que pueden conciliar, en la evolución de los negocios, el interés particular con el interés público, como sucede en el caso recordado.

AGUAS CORRIENTES PARA BUENOS AIRES.

Cabe al gobierno del doctor Adolfo Alsina el honor de haber iniciado las obras de salubricación de esta ciudad, como un medio de disminuir el peligro de las epidemias que

(1) Dr. Bernardo Irigoyen.

el aumento de la población y las malas condiciones higiénicas ocasionaban con frecuencia. Su planteación demuestra proporciones muy limitadas y al parecer sin un plan coordinado de trabajos, por la falta de estudios preliminares, indispensables en obras de esta naturaleza. A ese Gobierno se debe también la instalación en el bajo de la Recoleta de dos depósitos de agua y de los dos primeros motores á vapor que debían impulsarla hasta el distribuidor.

Recuerdo con satisfacción que á los dos meses (24 de diciembre de 1868) de haberse recibido el señor don Emilio Castro del gobierno interino de la provincia por el ascenso á la vicepresidencia del doctor Alsina, fuímos á la Recoleta, acompañados del ingeniero Juan Coghlan y de su señora, é hicimos mover, por vía de ensayo, el señor Castro y yo, los dos motores indicados, que durante diez y seis años han provisto de agua á esta ciudad.

Hoy mismo, una chimenea baja que forma contraste con las muy elevadas que la rodean, adherida á una pieza de cortas dimensiones, señala el humilde lugar que las contiene, muy limpias, y dispuestas á prestar sus servicios, si fuesen requeridos.

En el año anterior he tenido el gusto de acompañar á un notable extranjero en una visita á ese establecimiento y de contemplar á esos dos veteranos, después de treinta años de servicios meritorios, en medio de las grandezas de las obras y de los inmensos depósitos que ocupan hoy el espacio solitario de aquel tiempo.

El gobierno del señor Castro se ocupó desde el primer momento de llevar adelante estas obras, de lo que dependía la salud pública. Apenas recibido del mandó de la Provincia, contrató con el ingeniero Juan Coghlan (enero 1869) la formación de los planos de niveles de la area que debía abrazar la provisión de agua de la ciudad, incluyendo la Boca y Barracas. El señor Coghlan debía también presentar un estudio sobre el mejor sistema, para dotar á la ciudad de aguas corrientes, desagües, cloacas y adoquinado.

Excuso hacer la exposición de los largos procedimientos anteriores, para dotar á la ciudad de estas mejoras públicas.

porque no tienen lugar en escritos de esta naturaleza. Basta solamente, para el objeto propuesto, la relacion de los hechos principales, y estos son los que consignaré en seguida.

El ingeniero Coghlan presentó al gobierno (julio 5 69) los planos de nivelación de la ciudad y los presupuestos de las obras indicadas, acompañándolos de un extenso informe en que, después de examinar todos los sistemas empleados en las grandes ciudades de Europa, proponía el que, por su menor costo y mayor eficacia, era más conveniente para esta ciudad.

Debo advertir, que el gobierno del doctor Alsina encargó al directorio del ferrocarril del oeste de la dirección de las aguas corrientes. Fácil es prever las dificultades que éste hallaría al llenar su encargo, teniendo por objeto principal la dirección de una empresa industrial de esta magnitud, que aumentaba cada día de movimiento y reclamaba por consiguiente contracción mayor. Fué, pues, necesario exonerarlo de este doble encargo, proponiendo á la legislatura la creación de una comisión compuesta de ciudadanos idoneos que corriesen con este servicio exclusivamente. La legislatura atendió las indicaciones del poder ejecutivo y sancionó la ley de 26 de septiembre de 1870, por la cual le autoriza para nombrar una comisión que se encargue de la dirección y ejecución de estas obras.

En cumplimiento de esta ley, el poder ejecutivo nombró la citada comisión, compuesta de los señores doctor Roque Pérez, Manuel A. Aguirre, Vicente Casares y Rufino Varela, á la que el directorio del ferrocarril presentó las cuentas referentes á los gastos hechos hasta el 31 octubre de 1870. Pasados el informe y planos presentados por el ingeniero Coghlan á la comisión de aguas corrientes, ésta se expidió de un modo favorable, llegando á opinar en su nota de contestación, que estos documentos honrarían siempre á las personas que la componían (agosto 20 de 1869).

Con estos antecedentes, ocurrió el poder ejecutivo á la legislatura (20 octubre de 1869), acompañándole un proyecto de contrato de la municipalidad con un señor Robinson y un proyecto del poder ejecutivo para proporcionarse

los recursos necesarios á fin de ejecutar las obras, en el caso de que el proyecto de contrato fuese rechazado.

La legislatura, después de once meses de retardo, desechó el contrato y aprobó el proyecto del gobierno, reformando algunos de sus artículos. Se proveía á la ejecución de nuevos estudios y la revisión de ellos por ingenieros de reconocida competencia en Europa. Todo esto retardaba, como era natural, la ejecución de las obras.

La comisión de aguas corrientes, en cumplimiento de esta ley, contrató con el eminente ingeniero John Frederic Bateman, de Londres, la dirección de las obras y la formación de los planos y presupuestos que debía enviar con un ingeniero ayudante, lo que sólo verificó en diciembre de 1871 por medio del ingeniero Alfredo Moore. Este señor se ocupó desde el primer momento de complementar, con los datos é informes recogidos, algunos de los detalles que le faltaban.

Debo declarar en honor de la memoria del ingeniero John Coghlan, que sus estudios, con la corrección de un ligero detalle, sirvieron de base á los planos y presupuestos presentados al gobierno por el ingeniero Bateman más tarde.

La comisión de aguas corrientes nombró con anticipación (20 de setiembre de 1871) un comité de cinco ingenieros residentes en el país, para que examinasen los planos y proyectos recibidos; pero divergencias de opinión á este respecto con la comisión, produjeron la renuncia del comité en masa, cuya renuncia fué aceptada. Después de este desacuerdo, no era posible su conservación. La legislatura fué informada especialmente de este conflicto de atribuciones con el doble objeto de que evitara en lo sucesivo tales dificultades y se ocupase al mismo tiempo de proveer recursos proporcionados á la importancia de las obras en ejecución. Para esto sometía á la legislatura un proyecto para contraer un empréstito de \$ 10.000,000 destinados á las obras.

Sobre este punto, el poder ejecutivo se extiende en consideraciones pertinentes, poniéndose en todos los extremos para demostrar la urgencia de arbitrar los recursos necesarios para estas obras, pues los provistos hasta entonces eran insuficientes, y la ejecución reclamaría un tiempo

que no estaba en relación con las exigencias de la higiene pública.

El gobierno de la provincia hizo por su parte cuanto le fué posible para abreviar las obras de saneamiento de la ciudad, manifestando igual interés la comisión de aguas corrientes que estaba encargada de su dirección. A pesar de todo, no tuvo la satisfacción de ver expeditos los caños de desagüe de las cloacas, obstáculo principal para extender la provisión de agua, limitada por esta falta á un número determinado de cuadras, para cuya razón se requerían pozos especiales destinados á las aguas servidas.

Con lo expuesto, creo haber dado noticia de los orígenes de las obras de salubridad desde su planteación hasta que dejó el gobierno el señor Castro, omitiendo detalles, que aunque pudieran ofrecer interés, prolongarían demasiado estos apuntes. Me limitaré por ahora á hacer un ligero resumen de las obras ejecutadas durante este período.

Hasta el 31 de marzo de 1872, el número de casas servidas con agua ascendía á 2468 y la extensión de caños maestros á 715 cuadras hasta el 30 de mayo de 1870; el número de plazas provistas de surtidores de agua era de 23 y las llaves de incendio colocadas 986.

Desembolso hecho hasta 1871..... \$ 22.149,244

Idem por el costo de las obras. > 16.001,813

No puedo enumerar el número de cuadras adoquinadas.

MUELLE DE LAS CATALINAS

Desde el 25 de octubre de 1867 pendía ante la legislatura de la provincia un proyecto del poder ejecutivo para construir un ferrocarril desde el «Once de Septiembre» al bajo de las Catalinas, y hacer en este punto un muelle de carga y descarga. Aconsejaban esta mejora pública los intereses generales de la provincia, promovidos por el ferrocarril del oeste, detenido en el citado «Once de Septiembre».

El gobierno del señor Castro, persuadido de su conveniencia, solicitó de la legislatura la sanción de este proyecto

los recursos necesarios á fin de ejecutar las obras, en el caso de que el proyecto de contrato fuese rechazado.

La legislatura, después de once meses de retardo, desechó el contrato y aprobó el proyecto del gobierno, reformando algunos de sus artículos. Se proveía á la ejecución de nuevos estudios y la revisión de ellos por ingenieros de reconocida competencia en Europa. Todo esto retardaba, como era natural, la ejecución de las obras.

La comisión de aguas corrientes, en cumplimiento de esta ley, contrató con el eminente ingeniero John Frederic Bateman, de Londres, la dirección de las obras y la formación de los planos y presupuestos que debía enviar con un ingeniero ayudante, lo que sólo verificó en diciembre de 1871 por medio del ingeniero Alfredo Moore. Este señor se ocupó desde el primer momento de complementar, con los datos é informes recogidos, algunos de los detalles que le faltaban.

Debo declarar en honor de la memoria del ingeniero John Coghlan, que sus estudios, con la corrección de un ligero detalle, sirvieron de base á los planos y presupuestos presentados al gobierno por el ingeniero Bateman más tarde.

La comisión de aguas corrientes nombró con anticipación (20 de setiembre de 1871) un comité de cinco ingenieros residentes en el país, para que examinasen los planos y proyectos recibidos; pero divergencias de opinión á este respecto con la comisión, produjeron la renuncia del comité en masa, cuya renuncia fué aceptada. Después de este desacuerdo, no era posible su conservación. La legislatura fué informada especialmente de este conflicto de atribuciones con el doble objeto de que evitara en lo sucesivo tales dificultades y se ocupase al mismo tiempo de proveer recursos proporcionados á la importancia de las obras en ejecución. Para esto sometía á la legislatura un proyecto para contraer un empréstito de \$ 10.000,000 destinados á las obras.

Sobre este punto, el poder ejecutivo se extiende en consideraciones pertinentes, poniéndose en todos los extremos para demostrar la urgencia de arbitrar los recursos necesarios para estas obras, pues los provistos hasta entonces eran insuficientes, y la ejecución reclamaría un tiempo

que no estaba en relación con las exigencias de la higiene pública.

El gobierno de la provincia hizo por su parte cuanto le fué posible para abreviar las obras de saneamiento de la ciudad, manifestando igual interés la comisión de aguas corrientes que estaba encargada de su dirección. A pesar de todo, no tuvo la satisfacción de ver expeditos los caños de desagüe de las cloacas, obstáculo principal para extender la provisión de agua, limitada por esta falta á un número determinado de cuadras, para cuya razón se requerían pozos especiales destinados á las aguas servidas.

Con lo expuesto, creo haber dado noticia de los orígenes de las obras de salubridad desde su planteación hasta que dejó el gobierno el señor Castro, omitiendo detalles, que aunque pudieran ofrecer interés, prolongarían demasiado estos apuntes. Me limitaré por ahora á hacer un ligero resumen de las obras ejecutadas durante este período.

Hasta el 31 de marzo de 1872, el número de casas servidas con agua ascendía á 2468 y la extensión de caños maestros á 715 cuadras hasta el 30 de mayo de 1870; el número de plazas provistas de surtidores de agua era de 23 y las llaves de incendio colocadas 986.

Desembolso hecho hasta 1871..... \$ 22.149,244

Idem por el costo de las obras. » 16.001,813

No puedo enumerar el número de cuadras adoquinadas.

MUELLE DE LAS CATALINAS

Desde el 25 de octubre de 1867 pendía ante la legislatura de la provincia un proyecto del poder ejecutivo para construir un ferrocarril desde el «Once de Septiembre» al bajo de las Catalinas, y hacer en este punto un muelle de carga y descarga. Aconsejaban esta mejora pública los intereses generales de la provincia, promovidos por el ferrocarril del oeste, detenido en el citado «Once de Septiembre».

El gobierno del señor Castro, persuadido de su conveniencia, solicitó de la legislatura la sanción de este proyecto

(21 de junio de 1869). Para llevarlo á ejecución cuanto antes, el gobierno de la provincia, aunque se consideraba facultado para emprender obras de esta naturaleza con sus recursos propios, en los ríos que pertenecen á la provincia, lo puso en conocimiento del nacional, á quien correspondía la reglamentación para los fines nacionales que la constitución le acuerda.

El poder ejecutivo nacional contestó (junio 15 de 1869), negando al gobierno de la provincia esta facultad, y atribuyendo al poder federal la jurisdicción de todas las aguas navegables como la legislación sobre ellas. En la nota expresaba, que el muelle propuesto produciría más bien perjuicios que ventajas, estando el gobierno nacional, ligado á un contrato para la construcción de un puerto precisamente en el punto del muelle proyectado: que el puerto convenía más á los intereses de la nación que al comercio de Buenos Aires, por las facilidades que prestaría á las operaciones de carga y descarga; y por último, que consideraba inútiles los gastos que ocasionaría el muelle desde que la aprobación del congreso al contrato celebrado por el poder ejecutivo nacional para la construcción del puerto, haría innecesario é imposible aquel. Agrega además, en su nota, que sería muy perjudicial á la provincia, si celebrase contratos para la construcción del muelle que sólo una ley del congreso ó el consentimiento del poder ejecutivo nacional puede aprobar y fuese llevado ante la corte suprema de la nación.

El poder ejecutivo de la provincia contestó (julio 21 de 1869) coincidiendo en ideas con el poder ejecutivo nacional respecto de las ventajas de la construcción de un puerto frente de esta ciudad que, á habérsele notificado, habría tenido ocasión de mostrar hasta donde estaría dispuesto á favorecerla: que el poder ejecutivo de la provincia no desconoce la jurisdicción del poder federal sobre los ríos navegables; pero que esta jurisdicción no excluye la que la constitución le acuerda (art. 107) para construir canales navegables y explorar sus ríos, con sus recursos propios, y como consecuencia de esta facultad, ejecutar obras de puerto, sometién dose á los reglamentos dictados por el congreso: que el hecho de

hacer un contrato para obras análogas, no le da facultad para oponerse á una obra autorizada por la legislatura de la provincia, en virtud de aquella prescripción constitucional, mientras no tenga la sanción del congreso, á cuyo conocimiento debió llevar la ley de la legislatura que la autorizó.

Para mayor claridad del concepto constitucional, agregó otras consideraciones pertinentes á la cuestión, con las que termina la nota-contestación.

El poder ejecutivo nacional replicó (agosto 3 de 1869) dando por terminado este asunto é indicando, como un medio de solución, que podía el gobierno de la provincia aprovechar para su muelle del espacio que dejasen al sud las obras del puerto, aunque abrazasen hasta la Boca del Riachuelo.

Contestó por último el poder ejecutivo de la provincia (agosto 5 de 1869), confirmando los principios constitucionales en que antes se ha fundado para negar al poder ejecutivo nacional el derecho de oponerse á la construcción del muelle proyectado y terminando al mismo tiempo con la siguiente declaración: que á su juicio pertenecen á la provincia las tierras que cubren los ríos de la Plata y Paraná hasta el límite que los separa de los estados ribereños, incluyendo las islas en este espacio comprendidas.

Después de las notas cambiadas con el gobierno nacional, sin haber arribado á solución alguna, el de la provincia se dirigió á la legislatura (agosto 12 de 1869), dándole cuenta de la negativa del primero á conceder permiso para la construcción del muelle en el bajo de las Catalinas, acordada por la ley de 21 de julio último. Las razones en que se funda el gobierno nacional, para negar el permiso, se hallan consignadas en las notas citadas que se acompañaban, así como las que invoca el poder ejecutivo de la provincia para reclamarlas.

Este gobierno pretendía algo más: buscar en la solución de la cuestión del puerto la mayor conveniencia á los grandes intereses públicos que envolvía. Con este alto propósito, en el mensaje del 1º de mayo último ya manifestaba su opinión de contribuir á la obra del puerto, pendiente ante una

de las cámaras, con su ayuda ó con la del gobierno nacional si lo tomase por su cuenta. Y como un anhelo persistente del gobierno de la provincia, ya habia obtenido por medio de una respetable casa de Londres, propuestas de ingenieros eminentes para hacer los estudios del río y formar los planos y presupuestos de las obras necesarias.

El gobierno de la provincia rechazaba, para la ejecución de estas obras, á las empresas particulares, que sólo consultan sus intereses privados, siendo los términos del contrato presente, opuestos á los principios económicos que deben servir de base á estas empresas. El mensaje del poder ejecutivo abunda en consideraciones de todo orden, para demostrar que estas obras deben ejecutarse por los gobiernos, y que el de la provincia no rehusaría encargarse de ellas, con la ayuda del gobierno nacional, para lo cual detalla los recursos de que dispone en caso necesario.

Si este caso llegase, debía felicitarse el gobierno nacional en la difícil situación en que se encuentra, de que sea esta provincia la empresaria de esta obra y no una empresa particular, á quien hay necesidad de hacer concesiones perjudiciales, como hechos ulteriores han demostrado la exactitud de esta previsión.

La legislatura de la provincia sancionó (18 agosto de 1869) una minuta de comunicación al poder ejecutivo, en la que le autoriza para ocurrir al poder ejecutivo nacional y pedirle que solicite del senado nacional la suspensión del asunto referente á la construcción de las obras de puerto proyectadas, hasta que sea resuelta por la asamblea la nota del poder ejecutivo de la provincia.

Consecuente con esta solicitud, la asamblea ocupándose del asunto, consideró más conveniente á los intereses de la provincia, renunciar á la construcción del muelle de las Catalinas y dar preferencia á las obras de puerto, tan favorables al comercio de la república y al progreso de la provincia de Buenos Aires.

Colocándose en esta situación, las comisiones de negocios constitucionales y de hacienda del senado aconsejaron á la legislatura la adopción de un proyecto de ley, que conciliara

los derechos de dominio de la provincia con los de reglamentación y legislación del gobierno nacional. Por este proyecto se autoriza al de la provincia para proceder á la construcción del puerto con acuerdo de las autoridades nacionales y con sus recursos propios. Estos se limitaban por ahora á \$ 100,000,000 m.n destinados por la ley á la prolongación del ferrocarril del oeste ; á los fondos votados para la construcción del muelle de las Catalinas ; el importe de los terrenos que resultasen de las obras del puerto y al de los lotes de agua mandados vender por la ley de octubre 25 de 1868.

Puesto el proyecto en conocimiento de la legislatura, ésta le acordó la más amplia discusión. En ella tomaron parte los ministros del poder ejecutivo y los miembros más conspicuos de la legislatura. Después de luminosas sesiones se sancionó el proyecto de las comisiones del senado.

El poder ejecutivo de la provincia lo puso inmediatamente en conocimiento del de la nación (septiembre 4 de 1869), al que rogaba lo elevase hasta el senado ante quien pendía la discusión del proyecto de contrato de las obras de puerto con el señor Eduardo Madero. El poder ejecutivo contestó, con fecha 6 del mismo, haber cumplido los deseos del poder ejecutivo de la provincia.

No fué, sin embargo, bastante explícito éste para la mejor inteligencia del senado, según las publicaciones hechas, lo que obligó al poder ejecutivo de la provincia á dirigir dos notas al senado nacional, dando las explicaciones necesarias para su mejor inteligencia.

Aquí terminó el proceso de este asunto para el gobierno de la provincia, trasladándose la discusión al senado de la nación, donde se debatió extensamente la conveniencia del proyecto de contrato con el señor Madero, patrocinado por el gobierno nacional. En este debate, consignado en las sesiones del congreso, sobresalen los discursos del ministro de hacienda doctor Vélez Sarsfield en defensa del contrato y los del senador general Bartolomé Mitre oponiéndose á su aprobación. Este último reclamaba la preferencia para el gobierno de la provincia, autorizado, como se ha visto, para la ejecución de las mismas obras, fundándose en las pres-

cripciones constitucionales que los favorecían y en las prerrogativas propias, como poder concurrente.

Es notable la abundancia de citas y ejemplos de los Estados Unidos, traídos al debate por el senador Mitre, para sostener sus argumentos, que abrazan una extensión considerable en el diario de sesiones. ⁽¹⁾ Es muy difícil que suceda un esfuerzo oratorio semejante en nuestros anales parlamentarios, no sólo por la calidad de los oradores, como por la materia, objeto del debate.

El término de esta discusión fué inesperado. Había llegado ya el momento de la decisión, cuando se recibió una nota del poder ejecutivo nacional en que comunicaba al senado, que el contratista señor Eduardo Madero le anunciaba, que no le sería posible llevar adelante el contrato sobre el puerto porque creía muy difícil encontrar en Londres capitalistas que quisieran encargarse de estas obras, con la oposición del gobierno de la provincia.

Desaparecido el proyecto por el motivo expuesto, el gobierno nacional indicaba la conveniencia de tomar en consideración el proyecto presentado por el senador Plácido Bustamante en la última sesión, por el que se habilita al poder ejecutivo nacional para aprovechar elementos ulteriores, abonando los intereses del capital invertido en las obras con el producto de éstas.

Había otro fundamento para el poder ejecutivo nacional en la sanción de este proyecto: salvar los principios constitucionales que había defendido en este asunto y habían sido negados ó contradichos por el poder ejecutivo de la provincia en los debates aludidos.

Con esto terminó la discusión del grave asunto que tan seriamente ha ocupado la atención de los dos gobiernos, siendo de deplorar que no hubiese tenido una solución definitiva que hubiera deslindado la jurisdicción concurrente de uno y otro poder, para evitar en lo sucesivo las cuestiones que han surgido del choque de los intereses encontrados de

(1) Los cinco discursos que pronunció, en una edición que tengo á la vista, abrazan la extensión de 184 páginas.

la nación y de las provincias. En los debates habidos en la legislatura de la provincia y en el senado nacional, hay abundante doctrina y principios constitucionales, para resolver con acierto tan fundamental cuestión, que con frecuencia se suscita en el ejercicio de uno y otro poder.

PUENTES EN LA CAMPAÑA DE BUENOS AIRES.

Una de las necesidades públicas, cuya satisfacción reclamaba imperiosamente la situación de la provincia, era la mejora de la viabilidad. Esta se hallaba en el peor estado, no solo por ser las vías abiertas al acaso, á medida que los campos se poblaban, sino porque atravesaba ríos que en la estación de las lluvias, ofrecían mucha dificultad al tránsito por la abundancia de las aguas. Es evidente que la buena viabilidad es el primer elemento para la fácil expedición de los negocios. De la facilidad y baratura del transporte depende el resultado favorable de todo comercio, pues nada se halla fuera del alcance de su acción. Persuadido de esta verdad, el gobierno de la provincia le dedicó preferente atención desde el primero momento.

Como paso previo, mandó estudiar por tres ingenieros competentes el estado de viabilidad de toda la provincia, con encargo de proyectar la corrección de los caminos, con la determinación de los puntos en que el tránsito de los ríos reclamase un puente. Los ingenieros aludidos llenaron su encargo de un modo satisfactorio, presentando planos ilustrativos para la rectitud de los caminos, con la designación de los puntos de los ríos en que debían colocarse los puentes. Estos ascendían al número de ciento diez y nueve que representaban una longitud de 4112 metros lineales con un peso de 4000 toneladas.

Llevando adelante la ejecución de este proyecto, el gobierno solicitó de la legislatura la autorización para gastar \$ 1.000,000, que era el costo presupuesto de los puentes y enviar á Londres un comisionado, que el gobierno designó al ingeniero Luis A. Huergo, para que contratase su construcción. Esta se verificó con la adopción de un sistema, que consistía

en dividir los puentes en trozos de 7, 8 y 9 metros, los que unidos entre sí, según fuese necesario, formaban un puente con relación al largo requerido. Se adoptó esta medida por la variedad de la longitud de los puentes, pues había algunos de una extensión considerable, como eran los reclamados por el famoso «cañadón» del *Vecino*.

Para colocación de los puentes, el gobierno formó una comisión de ingenieros del país, bajo la dirección del ingeniero Juan Coghlan, con los ayudantes respectivos, agregándole una comisión de tres ciudadanos competentes, para que ayudasen, en la parte administrativa, la pronta expedición de aquellas. Gracias á estas disposiciones, pudieron colocarse once puentes en todo, con una longitud de 340 metros, durante la administración Castro (8 abril de 1872).

Entre los puentes colocados se enumeran dos que, por su importancia económica, merecen mención especial: el puente del arroyo del Medio y el del paso de la Postrera. A la inauguración de uno y otro concurrieron el gobernador de la provincia, sus ministros y varios ciudadanos, siendo de notar la asistencia á la del primero, del gobernador de Santa Fe, como una prueba de la amistad de las dos provincias, rivales en otros tiempos por cuestiones políticas y entonces unidas ya por vínculos de fierro.

Aunque no por motivo tan especial, acompañó al gobernador Castro á la de la Postrera el señor arzobispo Aneiros, manifestando con su presencia la importancia de esta mejora pública, que hacía desaparecer el obstáculo secular que el caudal de aguas de este río ofreció en el invierno al gran tráfico de la importante campaña del sud.

La suerte de los demás puentes fué muy diferente. Me cuesta gran violencia denunciar la razón de esta diferencia por la especialidad del hecho que la ocasionó. El gobierno del señor Acosta, que sucedió al del señor Castro, no reconoció la importancia que tenía la provisión de los puentes á la campaña. Así lo demuestran los datos que en seguida consigno, proporcionados por el ingeniero Brian, uno de los que formaban el cuerpo de ingenieros, encargados de la colocación de los puentes.

Como se ha visto, la comisión de puentes habia colocado
entre hasta el 8 de abril de 1872, en que termino el periodo
de gobierno del señor Castro. Posteriormente, comunico al
gobierno (5 junio de 1872) haber colocado 19 puentes con
715 metros de longitud y corto tiempo después 17 puentes
más. Después de esta fecha, dice el señor Brian, se parali-
zaron los trabajos por falta de recursos, por cuyo motivo re-
nunciaron éste y el señor Coghlan sus respectivos puestos.

El ingeniero Brian asegura que los puentes terminados
por la comisión, fueron entregados en condiciones muy sa-
tisfactorias, lo que no impidió, según inspección practicada
después, que sufrieran deterioros de importancia por un des-
cuido culpable de las municipalidades y de los encargados de
su cuidado y conservación. De este modo, los puentes, en vez
de ofrecer un medio fácil y seguro para la travesía de arro-
yos y ríos, eran más bien un obstáculo para el tráfico pú-
blico. A pesar de esto las municipalidades solicitaron la
colocación de 32 puentes, á lo que asintió el gobierno. De
estos puentes solo se armaron nueve con 230 metros de
longitud, quedando los restantes por carecer de fondos la
comisión. En resumen, el número de puentes colocados as-
cendía á 56 con 1822 metros de longitud, faltando solamente
30, para completar el sistema general de puentes proyecta-
do. Hasta esa fecha se habían gastado en las obras ejecuta-
das la suma de \$ 9.178.751 y era necesario para terminarlas
\$ 7.500.000 moneda corriente.

Es de voz pública que de los materiales depositados en
los pasos de los ríos, se perdió una gran parte y que de los
depósitos de este material, se vendieron á la empresa de las
Catalinas los costados de los puentes para un muelle en
aquel lugar. Me abstengo de calificar estos hechos.

PEDRO AGOTE.

(Concluirá).

ROQUE MORENO

(Novela histórica escrita para la REVISTA DE DERECHO,
HISTORIA Y LETRAS)

XIII

Tranquilo y descuidado volvía á su rústica vivienda después de haber pasado la mañana herborizando el señor de la Vega Hermosa con el morral bién provisto de plantas y muy satisfecho de haber enriquecido con nuevos ejemplares, su ya rica colección de orquídeas y helechos, cuando, al ascender el repecho de un barranco, se le presentó Josecillo con el semblante trastornado y le dijo :

— Mi amo es preciso internarse más en el monte y pronto, pronto, porque el enemigo está cerca.

— De qué enemigo hablas José ? preguntó sorprendido don Justo.

— Los montoneros, mi amo, que vienen á prender á su merced ; contestó el negro con voz alterada.

— Donde están y cuántos son ? dijo alarmado don Justo.

— Están á pocas cuadras de aquí, almorzando y bebiendo aguardiente con pólvora para criar valor ; fuí á atisvar si divisaba á Mazamorra que debe traer hoy los víveres, cuando oí rumor de voces y, casi arrastrándome por entre las yerbas, me acerqué lo bastante para ver que, en un claro del bosque, habían como quince montoneros armados ; tenían los caballos atados á los árboles y, á la vez que bebían, disputaban acaloradamente sobre el modo de atacar á su merced ; pero no perdamos tiempo mi amo, pongámonos en salvo antes que sea tarde ; agregó con instancia Josecillo : por el lado del puquio podemos escapar.

Don Justo colgó el merral en una orqueta y tomando su carabina principió á examinar el sebo y á alistar las cargas.

— Ya es tarde mi amo, dijo con desmayo Josecillo, viniendo de fuera; ya se ve la polvareda y se oye el galope de los caballos: antes de diez minutos estarán aquí.

— Huye tú; dijo con pausado acento el caballero; que con la ayuda de Dios y de mi santo patrono Santiago de Compostela, he de venderles cara mi vida.

— Huir sin su merced, mi amo, eso nunca; dijo con resolución el abnegado esclavo, á su merced le debo la vida y por su merced la perderé si es preciso.

Conmovido don Justo lo estrechó entre sus brazos diciéndole.

— Desde hoy no eres ya mi esclavo sino mi hermano.

Y arrodillado ante el Cristo hizo una corta y hermosa oración acompañándolo el negro. Luego trancaron lo mejor posible la puerta de entrada y practicaron de trecho en trecho pequeños agujeros que sirvieran de punto de mira para observar los movimientos del enemigo, correspondiendo con otros en que se apoyara el cañón del arma.

Apenas terminada la operación oyeron el vocerío del enemigo que se acercaba en tropel. Al ver cerrada la puerta de la choza exclamó uno con rudo acento.

— Voto al chápiro! Nos ha sentido y nos aguarda prevenido. Alerta muchachos y á atacar con brío á este infame godo.

En ese instante se oyó la detonación de un tiro que saliendo por entre los intersticios de la quinchá, derribó en tierra á uno de los asaltantes.

— Mala peste! clamó la voz de Cerote; hay que hacerlo cecina compañeros. Apunten!....fuego!....

Y una docena de balas silbando en el aire, fué á perderse entre las totoras que formaban las paredes del rancho.

Una segunda bala saliendo del interior hizo una nueva víctima. Aterrados los asaltantes, se retiraron á deliberar acerca del modo de dar un segundo ataque. Los sitiados tuvieron algunos instantes de respiro que aprovecharon para restaurar la fuerzas tomando un bocado y un vaso de vino.

— Escucha lo que voy á decirte y jura que lo cumplirás, díjole don Justo con solemne voz á su criado.

El negro después de besar devotamente los pies del Cristo, contestó :

— Por este señor crucificado que nos oye, juro mi amo obedecer cuanto su merced me mande.

— Pues bien, dijo Vega Hermosa; pronto nos atacarán nuevamente y yo haré ver á esa chusma cuanto puede el esfuerzo de un caballero español; mi deber me ordena defender mi vida hasta el último instante, y lo cumpliré; pero como son muchos no podré dar cuenta de toda la jauría y al fin me matarán. Mientras pueda servirme de mi arma, me alcanzarás las cargas como hasta aquí lo has hecho; pero si me matan ó me hieren, trata de salvarte que á tí no te perseguirán, pues lo que quieren es mi vida y el oro que suponen que tengo aquí guardado. Tú conoces los vericuetos del bosque y fácil te será ocultarte hasta que pase el peligro.

Le entregó luego su carta de libertad que de antemano tenía lista y una orden á Moreno para que le entregara mil pesos, reservando el resto del depósito para cuando sus parientes de España lo reclamaran.

Repuestos de su sorpresa los asaltantes volvieron con más cautela al ataque. Divididos en dos alas desplegadas, para presentar menor blanco, atacaron unos por el frente y otros por detrás de la cabaña. El caballero ayudado por Josecillo continuó defendiéndose bizarramente y logró hacer morder el polvo á otros dos de los guerrilleros que por el frente lo atacaban, más los que estaban detrás, logrando abrir una brecha con sus machetes le dirigieron un tiro á quemarropa que lo hizo caer exánime. Este triunfo fué celebrado con gritos que atrajeron á los compañeros y lanzándose en tropel al interior del rancho, registraron prolijamente cuanto en él había en pos del tesoro que se prometían encontrar y bramaron de coraje al ver burladas sus esperanzas.

Dos se abalanzaron al exánime cuerpo de don Justo y registrándole encontraron que una gruesa faja le ceñía la cintura.

— Albricias Capitán; dijo Lucero que era el Teniente de la cuadrilla; ya dimos con el tapado del godó; y le arrancó

viciosamente la faja; pero, oh decepción! lo que creyeron cimiento de onzas de oro, resultó ser un áspero cilicio de agudas puas con que mortificaba su cuerpo el penitente caballero.

Soltaron una andanada de soeces juramentos y después de remover hasta las piedras del fogón y de romper cuanto encontraron á mano, se alejaron, furiosos del chasco que habían sufrido, llevándose como únicos trofeos de su hazaña, la carabina que se apropió Cerote; el Cristo cuyas potencias y cantoneras de plata tentaron la codicia de Lucero; y la poca ropa del caballero que se repartió el resto de la tropa.

XIV

Perdióse á lo lejos el rumor de voces y el tropel de los caballos de los insurgentes que acababan de ejecutar obra, no de patriotas sino de desalmados bandoleros á quienes cabía aplicar las palabras de Mme. Roland al subir al cadalso: «Oh Libertad! cuántos crímenes se cometen en tu nombre»!....

De entre un fragoso matorral salió momentos después Josesillo cenizo de espanto y con las manos y las ropas desgarradas por las espinas. Acercóse con cautela y, cierto ya de que los enemigos habían abandonado el campo de la lucha, penetró en la cabaña y se arrojó dando alaridos de dolor sobre el inerte cuerpo de su amo y lo examinó. Del omóplato derecho manaba por una herida la sangre que el esclavo trató de restañar. Púsole la mano sobre el corazón y creyó percibir débiles latidos: aplicó el oído y seguro de que aún le quedaba un resto de vida, corrió en busca de una poca de agua con que lavár la herida y refrescar la frente del moribundo; mas no encontrando taza ni cacharro, porque todo había sido destruído por la insana furia de los montoneros, desciñó su faja y empapándola en el arroyo, humedeció las sienes y los labios de su amo que, entreabriendo los ojos, lanzó un ahogado gemido y dirigió una vaga mirada á su rededor. Recostóle el negro la cabeza sobre su pecho y expri-

miendo algunas gotas del refrigerante líquido en los cárdenos labios, le dirigió dulces palabras de respetuosa adhesión.

Abriendo nuevamente los lánguidos ojos el caballero, murmuró con voz entrecortada:

— Entre mis papeles hay

Mas un nuevo síncope le cortó la palabra por algunos momentos; poco después agregó penosamente:

— Dios mío cuanto sufro En tus manos Señor encomiendo mi alma y la recomien do á tu . . . misericordi . . . dia

Dichas estas palabras, echó la cabeza hácia atras y exhaló el último aliento.

Así acabó su vida, lejos de la patria, en mísera y desmantelada cabaña, el rico hidalgo poseedor de inmensa fortuna. El benefactor de sus semejantes, muere víctima de la codiciosa perversidad de algunos de ellos. En este, como, en otros muchos casos á que la razón humana no encuentra satisfactoria explicación, para no extraviarse en las nebulosidades de una filosofía desconsoladora, cabe repetir la pregunta que los discípulos dirigieron á Cristo al presentarse el ciego de nacimiento: « ¿Quién ha pecado, él, ó sus padres? »

XV

En las expansiones del dolor se observa marcado antagonismo entre el negro y el blanco. El primero grita, gesticula se desespera y, desahogado ya del peso que lo oprimía, se tranquiliza cual si hubiera bebido las mitológicas aguas del Leteo. Su dolor es tempestad de verano en que el cielo cargado de espesos nubarrones, se desata en lluvia torrentosa que lava las impurezas del suelo, refresca las agostadas hierbas, y luego se ostenta sereno, sonriente, luminoso, bañado por los vívidos rayos del sol que cobijando á la tierra con manto de oro, la fecundiza y vivifica.

El blanco tiene un dolor sombrío, casi mudo; pero tenaz como el remordimiento; que deja huellas profundas en su alma; huellas que se exteriorizan en su cuerpo á la manera que

los grandes cataclismos de la naturaleza dejan en la corteza terrestre surcos y disgregaciones, testimonios perennes de las convulsiones subterráneas que en remotas épocas geológicas agitaran al planeta.

Al exhalar don Justo el último aliento, Josecillo lanzó gritos estridentes; mesóse los cabellos; besóle pies y manos y lo llamó con los más cariñosos nombres. Como las antiguas plañideras, en monótona canturria enumeró exagerándolos, los méritos de su difunto amo; y después de esta ruidosa expansión, corrió al Olivar á dar parte del sangriento drama.

Honda impresión produjo en los hacendados del Olivar la noticia del trágico fin del señor de la Vega Hermosa; tornóse lívida la cobriza tez de Moreno y sus trémulas manos dejaron escapar el cigarro que torcía; los rojos labios de doña Chavelita tomaron el color del marfil en tanto que sus ojos agrandados por el espanto le dirigían á Moreno una escrutadora mirada que le hicieron abatir á tierra los suyos cual el criminal ante su Juez.

La doble mirada de los esposos encerraba un mundo de revelaciones que habría facilitado la tarea de un juez instructor; pero en aquella época de trastorno y dislocación social, pasó como escena de interior sin ser notada por los obtusos espectadores del lance. Además, la muerte de un español se consideraba como una acción meritoria y patriótica. Así ofusca la pasión política el sentimiento de la justicia haciendo responsable de crímenes vulgares á la causa santa de la libertad.

El cadáver del señor de la Vega Hermosa fué trasladado en una parihuela á la capilla de la hacienda donde se le hizo un modesto funeral. Sus papeles cuidadosamente recogidos por Josecillo, fueron depositados en una arca donde bien pronto fueron olvidados.

XVI

¿Encontró Moreno la felicidad que se prometía con la posesión del oro del huésped y benefactor á quien tan vilmente traicionara? No; pues cada vez que á la media noche, para

librarse de indiscretas miradas, intentó ir á sacar el codiciado metal, su conciencia asustadiza fingiéndole fantasmas vengadores, lo hacía huir despavorido. Después de varias tentativas infructuosas, se resolvió á hacerse acompañar por un su primo á quien condujo con los ojos vendados después de hacerlo jurar que no intentaría descubrir la secreta entrada del sótano; y tuvo que partir con él la suma que entre ambos sacaron, no atreviéndose á repetir la visita de miedo de ser traicionado por su acompañante.

No era más feliz en su hogar: su esposa antes tan amante y afectuosa, le mostraba repulsión y desdén. En vano procuró excitarla hincándola el aguijón de los celos, pues, no logró sacarla de su glacial indiferencia; su corazón estaba muerto para él. Ese fué un nuevo estímulo que exaltó su pasión; esa mujer le pertenecía, era suya según las leyes divinas y humanas y, sin embargo no la poseía; un muerto le disputaba su amor que él hubiera adquirido aun á costa de todo el oro de que era poseedor, si con oro pudiera comprarse el amor cuando se ha perdido junto con la estimación del sér amado. La espina de los celos torturaba su alma y ni aún tenía la triste satisfacción de vengarse, porque su rival era una sombra, un fantasma, un muerto; un muerto que en sus largas noches de insomnio, lo acechaba con risa satánica burlándose de sus tormentos y trastornando su cerebro con acres y libidinosas visiones.

Si Moreno sufría extrañas alucinaciones, fruto natural de su turbada conciencia, no sufría angustias menores su esposa. De escasa instrucción pero de rectos principios, doña Chavelita había ratificado en su conciencia el juramento que ante el altar hiciera de ser fiel al que le daba su nombre y que era el padre de sus pequeños. Y su vida transcurrió uniforme y serena como la límpida superficie de un cristal, hasta que vino á turbarla la presencia y la trágica muerte del caballero español. Desde entonces su corazón en vez de reflejar la imagen de Moreno, le presentaba con mortificante pertinacia la gallarda figura de Vega Hermosa, por más que invocara en su favor el auxilio del cielo.

XVII

Tres meses, día por día, habían pasado desde el del trágico fin de don Justo, cuando ocurrió el extraño incidente que vamos á narrar.

¿Fué ello ilusión de doña Chavelita? ¿Su calenturienta imaginación, su excitado sistema nervioso le hicieron ver fantasmas y oír la voz del finado caballero cuyo recuerdo embargaba constantemente su espíritu? Tal pudiera suceder; pero afirmaba ella y por Dios y por sus santos que estaba bien despierta y en el pleno uso de sus facultades cuando ocurrió el lance. Y todavía Allan Kardec no había fundado el espiritismo; ni doña Chavelita tenía noticia alguna de los prodigios de Mesmer y de Cagliostro y casi podríamos asegurar que ignoraba igualmente que, según la Sagrada Escritura, la pitonisa de Endor, á petición de Saul, evocó el espíritu de Samuel que le predijo al rey de Israel las desgracias que luego le sobrevinieron.

Tratándose de lo maravilloso, la humanidad fué y será siempre crédula. Ni, cómo censurarla si aún quedan por recorrer tantos velos; por averiguar el *cómo* y *porqué* de tantos inexplicables fenómenos; cuando la sugestión y el hipnotismo amenazan demoler creencias que, como el libre albedrío y la conciencia constituían la base del edificio de la sociedad? . .

Pero, huyamos de tales profundidades de las que para salir airoso no nos bastaría el hilo de Ariadna y volvamos á reanudar nuestro interrumpido relato.

Cierta noche, no pudiendo conciliar el sueño, se arrojó de la cama doña Chavelita y envolviéndose en un ligero peinador, salió en pos de aire más fresco que calmara la excitación de sus nervios. Apenas llegaba al ancho corredor de la casa, cuando ¡oh prodigio! cerca de sí vió á manera de una sombra blanquecina que la recordó la silueta de don Justo y oyó su voz que con serena pero triste entonación le dijo:

«La memoria de los muertos, no ofende á los vivos;

que vuelva, pues, la calma á vuestro espíritu »... y después de una pausa agregó :

« Entre mis papeles hay un legajo atado con cinta negra; podéis enteraros de su contenido y, luego, ved de remitirlos á mi madre á España »...

Haciendo un supremo esfuerzo, doña Chavelita extendió ambos manos haciendo ademán de coger al que le hablaba, pero sus manos se juntaron en el vacío : la sombra había desaparecido. Medio paralizada por el terror volvió á su cuarto y se arrojó sobre su lecho sudando y temblando á la vez.

Así la encontró el nuevo día en que mustia y desfallecida, después de orar fervorosamente á la Virgen de Mercedes, su protectora, se dirigió al arca donde estaban encerrados los papeles del hacendado de San Honorio y á poco que buscó, encontró el legajo atado con lazo negro y dirigido : « A la Exema. señora doña María del Pilar de Zárate, Condesa viuda de Pinar del Río ».

Tomando grandes precauciones para no ser sorprendida, encerróse en su aposento y emocionada leyó lo siguiente :

« Madre :

« Si me toca comparecer ante el Eterno antes que dejéis « esta mansión terrenal y si vuestros ojos llegan á recorrer estas líneas, ellas os instruirán de mi inmensa desdicha y de mi inculpabilidad.

« En mis paseos solitarios por la florida vega que circunda nuestra hermosa Granada, conocí y amé con todo el fuego de la adolescencia á Carmela que habitaba, sola con su madre, una linda casita á orillas del Genil y que, con una modesta pensión de viudedad de su padre, antiguo militar del ejército español, constituían todo su haber.

Pronto nos entendimos y llegué á prometerle que, mediante el consentimiento de mis padres que esperaba obtener á pesar de la desigualdad social que nos separaba, le daría mi mano y mi nombre. Fué mi primer amor y la creí un ángel : hechos posteriores se encargaron de probarme que sólo era un instrumento de la loca ambi-

en de su madre que sabía explotar hábilmente su belleza y mi inexperiencia.

Con el pretexto de cazar ó de buscar plantas raras para mi colección, ibame por las tardes y pasaba horas que siempre me parecían cortas al lado de Carmela, pero sin «que nos perdiera de vista doña Mencía su madre.

« Hallábame en el colmo de la dicha y solo aguardaba « una ocasión propicia para solicitar de mis padres el « permiso de pedirla á su madre, cuando recibí por correo « una carta anónima concebida en estos términos :

« Carmela se burla de vos: si deseáis persuadiros de la « exactitud de este aviso que os da una persona que se interesa por vuestra felicidad, espiadla en sus paseos alguna tarde que ella no os aguarda y la veréis prodigando sus favores á vuestro rival».

« Al leer este escrito sentí que el infierno de los celos se encendía en mi corazón. Engañarme la dulce, la cándida « niña de quien me gloriaba yo de ser el primero y único « amor!... Tan pronto la culpaba recordando mil indicios « reveladores de su falsía, como, arrepentido, desechaba horrorizado tales sospechas que me calcinaban el cerebro « y me torturaban el corazón.

« Preciso era despejar la pavorosa incógnita y con tal fin « les anuncié á doña Mencía y á Carmela que dejaría de visitarlas algunos días porque mi padre me comisionaba para « ventilar en Sevilla, cierto asunto de interés por estar impedido de hacerlo mi hermano Fernando que, siendo el « primogénito, estaba encargado de los negocios de familia desde que la cruel parálisis tenía á mi buen padre « privado de acción por más que su cerebro actuara con la « más perfecta regularidad.

« Hecho esto y tomando las más escrupulosas precauciones para no ser descubierto, púseme en acecho.

« El primero y segundo día, nada ví que justificara la infame denuncia; y ya principiaba á recobrar la perdida « calma, cuando el tercer día, casi á la hora del Angelus, « veo salir de la casa á Carmela de bracero con un hombre « cuyo rostro vuelto hacía doña Mencía no podía yo distin-

« guir. Con furioso arrebató echéme á la cara mi escopeta de
« caza y salió silbando una bala que, con certera puntería
« atravesó á mi rival; lanzó éste un gemido y cayó para no
« levantarse más!...

« Horrorizado de mi acción, huí del lugar del suceso sin
« ser visto y me encerré en mi habitación: la conciencia
« me gritaba: «Eres un asesino»!...

« Pocas horas después, las voces y carreras de la servi-
« dumbre y el llanto de mi hermanita Pilar me anunciaron
« que alguna gran desgracia ocurría en la casa. Salí apre-
« surado y en el perístilo del palacio miré un cuadro aterra-
« dor: varios individuos llevaban el cadáver de un hom-
« bre; descubro precipitado su restro y... horror! el muerto
« era mi hermano Fernando y yo... no cabía duda; yo
« era su matador!...

« Vuestra desesperación, madre mía, y la vista del pobre
« inválido que se encerró en sombrío silencio, acabaron de
« ensombrecer mi espíritu.

« Vuestro llanto y el mustio semblante de mi padre que
« parecía no darse ya cuenta de lo que á su rededor pasaba,
« eran agudos puñales que ahondaban más y más la herida
« de mi alma. Muchas veces estuve á punto de delatarme
« como asesino de mi hermano; pero la consideración de
« que esta confesión no haría sino agravar los sufrimientos
« de los míos, selló mis labios.

« Tal fué la verdadera causa de esa gravísima enferme-
« dad que puso en peligro mi vida y de la que muy á mi
« pesar me salvó el talento médico del doctor Gobín. No
« habiendo logrado el alivio de morir, me decidí á viajar
« con el pretexto de acelerar la convalecencia.

« Las lágrimas de mis padres y de mi hermana caían
« cual plomo hirviente en mi corazón y aún en sueños
« creía oirme apellidar CAÍN!

« Huí, pues, de mi hogar y me vine á este país hos-
« pitalario, al Perú; donde me han llovido las riquezas
« que no ambicionaba. ¿Para qué las ha menester el pros-
« crito?

He hecho el bien que he podido; he macerado mi cuerpo

« con la penitencia y me he privado hasta de los más lie-
« tos goces en expiación de mi involuntario crimen.

« Después de diez años de vida solitaria, la cruel guerra
« en que están empeñados mis compatriotas y los peruanos
« que con buen derecho—justo es reconocerlo, —aspiran á
« conquistar su independencia, me ha hecho pensar en vol-
« verme á España á mi hogar desierto por la muerte de mi
« padre y el matrimonio de mi hermana. Mas, para el no
« improbable caso de que mi nacionalidad hoy odiada en el
« Perú, sea causa de mi muerte, escribo esta confesión que
« Dios, en su infinita misericordia, hará que llegue á vues-
« tras manos. Ella os explicará la extraña conducta y apa-
« rente ingratitud de vuestro hijo que hoy cifra su am-
« bición en besar vuestras venerandas canas y consagraros
« lo que le resta de vida.

« De rodillas implora su perdón, madre adorada, vues-
« tro desgraciado hijo,

« *Justo.*

« P. D. Mi vida corre un inminente peligro; ella y mi
« caudal consistente en 10.000 onzas de oro, he debido con-
« fiarlos á la lealtad de un peruano: don Roque Moreno, en
« cuya amistad confío. Mi hacienda de San Honorio que
« he dejado á cargo de un administrador don Sebastián Pa-
« lomino, es probable que sea confiscada por el gobierno
« patriota ».

Al terminar esta lectura, doña Chavelita besó piadosa-
mente el legajo; atólo nuevamente y le puso bajo de otro
sobre con el propósito de cumplir la última voluntad de don
Justo; pero fué interceptado por Moreno que lo redujo á
cenizas por su propia mano.

XVIII

Han pasado algunos años después de los sucesos que he-
mos narrado. Al estacionario y caduco Virreinato español,
ha sucedido el gobierno republicano con sus agitaciones y
turbulencias, amargo fruto de la ambición de los caudillos

militares siempre en pos del medro personal disfrazado con las palabras de *Patria y Libertad*.

El negro Mancebo natural de Lima y criado con indiscreto mimo por una de aquellas señoras de rancio abolengo y escaso meollo, era una de esas naturalezas depravadas que los discípulos de Lombroso excusan con el pretexto de un desequilibrio mental ó presentan como víctimas inconscientes de un fatal atavismo que los impele al crimen con fuerza irresistible.

Autor de diecisiete asesinatos, estuvo á punto de ser fusilado por sus crímenes cuando Roque Moreno, después de comprarlo á vil precio, merced á sus influencias políticas logró salvarlo del patíbulo y lo llevó al Olivar en donde continuó la negra carrera de sus crímenes.

Cada vez que la justicia pretendía apoderarse del culpable para imponerle el merecido castigo, Moreno interponía su influencia y lograba salvarlo, contentándose con hacerle remachar una barra de grillos y propinarle un novenario de cincuenta azotes.

Mancebo juró vengarse; y con tal fin tramó sigilosamente una conjuración entre los esclavos del Olivar y los de las haciendas próximas; el plan de los conjurados era asesinar á sus respectivos amos y dirigirse á Lima sublevando á los esclavos de las haciendas de la Costa; y una vez en Lima, suplantar al presidente General Gamarra, ó por lo menos imponerle condiciones como lo hicieron los plebeyos romanos en su retirada al Monte Sagrado.

En momentos de estallar la conspiración, el mayordomo de la hacienda le participó á Moreno lo que ocurría, y presentándole un buen caballo ensillado, le aconsejó que se pusiera en salvo.

—Donde mueran mi mujer y mis hijos, moriré yo; contestó resueltamente Moreno.

—Mi amo, díjole el fiel criado, mi señorita y los niños no corren peligro alguno: respondo de su vida.

Cediendo Moreno á los ruegos de su esposa y á las instancias del mayordomo, emprendió la fuga; pero después de recorrer dos leguas y cuando ya podía considerarse salvado,

cual si una fuerza fatal le impulsara, hizo volver grupas á su caballo y regresó á la hacienda. Cabía aplicarle la expresión popular: «Lo arrastró la sogá».

Los esclavos amotinados cercaron la casa. Cediendo Moreno á las súplicas de su esposa y tal vez con la mira de ocultarse en el sótano, se refugió en la capilla tras de una imagen de la Virgen de Mercedes; pero visto por una esclava, lo delató á los sublevados. Un grupo de éstos se dirigía á la gran sala de la casa donde agrupada la familia, aguardaba aterrada la muerte.

En tan críticos momentos se presentó el cabecilla Mancebo y haciendo con su puñal una raya en el suelo como separando á las víctimas de los victimarios, volviéndose á sus subordinados, les dijo con voz de autoridad:

—Muchachos! El que toque siquiera á la ropa de mi señorita, lo coso á puñaladas!...

El bandido guardaba gratitud á su ama, que alguna vez después de la flagelación había curado piadosamente las desgarraduras de su piel é intercedido para que se suspendiera el cruento castigo.

Sumisos los amotinados á la voz de su jefe, abandonaron la sala y se dirigieron á la capilla; descubierto el escondite de Moreno, fué bajado á empellones hasta las gradas del altar mayor donde le acribillaron á puñaladas y sólo se retiraron cuando lo creyeron muerto.

Viendo alejarse á sus asesinos, Moreno casi agonizante se incorporó devotamente y principió á implorar perdón de sus crímenes y especialmente de la alevosa muerte de don Justo.

En ese instante entró Cucho, negro joven por quien Moreno había tenido especial predilección; pero que siendo aún niño, al darle un bocado de su plato en la mesa, ensartó-le casualmente un ojo con el tenedor. Cucho, que había olvidado los favores, mas no el daño inconsciente que le infiriera su amo, al ver que aún daba señales de vida, clavóle con fiereza su puñal en el corazón, diciendo:

—Toma blanco: tú me pusiste tuerto por amor y yo te mato por rencor. Mueran los blancos!!...

Tal fué el trágico fin de Roque Moreno; naturaleza indó-

mita y bravía, hombre de pasiones fuertes, pero que no carecía de nobles y generosos sentimientos que, bien dirigidos y desarrollándose en un medio ambiente más favorable que aquel que la suerte le deparara, habría podido ser un útil y activo ciudadano.

XIX

Esta, como tantas otras de esas tormentas sociales tan frecuentes en el Perú mientras subsistió ese crimen de lesa humanidad llamado *esclavitud*, verdadero sarcasmo en una nación regida por el sistema republicano, tuvo al fin su término. La justicia recobró sus fueros; se siguió un proceso indagatorio y Mancebo fué condenado á morir en el teatro de su último crimen. Los principales cabecillas fueron fusilados uno en cada una de las haciendas de la Provincia como un medio de ejemplarizar á los adversarios. Repitióse una vez más la anomalía de la sociedad que, no interviniendo en el mejoramiento moral de los asociados, se abroga, sin embargo, el derecho de castigar las infracciones de esa misma moral: justicia que no discierne premios á la virtud, pero sí castigos al vicio; llegando hasta disponer de la vida que no tiene el poder de dar.

Muerto Moreno, su esposa vendió la hacienda y se consagró á la educación de sus hijos y á rendir culto á la memoria de los dos hombres que, aun después de muertos, se disputaban el dominio de su corazón. Cuidó, sí, de sacar de la capilla la imagen de la Virgen de Mercedes tras de la cual se refugió su esposo y que tan mal correspondiera á la confianza de su devoto. Dicha imagen es venerada hoy en el templo de N. S. de las Mercedes en Lima. En cuanto al depósito de don Justo, creyó una profanación tocarlo: le llevaría desgracia á sus hijos!

XX

El comprador de la hacienda del Olivar fué don Diego Lagunas, el mismo que acompañó á Moreno en la primera visita que hizo al tesoro de don Justo. Como se recordará,

Moreno tomó la precaución de llevarlo con los ojos vendados y no omitió medio para desorientarlo acerca del camino que iban á seguir; pero don Diego que, cuando del vil metal se trataba era sabueso de fino olfato y ducho en artimañas, cuidó de llenarse los bolsillos con granos de arroz que con disimulo fué regando y que le sirvieron de guía al día siguiente para marcar el lugar del apetitoso escondite; dejando al tiempo y á su propia habilidad, el cuidado de llegar á él sin tropezar con los hercúleos puños de su primo que por experiencia sabía que era de malas pulgas.

Cuando compró el Olivar, contaba con que encontraría el tesoro casi intacto y allí fué el echarse á edificar castillos en la luna; pero no contó con una pulmonía doble que en cuatro días lo llevó al trance fatal.

Recibida la cruel sentencia de que se dispusiera para emigrar del planeta, don Diego hizo llamar con premura al confesor y al escribano. Aquello del tesoro de la capilla, le escarabajeaba la conciencia, pues no ignoraba quienes fueran sus legítimos dueños: en la duda de lo que debía hacer, acaso alentado por la esperanza de que mediante algunas mandas piadosas podría disponer del resto en favor de sus hijos, llamó á su cabecera á un fraile dominicano de muchas campanillas que se encontraba de tránsito en el pueblo vecino.

Algo de esto barruntaba don Martín, hermano menor de don Diego, mozo parrandista y calvatuerno que se jactaba de que á él *nadie le pisaba el poncho*; y que, lleno de trampas y enredijos á causa de sus juveniles devaneos, por pescar cien duros habría sido capaz de arrancarle el turbante al Gran Señor. Ciertas palabras que en medio de sus congojas se le escaparan á don Diego, le dieron un cabo de la maraña y desde entonces se puso en acecho, uniéndose al enfermo como la piel á los huesos.

Cuando de confesión se trató, ofrecióse á acompañar al reverendo del pueblo á la hacienda; dándose trazas luego para ocultarse bajo del catre que era de los llamados de viento ó de tijera; y cuando entre amargas congojas don Diego habló del tesoro oculto en el altar mayor de la capilla

del Olivar, sin esperar á oír más, salió de estampida y enredándosele las espuelas en los flecos de la colcha, prodújose un incidente trágico burlesco; pues, botó el catre y cayó el enfermo sobre el fraile que fué rodando buen trecho por el suelo; y acudieron familia y criados y hubo gritos y zambra y alharaca y en medio de ese pandemoniun hizo el enfermo lo que nuestro tradicionalista llama « la morisqueta del carnero; » es decir, dió la última boqueada.

Vanamente buscó el atolondrado don Martín el codiciado tesoro; pues no pudo atinar con el secreto de la entrada, aunque demolió una buena parte del altar mayor.

Años más tarde, casóse la viuda de don Diego con un cierto italiano de dorada barba y maquiavélica astucia que, con paciente trabajo, llegó á descubrir el secreto del escondite y fué el afortunado poseedor de las rubias peluconas del señor de la Vega Hermosa, que le sirvieron para comprar títulos de nobleza en su país y para formar parte en el Perú del privilegiado grupo de los consignatarios de Huano; cumpliéndose una vez más el dicho ó sentencia: « Nadie sabe para quién trabaja ».

Lima 1898.

TERESA GONZÁLEZ DE FANNING.

ORÍGENES NACIONALES

NARRACIONES RIOJANAS

(Escritas para la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS)

(CONTINUACIÓN)

EL PRONUNCIAMIENTO DEL AÑO 40

El general Lamadrid y sus coaligados en Tucumán se consideraron impotentes para el desarrollo de la empresa que tenían proyectada, sin el concurso del gobernador Brizuela. Explorando los medios de que habían de echar mano, validos de agentes reservados, encontraron aquellos iniciadores, dos personajes distinguidísimos por su respetabilidad, cultura y otras dotes de las que constituyen la competencia para la dirección de los destinos políticos de las grandes causas.

Fueron estos los malogrados don Andrés Ocampo y don Ramón de Brizuela Doria (a) Dávila, hermano mayor de aquel héroe que se batió cuerpo á cuerpo con Quiroga, y cuyo fin desastroso narraremos más adelante. Estos, aproximados á Brizuela, llegaron á merecer su confianza hasta ser nombrados ministros de gobierno respectivamente y caracterizados enviados especiales cerca de la coalición del norte en Tucumán, para sellar el pacto del pronunciamiento, que tuvo lugar en dicha ciudad el 13 de Abril de aquel año, nombrándose en el mismo acto director del movimiento político y militar al general Brizuela, según queda anunciado,

declarados en asambleas los pueblos signatarios y movilizadas sus respectivas milicias, para su adiestramiento en el manejo de las armas y disciplina del servicio.

El general Lamadrid, para darse cuenta por sí mismo de la sinceridad y fidelidad de procedimiento de su nuevo aliado, realiza una visita, especie de revista sobre los recientes preparativos bélicos de la Rioja, donde es recibido con los respectivos honores militares, formación y desfile en derredor de la plaza. Decían los más avezados que este jefe, no dejó de abrigar temores á alguna celada, propia y natural de la época en que su flamante aliado se había formado; pero nada acaeció y á su regreso llevó mejores impresiones.

Los ministros nombrados imprimieron tal prestigio á la reacción, que el pueblo en masa, como un solo hombre se adhirió á ella, como el único recurso de reconquistar los derechos políticos usurpados por la tiranía.

LA CAMPAÑA SOBRE CÓRDOBA

En ejecución del plan adoptado, el general Lamadrid en combinación con las fuerzas organizadas en la Rioja arranca su marcha desde Tucumán con un ejército que no pudo exceder de mil hombres por falta de armamento, y la Rioja que los tenía superabundantes no concurrió á la cita sino con un número aproximadamente igual de las tres armas. A su arribo á dicha ciudad el general nombrado, al frente de aquellas fuerzas, creía reforzar su ejército con nuevos elementos de refresco, para pesar sobre el Litoral, y proteger el movimiento del general Lavalle, iniciado en Corrientes. Es demasiado conocida la historia de esta campaña hasta el desastre del Quebracho-Herrado para que nos ocupemos de ella; pero seguiremos nuestro propósito de relatar, siquiera sea á grandes saltos, los sucesos que fueron la consecuencia de aquel desastre.

No lejos del teatro desgraciado para las armas de la libertad, se incorporaron, ó mejor dicho, se refugiaron los derrotados, en los campamentos del general Lamadrid. Si por una fatalidad, no llegaron á reunir los dos ejércitos antes del desastre,

siquiera se consiguió contener la persecución tenaz del enemigo triunfante. Así arribaron ambos generales á la ciudad de Córdoba. El uno con su ejército, que no había percibido el olor á la pólvora, y el otro que se reorganizó tranquilamente, bajo los respetos que infundiera aquel. El general Lavalle fué recibido y rodeado de lo más selecto é ilustrado de aquella ciudad: algunos de entre estos que se consideraron con título que los habilitara, se propusieron explorar el plan de campaña de dicho general y discutirlo. Este no sólo no aceptó aquel concurso, sino que desconoció á los doctores su competencia en achaques de estrategia y planes de campaña. En tal situación, pronuncióse el fatal *sálvese quien pueda*, con la más tétrica emigración de aquellos ciudadanos, que se consideraran huérfanos de toda influencia ante el tirano y sus servidores, hácia el extranjero unos, y siguiendo la suerte de las armas otros, para ceder el campo al ejército triunfante que ya se hacía sentir.

Lavalle y Lamadrid, que aún abrigaban la creencia de refaccionar en el norte y provincias de Cuyo un ejército bastante fuerte, capaz de resistir al que dejaban á su espalda, toman la dirección norte de la ciudad que abandonaban: desde un punto conveniente como « Los Algarrobos », dividen las fuerzas por diversas direcciones. El coronel Vilela con una división fuerte como de 800 á 1000 hombres, es desprendido hácia el oeste con dirección á Cuyo; el general Lamadrid, seguido de algunos oficiales que, de entre los riojanos quisieron tomar servicio con él y las fuerzas del norte, va en la dirección de Tucumán, despachando á su provincia la división riojana; el general Lavalle á Catamarca, para luego pasar á la Rioja, donde iba á estrellarse en la inercia y nulidad de Brizuela, pues sus ministros nombrados no pudieron dominar las costumbres tan arraigadas y los vicios inveterados de su caracter.

Vilela con su consigna organizó la marcha de la división; pero ignoraba que el general Pacheco, lo seguía de cerca. Se explica esta ignorancia, porque habiéndose difundido entre las masas la voz de que aquella división eran los restos de un desastre, no contaba ésta sino con el suelo que pisaba,

y con el desafecto de las rústicas poblaciones que iban quedando á su espalda, sin poder desprender un solo espía á su retaguardia. Ni siquiera el coronel nombrado sospechó de tal enemigo que le pisaba el rastro y encendía sus fuegos sobre las cenizas candentes dejadas por la división que le precedía, con la circunstancia agravante para ésta, de que el gauchaje de entonces era adicto á la causa de la federación, sinónimo de bandalaje, carácter que Rosas le imprimiera, y cuadraba perfectamente á los instintos de aquel. Así, el general Pacheco recibía detallados y superabundantes informes de la situación del enemigo que perseguía, con la convicción de poderlo sorprender y aniquilar desprevenido.

En efecto, la división Vilela llega á una aldea denominada *Sancaia*, provincia de Córdoba, donde encuentra al paso un cerco de maizal, apropiado para apacentar el ganado y dar descanso á la tropa, cuando inopinadamente en pleno día, bajo un sol ardiente, siéntese el unísono de cajas y clarines, seguidos del estampido de fusilería y fragor de las caballerías que avanzaban y circundaban aquel cerco. Aquella descomunal sorpresa produjo el desbande más absoluto y el sálvese quien pueda. En tal confusión: estrelláronse á romper el cerco, con armas ó sin ellas, á pie ó á caballo en pelo, para defenderse comoquiera de caer prisioneros de aquellos verdugos del tirano. Allí fué la segunda carnicería después del Quebracho-Herrado.

Los derrotados tomaron rumbo hácia la Rioja, buscando la incorporación con el general Lavalle, sufriendo en el trayecto las mayores penurias, en número muy diminuto, porque la mayor parte de esa fuerza quedó prisionera en el mismo campo. Gracias á que en el vasto trayecto á recorrer estos desgraciados, no solo no fueron hostilizados en los renombrados campos de los llanos de la Rioja, sino que recibieron la hospitalidad del correligionario; porque estaba también en la conciencia de todos esos moradores, que el ya entonces comandante Peñaloza (Chacho) hacía causa común con el general Lavalle.

Llegado á Catamarca este general, debía ponerse en práctica su plan preconcebido de pulsar por sí mismo el poder

militar de Brizuela, para desarrollar un plan de ataque ó defensa. Puesto ya en la ciudad de la Rioja y al habla con su aliado, experimentó el más profundo desencanto, convencido de que no podía asumir el mando militar en jefe de las milicias movilizadas, que solo reconocían al general Brizuela. En tal situación, aquel jefe reorganizó un cuerpo de ejército, casi en su totalidad de correntinos, tanto de los que llevó consigo, cuanto de los restos de la sorpresa de Sancala, mientras su aliado disponía de las fuerzas de la provincia, que no recibían, ni acataban otras órdenes que las de su propio jefe. Aquel, entre tanto, pudo propiciarse la voluntad del comandante Peñaloza, divorciándolo de las costumbres y hábitos de mando del general Brizuela. Destacó un pequeño núcleo de soldados de su ejército propio, al mando del coronel Baltar, y lo agregó al que tenía consigo aquel (el Chacho) para ocupar los llanos de la Rioja, aumentar la fuerza hasta donde las circunstancias lo aconsejaran y hostilizar como en montonera á todo ejército, ó fuerzas que amenazaran la estabilidad actual de la autoridad de aquella provincia. En efecto, cumplieron estos su consigna hasta incorporarse al ejército del norte que al mando del general Lamadrid debía apoderarse de las provincias de Cuyo.

La permanencia de esos dos ejércitos en la capital de la provincia, era ya insostenible y casi inconveniente por la duplicidad de mando militar. Entonces el general Lavalle resuelve la ocupación temporaria de los departamentos del oeste (Chilecito) y marcha por el norte. Ya se hacía sentir por la parte sur el ejército de Cuyo al mando del fraile Aldao y del general Benavides.

Consignaremos aquí un episodio de aquellos momentos para reanudar después nuestra narración. Llegaba á la Rioja el reverendo padre Aldasor, nativo de esta ciudad y residente en el convento de franciscanos de Mendoza, conocidamente adicto á la causa de Rosas, bajo cuyas influencias fué condecorado con la mitra del obispado de Cuyo. Era correligionario, por consiguiente, del fraile Aldao. Recibió el general Lavalle la denuncia de que aquel reverendo ejercía

la misión de propagandista contra la causa de la libertad, bajo el hábito sagrado que investía. El general militarmente lo aprehende en calidad de espía y es conducido hasta un pueblo de indios (Machigasta). Allí se proponía aplicarle la última pena breve y sumariamente. Agregados á la división iban algunos ciudadanos emigrados desde Córdoba y de la ciudad que acababan de abandonar. Como amigos de causa y en el interés de evitar aquel espectáculo, acercóse al general alguno de aquellos (don Fermín Soaje) quien á nombre de la moral política de la causa que defendían, pudo llevar al convencimiento de aquel jefe, que tal acto iba á imprimir en las masas, no solo el desprestigio, si que también la execración pública de aquellas mismas que no habían visto humear los hábitos sagrados de un ministro de Jesucristo bajo el fuego de la justicia partidaria. Fué absuelto y puesto en libertad de reunirse con su mandante.

El general Lavalle continuó su marcha, arribó á Chilecito, donde estableció su cuartel general, recibiendo las ovaciones del partidismo que lo acataba. En tanto, Brizuela amenazado de cerca por el fraile Aldao á la cabeza del ejército de Cuyo, traspone con los suyos la sierra de Velazco, para ponerse en contacto con el general Lavalle, en la imposibilidad de resistir al invasor. Entre los ciudadanos que abandonaban la ciudad á aquel, para correr la suerte del partido, se contaba don Vicente Bustos, que un buen día desapareció de entre los amigos de causa, para presentarse al ejército del fraile Aldao, á riesgo de ser recibido como espía. Pero no sucedió así, pues, siendo conductor de preciosos datos para el enemigo y con la protesta de fiel soldado de Rosas, adquirió la recompensa propia de aquel acto, que lo caracterizó para los futuros acontecimientos, de que más adelante nos ocuparemos.

El general Lavalle entretanto, ya no se preocupaba de conferenciar con su colega, que estableció su cuartel general á una legua distante y mantenía á sus órdenes un medio batallón de infantería local comandado por un capitán boliviano (Arispe de Urdininea), casado en la localidad con una señora de buenas familias, cuyo nombre no hace al caso.

El general, bien por razón del servicio, ó por algún otro medio contrajo amistad con aquella dama; amistad que al capitán no le supo bien, optando en consecuencia por conferirse la misión de Urias, á fin de vengar por ese medio la ofensa que creía recibir. Un día desapareció del servicio como de la localidad, para tramontar la sierra de Velazco, sólo como lo hizo, con las insignias de su cargo para presentar sus servicios de tránsfuga al enemigo; pero lo hizo con tan mala suerte que, á diferencia de su colega el señor Bustos fué recibido por espía y fusilado en la plaza de la ciudad de la Rioja.

El fraile Aldao, entre tanto, en posesión de datos fidedignos como los que había recibido de la situación del enemigo que perseguía, tramontaba la sierra de Velazco. El general Lavalle, sin elementos bastantes de resistencia, por aquella dualidad de mando militar, que no le permitía regularizar las fuerzas de la provincia, optó por abandonar sus posiciones, para hacer rumbo al norte por los departamentos del oeste de Catamarca, con aquel cuerpo de ejército á que nos hemos referido, haciendo parte de la expedición la viuda Arispe, familia de ésta, y muchos otros ciudadanos que se consideraban comprometidos, cuyas vidas corrían inminente peligro si caían en poder de los sostenedores de la tiranía.

Brizuela, entonces, más impotente aún que Lavalle, tomó diversa dirección, casi en derrota, hácia al oeste, por la serranía y cuesta de Sañogasta, acompañado de su fiel ministro el honorable y distinguido patriota don Ramón de Brizuela y Doria. Fué alcanzado en plena serranía por la vanguardia del ejército invasor, asesinado en el mismo punto y hecho prisionero el señor de Brizuela y Doria, que en calidad de tal era conducido con dirección á San Juan, cuando inopinadamente, en las primeras jornadas (quebrada de Vilge) fué sorprendido por sus propios guardianes, que le dieron muerte alevosa. ¡Víctima espiatoria de su figuración política en la coalición del norte!

El general Lavalle no fué hostilizado por las fuerzas que en triunfo se apoderaron de las posiciones que aca-

baban de abandonarles, aquellas divisiones; porque seguramente sus informes, suministraban al invasor el convencimiento, de que una tenaz persecución á aquel, no le daría los resultados, que con Brizuela. Así estableció un sistema regular de marchas, sin obstáculo serio, sino es alguna demostración hostil, con que pretendía el general Balboa en Belén, obstaculizar las marchas de aquel, que en nada impresionaron al transeunte, y de que hizo caso omiso. Fué sin embargo, esa división de ejército un cuerpo militar informe, si no es la escasa disciplina que el general Pedernera le imprimiera, y las circunstancias permitían. En tal estado arribó al departamento de Santa María (Catamarca). De allí se dirigió á Tucumán, tramontando el Aconquija, para ocupar esa ciudad que acababa de abandonar Lamadrid, al expedicionar sobre Cuyo. Nadie ignora en el país, el fracaso que importó para la causa de la libertad aquel sacrificio y terminó por la muerte del general en la ciudad de Jujuy. Muchos distinguidísimos patriotas de Buenos Aires hicieron causa común con aquel en su desgraciada campaña, descrita por la autoridad de eminentes literatos.

El general Lamadrid, que como se ha dicho, arrancó su marcha desde Tucumán como con tres mil hombres de las tres armas, tramonta la cuesta del Totoral con sus cañones en brazos de hombres, tal era la escabrosidad de aquella serranía, para llegar á Catamarca, donde no ocurrió suceso alguno digno de mención, si no es que destacó una fuerza al mando del coronel Acha, para batir otra que á la cabeza de Juan Román Roldan, se había revelado contra la causa de la libertad, la que fué derrotada y dispersa en Machigasta, departamento de Arauco, en la Rioja. Continuó sus marchas hasta dicha ciudad, donde debía restablecer su ejército de las fatigas de la travesía que acababa de hacer, como para ponerse al habla con el Chacho y coronel Baltar, que no habían abandonado « Los llanos de la Rioja », para incorporarse como lo hicieron al ejército en marcha.

La Rioja naturalmente inhospitalaria, tanto por la estación del año (Agosto de 1841) cuanto por las frecuentes

depredaciones de ejércitos que entraban y salían, expulsaba á sus nuevos huéspedes; por lo cual aquel general continuó su marcha hacia su objetivo. En seguida concibió el plan de fraccionar el ejército en dos cuerpos, para despachar el uno como de vanguardia, á las órdenes del general Acha, en número como de mil hombres, cubriendo él mismo la retaguardia con el grueso de las tropas; pero fué tal la distancia que en la marcha llegó á mediar entre uno y otro cuerpo que la demora en la reincorporación, hizo efímero el triunfo obtenido en Angaco por aquel bravo y valiente jefe, que todavía después de la sorpresa del Pocito, se sostuvo por ocho días dentro de los muros de la ciudad de San Juan, hasta capitular con su vencedor el general Benavides, quien á su vez, se propuso salvarle la vida. Prisionero aquél, quedaban todavía unos pocos oficiales ocultos, que no tuvieron fé en la capitulación y se aguantaron hasta el arribo de aquel pesado ejército. Fué entre estos el malogrado teniente coronel Tristán B. Dávila. Es allí, en esa penosísima travesía, donde por poco no pereció de sed la mitad del pesado ejército y en momentos en que el general Acha caía prisionero, que el general Lamadrid decía, dirigiéndose á uno de sus jefes:

— « ¡ Sabe coronel, que he compuesto una vidalita ! »
(Sarmiento).

El general Benavides, no obstante su reciente triunfo del Pocito, no considerándose capaz en leal batalla de resistir al empuje del grueso del ejército, que ya se hacía sentir por el norte, emprendió la retirada para incorporarse en Mendoza al general Aldao, llevándose su ilustre presa que puso bajo la custodia y cuidado de aquel gobernador, con la recomendación de su palabra de honor.

Puestos ya estos dos jefes en comunicación y al habla con el general Pacheco por la parte de San Luis, abandonan Mendoza al general Lamadrid para buscar la incorporación con aquel, y obrar bajo sus órdenes. Era, pues, naturalmente lógico que al participar á aquel jefe superior los acontecimientos que acababan de producirse, pusieran en su conocimiento y aún á su disposición el noble prisionero. A nadie

podrá ocurrir que el vencido en Angaco, de propia autoridad fusilara á ese ilustre soldado, sin orden expresa de aquel jefe superior, cuyas órdenes acataban como las del mismo tirano y más todavía, comprometiendo la palabra de su colega el general Benavides, que poco ha reivindicara en el Pocito el baldón de la derrota de Angaco. Habrá, pues, que convenir, en que la fusilación de dicho prisionero, fué obra deliberada del general Pacheco, para labrar mayor mérito ante quien le confirió aquel poder; porque para obrar por su cuenta y bajo su responsabilidad el gobernador de Mendoza, lo hubiera hecho antes de abandonar esa ciudad.

Reanudaremos de nuevo nuestra historia de la Rioja. El general Lamadrid que había asumido el mando provisorio en ésta, al partir para Cuyo dejó este encargo á un jefe de campaña el coronel don Ciriaco Bustamante, quien provisto de algunos elementos dispersos, púsose á la expectativa de los sucesos que habían de sobrevenir. Un comandante partidario de la tiranía don Felipe Figueroa, desde los departamentos del oeste de Catamarca, á la cabeza de una fuerza de milicianos como de 400 hombres, invadía aquella ciudad. Fué recibido como correspondía, con el denuedo y patriotismo de aquellos tiempos, pagando con la vida la temeridad de su obra. Coincidió esta invasión con otra que llevara á Chilecito un clérigo Figueroa, hermano ó pariente de aquél. Este, que no encontrara resistencia, impuso contribuciones á las señoras, porque hombres no habían quedado. Persiguió con tenacidad las familias de aquellos que habían emigrado, ó servían á la causa de la libertad.

Al desastre del Rodeo del Medio, 24 de Septiembre de 1841, y modificada radicalmente la faz política del interior de la República, surgieron naturalmente los hombres que se consideraron con título á la confianza del supremo director. En calidad de pacificador llegó á la Rioja un coronel del ejército de Oribe, don José María Flores, quien asumiendo el mando, y en la mira de purificar el partido para el manejo de los destinos públicos, hizo algunas víctimas inocentes en hombres completamente inofensivos, que en calidad de tales, ancianos, padres de familia, quedaban tranquilamente en su

casa. Como acto de Gobierno, destacó una comisión armada á la cabeza de un comandante Viera y el famoso Benito Bárcena alias (el tuerto) y eligieron por víctimas á los respetables don Juan Vicente Gordillo y don Juan Francisco Ocampo, alias (el ñato de Capayán) é hicieron gala de fusilarlos á las doce del día, en la calle pública más concurrida de Chilecito, causando el espanto y consternación de aquel vecindario. La señora del último, en su desesperación, presenciaba la ejecución y afrontándose á los principales, los apostrofaba con los más inauditos denuestos, que aquellos verdugos recibían como de una loca.

Sin otro incidente digno de recuerdo, terminó allí la misión, dejando aquel coronel el mando provisorio de la provincia á cargo de don Lucas Llanos, vecino de Catuna (Llanos de la Rioja), hombre que se preciaba de recto y justo. Como en efecto, sea dicho en honor de la verdad, no se produjo bajo su autoridad de mando, acto alguno que acuse lo contrario. Su gobierno terminó por una elección tan popular, cuanto pudo serlo en aquellos buenos tiempos, que recayó en favor de don Hipólito Tello.

Este ciudadano fué un ejemplo de la más abnegada resignación. Un coronel Mota, que había servido bajo las banderas de Rosas y actual comandante militar de campaña, en connivencia con aquel oficial de que antes hicimos mención y actual ministro del señor Tello, don Vicente Bustos, se puso á la cabeza de un motín revolucionario, cuyo resultado fué la prisión y encarcelamiento de aquel magistrado. Fué este un ejemplo de virtud. No sólo no hizo por reivindicar el mando, sino que salido de su prisión, ensillaba su overo diciendo: «sin blanca dentré al gobierno, sin blanca salgo, no pierdo ni gano». Hizo un gobierno paternal, sin distinción entre federales y unitarios en aquella ínsula Barataria, retirándose *in continenti* á su estancia de Ambil, á criar vacas, y á la vuelta de algunos años sus herederos recibieron la primera fortuna de la provincia de la Rioja, adquirida bajo los principios de moral de aquel causante, que no llevó á su retiro ódios, ni resentimientos de venganza.

Aquel caudillo, naturalmente se recibió del mando supre-

podrá ocurrir que el vencido en Angaco, de propia autoridad fusilara á ese ilustre soldado, sin orden expresa de aquel jefe superior, cuyas órdenes acataban como las del mismo tirano y más todavía, comprometiendo la palabra de su colega el general Benavides, que poco ha reivindicara en el Pocito el baldón de la derrota de Angaco. Habrá, pues, que convenir, en que la fusilación de dicho prisionero, fué obra deliberada del general Pacheco, para labrar mayor mérito ante quien le confirió aquel poder; porque para obrar por su cuenta y bajo su responsabilidad el gobernador de Mendoza, lo hubiera hecho antes de abandonar esa ciudad.

Reanudaremos de nuevo nuestra historia de la Rioja. El general Lamadrid que había asumido el mando provisorio en ésta, al partir para Cuyo dejó este encargo á un jefe de campaña el coronel don Ciriaco Bustamante, quien provisto de algunos elementos dispersos, púsose á la expectativa de los sucesos que habían de sobrevenir. Un comandante partidario de la tiranía don Felipe Figueroa, desde los departamentos del oeste de Catamarca, á la cabeza de una fuerza de milicianos como de 400 hombres, invadía aquella ciudad. Fué recibido como correspondía, con el denuedo y patriotismo de aquellos tiempos, pagando con la vida la temeridad de su obra. Coincidió esta invasión con otra que llevara á Chilecito un clérigo Figueroa, hermano ó pariente de aquél. Este, que no encontrara resistencia, impuso contribuciones á las señoras, porque hombres no habían quedado. Persiguió con tenacidad las familias de aquellos que habían emigrado, ó servían á la causa de la libertad.

Al desastre del Rodeo del Medio, 24 de Septiembre de 1841, y modificada radicalmente la faz política del interior de la República, surgieron naturalmente los hombres que se consideraron con título á la confianza del supremo director. En calidad de pacificador llegó á la Rioja un coronel del ejército de Oribe, don José María Flores, quien asumiendo el mando, y en la mira de purificar el partido para el manejo de los destinos públicos, hizo algunas víctimas inocentes en hombres completamente inofensivos, que en calidad de tales, ancianos, padres de familia, quedaban tranquilamente en su

casa. Como acto de Gobierno, destacó una comisión armada a la cabeza de un comandante Viera y el famoso Benito Bárcena alias (el tuerto) y eligieron por víctimas á los respetables don Juan Vicente Gordillo y don Juan Francisco Ocampo, alias (el ñato de Capayán) é hicieron gala de fusilarlos á las doce del día, en la calle pública más concurrida de Chilecito, causando el espanto y consternación de aquel vecindario. La señora del último, en su desesperación, presenciaba la ejecución y afrontándose á los principales, los apostrofaba con los más inauditos denuestos, que aquellos verdugos recibían como de una loca.

Sin otro incidente digno de recuerdo, terminó allí la misión, dejando aquel coronel el mando provisorio de la provincia á cargo de don Lucas Llanos, vecino de Catuna (Llanos de la Rioja), hombre que se preciaba de recto y justo. Como en efecto, sea dicho en honor de la verdad, no se produjo bajo su autoridad de mando, acto alguno que acuse lo contrario. Su gobierno terminó por una elección tan popular, cuanto pudo serlo en aquellos buenos tiempos, que recayó en favor de don Hipólito Tello.

Este ciudadano fué un ejemplo de la más abnegada resignación. Un coronel Mota, que había servido bajo las banderas de Rosas y actual comandante militar de campaña, en connivencia con aquel oficial de que antes hicimos mención y actual ministro del señor Tello, don Vicente Bustos, se puso á la cabeza de un motín revolucionario, cuyo resultado fué la prisión y encarcelamiento de aquel magistrado. Fué este un ejemplo de virtud. No sólo no hizo por reivindicar el mando, sino que salido de su prisión, ensillaba su overo diciendo: «sin blanca dentré al gobierno, sin blanca salgo, no pierdo ni gano». Hizo un gobierno paternal, sin distinción entre federales y unitarios en aquella ínsula Barataria, retirándose *in continenti* á su estancia de Ambil, á criar vacas, y á la vuelta de algunos años sus herederos recibieron la primera fortuna de la provincia de la Rioja, adquirida bajo los principios de moral de aquel causante, que no llevó á su retiro ódios, ni resentimientos de venganza.

Aquel caudillo, naturalmente se recibió del mando supre-

mo que acababa de conquistar. Como acto de gobierno, realizó la visita reglamentaria de campaña. Encontrábase á la sazón en Chilecito un inglés, que ya dejamos mencionado (Roberto Carmendy) conocedor práctico de la historia de la Rioja, como vecino en ella desde principios del siglo, quien acercándose al gobernador, le dijo:

— Cuidado señor gobernador, no sea Vd. el vigésimo cuarto de los gobernadores de esta tierra que han sido asesinados desde los albores de la revolución de la patria hasta el presente. Van veintitrés de éstos que no murieron en su cama; no sea Vd. el número veinticuatro.

Como era éste un memorista vulgar, jamás había escrito una línea sobre los acontecimientos que habían pasado por sus ojos. ⁽¹⁾

D. B. DÁVILA.

(*Continuará*).

(1) Aconteció á este un percance que, nos permitimos referir por su originalidad y en atención á las personas que actuaron.

El padre Aldao, salido de los calabozos de Córdoba, á que lo sometiera el general Paz, y apoderado nuevamente de los destinos de Mendoza, sintió la necesidad de cumplimentar personalmente al gobernador de la Rioja, por el feliz éxito de la campaña de Quiroga sobre Tucumán. A su arribo á aquella ciudad, fué recibido con los honores de general; y Brizuela, para congratular á su huésped, ofrecióle un banquete. Fué uno de los concurrentes este inglés. En su mal castellano dirigiéndose al obsequiado, dijo: — Bebo esta copa por tu compañero la padre. Cernada (actual guardián del convento de San Francisco). Fué visible el desagrado que causó al obsequiado aquella indiscreción, que tan cara le costara. El gobernador, considerando desacatada la autoridad militar del ilustre huésped, y para vengar el agravio inferido, breve y sumariamente, sin más trámite, le impuso la pena de destierro á buen librar. Fué levantado in continenti en ancas de dos soldados, para abandonarlo en un desierto, 20 ó 30 leguas distante, con escasísimas provisiones y mala agua, llamado el «Medanito», donde no eran extraños los tigres (según él refería, cumplida la pena). A su regreso, en celebración de su libertad, se excedía en el uso de licores. En su estado de embriaguez, unos traviesos, simulando autoridad, intímanle sentencia de muerte. Con el aparato del extremo caso, lo preparan de antemano, aprisionado y colocado en el banquillo, hiciéronle la descarga reglamentaria con pólvora. Pasada ésta, sin herirlo, el inglés sereno y heroico reclama su derecho:

« No está muerta Roberta : está libre ».

REFORMA UNIVERSITARIA

(CONTINUACIÓN)

En esta misma administración, el Ministerio de Instrucción Pública reforma el plan de estudios de la Escuela de Comercio de la Capital. Recordemos con este propósito, que la presidencia Sarmiento fundó la primera escuela nacional de esta índole en el Rosario, y que la que actualmente existe en esta ciudad, tiene su origen en la Escuela de Comercio de la Provincia de Buenos Aires, que se incorporó á los establecimientos nacionales, con la federalización de su Capital en 1880. Es bueno tenerlo en cuenta, para valorar el esfuerzo provincial en la educación pública, afirmando el compromiso contraído por la Nación al hacerse cargo de instituciones ya formadas, y á las que debe dispensar por consiguiente la protección más completa.

En cuanto á los institutos de enseñanza superior, también de origen provincial, el ministro Balestra se declara decidido partidario de su reorganización bajo el régimen de la más amplia autonomía.

Con la inspiración de este laudable propósito, en la fiesta celebrada en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires el 6 de Diciembre de 1891, para la distribución de los premios á los ex-alumnos laureados, el doctor Balestra había planteado y resuelto el problema angustioso de nuestro mecanismo universitario, que por absorciones sucesivas del Poder Ejecutivo, iba en camino de convertirse en máquina gubernativa.

Pocas veces un hombre público habrá experimentado una emoción más pura y tan intensa, como la que en ese día

memorable hacía vibrar al pensamiento del doctor Balestra. Estaban con él, los viejos maestros y los jóvenes, las primicias intelectuales del país: los diplomados recientes y la juventud estudiosa de la Universidad; formando en su conjunto el medio más propicio para la incubación de las grandes causas. El ministro con un discurso oportuno y brillante en el desenvolvimiento de su tesis, arrancaba repetidos aplausos de aquella selecta asamblea y una corriente de simpatía penetraba en el orador, haciéndole concebir con mayor majestad la idea en elaboración y comunicando más brío á su dicción entusiasta.

Si se quisiese compulsar la opinión de nuestros centros superiores de instrucción, recogiendo los anhelos de los que interpretan sus verdaderas necesidades que es la mayoría de sus elementos, se tendría en todo tiempo y en esta misma ocasión, la explosión de adhesiones vehementes con que fué victoreado el doctor Balestra en aquel arrebató de la juventud, al ser comprendida en sus ideales más acariciados, por el Ministro de Instrucción Pública.

Este convencimiento dió indudablemente grandes energías al doctor Balestra para que en su memoria de 1892 que analizamos, proclamase con fe la reforma:

Y por lo que hace á la Universidad, que sirve los más altos intereses del país, necesita completar el número de sus facultades; elevar las exigencias de sus estudios preparando la formación de hombres verdaderamente profundos en su ciencia; trazando separaciones verídicas entre las profesiones y el doctorado; agrupando á los hombres de ciencia y favoreciendo sus esfuerzos; creando á los estudiantes todas las facilidades de estudio y otorgando toda la libertad de ideas que necesitan para ser sometidos á un régimen de verdadero estudio y á una exigencia de pruebas de exámenes hasta hoy desconocida, que compruebe su completa capacidad científica y haga enteramente absurda la idea siquiera de llegar á obtener un título sin la capacidad, la dedicación y la amplia y sólida instrucción necesarias en quienes van á ser investidos de las más altas funciones del organismo social.

Para operar tal reacción no hay sino un agente eficaz: la misma Universidad; y es mi opinión profunda que, dotada de bienes propios, dueña de su gobierno, autonómica, en fin, como lo es toda Universidad, por su naturaleza propia, habría de encontrar en breve, no sólo el modo de elevar su nivel á la altura que sus ilustrados y respetables cuerpos académicos anhelan llevarla, careciendo hoy de los elementos necesarios, sino también la cooperación social para engrandecerla y prestigiarla, como el organismo intelectual más potente y libre de la Nación.

Podría objetarse acaso con las dificultades actuales del Tesoro, para formar la dotación de la Universidad autonómica; pero tal objeción no resiste al análisis. Actualmente el Tesoro paga la Universidad directamente. Pues bien; esas mismas sumas podrían ser convertidas en intereses de fondos públicos que, donados á la Universidad, le permitieran cobrarlos en virtud de un derecho propio y sin depender de la mutabilidad

se presupuestó, ni de la tramitación de las planillas administrativas. Si a más de esto se le añadieran los terrenos de la Chacarita destinados desde los siglos atrás a la educación, y con leguas de campos fiscales, se habría proveído a todo lo necesario bajo el punto de vista de los bienes.

Respecto a su organización autonómica, creo que debiera partir de la base de dar intervención á todo el cuerpo doctoral, en la formación de las autoridades universitarias. (1)

Cuánto contraste entre estos pensamientos elevados y los que han guiado generalmente la conducta de los ministros de instrucción pública, en sus actos contra las universidades! El doctor Balestra en su proyecto de reorganización, resuelve precisamente las dos angustias universitarias: *autonomía completa, pero con la participación de los gremios en la formación de las autoridades de los institutos*, pues de otro modo se cae fatalmente al engendro de los círculos, tan funestos para el adelanto de las corporaciones.

Y esta actitud del joven ministro era tanto más meritoria cuánto que, con una sinceridad escasa en sus congéneres, sostiene:

Todas estas ideas debían ser previamente comprobadas por su análisis y discusión en una reunión ó Congreso de los hombres más versados en materia de educación, que el gobierno pensó formar, para presentaros sus conclusiones en forma de proyectos definitivos. Los tiempos no lo permitieron en medio de su agitado trascurso, y al presentaros los materiales reunidos para ese estudio, lo hago con la creencia de que los elementos de estudio, por incompletos que sean, siempre de algo sirven, y que, aún cuando estuviere en error en todas mis conclusiones, estoy en la absoluta verdad al afirmar que ha llegado la hora de traer á estudio de una manera amplia, seria y definitiva, el vasto y hermoso problema de la educación argentina actual, desde la escuela primaria hasta la Universidad, lo que importa crear el molde en que ha de formarse el ciudadano argentino que ha de realizar el portentoso crecimiento futuro de nuestra Nación. (2)

En instrucción primaria los datos presentados por el ministerio son interesantísimos y de aplicación inmediata en los momentos actuales, porque ellos nos enseñan á donde nos hubiera conducido los proyectos económicos del doctor Magnasco, poco meditados seguramente, presentados al Congreso en Enero último.

El doctor Balestra analiza la situación de la educación común en toda la República y computa que la masa sombría de los analfabetos, en su densa muchedumbre, aterra al espíritu. Y lo más grave todavía, la consideración penosa de ano-

(1) BALESTRA, Memoria de Instrucción Pública, 1892, pág. XLIX.

(2) BALESTRA, Memoria de Instrucción Pública, pág. L.

tar para la evolución de la instrucción primaria en nuestro país, es que, de los informes recogidos por el ministerio entre los cuales se encuentran los suministrados por el Consejo Nacional de Educación, resulta también que el número de escuelas disminuye de día en día por la crisis económica, de tal manera que las de las campañas casi no existen, tal ha sido su reducción en ese tiempo último. Estudiando las causas que han influido en la producción del fenómeno, el doctor Balestra lo atribuye fundamentalmente á la falta de cumplimiento de la ley de subvención nacional á las escuelas, porque los fondos destinados á la educación común son entregados difícil y tardíamente á las autoridades encargadas de la instrucción primaria, y más tardíamente aún á los maestros de escuela. A la causa apuntada ha venido á agregarse, en el año anterior de 1891, el propósito realizado de economizar en los presupuestos para la subvención á la instrucción primaria en las provincias « la única partida en que no cabe « economía, porque un pueblo no puede ahorrar sobre su « civilización para aumentar su riqueza, so pena de perder « ambas cosas ». (Balestra).

El país necesitaría actualmente, un *mínimum* de 10.000 maestros de escuela primaria; las escuelas normales han graduado desde su fundación 1655 maestros, á saber: 460 las 13 escuelas de varones, 911 las de mujeres y 284 las mixtas. Estamos, pues, en un notable déficit, suplido por la dedicación á la enseñanza, con sujeción á las disposiciones de las leyes vigentes, de personas de ambos sexos, generalmente poco iniciadas en los métodos pedagógicos modernos.

Al sancionar el presupuesto el año anterior, fueron suprimidas las becas de las escuelas normales de varones, creadas en todas las provincias en 1888. Las razones que informaron la resolución del Honorable Congreso fueron las de que, las becas de varones, lejos de favorecer la profesional vocación, servía para incitar á los jóvenes á aprovecharse de ellas para obtener una ilustración que no pensaban emplear en el magisterio, ilustración que podían obtener en los colegios nacionales, y la de que siendo gratuita la instrucción no era posible pagar también la vida á los alumnos; que tal privilegio solo debe reservarse para las mujeres, cuya dedicación, éxito y duración en el magisterio, son notoriamente mayores que en los hombres.

Tal supresión tenía que producir, y produjo, una crisis en tales establecimientos, que debéis solucionar al ocuparos del asunto en el próximo presupuesto. He aquí los hechos producidos: en el año 1891 asistían á los cursos normales 472 alumnos; en el presente año asisten 311 alumnos.

Estos hechos demuestran, á juicio de algunos, que sin becas las escuelas normales de varones no pueden vivir; pues si en el transcurso de un año se observa disminución tan notable, es de suponer que, con la supresión de las becas, dentro de poco estos establecimientos no contarán con la mitad de los alumnos que actualmente asisten á sus aulas; en consecuencia, piden el restablecimiento de las becas.

Otros afirman que los hechos producidos son exactamente los que se previó que sucederían, á saber: la demostración de la existencia de un número excesivo, y por tanto, de

escuelas normales, cuyos alumnos no pensaban estudiar para maestros, la prueba cabal de que el problema de tener maestros no está, en primer término, en crear escuelas normales, sino en sostener escuelas primarias que atraigan a ellas al maestro, que hagan nacer la aspiración de serlo, en vez de repeler al aspirante ó al maestro recibido con la fatídica imagen de la pobreza, el abandono y el olvido.

El problema es complejo, como se vé, y debo declarar que, á mi juicio, los ciento ó ciento cincuenta mil pesos de las becas no contribuyen la parte principal del asunto. Si ellos sirvieran para formar maestros y si esos maestros se dedicaran á enseñar á los niños, estarían admirablemente gastados; pero es que ni una ni otra cosa sucede.

La sola disminución de alumnos citada, demuestra que era el goce de la beca, y no la vocación para el magisterio, lo que en años anteriores atraía á esos jóvenes á las escuelas normales. Los que alguna vocación tenían han quedado en la Escuela; los demás se han ido.

En las escuelas normales de varones, en efecto, la educación es totalmente gratuita, mientras que los alumnos de los colegios nacionales, con excepción de los muy pobres, pagan su matrícula y derechos de examen. Sin embargo, el número de los últimos aumenta anualmente, mientras que el número de los primeros ha disminuido en 35 por 100 durante el 1891-92. Algo más; muchos, si no todos, los antiguos alumnos de las escuelas normales, que las abandonaron cuando se les suprimió la beca, pasaron acto continuo á seguir cursando sus estudios en los colegios nacionales. No es entonces la falta de ese pobre auxilio pecuniario de veinte pesos mensuales lo que ha impedido continuar aspirando á ser maestros á tales jóvenes.

La causa de tal efecto estriba: 1º, en que los jóvenes que se matriculan en los cursos secundarios, en su gran mayoría, aspiran á las carreras universitarias; 2º, los alumnos maestros se consideran sin porvenir, porque entre nosotros los maestros provinciales son pésimamente remunerados y no tienen seguridad de sus empleos. Entre la esperanza de ser doctor y de ser maestro, hay una gran diferencia: para los abogados y médicos todas las puertas se hallan abiertas de par en par; para el maestro de escuela argentino solo le queda su mezquino sueldo, insuficiente para proporcionarle las primeras necesidades de la vida.

De los 1655 maestros graduados en las escuelas normales de varones, desde su fundación, ejercen el magisterio actualmente 1235; pero hay que advertir que muchísimos de estos no prestan sus servicios en las escuelas primarias, sino en los colegios y escuelas normales, es decir han llegado á dejar de ser maestros de escuela.

Según datos recientemente tomados de fuentes auténticas, hay más de 120 maestros normales en esta capital que no ejercen la profesión, y en las escuelas que dependen del Consejo Nacional hay más de 200 ocupados en la enseñanza sin ningún título legal que acredite su capacidad.

Otro fenómeno ha venido á influir también en este sentido. La ley de Octubre 6 de 1869 autorizó al Poder Ejecutivo para verificar los gastos que demandara la planteación de escuelas normales para formar preceptores de instrucción primaria, y el decreto orgánico estableciendo la escuela del Paraná declaró que el objeto de ese establecimiento era el de formar maestros competentes para las escuelas comunes. Pero más tarde, los establecimientos del Paraná y de la Capital fueron elevados á la categoría de escuelas normales de profesores, no por ley alguna de la Nación, sino por simples decretos organizando sus planes de estudios.

Las 13 escuelas normales de varones, con sus 311 alumnos, cuestan actualmente 36,805 \$ mensuales; es decir, pagamos por la educación de cada alumno-maestro 118 pesos por mes, sin poder asegurar que un 10 por 100 de estos se dedicarán al magisterio en la escuela primaria después de concluidos sus estudios.

¿Qué hacer entonces con estos costosos establecimientos? ¿Suprimirlos del todo, en vista del reducido número de sus alumnos, ó restablecer las becas en cada uno de ellos, para que vuelvan á las aulas esos jóvenes que solo estudian la Pedagogía cuando se les paga? A mi juicio, y por lo que respecta á la parte concreta del problema, no debemos en este caso recurrir á las medidas extremas; debemos conservar todo lo bueno del sistema que aún existe, y á la vez desechar todo lo malo. Es indudable que necesitamos de numerosos y buenos maestros, y los buenos maestros solo se forman en las buenas escuelas

normales; pero no basta educar á estos maestros, sino también tomar las precauciones, necesarias para que ellos puedan ejercer su profesión, no solo con ventaja para sí, sino también para la causa de la instrucción popular. Creo que el núcleo del problema está no en las becas ni en las escuelas normales, sino en la mísera y mentida retribución de los maestros de escuela de provincia.

Afirmo que si el sueldo de cada uno de los maestros que dirigen una escuela fuera lo que es el de un profesor de Colegio Nacional, con la casa, y se pagara puntualmente, sobrarían aspirantes á maestros y alumnos en las escuelas normales.

Mientras la remuneración del maestro de escuela no sea más religiosa y puntualmente satisfecha que la del Presidente de la República, nada de sólido se habrá hecho por la instrucción primaria.

Mientras no se ponga á los maestros en el rango y se les trate con toda la consideración debida, este hecho separará de la profesión muchos más maestros de los que á ella introduzcan las escuelas normales. El día que se les remunere como es debido, no se precisará de becas: bastará con la enseñanza gratuita que lleve á una profesión útil y siempre honrosa y honrada en todas partes. En cualquier otro caso, el maestro que ha empleado nueve ú once años de su vida en estudiar, huirá de la escuela dejándola en manos de cualquier empírico maestro de escuela, que no sea maestro ni entienda de escuela, pero que haga ambas cosas como Dios lo ayude. Eso es lo que está sucediendo.

Como veis, el problema es mucho más extenso de lo que parece: es todo el problema de la educación primaria, porque lo que afecta á la existencia del maestro, afecta á la existencia de la escuela. Su solución no está en dar ó no dar becas. Con suprimirlas ó restablecerlas no vais á aumentar ó disminuir el número de maestros que enseñan: ¡vais sencillamente á aumentar el número de becados! Eso es componer la hélice echando aceite al motor.

La solución verdadera está en una intervención eficaz, activa y benéfica de la Nación, para hacer cumplir á las provincias los deberes que la Constitución les impone en pro de la educación común como requisito de la garantía de sus instituciones: la complementación del sistema de control en la inversión de fondos y ejecución de las leyes, que ahora se sigue, con poco resultado, con el sistema de acción y protección directa, que cabe igualmente en la Constitución, respecto á aquellas provincias que no pudieren cumplir ó no cumplieren simplemente sus deberes. Todo es materia de legislación, y de legislación constante y prolija.

Por lo demás, y volviendo al punto concreto de las becas, creo que ese debe ser asunto puramente provincial, algo más, municipal. En varias partes así lo han entendido, y se tramitan proyectos en las legislaturas, imponiendo á las municipalidades de cada localidad la obligación de otorgar y mantener una ó varias becas. ¿Quién puede proveer con más acierto á la formación del futuro maestro del lugar que el mismo Municipio? Lo que encuentro insubsistente, imposible y destinado á desaparecer forzosa mente, es que la Nación pague la educación, pague á los alumnos para que estudien pedagogía y no consiga maestros. (1)

Con la imparcialidad que nos ha guiado en el presente estudio, declaramos sinceramente que á nuestro juicio, el doctor Balestra no ha solucionado la cuestión planteada.

Faltan un número considerable de maestros para satisfacer las necesidades siempre crecientes de nuestra educación primaria, y no hay otro medio de formarlos sino con el sistema de las becas para las escuelas normales, desde que la prác-

(1) BALESTRA, Memoria de Instrucción Pública, 1892, pág. LVI, y sigtes.

tica ha demostrado que la disminución de éstas, ha traído inmediatamente la de los alumnos-maestros. Pero la estadística ha denunciado, se objetará, que un 10 % apenas de los alumnos así recolectados se reciben de maestros, de los cuales también, muchos no ejercen la profesión adquirida. Es muy exacto: pero la culpa de la producción del primer hecho señalado con intemperancia por todos los ministros que han combatido las becas, la tiene el mismo Ministerio de Instrucción Pública, con la organización defectuosa implantada para las escuelas normales, merced á la cual y con el impulso de sus planes de estudios viciosos, ha conducido á esos mismos alumnos hasta el dintel de las universidades con sus seducciones sugestivas. Habrá pues, como lo indicamos anteriormente, que reformar la organización de la enseñanza normal, suprimiendo la Escuela de Profesores, para contener á los alumnos en los límites prudenciales de la honrosa profesión que abrazaron, y para la que solamente recibieron la protección pública.

En esta cuestión de las becas para las escuelas normales ha habido un ensañamiento cruel, puesto en ejecución con una propaganda terca, errónea é injustificable. Véase si no, para probarlo, lo que ocurre con la enseñanza militar costeada por el Estado. Nadie hasta ahora ha protestado contra la educación gratuita el internado y la vestimenta paga, de los alumnos de los colegios militares y los de la escuela naval porque también el país entero ha comprendido que la juventud que se destinaba á ser el baluarte de la defensa nacional en horas nebulosas, necesitaba desde las primeras manifestaciones de su inclinación á una carrera preñada de sacrificios, recibir el aliento cariñoso de la Nación para que su espíritu se formase en el culto por la Patria. Pero esta sana moral, con su criterio proteccionista para los que se sacrifican por el bien de la mayoría, cambia bruscamente de aspecto al juzgar á la noble profesión del magisterio, despertando en los sentimientos la amarga ironía de las desigualdades sociales, tanto más aflictiva, cuanto se revela en un pueblo republicano como el nuestro. La beca del alumno-maestro, por lo mismo que constituye la codicia iluminada

del pobre, es objeto de un continuo examen; se le escudriña con encono manifiesto, pesándola con los centavos que consume y en toda ocasión propicia, se procura suprimirla sin pensar en las esperanzas tronchadas en ese grupo de estudiantes menesterosos que, con escasos recursos se dedica á la más desinteresada de las profesiones. No se procedería de otro modo si se procurase extirpar la proliferación nociva de un germen deletéreo. Y nadie duda ya, de que el maestro de escuela en su labor silenciosa y constante de un infinitamente pequeño en el organismo social, es el agente civilizador por excelencia en los pueblos bien constituidos, pues él modela el carácter de la juventud que se le confía, desde que éste depende enormemente de la instrucción, y viene así, á tener una intervención radical en la formación del hogar como en las aspiraciones de la prosperidad privada, base de la pública, siendo su influencia determinante no sólo eficaz en los conflictos armados, verdaderos accidentes en la vida de las naciones, sino en todos los momentos, en su acción persistente en las luchas del progreso en plena paz.

No es tampoco exacto que la beca costee por completo la vida del alumno-maestro como siempre se le ha enrostrado desde que las cuotas asignadas no bastan á cubrir todas sus necesidades. En el año 1892 por ejemplo era de 20 \$ mensuales, y en esa época y con esa suma, no era posible vivir en la más modesta de las condiciones. Y téngase presente que fué entonces que comenzó la prédica contra el alumno-maestro becado, y entonces también que se hicieron efectivas por primera vez las medidas coercitivas contra la carrera del magisterio, fundándose en ese dato erróneo, injustificable ante las cifras, como ha servido igualmente de arma de combate en la última campaña legislativa de Enero, cuando las becas tenían la asignación mensual de 30 \$ lo que resalta todavía como insuficiente para cubrir los gastos de un joven estudiante en la mayoría de las provincias y mucho más en la Capital de la República.

Las condiciones del alumno-maestro son pues muy diferentes á las del estudiante militar ó naval, desde que este recibe de la nación todo lo necesario, mientras el primero

consigue solo una ayuda pecuniaria para alcanzar á cubrir sus gastos más indispensables. Ahora bien, — solo para el alumno-maestro se han proyectado las economías!

Existe por lo tanto, un criterio proteccionista distinto para los dos estudiantes que analizamos, aunque ambos conduzcan á una carrera de abnegaciones por el bien público. Y si siguiésemos el paralelo entre el maestro y el militar ó marino, haríamos más resaltante la injusticia de este criterio, desde que el ejército ó la armada conduce á sus servidores sin tacha á puestos y honores cada vez más elevados, mientras el magisterio tiene la quieta vislumbre de una situación siempre igual, precaria y con la ingratitud como recompensa.

El segundo hecho señalado y sobre el cual también se ha insistido para demostrar la ineficacia de las becas de las escuelas normales, es que, la mayoría de los maestros recibidos no ejercen su profesión. Pero el mismo ministro Ballestra se encarga de reivindicarlos de esta conducta pues demuestra que si los maestros se apartan del magisterio es porque no ganan lo suficiente para su subsistencia, y lo que es peor todavía, los mismos sueldos bien escasos, se les abonan tardíamente. Cómo protestar contra los que no tienen la estoicidad de dejarse morir de hambre?

Es dolorosamente cierto que el maestro de escuela no goza entre nosotros de la posición social á que es acreedor; que las provincias, que son las que costean por más de $\frac{2}{3}$ la educación común, compensan escasamente sus ingratos afanes y con retardos de meses y años. Pero todo depende de nuestro atraso y no hay otro medio rápido de salir de él que formando mayor cantidad de maestros.

Estos tendrán que soportar todavía por largo tiempo las contrariedades de los misioneros, que misión de civilización es la suya para nuestras poblaciones incultas; pero mañana, cuando los maestros formen legión, vencerán á los políticos, que son sus enemigos dentro y fuera del gremio, y la sociedad les acordará el justo aprecio que merecen. Es por causa de la ignorancia que el maestro no prospera, pero como son los encargados de combatirla, depende por completo del tezón

con que abracen su profesorado para cambiar más pronto la situación penosa en que se encuentran.

Por fin se menciona la posibilidad de que sean los gobiernos de provincia ó los municipios los que costeen el importe de las becas. Mal se aviene este propósito con la prescripción constitucional ordenando al Congreso el fomento de la instrucción general; pero si el hecho se realizase, tendría sus precedentes históricos, pues en el comienzo laborioso de las escuelas normales, las provincias sostuvieron gran número de alumnos becados de sus propias rentas y en la actualidad, algunas concurren con sus recursos para un cierto número.

Si el gobierno nacional debe tener una participación dirigente en la educación común, el mejor medio de hacer eficaz su acción es, indudablemente, protegiendo á las escuelas normales. La intervención del poder central en este caso, estará perfectamente justificada, suministrando á las provincias el maestro de instrucción primaria, y el modelo de la escuela común nacional, con los cursos de aplicación que funcionan anexos á cada escuela normal de maestros.

Las escuelas primarias de los territorios nacionales están costeadas por los fondos del Consejo Nacional de Educación que se forma con los impuestos generales. No protestamos por el hecho porque no se puede protestar contra la difusión de la enseñanza; pero es conveniente tenerlo presente, cuando á cada instante se sostiene que la educación común es una obligación propia de las localidades. Si las provincias concurren por consiguiente con el sostenimiento de algunas becas, tanto mejor, pero esto no exime al gobierno nacional de sus obligaciones constitucionales.

En cuanto á la dirección científica de los establecimientos de educación á su cargo, el ministro Balestra es bien explícito en sus declaraciones, corroborando las opiniones que anteriormente hemos expuesto:

La Inspección General de Enseñanza Secundaria y Normal ha sido fundamentalmente reorganizada. Existía, desde tiempo atrás, esta oficina, pero funcionaba sin una norma para sus procedimientos, sin reglamentación alguna para el ejercicio de sus variadas funciones.

Reconociendo desde luego la importancia capital de esta rama del ministerio, me apresuré á darle una organización adecuada á sus fines, y hoy funciona ajustándose á un reglamento especial, en el que están marcados, no solo sus atribuciones y deberes, sino también

los deberes y atribuciones de todas las personas que al servicio de la instrucción pública tienen relaciones con la Inspección.

Con arreglo a su nueva organización, la Inspección constituye una oficina destinada a asesorar al ministerio en cuanto se relaciona con la enseñanza secundaria y normal, a la vez que a vigilar incesantemente los establecimientos de educación comprendidos en los mencionados grados de la instrucción pública, lo mismo que las personas empleadas al servicio de los establecimientos, así en la parte directiva como en los cuerpos docentes.

La forma independiente en que ha sido organizada la Inspección por el decreto referido, era, á juicio del Gobierno, el primer paso para llegar á la constitución de la Dirección de la Enseñanza Secundaria y Normal, que es absolutamente necesario crear y de la que dicha oficina debe ser parte principal. La Dirección de la Enseñanza deberá tener á su cargo todo lo relativo á la preparación de planes de estudio, programas, textos y demás cuestiones de carácter general que diariamente se presentan. *Solo ella podrá mantener la continuidad en la obra educacional, en presencia del cambio frecuente de ministros, desde que el Ministro de Instrucción Pública es un Secretario de Estado, según la Constitución, y como tal, un funcionario sujeto á las renovaciones políticas del Gobierno.* El cambio ó modificación inconsultos de planes de estudios y reglamentos viene siendo una de las causas más serias de perturbación desde varios años atrás. Como he dicho en otra parte, son pocos los estudiantes desde que se fundaron los colegios nacionales que hayan iniciado y terminado sus estudios bajo un solo plan. Tal alumno que empezó á estudiar bajo un plan que daba preeminencia al latín vió truncados sus estudios á la mitad por otro plan que daba preeminencia á las ciencias; otro que comenzó con un plan literario, terminó con un plan matemático: latín y ciencias, matemáticas y letras fueron, por tanto, incompletamente estudiados. En rigor no hay nada más serio y delicado que un Plan de Estudios: él importa el molde en que se ha de formar el espíritu de las nuevas generaciones. La previsión y el conocimiento de los hechos con que debe procederse solo puede darlos una experiencia bien completa. *Por eso me parece que es tan deleznable como dañosa la tarea de estar dictando planes de estudios todos los días.* Si hay deficiencias, si hay errores, sálvense con enmiendas parciales, modificando lo menos posible el plan general. Esta es la regla seguida por el ministerio con buen éxito.

Por otra parte, no está en la excelencia imaginaria de los planes de estudio la excelencia real de los estudios, y lo que nos interesa es que se estudie bien un plan cualquiera, por mediocre que sea, y no que se estudie mal el mejor plan posible.

Conjuntamente con la Dirección de la Instrucción Secundaria y Normal, debe instituirse una junta de rectores y directores de colegios y escuelas normales, presidida por el Ministro de Instrucción Pública, que se reúna en esta capital, durante un mes de las vacaciones, después de haber presentado sus memorias respectivas, para discutir las reformas educacionales que propusiere la Dirección de la Enseñanza, en vista de dichas memorias.

Nadie está más habilitado que los directores de las casas de educación para emitir una opinión ilustrada y abonada por la práctica, la única válida, en materia de reformas educacionales, y, sin embargo, no sé que se les haya oído en la hora de las reformas, por más que hayan sido ellos los que siempre han indicado luego el punto débil ó impracticable de esas reformas.

Por último, debo decir que, á mi juicio, la dirección permanente de la enseñanza secundaria y normal, podría ser compuesta por el Inspector General de Educación, el Rector del Colegio Nacional de la Capital, un delegado de las universidades que tan directamente están interesadas en los estudios secundarios, y otro del Consejo General de Educación, al que interesa directamente la instrucción normal. Así se evitarían las dificultades y conflictos que podrían surgir en la práctica de la creación de cuerpos extraños al organismo educacional establecido, y la dirección de la enseñanza sería el órgano genuino de todo ese organismo, que hoy está disperso y sin las correlaciones necesarias. (I)

(I) BALESTRA, Memoria de Instrucción Pública, 1892, página LXIX.

La Escuela Nacional de Minas de San Juan, bajo la dirección exclusiva del Ministerio de Instrucción Pública fué inspeccionada por el ilustrado doctor en ciencias exactas don Valentín Balbín, y el informe presentado con tal motivo á la superioridad, es un verdadero proceso por la desidia y abandono en que se encontraba dicho establecimiento. Cuánto dinero malgastado en esa tentativa frustrada de educación técnica, y sobre todo, cuánto tiempo perdido para la explotación de riquezas naturales que hubieran dado vida comercial á unas cuantas provincias, aquellas precisamente las más escasas de rentas públicas! El distinguido Ingeniero Balbín presentó un proyecto de organización de la Escuela de Minas que respondiese más completamente á los fines de su creación; pero ya veremos que por desgracia, el aislamiento del establecimiento impedía fatalmente su prosperidad.

A la altura á que hemos llegado en este boceto incompleto de la labor nacional en la instrucción pública, podemos ya abarcar el sinuoso derrotero seguido por las tendencias autonómicas en la organización de los centros de enseñanza.

La idea aparece tímidamente en la administración Sarmiento, ministerio del doctor Avellaneda (1870), con la formación de la Comisión Nacional de Escuelas, sometiendo la dirección de estas á un cuerpo que tenía sus funciones propias, manejaba directamente los dineros que le eran entregados por el Estado, con la obligación naturalmente de rendir cuenta de su inversión al fin de cada año.

En la presidencia Avellaneda, ministerio del doctor Leguizamón (1877) se crean las Comisiones Administradoras de los colegios nacionales « para dar á cada vecindario la « participación que es justa en el manejo y atención de la « casa donde se educan sus propios hijos » (Leguizamón).

En la primera administración del general Roca, ministerio del doctor Pizarro (1880-81), el pensamiento de la autonomía universitaria brota con un brillo inesperado; pero es un relámpago de luz intensa, que ilumina las alturas y hace más penosa la brusca lobreguez que le sigue. El doctor Pizarro predicó la autonomía de las universidades en su

antea memoria, al tratar de la incorporación de la de Buenos Aires; pero pecador humano, en el ministerio sujeto a la misma, á la intervención caprichosa del Estado.

En esa presidencia, el Congreso Argentino, por iniciativa propia, dicta la memorable ley de creación del Consejo Nacional de Educación (1883), verdadero cuerpo autónomo, con fondos propios y funciones independientes del ministerio que conserva una dirección inofensiva, ineficaz para cambiar sus rumbos. Hemos demostrado con la transcripción de la opinión de todos los ministros que se han sucedido desde aquella época, que esta corporación ha respondido admirablemente á las aspiraciones públicas.

El ministro Wilde (1884) admite la bondad del sistema orgánico de las « Universidades libres », pero reputa irrealizable el pensamiento en aquella época, porque esas instituciones no poseían rentas propias; y además, porque el Estado no puede desprenderse de su derecho de autorizar el ejercicio de las profesiones científicas, que es inherente al goce de la soberanía. Pero la soberanía en los pueblos republicanos en quien reside? Es opinión uniforme en nuestros constitucionalistas inspirados en la doctrina norteamericana, que la soberanía se comparte con el ejercicio de los derechos cívicos de cada ciudadano; y si hay un poder central que pueda reflejar en todo momento la opinión nacional, por la renovación frecuente de sus elementos y por su formación por el sufragio universal, este poder es el Congreso, que es también el único que puede dictar planes de instrucción general y universitaria, según nuestra Constitución.

El mismo doctor Wilde (1884) comprendiendo las dificultades para la dirección competente y uniforme en la instrucción secundaria, propone al Congreso la creación de un cuerpo, « asesor técnico del ministro », que no cambie con la frecuencia de todo el personal superior administrativo, para que conserve la tradición y pueda inspirarse en los resultados de la práctica para proyectar reformas, institución que denomina como sus similares en el extranjero, de Dirección Superior de la Enseñanza Secundaria.

Los ministros, doctor Carballido (1891) y doctor Balestra

(1892) de la presidencia Pellegrini, sostienen las ventajas y oportunidad de la organización de este cuerpo directivo, fundándose en las mismas razones expuestas por el doctor Wilde.

El ministro doctor Balestra (1892) es un convencido entusiasta por el régimen de las « Universidades libres » y proclama su adhesión dentro de estas corporaciones y ante el congreso, no siendo para él un obstáculo la falta de fondos propios, que debían formarse con donaciones hechas por el Estado.

La idea de la autonomía de los cuerpos directivos de la enseñanza, ha venido pues encarnándose lentamente en las personas que han actuado en el Ministerio de Instrucción Pública. Como toda verdad, al comienzo de su aparición, ha sido desconocida, criticada ásperamente, pero como doctrina que marca un progreso, ha marchado siempre adelante, convenciendo poco á poco á sus opositores, hasta incorporarse á esa misma fuerza, la que proclama por fin su excelencia con la decisión firme de un creyente.

En cuanto al congreso argentino, su espíritu liberal ha acogido en todas las épocas, con señalada protección, los anhelos de autonomía universitaria (1885) y los de la instrucción primaria (1883).

Con estos auspicios, se plantea actualmente la reorganización de la educación nacional y confiamos en que marcará un adelanto en los anales de la instrucción pública.



La memoria de Instrucción Pública de 1898 está suscrita por el doctor Enrique S. Quintana, quien la elevó al Congreso sin las reflexiones pertinentes, porque habiendo ocupado recientemente el puesto, no se consideraba facultado para entrar en el análisis de los actos realizados por su antecesor.

Trascribiremos pues, lo más importante de los informes anuales de los diferentes institutos de educación, para juzgar aproximadamente de sus condiciones respectivas.

Ahora bien, — en instrucción secundaria, el petitorio de los rectores de los colegios nacionales no cesa, en demanda de mayores auxilios. Se destaca, por su importancia didáctica, el informe anual del colegio del Uruguay presentado por su rector don J. B. Zubiaur que actualmente ocupa un alto cargo en el ministerio correspondiente. Este documento en efecto, no se concreta á especificar las causas que intervienen en la evolución de la enseñanza secundaria en el instituto mencionado, sino que procura interesar al ministerio para que produzca reformas de trascendencias en la marcha de todos los demás colegios Nacionales.

La educación física, por ejemplo, con sus juegos atléticos al aire libre, conforme á la enseñanza inglesa, son calurosamente sostenidos, así como también la necesidad de plantear una escuela de artes y oficios anexada á esa misma institución, querecoja á los elementos rezagados que han demostrado su incapacidad para seguir con los estudios secundarios. Funda este pedido en antecedentes históricos pues tal era la enseñanza establecida en el colegio del Uruguay, junto con los estudios de derecho, en su período más próspero, en los primeros años de la reorganización nacional.

El rector Zubiaur entra también á criticar la deficiencia de los métodos de enseñanza, lamentando que ésta no pueda darse en las condiciones exigidas por la pedagogía, en la carencia de profesores competentes. Obsta para conseguirlos, la exigüidad de los sueldos, no siendo posible que un hombre ilustrado, consagrado exclusivamente á la enseñanza, pueda sostenerse con la mezquina retribución acordada por estas tareas; por lo que resulta que, la cátedra se solicita como una ayuda de gastos, sin la pasión por el magisterio. No confía en la eficacia de la acumulación de cátedras en la misma persona, pues éstas se disciernen teniendo principalmente en cuenta las influencias políticas y benefician por consiguiente á los peores profesores, los vinculados á los partidos. Para subsanar en gran parte estos graves inconvenientes y para atender mejor á las necesidades de la enseñanza secundaria, el rector Zubiaur es de opinión que urge establecer la Dirección Superior de la Enseñanza Secundaria y Normal

con una organización autonómica que le permita perdurar en los continuos cambios ministeriales.

En el anhelo de formar un profesorado argentino, el rector Zubiaur propone la fundación de una Facultad Normal Superior encargada de educar á los profesores de los colegios nacionales y de las escuelas normales, con su corolario correspondiente, el doctorado en la misma carrera. Esta Facultad Normal, según los deseos del rector Zubiaur, prepararía los profesores en matemáticas, ciencias físico-naturales, ciencias sociales y medicina, en las ramas que se enseñan en los institutos á que se destinan; pero el error de semejante proyecto se descubre fácilmente cuande se considera la multiplicidad de la tarea que se propone encomendar á la Facultad Normal, y esto cuando el mismo Zubiaur no admite como posible que la Facultad de Filosofía y Letras pueda preparar á los profesores de historia, filosofía, letras y lenguas, lo que no formaría sin embargo, sino una mínima parte de la enseñanza de la Facultad Normal propuesta.

Es digno de aplauso en cambio el establecimiento de la «Biblioteca Larroque», por iniciativa del mismo educacionista, en el colegio nacional del Uruguay, formándose con la recopilación de las obras y trabajos publicados por todas las personas vinculadas á la institución, ya fueran como profesores ó como alumnos. Es nuestra creencia que los colegios nacionales como las universidades, deben procurar que los que cruzaron por sus aulas, en la época más feliz de la vida, queden unidos por el cariño á los establecimientos de enseñanza, para que estos á su vez adquieran la simpatía y la protección pública que ahora les falta. Como una consecuencia de esa solidaridad afectuosa, puede citarse los beneficios que recibe la educación en el colegio del Uruguay con la sociedad popular «La Fraternidad», con antiguos ex-alumnos, mencionados en ese mismo informe, que realizando el régimen tutorial de los colegios anglo-sajones, ha permitido al ministro Balestra designarla hiperbólicamente, de «Oxford argentino».

Los planes de estudios de la enseñanza secundaria, fueron reformados dos veces en ese mismo año 1893: en Enero 25

por el ministro doctor Calixto de la Torre y en Junio 21 por el ministro doctor Amancio Alcorta.

En la instrucción normal, los informes anuales respectivos hacen constar una notable disminución en la inscripción de alumnos y hasta en la asistencia de los profesores en algunas escuelas, lo que se atribuye al efecto moral de la supresión de las becas que hacía suponer una disminución de protección por parte del gobierno á esas instituciones. El informe anual de la Escuela Normal de profesores de la capital, redactado por el doctor H. Leguizamón, refuta los cargos del ministro Balestra á la enseñanza normal; lo mismo ocurre con la memoria de la Escuela de profesores del Paraná, que transcribe parte de los informes anuales anteriores, en los cuales su director se queja de que los alumnos diplomados no encuentren colocación en las escuelas del estado, lo que les obliga á cambiar de rumbos en su actividad.

Atendiendo á las denuncias de la memoria del doctor Balestra, el ministro doctor Calixto de la Torre resuelve en Octubre 18 de 1892 que la Inspección General de enseñanza secundaria y normal formule planillas de los ex-alumnos becados que se retiraron de los establecimientos respectivos ó que terminaron sus estudios y que no han cumplido con las prescripciones de los decretos vigentes, á fin de remitirlos con todos los antecedentes del caso al Procurador Fiscal para que los obligue al cumplimiento del compromiso contraído de prestar sus servicios en las escuelas durante el doble del tiempo de que gozaron de la beca para las alumnas-maestras y por tres años por lo menos para los alumnos-maestros. Tal gestión debía fracasar por culpa de las autoridades escolares superiores, pues la ley de 13 de Octubre de 1875 y la de 28 de Febrero de 1886 establecían « que dicho compromiso quedaría sin efecto si no se diese colocación á institutores dentro del término de un año contado desde su salida de la escuela », condición en la que se encontraban casi todos los que habían desertado del magisterio.

La memoria anual de la Universidad de la Capital dá cuenta de un conflicto de atribuciones entre el Consejo Supe-

rior y la Facultad de Medicina, con motivo de medidas adoptadas por ésta, de carácter disciplinario para los alumnos, lo que dió lugar á la renuncia en masa de la academia, por haber negado el Consejo Superior á la Facultad el derecho de postergar la época de los exámenes hasta el completo esclarecimiento del sumario que se instruía. La intervención del ministerio y la reconsideración de la resolución primera del Consejo Superior por este mismo cuerpo, produjeron el retiro de las renunciaciones presentadas; pero es pertinente dejar constancia de que ni la ley orgánica de 1885 ni los estatutos universitarios prevén el caso, y que será satisfactorio estatuir en las reformas que se proyectan de que los conflictos análogos sean resueltos dentro del mecanismo de la Universidad misma, por un cuerpo de mayor autoridad, como sería la asamblea universitaria.

La memoria de instrucción pública de 1894 fué presentada al Congreso por el ministro doctor José V. Zapata sin ninguna declaración informativa de los diferentes asuntos tramitados por su cartera.

Recojemos de la investigación practicada en los informes anuales de los diversos institutos de enseñanza, los siguientes datos que convienen á nuestra exposición.

La Universidad Nacional de Córdoba, reforma sus estatutos y solicita la creación de las facultades de teología, y de filosofía y letras, que son necesarias á la enseñanza y responden al primitivo anhelo de su fundador.

Los rectores de los colegios nacionales manifiestan que el sistema ensayado de los exámenes escritos ha dado excelentes resultados en la práctica. El del colegio del Uruguay insiste en su proyecto de la creación de la Facultad Normal Superior y del Consejo Superior de Instrucción Secundaria y Normal, á semejanza del Consejo Nacional de Educación, con una organización autonómica y rentas propias que le sean afectadas, para levantar el nivel del profesorado argentino.

El director de Escuela Normal de profesores del Paraná don José M. Torres presenta al ministerio sus observaciones sobre la índole adquirida por la enseñanza normal tan dife-

rente de su plan primitivo y solicita reorganizarla en su forma anterior; hace constar además que con la supresión de las becas los alumnos inscriptos que eran 109 en 1891, han descendido hasta 41, en 1893.

La memoria de Instrucción Pública de 1895 pertenece al laborioso ministro doctor Antonio Bermejo que la inicia en los siguientes términos: « El problema de la educación es « vasto y complejo. No es mi ánimo penetrar en la multi-
« plicidad de sus detalles, sino fijar únicamente los puntos
« capitales que marquen una tendencia y determinen los
« rumbos á que deba encaminarse. » Procuraremos demos-
trar que su permanencia en esta cartera, en que reveló labor
é ilustración, le permitió cumplir dignamente con tan bri-
llante programa.

En la educación común el doctor Bermejo hace constar que sus progresos son incesantes, lo que atribuye á que « las
« leyes vigentes en la Nación y en las provincias han asegu-
« rado vida estable á la instrucción primaria fundándola en
« esta doble base de su prosperidad y eficacia: *la renta pro-
« pia y la autonomía técnica y administrativa.* »

El ministro da cuenta que, « el Consejo Nacional de Edu-
« cación con recomendable celo y competencia se preocupa
« de la revisión del plan de estudios de las escuelas comu-
« nes » y cree que esta sería la oportunidad de completar el
cuadro de la enseñanza primaria, muy pobre en caudal para
ser definitiva como educación general, « con la organización
« de escuelas superiores que amplíen y complementen las
« asignaturas distribuidas en los 6 grados de la organiza-
« ción actual. »

Estas escuelas superiores tendrían por objeto dar una ins-
trucción más completa á la juventud sin acudir á los colegios
nacionales los que la encaminan forzosamente á las univer-
sidades, y el ministerio hace notar con este motivo, que según
sus cálculos, 6200 estudiantes se preparan en la enseñanza
secundaria para ingresar después á la universitaria. El tem-
por de que este hecho, produzca una plétora en las carreras
liberales, no respondiendo este exceso de diplomados á las
necesidades sociales, lo lleva á proponer el establecimiento

de otras instituciones de enseñanza en las que la juventud pueda encontrar otros estímulos á su actividad intelectual.

El doctor Bermejo se declara partidario del trabajo manual educativo, preconizado por el congreso pedagógico internacional del Havre, que iniciándose en los ejercicios froebelianos de los kindergarten se completaría en las escuelas primarias, superiores y normales, « no con la mira de que
« aprendan un oficio, sinó de que desarrollen integralmente
« sus facultades intelectuales, estéticas y físicas, que adies-
« tren la mano y ejerciten la vista, que amen el trabajo y lo
« dignifiquen, á la vez que descansan de las fatigas intelec-
« tuales, porque el cambio de ocupaciones es una de las for-
« mas del reposo .»

En la instrucción secundaria, el ministro, basado en los datos anteriormente expuestos, encuentra que, la masa enorme de educandos que acude á los colegios nacionales, está fuera de proporción racional con los profesores existentes, lo que altera la bondad de la instrucción, tanto más, cuanto muchos de ellos, hacen una enseñanza exclusivamente teórica, en lo que debiera ser de gabinetes ó laboratorios, los que, manifiesta á la vez, se encuentran incompletamente dotados.

JUAN R. FERNÁNDEZ.

(Continuará).

LAS «DEBENTURES» INGLESAS

ANTE

LA LEY ARGENTINA (1)

Del punto de vista de las leyes argentinas, la compañía del tramway «La Capital» es una sociedad extranjera cuya personería jurídica ha sido reconocida con arreglo á las disposiciones del Código de Comercio vigente. (Art. 286 y ley N° 3528 de 23 de Septiembre de 1897).

En ese concepto, puede establecer en la república la representación que juzgue más conveniente, quedando solamente sujeta al registro y publicación de sus estatutos y de los respectivos poderes de sus apoderados ó mandatarios.

En casos de quiebra, si la declaración de ese estado se pronuncia en Inglaterra, ella no podrá invocarse contra los acreedores que la compañía tuviera en este país, ni para disputarles los derechos que pretendieran corresponderles sobre los bienes existentes dentro del territorio, ni para dejar sin efecto los contratos que con la empresa hubieran celebrado.

Si la quiebra fuera declarada á un mismo tiempo por los tribunales argentinos y por los de Inglaterra, no se tomaría en cuenta á los acreedores del concurso extranjero, sinó en caso de que, pagados íntegramente los de la República, resultaran fondos sobrantes.

Si, por último, la quiebra se produjera únicamente en este país y no en el extranjero, los acreedores ingleses tendrían

(1) Con motivo de una consulta forense. (N. de la D.).

derecho á presentarse en el concurso argentino, concurriendo con los nacionales, y en la misma proporción que ellos, á la distribución de los bienes.

De donde resulta que las leyes no confieren privilegio alguno á los acreedores extranjeros, tratándose de bienes situados en este país.

Según el artículo 3875 del Código Civil vigente se llama «*privilegio*» al derecho conferido por la ley á un acreedor, para ser pagado con preferencia y con anterioridad á otro.

El artículo 3876 establece que tales privilegios no pueden derivar sino de disposiciones expresas de la ley, sin que el deudor esté habilitado para crearlas, en favor de ninguno de sus acreedores. De acuerdo con estos preceptos clarísimos, no hay posibilidad de que, en el derecho argentino, se reconozcan preferencias á ningún acreedor, ya sea nacional ó extranjero, si esas preferencias no han sido expresamente establecidas por la ley.

La *debenture* es el instrumento por el cual, de conformidad con las leyes inglesas, se afectan determinados bienes al pago de una suma de dinero que se toma en préstamo. Es la forma que generalmente adoptan las compañías al levantar los capitales necesarios para sus instalaciones. Establece un derecho de prioridad, en cuya virtud el pago de los intereses de los *debentures* debe hacerse con antelación al de todo dividendo de acciones, ya sean preferidas, garantidas de otra manera ó simplemente ordinarias.

Para el fiel cumplimiento de tales estipulaciones nombran los acreedores, fideicomisarios ó *trustees* que los representan, con poderes suficientes para hacer efectivo su mandato.

Así concebida, la *debenture* inglesa, es total y absolutamente desconocida para las leyes argentinas, como lo es para la mayoría, sino para la totalidad, de las legislaciones del continente europeo.

Registrar en este país una escritura de *debenture*, importaría, pues, incurrir en un gasto inexcusablemente superfluo, toda vez que con ello los acreedores interesados no adquirirían privilegio ni primacía de ningún género, como clara-

mente lo demuestran las disposiciones legales á que me he referido.

Mi opinión en este sentido es terminante. El registro del *trust deed*, tal como está concebido, no debe hacerse porque nada se adelantaría con ello.

Es muy difícil sino imposible que ocurra en la República la quiebra de una compañía como «La Capital», que ha levantado en Inglaterra la totalidad de sus caudales y no contrae en el país sino deudas relativamente insignificantes que se atienden cómodamente con los productos inmediatos de la empresa.

Pero si á todo trance se quisiera establecer un privilegio en favor de los tenedores de *debentures*, ese privilegio no podría constituirse en otra forma que en la de una hipoteca.

El artículo 3934 del Código Civil establece que los acreedores hipotecarios son preferidos sobre los demás en el producto de los bienes gravados con hipoteca, haciéndose efectivo tal privilegio en los casos de concurso, contra toda especie de crédito y con la sola limitación de ante poner únicamente los gastos de justicia.

La hipoteca es para la ley argentina «un derecho real constituído en seguridad de un crédito, sobre bienes inmuebles que continúan en poder del deudor». (Art. 3108 Código Civil). En este punto difiere del *mortgagee* inglés, que confiere al acreedor ó *mortgagee*, la facultad, rara si alguna vez ejercida en la actualidad, de entrar en posesión de la cosa hipotecada.

El artículo 3109 de nuestro Código Civil establece que no puede constituirse hipoteca sino sobre «cosas inmuebles especial y expresamente determinadas».

La situación del acreedor hipotecario en la República Argentina, ofrece muchos puntos de semejanza con la del *mortgagee* inglés, cuando hace uso del recurso que allí llaman *right of foreclosure*. Vale decir que nuestra ley no concede, ni virtualmente, al acreedor, el derecho de retener para sí, en calidad de pago, la cosa sobre la cual versa la hipoteca, ni existe tampoco, en consecuencia, el procedi-

miento de redención, en cuya virtud puede el deudor recuperar, en Inglaterra, la propiedad, pagando dentro de los veinte años el capital del préstamo y sus intereses.

Llegado entre nosotros el día del vencimiento, sin que la deuda se chancele, el acreedor ó *mortgagee* promueve ejecución y embarga el inmueble, que se vende judicialmente en remate público. Pagada la deuda con el producto de la venta y además los intereses y gastos del juicio, el excedente se devuelve al deudor.

Si el precio de venta no alcanza á cubrir el importe del crédito, los intereses y los gastos, el acreedor conserva acción personal contra el deudor por el saldo, siendo de advertir que el *mortgagee* ó acreedor puede concurrir al remate y comprar para sí la cosa por el valor de la licitación, ó si no hay ningún postor, hacérsela adjudicar judicialmente por las dos terceras partes de su tasación.

Puede constituirse diversas hipotecas sobre una misma cosa, pero, para que el privilegio que así se crea produzca efecto respecto de terceros, es menester que la hipoteca se haga registrar en la oficina pública correspondiente, estableciéndose la prelación entre las diversas hipotecas por la fecha de anotación en los registros.

Pagada la primera hipoteca íntegramente recién puede ejercitarse la segunda en el remanente del precio obtenido en la primera ejecución y así en seguida.

Pero, como he dicho, solamente respecto de bienes «inmuebles» puede establecerse una hipoteca; los bienes «muebles» ó «cosas personales» (*things personal*) para usar una locución que se aproxime á la terminología inglesa, no pueden ser objeto de este derecho.

Se ha insinuado, con este motivo, que los materiales móviles y tren rodante de las compañías de tramways no pueden ser objeto de una hipoteca válida, pudiendo sólo comprenderse en ella, los terrenos, edificios y estaciones que forman parte de la explotación. El punto no ha sido nunca definido judicialmente, de manera que no es posible indicar soluciones que, en uno ú otro sentido, tengan el apoyo de los precedentes.

Mi opinión, después de estudiar detenidamente el caso, es que una hipoteca general constituida sobre todos los bienes, materiales y tren rodante de una compañía de tramways es perfectamente eficaz.

Nuestro Código Civil, divide, en efecto, los inmuebles en «inmuebles por su naturaleza» é «inmuebles por accesión». «Inmuebles por su naturaleza» son las cosas que por sí mismas se encuentran inmovilizadas, como el suelo y todo lo que á él se encuentra incorporado sin el hecho del hombre.

«Inmuebles por accesión» son las cosas muebles inmovilizadas por el esfuerzo humano, y que se encuentran adheridas al suelo con carácter de permanencia. Son también «inmuebles por accesión» las cosas muebles destinadas al servicio ó dependientes de los «inmuebles por naturaleza», siempre que esa dependencia ó destino revista caracteres permanentes.

En la nota al artículo 2315 el codificador argentino explica que «en la categoría de los inmuebles por accesión se comprenden las semillas echadas á la tierra ó que se tienen con ese destino, los utensilios de labranza ó minería, las prensas, alambiques, toneles, etc., que forman parte de un establecimiento industrial adherente al suelo y todos los útiles, instrumentos, máquinas, etc. sin los cuales esos establecimientos no podrían funcionar ni llenar su destino».

Para un tramway eléctrico, paréceme que la solución es sencilla dentro de este sistema. Se trata, en efecto, de una industria cuyos elementos todos están íntimamente correlacionados con la Usina generadora de la fuerza motriz, evidentemente inmueble, con sus calderas, dinamos y maquinarias diversas, adheridas al suelo de una manera permanente. El tren rodante, los rieles, columnas y cables conductores están íntimamente vinculados á la Usina y á las demás estaciones, son meros accesorios ó dependencias que forman con lo principal, la entidad ó conjunto de la empresa industrial, que no puede concebirse sin ellos.

Son, entónces, «inmuebles por accesión» dentro de la estricta clasificación del Código y por lo tanto, susceptibles

de hipoteca, cuando esa hipoteca se constituya conjuntamente con la de los «inmuebles por naturaleza» á que están vinculados.

Independientemente de estas consideraciones, yo entiendo que la concesión acordada por los poderes públicos á la empresa para adherir sus rieles al suelo en determinado trayecto, le ha creado un derecho que, por referirse á inmuebles como son las calles, puede ser gravado con hipoteca.

Una compañía de tramways no tiene, en verdad, la propiedad de los caminos por los cuales tiende sus líneas, ni sus privilegios en ese sentido podrían compararse á los de un usufructuario ó de un arrendatario.

No es ni puede ser dueña de las calles que recorre con sus vehículos, porque se trata de bienes que pertenecen al dominio público del Estado y que por lo mismo no pueden nunca ser enajenados en el todo ni en parte.

No es arrendataria, porque, aún prescindiendo de los términos expresos de las concesiones, sus contratos en nada se aproximan al concepto de la locación ni á las disposiciones legales que la rigen.

No es tampoco usufructoria ni puede decirse que tenga establecida una servidumbre de tránsito.

Lo que hay de cierto es que las concesiones de tramways ó ferrocarriles no se ajustan en manera alguna á nuestros conceptos de derecho privado.

Ellas han venido á crear relaciones nuevas que no encuadran dentro de los preceptos de una legislación que ha quedado anticuada y que, por consiguiente, es sólo aplicable en virtud de analogías más ó menos remotas. Si las compañías no son dueñas de la porción de calle en que asientan sus vías, no puede negarse que han recibido del Estado potestad y derecho para explotar las líneas en provecho propio y que están encargadas de velar bajo su responsabilidad por la conservación de lo que constituye su concesión.

En ese sentido todos los tribunales han reconocido á los ferrocarriles y á los tramways el derecho de entablar interdictos posesorios para mantener espedito el camino contra los avances de los particulares, lo que equivale á re-

conocerles un derecho real *in genere*, que, por implicancia, sería susceptible de hipoteca.

Ya, pues, se considere que se trata de bienes que son inmuebles ó por su naturaleza ó por accesión y constituyen un conjunto á todas luces inmueble, ó ya se estudie los derechos que la concesión acuerda sobre la vía pública, una compañía de tramways eléctricos tiene evidentemente la facultad de constituir una hipoteca válida sobre todos los bienes, existencias y enseres de su explotación.

En caso de que se resolviera adoptar este temperamento para garantizar á los tenedores de *debentures* creando un privilegio eficaz á su favor, creo que la mejor manera de simplificar la constitución de la hipoteca y su efectividad, así como la rapidez de los precedimientos en caso de concurso, sería que esa hipoteca se constituyera á nombre y en favor de los fideicomisarios ó «*trustees*» versando sobre todos los bienes que la compañía «La Capital» tiene en esta ciudad y determinándose con toda precisión la Usina esquina Paseo Colón y Comercio y la estación Liniers, á lo cual se agregaría que el gravámen pesa también sobre todos los accesorios de la explotación industrial, como ser maquinaria, tren rodante, calles, columnas y materiales de toda especie que forman un todo con la Usina y constituyen la unidad de la empresa.

L. M. DRAGO.

EVOLUCIÓN CORRELATIVA

DE LA

ENSEÑANZA, LA DIDASCOLOGÍA Y LAS ESCUELAS NORMALES

(CONTINUACIÓN)

De lo expuesto en este capítulo se desprende que los más afamados didascólogos de la primera mitad del siglo XIX no se han distinguido por haber descubierto principios fundamentales nuevos, tanto como por haber aplicado el naturalismo del siglo XVIII transportando el campo de las observaciones, ó por haberlo aplicado á una clase de personas de que había prescindido la escuela, ó por haberlo bastardeado subordinándolo á un concepto artificioso, como si, definitivamente caracterizada la ciencia de la enseñanza en lo que le es esencial, no tuviera la ambición de reformas como satisfacerse sino buscando aplicaciones nuevas ó inventando modalidades peregrinas que no podían surgir de la mera observación de la naturaleza; llevada á cabo con el solo propósito de hallar sus leyes. Pestalozzi investigó en la conducta ordinaria de la familia en vez de investigar, como sus antecesores, en el organismo del individuo; se singularizó así por no haber advertido que en la conducta de las familias está mezclado lo natural con lo artificial, que, si una parte de ella es obra de la naturaleza, otra parte es producto de costumbres generalizadas, y de hábitos, pasiones y errores particulares. Bell y Lancaster apenas tuvieron en vista otro fin que el económico de ahorrar maestros retribuidos. Preparaban para *monitores* á algunos alumnos; esos monitores eran otros tantos maestros, que enseñaban por imitación á grupos de seis, ocho, diez ó doce niños, sin cobrar salario. Buena ocu-

rrencia para una época en que escaseaban los maestros de profesión y los recursos, pero que permitía aplicar todas las doctrinas didácticas imaginables como puedan aplicárselas docentes tan poco preparados y de juicio tan poco maduro como eran los auxiliares bell-lancasterianos. Jacotot vivió en una época en que apasionaban las novedades sorprendentes. El mismo participaba de este anhelo inmoderado de originalidad. Ciertamente no estaba agotado el estudio de la naturaleza, ni la razón científica había consumido todas sus fuerzas. Pero no todos han nacido para experimentadores, y á muchos les es más fácil y más satisfactorio apurar la fecundidad de su fantasía, por lo que prefieren inventar á descubrir. Jacotot fué uno de ellos. Contradijo la evidencia al sostener que todos pueden ser un Kant ó un Newton con solo quererlo, pero consiguió sorprender al mundo entero. Afirmar que todo hombre puede enseñar, es conformarse con la experiencia; avanzar que puede enseñar aún lo que ignora, era decir lo contrario de lo que todo el mundo pensaba; esto era lo importante. A nadie le había ocurrido que en una frase cualquiera estaba contenida toda la ciencia humana; buscando y rebuscando le vino esa idea á Jacotot y la lanzó causando profundo estupor: éxito completo. Girard distó mucho de ser un extravagante: sus talentos, su buen sentido y su modestia han hecho de él una personalidad seria y respetable. Pero estas cualidades no le libraron de ser arrastrado un tanto por las corrientes de la época. No pensó, como Jacotot, que en una frase está encerrado todo lo que se puede aprender, pero sí que está encerrado en la lengua vulgar. No enseñar más que idioma cuando se enseñaba el idioma, le pareció que era no ver lo que había dentro de él, y malograr la enseñanza. Se impuso la tarea de hacerlo visible, y á ella se consagró. No se puede desconocer que hay parentesco en las concepciones de Jacotot y de Girard, ni que conserva la última cierto aire de familia; pero la generación está inmensamente perfeccionada. El error de Girard consistió en haber confundido el lenguaje, medio de comunicar ideas, con el mundo, objeto de los conocimientos. Si solo se hablara, nada se podría conocer; pero hablando se puede hacer obser-

var la naturaleza y obrar á las aptitudes, y de la observación nace el conocimiento, como del obrar nacen los hábitos y el desarrollo de las energías humanas.

Todos los esfuerzos consagrados á la enseñanza durante la edad media tuvieron en vista solamente la enseñanza superior dada á jóvenes y adultos. No se pensó entonces en la niñez. Después del renacimiento se ocuparon algunos didascólogos en la enseñanza escolar de la segunda infancia, pero no de la primera, pues, si bien Comenio en el siglo XVII y algún otro en el siglo XVIII teorizaron acerca de la educación del niño menor de seis ó siete años, se refirieron á la educación doméstica, no á la escolar. Recién en el siglo XIX se ha dedicado la didascología á la enseñanza escolar de la primera niñez, y débese la iniciativa á Fröbel. Este filántropo juzgó que la teoría de los jardines de niños era una especialidad y como tal la trató. No debe contársele, sin embargo, en el número de los autores de sistemas artificiosos. La didascología relativa á la primera infancia es la misma á todas las edades más avanzadas. Lo que Fröbel hizo fué estudiar la naturaleza de la primera infancia para aplicar convenientemente á la enseñanza de los niños pequeños, reunidos en un edificio, la misma ciencia que se aplica en la enseñanza de los niños mayores y de las personas adultas reunidos en otros edificios destinados á este uso. El didascólogo estudia la naturaleza humana con dos fines muy diversos. Ante todo con el de investigar las leyes de la enseñanza, que son universales, que tanto convienen á un individuo de dos años, como á otro de ocho, quince, veinte ó cincuenta. Y luego con el de aplicar esas leyes, en la práctica de la enseñanza, del modo más adecuado á las modalidades y al desarrollo peculiares de cada edad y de cada individuo. Esta última parte de la didascología es la que estudió especialmente Fröbel en la misma acción de los niños pequeños, y lo que constituye su originalidad y la justa razón de su fama.

A la vez que Pestalozzi, Bell, Lancaster, Jacotot, Girard y Fröbel se singularizaron como queda dicho, gran número de personas se dedicó en Europa á desenvolver, sistematizar y divulgar la didascología, movimiento que se extendió hasta

la América. En Alemania ocuparon lugar expectable, durante la primera mitad del siglo, Overberg, Niemeyer, Dinter, Sailer, Schleiermacher, Schwarg, Graser, Herbart, Stephani, Zerrenner, Milde, Benecke. En Bélgica figuró Braun. En España escribieron Montesino, Avendaño, Carderera y Rovira; en Francia la suiza Necker de Saussure, Gerando, Jullien de París, Barrau, Pape-Carpantier; en Inglaterra Hamilton y Mayo; en Italia Rosmini-Serbati, Rayneri y Tommasco; en Estados Unidos de América Mann, Channing y Barnard. En la segunda mitad del siglo se ha multiplicado extraordinariamente el número de los que han escrito libros, folletos y artículos de didascología, y mucho más el número de los que estudian ó solamente leen esas producciones.

En esta copiosísima literatura, de mérito muy desigual, hay trabajos de incontestable importancia. Es de notarse, empero, que poco se ha hecho, en la segunda mitad del siglo, que sea á la vez científico y nuevo. La didascología ha estado contraída á la escuela primaria, concordando en esto con el título impropio de *pedagogía* que universalmente se le da; y, acaso por acelerar la propagación y por acomodarse á los pocos recursos y á la inteligencia que se suponen en la mayoría de los aspirantes al magisterio y de los que ya ejercen la profesión, está reducida á dar en poco volumen numerosas reglas empíricas particulares para la práctica, según un plan que se sigue rutinariamente con escasas modificaciones de detalle. La ciencia, al generalizarse, se ha empobrecido; ha perdido su carácter investigativo para tomar el de formulario destinado á aprenderse de memoria, aunque no se le entienda bien, y á aplicársele sin el indispensable discernimiento.

En la misma proporción en que se ha generalizado la ciencia de la enseñanza, ha crecido el número de las escuelas de magisterio, que siguen llamándose *seminarios pedagógicos* en Alemania, que han tomado el nombre de *training schools* en Inglaterra y en algunos de los Estados Unidos de la América septentrional, y que se han apropiado el de *escuelas normales* en Escocia, en la Europa latina, en la

Unión norteamericana y en Sud América, aunque no tienen el fin de las primitivas escuelas normales de Austria y sí sólo el de enseñar la teoría y la práctica de la profesión escolar. La necesidad de que los maestros tengan una preparación especial ha sido tan probada por la experiencia acumulada durante siglos, y tan imposible se considera que haya maestros bien preparados sin la institución de escuelas normales, que apenas hay Estado en el mundo civilizado que carezca de ellas; siendo de notarse que abundan tanto más en los diversos países, cuanto mayor es el celo que despliegan pueblos y gobiernos por mejorar la enseñanza.

Inglaterra, el País de Gales y Escocia tenían hacia 1884 unas 50 *Training Colleges*; Austria tenía cerca de 80; Hungría contaba 70 y tantas; en Italia había unas 115. Alemania agregó, á los seminarios establecidos en el siglo XVIII, en los primeros veintiseis años del presente siglo, 42 nuevos; para 1884 el número de los sostenidos por los estados ascendía á 185; esta cantidad ha venido creciendo, y á ella hay que añadir los seminarios privados. En Estados Unidos eran, en 1896, las escuelas normales públicas, 160; las privadas, 169; en todo, 329.

El progreso de la enseñanza primaria se ha acelerado, en todos los países, desde que han tenido escuelas normales, porque desde entonces han tenido mejores maestros. El adelanto de las escuelas comunes se ha extendido en todos ellos á medida que ha aumentado el número de escuelas normales, porque en esa medida, precisamente, ha crecido la cantidad de maestros normalistas; y el perfeccionamiento de la enseñanza ha sido tanto más considerable, cuanto más se ha cuidado de que en los establecimientos normales se inculquen las doctrinas más adelantadas de la didascología. Es tan constante esta relación, que le basta, al que de pronto quiera saber cual es el estado de la enseñanza de un país, preguntar en qué razón están las escuelas normales con el número de las comunes y con el de los habitantes. Y la experiencia ha probado que son indispensables los establecimientos de esta clase, no solamente para que formen maestros de escuelas primarias, sino también para que formen los

de enseñanza común secundaria y los de las enseñanzas profesionales, sean de la clase que fueren: escuelas normales, escuelas industriales, escuela de artes, facultades, etc., etc., razón por la cual hay en varias naciones, además de escuelas normales *primarias*, escuelas normales *superiores*, y ya se generaliza la prohibición de expedir títulos de *doctor*, antes que los alumnos hayan asistido á un curso de didascología, que para eso se empieza á dar en algunas facultades.

Sin embargo, no porque se hayan realizado grandes progresos debe pensarse que se ha llegado al límite de los posibles. Fáltales mucho á algunas naciones para igualar á otras; y á estas mismas fáltales mucho para alcanzar perfeccionamientos que se conciben.

Desde luego la didascología tiene que disciplinarse á sí propia, tiene que hacerse más rigurosamente científica de lo que es, y que someterse al plan general según el cual se generan todos los conocimientos. Menester es que se consagre en primer término á investigar y á formular netamente todos los principios naturales del aprendizaje; que en segundo término se dedique á constituir el arte de la enseñanza infiriéndola lógicamente de aquellos principios; y que termine el proceso de su propia acción enseñando á aplicar ese arte á la práctica de modo ordenado y racional. Debe constituirse á sí misma como ciencia pura, como ciencia aplicada ó arte, y como ejecución ó práctica, distinguiendo con claridad estas tres partes y correlacionándolas según el orden de derivación que les es natural.

Además, en cuanto á la doctrina de la enseñanza primaria que inculca, debe emanciparse de la tradición más completamente que lo está, modificando el concepto de su fin y el sistema de las ideas y prácticas derivadas. A la instrucción formalista de la edad media opuso la realista, y este fué, á la vez, su primer adelanto y su primer triunfo. Luego, á la instrucción realista, demasiado limitada en cuanto al número de materias, la convirtió en instrucción enciclopédica con éxito universal. Y, por último, notando que esa instrucción es demasiado exclusiva, proclamó que la educación es el fin principal de la enseñanza primaria, y que la misma ins-

trucción no debe figurar en los programas escolares sino como medio educativo. La educación del organismo es, hoy en día, el fin á que deben tender todos los esfuerzos de la escuela: educar la mente, educar el cuerpo, educar armónicamente todo el sér humano. Hasta el trabajo manual debe ser exclusivamente educativo. La didascología ha venido evolucionando por espíritu de reacción: al formalismo le contrapuso el realismo; al pauperismo de los programas contrapuso un opulento enciclopedismo; y al instruccionismo exagerado lo reemplazó por un educacionismo igualmente exagerado. Proceder así no es proceder científicamente. La ciencia debe buscar la verdad en la naturaleza, procurando que en estos trabajos de investigación no influyan las prácticas preexistentes; y debe aplicar esas verdades, una vez halladas, con igual independencia, con igual dominio de sí misma. Y recién, á medida que adelante en su obra, podrá juzgar, sin ánimo apasionado, que hay verdadero ó falso, bueno ó malo en las teorías y en las prácticas generalizadas, y corregirlas en cuanto deba ser corregido, respetando lo que esté bien. La didascología tiene que progresar hasta que proceda así, y hasta que de este modo sienta el sistema completo de todas las verdades accesibles á la naturaleza humana.

La didascología de segunda mano, de divulgación, debe sufrir las mismas transformaciones en su contextura y en sus doctrinas, para que sea fiel trasunto de la ciencia que se propone difundir; y además debe reformar su propia modalidad. Las obras fundamentales, los grandes libros no están al alcance de todos los bolsillos, ni de todas las inteligencias. El talento del divulgador debe ejercitarse en compendiar y en facilitar; pero, bien entendido: sin desnaturalizar la ciencia, sin deformarla, presentándola como cuerpo de investigación, de inferencias y de aplicaciones, porque solo así es posible que difunda el criterio científico y que enseñe á observar, á inducir principios, y á derivar las reglas del arte didáctico.

Fácil es concebir que la escuela normal, destinada por su fin á formar maestros en conformidad con la didascología, debe seguir todos los movimientos de esta. No es posible

que le adelante; pero sí que no esté á su altura, por ir rezagada. Es lo que se advierte. Muchas escuelas normales están á un nivel más bajo que la didascología; las mejores adolecen de los mismos defectos y vicios que la ciencia. Impresionados los pensadores del siglo XVIII por lo poquísimo que hasta entonces habían enseñado las escuelas elementales y por la crasa ignorancia de los maestros, más que por el modo como éstos transmitían sus escasos conocimientos, se aplicaron principalmente á instruir á los aspirantes en las materias que habían de enseñar. Las escuelas normales eran, por lo mismo, escuelas de instrucción común mucho más que escuelas de enseñanza didascológica. Este plan mixto pasó rutinariamente al siglo XIX, y rutinariamente se ha perpetuado, exagerando de más en más la enseñanza de materias generales, á pesar de la facilidad con que en otras clases de establecimientos se pueden aprender todas las materias generales que se quiera y en el grado que sea menester. El programa normal generalizado en Europa contiene: lectura, logografía, caligrafía, estenografía, dibujo, lengua nacional, una ó varias lenguas vivas extranjeras, latín ó griego, literatura nacional, aritmética, álgebra, geometría, á veces trigonometría, cosmografía, física, química, mineralogía, botánica, zoología, geología, horticultura, arboricultura, sericultura, anatomía, fisiología, psicología, higiene, música, canto, uno ó dos instrumentos musicales, gimnástica, natación, ejercicios militares, trabajo manual, trabajos de aguja, geografía, historia, teneduría de libros, economía, economía doméstica, moral, derecho comercial, derecho constitucional, derecho administrativo, religión, pedagogía. Y se comprenderá cuánto se estudian las materias generales indicadas sabiéndose que los aspirantes deben haberlas cursado en todos los grados de las escuelas primarias, ampliando en tres años de asistencia á establecimientos *preparatorios*, y completado en otros tres ó cuatro que duran los cursos de las escuelas normales primarias. Dedúcese que los maestros normalistas suelen aprender materias que no han de enseñar, que suelen ser excesivamente versados en las que han de enseñar, y que, al

contrario, son insuficientemente aptos en la ciencia, en el arte y en la práctica de enseñar. Son más eruditos que maestros. Los mismos usos, con semejantes resultados, siguen las escuelas normales del Norte y del Sud de América.

A lo erróneo del concepto de la enseñanza normal se agrega, con demasiada generalidad, que se enseñan mal las asignaturas profesionales. Así, por ejemplo, la didascología es presentada con todos los vicios de los tratados de divulgación; se la suministra en escasa cantidad, como se encuentra en los compendios aludidos; y se la enseña con un formalismo antídídáctico, que recuerda el de la edad media, como que se acostumbra *exponer* el arte oralmente ó por escrito, sin ocuparse de la didascología pura, sin inferir de ella la aplicada, y hacer un poco de práctica independientemente del arte teórica, sin deducirla de ella. Por manera que los alumnos normalistas reciben su título profesional sin haberse habituado á observar, ni á pensar con ocasión de sus observaciones, ni á practicar con sujeción á sus conocimientos teóricos; sin haberse formado el criterio científico-profesional de que tanto han de necesitar en todos los momentos del ejercicio de su profesión.

Se ve que, habiendo hecho las escuelas normales notables adelantos, han seguido un camino errado, y que, por esta causa, es inútil, gran parte de sus progresos, al fin especial á que se proponen servir, y es deficiente é incorrecta la parte que á ese fin se encamina. Está, pues, la escuela normal « en vías de progreso ». Tiene que reformar el plan de su enseñanza y que adaptarse sucesivamente á la marcha de la didascología, para que su acción sea tan eficaz como es menester que sea.

Conocida la relación estrecha que hay entre la ciencia de la enseñanza, las escuelas normales y las primarias, puede concebirse desde luego que el estado de estas últimas, si bien es incomparablemente mejor en la segunda mitad del siglo XIX que lo fué en los siglos anteriores, dista mucho de ser el que conviene á las necesidades humanas. En efecto: preguntese si la casi totalidad de los individuos utiliza, durante su vida, siquiera sea la mitad de lo que se le ha enseñado en

las escuelas comunes, y la respuesta negativa probará que en esas escuelas se enseña mucho que no debiera enseñarse, porque se pierde, porque no se puede utilizar en las circunstancias ordinarias de la vida. Pregúntese, á la inversa, si los individuos del pueblo saben hacer ni la mitad de lo que necesitan hacer por sí mismos ordinariamente para atender á las exigencias primordiales de su vida, y la respuesta, igualmente negativa, hará comprender que en las escuelas comunes no se enseña mucho de lo que debiera enseñar. Es decir que enseñan mucho de más y mucho de menos, que llevan camino errado, que no tienen idea exacta de su fin, ni se dirigen, por consecuencia á él.

Resumiendo: sin duda por ser verdad que por mucho que se avance nunca se llega al término del desenvolvimiento posible, el progreso de la didascología, de las escuelas normales y de los demás establecimientos de enseñanza, con ser tan inmenso como ha sido en los últimos doscientos años, está á mucha distancia de su desenvolvimiento final. Todavía tienen que progresar más las escuelas normales; todavía dependen de estos progresos futuros los futuros perfeccionamientos de la enseñanza primaria.

VII

EVOLUCIÓN DE LA ENSEÑANZA ARGENTINA. — SU DIDASCOLOGÍA. SUS ESCUELAS NORMALES

La enseñanza ha estado sujeta, en la República-argentina, á vicisitudes semejantes á las que ha experimentado en Europa. Cuando todavía no se pensaba en dar al pueblo la instrucción primaria, fundaron los jesuítas, en Córdoba, un colegio el año 1609, que recibió en 1613 el nombre de San Francisco Javier. Los mismos jesuítas fundaron el año 1622 una universidad en la ciudad mencionada, con las facultades de teología, filosofía y derecho. En 1695 establecieron en la misma ciudad el colegio de Nuestra Señora de Monserrat, y en 1700 suprimieron el de San Francisco para dar lugar al seminario de Nuestra señora de Loreto. No hubo de tales

establecimientos en Buenos-aires hasta el año 1772, en que se fundaron dos cátedras de latín. En 1773 se agregaron otras dos de filosofía. Se estableció una escuela de teología en 1776, y el Real colegio de San Carlos en 1783, en el cual se fundieron las cátedras de latín y de filosofía. En 1796 se estableció una escuela de náutica; luego otra de dibujo y escultura; y en 1801 y 1802 se inauguraron, sucesivamente, una cátedra de cirugía y otra de medicina, de las cuales salieron graduados, en 1806, los primeros médicos nacionales. La enseñanza de la universidad, de los colegios y de los seminarios comprendió la latinidad y la filosofía, enseñadas con criterio rigurosamente teológico, y la teología. Asistían á esos establecimientos los hijos de las familias principales

Entretanto la instrucción elemental del pueblo había estado descuidada. En algunos conventos hubo pequeñas escuelas, á las cuales asistían unos pocos niños para aprender la doctrina cristiana y la lectura. En algunas de esas escuelas se enseñaba también á escribir. Hubo, asimismo, poquísimas escuelas seglares, que enseñaron lo que enseñaban las monásticas, y el cabildo de Buenos-aires sostuvo alguna que otra en los últimos tiempos de la dominación española. Pero el servicio que estos establecimientos prestaban era insignificante relativamente al número de la población, cuya inmensa mayoría, sobretudo fuera de Buenos-aires y de Córdoba, permanecía en la más crasa ignorancia, por falta de escuelas, si los padres no enseñaban á sus propios niños algo de lo poco que sabían. Además de ser poquísimas las escuelas, y tan pobre su programa, era mala la instalación y muy defectuosa la enseñanza.

Los maestros municipales de Buenos-aires tenían que correr con la casa destinada á las escuelas y á su habitación, y recibía cada uno, hasta 1810, treinta y tres pesos y fracción mensuales por sueldo y alquiler. En ese año se aumentó la dotación hasta cincuenta pesos. Resultó de tan exigua recompensa, que los maestros fueran completamente ineptos y las casas inadecuadas. Una comunicación dirigida por el ayuntamiento á la Junta denunciaba que «se hallan

las escuelas *en piezas muy estrechas é inderentes*, donde no pueden colocarse con desahogo, ni ejercitarse con comodidad los niños de sus departamentos ». Partido había, como el de la Piedad, que desde año y medio antes estaba privado de tener, ni aún en tales condiciones, la única escuela que le correspondía. A fines de 1811 se festejó, como acontecimiento extraordinario, que una escuela hubiera dado examen público: era el primer suceso de esta clase que se hubiera celebrado en todo el Río de la Plata. Hasta el año 1820 las escuelas sostenidas por el cabildo habían sido destinadas solamente á varones. En ésta época proyectó el ayuntamiento crear la primera escuela de niñas y no lo pudo, por falta de recursos, según dijo.

En 1822 se organizó la universidad de Buenos-aires. Debía constar de estos seis departamentos: primeras letras, estudios preparatorios, ciencias exactas, medicina, jurisprudencia, ciencias sagradas. Todas las escuelas primarias ya existentes quedaron incorporadas á la universidad, y se asignó «para todos los gastos del departamento de primeras letras», que se hicieran en el año, el total de *diez mil pesos*. Este dato da idea de cuántas serían las escuelas en la provincia de Buenos-aires y de lo que serían ellas.

Desde 1813 estuvo prohibida la pena de azotes; desde 1820 se había adoptado la organización lancasteriana, bajo la dirección general de don Diego Thompson, á quien se reputaba versado en ese sistema; en 1823 se había creado la *Sociedad de Beneficencia*, compuesta de damas, una de cuyas atribuciones fué dirigir é inspeccionar las escuelas de niñas; se habían instituido premios y juntas inspectoras; pero las escuelas continuaron siendo tan atrasadas como lo habían sido antes de la revolución, por la ignorancia é ineptitud profesional de los maestros.

¿De quiénes habían de aprender? No había didascólogos en el país; no se había producido aún en España el movimiento didascológico que inició Montesino en Madrid; no se conocían los tratados de la materia que tenían otras naciones europeas; no se tenía ni aún idea de que la enseñanza tuviese una ciencia que le sirviera de norte.

Tampoco había habido escuelas de magisterio, ni siquiera profesores de didascología. Ser maestro no consistía, pues, en tener título ó conocimientos de tal; consistía solamente en el hecho de enseñar. Un zapatero que supiera leer y escribir no era más que zapatero; pero, si de pronto se dedicaba á enseñar, como bien le pareciera, la lectura y la escritura que él sabía, era maestro, mientras enseñaba, porque enseñaba. Sin embargo, había en Buenos-aires personas ilustradas que habían viajado por Europa y que, aún cuando no hubiesen adquirido conocimientos profesionales, tenían idea del estado de la enseñanza europea y de los establecimientos que se creaban para mejorarlo; y esas personas, y otras dotadas de buen sentido relacionadas con ellas, convenciéronse de lo indispensable que era preparar especialmente para el ejercicio de la enseñanza, y se estableció en la Universidad, en 1825, la primera escuela normal que haya tenido, no sólo la provincia de Buenos-aires, sinó también la República, con un director á quien se pagarían 1200 pesos anuales de sueldo, y un subdirector, que debería desempeñar las funciones de único «preceptor» del establecimiento, con ochocientos pesos anuales de estipendio.

En 1835 se decretó que en la ciudad hubiese ocho escuelas públicas de varones, incluso la normal, y que hubiese una escuela, también de varones, en cada pueblo de campaña cuyos derechos de corrales de abastos alcanzasen para pagar todos los gastos que la escuela requiriese. Pero en 1838 el gobernador Rozas suprimió el servicio de todas las escuelas públicas de la ciudad y de la campaña, sin excepción, fundándose en que no le era posible al gobierno abonar los sueldos de los maestros, ni los demás gastos que las escuelas demandaban.

.....

Vencida la tiranía, la atención del nuevo gobierno se contrajo tanto á la enseñanza como á los demás asuntos de la administración pública. En Abril de 1852 reasumió el ministerio de instrucción pública provincial todas las incumbencias del ramo y el mismo día decretó el restablecimiento de la escuela normal, con el fin de «que se educaran en ella los

que aspirasen al honroso cargo de institutores de la niñez, para gozar de las obvenciones, regalías y premios que señalaba la misma resolución. El curso normal debería ser de cinco años, y durante él deberían enseñarse: *primeras letras* (ortología, caligrafía y ortografía;) *aritmética*, (matemáticas y práctica mercantil;) *moral y religión*, (lectura y estudio del Evangelio, lectura de los dogmas, ejercicios mnemónicos en estas materias;) *música vocal*; *gimnástica*; *dibujo*, (lineal y floreal,) *agricultura*, (dibujo y análisis de todas las máquinas adoptadas, y de los productos más importantes de la Tierra); *elementos de geometría*, *trigonometría*, *agrimensura*; *historia*, (sagrada, antigua, moderna, nacional;) *cosmografía* (orden de la creación en el espacio y en el globo;) *geografía física*; *geografía*, (general, nacional;) *idiomas*, (nacional, inglés, alemán;) *teneduría de libros*; *física*, (dibujo y análisis de las máquinas adoptadas;) *química*, (dibujo y análisis de los aparatos adoptados;) *mecánica*, (dibujo y análisis de las máquinas más importantes y más usadas;) *nociones de filosofía*, (teodicea con ejercicios de la memoria en bellos trozos sobre Dios, psicología con ejercicios de la memoria en bellos trozos sobre el hombre físico y moral, lógica é historia de los sistemas filosóficos;) *derecho*, (público argentino y fundamentos del civil;) *nociones de literatura*, (ejercicios de estilo oficial, epistolar, narrativo, descriptivo, y literario ó de buen gusto;) *pedagogía*, (historia de los sistemas de educación, instrucción, educación.)

La escuela sería gobernada por un regente y un administrador, quienes deberían atender á su administración y enseñar todas las materias principales. Podría tener hasta 30 alumnos *expensados* por el gobierno; hasta 2 *inclusos* enviados por el gobierno de cada provincia, y 10 de la de Buenos Aires, quienes recibirían gratuitamente la enseñanza, costeándose sus propios gastos de manutención; y hasta 20 *pensionarios*, esto es, alumnos que pagarían la enseñanza que recibiesen. Los pensionarios no gozarían ventajas extraordinarias; pero los *expensados* y los *inclusos* del primer curso que mereciesen título serían empleados en escuelas públicas ganando sueldo de mil quinientos pesos, más la mitad del

estipendio que pagaban los alumnos pudientes; podrían ser jubilados con los dos tercios del sueldo los que sirviesen diez años, sin nota, en las escuelas, y con sueldo entero los que sirviesen quince años; concluido el primer curso, el gobierno les confiaría todas las escuelas primarias, daría un premio de 10 mil pesos al alumno que más se hubiese distinguido, y cinco años después de terminado el curso recibiría 100 mil pesos de premio cada uno de los tres que presentasen mejores escuelas en toda la Provincia. Los alumnos de la escuela normal se denominarían *institutores*; recibirían diploma de capacidad, consignado en gran papel de marquilla y firmado por el Gobernador de la Provincia y por el Ministro de instrucción pública; tendrían el cargo de doctores en su ramo; y en toda función universitaria, cívica ó de asistencia solemne, ocuparían lugar preferente al de todo otro doctor ó licenciado. Los meros alumnos de la escuela normal tendrían preeminencia de asiento y representación sobre toda otra clase de estudiantes, fueren del grado ó facultad que fuesen. La escuela normal se abriría en cuanto se hubiesen inscripto 25 alumnos expensados y llegó á plantearse bajo la dirección de don Germán Frers; pero hubo que cerrarla á los pocos meses.

Los términos de este decreto demuestran cuán necesario juzgó el gobierno dotar las escuelas primarias con maestros idóneos, y cuán excepcional importancia atribuyó á la enseñanza normal. Los medios extraordinarios ideados para estimular el deseo de aprender la profesión revelan por otra parte que no se tenía mucha confianza en la vocación del pueblo por la carrera, y lo frustráneo de la tentativa justificó antes de mucho los temores.

F. A. BERRA.

(Continuará).

REFORMA INSTITUCIONAL

DE LA

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Convictions are higher than party ; and when these convictions come, then is the time to give them effect.

GLADSTONE.

I

La situación provincial de Buenos Aires es el corolario de una constitución política defectuosa é inadecuada para asegurar el libre funcionamiento de los poderes y la verdadera manifestación del voto popular.

A nadie que conozca de cerca esa provincia se le ocultará que han contribuído á la bancarrota de sus instituciones otros factores como son la falta de cultura política en el pueblo, la corrupción electoral y la deficiente administración de justicia pero todos ellos son en gran parte consecuencia de los erróneos principios establecidos en la constitución del año 1873 y reproducidos en la de 1889, errores que han sido agravados en las leyes institucionales y orgánicas.

Veinticinco años de fracaso han llevado al convencimiento público que se impone una inmediata y seria reforma si la provincia debe reconquistar su perdido prestigio entre los demás estados de la república.

La actual constitución frustró los esfuerzos de un gobierno de reacción contra abusos del pasado y sinceramente inspirado en el bien de la provincia; y ha anulado hasta hoy la acción eficaz que podía esperarse de un estadista nacional de

nota. En cambio fué impotente para contener los desbordes de gobiernos anteriores que sumieron la provincia en la ruina, el desprestigio y la vergüenza.

Es un deber cívico contribuir á la urgente reforma, y vamos á llevar á esa obra nuestro modesto contingente de experiencia, adquirida como actores entre las filas populares en la vida política de aquel estado.

II

Los convencionales del 73, inspirados en los principios de la escuela liberal francesa, entonces en boga, imprimieron al gobierno, como facultad gubernativa, una fuerza centrífuga, cercenando en lo posible las facultades propias del poder ejecutivo, sometiéndolo á la dependencia de las cámaras legislativas y convirtiendo cada municipio en un estado autónomo con carácter marcadamente político.

Las fuerzas que encerraba un partido único del que emanaba el gobierno y al que sostenía en su acción fueron difundidas dando representación á las minorías, con lo que se fomentó en nuestros partidos políticos, de carácter personal, la formación de aglomeraciones sin programas ni propósitos definidos, movidas solo por el deseo material de adquirir posiciones.

Los errores en materia constitucional nunca son meramente teóricos, y el estado actual de la provincia lo demuestra.

Las experimentaciones políticas son peligrosas y sólo con prudencia y cautela extremadas es permitido arriesgarse en caminos desconocidos.

Tenemos la inapreciable suerte de haber adoptado para nuestro país el modelo más perfecto de constitución política que tiene el mundo civilizado y si en vez de lanzarnos tras la especulación teórica, hubiéramos estudiado los maestros de la gran república, en la ciencia del gobierno, no habría perdido la provincia un cuarto de siglo en ensayos infructuosos de un liberalismo político reñido con el estado de cultura de nuestra provincia y con sus verdaderas necesidades.

Tal vez ninguna reforma constitucional ha sido más indicada por los poderes públicos y por la opinión general, y es de esperar que ella se lleve á cabo contribuyendo todos *bona fidei* á remover lo que en su tiempo parecía aconsejado por la teoría política, pero que la práctica ha demostrado ineficaz y contraproducente para que la provincia pueda cumplir su destino.

La corta extensión de un artículo de revista no me permite analizar aquí todos los factores del desastre presente y debo limitarme á indicar los principales defectos institucionales y las reformas que en mi concepto son necesarias.

III

El acuerdo previo del senado para el nombramiento de ministros coloca al poder ejecutivo en una dependencia inmediata de la legislatura. No hay necesidad de demostrarlo porque los hechos están á la vista.

Fué inspirada sin duda esa medida por el temor que el gobernador con ministros desvinculados de la legislatura constituyera un poder excesivamente fuerte y absorbente que hiciera peligrar la acción y estabilidad de los otros dos poderes. Pero este era un peligro quimérico. Se explica que ante un monarca hereditario y lleno de prerrogativas el poder legislativo pueda sentirse débil, pero tratándose de un gobernador que tiene un poder temporal limitado, y restringido en cuanto á su extensión, el peligro de posibles usurpaciones se encuentra en la legislatura, entidad colectiva, sin responsabilidad individual, y armada del derecho de acusar, juzgar y deponer al primer magistrado.

Madison ha demostrado en brillantes páginas, que en toda república representativa la tendencia á la absorción y abuso de facultades es más propia del parlamento que de los otros poderes. (1)

El acuerdo previo para la formación del ministerio quiebra el principio de nuestro derecho público sobre la indepen-

(1) El Federalista. N.º XLVIII.

dencia de los poderes, quita al ejecutivo los medios necesarios para desarrollar su acción y lo somete á la dependencia del senado sin darle medios de defensa que sirvan de contrapeso á aquella limitación de sus facultades.

Se buscará en vano en nuestros antecedentes constitucionales el ejemplo en que se haya podido inspirar esa medida. Es necesario recurrir á los países monárquicos y parlamentarios para hallar algo análogo, y decimos algo porque no conocemos constitución política de ninguno de esos países que requiera el acuerdo previo del parlamento para la formación del ministerio.

En la centralista y parlamentaria república francesa así como en los gobiernos monárquicos de la Europa el jefe del estado forma su ministerio sin consentimiento ni acuerdo previo de otro poder y si bien es cierto que deja de subsistir el gabinete que pierde la confianza de la mayoría parlamentaria puede en tal caso el jefe ó soberano disolver ese parlamento y acudir al voto del país para que se pronuncie sobre el conflicto. La facultad de disolver el parlamento es el poderoso contrapeso á la necesidad de tener gabinete parlamentario.

La constitución de los Estados Unidos no se ocupa del ministerio ni lo menciona. Los ministros ó sea secretarios ó jefes de departamento son de creación legal y como empleados superiores los nombra el presidente y el senado los confirma. (1)

Story comentando esa disposición dice: «No se debe pensar que el senado se niegue á confirmar un nombramiento conveniente. Semejante asamblea, aparte del deseo que debe imponérsele, de ver desempeñadas esas funciones por hombres capaces, sería responsable ante la opinión pública de un rechazo que contrariase los votos del país. Se puede en verdad imaginar casos en que el senado por razones de partido, por espíritu de oposición y aún por motivos de interés de localidad rechazara nombramientos absolutamente inatacables, pero estas circunstancias serán raras». (2)

(1) Artículo II, sección 2ª.

(2) Comentarios á la Constitución federal, traducción de Calvo.—Tomo 2, pág. 350.

Y efectivamente, allí, esa facultad del senado no ha producido dificultades, pero aquí se ha abusado de ella empleándola como arma política para trabar la acción del ejecutivo.

El senado provincial ha obrado con la inconciencia de un niño que consigue apoderarse de un arma. Debe quitársele cuanto antes para evitar mayores estragos.

Si el senado americano abusare de tal facultad, el ejecutivo podría prescindir indirectamente del acuerdo porque puede designar esos funcionarios por sí solo durante el receso y esas funciones se ejercen así *hasta el fin del próximo periodo legislativo*, mientras que en nuestra constitución provincial ni un sub-contador puede nombrarse durante el receso, requiriéndose para hacerlo la convocatoria de la legislatura á sesiones extraordinarias.

Así pues, la exigencia del acuerdo previo del senado para la formación del ministerio en la forma que lo requiere la constitución del 73 no tiene igual en ninguna otra constitución política, es contraria á todos nuestros precedentes constitucionales y al principio de separación é independencia de los poderes, y finalmente desastrosa en sus resultados, como tenía que suceder porque somos principiantes en materia de gobierno y las conquistas del derecho público son obra de la secular elaboración de la historia.

IV

La constitución del 73 al establecer la proporcionalidad de la representación dejó librado á la ley la fijación del sistema para la aplicación de ese principio, pero en una de sus disposiciones transitorias dispuso que mientras no se dictara esa ley se dividiría la provincia en secciones correspondientes á seis diputados y tres senadores, eligiéndose por voto acumulativo ⁽¹⁾

Las leyes del 76 y del 91 orgánicas de la función electiva sustituyeron el sistema de voto acumulativo por el de cuociente, y duplicaron la extensión de las secciones.

(1) Artículos 49 y 214.

La representación exacta de las secciones que por esos medios se perseguía es hasta hoy una aspiración que no ha conseguido salvar en realidad los límites de la simple teoría.

Ninguno de los múltiples medios que se han ideado para alcanzar tal propósito ha podido aún imponerse por la eficacia de sus resultados prácticos.

Lo que aparece evidente por los ensayos hechos es que la representación proporcional de las minorías requiere gran cultura en el pueblo y partidos muy bien organizados, cosas que por desgracia nos faltan. ¡ Así han sido los resultados que hemos obtenido !

Por de pronto, es absurda la aplicación de ese sistema á la elección del primer mandatario. Se explica que las minorías puedan estar representadas en un cuerpo múltiple, en una asamblea, pero pretender que lo estén en la persona de un solo hombre es algo que no se concibe.

Entre nosotros el resultado de tan peregrino principio aplicado á la elección de gobernador ha sido, ó que las minorías no han tenido tal representación en el colegio electoral, ó que la designación del primer mandatario ha resultado el fruto de combinaciones artificiales de última hora con las consecuencias más imprevistas y sorprendentes.

Las minorías coaligadas para la elección por pactos expresos ó tácitos de toma y daca han recobrado al día siguiente su natural independencia dejando al gobierno aislado, con las insignias del mando, pero sin los medios de realizarlo.

Aplicada la elección por lista á la formación de la legislatura pone toda la fuerza electoral en manos de los comités, fomenta las intrigas en su seno, es una prima á la perfidia entre los candidatos de una misma lista y separa de las urnas toda la población que no hace de la política un medio de vida.

Así los actos electorales han degenerado hasta la vergüenza. El fraude en gran escala se practica desde la formación de los comités locales hasta el central, y de allí á los atrios y el escrutinio.

Todo el esfuerzo de los candidatos, y no hay insignificante que no lo sea, se dirige á obtener un puesto en la lista para lo cual y dedicando todas las actividades á ese propósito, se empieza haciendo fraudes en los comités locales que generalmente están divididos en dos ó tres fracciones ligadas por vínculos de interés personal. Se llega así al comité central, y convirtiéndose en necesario y obrando por presencia permanente se consigue introducirse en la numerosa lista de candidatos. Parece que desde ese momento la preocupación principal de los aspirantes convertidos en candidatos debería ser el acto electoral, pero no hay tal cosa; la elección es un accidente sin importancia, una simple formalidad legal que no decide de la suerte del aspirante. Donde reside toda la fuerza del éxito es en el escrutinio de las cámaras. Teniendo allí un buen padrino el triunfo está asegurado.

Es por esto que hemos visto sufrir á las elecciones provinciales una curiosa evolución en corto tiempo.

Se recuerdan aún las sangrientas batallas que en otra época se libraban para adueñarse de las urnas, disponiendo de todo el registro electoral quien conseguía posesionarse del atrio.

Aquello pasó porque el buen sentido del paisano y de quienes podían ser víctimas de tales refriegas, les hizo buscar un medio más práctico y menos violento. Entró entonces en juego la corrupción de los escrutadores y la compra de votos y se aseguraba la elección el comité que disponía de más dinero.

Pero esto también importaba un sacrificio y por una última evolución natural se ha llegado al comicio doble. Cada grupo electoral hace copiar por su parte los registros, uno en el atrio, otro en el juzgado de paz ó cualquier sitio público. No hay así choques, ni más gastos que los de copia, las autoridades quedan satisfechas porque no se ha alterado el orden público y la cámara encargada del escrutinio final es la que con los registros á la vista pero sin consultarlos distribuye equitativamente las prebendas.

De la elección tumultuosa y sangrienta á la elección comprada, y de ésta al simulacro del doble comicio han llegado

nuestras costumbres electorales á la más vergonzosa degeneración.

No hay que hacerse la ilusión de que las leyes cambien los hábitos, pero conocido el mal pueden por lo menos disminuirlo.

Si la gran masa de propietarios territoriales de la provincia tomara en los partidos políticos y en los comicios la parte principal que le corresponde, no quedaría todo librado á la acción de los politicantes sin escrúpulos y mucho se habría adelantado. Pero con el sistema actual de elección por lista toda concentración de fuerzas conservadoras en un punto dado es ahogada por los millares de votos nominales de los otros partidos de campaña que forman cada uno de los seis extensos distritos electorales.

La elección por lista, completamente desacreditada ha sido sustituida en países más adelantados que el nuestro, por el sistema de distritos unipersonales. ⁽¹⁾

La elección de un solo diputado en cada pequeño distrito, destruye las maquinaciones de comité y permite que ejerzan su benéfica acción las fuerzas conservadoras de cada localidad.

Por otra parte, los candidatos sin aptitudes, que por su pertinacia consiguen introducirse en las listas de los comités no se atreverían á sostener la lucha directa en las localidades donde muchas veces no son conocidos ... ó lo son demasiado.

Como las fuerzas electorales de los partidos políticos están desigualmente distribuidas en las diversas localidades resultan con la elección uninominal prácticamente representados todos los partidos en las cámaras, como sucede en los países que han adoptado esa forma de elección.

Tal vez se diga que el sistema unipersonal entregaría la elección á los caudillos locales, lo que constituiría un peligro. Quien así piensa no conoce la provincia actual. El tipo legendario del gaucho levantisco ha desaparecido ante el au-

(1) Estados Unidos, Inglaterra, Francia.

mento de población, los alambrados y el remington policial. El caudillo que por sus prestigios personales arrastre las masas no existe en la provincia. Lo que hoy se llama *dueño de situación* es el que á fuerza de constancia ha conseguido disponer de la municipalidad, del juzgado de paz y aún de la policía. El gaucho ha desaparecido y el paisano jornalero solo sigue á quien le paga ó á quien puede hacerle un servicio.

Quítese á cualquiera de los titulados caudillos ó dueños de situación el medio de abusar de los elementos oficiales y su prestigio se derrumba por falta de base.

V

Debe también ser objeto de reforma el número de senadores y diputados, la duración de sus funciones y su retribución.

La representación actual es de un diputado por cada diez mil habitantes y un senador por cada veinte mil ó sean setenta y seis diputados y treinta y cinco senadores.

Cuando el número de diputados alcance á cien la legislatura determinará después de cada censo decenal la proporción del número de habitantes que ha de representar cada diputado para que no exceda nunca de igual número. ⁽¹⁾ Con arreglo al censo nacional de 1895 el número de habitantes de la provincia es de 921.168, correspondiendo á esa cifra una representación de 92 diputados y 46 senadores.

Creo que con un máximun de cincuenta diputados y veinticinco senadores se tendría una legislatura suficientemente numerosa para dar representación á todos los matices de la opinión sin constituir una carga excesiva para el erario. Debe propenderse en lo posible á disminuir el número y mejorar la calidad.

La representación á razón de un diputado por cada veinte mil habitantes y un senador por cada cuarenta mil, parece la proporción más conveniente.

(1) Constitución provincial, artículo 64.

En cuanto á la duración del mandato según la constitución del 73, era de dos años para los diputados y tres para los senadores, renovándose aquellos por mitad y éstos por terceras partes cada año.

La constitución del 89, sin motivo alguno extendió á tres años el cargo de diputado con renovación anual por terceras partes y á cuatro el de senador renovable por mitad cada dos años.

De esta manera no haciendo coincidir las renovaciones duplicó inútilmente los actos electorales lo que constituye un grave inconveniente.

Dado el carácter del senado como cuerpo conservador de la tradición gubernativa puede dejarse el período actual, pero el de los diputados conviene reducirlo á dos años como estableció la constitución anterior, por ser un cuerpo de elemento más joven y movable cuya frecuente renovación permite que se reflejen con más facilidad en la legislatura los cambios y exigencias de la opinión.

Las ventajas ó inconvenientes de retribuir á los legisladores es una cuestión no resuelta aún por la teoría gubernativa.

En el hecho encontramos igual división porque mientras Inglaterra, Alemania, Italia y España no pagan emolumento alguno á sus legisladores los Estados Unidos y Francia los retribuyen.

Este último sistema parece el destinado á prevalecer y ya se agita la reforma en tal sentido en Inglaterra y España. (1)

Puede afirmarse que el problema de la retribución legislativa está por resolver y que las razones en pro ó en contra dejan el ánimo perplejo.

Se dice que el servicio gratuito procura más selecta representación porque los hombres de superior inteligencia é integridad se encuentran entre las clases acomodadas; que la falta de fortuna en quienes se distinguen por sus dotes intelectuales no les cierra el acceso á las bancas legislativas como se ve en Inglaterra y Alemania, donde hay miembros de la

(1) BURGESS, *Derecho constitucional comparado*.—A. POSADA, *Derecho político*.

cámara baja que son obreros, y reciben una módica retribución del partido político que los eligió.

A esto se contesta que la posesión de fortuna no implica superioridad intelectual, sobre todo cuando es heredada ó adquirida por medios accidentales; que la falta de retribución es un incentivo para buscar el lucro por otros medios ilícitos, y que siendo retribuída esa función es mayor el número de personas idóneas que á ella pueden dedicarse.

El carácter democrático de nuestras constituciones impone la retribución á los legisladores, porque no es lícito apartar de esas funciones á los que con inteligencia y aptitudes manifiestas carecen de una posición holgada. De lo contrario se constituiría una aristocracia gubernamental falseándose en la práctica el principio de la elegibilidad de todos los ciudadanos para todos los cargos públicos.

La retribución de ese servicio no puede ser para nosotros una cuestión, pero sí lo es el quantum de su importe y aquí está el peligro para la formación de una buena legislatura como se ha palpado en la provincia.

Admitido el principio de la retribución no debe ésta elevarse á tal grado que sobrepuje el servicio que se presta.

Es innegable que las altas dietas excitan la codicia de personas que no tienen absolutamente condiciones para legisladores y las lanzan en el camino del cohecho, la intriga y otros medios tortuosos para obtener ese alto puesto, no por los honores que comporta ni por el noble interés de contribuir con su acción al bien del estado, sino pura y exclusivamente para asegurar un sueldo que nunca han obtenido ni podrían conseguir con el fruto de su trabajo.

Y estos que tienen un estimulante tan poderoso para llegar á todo trance desalojan á los que con otros ideales y sin necesidades tan apremiantes no están dispuestos á sacrificar en la lucha ni su altivez ni su decoro.

Lo conveniente es fijar un término medio equitativo que ni ofrezca el peligro de excluir á los aptos ni el de atraer á los ineptos y creemos que esa suma debe ser fijada por la constituyente que es la representación superior del estado, no debiendo ser la legislatura una excepción al principio de que

ningún poder ni autoridad debe fijarse sus propios emolumentos.

Si en vez de dejar librado este punto á la ley hubiera sido prescripción constitucional se habría evitado el escándalo de que en medio de la ruina financiera de la provincia la legislatura se aumentara sus propias dietas.

VI

Hay en la provincia cien máquinas electorales perfectamente montadas para dar los resultados que conocemos. Cien municipios autónomos encargados de la preparación de todos los actos electorales desde el nombramiento de comisiones empadronadoras hasta la instalación de las mesas.

Por regla general, tiene cada uno de esos cuerpos un hombre *el dueño de la situación* que maneja con igual desenfado sus colegas municipales, hombres de paja, y los *elementos* electorales, reales ó supuestos que contribuyen á vaciar los padrones en las actas el día de la elección. Y pueden cometerse toda clase de excesos y fraudes porque el único juez competente para aplicar penas por infracciones de la ley electoral es el juez de paz, funcionario designado por la misma municipalidad que fragua la elección!

Y así, quien consigue adueñarse de una situación local la pierde difícilmente, porque á la impunidad asegurada á todo desmán electoral se une la extraordinaria facultad de ser la corporación municipal único juez de las elecciones de sus miembros.

Esta autoridad municipal tiene amplia facultad para establecer impuestos, que la necesidad insaciable de recursos y la fecunda inventiva de quienes no los pagan han multiplicado de una manera insoportable. Los numerosos reclamos, quejas y acciones deducidas ante la Suprema Corte han resultado ineficaces porque las autoridades municipales *tienen facultad de imponer*.

Y esos dineros públicos obtenidos á costa de la riqueza y el adelanto de la provincia sirven para mantener cuadrillas nominales de peones, agentes electorales con el título de ins-

pectores y otros destinos análogos en los que nada aprovechan los intereses del municipio.

Es indispensable desmontar esas cien máquinas políticas, esos cien gobiernos con amplias facultades, pero sin ninguna responsabilidad, y restituir á las autoridades locales su carácter único y exclusivamente municipal.

En cada partido de campaña una municipalidad elegida *exclusivamente por los contribuyentes nacionales y extranjeros* encargada de percibir los impuestos locales y darles aplicación en pro del municipio y absolutamente ajena á toda función política.

El sufragio popular aplicado á esos funcionarios puramente administrativos está fuera de lugar, es contraproducente é injusto.

Quien no paga impuesto no debe tener derecho á imponer á los demás, y á todo el que paga, nacional ó extranjero debe dársele participación directa ó indirecta en el manejo de sus fondos.

Estas son verdades de buen sentido que ya nadie discute.

Hoy, mientras la mayoría de los contribuyentes, por ser extranjeros, tienen que ver impasibles los intereses municipales entregados á manos irresponsables, la turba multa manejada por el dueño de la situación designa las autoridades que han de extraer sin tasa ni responsabilidad el dinero del bolsillo de los contribuyentes.

Repetimos que es conveniente y es justo que toda esa enorme masa de extranjeros radicados en la provincia con sus bienes y sus industrias, tengan voto para designar las autoridades meramente municipales, incorporando así ese elemento conservador á la buena administración y progreso de los municipios.

En síntesis tenemos que las principales reformas institucionales de la provincia deben consistir en lo siguiente :

1° Devolver al Poder Ejecutivo la facultad de constituir su ministerio sin acuerdo del senado.

2° Reforma de la ley electoral adoptando el sistema de distritos unipersonales.

3° Reducción de la legislatura á cincuenta diputados y veinticinco senadores, y rebaja de las dietas con retribución fijada por la constituyente.

4° Absoluta separación de las funciones municipales y de las políticas encargándose de aquellas á una corporación elegida por todos los contribuyentes nacionales y extranjeros, y estas á juntas electorales constituídas por los cinco mayores contribuyentes argentinos de cada municipio.

FRANCISCO J. OLIVER.

SOCIEDADES COOPERATIVAS ⁽¹⁾

(FRAGMENTO DE UN LIBRO DE TEXTO EN PRENSA)

La limitación en la responsabilidad de los asociados dice el doctor Obarrio en su *Curso de Derecho Comercial*, dió principalmente motivo al código francés, y á todos los que lo tuvieron por modelo, para exigir como condición indispensable á la fundación de las sociedades anónimas, la *autorización del gobierno*. Esta medida se consideraba como una garantía en favor de la buena fe, y como un obstáculo á los fraudes, que empresas temerarias podrían emplear para explotar la credulidad de los particulares, á quienes fácilmente se seduce con el aliciente de beneficios rápidos y considerables.

El antiguo código de comercio consagró ese principio, y el nuevo lo ha mantenido, disponiendo que las sociedades

(1) El doctor FÉLIX MARTÍN Y HERRERA, estudió leyes en la universidad provincial de Buenos Aires y practicaba en el estudio del doctor Avellaneda á raíz de su descenso de la presidencia. Sombra intelectual y política de tal amplitud debía naturalmente decidir del porvenir del modesto joven y una carrera de destinos públicos por él desempeñados lo comprueban. Ha sido sucesiva ó acumulativamente profesor de filosofía y de matemáticas en la segunda enseñanza (lo es ahora mismo de Economía Política en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales), vocal del Consejo Nacional de Educación (tocándole por eso una parte de responsabilidad en la depresión y extravío de la educación primaria) y director del Banco Hipotecario Nacional: todo esto ha sido y será más, sin duda, en la actual ó en futuras administraciones. Ha escrito folletos y libros titulados: *Reforma del Procedimiento de Quiebras*, *Cursos de Contabilidad*, *Curso de Filosofía Moral*, *Noiones de Economía*, *Antecedentes de legislación escolar*, *Estudio sobre Montes de Piedad*, *Código de Instrucción Primaria* (en colaboración con el señor de Vedia), y ahora imprime un texto de *Economía Política*, para la Facultad de que es profesor, en forma, que me parece demasiado elemental para tan noble casa. El doctor Martín y Herrera es inteligente, laborioso y de una insinuación suave y siempre amabilísima, que hace desfallecer aún á los críticos más animados á ser severos con su obra.

anónimas no podrán constituirse sin que hayan sido autorizadas por el poder ejecutivo (art. 318, inc. 4°).

1. El sistema de la autorización previa, dicen Lyon-Caen y Renault, ha suscitado vivas y legítimas críticas. No entra en las atribuciones del Estado intervenir en la creación y funcionamiento de las sociedades; son los particulares quienes deben precaverse para no ser víctimas del fraude. El examen de los estatutos no es serio, y los interesados confían en él; el gobierno no debe asumir la responsabilidad en la apreciación de los negocios comerciales. Si se muestra severo agrega Pirmez, corre el peligro de impedir empresas útiles; si es benévolo se expone á aprobar especulaciones censurables: su control no puede ser sino una formalidad sin valor ó un patronato inconveniente.

La nueva legislación ha suprimido, en casi todos los países, el requisito de la autorización previa del gobierno. Nuestras leyes la prescriben, pero la experiencia propia confirma la inutilidad de esa condición. Cualquier sociedad, dice un informe oficial, obtenía la autorización, tuviera ó no utilidad general, contase ó no con los elementos más indispensables. De quinientas sociedades anónimas que próximamente se han constituido en pocos años, más de la mitad no han dado otro resultado que la pérdida total de sus cuotas, pagadas por los incautos accionistas. ⁽¹⁾

Las sociedades anónimas se encuentran, además, sometidas

(1) En Inglaterra, después de las reformas de 1844 y 1855, por las que bastaba en general el registro para obtener la personalidad jurídica y la responsabilidad limitada, se dictó la gran ley de 1872 (*Companies, Act*), que consagra la supresión de la autorización previa. En Francia la ley de 23 de mayo de 1863 eximió del requisito de la autorización á las sociedades cuyo capital no excedía de veinte millones, pero las sometió á una reglamentación restrictiva; la ley de 24 de julio de 1867 suprimió la autorización á todas las anónimas (excepto las de seguros sobre la vida), y simplificó las disposiciones que las rigen. En Alemania, la ley de 11 de junio de 1870, suprimió en general la autorización, conservándola para empresas especiales; la de 18 de julio de 1884 atenuó el rigor de la reglamentación; esta ley ha sido comprendida en el nuevo código; en Bélgica suprimió la autorización previa la ley de 18 de mayo de 1873; en Italia el nuevo código de 1882, derogó las disposiciones del anterior de 1862, que la exigía; en España la ley de 19 de octubre de 1869; en Portugal, el código de 1888, no la exige; en Hungría, el código de 1875 la reemplaza por una reglamentación tomada de la ley alemana de 1870 y en Suiza el código federal no admite tampoco la autorización previa. (Véase la obra de Lyon-Caen y Renault, de la que son tomados estos datos, que hace un estudio detenido de la cuestión.)

das á una *inspección minuciosa* que verifica las condiciones de su composición, fiscaliza su marcha ulterior, el cumplimiento de sus estatutos y pide en caso necesario el retiro de la autorización oficial. El decreto de 22 de julio de 1893 creó un cuerpo de inspectores para vigilar las sociedades anónimas que explotan concesiones ó disfrutaban de privilegios acordados por las autoridades; esta disposición se apoyaba en el artículo 342 del código de comercio; posteriormente, otro decreto, de 21 de noviembre del mismo año, hizo extensiva la inspección á las demás sociedades por acciones que funcionen en el país, sin que tal generalización esté apoyada en ningun precepto legal. El acuerdo de 30 de abril de 1897, reglamentó detenidamente las funciones de la inspección general de sociedades. Resulta, pues, que no hay ley al respecto; el proyecto del poder ejecutivo, de 23 de mayo de 1898, no ha sido sancionado; pero la inspección existe de hecho para todas las sociedades anónimas, aunque el código sólo la faculta para las que gozan concesión ó privilegio oficial.

Las sociedades cooperativas son formadas por *obreros* que ponen en común sus esfuerzos y recursos, con el propósito de mejorar su condición social. La cooperación es una asociación especial que reposa más sobre las personas que sobre los capitales, y que persigue no sólo un fin económico, sino moral. Es un sistema que se propone: suprimir la empresa, subordinar el capital al trabajo y regenerar al obrero.

Las condiciones de la actual organización industrial quedarán invertidas; los obreros en vez de trabajar bajo la dirección y por cuenta de un empresario lo harán por su propia cuenta y guardarán naturalmente todo el provecho; el capital estará subordinado al trabajo, reducido á una cuota fija, sin parte en los beneficios. Bajo el régimen dominante de la empresa, el capital alquila los servicios del obrero y reserva para sí la ganancia; en el sistema cooperativo, el trabajo alquilaría los capitales y guardaría el provecho. La cooperación es una institución destinada á dignificar á los obreros y á mejorar su suerte, permitiéndoles gastar un poco menos y ganar un poco más.

El porvenir del régimen cooperativo y la influencia que pueda ejercer, es materia de ilustradas controversias: unos opinan que producirá una transformación completa en las relaciones económicas, elevando al obrero y mejorando su condición; otros sostienen que tales esperanzas son ilusorias, pues, prescindiendo del capitalista y del empresario, no hay éxito posible. El régimen patronal que impera, responde, sin duda, á las necesidades actuales; pero eso no basta para afirmar que es definitivo é irreemplazable, porque todas las instituciones se modifican y suceden en su desarrollo histórico.

La experiencia demuestra que, en algunas naciones, las sociedades cooperativas progresan y alcanzan ventajas generales, aun cuando su importancia no sea considerable todavía en relación al conjunto del movimiento económico. No hay razón, pues, para abandonar, y menos para entorpecer, un sistema que se inspira en nobles ideales, cuya realización legítima procura sin coerción ni violencia, respetando todos los derechos.

Tienen algunos países leyes especiales sobre las sociedades cooperativas para facilitar su formación y desarrollo. El antiguo código no se ocupaba de ellas; pero el reformado legaliza su existencia y funcionamiento, aunque se abstiene de reglamentarlas, consignando sólo sus condiciones esenciales. ⁽¹⁾

Las sociedades cooperativas deben adoptar para su constitución alguna de las formas estudiadas, quedando sujetas á sus respectivas prescripciones con las modalidades que la ley autoriza, (cód. com. art. 392). Son características, entre estas la variación del personal y del monto de los capitales. El *personal variable* permite la nueva admisión de socios

(1) Las sociedades cooperativas se encuentran regidas en los pueblos por los siguientes códigos y leyes: Gran Bretaña, *Industrial and provident societies, etc. etc.* 1876; Países Bajos, ley de 17 de noviembre de 1876; Francia, leyes de 24 de julio de 1867 y 10 de diciembre de 1875; Bélgica, ley de 18 de mayo de 1873; Austria, ley de 9 de abril de 1873; Alemania, ley de 10 de mayo de 1889; Hungría, Código Comercial, artículos 223 á 257; Italia, Código de Comercio, artículos 219 á 228; Suiza, Código Federal, artículos 524 á 551. (Véase Lyon-Caen y Renault, obra citada, de la que están tomados estos datos.)

que acrecienta los elementos ya existentes; el retiro de aquellos que no pueden ó no les conviene seguir contribuyendo á la obra común; y la exclusión, de que debe estar armada la sociedad cooperativa para mantener el orden y la disciplina. El *capital variable* consiente á su vez: los aportes paulatinos, con arreglo á la exigüidad de los recursos de las clases obreras; el aumento por nuevos ingresos; y especialmente la reducción por el retiro ó separación de socios, que dada la urgencia de sus necesidades, no pueden quedar con sus ahorros inmovilizados. El código autoriza el aumento del capital (art. 393); pero no habla de disminución, prescribe, sin embargo, que debe fijarse un *mínimum* de capital y podría deducirse que mientras se mantenga ese límite, es lícito el retiro de los aportes de socios que cesan de serlo.

Las acciones son siempre nominales, artículo 394, aun cuando estén integradas, lo que tiende á conservar la homogeneidad y armonía de los asociados y el carácter especial de las cooperativas.

En cuanto á la *responsabilidad* de los socios, los sistemas difieren: la ley alemana de 4 de julio de 1868 establecía la solidaridad indefinida, el código italiano, por el contrario, limita la responsabilidad al aporte social; y la ley austriaca de 9 de abril de 1873, adoptando un término medio, responsabiliza á cada socio por el doble de su prestación. La nueva ley alemana de 1º de mayo de 1889 deja á los interesados la elección entre estos principios: la responsabilidad limitada, la ilimitada y los aportes complementarios, exigibles sólo en caso de quiebra y hasta cubrir el déficit. Por nuestro código la extensión de la responsabilidad depende de la forma de sociedad que adopte la cooperativa.

Las sociedades cooperativas se clasifican según su objeto en tres grupos: *sociedades cooperativas de producción*, que se proponen aumentar los beneficios del obrero, sustituyendo el salario por el reparto de los provechos industriales; *sociedades cooperativas de consumo*, cuyo fin es disminuir los gastos, procurando los alimentos ú otro artículos á precio

de costo; *sociedades cooperativas de crédito*, que bajo la base de una mutua garantía, facilitan fondos á los trabajadores.

Las primeras las constituyen personas del mismo oficio, tienen, pues, un carácter profesional que no revisten las otras. Las cooperativas de producción aspiran á transformar la situación del obrero, organizando los trabajos bajo su propia dirección y por su cuenta, de modo que utilicen todo el provecho; iniciadas en Francia, tienen sus principales manifestaciones en Inglaterra y Alemania. Las cooperativas de consumo, no se forman exclusivamente por las clases obreras, ni importan la modificación del régimen patronal, el trabajador continúa siendo un asalariado, no pretende reemplazar al empresario industrial, sino al comerciante intermediario; esta forma ha prosperado singularmente en Inglaterra. Las cooperativas de crédito, lejos de organizar la producción colectiva, vienen en auxilio de las pequeñas empresas individuales que no encuentran facilidades en los grandes establecimientos bancarios; han alcanzado importancia en Alemania y en Italia.

El movimiento cooperativo es insignificante todavía entre nosotros la facilidad de vida en primer lugar, y en segundo la falta de educación económica, de unión gremial, de organización y disciplina son probablemente las causas de que la cooperación no haya progresado. La mayor parte de las que han sido autorizadas é inscriptas no han llegado á constituirse ó han fracasado, y de las pocas que funcionan y prosperan con el nombre de cooperativas, quizás no haya tres que lo sean en realidad.

No hay producción sin capital, ya pertenezca éste á los mismos trabajadores, ya á un tercero empresario ó capitalista. Lo que caracteriza las sociedades cooperativas de producción, es que los socios trabajan por su cuenta, dirigen la producción, suministran los fondos por pequeñas cuotas y se distribuyen los beneficios. El trabajador asalariado se convierte en socio y recibe por remuneración la parte eventual que le corresponde en las ganancias que la industria obtiene.

La cooperativa de producción es una asociación constituida por cierto número de obreros que se escogen y aceptan en tal carácter; no es una asociación gremial que reúna á todos los operarios que ejercen el mismo oficio, monopolizando la producción y ahogando la concurrencia.

El colectivismo es hostil á la producción cooperativa, dice Gide, porque aun cuando ésta tiende á suprimir el salario, conserva como base de su organización la propiedad individual de los capitales, y trata justamente de hacer á los obreros copropietarios de los instrumentos de producción; mientras que el colectivismo propone, por el contrario, socializar esos instrumentos, es decir susbtraerlos á toda aprobación individual.

Las sociedades cooperativas de producción son más difíciles de organizar que las de crédito ó consumo, porque establecen una vinculación y comunidad de esfuerzos que no pueden existir sino entre personas que tienen mutua confianza en su carácter y aptitudes. Si la producción no da beneficios, los obreros habrán perdido no sólo sus ahorros, sino también su salario. Es necesario, además, graduar la remuneración según los servicios prestados é investir la dirección con amplios poderes que aseguren la disciplina de los socios, respecto á una autoridad que emana de su voto. Esos y otros obstáculos logran ser vencidos por la perseverancia, como lo demuestran las cooperativas de producción que en diversos países prosperan.

La Francia inició este movimiento, pues la primer sociedad de esa clase, fué fundada por Buchez en el año 1831. A consecuencia de la revolución de 1848 tomó un gran impulso la cooperación, se constituyeron más de 300 sociedades, de las que 56 estaban subvencionadas por el Estado, pero el enervamiento que el apoyo oficial ocasionó, la igualdad de salarios y la debilidad en la gerencia produjeron el fracaso; casi todas tuvieron corta existencia y sólo han conseguido sobrevivir tres ó cuatro: la de albañiles, hojalateros y fabricantes de anteojos. Las nuevas sociedades no son numerosas; entre las importantes merecen citarse:

la Imprenta Nueva, que cuenta 1500 accionistas y un capital de 200.000 francos; la asociación de sastres, con 158 socios y un capital de 100.000 francos; la de los litógrafos, con 250 miembros y un capital de 330.000 francos; y la de los pintores que con un modesto capital de 7.000 francos, hacen negocios por 280.000 y realizan un beneficio de 18.000 francos anuales.

En Alemania ha empezado con vigor el movimiento cooperativo de producción. Existen más de ciento treinta sociedades, entre las que pueden citarse: los telares en Hall, la vidriería en Fürth, la construcción de máquinas en Chemnitz, la fábrica de peines en Nurenberg, las de calzado y carpintería en Munich y Berlín.

Pero es en Inglaterra donde están las sociedades cooperativas de producción más importantes; allí han logrado abordar con éxito la gran industria que parecía inaccesible á la cooperación por los grandes capitales que requiere y la dificultad de administrarlos. Las sociedades establecidas bajo el régimen de la ley de 1876, son en cifras redondas 110, con 27.500 asociados, un capital de 710.000 libras esterlinas, un beneficio de 152.000 y ventas anuales por 2.200.000.

Un gran número de sociedades de carácter cooperativo, dice Cauwès, de quien son tomados los datos anteriores, se han constituido en simples sociedades anónimas. Las fábricas de Oldham se encuentran en ese caso; son establecimientos con maquinaria completa y perfeccionada, cuyo valor se aprecia en 3.000.000 de libras esterlinas. Las acciones fueron en su origen suscritas por los obreros; pero hoy sólo conservan una pequeña parte, y la mayoría de los operarios son simples asalariados.

El verdadero escollo de las sociedades cooperativas de producción está en esa degeneración á que tienden, reconstituyendo la misma forma que se proponen eliminar: á saber, la organización patronal con el salario; tan difícil es modificar un régimen social! Así lo reconoce Gide, uno de los más entusiastas y distinguidos propagandistas de la cooperación. Desde el momento que estas asociaciones pros-

peran, se cierran en su mayor parte, rechazando a todo nuevo asociado y enganchan á obreros asalariados, de suerte que vienen á convertirse sencillamente en sociedades de pequeños patrones.

Por eso, el autor citado, en un conceptuoso discurso declara: que la cooperativa de producción, como sociedad autónoma y funcionando por sus propios medios, es impotente para realizar ninguna modificación de trascendencia en el régimen actual. ⁽¹⁾ Pero puede alcanzar los fines á que aspira: primero, por la iniciativa y generosidad de los mismos patrones, que hagan participar de los beneficios á sus obreros y los dejen por sucesores; ⁽²⁾ y segundo, por intermedio de las cooperativas de consumo, que cuando se desarrollan y agrupan, pueden suministrar á las cooperativas de producción: capital, dirección y clientela, asegurando su prosperidad. Sólo así se llegará á reformar pacíficamente la organización patronal, «haciendo pasar los instrumentos de producción y la supremacía económica de los empresarios productores á los obreros consumidores.... realizando la obra cooperativa que no es de protección individual, sino de elevación social».

FÉLIX MARTÍN Y HERRERA.

(1) *De la coopération et des transformations qu'elle est appelée à réaliser dans l'ordre économique.*

(2) Esto es lo que han hecho, entre otros, Leclair en la empresa de pintura de edificios; Godin en el Familisterio de Guisa y Mme. Boucicaut en los almacenes del Bon Marché, asociando á su fortuna los trabajadores que contribuyen á formarla.

CANCIONERO POPULAR

DE LA

REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS

PRIMERA ÉPOCA

INVASIONES INGLESA

XXIX

EL EDITOR ⁽¹⁾

¡ Santa Bárbara bendita !	Toca Baco su Tambor,
¡ Qué tempestad ! ¡ Qué borrasca !	De la otra parte del Cerro,
¿ Si traerá piedra la Nube ?	No porque retumbe el parche,
No señor : es viento y agua . . .	Sino porque aturda el eco . . .

XXX

Á LA FELIZ LLEGADA DEL EXCMO. SEÑOR VIREY DE ESTAS
PROVINCIAS. ⁽²⁾

MISCELÁNEA ENCOMIÁSTICA, ANACREÓNTICA

Venturosa mil veces	tan lleno de virtudes
Ciudad de Buenos-Ayres,	Christianas y Morales,
que consigues la dicha	tan recto, tan piadoso
que venga á gobernarte,	tan justo, tan amable,
un Xefe que ya tienes	tan Padre de la Patria,
conocido, años hace,	tan humano y afable,

(1) Epígrafe del citado *Telegrafo Mercantil*, en su editorial del miércoles 6 de Mayo de 1801, tomado de la epístola en verso de D. Lucas Alemán á D. Etcétera Gavilán, cuya composición no he hallado aún, y se cita á menudo en seguida. Alude á agitaciones locales y polémicas doctrinarias de la época. ¿ Quiénes eran Gavilán y Alemán ? . . . Azcuénaga, Araujo, Prego de Oliver, Medrano, Cabello, Portillo . . . ? Anónimo.

(2) El Marqués de Sobremonte, publicado en *El Telegrafo Mercantil*, el miércoles 3 de Junio de 1801. Anónimo.

que dicen todos quantos
han logrado tratarle
que no se ha visto otro
de prendas mas cabales.
Montevideo lo diga,
Chuquisaqueños hablen;
lo afirman los Chilenos,
ahora tu Buenos-Ayres,

con festivos aplausos
y regocijo grande.
implora por su vida
al Dios de las Piedades,
transmitiendo á los tiempos
y futuras edades
la indeleble memoria
de sus Heroicidades.

XXXI

EL EDITOR. (1)

Nace hembra, y muere macho,
Ni es muchacha, ni muchacho.

.....

Vaya que no lo creyera,
á no haberlo presenciado!
¿Posible es que un Licenciado
nos trate de esa manera?
¡Qué agigantada mollera!
¡Qué talento tan travieso!
¡Qué perito! ¡Qué camueso!
¡Qué soberbia! ¡Qué arrogancia!
¡Qué fantástica jactancia!
¡Y, qué casco tan sin seso!

.....

.....De hombre *sin nombre*,
mujer *sin pudor*,
de carta *sin firma*,
y sastre *hablador*:
libranos Señor

(1) Epígrafes del *Telégrafo Mercantil* del miércoles 24 de Junio de 1801, en una de las polémicas platónicas recordadas. El ingenio colonial, privado del debate político, se desahogaba en ellas. Versos tomados de las epístolas de don Lucas Alemán á don Etcétera Gavilán, citadas. De Cabello, probablemente.

XXXII

RESPUESTA DEL EDITOR ⁽¹⁾

Lo meritorio, y sin mérito,
es justo manifestarse:
si lo uno para aplaudirse,
lo otro para enmendarse.

★

El gallo de ña Catita
puso un huevo, y ñor Ginés,
por sacar un pollo inglés,
se lo echó á su gallinita:

Empezó la cluequecita
á dar á luz y á su cría,
y aunque ñor Ginés sabía
el antiguo, y mal *agüero*,
no creyó, y del huevo güero
salió por *Pollo* una *Arpía*.

★

En cuanto el Sol ha alumbrado
de un Polo al otro Polo.
serás, fuistes, y eres bobo,
y un Poetrastro dementado.

XXXIII

LA CAPILLA DEL ROSARIO DE LOS ARROYOS. ⁽²⁾

Tres siglos ha, y no cavales,	y brama con desconsuelo,
que el Diablo con alegría	porque á la Reyna del Cielo
en esta tierra tenía	(que al Diablo quitó el poder)
oprimidos los Mortales:	Iglesia se le va á hacer
Oy son terribles sus males,	en este dichoso suelo.

(1) Don Lucas Alemán á don Etcétera Gavilán. Mismo origen y fecha. Anónimos.

(2) « Don Pedro Tuella y vecinos de la Capilla del Rosario de los Arroyos—Juris-

Con caridad exemplar
este honrado Vecindario
á la *Virgen del Rosario*
Casa le va á edificar:
su Patrona es titular,
y la Imagen Sacrosanta
á quien da culto es de tanta
velleza, que á toda excede;
pues nadie mirarla puede
sin una devoción santa.

*

Esta, pues, Joya excelente
esta hermosa maravilla
que es del *Paraná* en la orilla
el Rosal más floreciente:
una Capilla indecente

tiene por Casa. Ha! Dolor.
Fieles: todos con amor,
y católica porfía
hagamos templo á *Maria*
correspondiente á su honor.

*

Pasagero: si caminas
en busca de tu fortuna
la hallarás, sin duda alguna,
si á la Caridad te inclinas:
No del *Potosí*, en las minas
solo hay riquezas; pues más
seguras las hallarás
si á la Virgen del Rosario
para hacer este Santuario
una limosna le das.

XXXIV

EL ÁGUILA, EL LEON Y EL CORDERO. (1)

Una Aguila Real
con rápido vuelo
se subió á la cima
de un áspero cerro,
al pié de la cumbre
en un prado ameno
un feroz Leon
estaba durmiendo.

La Aguila de lo alto
quiso conocerlo,
y hácia el Prado ayrosa
se dirigió luego,
el Leon al ruido
despertó soberbio,
y alzando al instante
su dorado cuello,

dicción de Santa Fé — elevan una solicitud ante el señor Provisor y Vicario Capítular para que les permita edificar una Iglesia que sirva de Parroquia, por estar en ruina la que hay. Concedida la autorización y nombrado Mayordomo y Administrador de dicha Iglesia don Pedro Tuella, éste invita á los fieles á contribuir con su óbolo á la construcción de la Iglesia por medio de las siguientes décimas », publicadas en el *Telégrafo Mercantil* el sábado 19 de Septiembre de 1801.

(1) El *Telégrafo Mercantil* publicó una serie de fábulas políticas, anónimas, de las cuales no he podido aún hallar la primera y la segunda. Esta es la tercera, que copio del número correspondiente al domingo 4 de Octubre de 1801.

erguió su melena
con gala, y denuedo,
y de Rey vestido
se mostró al momento.

Revolvió la cara
con ayre y despejo,
y con la cabeza
le hizo acatamiento.

Acercóse aquella
con pasos severos,
y entablaron ambos
su razonamiento.

Este se reduxo
á hacer menosprecio
de los Brutos, y Aves
con denuestos feos,
diciendo que estaban
en el universo,
las especies de ambos,
baxo sus Imperios,
vanidad fundando,
en sus nacimientos.

Pero un Corderito,
que había estado oyendo
toda la parola
sin ser visto de ellos
(allá para sí)
prorrumpió diciendo:

No hay duda en que sois
por vuestros Abuelos
de Aves, y de Brutos
Monarcas excelsos,
pero si teneis
tan perversos hechos,
que el hurto, y rapiña
es vuestro elemento,
la grandeza vuestra
ni en chanza la quiero,
pues soy de dictamen,
por lo que penetro,
que el lustre, y realze
de mas alto precio
es, el que uno adquiere
por sí, siendo bueno.

*En la Fabulita
nos dice el Cordero:
que jamás hagamos
gala con exceso
del blason, y gloria,
que heredado habemos
de nuestros mayores,
y que procuremos
con nuestra conducta,
y procedimientos
adquirirla nueva
por nosotros mismos.*

XXXV

EL COMERCIANTE Y LA COTORRA. (1)

Un gran *Comerciante*,
que por su desgracia,
perdió sus haberes,

sin culpa ni causa;
recostado al margen
del *Rio de la Plata*

(1) *Telégrafo Mercantil*, domingo 11 de Octubre de 1801. Fábula cuarta, anónima; pero del mismo autor.

solitario, y triste
así se quejaba:

—¿No soy yo aquel hombre
á quien veneraban
las gentes, viniendo
á verme á mi casa?
¿Pues como no tengo
hoy en mis amargas
penas, quien las temple,
ni ayude á llorarlas?

Entre mis angustias
la que mas me acaba,
es ver que un amigo,
á quien yo estimaba
tanto, que las gentes,
al vernos clamaban,
que éramos dos cuerpos
en tan sola un alma,
tambien me ha olvidado,
mirándome en tanta
multitud de azares,
como me acompañan;

¡Ah cruel! ingrato!
mas dolor me causa
tu ausencia, que toda
la pérdida infausta
de mis intereses.

En esta batalla
estaba el buen hombre,
quando ete que le habla,
una *Cotorrita*

desde la alta rama
de un *Ombu* frondoso
con estas palabras:

—«Que es lo que pronuncias!
ese, que tu tratas
de ingrato, y cruel
amigo le llamas,
fué solo tu sombra:
si acaso mañana
volviese á salir
allá en tu morada
el Sol, lo tendrás
al lado sin falta;
pero mientras dure
el nublado en casa,
no pienses, que vuelva
á verte la cara».

De esta suerte habló
y abriendo las alas
remontó su vuelo,
dexando parada
la atencion del triste
por mansion muy larga
al oir de su pico
sentencia tan alta.

Yo, señores mios,
no les diré nada
á tales personas,
pues si son engreidas
para reprehenderlas,
las *Cotorras* bastan.

(Continuará).

DISCURSO INAUGURAL
DE LA
COLONIA NACIONAL DE ALIENADOS

PRONUNCIADO POR EL
DOCTOR DOMINGO CABRED

Presidente de la Comisión fundadora (1)

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORAS Y

SEÑORES:

En nombre de aquellos cuya invalidez mental les impide hacer oír su voz en este acto, y en el de la Comisión encargada de la fundación de la *Colonia Nacional de Alienados*, que tengo el honor de presidir, agradezco al alto padrinazgo del Excmo. señor Presidente de la República, que comporta los más felices augurios para el progreso de esta naciente institución. La asistencia del alienado, en efecto, os

(1) Nació el doctor DOMINGO CABRED en Paso de los Libres, de la provincia de Corrientes, en el año de 1859. Dedicado al estudio, se decidió por la Medicina, y en 1881 recogió en Buenos Aires las palmas nobiliarias del doctorado. Por las vinculaciones que le granjearan su carácter altivo, afectuoso y leal, gozaba de influencia en los altos círculos de la política correntina y de la Nación. Pudo apoyarse en estos elementos decisivos para resolver el oscuro problema del porvenir, que absorbe á los recién graduados; pero abandonó la huella, para abrirse él mismo y resueltamente, el camino en la cuesta empinada, áspera é insegura de la vida. Y ha llegado, por concursos sucesivos y victoriosos—sin el favor de los hombres, ni el apoyo, á menudo mistificador, de los diarios—á donde se encuentra. Lo dice el recuerdo de sus servicios públicos: practicante interno del manicomio de mujeres, durante tres años; médico interno del hospicio de las Mercedes, durante dos años; sub-director del mismo, durante cinco años; director del esta-

ha inspirado siempre, señor Presidente, el mas vivo anhelo, y si fuera necesario demostrarlo, me bastaría recordar que las grandes obras de ensanche que transformaron el viejo asilo de las Mercedes, y han permitido hasta el momento actual, prestar asistencia á los alienados varones de la República, nacionales y extranjeros, fueron ejecutadas durante vuestra anterior administración, cuando se hallaba al frente de la Intendencia del municipio de Buenos Aires, don Torcuato de Alvear.

Me bastaría recordar igualmente la decidida aprobación que V. E. se dignó prestar á la idea manifestada por mí, de ir á Europa, á estudiar prácticamente la organización de los asilos-colonias con el objeto de establecerlos en nuestro país.

Hago votos, pues, porque vuestra alta y noble solicitud no desmaye y porque el Gobierno continúe prestando á esta obra, — impuesta por los progresos de la psiquiatría y las necesidades del país,—el mismo valioso apoyo acordado por

blecimiento, por concurso, desde el año 1892 hasta ahora. Para desempeñar este destino, fué nombrado directamente y en virtud de ascenso legítimo; pero á raíz del nombramiento, renunció, pidiendo se celebrara el concurso establecido en los reglamentos vigentes. Fué incorporado á la misma escuela en que se formara como profesor sustituto de enfermedades mentales y por concurso, en el año de 1887; y es profesor titular de la difícil materia desde el año 1892. Ha representado oficialmente á la República Argentina en el Congreso Internacional de Medicina Mental, celebrado en París en 1889, y recibió la distinción de ser elegido entre los presidentes de honor del mismo congreso. En 1888 desempeñó en Europa una misión oficial para estudiar la organización de los asilos de alienados y los institutos de sordo-mudos. Volvió á Europa en 1896 como comisionado oficial para estudiar la organización de los asilos abiertos y las clínicas de psiquiatría. Asistió como representante oficial de la República Argentina al Congreso Nacional de Antropología Criminal celebrado en Ginebra el año 1896. En este Congreso, fué aprobado el voto que presentó sobre tratamiento de los «alienados delincuentes» para que dichos enfermos fuesen asistidos en los asilos generales y no en secciones especiales de las cárceles. Su voto, ha sido completamente realizado con la fundación del departamento especial para alienados delincuentes, inaugurado hace dos meses en el hospicio de las Mercedes, que es el primero de esta clase, abierto en Sud América. Fué también presidente de honor del mismo Congreso y es miembro honorario de nuestro Departamento Nacional de Higiene. Sus principales publicaciones son estas: *Contribución al estudio de la locura refleja*. (Tesis para el doctorado). *Efectos terapéuticos de la estricnina, en el alcoholismo. La edad en la parálisis general. Memoria sobre la organización de los asilos de alienados en Francia. Memoria sobre los asilos de Inglaterra. Memoria sobre los asilos de Italia. Memoria sobre los institutos de sordo-mudos en Francia. Memoria sobre los institutos de sordo-mudos en Italia. Informe oficial sobre el Congreso Internacional de Medicina Mental, celebrado en París, en 1889 y estudio sobre clasificación de enfermedades mentales presentado en dicho Congreso. Informe oficial sobre el Congreso Nacional de Antropología Criminal celebrado en Ginebra, en 1896. Estudio sobre enseñanza de la psiquiatría en Alemania. Estudio sobre el «Open-door» y organización de los*

los gobiernos de todas las naciones civilizadas á las instituciones similares.

Día memorable en los anales de la asistencia pública del insano en nuestro país, es el de hoy, pues damos cumplimiento á la Ley Nacional de 2 de Octubre de 1897, que ordena la creación de un asilo de alienados según el sistema escocés, llamado « de puertas abiertas » (*open-door*), destinado á modificar fundamentalmente la asistencia de estos enfermos.

La benéfica ley se debe á la iniciativa parlamentaria del doctor Eliseo Cantón, quien, convencido de la necesidad de proceder á la reforma de esa asistencia, levantó su voz elocuente en el seno de la cámara de diputados, pidiendo se implantara en nuestra país este nuevo sistema de tratamiento.

Su discurso, uno de los más brillantes que se haya pronunciado en el parlamento argentino, llevó el convencimiento

asilos abiertos de Escocia. Estudio sobre los asilos abiertos de Alemania. Los dos últimos trabajos, que han visto la luz pública en la prensa de esta capital, contribuyeron eficazmente á producir el movimiento de opinión que se realiza con la fundación de la Colonia Nacional de Alienados, el primer establecimiento de esta índole implantado en la América Latina. Recordaré, además, que el doctor Cabred ha escrito numerosos informes médico-legales, relativos principalmente á la psiquiatría, publicados en periódicos científicos y que resumen su intensa y siempre fresca preparación. No es por cierto de los menos notables y graves el que diera en el sonado proceso Wanklyn-Etchegaray, á cuya exposición tributan francos elogios sus mismos adversarios en la litis y en la investigación psiquiátrica. El presidente de la República lo ha dicho: el asilo abierto (*open-door*) á que se refiere este discurso, es la obra de su ciencia, de su propaganda y de su fé. Los antecedentes expuestos revelan, además, un caso poco común en los anales modestos de la intelectualidad de nuestro país: el de un hombre que se especializa desde el momento de la partida, en materia apartada del comercio de los éxitos sensualistas. No se abraza estas especialidades, sino con ánimo fuerte y con abnegación cristiana, porque el espectáculo de tamaño infortunio entristece y abruma. La tarea material es repugnante; pero la obra moral es heroica, y el doctor Cabred la ha acometido alejándose de una arena política y de seducciones utilitarias que le habría sido propicia. Ha debido enclaustrarse con sus pacientes y renunciar á una parte de las alegrías de la edad soñadora, para servir y estudiar durante veinticinco años, en el infecto y miserable asilo antiguo, en los hospitales, en la cátedra, en los congresos de los sabios y en la propaganda. Su labor científica y administrativa ha sido por eso fundadora y transformadora y se percibe su honda influencia en la evolución audaz y extraordinaria en Sur América, que conduce de la cárcel de las Mercedes al asilo abierto en el prado verdoroso é iluminado de Luján. Allí retoñarán muchas inteligencias que estallan hajo la presión de la vida, para florecer de nuevo; ó completarán, en sosiego y libertad, al amparo de la piedad de la Nación y de la Ciencia, la evolución física del cuerpo abandonado por la divina luz. La vida profesional del doctor Cabred queda así consagrada en actos oficiales y solemnes: profesor notable y reformador humanitario!

á todos cuantos le escucharon y un mes más tarde de presentado su proyecto, era convertido en ley.

Gratitud, pública gratitud, merece esa noble iniciativa, no sólo de parte de aquellos que tienen la razón alterada — pero que no obstante aprecian y recuerdan el bien que reciben, — sino también de todos los que valoran las obras destinadas al alivio de la mayor de las desgracias humanas. El nombre del doctor Cantón figurará, pues, en lo sucesivo, entre los de los grandes benefactores del insano.

Cumpla igualmente con el grato deber de recordar los constantes esfuerzos del doctor Meléndez por establecer el sistema colonial de asistencia, manifestados en frecuentes pedidos y en un proyecto que sometiera á la Municipalidad de Buenos Aires, en 1879. Aquellas iniciativas no atendidas son hoy, hermosa realidad, y el espíritu del filántropo alienista debe llenarse de legítima satisfacción,

La Comisión nombrada por el Excmo. Gobierno de la Nación con el encargo de proceder á la fundación del nuevo asilo, ha cumplido una buena parte de su cometido: ha hecho la adquisición de este vasto y hermoso terreno: trazado los proyectos bajo la dirección competente y gratuita de los señores ingenieros Clerici y Otamendi, de acuerdo con los planos de los mejores asilos similares, reunidos durante mi viaje; y por último, ha contratado la primera sección de las obras.

Pero el progreso fundamental que hoy celebramos, merece fijar nuestra atención, siquiera por breves instantes, á fin de apreciarlo en todo su alcance humanitario, científico y económico.

Hace apenas un siglo, los alienados eran objetos de tratamientos crueles, aún en los países más civilizados de Europa. No se les condenaba á los exorcismos y á la hoguera, como en épocas anteriores; pero, se hallaban confundidos en las cárceles, con los delincuentes comunes, ó reclusos en viejos é infectos asilos, encadenados, estropeados, haraposos y hambrientos, ofreciendo un espectáculo bochornoso para la cultura humana.

Afortunadamente para ellos, y para honor de la última

década del siglo XVIII, varios hombres de ciencia y de corazón, *Pinel*, *Daquín*, *Chiaruggi*, *Tuke* y *Cullen* emprendieron, respectivamente, en Francia, Italia, Inglaterra y Escocia, la reforma de la asistencia de estos desgraciados, cabiéndole al primero la gloria imperecedera de haber realizado en París, con más amplitud y repercusión que los otros, su generosa iniciativa.

Pinel no solamente rompió las cadenas que aprisionaban al loco, sino que también higienizó, hasta donde era posible, sus viejas viviendas de Bicêtre y de La Salpêtrière, mejoró la alimentación y el vestido, organizó talleres, instituyó un tratamiento de humanidad y dulzura, elevando así al alienado, — como tantas veces se ha dicho, — á la dignidad de enfermo, de que hasta entonces se hallaba desposeído.

La obra de reparación y de justicia llevada á cabo por Pinel, constituye, pues, la primera y más importante etapa en la evolución del tratamiento de la locura. Con ella comienza, á la vez, la verdadera observación clínica que debía servir de fundamento á los progresos científicos de la psiquiatría. El ejemplo dado por Pinel, tardó, es cierto, algunos años en generalizarse en Francia y en las demás naciones; pero, concluyó por imponerse, triunfando de las falsas ideas reinantes y de la parsimonia é indiferencia administrativas. El fuego sagrado que animaba al ilustre reformador, se transmitió á Esquirol, Ferrus, Parchappe y Falret (padre) en Francia, á Haslam y Conolly en Inglaterra, á Jacobi, Zeller y Roller en Alemania, á Schoedervan der Kolk en Holanda, y á Guislain en Bélgica, quienes dedicaron todo su tiempo y toda su ciencia á la obra iniciada con tan altos fines.

Fruto de esos esfuerzos fueron el gran número de asilos especiales, construídos en Europa en la primera mitad de este siglo, las importantes mejoras introducidas en su régimen interno, y las leyes dictadas con el objeto de garantizar los intereses jurídicos y materiales del alienado.

Los asilos de esa época son construcciones pesadas, monumentales, dotadas de gran número de celdas, con altos muros interiores y exteriores, y presentan todo el aspecto de

convento ó de prisión, que entristece y abate el ánimo del alienado. Todo se subordina en ellos al principio del encierro y seguridad más absolutos. La divisa era, como lo ha dicho un eminente alienista: *Nulla salus nisi in claustris*. Era la época también de la intimidación y de la coerción, y los instrumentos usados fueron la ducha, el chaleco de fuerza, todo género de ligaduras y el encierro celular prolongado y sistemático. Pero, una mejora trascendental que constituye una segunda etapa en los progresos de la asistencia del alienado, comenzó á operarse, hace sesenta años, en el régimen interno de los asilos de Inglaterra, merced á la práctica, introducida por Conolly, del *no-restraint*, ó supresión de todo medio de coerción mecánica. Proscribióse en absoluto, el chaleco de fuerza y las ligaduras de toda clase, que fueron reemplazadas por medios de suavidad y benevolencia, por el aislamiento pasajero en celdas acolchadas, y por la vigilancia constante y la acción directa de guardianes, consiguiéndose suprimir los estados de furor y las graves lesiones determinadas por los agentes coercitivos. La turbulencia y la gritería continuas observadas hasta entonces en los asilos, fué reemplazada por el orden y la calma, transformándose así totalmente el aspecto interior de esos establecimientos. Resistido en su comienzo, como sucede con todas las nuevas prácticas, el sistema del *no-restraint* se ha generalizado gradualmente en todos los países, y hoy ya no se discuten sus benéficos efectos. Estos, demostraron á la vez, la posibilidad y la conveniencia de introducir mayor libertad en la asistencia de los alienados, atenuando los inútiles y excesivos rigores de la secuestación. Disminuyóse el número de celdas, estableciéndose el principio de la vida común, así de día como de noche; aumentaron las diversiones y entretenimientos de todo género, que tan favorablemente influyen en el espíritu de esta clase de enfermos. Se dió, así mismo, mayor impulso al trabajo, ocupando á los alienados en el cultivo de la tierra, pero, en una medida tan restringida, al principio, que sólo podía calificarse de tímido ensayo. Tal era el carácter que tuvieron las primeras tentativas de este género, hechas en Francia, en Bicêtre,

Santa Ana, y Fitz-James, lo mismo que en Chrestophbad, Hildeheim, Blankeshein en Alemania y en St. Gall en Suiza.

No obstante estas mejoras, que presagiaban la reforma fundamental que en breve debía producirse, todos los asilos construídos hasta hace treinta años eran cerrados, lo cual les ha valido el nombre de Bastillas modernas. El concepto de *temibilidad* del loco seguía imperando á pesar de todo.

A partir de esa época, comenzó á adoptarse el sistema de grandes pabellones aislados, que, aun siendo cerrados, permite conceder mayor libertad al alienado, y por eso y en virtud de que algunos establecimientos disponen de pequeños terrenos de cultivo, marcan un periodo de transición entre el asilo prisión y los nuevos asilos abiertos.

El aspecto exterior de esos grandes pabellones es mejor que el de los pesados y chatos edificios del sistema Esquiro; pero así mismo, aquellas macizas construcciones, uniformes, alineadas paralelamente, por más separadas que estén, y por más lujosas y confortables que sean, recuerdan con su monotonía y sus vastas proporciones los imponentes edificios de los cuarteles, y suscitan la idea siempre triste é irritante de la secuestación. Por eso, en Francia, se les llama asilos-casernas. Contra este sistema de asilos cerrados y como corolario del *no-restraint*, que había introducido la tranquilidad y la calma en los asilos, se produce en Escocia, hace una treintena de años, una reforma radical en la constitución material y organización de esos establecimientos, iniciada principalmente por los alienistas Sibbald, Mitchell, Clouston, Rutherford y otros. Como primera medida, se derriban los muros interiores y exteriores y se suprimen las rejas, dejando completamente libre el horizonte. Los asilos de Argill, Five and Kinross, Inverness, Haddington y Pert, son los primeros en dar el ejemplo, seguido en los de Morning-side, Woodilee y en todos los demás de ese país. Se deja igualmente en ellos, durante el día, abiertas las puertas de la mayor parte de sus departamentos; se suprime casi totalmente el encierro celular; se concede permiso á gran número de enfermos, para salir del asilo, bajo palabra dada por ellos

mismos de volver á él; y á ese régimen de positiva libertad, que hace pocos años, habría parecido un absurdo ó verdadera locura, se dá el breve y conceptuoso nombre de *Open-Door*. Siguiendo en esa vía de franquicias, se establece otra forma de asistencia, igualmente libre, y es el *pupilage* de alienados incurables é inofensivos en el seno de familias agricultoras. Verdad es, que este último sistema se hallaba establecido hace varios siglos, en la célebre Colonia de Gheel, en Bélgica, pero, se creía, sin razón alguna, que los campesinos de la colonia eran los únicos en poseer el secreto de esa asistencia, que por otra parte, Alemania y Francia han establecido también, más tarde, con buen resultado, organizándola Warendorf en la primera de estas naciones, y Marie en la segunda.

El principio del *open-door* ha suscitado, como el *no-restraint*, grandes resistencias; pero, ha ido también imponiéndose, poco á poco, y son hoy muy contados sus adversarios. Él marca una tercera época en la evolución del tratamiento de la locura, y sirve de punto de partida de nuevas é importantes reformas.

La practicabilidad de este sistema no depende, como creen algunos, de la supuesta índole especial que tendrían los alienados de determinados países, sino de la misma naturaleza de la locura. En efecto, de igual manera que los antiguos medios de coerción y de fuerza, irritaban al alienado, cualquiera fuera su nacionalidad, hasta el grado del furor, la secuestración carcelaria de los asilos cerrados le entristece y le humilla, pues el sentimiento de libertad persiste en el mayor número de estos enfermos. De ahí la incesante protesta contra la privación de ese bien que no se resigna á perder, y el continuo deseo, frecuentemente satisfecho, de las evasiones.

¿ En qué medida y en qué forma se concede esta libertad en los asilos llamados de puertas abiertas? Ella es otorgada ampliamente, pero, de un modo gradual y progresivo, y previa selección cuidadosa de los alienados que han de gozar de ese beneficio.

La observación ha demostrado que, por lo menos, el 80 % de la población de los asilos de alienados, puede usar de

una real libertad, con positivas ventajas para su salud física y mental, y sin perjuicio alguno para los que los rodean. Apenas un 20 % de estos enfermos necesita verdadera reclusión, pero tampoco en la forma usada en los asilos cerrados, sino en condiciones más humanitarias, y empleándose la vigilancia continua de asistentes prácticos en el cuidado del alienado. La secuestación á que están condenados todos los enfermos, sin excepción, en los asilos cerrados, es pues, no solo innecesaria, sino también contraria á los derechos del hombre y á las exigencias del tratamiento científico de la locura. Por eso, Marandón de Montyel, uno de los primeros y más entusiastas partidarios del *open-door*, en Francia, llama á esos establecimientos, fábricas de crónicos y de incurables.

Los trabajos de colonización agrícola han recibido un impulso considerable y preferente con el sistema del *open-door*, no sólo porque están de acuerdo con este principio, sino porque constituyen el más poderoso agente del tratamiento moral. Además, el cultivo de la tierra permite ocupar mayor número de alienados; es la tarea que más les place, en razón de que se efectúa al aire libre, y de que ofrece ocupaciones más variadas; representa, por último, una fuente importante de recursos. En lugar de simple anexo, como sucede en algunos asilos cerrados, forma la parte principal del sistema de puertas abiertas, lo que justifica el nombre de colonias dado también á esta clase de establecimientos.

A la vez que se abren camino estos principios de libertad, se presta la más grande atención al tratamiento de las locuras agudas, organizándose secciones enteramente apropiadas á la observación y vigilancia continuas que ellas reclaman.

El reposo prolongado en el lecho se generaliza como tratamiento especial en esas formas de alienación mental, equiparándose así el alienado, á los enfermos comunes. Se disminuyen, cada vez más, el encierro celular, y las leyes de algunos países fijan ya el porcentaje de las celdas en los asilos.

La asistencia de los niños idiotas despierta, igualmente, gran interés, y se fundan institutos y colonias destinadas

al tratamiento médico-pedagógico de estos desgraciados. Los epilépticos y los alcoholistas son, así mismo, hospitalizados en colonias agrícolas.

Por último, los alienados llamados delincuentes, son objeto de medidas más humanitarias y científicas. En algunos países, se instituye, para ellos, secciones especiales en las cárceles; en otros, se fundan asilos exclusivamente destinados á su asistencia; y el Congreso de Antropología Criminal de Ginebra, de 1896, sancionó la proposición que, como representante de la República Argentina tuvo la honra de someterle, de que todos los enfermos de aquella infortunada categoría fuesen asistidos en los asilos de alienados y no en secciones especiales de las cárceles.

Junto con el cambio fundamental operado en el régimen interno de los asilos, modifícase el sistema de construcciones: al estilo pesado de los edificios monumentales, se sustituye el más ligero y risueño de pequeñas *villas* ó chalets, muy sencillos, diferentes entre sí, de aspecto familiar, y rodeados de parques y jardines. Distribuídas en orden disperso, esas villas forman pintorescos pueblecitos que alejan toda idea de encierro ó de hospital.

En estos grandes progresos de la filantropía y de la ciencia con que la sociedad, mejor instruída, se apresura á reparar las crueldades y errores del pasado, Alemania ocupa hoy el lugar principal. Los esfuerzos de *Griesinger*, *Warendorf*, *Laehr*, *Snell*, *Köeppe*, *Paetz*, *Hitzig*, y más tarde de los de *Jolly*, *Kraepeling*, *Alt*, *Sommer*, y otros, han llegado á la más amplia adopción del sistema anglo-escocés, fundándose los mejores asilos de puertas abiertas. En ellos se encuentran, efectivamente, reunidos y aplicados con el más grande perfeccionamiento los principios de *no-restraint*, del *open-door*, de la colonización en grande escala y del tratamiento individual de las locuras agudas, disponiendo así de cuantos elementos reclama la asistencia de todas las formas y períodos de la alienación mental. Agréguese á esto, el numeroso personal de médicos residentes y de guardianes que prestan en ellos sus servicios, y se acabará de comprender porque en los estable-

cimientos de esta índole, el número de curaciones y de mejorías es un tercio superior y á veces el doble del que se observa en los asilos cerrados.

Las evasiones no son frecuentes, como pudiera creerse; á penas alcanzan á un 2 %, y esta cifra insignificante se halla compensada con usura con la libertad efectiva de que goza la mayoría de los enfermos. Y no hay que admirarse de esa mínima proporción, pues el empleo metódico del tiempo, el trato afectuoso, las salidas bajo palabra, las puertas abiertas, el gran bienestar, las diversiones frecuentes, y la vigilancia continua de los que realmente la necesitan, alejan la idea de las evasiones, ó la hacen difícil.

El costo y sostenimiento de los asilos-colonias es en fin, mucho menor que el de los monumentales asilos cerrados, en razón de la simplicidad de las construcciones y del producido considerable del trabajo del alienado.

He visto en los primeros, el 70 % de su población, ocupada en trabajos agrícolas y en otros de diversa índole, calculándose que el valor del trabajo del enfermo representa, por lo menos, el de su propio sostenimiento.

El primer asilo que logró combinar todos estos principios modernos, fué el de *Alt-Scherbitz*, en la Sajonia Prusiana, fundado en 1872, por el doctor Köeppe, y mejorado, en su organización, por su actual director, doctor Paetz.

El ha servido de modelo á todos los construídos después en Alemania, como los de Gabersee, Untergöeltzch, Emmendingen, Zchadrass, Rybnik, Wuhlgarten, Uchspringe, etc., etc., y á los fundados últimamente en Rusia, Suecia, Noruega, Estados Unidos, y al que acaba de inaugurarse en Suiza, (Mondrisio) mediante la iniciativa de Forel y de Ladamé.

Alemania ha sido también la primera en organizar pequeños asilos clínicos urbanos, proyectados por Gresinger, y destinados exclusivamente á la asistencia urgente de las locuras agudas, y á la enseñanza oficial de la psiquiatría.

Francia, deseosa de no permanecer á retaguardia de estos progresos, que ella iniciara, envía á Escocia y á Alema-

nia á distinguidos psiquiatras como Foville, Sérieux, Marie, y Toulouse, con el objeto de estudiar los resultados del *open-door*. Todos ellos aconsejan su adopción, y sabios como Magnan, Falret, Vallon y otros, comparten sus ideas é inician activa propaganda á fin de modificar la organización de los asilos de este país.

El establecimiento cuya primera piedra colocamos hoy, reposa en los principios científicos, humanitarios y económicos que he mencionado y que han sido combinados, de tan feliz manera, en el asilo *Alt-Scherbitz*, y en los demás que han imitado ese digno modelo.

Se compondrá, como éste, de dos partes principales: el asilo central y la colonia propiamente dicha. El primero para los enfermos que necesitan vigilancia continua, aislamiento pasajero, ó un tratamiento médico especial, practicados en villas que tienen, cada una, según su objeto, disposiciones enteramente apropiadas.

La segunda, destinada á la asistencia del mayor número de alienados, y en la que tendrán su más amplia aplicación los principios del *open-door* y del trabajo agrícola, sin excluir otros que complementan aquel y que permiten utilizar las diferentes aptitudes de los enfermos.

Además del trabajo, se emplearán otros modificadores mentales, igualmente muy eficaces, como las diversiones variadas y frecuentes: bailes, conciertos, representaciones teatrales, regatas, pic-nics, etc., etc. Esa población vivirá en pequeñas y risueñas villas de puertas abiertas, sin muros y sin rejas, sencillas, confortables, de reducido costo, adaptadas al clima de nuestro país, diseminadas en parques y jardines, y en las que nada recordará la inútil y perjudicial secuestación á que están sometidos hasta hoy, en nuestros asilos, los alienados sin excepción de sexo ni de clase de locura.

Todas las enfermedades mentales, cualesquiera sean sus formas y períodos, recibirán, pues, en las distintas secciones de este asilo, ecléctico y completo, el tratamiento especial impuesto por los progresos de la psiquiatría.

La cifra de curaciones y de mejorías será mucho mayor

que la que hoy se obtiene en nuestros asilos cerrados ; y el bienestar físico y moral que en él disfrute el alienado será igualmente mayor, atenuándose así, en lo posible, el sombrío pronóstico de estas enfermedades.

Hagamos votos, pues, señor Presidente, señoras y señores, porque este establecimiento, el primero y más adelantado en su género que se levantará en Sud América, pueda cuanto antes abrir sus puertas á la asistencia científica de los enfermos de toda la República que hoy carecen de ella, realizando así un progreso digno de la cultura social de nuestro país.

He dicho. (1)

(1) El 21 de Mayo tuvo lugar el acto en Luján, solemnizado por la presencia y la palabra del Excmo. señor presidente de la república.

LA JUSTICIA DE INSTRUCCIÓN CRIMINAL

Y EL

SEGURO CONTRA INCENDIOS ⁽¹⁾

(EXTRACTO DE UN INFORME "IN VOCE")

El sobreseimiento provisional en los casos de incendio promueve, bajo apariencias incidentales, una cuestión de derecho mercantil interesante, y que, si mis informes no son incompletos, todavía no ha sido resuelta en los tribunales, por lo menos, de una manera que fije la jurisprudencia. ¿Cuál es, en efecto, la posición en que se hallan colocados los aseguradores en presencia del sobreseimiento provisional, en los casos, hoy tan frecuentes de incendio?

Al estudiar el punto no es posible prescindir de dedicar algunas observaciones á la justicia de Instrucción Criminal, origen de los incidentes, que promueven el debate sobre el tópico enunciado; y ello no es inoportuno, porque todos los que intervenimos en el foro de nuestro país, tenemos el deber de preocuparnos de su ennoblecimiento y de contribuir con nuestra experiencia á la acción de los altos tribunales constantemente solicitados por los poderes públicos, en virtud de su ciencia y conocimientos especiales, para proyectar las anheladas reformas.

Desde luego, se advierte que el procedimiento criminal

(1) Por iniciativa de los representantes de la compañía de seguros *Atlas*, señores Heine y Vidal se ha abierto el debate en nuestros tribunales superiores sobre la situación desventajosa creada para los aseguradores por los frecuentes sobreseimientos provisionales en casos de incendio.

está basado en un código redactado por tratadistas teóricos, que no revelaron en sus páginas el sentido práctico necesario, de tal suerte que la ley con sus omisiones, errores y deficiencias perturba la gestión de los derechos privados, lo cual se traduce también en apelaciones innecesarias, pérdidas de tiempo y menoscabo de intereses morales y materiales.

La aplicación, por otra parte, deja tanto que desear como el código mismo. No sería sensato que los abogados y litigantes, al entrar en una casa de justicia, pretendieran encontrar siempre la razón de su lado y obtener una sentencia favorable; pero los litigantes y los abogados, tienen el derecho de encontrar en las casas de justicia, jueces y empleados que se preocupen con inteligencia y sagacidad del cumplimiento delicadísimo de sus deberes, que conozcan los procedimientos y la jurisprudencia que los tribunales superiores producen sobre su propia acción, de manera que sea rápido y fácil su funcionamiento.

No es raro, por otra parte, que abogados y litigantes tropiecen en los juzgados á que me refiero con jóvenes empleados, que no tienen la instrucción necesaria para los altos cargos que la amistad y el favor les han confiado, con menoscabo del interés social y cuya educación, se reduce á los rudimentos toscos y á veces groseros de la escuela, y que, sin embargo, de tal manera influyen en la vida de la justicia, que llegan hasta estorbar su acción regular; y, no solamente parece que ellos llevan el peso de la tarea, sino que insisten en discutir con los profesores lo que ignoran, olvidando que los libros de derecho, leídos de improviso cuando se carece de estudios especiales producen el mismo efecto, que las pistolas cargadas en las manos de los niños.

De una serie de hechos de esta naturaleza, ha surgido cierto descrédito para la justicia de instrucción criminal, que se traduce ya por anhelo práctico de suprimirla, lo cual sería injusto, como lo sería suprimir la policía porque algunas veces abusan los agentes. Pero me parece indudable que las facultades de superintendencia de la excelentísima cámara en lo criminal y comercial tienen un campo ancho de acción en aquella justicia y que, si fueran usadas á me-

nudo y con vigor, se conseguiría una modificación saludable en los procedimientos.

En numerosos casos los sumarios son llevados en una forma liviana, sin la presencia de algunos jueces, que se reservan para los hechos ruidosos, en que pueden gozar de los placeres de la exhibición en la prensa, cuyo abuso ha perjudicado la gravedad y la circunspección de esta rama de la magistratura. No es raro dar con sumarios hechos por secretarios mal preparados, que alguna vez llegan hasta tratar de tú á los acusados, y que proceden con una falta de formas y de estilo solamente comparables á lo que pasa en los juzgados de paz de campaña.

De ahí provienen una serie de actos de esta justicia, que, no solamente la perjudican, sino que dañan á la sociedad, y causan apelaciones por sumarios mal hechos, ó por incidentes que desconocen la tradición jurídica ya indiscutible en el país, revelando el escaso celo ó falta de cuidado que los agentes de la Instrucción Criminal despliegan en el cumplimiento de su deber. Los actos criticados de esta justicia, ocasionan pérdidas de tiempo, de capital é intereses á los negocios radicados en el país, que necesitan y exigen una protección legal administrada con diligencia y oportunidad.

No pienso que la sociedad ganará progreso alguno en la administración de justicia, suprimiendo la de instrucción criminal. Eso comportaría volver á los sumarios policiales, indiscutiblemente más defectuosos y atentatorios á las garantías de los acusadores y de los delincuentes. Los defectos y vicios de que adolece la instrucción criminal provienen del favoritismo político y social, que inspira los nombramientos y que tolera las faltas, de la carencia de una vigilancia enérgica y reparadora, del mal criterio de algunos jueces para elegir secretarios, con asentimiento de los superiores, y de los defectos de las personas y de las leyes. El gobierno que se incline á suprimir las instituciones corrompidas por la política y por la desmoralización social reinante hace una declaración de impotencia para corregir y curar. La República necesita edificar más y demoler menos.

Las compañías de seguros no pueden dejar de preocuparse de la crisis de la justicia de Instrucción Criminal que he bosquejado, ante la frecuencia con que se producen ciertos incendios, y del escaso ó ningún interés, que aquella justicia dedica á la investigación oportuna de su origen. Cuando ciertas investigaciones policiales pasan á la mesa de algunos de esos jóvenes mal preparados, que todo lo manipulan rápida y negligentemente, que no han estudiado leyes, y que carecen de la noción de su delicada y compleja tarea jurídica y social, el sumario se resuelve al fin por la impunidad del delito.

La Corte Suprema de la Nación, ha fallado, entre otros un caso de incendio, producido por culpa grave, en el cual se había probado, que el incendio tuvo por causa una vela encendida, dejada cerca de géneros y objetos inflamables. No estaba presente el propietario del negocio cuando acudieron las autoridades; la casa había quedado sola; pero la culpa grave no fué menos evidente, por la circunstancia de haberse encontrado el candelero y otros indicios, que revelaban el origen del siniestro. Este es un caso sugestivo, porque exhibe uno de los medios usuales de la mala fé de los individuos que quieren mejorar su situación comercial desgraciada, percibiendo el valor de los seguros, de suerte que á la mañana siguiente de un día de crisis la ruina se convierte, sino en fortuna, en situación holgada. ¿Basta al propietario ausentarse mientras el incendio se produce, y basta acudir á la justicia y probar que se encontraba en el Tigre ó en Adrogué, para que algunos jueces de instrucción declaren la inculpabilidad del presunto autor y sin más diligencia decreten el sobreseimiento?

No hablo en hipótesis. Conozco una sentencia extraordinaria, en la cual el sobreseimiento se funda en la declaración de algunos testigos—medio de prueba desacreditado y funesto entre nosotros por desgracia, á causa de la frecuencia de la falsedad que los tribunales toleran y no castigan—de que el presunto incendiario se hallaba ausente del negocio en la noche del fuego.

Sin embargo, si la justicia de Instrucción Criminal proce-

diera aquí como la justicia de Instrucción de otros países serios y en casos de incendio, si los magistrados llegaran personalmente al terreno á inquirir una serie de pequeños detalles, imperceptibles para el vulgo, pero no para el ojo avisado de un juez, probablemente la situación sería distinta, la impunidad de estos delitos no tendría lugar, y la acción de la Justicia de Instrucción alcanzaría los resultados eficaces del fallo moralizador de la Suprema Corte federal que he citado. Al contrario, las averiguaciones ligeras, confiadas á empleados subalternos, quizá sin participación del juez, sino probablemente para el acto de la firma, y casi siempre sin la visita al teatro del siniestro, motivan sobreseimientos provisionales. Las compañías de seguros directamente afectadas no toman intervención inmediata en los sumarios, en la inteligencia y en la esperanza, de que ellos sean dirigidos con proligidad y tino; pero sorprendidas por los casos de sobreseimiento provisional, cuando hay hechos graves que exigen una investigación más completa ó indicios ya comprobados por las autoridades policíales, comienzan á agitarse y solicitan que se les acuerde intervención legal en los expedientes

Con arreglo al código de comercio, y á una cláusula que contienen la mayor parte de las pólizas de seguros que he leído en la República Argentina, y de acuerdo también con una doctrina universal en materia de derecho de seguros, el dolo, el fraude ó la culpa grave, eximen de la obligación á los aseguradores. Estando expresamente establecida esta doctrina en nuestro código de comercio los aseguradores son parte en estos casos, por razón de la responsabilidad civil que tienen; y puede suceder que los jueces fundados en actuaciones defectuosas absuelvan provisionalmente al presunto autor de incendio intencional y que se pretenda obtener el pago del seguro, de lo que también conozco ejemplos. En virtud, pues, de su responsabilidad civil, subordinada á la resultante de los sumarios, ciertas compañías de seguros solicitan intervención en los procesos, una vez cerrado el sumario por el sobreseimiento provisional, á fin de poder adoptar temperamentos que aseguren sus derechos, sea reabriendo el proce-

dimiento, sea para acatar las actuaciones judiciales. Pero con grande extrañeza de los aseguradores se les niega intervención en algunos casos, so pretexto de que las compañías ó sociedades anónimas carecen de personería.

Aquí surge, en verdad, una cuestión delicada; grave, por las consecuencias que pudiera tener si esta doctrina prevaleciera; pero no grave como asunto científico, porque es elemental y está resuelto. Se funda, á lo que parece, la negativa de algunos jueces de Instrucción Criminal en un artículo del código de enjuiciamiento.

El artículo, tiene su razón de ser y de ninguna manera lo impugnaría, si se tratara de personas vivientes; pero, no es aplicable á las corporaciones comerciales, que nuestro código civil titula asociaciones, entre las personas jurídicas; y no es aplicable, porque si lo fuera se negaría la existencia y el funcionamiento de estas asociaciones, que no sólo admite y protege la ley civil, sino que pueden ser consideradas como el alimento diario de nuestro organismo económico. Son una necesidad fundamental para la prosperidad general de la república y de su vida económica.

Es esencial del carácter de las personas jurídicas, de estas asociaciones comerciales, el ejercicio del derecho de los bienes, y que obren siempre por medio de representantes; y si ellas no funcionaran por medio de representantes, no existirían, porque no pueden manifestarse de otra manera en la vida de relación jurídica. Son asociaciones de capitales, representadas por un directorio, y cuando éste transfiere todos sus poderes á un procurador, el procurador es el representante legítimo de la persona jurídica ante los tribunales.

Se observará que las personas jurídicas no delinquen, que el delito nace de una acción de la voluntad individual ó colectiva de los hombres, de modo que la responsabilidad moral del sujeto esté siempre al alcance de la justicia. Esto es exacto; pero, cuando un individuo delinque en nombre de la sociedad comercial que representa, no puede escusar su propia responsabilidad, porque realiza un acto de perversión moral y por consiguiente, debe ser castigado, no como representante de las personas jurídicas, sino como actor

directo. Tal es la doctrina, en cuanto á la responsabilidad penal: y, en cuanto á la civil, si la persona jurídica goza del beneficio de aquel delito, proceda la vieja y conocida acción romana: *ex eo quo aliquem perrenit*, que se resuelve por la restitución de lo recibido indebidamente.

Por otra parte, además de esta doctrina la solución de la dificultad ha sido dada por el artículo 41 del código civil, cuando legisla sobre personas jurídicas, código que, realizando un progreso sobre todos los códigos, declara que las sociedades anónimas son personas jurídicas, y les atribuye el derecho de usar de todas las acciones *civiles y criminales*, que sean necesarias para su defensa y conservación. El motivo que da Savigny, al tratar magistralmente la cuestión de las personas jurídicas, es obvia. Si la persona jurídica es creada por la ley para el derecho de los bienes, ¿no ha de recibir también con la autorización todos los elementos necesarios para proteger esos bienes? ¿No es claro que éstos son susceptibles de defraudación, y que puede defenderlos por una acción criminal? Por consiguiente, en este caso, la sociedad de seguros tiene personería para amparar sus bienes ante el juez de instrucción criminal á la faz de un presunto defraudador, y las negativas á que antes me he referido deben ser apeladas y revocadas.

Pero hay casos también en que la intervención de los aseguradores ha sido negada, sosteniendo que el sumario es secreto, como lo dispone el artículo 180 del código de enjuiciamiento de la capital.

Esta segunda causal es más infundada y grave que la examinada antes, porque hace tres años por lo menos que está resuelto en la jurisprudencia penal metropolitana, que una vez decretado el sobreseimiento provisional en un sumario, desaparece el secreto. Y si no hubiera sido resuelto por la jurisprudencia, lo aconsejaría el sentido común, el legislador universal. ¿Qué objeto se propondría, en verdad, un juez al sobreseer provisionalmente en una causa, si no fuera para dejarla abierta hasta que se llegue á la verdad dentro de un término limitado por la prescripción? Y, ¿cómo podría obtenerse ese fin, si alguien necesitara fundar en las actuaciones

anteriores los nuevos elementos para comprobar el delito y le fuera imposible usar dichas bases? En tal caso habría una justicia absolutamente inocua y el procedimiento parecería contrario al propósito de la instrucción criminal, que es la averiguación de la verdad por todos los medios lícitos.

¿De qué manera podría adelantarse la investigación sino dando amplitud de acción á todos los que son parte en el asunto, una vez que se encuentra el sumario sobreseído provisionalmente?

Y ¿qué significa el sobreseimiento provisional, respecto de aquellos que tienen pendiente de esa acción criminal la madurez de un derecho civil fundado en un contrato? Indudablemente surgen cuestiones complejas, cuyas soluciones reclaman la mayor prudencia. Puede suceder, en efecto, que por un sobreseimiento de este género, habiendo presunciones graves y mientras quedan los acusados bajo la presión, si no de una acusación concreta, de una sospecha vehemente, se hicieran efectivos los derechos civiles subordinados á la investigación del dolo, del fraude ó de la culpa grave; y que poco tiempo después se comprobara el incendio caracterizado por alguna de aquellas circunstancias, que extinguen la obligación del asegurador. ¿Recobraría éste el valor pagado indebidamente? De donde se deduce también que las compañías de seguros tienen el derecho de intervenir una vez cerrado el sumario provisionalmente, para evitar las graves consecuencias que he señalado, cuando pagan durante dicho estado del proceso. No ignoro que existe cierta prevención contra las compañías de seguros; pero, recuerdo también que son una fuerza de progreso, de bienestar social y de civilización en todas partes, y que los tribunales les acuerdan las garantías que requiere una cosa tan susceptible, como es la aplicación de los capitales invertidos en empresas de utilidad social.

Por otra parte, la experiencia en estas cosas me permite decir que no hay sumario secreto en nuestro país. La indiscreción de los empleados y la ley lo quieren así. En efecto el acusado presta su declaración, desarrolla todo su plan de defensa, nombra sus testigos y pide otras probanzas. Lo

acompaña su abogado, y el secreto desaparece porque aquel plan revela todo a cualquier espíritu sagaz. Luego ¿quién garantiza el silencio y la discreción de los testigos y de los que presencian las diligencias practicadas? El sistema de nuestra ley no es de secreto estricto, podrá ser un sistema mixto, y el secreto ha de conocerse más ó menos completamente antes de la clausura del sumario. Por lo mismo, considero un deber de los tribunales, después que el sumario ha llegado á cierta altura — al sobreseimiento provisional — acordar su publicidad, pues ésta no perjudica sino que por el contrario sirve al orden social, promoviendo nuevas aclaraciones y acaso el descubrimiento de la verdad.

Finalmente, el sobreseimiento provisional, deja abierto el proceso como he dicho, para proseguirlo en cualquier momento en que nuevos datos, ó un acusador ó denunciante lo requieran. El carácter moral de la persona queda afectado, la presunción, más ó menos vehemente de su delincuencia subsiste y continúa sometida á la acción de la justicia, hasta que la prescripción se opere. Pero el sobreseimiento provisional, no puede ser dictado sino con el *consentimiento* del acusado, por regla general. El tiene el derecho de exigir que se le absuelva ó condene de una manera definitiva, porque su carácter moral está dañado. Cuando una persona no hace las gestiones mencionadas y consiente el sobreseimiento provisional, acepta deliberadamente una limitación de sus derechos, y como la obligación de pagar un seguro está subordinada á la absolución del asegurado en el juicio criminal debe quedar en suspenso, mientras la justicia no se pronuncie de un modo final. Los aseguradores tienen derecho á exigir, cuando pagan el seguro durante la situación infamante creada al asegurado por el sobreseimiento provisional, por lo menos una fianza, para repetir el importe de la póliza, si el delito ó la culpa grave son comprobados más tarde.

E. S. ZEBALLOS.

LA PUNA

ESTUDIO DIPLOMÁTICO DEL FALLO ARBITRAL

(Véase el número anterior)

II

RAZONES DEL ÁRBITRO

Los árbitros políticos no dan las razones de sus fallos. El sistema, aplicado á la República Argentina, en los casos del Chaco, de Misiones y de la Puna, suscita críticas, especialmente en los países vencidos. Pero yo lo encuentro razonable. Exponer los motivos en pleitos tan complicados y graves, obligaría con frecuencia á dar al laudo el volumen de un libro analítico de los argumentos y de las pruebas. Se publicaría un motivo permanente de debates y de incertidumbres en las buenas relaciones de los estados. El sistema tiene la ventaja de facilitar el olvido y la concordia, objetos también esenciales, del arbitraje internacional.

Ignoran por eso las repúblicas Argentina y de Chile las razones en que el honorable W. I. Buchanan ha fundado la decisión arbitral del litigio sobre la Puna. Pero en este caso hay circunstancias oficiales que debo recordar. El árbitro no era soberano, ni el representante electivo de una soberanía nacional. Fué el plenipotenciario de un país amigo, acreditado en funciones ordinarias, cerca de uno de los estados comprometidos en la querella fronteriza. En estos casos, los diplomáticos que desempeñan las honrosas misiones, dan cuenta de sus actos, procedimientos y motivos á los gobiernos de que dependen, y aun, indirectamente, requieren la aprobación de su conducta, del punto de vista

de sus consecuencias morales y políticas. Se dice ya que el honorable Buchanan ha sometido al Departamento de Estado de Washington una *Memoria* sobre el arbitraje; y si la versión general fuera confirmada, no tardaremos en conocer el documento, porque la cancillería del Potomac honra el sistema de la más amplia é inmediata publicidad, cuando los negocios maduran y el secreto deja de ser estrictamente necesario para su realización. Pero si tardara algún tiempo la publicación de los motivos del árbitro oficialmente expresados, es permitido presumirlos. Me siento inclinado á ensayar su exposición y crítica, fundado en el conocimiento íntimo de la cuestión resuelta, en sus aspectos de hecho, de derecho, y diplomáticos.

Chile había pretendido contra Bolivia el Desierto de Atacama hasta el grado 23 de latitud norte. Sus reclamos se detenían al este en la línea anticlinal de los Andes. Después de la inesperada y fácil victoria sobre la alianza Perú-boliviana, Chile ocupó esa zona del *litoral* á título de *reivindicación*. Hé aquí una nueva doctrina y solución práctica de derecho internacional público. La América del Sur, la rechazó doctrinariamente por el órgano de la mayor parte de sus publicistas. La política del vencedor en el Pacífico fué también trasladada al oriente de los Andes, con las leyes de invasión que varios años después de la guerra, ensancharon el territorio de la provincia de Atacama y crearon la nueva de Antofagasta, sobreponiéndolas á las jurisdicciones de Catamarca, de Salta y de Jujuy. Chile pretendía pues, *reivindicar* un grado del *litoral* atacameño, del 24° al 23°, y tres grados de territorios bolivianos y argentinos, que jamás pretendió, ni disputó, entre los paralelos 23° y 27°, al este de las cumbres más elevadas de los Andes, línea que los tratados y sus diplomáticos aceptaban invariablemente como límite oriental de sus soluciones.

El honorable Buchanan ha desconocido la nueva acción reivindicatoria internacional, porque si la hubiera considerado procedente, toda la Puna, hasta los límites de las pretensiones que ella amparaba, habría sido adjudicada á la república de Chile.

Apoyaba Chile, por otra parte, ante el mundo y ante el árbitro, sus pretensiones territoriales, en el derecho de *ocupación militar*, consecuencia de su abrumadora victoria sobre los aliados. Este hecho, que comporta una posesión internacional, ha influído, á lo que se advierte, con eficacia en el ánimo del plenipotenciario americano. Es cierto que la ocupación de la Puna por autoridades y fuerzas chilenas era á título precario, *pro-tempore* y subordinada á la liquidación de la guerra. Pero el gobierno argentino, bajo la presidencia del doctor Uriburu, abandonó la política seguida durante tres administraciones precedentes, con sanción unánime y repetida de ambas cámaras del congreso. Esta política negaba á Chile toda intervención en el litigio argentino-boliviano al oriente de los Andes, no obstante el erróneo consentimiento escrito de la ocupación chilena de la Puna, dado por los doctores Uriburu y Quirno Costa, ministro en Chile el primero, y de relaciones exteriores el segundo, cuando, como he comprobado en los artículos de Febrero y Marzo, cuando confundieron Antofagasta en la costa del mar Pacífico, con Antofagasta de Catamarca, en el mayorazgo de Huasan. ⁽¹⁾

El protocolo de 1896, celebrado también por el doctor Uriburu, llevó más adelante la política ligera y extraviada que rompiendo la solidaridad del Perú y de Bolivia con la República Argentina, se ha resuelto, como tantas veces fué previsto por varios publicistas desoídos, en una nueva desmembración territorial. Aquel protocolo, en efecto, dió carácter de derecho y de soberanía nacional perfecta, á la ocupación militar precaria y accidental de Chile, no solamente en el *litoral marítimo*, sino al oriente de los Andes, hasta los valles Calchaquíes. El gobierno argentino fundía así y brindaba á Chile, el arma cortante que pronto debía separar de la soberanía nacional una región de la Puna.

El árbitro ha debido naturalmente estudiar los actos del gobierno argentino defensivos y conservatorios de sus dere-

(1) Los hechos mencionados en este escrito han sido documentadamente expuestos en mis artículos sobre la Puna en los números de esta REVISTA de Febrero y Marzo pasados. No repetiré pues, las comprobaciones.

chos turbados por la ocupación chilena. El examen debió ser desfavorable para la República Argentina. Esta ordenó tres veces á su ministro en Chile que reclamara el retiro de las fuerzas avanzadas al oriente de los Andes, ó que protestara en su defecto; pero las reiteradas órdenes no fueron cumplidas, por las desgraciadas razones que he comentado ya en los números anteriores de la REVISTA. El ministro de relaciones exteriores había desaprobado los nombramientos de autoridades hechos por Salta para ciertos lugares de la Puna; y el ministro argentino en Chile, apremiado por la Moneda, que reclamaba en tono vibrante contra dichos nombramientos, se apresuró á comunicarle, con ingenuidad, aquella incon-sulta y floja medida de la Casa Rosada. De esta suerte la ocupación militar chilena de la Puna argentina fué oficialmente consentida. El protocolo de 1896 era la ratificación de estos errores, que parecerían inverosímiles, sino estuvieran abundantemente documentados, porque prolongaba nuestra cuestión de límites con Chile, del grado 24 hasta el 23, donde hasta ese día era Bolivia y no Chile el soberano, en ambas faldas andinas.

El árbitro ha debido reconocer el error fundamental de la diplomacia argentina á través de los documentos y antecedentes expuestos; pero no pudo, sin duda, prescindir de una posesión de diez y seis años, autorizada por nuestra cancillería. Sancionar el error argentino entregando á Chile todo el territorio ocupado, habría sido consagrar el triunfo del hecho sobre el derecho. La solución era demasiado violenta para un árbitro de la índole moral del honorable Buchanan. Chile ocupaba, por otra parte, sólidamente la llave estratégica de aquella región andina: San Pedro de Atacama. Esta posición comercial y militar domina un territorio al oriente de los Andes, que al norte del grado 23° pertenecía á la histórica provincia de Lipez y al sur á la Puna de Salta y de Jujuy. Poco después de los acaecimientos políticos de 1825, el trapecio comprendido entre el paralelo 23°, las cumbres más altas de los Andes y la línea quebrada de Zapaleri al Rincón y Socompa, fué siempre gobernado por Bolivia. Eran bolivianas y no argentinas las autoridades que de la región

desalojó la invasión chilena en 1884. Pero los derechos históricos argentinos revivieron con la modificación del tratado Quirno Costa-Vaca Guzmán, que cedía á Bolivia (y á Chile ocupante de la zona) la mayor parte del territorio que el árbitro acaba de declarar argentino. La modificación, ratificada en 1893, reivindicaba, esta zona para nuestra soberanía. El árbitro debía, pues, decidir entre la ocupación efectiva de San Pedro de Atacama y de su territorio por Chile y la cesión que Bolivia hiciera á la República Argentina en 1893. Si el gobierno argentino hubiera, por lo menos, protestado, la ocupación chilena de 1884 á 1886 y las leyes posteriores creadora de las provincias de Atacama y de Antofagasta, la cesión boliviana habría influido decisivamente en el ánimo del honorable Buchanan. Pero una serie de negligencias, ignorancias y debilidades argentinas consumadas de 1884 á 1888, consintieron solemnemente la ocupación. Se abrían entonces tres caminos para el árbitro: honrar el *hecho* de la ocupación militar adjudicando á Chile todo el territorio; consagrar el *derecho* histórico argentino, claro y firme; transar, en honor del derecho teórico; pero compensando la posesión de Chile, á cuyo favor había creado ciertos títulos el consentimiento argentino.

El último temperamento ha arrastrado al árbitro. Él podía ser mantenido en virtud de los antecedentes históricos y diplomáticos del litigio mismo y de consideraciones de política internacional. Cuando Chile negociaba la tregua con Bolivia, la República Argentina, debió estar representada en las conferencias diplomáticas, porque éstas discutían el límite oriental de la ocupación militar, ligándola al confín argentino-boliviano. Era obvio que la cancillería argentina no permaneciera inactiva é indiferente á la faz de un negociado internacional, en que dos naciones, con los cuales tenía litigios pendientes, se reunían para adoptar un hito común de la frontera de las tres naciones (Zapaleri). Sucedió, como era lógico, sin embargo, que la República Argentina, no hizo caso de la elección de aquel punto, y solamente en Septiembre de 1899, en presencia de graves é inesperadas revelaciones que hice, como ministro de relaciones exteriores,

al poder ejecutivo y al congreso, se alarmó la opinión argentina, al saber que Chile y Bolivia, (Chile naturalmente) al subscribir la tregua, habían desalojado el límite nacional de las cumbres más elevadas de los Andes, para situarlo, algunas decenas de leguas al oriente. Zapaleri era, pues, para el árbitro, una sierra en la cual la República Argentina había consentido la ocupación militar chilena. La línea desde Zapaleri al Rincón traía el precedente de haber sido aceptada con entusiasmo por el gobierno argentino, en el tratado Quirno Costa-Vaca Guzmán. El trazo del Rincón á Socompa tiene también su origen diplomático. Cuando Chile y Bolivia negociaban la tregua, la segunda nación propuso al vencedor que la ocupación militar partiera de Socompa. Chile lo rehusó sosteniendo su avance oriental hasta Zapaleri. Así, el árbitro, inclinado á compensar la ocupación militar chilena, consentida por el gobierno argentino, con una parte del territorio, le acordó el cuadrilátero comprendido en aquellas líneas, cuyos antecedentes diplomáticos habían sido tácita ó positivamente admitidos por nuestra cancillería, en diferentes épocas.

Las desviaciones orientales de la línea arbitral hacia el oriente andino, tienen su fundamento en el mismo procedimiento de transacción, que predominaba en el espíritu del honorable Buchanan, como sugestión directa del medio político. En efecto, desde Febrero de 1897, los miembros elegidos y presuntos del nuevo gobierno y las más altas influencias argentinas, habían hecho saber al país y á los banqueros ingleses —que son ya parte en nuestro gobierno, sin que nadie se indigne como nos indignamos por sueltos mal comprendidos é inofensivos de revistas—que las cuestiones de límites con Chile serían resueltas, cediendo territorio, si ello fuera necesario para salvar la paz. Chile afianzó entonces su bandera al grito de: *¡Arbitraje ó guerra!* La conferencia de Magallanes consagró la política chilena agresiva y la política argentina defensiva, cuyo lema fué: *¡Cesión ó arbitraje!* como medio de alcanzar este otro ideal desgraciado: *panem et circensis*. El honorable Buchanan no habría talvez salido con sus líneas al oriente de los

Andes, si hubiera previsto una guerra, como consecuencia de la desmembración territorial argentina. Pero él debía conocer el pensamiento íntimo de nuestra cancillería y no ignoraba que la división de la Puna era una solución que, lejos de causar repugnancia en la Casa Rosada, sería aceptada de plano.

Las razones diplomáticas que atribuyo al árbitro para mantener la idea de la transacción, al dividir el territorio, proceden de dos fuentes. Las consideraciones debidas á la reina Victoria y á las vistas políticas de la cancillería del Potomac sobre los estados de Sur América. En primer término el árbitro ha huido con especial estudio de la línea de las cumbres más elevadas de los Andes, como de la del *divortia aquarum*, para no fundar un precedente, en una parte de la frontera, cuando la otra parte, la más importante, está sometida á otro árbitro.

En segundo lugar, el gobierno de Washington tiene una idea imperfecta de estas civilizaciones. Le parecen tribus de indios y de negros gobernados por algunas colonias urbanas de blancos. El espectáculo inmediato y semi-salvaje de las repúblicas centro-americanas sugestionan á los Estados Unidos de una manera desfavorable para todas las naciones del continente austral. Yo no participo — y creo estar bien informado — de la creencia de que los Estados Unidos nos odian ó sueñen con humillarnos é invadirnos. No! Lo que hiere mi amor propio nacional es precisamente que no se preocupan, ni poco, ni mucho de nosotros. No vale la pena, en efecto, de detenerse sobre ecos aislados, individuales ó de prensa: hablo de la nación y de sus órganos eficientes, los partidos. Son demasiado prácticos los americanos para pensar en conquistar países despoblados, sin muchos millones de *consumidores*, cuando el Oriente, aquella innumerable colmena humana, los interesa hasta la fascinación. Cuando estalló de sorpresa la guerra contra España, apareció, como por encanto, una formidable flota americana en los mares de China, á doble distancia del Río de la Plata, donde apenas cruzaba un débil cañonero. Eso revela la tendencia actual de aquel país.

Los americanos se ocupan de Sur América con el aire paternal, mortificante si se quiere, del mayor hácia el menor de edad. Se consideran los protectores naturales de estos países—niños de Sur América. Venezuela contra Inglaterra y Cuba contra España, lo dicen.

El honorable Buchanan atribuía por eso, no vacilo en creerlo, cierto carácter providencial á su misión entre las repúblicas Argentina y Chile. El pertenece á una nación anglosajona, que camina hácia horizontes definidos y que sabe inspirar á todos sus hijos, así en la vida pública como en la privada, esa solidaridad instintiva y admirable que caracteriza á las razas superiores y dominadoras. Pertenece además á una cancillería que ha conquistado universal concepto entre sus adversarios y que vigila los actos públicos y privados de sus servidores para mantenerlos dentro de los ideales supremos de la Nación! ¿Quién podía esperar que el honorable Buchanan, repudiara el hecho de la ocupación militar, la conquista chilena, cuando la mayoría de su país y sus superiores jerárquicos acaban de lanzar á su patria en las escabrosas sendas de la expansión territorial? ¿Ignoraban los políticos argentinos cuando pactaron este arbitraje, que la Europa observaba á los Estados Unidos por su conducta en Filipinas, y que los vencedores de Cavite y de Manila respondían:

— ¡Es cierto que vinimos con el único objeto accidental de destruir una escuadra española. Pero ya que ocupamos las islas, las conservaremos?....

Subordinado á estas influencias propias y al lema de la debilidad, de la decadencia y de la impericia argentina: «paz, y derroche»— el árbitro cree sinceramente— lo ha dicho en algunos círculos— que ha evitado una guerra con su solución! Pero el peligro conjurado era imaginario. El 15 de Septiembre de 1898, al firmar el arbitraje, Chile no se hallaba en condiciones de agredir, ni de sostener una guerra formidable! Tengo las pruebas en documentos oficiales argentinos, que no es oportuno todavía revelar.

E. S. ZEBALLOS.

(Concluirá).

INDICE DEL TOMO TERCERO

(MARZO Á JUNIO DE 1899)

	Página
A	
AGOTE, P.—Los frailes de San Francisco de Catamarca	5
— Anales Bonaerenses. La Administración Castro.....	495
B	
BERISSO, L. — Bodas trágicas.....	275
BERRA, F. A. — Evolución correlativa de la enseñanza, la didas- logía y las escuelas normales.....	36-245-384-566
BUCHANAN, W. I. — Los fletes marítimos y el comercio argentino- americano.....	491
C	
CALANDRELLI, M. — Traducción de las Odas de Horacio por S. de la Barra	187
CARRIÉ, J. — La cuestión de Filipinas y la opinión Americana....	99
CABRED, D. — Discurso inaugural de la Colonia Nacional de Alie- nados	610
D	
DÁVILA, D. B. — Orígenes nacionales. Narraciones riojanas..	65-288-527
DIRECCIÓN, LA. — Cancionero popular	446-604
DRAGO, L. M. — Las “debentures” inglesas en la legislación ar- gentina.	559
E	
ESPINOSA, M. A. (Obispo de La Plata).— Reposo dominical.....	176
EZCURRA, P. — Mapa histórico de las Audiencias Reales Hispano Americana.....	160
F	
FANNING, T. G. DE — Roque Moreno — Novela histórica ameri- cana	24-245-403-510
FERNÁNDEZ, J. R. — Reforma universitaria— (Continuación)	102-212-339-539
G	
GALLO, V. C. — Partidos y Legisladores.....	415

I

IREJOVEN B. de. (Gobernador de Buenos Aires). -- Carta política. 165

L

LE BRETON, T. A. de. -- Marcas de fábrica. — El reinado de la falsificación 284

LILLO, S. A. — La vuelta al hogar 414

LOGAN, W. S. — Tribunales sajones y latinos. 78

M

MARQUÉS DE SALISBURY. — Maltratamiento de ingleses en la República Argentina. 301

MARTIN Y HERRERA, F. — Sociedades Cooperativas. 595

O

	Página
De Magallanes á la Puna.....	308
El caso constitucional de La Plata.....	476
Incertidumbres económicas, financieras y comerciales.....	460
La Puna.—Estudio diplomático del fallo arbitral....	469-632
Leonardo Pereyra.....	298
La justicia de Instrucción Criminal y el seguro contra incendios.....	623

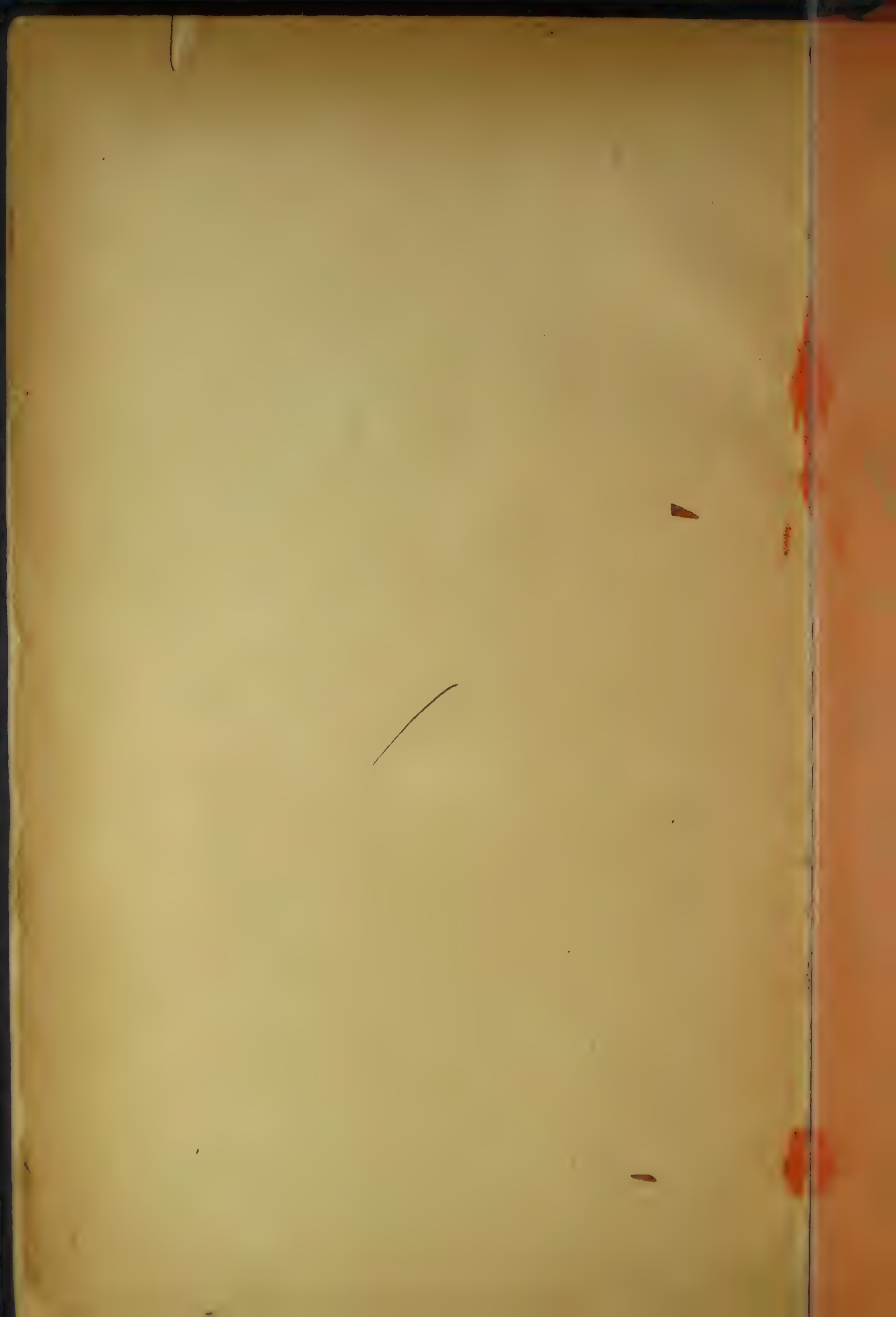
Apuntaciones biográficas:

P. Agote	5-6-7
L. Berisso	275
F. A. Berra.....	36-37
D. Cabred	610-611-612
J. Carrié	99
Emilio Castro.....	495
D. B. Dávila.....	65-66
M. A. Espinosa	176-177
V. C. Gallo.....	415
T. A. Le Breton.....	281
F. Martín y Herrera.....	595
S. A. Lillo.....	414
W. S. Logan.....	78
Sir C. Rhodes	450
C. Rodríguez Etchart.....	453
J. M. Salvaire.....	92-93
F. Senillosa.....	53
J. Tarnassi	360

Notas: —

Caso del Darmouth College.....	81
Income Tax.....	81


 DESPLEGADO



MARTINS & Ca.



REPUBLICA
DE CHILE

**OPORTO
Y JEREZ**

MEDALLA DE ORO
EXPOSICION BRUSELAS 1889

626 - Calle Cuyo - 680
BUENOS AIRES

CALLE TAY 542
CALLE TAY 542

CASA EN OPORTO Y MONTEVIDEO

La REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS aparece mensualmente en 112 páginas de material como *mínimum*. La **subscripción** se paga adelantada en las condiciones siguientes:

	INTERIOR	EXTERIOR
Un año	\$ m. 25.—	\$ oro 10
6 meses	" 12.50	" 6
3 meses	" 6.25	" 4
Números sueltos	" 2.50	" 1

Se suscribe en las principales librerías de la República y en la administración de la REVISTA calle de la Victoria 1081, de 10 a. m. p. m.

Las suscripciones del **Interior** y **Exterior** pueden ser abonadas en pesos postales ó lancarios á la vista.

AGENTES

RIO DE JANEIRO - F. Brigist y Ca.
SANTIAGO DE CHILE - Roberto Miranda.
LIMA - Viuda de Gallaud.
ASUNCION DEL PARAGUAY - Juan Quell.
MEXICO - Viuda Ch. Bouret.
WASHINGTON - W. H. Lowdermilk y Ca.
MONTEVIDEO - A. Barreiro y Ramos.

SE RECIBEN AVISOS Á PRECIOS CONDICIONALES

MAQUINAS DE ESCRIBIR

Caligraph
Densmore
Yost ❀ ❀ ❀

NUESTRAS MÁQUINAS ESTÁN EN USO

en las siguientes casas:

F. C. Central Argentino F. C. N. O. Argentino
F. C. Villa María á Río Negro F. C. del Sud (50 máquinas)
F. C. Bahía Blanca y Nor Oeste.
F. C. B. A. al Pacífico F. C. Central de Córdoba.
Banco de Londres y Río de la Plata.
Banco Anglo Argentino Nuevo Banco Italiano.
Banco Francés al Río de la Plata Sres. Santamarina é hijos
Compañía Cansinera de carros congelados.
Compañía de Seguros North British & Mercantile.
Señores Moore y Tudor.
Administración de Gas (Rosario) Señor J. J. C. Daniel
Los Brones y C. (Asunción) Sr. J. Mariano Paso, (Comparta)
Señores Pujal y Roca (Córdoba).
Instituto Mercantil de Buenos Aires
Y MUCHÍSIMAS OTRAS CASAS

Las máquinas son muy fáciles de aprender y en dos días se puede
utilizarlas. Formas en nuestra casa cartas, etc. nosotros no cobramos
por el primer mes de uso, dos y tres días de práctica, y también el nuevo
escriba en cualquier persona que quiera aprender.

H. G. BUTLER

United Typewriter & Supply Co. New York

24 - PECONQUISTA - 34

BUENOS AIRES

Depositar en el Correo Argentino de Buenos Aires

